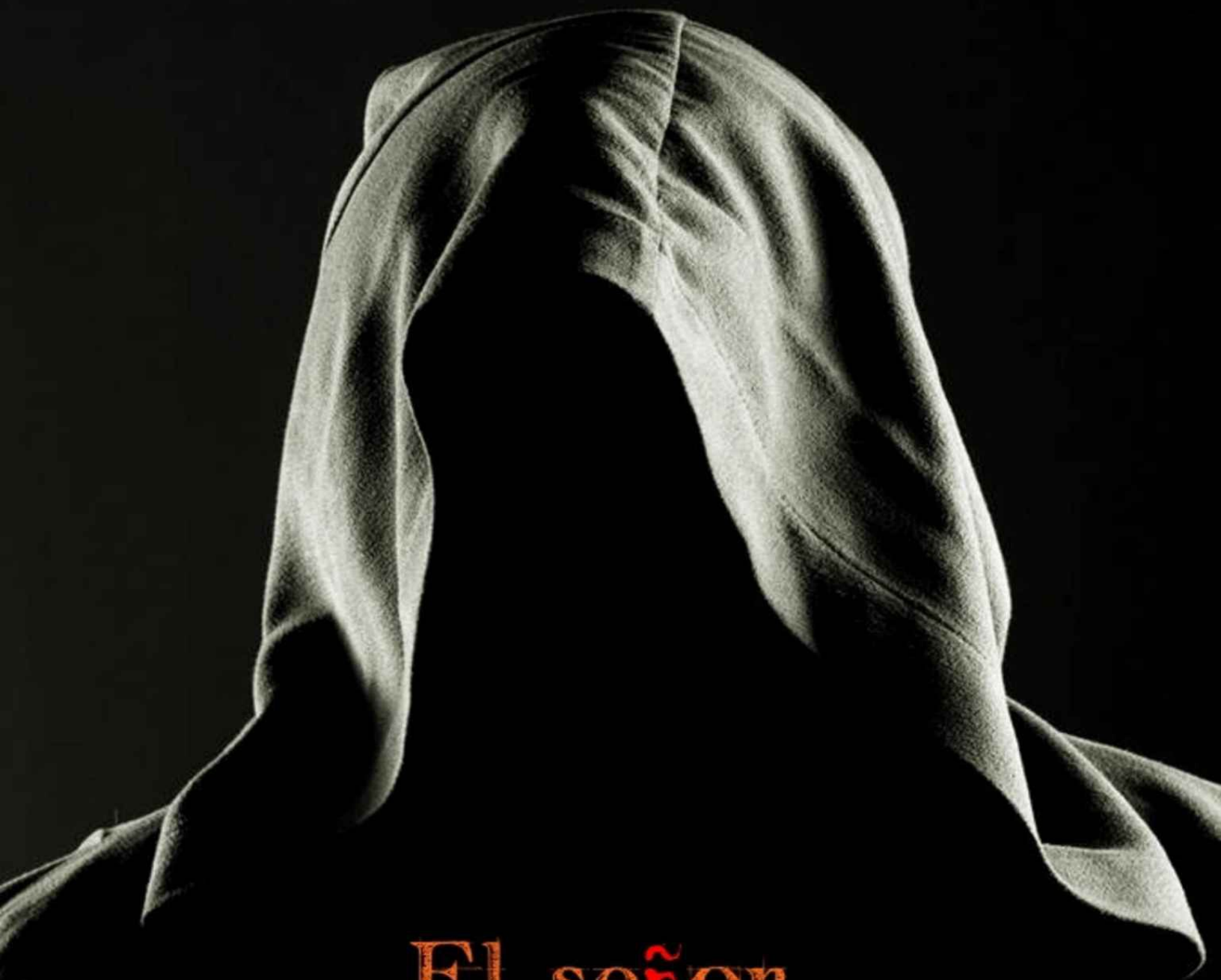


JOAQUÍN SERRANO DÍAZ



El señor
de los

Días

INSONDABLE II

EL SEÑOR

DE

LOS DÍAS

INSONDABLE
PARTE II

©2019 Joaquín Serrano Díaz
©Cubierta: Joaquín Serrano Díaz
© Maquetación: Joaquín Serrano Díaz
Primera edición.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni el diseño de su cubierta ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los citados derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Arts.270 y siguientes del Código Penal.)

Esta es una novela de aventuras, donde la historia es un mero telón de fondo para situar al lector en un espacio y tiempo determinados.

Cualquier parecido con la realidad, ya sea este en referencia a sus personajes, nombres o situaciones, es pura coincidencia o no.

Los personajes clericales relevantes en esta trama, han sido sustituidos por otros completamente ajenos a la historia oficial y pasado a ser figuras de ficción, sin pretensión documental.

Las poblaciones en que ha lugar esta historia, aunque reales, no son de carácter estricto, y solo obedecen a la necesidad de la trama.

†

↳

G

∞

LAZOS DE SANGRE

PRIMERA PARTE. TOMO II

I

ORIGEN

Veinte inviernos no son sino un soplo de tiempo en la vida, un suspiro que se desvanece día a día, sin que nadie pueda retener ni un segundo la fresca brisa que deja a su paso. Pero son también veinte soplos de acuosas primaveras, de ardientes veranos y tibios otoños.

La alquimia natural e inexorable del tiempo, que todo lo transforma, convirtió a una mocosa pelirroja, pálida y llena de pecas, en fresca y virginal doncella, esculpiendo su figura y haciéndola brotar a la vida como una bella y a la vez sutil flor; como una fruta majestuosa y prohibida.

Llovía a cántaros aquella mañana, y la melancolía iba adueñándose de ella con cada gota que rebotaba sobre las lonas de las carretas creando una monótona melodía que solo era amortiguada por el sordo chapoteo de las ruedas.

Cada rodada parecía remover sus recuerdos, al menos, aquellos que marcaron su infancia y adolescencia.

Acababa de enterarse de que fue adoptada, y también de que su madre murió bajo los cuidados de Leila; mujer que se convirtió para ella en madre, maestra y amiga. Sus hijas Zita y Estrella habían significado todo y la hicieron sentirse tan de la familia, que jamás, a pesar del color de piel, pelo y aspecto que las diferenciaba, sospechó que no tuvieran vínculos sanguíneos, pues siempre las consideró carne de su carne.

Ismael detuvo a las mulas y se volvió hacia ella.

—Otra vez en Roncesvalles —dijo—. Cerca de aquí...

Mel no le dejó continuar.

—¡Ya me lo has contado, padre! —dijo, aún dolida—. No hace ni una hora que me lo habéis soltado a bocajarro y todavía no lo he asimilado. Déjame respirar...

Ismael soltó una sonora carcajada y espetó:

—¡Ya era hora! A tu madre y a mí nos costó tomar esa decisión, pero creímos que debías saberlo. No queríamos privarte del derecho a conocer tus orígenes. No deberías reprocharnos el haberlo hecho. Fue un acto de justicia. Y si ahora escuece, con el tiempo nos lo agradecerás. Saber de dónde venimos es tan importante como saber a dónde vamos. Muchos no saben ni lo uno ni lo otro.

—Pero no es necesario que me lo repitas tanto...

—¿Tanto? Es la segunda vez...

—Para mí, demasiadas —insistió, rotunda.

Ismael soltó otra estruendosa carcajada, y sin dejar de mirar al frente, objetó:

—Y Dios quiera que pueda hacerlo muchas más... Ese día naciste para nosotros... Para ti, quizá no signifique lo mismo que para tu madre y para mí, pero aquél día, algo puso a prueba al clan, y en especial a nuestra familia. Ese momento fue decisivo. La vida nos tanteó, y sentimos el deber de ayudar a tu madre. Supongo que no querrás que te repita su nombre... ¿O estoy

equivocado?

El rostro de ella se iluminó.

Ismael no necesitó apartar los ojos de la carretera, ni ver la cara de la muchacha para saber que ese nombre la había perturbado y suscitado un cambio en sus facciones. Sólo imaginarlo le provocó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quieres o no...? —insistió.

—Victoria —susurró ella—. Es un nombre precioso...

—Y preciosa era ella... Eres su viva estampa.

Mel se sonrojó. Era cierto que era idéntica a su madre, y no solo en lo concerniente al físico, tampoco era lo que se dice consciente de su belleza, ni de la sensualidad que desprendía por cada poro y con cada movimiento. Todos los jóvenes del clan habían intentado en alguna ocasión, y aún insistían, en convertirla en su esposa, como manda la ley de su estirpe, y continuar con la tradición del clan: tener descendencia para perpetuar familia y linaje. Pero ella era reacia a toda atadura y no quería comprometerse a nada ni comprometer a nadie.

Sus hermanas Zita y Estrella tenían ya marido e hijos, y se dedicaban a su familia por entero, lo que ocasionaba que se vieran solo a ratos en las comidas o celebraciones.

Ella, por el contrario, siempre se sintió atraída por las artes adivinatorias, y dedicaba su tiempo a aprender de la no menos hermosa Esmeralda, una joven algo mayor que ella, que parecía haber sido galardonada con el Don de la predicción, de la cual hacía gala en cuanto tenía oportunidad. Habían crecido, jugado y soñado juntas, y sabían a la perfección lo que pensaba, preocupaba o le quitaba el sueño a la otra, sin necesidad de recurrir al vaticinio.

Como tardaba en replicar, Ismael se volvió.

—¿Te ocurre algo? —preguntó, frunciendo el ceño.

—No... —contestó ella ruborizándose aún más.

—Tu piel blanca siempre te ha delatado —rió—. Ese color carmesí que se apodera de tu cara es único; en este clan; nadie tiene la piel tan pálida.

El color de su rostro pasó al encarnado intenso.

—Mi pequeña y dulce Mel —musitó Ismael viéndola cohibida y deseando que se la tragara la tierra. Conocía a su pequeña y sabía que lo pasaba fatal cuando era centro de atención o se sentía en exceso observada.

Ella intentó cambiar de tema. Carraspeó y preguntó:

—¿Y qué más puedes decirme de mi madre?

—Yo nada... ni siquiera traté con ella cuando... En fin, hija, mejor no hablar de esto.

—¿Por qué?

—Yo no estuve a su lado cuando... En fin, ya sabes que no se me dan bien estas conversaciones. Fue Leila, tu madre, quién junto a la ya desaparecida Remedios, valga la redundancia, se ocupó de ella hasta el final. Era mi tía.

—¿Remedios?

Ismael asintió sin mirarla.

—Esa anciana le hacía honor a su nombre... Tenía un Don para curar. Por desgracia, nada pudo hacer por tu...

—¿Madre? —concluyó por él—. ¡Te cuesta decirlo...!

Ismael la miró, aceptó la crítica y continuó:

—Sí. Victoria no pudo escapar de sus heridas. Eran las peores que jamás vi. La vieja y tu madre lo pasaron mal a pesar de saber que nada podían hacer.

—¿Y no puedes ser más directo? ¿Por qué razón andas con rodeos?

—Te repito que yo no estaba allí en el momento de la muerte. Habla con tu madre. Ella estuvo hasta el final.

—Si de verdad no sabes nada, ¿por qué estás tenso?

Ismael soltó algo parecido a un mugido.

—No sé si estás preparada para saber la verdad; todos creen estarlo hasta que, llegado el momento crucial, ya...

—¡Yo lo estoy! —le cortó ella—... Pocas cosas pueden sorprenderme. He visto morir a mucha gente del clan, y no todos de muerte natural, precisamente.

—Insisto en que no es necesario llegar a los detalles...

—Hace un rato decías que no sabías nada.

—Y tú que no te hablara. ¿Por qué eres tan pesada?

—Soy curiosa, no pesada... Y te pido que me cuentes.

—Te repito que no sé nada. Habla con tu madre.

—Está en la carreta de Zita. Sabes que...

—¡Espera a la hora de la comida...! —la cortó—. Eres la impaciencia personificada. ¡Quítate esos nervios!

—Habéis empezado vosotros.

Ismael meneó la cabeza y soltó un gruñido. Mel tenía replica para todo; a veces era exasperante.

—¿Preferirías no saber la verdad de tu historia?

Ella resopló y espetó:

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. No me gustan las verdades a medias.

—¡Mira! —Ismael apuntó con el brazo a la lejanía—. Es la torre de la iglesia. Ya llegamos a Roncesvalles. Este pueblo te gustará. Tiene un gran mercado. Podrás ir a las tiendas con Esmeralda, y comprarte ropa.

—No quiero ropa.

—Pues a leerle la mano a la gente, entonces... Pero el mercado está muy bien. Te aconsejaría que lo visitaseis.

Mel sonrió en vez de replicar; conocía a su padre y no tenía la menor duda de que intentaba desviar la conversación hacia temas menos escabrosos... por alguna razón que se le escapaba, evitaba entrar en aclaraciones.

—Está bien, padre. Te doy un respiro hasta la comida.

Una hora más tarde llegaban a las afueras del pueblo y se disponían a montar el campamento.

Ismael saltó del pescante y se desperezó estirando los brazos para recolocar cada hueso en su sitio.

—Suelta a las mulas —pidió—. Yo reuniré a los otros para ir a comprar forraje seco. Deben estar hambrientas.

Ella asintió y se dispuso a soltar los arreos.

Ismael apuntó con el dedo a un carro que se acercaba.

—¡Mira! —exclamó—. Por ahí viene tu madre.

Mel le dio una palmadita en la espalda.

—Ve a comprar comida para las mulas, anda. Después tendremos una seria conversación —le avisó.

La carreta se detuvo a su lado y Zita asomó la cabeza.

—¡Ya era hora! —dijo, dando un salto—. ¿Y padre?

—Ha ido a comprar forraje. ...¿Y madre?

—Cambió de carreta. Está con Estrella. Deberíamos ir preparando algo para comer. Hoy nos toca a nosotras.

Mel asintió y se dirigió a la carreta para sacar las ollas. Luego fue hasta una explanada central dejada a propósito como protección entre los carros y se dispuso a encender una hoguera.

Zita se apresuró a ayudarla; sacó leña seca del carro y se la acercó.

Mel la recibió con una sonrisa mientras le pellizcaba el moflete; le gustaba darle pellizcos y enervarla; desde la niñez llevaba haciéndolo, y desde la niñez le arrancaba un grito de rabia seguido de un pataleo. Le gustaba que Zita, enrabiada, hiciera mohines; el rostro le cambiaba de golpe, dándole el aspecto de niña desquiciada.

Era tan hermosa como esbelta; su melena azabache le caía en cascada por la espalda hasta la cintura. Sus labios, gruesos y carnosos, semejaban una fruta roja y deliciosa, que los efebos del clan se disputaron hasta el día en que apareció Capi, el que la enamoró con su presencia y con su nombre, pues significaba *buena fortuna*, y le generaba el positivismo que necesitaba su espíritu.

—¿Ya estás irritando otra vez a tu hermana?

Era Leila, su madre, quien la recriminaba entre risas.

—¡Hola madre! —exclamaron a la vez.

—¿Dónde está vuestro padre?

—Está comprando forraje —la informó Mel.

—Bien. Pues seguid con los preparativos. Esta semana nos corresponde ocuparnos de la mesa.

Mel hizo ademán de ponerse en marcha, pero se paró.

Leila, condescendiente, meneó la cabeza. La conocía.

—¿Qué te ocurre ahora, hija?

Mel se mordió el labio, nerviosa.

—Es que quería hablar de mi madre, y...

Zita, sorprendida, abrió la boca y alzó las dos cejas. Le sorprendía aún más, que su madre estuviese tranquila.

—¿Lo sabe, madre? —exclamó, cejas arriba.

Leila asintió.

—¿Y por qué se lo has dicho? ¿Crees que hacía falta?

—Tu padre y yo hemos pensado que tenía derecho a conocer su origen. ¿Acaso tú no?

Zita pareció sopesar cada palabra; en el fondo pensaba que sus padres tenían razón. Se abrazó a Mel con fuerza.

—Para mí siempre serás mi hermana —dijo, segura y rotunda... mi hermana del alma. Siempre lo has sido...

—Y tú para mí —le susurró Mel al oído.

En ese momento apareció Ismael con una carretilla.

—¿Todavía no habéis encendido el fuego? —exclamó.

Leila suspiró, agitó la cabeza, y le informó:

—Creo que nuestra familia está naciendo de nuevo, y es necesario que nos sentemos a hablar.

Ismael lo cogió a la primera.

—¿Te ha preguntado a ti también, verdad?

—Ponte en su lugar —dijo Leila alzando los hombros.

—Ya... ¿Y qué os parece si lo hablamos luego? En este momento tenemos trabajo. —Miró a las tres y apuntó al manojo de leña—. Creo que deberíais hacer una fogata y preparar la comida.

Las dos muchachas se movieron como si se hubiesen puesto de acuerdo.

Después de la comida, se dispusieron a ir la carreta.

Zita tomó la mano de Mel e intentó darle ánimos.

—¿Quieres que esté a tu lado? —le preguntó.

—Sabes que me encantaría.

—Pues entonces, vamos... —dijo, tirando de ella.

Cuando se hubieron sentado, el silencio se adueñó del lugar; se diría que nadie quería ser el primero en hablar.

—¿Tan grave es? —preguntó Mel, sorprendida.

Ismael miró a su esposa y encogió los hombros.

—La he informado de que yo no estaba en el mom...

Leila pareció adivinar sus palabras y miró a Mel.

—Es cierto... —dijo, emitiendo un largo suspiro—. El no se encontraba en la carreta cuando tu madre murió. Y tampoco sabe nada de lo que la pobre sufrió... Una tía de él estaba conmigo; bueno, en realidad, yo con ella. Sabía curar y tenía conocimientos sobre pócimas, plantas y...

—Define: sufrir—la cortó Mel.

—Mira, hija, una cosa es saber de dónde viene una, y otra, querer saber cuánto sufrió tu madre. Aunque no lo creas, el dolor no es algo con lo que debemos jugar.

Mel repitió la pregunta.

—¿Tan grave fue?

—Tu madre era una mujer preciosa. Su muerte no fue algo que merezca la pena recordar. Su vida sí, pero eso es algo de lo que no tengo ni idea. Cuando te miro, la veo a ella; con tu cara y con tu sonrisa, es como la recuerdo. Es mejor tener eso en la cabeza, que...

—¿Que qué...? —la interrumpió, nerviosa.

—Hija... ¿A qué viene ese interés?

—¿Y a qué viene tanto misterio?

—Te ahorrará dolor... Aunque no lo creas.

Mel les miró a los dos y les apuntó con el dedo.

—Hasta hace apenas unas horas, era feliz junto a mis padres y hermanas, sin embargo decidisteis, y sin pedir permiso, que debíais informarme de algo que hasta ahora nunca di muestras de necesitar saber... ¿Me equivoco?

Ninguno replicó.

Les miró de uno en uno y añadió:

—¿Y ahora que me habéis abierto en canal una herida que jamás supe que tenía, queréis curármela con palabras de ánimo? No debes saber esto... no debes saber lo otro... Creo que me debéis una explicación.

Las palabras empleadas por la joven, trajeron detalles no olvidados pero sí guardados en algún lugar oscuro del inconsciente de Leila. No pudo contener las lágrimas. El recuerdo de las heridas de Victoria ocupó su mente, y las llagas negruzcas que acabaron con ella la hicieron sentir un vahído. Lo cierto es que ese silencio acerca de detalles tan horripilantes iba más en su propio beneficio, que en el de la muchacha; esta solo quería saborear la dulce miel que ellos habían acercado a su boca, ¿qué si no?

La voz quebrada de Mel la devolvió a la realidad.

—Y visto lo visto... —dijo en tono jocoso—, tampoco sabíais mi nombre, y me pusisteis...

—Te pusimos el de tu tatuaje —la cortó Leila—. ¿Y si fuera ese? ¿Qué derecho teníamos a cambiártelo?

—¿Mel te parece un nombre...? —protestó la muchacha—. A mí me parece más un mote...

—No digas tonterías... —intervino Ismael—. Siempre has estado orgullosa de tu nombre. ¿A qué viene eso?

—Porque creía que era el nombre que habíais elegido para mí. Pero claro, tal y como están las cosas...

—¿Por qué no cambiamos de tema? —propuso Zita.

—¿Te parecería bien haber llegado hasta aquí para no aclarar nada? —se escandalizó Mel—. Lo dejamos para la cena y nos olvidamos... ¿Piensas que es una buena idea?

—Mel tiene razón —reconoció Leila—. Quizá no fue una idea afortunada abrir esa grieta de su pasado. Pero el mal ya está hecho. Ahora solo queda cerrarla, y eso pasa por informarla de todo. —La miró y le acarició la mejilla a la vez que sonreía—. ¡Mi pequeña Mel! —exclamó sin dejar de acariciarla—. Cuanto preguntes será contestado.

—¿Me lo prometes?

—Aunque te duela... y créeme que lo hará.

Mel no tardó ni un segundo en preguntar.

—¿Cómo encontrasteis a mi madre?

—Tirada e inconsciente al borde del camino.

—¿Y qué era de mí en ese momento?

Ahora fue Zita quien la informó:

—Fui yo quien avisó a padre cuando oí tu llanto.

—¿Tú, Zita?

La muchacha asintió y añadió:

—No se te veía apenas, tu madre te protegía entre sus brazos y te cubría con su cuerpo.

Ismael acarició el cabello de Zita y dijo a su vez:

—En efecto, fue ella quién me dio aviso. De no haber estado tú llorando, no habríamos parado; nosotros nunca nos inmiscuimos en los problemas de los países y tierras que transitamos, porque es un poco como lastrarlos a las espaldas. Y nuestras espaldas ya tienen su propia carga... De hecho, todos apostaron por continuar sin más.

—Fue padre quién mandó llamar al viejo —dijo Zita.

—Él decidió que os diésemos cobijo y cuidados. Nadie discute lo que dice el más viejo del clan. —informó Leila jovial—. Aquel día naciste de nuevo —puntualizó.

—Reconozco que debió ser duro para vosotros. Tener que hacerse cargo de una mujer y de su hija, no le agrada a cualquiera.

Leila suspiró hasta que no le quedó aire y puntualizó:

—Nosotros solo deseábamos que tu madre se restableciera de sus heridas y continuara su camino. Era todo cuanto anhelábamos. Pero sus heridas estaban infectadas y supurantes. Yo pedía un milagro para que sobreviviera a pesar de su gravedad, pero la anciana me puso los pies en el suelo; recuerdo que me dijo que cada día que pasara en ese estado, era un día más de sufrimiento. Santo cielo, la habían ultrajado de tal forma, que la habían partido en dos. Y llegados a este punto, debo confesar lo que dijo la anciana acerca de su estado... Jamás te lo hubiera dicho, pero ya no quiero guardarme nada: tu madre iba a darte un hermanito... o hermanita, claro.

—¿Estaba preñada? —Las lágrimas le salían a borbotones y su voz parecía tan rota como su corazón en aquel momento.

Leila respondió a la vez que retiraba las suyas.

—Eso dijo la anciana. También dijo que su estado era anterior a la violación.

—Eso quiere decir... —dijo, llena de incertidumbre...

—Sí, hija, sí... Que quizá tengas un padre por ahí, y...

—¿Y qué...?

—Qué de algún modo, fue feliz al lado de alguien.

De manera inconsciente, levantó su vestido y dejó a la vista el tatuaje. Las lágrimas caían sobre él como si fuese una señal.

—¿Y no será esto una marca para dar con él?

—Puestos a divagar, puede ser cualquier cosa. Pero yo creo que es tu nombre —opinó Ismael.

Leila le retiró las lágrimas con el dedo y la advirtió:

—Te conozco como si fueras mía, Mel, y debo decirte que no te hagas ilusiones respecto a tu supuesto padre. Él quizá ya no viva. No sabemos lo que le pasó a tu madre y tampoco por qué le hicieron lo que le hicieron; tampoco el motivo de que se encontrara sola en aquel momento.

—¿Pero, y si no...? —exclamó Mel, alterada—. Y si...

Zita la abrazó a la vez que miraba a sus padres. Era un modo como otro de indicarles con los ojos que la brecha que habían abierto no tenía arreglo... que era un camino sin retorno, de imprevisibles consecuencias y sin salida... que a partir de ese momento, la vida en familia ya no iba a ser igual, y que había que prepararse para todo, viniera lo que viniera. Siempre pensó que Mel tenía el derecho a conocer sus orígenes, pero nunca que tuviera que ser así, a cambio de su estabilidad emocional. Entendía que todo cuánto sus padres deseaban era lícito y cargado de buena intención, pero no siempre lo correcto es lo más idóneo.

Estrella metió la cabeza entre la lona y acabó con sus pensamientos.

—Tenemos compañía —avisó—. Otra caravana acaba de llegar. Están acampando al otro lado del mercado.

—¿Los conocemos? —preguntó Ismael.

—¿Cómo voy a saberlo? Acaban de llegar.

Leila suspiró a la vez que secaba sus ojos con el borde del mandil.

—En esta ocasión tendremos competencia —se quejó.

—Tampoco es la primera vez —repuso Ismael—, y en las demás ocasiones hemos sobrevivido... Todos tenemos derecho a comer, y aquí hay para todos.

Como si el destino deseara ponerle fin al coloquio, la voz de Esmeralda tomó el relevo de la de Ismael y le dio una nota de color a aquella tarde grisácea—: ¿Damos una vuelta, Mel? —Lo dijo, metiendo la cabeza entre la lona.

—Está lloviendo —puso esta como excusa.

—Ha parado.

Leila consideró que le vendría bien y la animó:

—Anda, hija, ve con ella. —Miró a Esmeralda y dijo a modo de advertencia—: ¡Y tened cuidado! Este pueblo es muy concurrido por extraños de todas partes.

—Sí —repuso Mel con desgana—. Como nosotros.

Esmeralda rió y la animó entre carcajadas.

—¡Venga, Mel. ¿Aprovechamos o qué...?

Mel hizo una mueca de hastío, pero se decidió al fin.

—Está bien —dijo con voz apagada—, pero que sepas que no estoy lo que se dice, muy animada.

Las tiendas del mercado estaban abarrotadas de curiosos, y a pesar del sirimiri, nadie parecía querer abandonar las pocas que permanecían aún abiertas; algunos se resguardaban de la lluvia bajo los toldos y simplemente miraban la mercancía, otros aprovechaban que ya iban a recogerla, para comprarla a menor precio.

Mel y Esmeralda paseaban agarradas del brazo y reían por cualquier tontería que apareciera ante ellas; a Mel le estaba sentando bien el paseo, y aunque solo fuera en ese momento tan fugaz como mágico, sus preocupaciones no acaparaban su cabeza y quedaban en un segundo plano.

Esmeralda soltó a Mel y se metió bajo un tenderete de objetos antiguos; allí había de todo, desde ropas viejas y malolientes hasta herramientas de labranza; desde vasijas de barro desconchadas y mohosas hasta armaduras llenas de abolladuras y oxidadas que se alzaban firmes con sus amenazantes lanzas en ristre; desde cuchillos hasta cirios a medio consumir, cucharas de madera, riendas de tiro... todo, esparcido y desordenado sobre una gran mesa.

Tras la mesa, una anciana cubierta con un velo sonrió al verla; su rostro estaba oculto en la penumbra. Movi6 la cabeza para que la muchacha la viera y sonrió afable.

—¿Te gustan las cosas con historia?

Esmeralda la miró sin saber qué decir. Allí había más historia que cachivaches, en efecto; incluso ella, parecía tener mucho que contar. Las arrugas de su rostro eran ya tantas y tan profundas que sus facciones parecían haber sido esculpidas a cincel. Sus ojos claros eran vidriosos, y su mirada tan enigmática como su voz.

—Solo miraba —respondió en tono inocente.

—¿Pero, te gustan? ¿Te gustan las cosas con alma?

—¿Con alma? —repitió, desconcertada.

En ese momento, Mel apareció interrumpiéndolas.

—¡Oh! ¡Qué curioso! —dijo, asombrada.

—¿Estáis juntas? —preguntó la vieja.

Ambas se miraron y asintieron a la vez y entre risas.

Cuando la vieja vio a Mel, agitó la cabeza con energía y tomó una de las velas que iluminaban la tienda.

—Sois como este cirio y su llama; distintas pero igual de vitales. —Miró a Esmeralda y la advirtió—: ¡Cuidala!

—Las dos se miraron sorprendidas!

—¿Y eso, por qué? —preguntó Esmeralda.

—Te necesita como a una hermana.

—Pues claro que me necesita. —Mintió—. Somos...

—¡No lo sois...!

Esmeralda miró a Mel y frunció el ceño. Se volvió a la vieja y espetó:

—¿Acaso nos conoces?

—Jamás os había visto.

—¿Entonces...?

La anciana se acercó a ella y acercó la mano a su cara.

—¿Puedo tocarte? —preguntó afable—. No te haré...

—¡No! —se interpuso Mel no dejándola acabar—. No permitiré que le hagas daño.

La anciana sonrió y dio un paso atrás.

—Nadie va a hacerle daño a tu amiga. Eres tú quién necesita ayuda.

—No es mi amiga. Es mi hermana —mintió a su vez.

—Como deseas, pero de ella no me llegan vibraciones dudosas.

—¿Dudosas? ¿Qué quieres decir?

—Alguien te está buscando —dijo a bocajarro.

—¿A mí? —voceó, tocándose el pecho con el pulgar.

—Es un hombre.

—¿Un hombre? Puedo asegurarte que no conozco al tipo del que me hablas; de hecho, no conozco a ninguno.

—Pues entonces sigue tu camino y no tengas esto en cuenta. —Agitó las manos en gesto de despedida—. Vete de aquí y olvida que nos hemos visto. Y llévate a tu... lo que quieras que sea. Hoy no doy una —ironizó.

Mel puso los brazos en jarra y exhaló un suspiro.

—No sé a qué viene todo esto, pero quiero que sepas que no me hace ninguna gracia. ¿Te ríes así de todos los que pasan por aquí?

—¡He dicho que os vayáis!

—Cuando confieses que todo era una broma.

La anciana se acercó a ella y le acarició el pelo.

—No puedo confesar lo que no es cierto —dijo, muy segura—. Se volvió a Esmeralda y añadió—: pregúntale a ella si deseas. Tiene poder para buscar en tu interior eso que en el fondo has empezado a preguntarte hoy mismo.

Las dos muchachas cruzaron una fugaz mirada y se abrazaron sin quitarle ojo a la vieja; por la cabeza de Mel rondaba una sola pregunta: ¿cómo podía saber esa mujer lo que ni siquiera ella supo hasta hacía pocas horas.

Por la cabeza de Esmeralda merodeaba otra pregunta: ¿Cómo sabía esa vieja, que se dedicaba a la clarividencia?

Mel cogió a Esmeralda por la muñeca y tiró de ella.

—¡Vámonos de aquí! —exclamó—. ¡Esto es el colmo! Y la sacó de la tienda a empujones.

Una vez fuera, Esmeralda se soltó de un tirón.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —la recriminó—. A veces te comportas como una niña pequeña. ¿Qué hay de malo en escuchar a esa anciana? En el fondo tenía parte de razón. A mí me ha sorprendido bastante... qué quieres que te diga.

—Y a mí...

—¿Entonces, a qué viene esa chiquillada?

—Viene a que he sentido miedo.

—¿Miedo de qué? Tampoco ha dicho nada que...

Mel le tapó la boca y la miró a los ojos.

—¿Miedo a que tenga razón...! —confesó, rompiendo a llorar—. Miedo a cuanto me saque de lo que ha sido mi vida hasta hoy. Todo parece haberse vuelto contra mí en apenas unas horas. Toda mi vida ha dado un vuelco...

Esmeralda la abrazó con fuerza e intentó consolarla.

—Pero si no ha sido para tanto, mujer —dijo, no muy convencida; de hecho, nada convencida—. Quizá no era más que casualidad. A veces ocurre.

—El caso es que me ha traído a la memoria retazos de viejas pesadillas.

—¿Pesadillas? Nunca me habías contado nada.

—Hace mucho que desaparecieron. Ni siquiera yo me acordaba.

—¿Y de qué tratan tus fantasmas, «hermana»? —rió.

—No te burles. Sabes que para mí lo eres...

—No me burlo, mujer... Anda, cuéntame.

Mel aspiró con fuerza y tragó saliva. Estaba nerviosa.

—Hace ya tiempo —comenzó con voz pausada—, no conseguía dormir toda la noche de un tirón. Soñaba con un bosque; es como si alguien me persiguiera a través de él. —Hizo una pausa, cerró los ojos y añadió—: Alguien me acompañaba y me protegía, pero nunca conseguí ver sus rasgos. Hacía frío y llovía, pero entre la maleza, una criatura extraña, un animal quizá, parecía seguir nuestra misma ruta; un animal que no sabría definirte ni asociar a ninguna otra especie que no fuera la nuestra. Pero sin embargo...

—¿Sin embargo, qué...?

—Que parecía indicarnos el camino.

—¿Qué sueño tan extraño —repuso Esmeralda.

—¿Es de locos, verdad?

—¿Y sabes qué edad tienes en tu sueño? Podría ser un recuerdo de la infancia.

—Creí que toda mi infancia había transcurrido entre vosotros.

—Cuando te encontraron, debías rondar el año.

—¿Entonces no sé cuándo ni qué día nací... ¿Por qué celebramos mi cumpleaños siempre el mismo día?

—Lo celebran el día que te encontraron.

—Eso no quita que no sepa cuando nací...

—Tranquila, mucha gente ignora eso. No pasa nada.

—Pero...

—Ni pero ni nada... —le cogió la mano y la arrastró tras ella—. Vamos a seguir nuestro paseo, anda. Que lo que ha dicho esa anciana no nos trastorne el día.

Cuando regresaban al campamento se cruzaron con unas mujeres que pertenecían a la otra caravana de romaníes.

—¿Te leo la buena ventura? —dijo una de ellas a Mel.

—¿Por qué a mí? —preguntó, intrigada.

—Ya se la puedo leer yo —respondió Esmeralda.

Mel quedó traspuesta un segundo, pero reaccionó a la pregunta poniéndole la mano. No sabía por qué lo hacía, pero no se arrepentía en absoluto. Había sido la decisión más espontánea y atrevida desde que tenía uso de razón, si es que lo que estaba haciendo tenía algo de razonable. Pensó que nada perdía; por poco que fuera, algo aclararía aquella extraña, porque el día estaba lleno de confusión, y nada parecía tener sentido.

La mujer tomó su mano, pero Esmeralda se la apartó.

—¡He dicho que ya puedo hacerlo yo...!

—Perdóname. No sabía que fuera tu cliente.

—No es mi cliente, ¡es mi hermana! —mintió.

La mujer quedó desconcertada. Pidió perdón una vez más y se excusó por no haber pensado en esa posibilidad.

—Sois tan diferentes... —dijo—. En nuestro clan hay un muchacho parecido a ella. Es muy blanco de piel y de ojos claros. Una de nuestras familias fue testigo de cómo mataban a sus padres y decidieron ocuparse de él.

—Es cierto, dijo la otra. Los dos deben ser del norte... ¿Y si son parientes?

—No digas tonterías —dijo la que habló primero—, a nadie más que a ti se le ocurriría semejante barbaridad... a pesar de tener piel y ojos claros, no se parecen en nada.

—Solo era un comentario sin importancia. ¿Por qué te pones así?

Esmeralda creyó conveniente zanjar la conversación.

—En fin —dijo exhalando un suspiro—. Creo que ya es hora de volver al campamento. Al menos, nosotras.

—Pero aún no me ha leído la mano —bramó Mel.

Esmeralda resopló nerviosa.

—¿Es que no tienes bastante por hoy?

—¿Me creerías si dijese que lo necesito?

—¿Y a dónde crees que te llevará eso?

—Me gustaría darle una oportunidad a esta mujer.

—¿Y ya está?

—¿Qué tiene de malo? Ya nada puede sorprenderme. ¿De qué tienes miedo?

—¿Se la leo o no? —intervino la mujer—. No quiero meterme en vuestros asuntos, pero no hay nada malo en vaticinar un poco. Después de todo... —lo dijo mirando a Esmeralda—, vivimos de esto, ¿no?

Esmeralda aceptó de mala gana y refunfuñando.

—¡Está bien! —le dijo— Espero que tengas oficio, al menos.

Esta tomó la mano de Mel y se volvió hacia ella.

—Si te digo que no os cobraré nada, ¿serías más feliz?

—Eso te honra, pero no es a eso a lo que yo...

—Sé a lo que te referías... —La cortó sin apartar los ojos de la palma de Mel—. A mí también me corroen las dudas cuando otra hace mi trabajo. Estás perdonada.

—¿Empiezas o no? —se quejó Mel.

La mujer cerró los ojos y pareció perderse dentro de ella misma. Tras unos segundos hundida en alguna parte de su mente, le soltó sin tapujos:

—Alguien te está buscando.

Esmeralda y Mel se miraron sorprendidas. De manera inconsciente se dibujó en sus mentes el rostro cincelado de la anciana.

—Es un hombre —continuó la zíngara—, un hombre con poder, que como tú, es de las tierras altas.

II

REMINISCENCIAS

Si veinte años era tiempo suficiente para ser olvidado o al menos para no estar en el ojo del huracán, Carlos de Marena estaba de suerte. El tiempo esparce neblina aquí y allá, y con el paso de los días todo cambia; cambian las leyes, cambian los pueblos, las ciudades y hasta las metas de aquellos que saben lo que quieren y a dónde van. Por eso estaba tranquilo. Si en algún tiempo la iglesia siguió sus pasos, las huellas de sus zapatos habían quedado tan lejanas y borrosas como su fe.

Lo que no había quedado borroso era el aplomo con el que afrontaba los problemas del día a día ni tampoco las energías que derrochaba en pro de la consecución de sus objetivos, porque él sí sabía lo que quería y lo que estaba dispuesto a hacer para conseguirlo; podría decirse que si algo tenía claro era eso. Los años transcurridos en el más oscuro y enrevesado laberinto en cuanto a la pieza que le faltaba para convertirse en el hombre más poderoso de la tierra habían sido muchos, pero no suficientes para que su voluntad quebrase; nunca, a pesar de los escollos ni la falta de información acerca de su paradero consiguieron que desistiese de su gran búsqueda; porque si algo en este mundo era digno de ser buscado hasta dejarse el pellejo y hasta las últimas consecuencias, era el *Bastón de Mando*.

Durante quince años y unos meses había permanecido escondido en Francia, y buscado allí la deseada pieza, pero había fracasado una vez tras otra. La ciudadela de Rheims acabó siendo pequeña para un hombre como él, adinerado y sin oficio aparente, que comenzó a levantar sospechas a los pocos meses de su llegada... sobre todo y especialmente debido a su fama de manipulador y a sus aficiones sexuales con niños del sexo que fuere, además de mujeres y hombres de cualquier raza, credo o color.

Comprar personas como si fuesen objetos, era otro de sus numerosos vicios, por ello, al poco de poner los pies en la ciudad, se rodeó de un pequeño pero efectivo grupo de mercenarios; tan efectivo que resolvió el asunto de la ermita en lo que los de su gremio llaman: un santiamén.

Un año tuvo que esperar a que aquella dichosa ermita se llenara de vida, pero en cuanto lo hizo, sus asalariados estuvieron a la altura de lo que él esperaba, y la borrarón a golpe de espada y machete. De ese modo, la reunión de la Orden de Teth se convirtió en otra de sus carnicerías y se disolvió como humo en la nada.

Pero como siempre, la operación no estuvo exenta del factor sorpresa, pues a pesar de no haber hallado la vara, sí consiguió cierta información relevante en cuanto a su posible poseedor; la tortura era algo que pocos resistían, y cuando se traspasan ciertos límites de dolor, importan poco los juramentos, y la lealtad a la causa se escapa con cada aullido y gota de sangre derramada. De esa manera tan antigua como efectiva, salió a colación el nombre de la Orden y el de su maestro: Dragan.

Después de esa novedad, todo parecía más cristalino y entendible: Dragan, precursor de todo,

era maestre de la Orden que al parecer tenía la misión de custodiar el palo que a él le faltaba para erigirse en Señor del Tiempo.

Sonrió al pensarlo y chasqueó los dedos a la vez que repetía sus pensamientos en voz alta:

—Sí —exclamó, jovial, felicitándose a sí mismo por haber tenido la brillante idea de haber acudido a Rheims y esperar allí a que la decisión diese sus frutos. A él ni se le habría ocurrido que el simple hecho de juntar los dos palos tuviese como premio más que lo que ya sabía: una grandeza sin límites y el poder total en el mundo. Pero la sorpresa que se llevó, fruto de una sobresaliente tortura digna del mismísimo Torquemada, no tenía precio; oír de boca del que llevaba la voz cantante en la Orden, que la primicia de dicha fusión bastonil era ni más ni menos que la vida eterna, le produjo un fuerte cosquilleo en la rabadilla, del que aún no paraba de rascarse.

Sonrió de nuevo. No tenía prisa. Según la confesión a hierro candente, del susodicho, y sabía bien que a ciertas temperaturas es difícil tramar cualquier plan de engaño, disponía de mil años para hacerse con la otra parte. ¿Qué más se puede pedir?

Pero a veces, los problemas parecen tener vida propia, y saben esquivar las soluciones. Se asomó a la ventana y contempló la nieve. Otra vez invierno, pensó, y otra vez de vuelta al principio.

Exhaló un largo suspiro y se mordió el labio inferior. Nunca imaginó que el caprichoso destino le devolviera al lugar del que tuvo que escapar, pero así estaban las cosas; cuantas esperanzas de hallar *El Bastón* pudiera albergar, parecían converger allí; cualquier pesquisa tras el asedio a la dichosa ermita, conducía sin remedio al lugar donde todo comenzó: Los aldeaños del valle de Salazar.

Dos nombres rondaban noche y día por su cabeza.

Dos nombres que no le dejaban dormir. Dos nombres que repetía sin proponérselo: Teth y Dragan.

Llevaba años, muchos ya, devanándose los sesos, pero sus preguntas acerca del nombre de Teth, habían sido del todo infructuosas. Acabó, eso sí, relacionándolo con la carta del Ermitaño y con la interpretación que todos los tarotistas a los que consultó le habían transmitido, pero algo había que no le terminaba de convencer; la solución a tan singular galimatías no podía ser tan simplona. Por nada del mundo estaba dispuesto a aceptar que algo tan grande pudiera caber en una explicación tan básica.

—¡No! —exclamó, rotundo, meneando el dedo como si quisiera convencerse a sí mismo; a menudo hablaba en voz alta encontrándose a solas, le aclaraba las ideas. Y la idea que revoloteaba por su cabeza día y noche, era que el tipo que fue torturado ante él, entendía la Teth como un concepto, pero también como alguien o algo tangible.

Desde su regreso, había investigado lo indecible, pero nadie parecía relacionar aquella letra hebrea con ningún nombre, y menos aún con alguien conocido... de hecho, pocos sabían que esa maldita letra existía.

Presentándose como rico mercader, se instaló en una pequeña fortaleza destruida durante la reciente invasión del reino de Navarra por parte de Fernando el Católico, rey de Aragón; eso y la posterior ocupación de Pamplona a manos del duque de Alba, desencadenaron constantes revueltas en la zona, que le vinieron como agua de mayo para pasar inadvertido, pues lo que primaba y tensaba el ambiente en esos días de guerra eran la incertidumbre y la escasez de alimentos básicos para la supervivencia, así como las enfermedades que arrastraban. Las autoridades ya iban sobradas de confusión por la cantidad de muertos y desaparecidos, como para ocuparse de los aparecidos.

Encontró todo a su favor para pasar de puntillas sobre su pasado y comenzar otra vida con otra identidad, y no la desaprovechó; Sancho Ramírez de Triana, miembro de la Orden de Teth, ya no necesitaba sus credenciales, y le cedió a la fuerza el relevó de su noble vida. Consecuencia de ello: cambió su aspecto, su vestimenta, dejó que su tonsura desapareciera y que su cabello y barba crecieran hasta cambiar casi por completo su fisonomía, eliminó de sus dedos y cuello cuanto parafernalia pudiera delatar su auténtica identidad y hasta cambió su modo de hablar.

Transformado él, rehabilitó también la fortaleza, y se atrincheró tras un grupo de desalmados dispuestos a todo por unas monedas; mercenarios sin escrúpulos, que no se separaban de él ni a cal ni a canto... Hay cosas que nunca cambian.

Su pequeño gran feudo estaba situado entre Orbaitzeta y Roncesvalles, algo alejado de Ochagavía y El Barcal, pero no suficiente como para no poder estar al corriente de cuanto allí acontecía, permitiéndole también acceder con asiduidad a dichas poblaciones y estar al corriente de quien o quienes ponían allí sus pies, de quienes estaban de paso, quienes se establecían y quienes se iban.

Durante casi dos décadas, nada ocurrió que mereciese la pena ser contado, pero las últimas semanas sí fueron lo que se dice: entretenidas; sobre todo, debido a la compra del castillo de Dragan, o esa información le habían dado, por un desconocido que, según esas mismas lenguas, era nuevo en la zona. Ignoraba cómo ese tipo había dado con el dueño del castillo, pues Dragan estaba muerto, su hija llevaba desaparecida veinte años, más que probablemente muerta, y según los datos que él manejaba, no existían descendientes directos ni indirectos; de haberlos habido, ese castillo llevaría mucho tiempo en su poder. Por ello le resultaba raro en extremo, que un desconocido hallara al poseedor de la titularidad de dichas tierras.

No sabía aún quién iba a ocuparlo, pero sí era de vital importancia para él, averiguarlo cuanto antes.

Una opción para ello era presentarse como alguien de fuera que buscaba tierras para establecerse en la región y tentarle a vender.

Otra, invitarle a una fiesta en su castillo, y ofrecerle una generosa cantidad por la propiedad; después de todo, si no era de allí, qué más le daba dónde posar su culo. El espléndido bocado que se llevaría por la transacción era un aliciente tentador para animarse a buscar otros aires.

Sonrió a la vez que se prometía a sí mismo apoderarse del castillo, pues era el motivo y la razón principal de su regreso a Navarra, y ahora lo veía posible. Una vocecita le susurraba al oído que la solución a su larga búsqueda estaba encerrada entre esos muros.

Hizo repicar la campanilla, y un hombre alto y enjuto pareció emerger de la nada.

—Vos diréis, señor Ramírez. —Lo dijo inclinándose a modo de presentación, y no se enderezó hasta que oyó la orden.

—Dad aviso para que preparen el carruaje, César.

—Enseguida, señor. ¿Algo más?

—No por el momento.

—Os daré aviso cuando esté preparado, señor —dijo, solícito e inclinándose de nuevo.

—¡Que sea rápido! —ordenó—. Y decidle al asistente que debe acompañarme... Necesito que haga comprobaciones en Roncesvalles, y quiero estar de vuelta antes del crepúsculo. Hacédselo saber.

Dos leguas más tarde se encontraban en Roncesvalles. El mercado, a pesar de la incipiente nevada, estaba repleto.

Su asistente, un escribano con poderes para intervenir en su nombre cuando la ocasión requería discreción por su parte, principalmente en aquellas que podrían ponerle en riesgo, como documentos o censo, se apeó primero de la calesa y le abrió la puerta de forma ceremonial.

—Fin de trayecto, señor —dijo, tendiéndole la mano.

Esmeralda y Mel, merodeaban de tenderete en tenderete a la caza de clientes, pero no estaba siendo un buen día y estaban tan deprimidas como heladas; las lluvias de días anteriores habían formado charcos que iban convirtiéndose en hielo, y además de provocar resbalones, dejaban las plantas de los pies tan tiesas como tablas.

—A la gente le sale mucho más a cuenta arrimarse a los fuegos de las tiendas, que conocer su futuro —apuntó Mel a modo de queja—. Quizá deberíamos hacernos una fogata... No pasaríamos frío y podría atraerles...

Esmeralda no la escuchaba. Estaba abalanzándose con descaro sobre un pasante.

—¿Le leo la buenaventura, hombre de Dios? —Se lo preguntó con su mejor sonrisa, pero de nada le sirvió. El tipo la apartó de un manotazo y continuó su camino sin volverse.

—¡Desagradecido...! —gritó para que la oyera—. Que Dios te lo pague con una mala mujer.

—No metas a Dios en esto.

Escuchó la voz tras ella y se volvió veloz.

Mel también reaccionó como un rayo.

—¿Y usted? —le preguntó al entrometido.

—¡Eso! —repitió Mel—. ¿Y usted?

—¿Yo qué...?

—¿No quiere saber la buenaventura?

A Carlos de Marena le cayeron en gracia las chicas. El desparpajo se les salía por los poros, y eso significaba que su vida no había sido fácil. Le recordaron a su infancia y sintió por ellas cierta empatía.

—¿Eres buena en tu oficio? —Le preguntó a Mel.

Esmeralda se entrecruzó entre ambos y respondió por ella:

—¡Ni se te ocurra dudar! —dijo, segura de sí misma y tuteándole como si le conociera—. Prueba y verás...

—Hablaba con ella.

—Es conmigo con quien debes tratar.

—O ella o nada.

Mel intuyó que si no lo hacía ella no habría trato y la apartó con cariño.

—Deja que me ocupe yo —pidió—. Lo haré bien, ya lo verás—. Hablaba mientras tomaba la mano del cliente y la ponía palma arriba.

—Hay algo extraño en su destino —le dijo—. Es raro que sienta estas vibraciones cuando le toco. Nunca antes me había ocurrido nada parecido.

Carlos de Marena frunció el ceño.

—¿A qué te refieres...? —preguntó, intrigado—. A él no le convencían nada esas mamarrachadas... en realidad la había elegido porque sintió un impulso extraño al ver su melena roja; no sabría explicar por qué razón, pero le recordó a Dragan. Además no tenía la menor pinta de ser gitana. Aquella situación le parecía tan extraña como el hecho de que se hubiera cruzado en su camino. ¿Por qué razón le había venido a la mente el rostro del escocés?, se preguntó. Exhaló un suspiro y se escabulló de sus propios pensamientos volviendo a centrarse en Mel; la escudriñó

con atención mientras ella parecía buscar una respuesta; una respuesta que le satisficiera, para poder cobrar.

—¿Me vas a contestar o no? —la sondeó, curioso.

Ella alzó la cabeza y plantó sus ojos verde esmeralda sobre los de él haciéndole sentir un calor intenso; todos los músculos de su cuerpo notaron una fuerte y placentera contracción que nunca ni con nadie experimentó; al mirarle parecía robarle la voluntad dejándole indefenso a expensas de lo que le diese la gana hacer con él. Creyó, y eso a pesar de no darle la menor importancia a esas artes que otrora perseguía con ahínco, que le robaba el alma.

Pero no era el alma lo que le robaba, aunque también; lo que le estaba robando era el corazón. Y cuando Carlos de Marena tenía un capricho, llegaba hasta dónde fuera y como fuera para conseguirlo.

—Es extraño —repitió ella— que su raya de la vida y la sensación que tengo no concuerden.

—¿Qué no concuerdan, dices?

Ella le miró de nuevo y asintió, mordisqueándose los labios. Estaba tensa, nerviosa... y no sabía cómo explicárselo sin que se riera de ella. Sin embargo, algo la impulsó a aclarar lo que sentía aunque se lo pagara con mofa.

—Su línea de la vida es corta... pero la sensación que tengo es de que es usted una persona afortunada... Vivirá años y años, al parecer. Claro que, no se lo tome muy en serio, porque debe ser una sensación equivocada... Nadie vive tanto como me indican sus vibraciones. —Se volvió a Esmeralda y levantó las dos cejas, sorprendida—. No sé qué me pasa —Lo dijo a modo de disculpa—. No podría explicar lo que estoy diciendo; no lo entiendo ni yo...

A Carlos no le salían las cuentas. ¿Qué diablos estaba oyendo? Toda una vida creyendo que eso de las supersticiones, la quiromancia y demás estupideces eran falsedades inventadas para meterse a la gente en el saco y vivir de sus miedos, y ahora una mojigata le desbarataba todo.

—Discúlpela, por favor—le rogó Esmeralda—. Ella es novata en esto. No se lo tenga en cuenta... Si lo desea, yo podría acabar de...

—No, no es necesario.

—Pero...

—¿Cuánto es? —la cortó.

—La voluntad —se adelantó Mel, avergonzada.

Miró a su escribiente y le hizo un gesto con la cabeza.

Este se apresuró a buscar unas monedas y se las dio a la muchacha.

—Volveremos a vernos —dijo como despedida.

Las chicas cruzaron una mirada de sorpresa. Pensaban que lo decía a modo de queja.

—¿Ha quedado descontento el señor? ¿Devolvemos el dinero? —ofreció como solución Esmeralda a la vez que tendía la mano con las monedas.

Él rechazó la oferta apartándole la mano.

—No, no, no... —Creo que lo ha hecho de maravilla.

—¿De maravilla, señor? —intervino Mel sin entender a qué venía esa adulación.

Carlos asintió agitando la cabeza al mismo tiempo.

—De hecho, es eso lo que me preocupa —aseguró—. Y me gustaría averiguar más.

Mel hizo una mueca y se mordió el labio; no entendía cómo podía decir aquello, después de todo, solo le había soltado un montón de incongruencias. Nada de lo salido de su boca tenía sentido.

Carlos de Marena sonrió, se inclinó mirándola y dijo en un tono que no dejaba lugar a la duda:

—Volveremos a vernos. Estoy convencido de que las dos necesitáis trabajar, tanto como yo

necesito saber qué me tiene reservado el futuro. No creo equivocarme si te digo que hacemos una pareja excelente —dijo a Mel.

Mel miró a Esmeralda con cara de sorpresa y pareció ir a decirle algo. Pero no le dio tiempo, Carlos de Marena fue más rápido.

—¿Estáis todos los días por aquí?

—¿Te interesa? —Fue Esmeralda quién preguntó.

—Me gustaría continuar con...

—¿Por qué? —le cortó Mel, desconfiada—. No sé qué le habrá convencido de esta lectura de mano... pero yo le aseguro que me siento como si no hubiese hecho nada.

Carlos entendía cómo debía sentirse la muchacha. Sin embargo, por muy quiromántica que fuera, y tenía claro que ser era, visto lo visto, no estaba ni de lejos preparada para asimilar conceptos como la eternidad, que brotaran de otra fuente que no fuese la Biblia. Y eso en el supuesto de que fuera creyente. Sin saber la razón que le movió a ello, dedujo que le haría bien e intentó tranquilizarla.

—Me gusta tu sinceridad —dijo con voz cálida—. El hecho de que reconozcas tus limitaciones... y te aseguro que las tienes, habla por ti. Sin embargo, me has mostrado un camino distinto y distante, un camino que siempre negué. A veces no deberíamos prejuzgar tanto y observar más a menudo cuanto nos rodea. Hablo de mí.

Ella se esforzó por no reír. Cada vez que abría la boca le entendía menos. Encogió los hombros como si hubiera captado algo de lo que le decía, pero nada. Ni un ápice.

Agarró a Esmeralda del brazo y tiró de ella.

—¿Seguimos trabajando? —Lo preguntó intentando a boleo dar por acabada la conversación. Aquél tipo no las molestaba ni su comportamiento era incorrecto, pero sus modales no terminaban de convencerla, y había un no sé qué en su mirada que la perturbaba. Parecía desnudarla.

Carlos captó su recelo y decidió aliviar la tensión que él mismo había creado.

—Ahora debo irme —dijo como si ello le apenara—. Por desgracia no tengo tanto tiempo como desearía.

Las dos asintieron como si lo entendieran. En realidad sintieron alivio, sobre todo Mel. Pero lo disimularon.

—No habéis contestado a mi pregunta —les recordó, expectante.

Ellas se miraron intrigadas.

Él sonrió y preguntó de nuevo:

—¿Estáis por aquí a diario?

—Aquí nos ganamos la vida... —le dijo Esmeralda en tono seco.

Él captó la ironía pero no se inmutó.

—Está bien. —Exhaló un suspiro de hastío, dio media vuelta y se dirigió a su carreta. Cuando estuvo a la altura del conductor, aún en el pescante, le hizo un gesto con el dedo indicándole que se apareara.

El hombre saltó y se plantó frente a él; era muy alto y de tez curtida. Su aspecto era más el de un pendenciero a sueldo, que el de un conductor. Respondía por: Solón.

Se atusó una ceja, atracción cumbre de su cara debido a la desmesurada anchura y vasto espesor que la dotaban de un carácter asilvestrado, y acto seguido se consagró en aliñarse los pelos del bigote con saliva.

—Vos diréis, señor —dijo, tras un par de carraspeos y una suntuosa inclinación en la que solo faltó que besara el suelo.

Carlos de Marena no era lo que se dice de baja alzada, pero apenas le llegaba a las tetillas y

tuvo que levantar la cabeza para ver su cara. Cuando consiguió encuadrarle la testa, preguntó:

—¿Habéis estado alerta a mis movimientos?

—Como siempre, señor.

—Quiero a esa pelirroja en mis aposentos.—ordenó.

—Así será, señor... ¿Cuándo deseáis que...?

—Dejaremos pasar unos días. No quiero levantar ni la más mínima sospecha. Hoy, cualquiera ha podido vernos juntos. Pero tiene que ser cuanto antes. No creo que esté mucho tiempo en Roncesvalles.

—No será difícil dar con ella, señor. Destaca entre las demás como una mosca en la leche.

—Cuando os pida opinión la dais. Mientras tanto...

El mercenario se tragó la amonestación sometiéndose con otra pomposa inclinación y se disculpó:

—Lo siento, señor. Ha sido un... Prometo que nunca más ocurrirá.

—¿Dónde demonios está el escribano?

—Alonso no ha vuelto todavía, señor... ¡Mire! —dijo, alzando el brazo—. Por allí viene.

—Todo arreglado, señor —dijo Alonso, exhalando un suspiro—. Los pagos están al día. Y le abrió la puerta con la misma ceremonia con la que lo hizo al llegar.

Carlos de Marena no respondió. Subió a la carreta y se acomodó. Cuando Alonso estuvo sentado frente a él, dio la orden de salir.

—¿No vais a preguntar cómo ha ido, señor?

Tampoco respondió esta vez. En su cabeza bullía ya la idea de un nuevo encuentro con la bella pelirroja que el destino puso ante él como un regalo; tanto era así, que su convencimiento de no haberla visto por casualidad y sus corazonadas de que ese encuentro había sido tan solo el brote de algo mucho más grande cuya magnitud aún no conseguía atisbar, iban cogiendo nervio a cada segundo y con cada rodada.

Apoyó la cabeza sobre el respaldo y bajó los párpados. Se preguntaba por qué extraña razón, la simple contemplación de esa desconocida le transportaba a otro tiempo.

Pero la única respuesta que le convencía era su gran parecido con Dragan. Al escocés solo le había visto en un par de ocasiones, pero sus rasgos eran inconfundibles y a nadie se le va de la cabeza un pelo rojizo sobre tez pálida llena de pecas y adornada con ojos claros. Dragan, pensó, era un escocés de pura cepa, de los que no se olvidan. Esa era la razón, quizá, de que esa chica se le hubiera clavado en la cabeza. ¿Pero por qué? ¿Por qué Dragan invadía sus pensamientos de nuevo, y por qué lo relacionaba con esa desconocida? ¿Por qué motivo un hombre que no existía, regresaba de repente a su mente?

Entonces, de manera fortuita, como siempre surgen el hallazgo trascendental y las ideas geniales que vienen sin previo aviso a romper todos los esquemas, sus inquietos pensamientos le transportaron de nuevo hasta Rheims.

Rememoró cuanto sucedió y cuanto escuchó del tipo que, bajo tortura, le informó de cada detalle acerca de las reliquias y de sus requisitos para ser efectivas. Recordó al detalle que la posesión de una de las partes otorgaba a su propietario una ventaja de mil años de vida para remover el mundo si fuese necesario, en busca de la otra. Recordó que Dragan era el gran maestro de la Orden de Teth, y el poseedor de la Vara...

En ese momento comprendió que algo no cuadraba... aquella historia cojeaba de pies a cabeza y, o era un bulo, o todo tenía que ser revisado con minucia.

Las preguntas se apiñaban en su cabeza; él, hombre de mundo pero no infalible, se obcecó al principio en hallar las claves que le condujeran a la reliquia. No obstante y debido a aquella

euforia inicial, se dejó en la retaguardia preguntas que entonces no le parecieron transcendentales, pero que ahora, como si se le hubiera encendido una lucecita en el cerebro, se le antojaban cruciales.

Se acarició la perilla, pensativo, cerró los ojos y liberó su ira apretando los puños hasta clavarse las uñas. ¿Cómo podía él haber sido capaz de no tener en cuenta incógnitas de tal calado? se preguntó, maldiciéndose a sí mismo.

Pero no halló respuesta que le satisficiera. Cuando ya creía la mitad del trabajo resuelto, sus anteriores convicciones iban de forma paradójica y gradual convirtiéndose en dudas.

Como por arte de birlibirloque, las preguntas comenzaron a desfilan por su mente, provocándole sudores fríos y tal crispación, que se mordió el labio hasta sangrar.

En primer lugar -se lo preguntó suspirando mientras se alisaba el bigote-, ¿por qué razón ningún miembro del maldito clan intentó siquiera adueñarse de la vara? ...Era de lo más tentador, habida cuenta de que Dragan, el gran maestro, amo y señor de dicho palo, se encontraba lejos de allí y no podía custodiarlo. Solo había que agarrarlo y largarse lejos. Luego a vivir, y nunca mejor dicho... Pero no halló respuesta y su frustración se desbordó.

A continuación, se hizo la pregunta de las preguntas:

¿Si Perceval encontró el Bastón de Mando, por qué no se benefició de su descomunal poder? Ese sujeto debería estar por ahí en la flor de la vida, cantando y bailando de felicidad. A menos... -se dijo a modo de consolación- que dicho caballero de brillante armadura, hubiera sido solo una fábula, como afirmaban muchos, y el Bastón hubiera llegado al río Piedra por alguna vía de origen desconocido; porque de lo que no había la menor duda, era de que el Bastón estuvo allí, y de algún modo tuvo que llegar. El hecho de que existiera o no ese tal energúmeno llamado Perceval, no restaba credibilidad al resto de la historia.

Se contentó pensando que el mundo estaba repleto de historias reales disfrazadas de mito.

Recordó a Moisés y chasqueó los dedos, convencido y orgulloso de sí mismo; Moisés daba el perfil perfecto del individuo enigmático que aparece sin más, con la misión imposible, de liberar a un pueblo de la esclavitud. Que la misión era imposible saltaba a la vista, ya que necesitó la ayuda del mismísimo Dios para llevarla a cabo, y aún así lo suyo le costó; de hecho y bien mirado, se dejó la vida en el intento. Y curiosamente -sonrió al recordarlo-, él también poseía una vara... la que a él le faltaba para ser eterno.

Pensó si Moisés no sería en realidad inmortal. Nunca se había parado a desmenuzar esa historia detenidamente pero, la cuestión, ahora que venía a colación, era muy de tener en cuenta, porque en lo básico se parecía tanto a la de Perceval, que uno no podía evitar preguntarse si no serían una misma historia astuta y sabiamente adaptada a la mentalidad de cada tiempo, para facilitar su comprensión.

Cuanto más ahondaba en esa hipótesis, más fascinado estaba; haber llegado a una conclusión como esa requería cuanto menos, una considerable dosis de ingenio, pensó. Con eso, las leyendas no reclamaban necesariamente que sus héroes fueran de carne y hueso, podían interpretarse como mensajeros de algún plan divino trazado por algún ente desconocido, o, cómo no, por el mismo Dios de las Escrituras. Eso explicaba con claridad los porqués de que Perceval y Moisés no necesitaran concederse los poderes de sus respectivos bastones.

A medida que hilaba su teoría, más convencido estaba de su verosimilitud, pues existían algunas coincidencias a tener en cuenta entre ambos personajes; unas similitudes dignas de consideración, que comenzó a analizar, llevado por la euforia del momento.

Bajó los párpados y se dejó envolver por el monótono chapoteo de las rodadas sobre el barro; a oscuras pensaba mejor, y con cada vuelta de rueda parecía inspirarse.

Imaginó a Perceval y a Moisés, cayado en ristre, y sus labios esbozaron una sonrisa; la semejanza entre ellos era más que evidente: dos bastones impregnados de poderío ilimitado, en manos de dos individuos enigmáticos que, como anécdota añadida, se desvanecen en la niebla de su propio tiempo, no dejando el menor rastro de su existencia ni una mísera tumba de referencia. Tanto uno como otro parecen dirigidos por una fuerza que les guía y mide cada paso que dan, tutelando cada proeza que realizan y dictando cada palabra que se escribe sobre ellos. De otro modo, sus vivencias no serían de dominio público.

Estaba del todo convencido de que algo así tuvo que suceder, porque, ¿Cómo si no, hubiera brotado el agua de una roca a golpe de palo en pleno desierto, o el bueno de Perceval conseguido viajar a una tierra que no existe, y sin embargo traerse el bastón? Parecía tan de locos que a nadie, y menos a él, se le ocurriría dudar de su autenticidad; esa incongruencia era la prueba, pensó cada vez más convencido, de que esas historias debían ser reales.

Satisfecho por haber llegado a tal resolución, repasó a conciencia cada punto crucial de aquél barullo mental y se tranquilizó; todo tomaba de nuevo forma y color; todo tenía su explicación lógica y las aguas volvían a su cauce. Había dos bastones que premiaban con mil años a su amo y señor, y debía encontrar el que le faltaba, como fuere y al precio que fuere. Si vivir eternamente tenía un precio, pensó, había una eternidad para pagarlo. Se tranquilizó.

Llegado a ese punto, la incipiente sonrisa que comenzaba a nacerle en la cara se congeló a la vez que apretaba los puños con todas sus fuerzas. Y había un buen motivo.

Como si el destino lo hubiera decidido, Dragan vino a instalarse de nuevo en su cabeza. Y esta vez lo hacía para quedarse en forma de pregunta... una pregunta, ni más ni menos que subsecuente de las anteriores; un interrogante cuya respuesta era pura incógnita y le martilleaba las sienes al tiempo que siseaba por lo bajo:

«Si el poseedor de cualquiera de las partes dispone de mil años de holganza, ¿por qué razón murió Dragan?»

¿Quizá por no haber tenido ninguno de ellos en aquél momento, junto a él? Todo era posible... pero había algo que no encajaba del todo; alguna razón más debía haber, ya que si pudo intuir su muerte siendo conocedor de sus paraderos, no le hubiese supuesto un problema escudarse con al menos, uno.

Algo le decía que no debía brindar tan rápido. Que su victoria sobre el pelirrojo no estaba clara. Que en su copa había vino rancio endulzado que Dragan, antes de irse al otro lado, le había preparado como venganza.

III

LA MIRADA DE LA SANGRE

El incendio se extendía a las cuadras, y las llamas iban creciendo y alimentándose de cuánto encontraban. Vigas de madera, forraje, paja y tejidos actuaban como fatídicos catalizadores y se convertían en aliados del fuego. A su paso todo se convertía en humeantes y grises cenizas; tan grises como el cielo de aquella mañana.

Hombres, mujeres y niños corrían de un lado a otro y se afanaban en escapar de aquella encerrona que amenazaba con atrapar cuánto se interpusiera en su camino.

Teth se despertó bañado en sudor y se incorporó en el catre; ese sueño tan recurrente como pavoroso que sufría desde que empezó a tener uso de razón, era cada vez más nítido. Al principio solo eran llamas difusas que desaparecían a los pocos segundos, pero con el paso del tiempo, fue extendiéndose hasta incluir personas y animales.

Abandonó la cabaña, fue hasta el arroyo y se dejó caer bajo un árbol próximo a la orilla, que había sido su único compañero durante su retiro. Estaba casi amaneciendo y hacía frío; sobre todo cerca del agua, pero a él no parecía afectarle; lo que sí le afectaba aún, era el sudor gélido y los temblores con los que había despertado; aquel infame sueño era cada vez más vivido y tenía trazas de terminar convirtiéndose en pesadilla.

Cerró los ojos y rememoró su infancia y adolescencia.

Una sonrisa llenó su cara mientras se imaginaba una vez más en la cabaña donde creció al amparo de sus maestros y tutores, y rodeado de árboles y agua por todas partes.

Con ese grato recuerdo, la voz del druida resonó en su cerebro:

«Fíjate en estos árboles Teth... llevan aquí desde mucho antes de que yo naciera; desde mucho antes... Viven de la tierra, sí, pero como pago producen oxígeno; la clave está en recibir y en dar; en un intercambio no escrito que marca un orden. Lo uno sin lo otro, no es sino un enorme insulto a esa inteligencia universal que lo mueve todo. Cuidala con mimo y será como una madre. Los árboles también serán tus aliados; el bosque es un ejército... Conócelo a fondo y ganarás todas las batallas. Quien cruza un terreno que no conoce está perdido. El terreno siempre gana».

Le resultaba fácil recordar los tiempos felices; lo hacía a menudo como terapia y le daba energía para continuar buscando; su hermana Mel y El Bastón eran su prioridad.

Volvió los ojos a la cabaña y la contempló como si sus medidas fuesen comparables a las de la que fue su hogar.

Cerró los ojos y se imaginó en el pasado; ante él Anué le acariciaba y consolaba, tras tener su primera pesadilla.

.....«Eso que te ocurre debe ser un recuerdo desde el vientre de tu madre». Según lo que ella nos contó, el día del asalto fue testigo de la desolación del castillo y de la muerte de cuantos allí estaban, incluido tu abuelo.

Tu hermana y tú estabais ya a punto de nacer y experimentasteis tanto miedo y dolor como ella. Existe tal nexo de unión entre una mujer preñada y su hijo, aún en el vientre, que en situaciones tan complejas como esa; una situación límite que marque, puede trasladarla a sus hijos y ser esta revivida y sufrida por todos durante años... a veces, durante toda la vida... Estoy seguro de que tu hermana, esté donde esté si todavía vive, debe tener esa misma pesadilla y hasta tus mismos miedos».

Reconfortado, abrió los ojos; cómo echaba de menos a sus maestros; cuántas veces evocó esas vivencias, solo por volver a sentirles cerca y escuchar de nuevo sus valiosas lecciones acerca de la historia, de la magia y de la vida... El recuerdo de sus voces era pura caricia para su alma.

Recordó su adolescencia y su segundo viaje a Rheims. Cuando llegaron a la ermita con objeto de ser presentado como maestro a los integrantes de la Orden, encontraron un edificio vacío y sin vestigios de vida; la vegetación se había adueñado de sus muros y desde la distancia era casi imposible distinguirlos; el musgo también había crecido instalándose en la piedra, semejando engullirla. Todo era soledad alrededor... La muerte parecía haberse quedado allí a vivir y extinguido su Orden y cuanto representó, si es que alguna vez llegó a representar algo. Con la vara en su poder, el sentido de su existencia, aquel por lo que fue creada, que era custodiarla, se disolvía como una gota de rocío entre la niebla que invadía aquel bosque.

Estaba cansado de vagar de aquí para allá. Durante los últimos meses, tras enterrar a Anué junto a la tumba del mago y abandonar el hogar donde creció, decidió buscar, tal como ellos le aconsejaron, el Bastón de Piedra. Siguió sus instrucciones y viajó hasta Nuévalos siguiendo la ruta que le habían marcado, pero tras explorar y revisar todas las cuevas y cascadas de la zona, no halló la reliquia. Eso le llevó a deducir que quién asesinó a los integrantes del clan, debió encontrarlo. No había otra explicación.

De lo que tampoco tenía la menor duda, era de que tal hallazgo no había sido algo fortuito; quien se lo encontró sabía de qué se trataba y cuál era su poder, además de ser conocedor de su leyenda y de que existía su complemento, así como consecuencias por poseer ambos. Esa fue, no otra, la razón de su aparición en Rheims y del exterminio de los miembros de la Orden, dejando patente lo que estaba dispuesto a hacer hasta apoderarse de la pieza que le faltaba... Y eso significaba que debían estar buscándose mutuamente, lo que le obligó a tomar precauciones. Para escriturar el castillo, contrató a un testaferrero que actuó y firmó en su nombre, permaneciendo él en el anonimato; estaba seguro de que quien fuere conocía a sus familiares en general y a su abuelo en particular, y que más pronto que tarde mostraría interés en explorar el castillo, lo que le llevó a guarecerse en la cabaña del bosque y esperar.

Se preguntaba cada día quién podía ser... Si se habrían cruzado alguna vez en el mercado, en la herrería, en una taberna. Podría ser cualquier vecino de la región, aunque de lo que estaba convencido era de que fuese quien fuese se trataba de alguien culto, pues había leído Perceval y el documento que apuntaba a la localidad de Rheims como territorio custodio de La Vara. Eso le preocupaba, dada la facilidad de llegar al castillo, pues él aún no lo habitaba y cualquiera podía saquearlo, por lo que rebuscó y se llevó de allí cuanto oliera a documento. Su abuelo debía ser un coleccionista de cualquier cosa que cayese en sus manos, pues encontró desde artilugios inservibles llenos de orín, hasta cofres escondidos en lugares insólitos donde nadie hubiera tenido la perspicacia de husmear, sencillamente por ser casi inaccesibles; uno de ellos se encontraba entre dos piedras falsas del techo ocultas por una viga.

Solo a un loco se le ocurriría algo así, llegó a pensar.

Pero se lo quitó de la cabeza como si doliera; pues esa deducción no le dejaba a él en buen lugar. Solo a alguien como su abuelo, con sus mismas ideas y mismos miedos, se le ocurriría algo tan demencial como deducir que algo podría estar oculto en un lugar tan inconcebible.

El hecho de haber mirado en un lugar así, le extrañó.

En aquel momento se preguntó si habría heredado de su abuelo ese olfato descubridor y ese ansia incontenible de desvelar misterios sin solución aparente, pero incluso dando por lícita esa probabilidad, todo seguía pareciendo extraño; demasiado... tan extraño como su abuelo.

Anué, aunque no le conoció en persona, le puso al día acerca de sus trabajos y gustos; entre otras cosas, decía de él:

«Su afición por los galimatías al cual mayor, y su innata inclinación a enredarlo todo hasta el hartazgo, hacían de él un ser excepcional; alguien con la suficiente lucidez como para engañar al mortal más avisado».

Aun así, no entendía qué le había llevado a poner sus ojos en aquella parte del techo, y menos, que se le pasara por la cabeza que podía encontrar algo allí, si ni siquiera había una triste señal que indujera a pensar tal cosa. Pero no encontró explicación racional más allá de la herencia familiar y se lo quitó de la cabeza. De cualquier modo, el cofre y los documentos estaban a salvo en la cabaña y en lugares en los que a nadie, salvo que fuera como él, se le ocurriría mirar; el espíritu de su abuelo pareció guiarle a encontrar sitios seguros e inaccesibles dignos de guardar un tesoro, y era casi imposible dar con ellos.

De tal palo tal astilla, pensó, rememorando el refrán.

Intentó formarse una imagen de él. Era difícil, pero...

Después intentó visualizar el aspecto de su adversario.

Más difícil aún. De este no tenía la menor referencia.

¿Qué aspecto tendría...? se preguntó. ¿Sería igual que su abuelo? ¿Tendría ideas tan retorcidas como él?

Ese pensamiento le hizo regresar a la cruda realidad... fuese como fuese aquél individuo permanecía tan oculto como él, y daba muestras de saber dar los pasos correctos para permanecer tras la sombra protectora. Por supuesto que era tan retorcido como su abuelo, se dijo... y también era igual de retorcido que él, ¿cómo si no, se les habrían ocurrido a los tres las mismas artimañas.

¿Aparecería algún día?, se preguntó. Estaba seguro de que era algo inevitable, pero la espera se eternizaba tanto como los efectos que prometía el dichoso Bastón, y se le hacía tediosa. Los días iban pasando y nadie aparecía.

Aunque el fuerte fuese un fascinante y tentador cebo, era evidente que para alguien que había demostrado ser tan avisado como su abuelo, no era la trampa adecuada.

Suspiró y se cargó de paciencia evocando a su querido Rodrigo. Sus palabras, como siempre, eran un bálsamo.

«festina lente, hijo... festina lente».

Se armó de valor y corrió a la cabaña, decidido a abrir el cofre. No se explicaba el porqué no lo había hecho ya, pero era algo que no tenía alternativa; algo que pedía ser aireado le gustase o no, y cuanto antes lo hiciera, mejor.

Se arrodilló ante él, levantó la tapa y un escalofrío le recorrió la espalda; algo le decía al oído que aquello era como una advertencia de que ese arcón en el que estaba a punto de entrar era un agujero cuyo fondo, tan oscuro como el miedo, simbolizaba el espíritu de lo insondable.

Sin saber por qué, pensó que algo se apoderaba de él.

Sintió deseos de cerrarlo y olvidarse; después de todo, ¿qué necesidad tenía...? el Bastón estaba en su poder.

Como si una fuerza extraña le guiara, comenzó a sacar papeles. Nada trascendente, pensó al descubrir las cartas del Tarot capitaneadas desde arriba por el ermitaño. Los legajos y mapas se apiñaban en un lote anudado con unas cintas rojas, como preaviso de que merecían ser tenidos en cuenta. Los arcanos se encontraban junto a él. Todos los documentos referentes a la propiedad, ordenados por fecha. Tratados de magia, alquimia y polvorientos libros bíblicos... Y entre ellos una leyenda; la leyenda de Teth.

Se disponía a soltar la cinta, cuando algo raro llamó su atención. No era para menos, se trataba de algo envuelto en una tela; algo que permanecía oculto a los ojos, lo que no ocurría con el resto de manuscritos.

Lo desenvolvió con celo, y cuando el supuesto secreto dejó de serlo frunció el ceño. Era un dibujo sobre papel, y estaba pegado a una fina plancha de madera.

El retrato, pues eso era, no era un retrato cualquiera... era un dibujo excelente con toda clase de detalles y tonos vistosos, que representaba a un hombre de mediana edad sentado en un trono majestuoso. Cada una de sus manos sostenía un rígido y ostentoso cetro cuya punta descansaba sobre el suelo. Quien se sentaba en él, mostraba un gesto serio, reflexivo y orgulloso de sí mismo. El manto escarlata que le cubría el cuerpo y descansaba sobre sus rodillas como si le protegiera de cualquier infortunio que pudiera acontecerle le envolvía dándole un aspecto regio y autoritario. Sus cabellos, tan rojos como el fuego, caían en cascada sobre sus hombros endiosando su real figura... una figura que parecía dominar cuanto la rodeaba.

Sintió un escalofrío al comprobar que sus ojos eran de color verde y su cara estaba llena de pecas.

Durante unos segundos su mente se bloqueó. Parecía Dragan; de hecho lo era. Se había dibujado él mismo y al parecer no tenía nada que envidiarle a ningún artista. Su trazo era decidido, firme... Tal seguridad mostraba en sí mismo, que producía temor.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas y sintió una profunda pena por él al tiempo que se sentía como un impostor.

Acarició el dibujo como si ese gesto pudiera consolar a su abuelo; no había duda de que sus hallazgos le dieron esperanzas de sentarse en el trono del mundo... la prueba evidente estaba en sus manos sosteniendo ambos báculos y en el gesto triunfante que rezumaban sus facciones.

Pero sus esperanzas se truncaron; se quedaron atadas a un tiempo finito. Ahora era él quien tenía el privilegio y el deber de buscar el tiempo sin fin; el poder absoluto.

Se retiró las lágrimas con el pulgar y suspiró apenado. Cuanto trabajo para nada, pensó; para acabar muerto por una horda de bárbaros sin escrúpulos.

Contempló una vez más el dibujo, centrándose en sus facciones y notó frío en la espalda, no sabía si su mente le estaba jugando una mala pasada o si era el silencio que reinaba en la cabaña; en aquél momento ni siquiera pudo oír el trino de los pájaros. Tampoco el rumor del viento... El tiempo parecía haberse detenido; en ese instante todo parecía detenido excepto los ojos de Dragan.

Cerró los ojos con fuerza, esperando que aquello fuera producto de su imaginación y permaneció así un rato.

El miedo estaba reflejado en su cara cuando los abrió.

Esperaba que hubiera sido una confusión de su mente y un simple parpadeo la devolviera a la normalidad.

Pero nada había cambiado; Dragan parecía observarle y absorberle con la mirada fundiendo sus ojos verdes con los suyos; hubiera jurado sin miedo a equivocarse que sus pupilas habían cambiado de posición, quedando ancladas a las suyas... hubiera jurado que aquellos ojos

pretendían decirle algo.

Su corazón comenzó a latir a tal velocidad, que tuvo que darle la vuelta al dibujo.

Se preguntó si no sería una intuición... O quizá era el aviso de algo que se le escapaba. Todo era tan extraño... ¿Y si Dragan intentaba alertarle sobre algo o alguien? No consideraba descabellado pensar que intentara protegerle desde... Después de todo, ya no existía la menor duda, quien poseía el otro Bastón, fue el causante de su muerte.

IV

UN HOMBRE DE PASO

Las mulas se detuvieron en los aledaños del mercado, y el abuelete que se hallaba en el pescante, tronó como si se le hubiera abierto el cielo:

—Fin de trayecto, majo.

Atrás, tumbado y con sus manos de almohada, un tipo refunfuñó como si le estuvieran fastidiando la parte más interesante del sueño. Alzó la cabeza como si no supiera dónde estaba, y cuando pareció situarse, escupió y volvió a acomodarse.

El carretero maldijo todo lo que se meneaba y mugió como un toro:

—¿Te bajas o te bajo, hijo de...?

—Ahoja no, Catalina, ahoja no... Dame otjo beso...

El carretero soltó los arreos y agarró el látigo.

—Si no saltas ahora mismo, hijo de...

El joven pareció adivinar sus intenciones y cambió de pareja.

—Pardonez-moi, abuelo... Le confundí con Catalinaaa. ¡Tjanquiloooo, hombje!

—Pues sí que lo estás arreglando, hijo de...

—No se sulfuje, que le va a daj algo, abuelo... En todo el tjayecto se ha cabjeado mucho, pejo aún no ha dicho de quién soy hihooo...

—¿Te estás burlando de mí, hijo de...

—¡Lo ve...! lleva así todo el día... y yo sin sabej...

—Como no saltes ahora mismo de mi carro, te voy a dar tal latigada que ni tu madre lo sabrá. Será posible el hijo de...

—Bueno, bueno, ya me baho...

—Por la cuenta que te tiene, hijo de... Bastante me ha costado traerte hasta aquí, con lo pesado que eres.

—Pejo sej plomo da jesultado, abuelo. De lo contrajio no me hubieja dehado subij a su cajjeta... Hise muy bien en insistij... Usted no quejía ni vejme...

—¡Por todo lo que se menea...! ¿Te largas o no? —Le enseñó la fusta y resopló a punto de explotar.

—¡Vale, vale! No es nesesajio que amenasee...

—Pues hala, majo... Con viento fresco... ¡A cagar!

—Pejo si no pensaba desijme de quién soy hihooo, no habejme calentado.

El viejo no daba crédito. No sabía si reír o llorar.

—¿Pero será posible ser tan plasta? ¡Bájate hijo de...?

El joven acabó la frase por él:

—Hiho de... sí, hiho de... Pejo no dise de quién...

El abuelo tocó fondo y soltó un latigazo en el suelo de la carreta, que levantó astillas.

—¡Está bien! —Se cubrió el rostro con los antebrazos en cruz—. ¡Qué poco sentido del humor, mon Dieu!

Se incorporó y oteó el horizonte: a lo lejos podía verse la torre de la iglesia. Eso a un lado. Al otro, también lejos una caravana. Algo alejados de la caravana, tenderetes y más tenderetes. Suspiró y agitó la testa de lado a lado.

—¿Pejo no ija a dehaime aquí, hombje de Dieu? Esto es la banlieue... ¡no me dehe tan afueja, hombje! ¿No ve cómo nieva? Está leno de bajjo...

—Cuatro copos de mierda. ¿Y yo qué? Anda, lárgate.

—Usted tiene capa y sombjejo...

El viejo le echó una mirada asesina y le advirtió látigo en ristre, que su sentido del humor estaba de capa caída:

—¿Me tengo que cabrear, muchacho?

—¡Tjanquillité... !tjanquillité...! Ya me voy, hombje.

Al saltar del carro, cayó en un charco helado y patinó.

—¡Miejda, miejda...! —maldijo—. Solo faltaba esto...

Caminó hacia la población en busca de cobijo; tenía la suerte de cara, le quedaban algunas monedas. Para comer y para un catre le llegaba..., luego tendría que improvisar. Aunque eso no le preocupaba, él estaba acostumbrado al día a día; a buscarse el sustento como fuera y de la forma más inverosímil... Trabajando, si hacía falta.

La taberna estaba concurrida a esas horas. La nieve no daba tregua y había que guarecerse. Entró y se sacudió el agua del pelo esparciendo gotas por doquier; hubo quien se lo tomó como una falta de respeto, pero él se apresuró a pedir disculpas:

—Excusez-moi, señojes. No ha sido a mala lechee...

Los aludidos se miraron sorprendidos y estallaron en risas; el acento del extraño les cayó tan en gracia como el desparpajo que empleaba al hablar. Gracias a eso salvó la cara por esa noche; no siempre había sido así.

Se acercó al tabernero contando las monedas, y este se escamó.

—Oye, chico, ¿estás en las últimas, verdad?

—He conosido tiempos mehojes.

—Ahí afuera tengo troncos.

—¿Y...?

—Y un hacha.

—Y nesesito alimentaj el fuego, clajo...

—¿Eres adivino, veo...

La ironía del tabernero le recordó a él. Carraspeó.

—¿Está insinuándome algo? —repuso, intercambiando sarcasmo; en eso era un maestro.

—Cena y cama... —propuso el tabernero—. Si te das prisa, cenas caliente y te quitas esos harapos mojados.

Hizo como si pensara y cerró a su estilo:

—¿Entja el vino?

V

LA MUJER MÁS HERMOSA DEL MUNDO

Mel se apeó de la carreta y fue en busca de leña para hacer un buen fuego. Hacía frío y no dejaba de nevar; el paisaje era de un blanco impoluto, y ni siquiera se veía aún una triste pisada. Disponía de leña seca en la carreta, pero había que ir reponiendo a medida que se gastaba.

Le iba a costar encontrarla, la capa de nieve era espesa y cubría prácticamente todo, pero tenía que hacer acopio de provisiones de toda clase, y la leña, aunque húmeda o empapada, iría secándose estando a cubierto y haría una buena lumbre más adelante.

—¿Te ha tocado leña?

Se giró y vio a Esmeralda aproximándose.

—¿Y a ti? —exclamó, risueña.

—Es la divina providencia —respondió Esmeralda—. Siempre nos eligen a la vez y para las mismas tareas.

—¿Por qué será? —Volvió a reír—. Estamos unidas al destino como las horas al día.

—Si nos damos prisa, podremos darnos una vueltilla por el mercado, antes de la comida. ¿Sabes? He tenido un sueño con la anciana, y quiero...

—¿Con la anciana que...?

Esmeralda no la dejó terminar.

—Sí, con esa.

—¡Estás loca! Cuando pienso en ella, se me pone el vello de punta. Qué mujer tan extraña.

—Extraña sí que era, sí... Tanto como interesante.

—No te lo discuto. Tan interesante como el hombre del saco; es pensar en ella y se me quita el sueño.

—No te culpo. Además parecía leernos la mente.

—Parecía no... nos la estaba leyendo.

—¿Y no te extrañó lo que te dijo? Me refiero a...

—¡Sé a lo que te refieres...!

—¿Y no te escama que la otra te dijera lo mismo?

—Si te soy sincera, no he dejado de pensar en ello.

—Yo tampoco. Fueron dos veces en el mismo día... Es como para pararse a pensar...

—Y en eso estamos. Anda, démonos prisa con la leña, y luego nos damos una vuelta.

Eric Rousseau entreabrió los ojos y colocó la palma de su mano de visera; el exceso de luz, en especial si era a hora tan temprana le combinaba mal con la resaca. Y eso que estaba nublado... El primer pensamiento que le vino fue seguir durmiendo... de hecho, ya se había dado la vuelta y tenía los ojos cerrados, cuando empezaron a aporrear la puerta.

—Son las once de la mañana —gritó el posadero—, y hora de desalojar el cuarto.

—¡Vale, vale! No hace falta que se quede sin gajganta.

Se incorporó y quedó sentado en el borde del catre.

El tabernero volvió a aporrear, esta vez con más rabia.

—¿Te levantas o qué...?

—Ça va... Ça va, hombre de dieu.

—¡Arriba he dicho!

Eric meneó la cabeza como si no pudiera creerlo.

—¿Qué pjsa hay? Hasta esta nuit no entjaja nadie al cuajto. Quisá pueda yo entraj de nuevooo...

—Lo que tú digas... Pero salta ya de la puta cama.

Abandonó el catre y tocó sus ropas. Estaban llenas de barro, pero secas. Algo era algo.

Se presentó en la taberna con cuantas monedas tenía y las dejó caer en el mostrador.

—¿Me toca algo con esto?

El cantinero recogió las monedas y las contó.

—¿No decías que estabas sin blanca?

—Quiejes decij que...

—Que te alcanza para comer aquí un par de días.

—¿Y no sobja nada...? ¿Comej y ya...?

—¿Sobrar, dices?

—Paja vino...

El cantinero echó un vistazo al exterior y comprobó a su pesar que la nevada tenía para rato.

—Mira —le propuso—... si me llenas el cobertizo de leña cortada, estos dos días tienes cuarto y te hinchas de vino. Pero tienes que llenarme el...

—El cobejtiso, sí... pejo más tajde. Ahoja yo nesesito meaj y salij a que me dé el aije.

—Como quieras. Pero hasta que no vea cómo avanza la tarea, no hay vino.

Eric juntó las rodillas y se echó mano al paquete.

—¿Y dónde yo meo, hombre de dieu? ...En ese cuajto no hay ni una tjiste palangana...

Teth se revolvió en el catre y despertó de Súbito. Se secó el sudor que resbalaba por su frente y advirtió que estaba bañado de la cabeza a los pies. Luego cayó como un fardo sobre la almohada y permaneció pensativo.

No sabía qué le estaba ocurriendo, pero comenzaba a preocuparle que esa pesadilla, no solo no desapareciese, sino que se intensificase más con el paso de los días. Una pesadilla que se repetía con tanta frecuencia, no tenía las trazas de significar nada bueno; al menos para su salud y su descanso era nefasta, pensó, pues prácticamente era ya cada noche y le impedía relajarse. Pero lo peor del sueño no era que se eternizase, lo peor era que iba creciendo en intensidad y se prolongaba cada día más: la masacre en el castillo, el incendio y los gritos despavoridos de la gente, el relinchar de los caballos y el aullido de los perros y los gatos cruzando el patio envueltos en llamas, las gallinas correteando de aquí para allá y la peste a muerte, habían anidado en su cabeza y le atormentaban como nunca. Su pesadilla era cada noche más vivida, y añadía retazos del exterminio; flecos de lo sucedido aquél día fatídico, hasta entonces nunca soñados.

El que con más frecuencia se repitió a lo largo de las últimas noches, o el que más recordaba, dado lo siniestro que le parecía, era la silueta de un hombre encapuchado. Solo se distinguía el contorno de su ropaje difuminándose en la penumbra, pero una sensación indescriptible iba

apoderándose de él cuando aparecía; entonces despertaba empapado en sudor y temblando.

Conocía la leyenda del monje sin rostro, sin embargo no la asoció a su sueño; ese monje, según había oído, era visible; todo de él era visible excepto sus facciones. Decía la leyenda, que representaba el miedo a lo desconocido; a lo que tiene forma y no explicación; lo insondable de las mentes de los hombres. Y aunque su preocupación era lo que se dice evidente y podría vincularse a ese mito, algo en su interior le decía que descartase los lazos aparentes que ataban sus miedos a ese fraile creado por la mente...

O eso creía, pues no había cultura que no tuviera su *tío del saco*; una figura terrorífica que suele aparecer en los momentos vacíos y oscuros de la gente, paralizándola de pies a cabeza y dominándola cómo a niños.

No, a él no le inquietaba nadie sin rostro, le inquietaba un rostro en penumbra; un rostro que parecía estar en un lugar oscuro, y no dejaba atisbar apenas sus rasgos. El propietario de ese rostro desdibujado portaba una túnica de color indefinido y se encontraba en una sala oscura y repleta de cirios encendidos formando un círculo. En su centro, junto a él, un libro de tapas rojas abierto ponía la nota mística al sueño y le hacía aún más tenebroso.

Se puso en pie y decidió ir a Roncesvalles. Necesitaba limpiar su mente y hablar con algo que no fuera un árbol o un pájaro.

Preparó la carreta y las mulas y se abrigó hasta que su cabello quedó cubierto por completo. Era aún temprano, pero la nieve prometía un día bastante frío, y la capucha puesta no llamaría en exceso la atención.

Carlos de Marena no podía conciliar el sueño. Tampoco tenía apetito; durante los últimos días tan solo deseó una cosa: volver a ver a la flamante pelirroja que conoció por casualidad en el mercado. Se había jurado mil veces que sería suya y estaba dispuesto a conseguirla como fuera; lo que le retenía para llevar a cabo esa idea, era que aún no había pasado un tiempo prudencial, y si se le relacionaba con el secuestro, quedaría desbaratado su plan; era vital e imprescindible permanecer en la zona para que fructificara su proyecto y tenía que atenerse a ello.

—¡César! —exclamó, mirando por la ventana.

El criado apareció haciendo una reverencia.

—Haz que preparen la carreta. Que sea rápido, quiero estar en Roncesvalles a media mañana.

Mel y Esmeralda se mezclaron con el gentío. A pesar del frío, la gente acudía al mercado, ya a comprar, ya a mirar o a negociar; otros a robar... El caso es que el ambiente no faltaba y había que hacerse paso a codazos.

Era casi mediodía, y entre tanto gentío apelotonándose en las tiendas, se soportaba mejor el frío, pero era muy difícil ver los géneros que se vendían, y muy fácil perder el norte entre tantos puestos y pasillos.

Esmeralda agarró a Mel del brazo y preguntó:

—¿Recuerdas cual era la tienda de la anciana?

—No. ¿De verdad quieres volver allí?

—Sí. Estoy deseando ponerla a prueba.

—Pero aquí no hay quién se mueva.

—¡Ven, vamos por aquí! —Tiró de ella y entraron en una de las calles—. Apenas habían avanzado, tropezó sin darse cuenta con un desconocido y cayó.

—¡Oh là là, mademoiselle! —Le tendió la mano, tiró de ella y la puso firme frente a él.

Esmeralda quedó indecisa durante un segundo, luego reaccionó intentando soltar su mano de la del desconocido y tiró fuerte, pero este parecía estar acostumbrado y se las sabía todas; se lo impidió tirando a su vez mientras hacía una vistosa reverencia y se la besuqueaba.

—¿Pero qué hace este tipejo? —espetó, mirando a su amiga—. Debe haberme confundido con otra.

—¡Oh là là! —repitió Eric simulando estar maravillado. La observó con los ojos muy abiertos y exclamó con voz de alucinado—: ¡Tu est la plus belle fille du monde!

—Oye, mamarracho, que te entendemos...

—Mehoj, ma chérie... mehoj.

Mel tiró de ella, arrancando su mano del desconocido y la arrastró calle adentro.

—Anda, vamos. No hagas caso... ¿No le has notado el pestazo a vino? Tiene el aliento tan avinagrado, que casi me tira de espalda. ¡Dios, qué pestilencia!

Esmeralda no pudo evitar mirar atrás, buscándole sin éxito entre la chusma.

Mel la miró estupefacta. No lo podía creer.

—¿Se puede saber qué haces? —la recriminó.

—Es que me ha hecho gracia... eso es todo.

—¿Qué te ha hecho gracia?

—¿No negarás que era simpático, verdad?

—Pero si prácticamente no hemos tenido tiempo de...

—¿Verle...?

—Eso...

—Ojos negros y pelo castaño claro. Me saca la cabeza. Cara de piel blanca y suave. No tiene barba, pero va sin afeitarse. Su mano también es suave y cálida. Aún siento su tacto en la mía. Le falta un poco de altura, pero da igual.

Mel puso cara de idiota.

—¡Esmeralda! —exclamó, sorprendida.

Esta contestó con la mirada perdida.

—Dime...

—¿Que te diga? ¡Dime tú! ¿Qué te ha dado ese tipo?

—¿Era guapo, verdad? No me digas que no...

Mel resopló sin entender ese comportamiento. Nunca había visto así a su amiga. Hubiera jurado que había sido poseída.

—Me gustaría leerle la mano —repuso Esmeralda. Se imaginó agarrando la mano del desconocido y volviéndole la palma hacia arriba. En ese momento exclamó con todas sus fuerzas—: ¡Será desgraciado!

—¿Y ahora qué te ocurre?

—Ese hijo de Satanás... me ha robado la pulsera.

Carlos de Marena pensaba que había elegido un mal día para ir al pueblo. Ordenó detener el carruaje a las afueras y caminó decidido hacia las tiendas; allí se encontró con las muchachas y allí debían estar, si no a una hora, a otra del día. No había decidido llevársela a la fuerza, no aún... pero necesitaba verla, respirar su aire, pisar donde pisaba y sentir sus ojos posados en los suyos; incluso oír su voz.

No entendía lo que le estaba ocurriendo, y menos por qué, quizá era su parecido con Dragan;

había oído que el odio a un enemigo es siempre sinónimo de respeto, y que lo que en realidad esconde es una envidia incontenible y capaz de llevar a un hombre a cometer los más atroces y viles actos; entre ellos, adueñarse de todas sus posesiones y riquezas, incluyendo las carnales.

Se sintió bien, imaginándose en posesión de los bienes de Dragan; de haberle relevado de su sueño de grandeza.

Tenía una sensación rara cuando pensaba en ello; era como engullir su sangre. Como absorber su energía vital. Como alimentarse de su inteligencia.

En la guerra, pensó, toda treta es igual de válida. En la guerra todo vale, y el amor está incluido en esas rapiñas; quizá no sea correspondido, pero es igual de efectivo... su impacto en la carne es idéntico al del amor verdadero; al del amor más puro, si es que este existe.

Nunca creyó en esas pamplinas de la envidia, y dadas las circunstancias, no quería ni pararse a pensar en ellas; al menos, no en todas. Lo de apropiarse de las posesiones de su enemigo, tenía todo el sentido del mundo y a nadie se le ocurriría negarlo. La del derecho de apropiación de la carne, era la más legítima, a su entender... pero eso de que todo fuera debido a la envidia, no, y él era la prueba evidente, de eso estaba más que convencido. Jamás sintió envidia de ningún hombre; es más, se sentía por encima de la mayoría, y no cesaría hasta llegar a la cúspide; hasta sobrevolarle la cabeza a la humanidad.

Caminó entre las tiendas del mercado, buscando entre la gente una melena roja, y sin apercibirse de ello llegó al centro de una de las calles; la gente estaba apiñada en los puestos y apenas podía distinguir quién era quién. En ese momento reparó en una tienda que estaba prácticamente vacía, no sabía si debido a que nadie estaba interesado en el género que se ofrecía, o a la casualidad, pero lo cierto era que estaba desierta... solo una anciana parecía vigilar los cachivaches que se encontraban allí amontonados.

Sus ojos se cruzaron con los de la mujer y sintió unas ganas terribles de apartar la mirada y seguir su camino... pero una fuerza extraña que semejaba manar de los ojos de ella, parecía anular su voluntad, o esa sensación tuvo.

Arrancó sus ojos de los de la anciana y siguió buscando a la muchacha.

Teth se apeó del carro, dejó las mulas en el establo y fue a pagar por adelantado el forraje. Luego se ajustó bien la capucha y se protegió la cara con una bufanda.

—Señor —dijo el muchacho encargado del establo—, ¿cuánto tiempo tiene pensado dejar aquí a las mulas?

—Hasta el atardecer... puede que más.

—Lo digo —continuó el mozo— porque con tiempo suficiente, puedo cepillarlas.

—Me parece muy bien. Aún es pronto. Hazlo.

—Si lo desea, puedo también llamar al herrero y...

Teth le echó una mirada a las patas de los animales.

—Si lo consideras necesario, adelante.

El mozo levantó la pata de una de las mulas, la miró y se la mostró.

—Han caminado mucho —le dijo—, y nunca estaría de más una revisión de calzado.

—Adelante, entonces. Volveré antes de anocheecer.

El cuidado de las mulas le fue inculcado por Rodrigo y nunca escatimaba nada que pudiera hacerlas sentir un poco más felices. Sus animales eran herramientas útiles y necesarias para él, y a su manera se sentía también como una herramienta para ellas. Dar y recibir era la clave.

Tanta gente reunida en el mercado, llamó su atención y decidió mezclarse entre la plebe; dentro

del tumulto se sentiría a salvo de miradas curiosas y sería poco probable que alguien le reconociera o le relacionara con Dragan.

Se ajustó la capucha hasta que sus rasgos quedaron en penumbra y caminó hasta las tiendas decidido a fisgar el material que ofrecían.

Cuando hubo recorrido buena parte de las tiendas, se detuvo, cómo no, en un puesto solitario y vacío que daba la sensación de no pertenecer al mercado. Era imposible no parar allí, pues parecía por completo abandonado. Sin miedo a equivocarse hubiera jurado que a nadie llamaba la atención... ni un alma reparaba en él, era como si fuera invisible.

Alzó la vista y descubrió a una anciana que observaba cada movimiento que hacía, o esa sensación tuvo. Su tez estaba oculta por multitud de arrugas y permanecía seria y quieta; tan quieta que parecía muerta. Sus ojos miraron fijamente a los suyos durante unos segundos y brillaron.

Teth pensó si le habría relacionado con su abuelo. Los ojos de la mujer indicaron una súbita inquietud al verle.

—Me recuerdas a alguien —le dijo.

—Quizá conoció usted a mi abuelo. Es usted mayor, es posible que coincidieran alguna vez. —Señaló la mesa y apuntó a un juego de Tarot—. A él le gustaban estas...

—¿Estas, qué...?

—Ya sabe, las cartas, las adivinanzas... todo eso.

—Es posible, pero no lo creo.

—¿Ah, no? ¿Entonces...?

—Percibo algo raro en ti.

—¿Raro como qué?

—En este momento no sabría decirte qué, pero... Es como si me resultaras diferente al resto. Es una sensación extraña... Nunca había sentido nada igual, excepto hace poco; un hombre que vibraba igual que tú estubo aquí.

Teth intentó colocarse la capucha y dejó a la vista una buena parte de su cara y pelo; fue solo un segundo, pero suficiente para la anciana. Su rostro sufrió un cambio tan evidente, que teth se preocupó.

—¿Le ocurre algo?

La vieja no contestó. Desapareció tras una cortina y ya no volvió.

Teth se encogió de hombros y siguió su camino.

En una de las calles del mercado fue abordado por las romanís del otro clan.

—¿Te leo la mano, guapo? —lo de guapo era lisonja y mercadeo, pues su rostro estaba cubierto por la capucha, y apenas se le veían los ojos entre la bufanda.

—No, gracias —dijo en tono amable. Ni siquiera paró para responder.

Una de las gitanas no se dio por vencida y corrió tras él; la otra le fue a la zaga. Ambas le alcanzaron resoplando y sorteando a la gente que se apiñaba en el pasillo.

—Os he dicho que no... —repitió en tono grave.

—Anda, guapo... —insistió la gitana—. Que nosotras también tenemos que comer. Seré breve, te lo prometo... Y sólo te cobraré la voluntad.

Teth se acordó de Rodrigo y se sintió sucio por no ser más comprensivo con quienes se ganaban así el pan. Eso le ablandó e hizo sentir empatía por la mujer. La cara del mago apareció pletórica en su mente; le sonreía como si aprobara la decisión que iba a tomar.

—¡Está bien! —Aceptó, ofreciéndole la mano.

La gitana la cogió como si no acabara de creérselo y se concentró desapareciendo entre las rayas de la palma.

Tras unos segundos meditando, su voz cambió el tono y le miró consternada.

—¿Ocurre algo raro? —preguntó él.

—Mira, como te dije, seré breve:

—Soy todo oídos —bromeó.

—¡Ten cuidado! —le advirtió—. Estás en peligro.

—En peligro, eh —repuso él, nada sorprendido.

El rostro de la gitana se tornó pálido de repente.

—¡Líbrate, muchacho!

—Pero... ¿lo dices en serio?

Cogió del brazo a la otra y se alejó. Ni siquiera cobró.

—¡Líbrate de lo que no tiene nombre! —exclamó sin volverse mientras desaparecía entre la gente.

Carlos de Marena había dado varias vueltas al mercado y comenzaba ya a desesperar cuando creyó ver una melena roja entre la multitud. No estaba seguro de que fuera ella y se abrió paso a empujones para comprobarlo. Una vez que estuvo seguro de que era quien buscaba, permaneció a prudente distancia para no ser visto por ellas, pero sin perderlas de vista.

Las muchachas acabaron encontrando el tenderete de la anciana, pararon frente a él y escrutaron su interior.

Esta pareció surgir desde detrás de la cortina, como si fuese una aparición. Cuando vio a Mel, su rostro se tornó lívido. Miró los alrededores de la tienda y por casualidad descubrió a Carlos de Marena, quien en ese instante, sin apenas movilidad, intentaba agazaparse tras una tienda.

—¡Vete! —le dijo a Mel en tono seco—. No pierdas el tiempo y abandona este pueblo.

Ahora fue ella quien palideció. Se agarró del brazo de su amiga y exclamó:

—¿Cómo dice? ¿Es que la ha tomado conmigo?

—No pierdas tiempo —insistió la anciana.

Esmeralda intervino con el ánimo de destensar lo hilo que amenazaba con partirse de un momento a otro. Ellas dos parecían repelerse sin motivos aparentes desde el día en que se conocieron, y de eso nadie tenía la culpa, era la vida. Pero la responsable de que estuvieran allí sí que era ella; fue quien insistió en volver a visitar a la anciana.

—Está claro que no habéis empezado con buen pie. Y ya de paso, informarle, señora, que soy yo, no ella quien ha propuesto...

—¡Llévatela de aquí! —la cortó—. Si la aprecias, no pierdas tiempo y protégela.

—¡Y dale con eso...! —intervino Mel—. Sí que le ha dado fuerte. ¿No sabe hablar de otra cosa?

Esmeralda abrazó a su amiga con todas sus fuerzas. La vieja le había metido el miedo hasta el tuétano.

—¡Vámonos de aquí! —Lo dijo a la vez que tiraba de su brazo, pero Mel ofrecía resistencia y no le quitaba ojo a la vieja.

Esta se dio la vuelta y añadió sin mirarlas:

—Un hombre te busca para hacerte daño.

—¿Daño? —exclamaron ambas al unísono.

La mañana siguiente era igual de gélida que la anterior.

Mel se apeó del carro y se dispuso a orinar. Entonces vio al alguacil y se subió el vestido precipitadamente. Era raro, y más a esas horas tan tempranas, que a alguien del pueblo se le ocurriera pasearse por el campamento, y ya no digamos el alguacil, pensó. Esa deducción hizo que se pusiera tensa.

El alguacil, un tipo alto y corpulento, parecía estar de vuelta de todo. Se quitó el sombrero y fue al grano:

—Ha llegado a mis oídos —dijo—, que ayer visitó el mercado.

—Pues vaya novedad...

—¿No lo niega?

—¿Y por qué iba yo a negarlo?

El alguacil señaló el carro con la cabeza y preguntó:

—¿Quién la acompañaba, está ahí?

—¿Esmeralda? —exclamó, sorprendida—. ¿Qué pasa con Esmeralda? ¿No le habrá ocurrido algo?

—No. A ella no...

Mel colocó los brazos en jarra y estalló.

—¿Oiga, me va a decir de una vez qué ocurre?

—¿De verdad no lo sabe?

Mel comenzaba ya a perder los nervios. En ese mismo instante, como si viniese a amainar el temporal que se le venía encima, apareció Esmeralda.

—¿Qué sucede, Mel?

El alguacil la apuntó con el dedo.

—¿Esta es la que iba con usted?

—¿Qué si yo, qué? —se sorprendió la joven—. ¿Qué es lo que ocurre, Mel?

El alguacil, viendo que no sacaría nada en claro, dijo a bocajarro:

—Una anciana que vendía en el mercado, ha aparecido muerta. Era una nonagenaria que vendía artilugios de todo tipo... antigüedades y objetos de culto.

—¿No habrá pensado que hemos sido nosotras?

—Tengo que hacer mi puñetero trabajo. Este consiste sobre todo en indagar. Si las dos estuvieron en su tienda, y al parecer hubo cierta tirantez entre ustedes y ella, les aconsejo que me pongan al día y no me encabriten.

—Debería buscar por otro lado. Nosotras no fuimos...

—Creo que no mienten, pero yo me debo a mi labor. En fin, tengo otro sospechoso, pero no se extrañen si me ven otra vez por aquí.

VI

LA MEJOR VÍCTIMA POSIBLE

Quien estaba aporreándole la puerta, aún tenía menos delicadeza que el posadero; esta semejaba ir a resquebrajarse de un momento a otro. Su cabeza también.

—¿Qué ocujje? ¿Se acaba le monde o qué?

—¡Abra o tiro la puerta!

—¡Ça va! ¡Ça va... Oh, dieu...!

Eric se puso en pie. Los nervios no le dejaron percatarse de que estaba desnudo, y fue hasta la puerta con la misma estampa con la que vino al mundo.

Cuando abrió, los ojos del alguacil solo veían paquete.

Los dos ayudantes llevaron los ojos al suyo, como si lo compararan con lo que estaban viendo.

—¡Dios bendito...! —exclamó uno de ellos.

—¡Mon dieu...! —exclamó Eric, percatándose de que estaba en pelota picada.

—¡Vaya picadillo! —exclamó el otro.

El alguacil le echó una mirada asesina.

—¿Pero qué dices, mamarracho? ...Solo es un instrumento más.

—Sí, pero del diablo...

—Con razón hay gente que la tiene pequeña... Este se lo ha llevado todo —dijo el otro—. Parece que tiene dos.

—Dos leches os voy a dar como no os calléis.

Eric se llevó las dos manos a la entrepierna y se dio la vuelta.

—Pardonnez-moi. Je suis désolé... No me lo tenga en cuenta, estaba dormidooo.

—¿Dormido? —exclamó el alguacil—. ¿Y lo dices tan tranquilo? —Miró a los ayudantes y añadió—: Este tiene un par de huevos, sí señor...

Los ojos de los ayudantes se movieron al tiempo y en la misma dirección. Corroboraron a la vez, lo que sacó al jefe de sus casillas. Este fue a recriminarles, pero Eric se adelantó:

—¡Oh, mon dieu! ¿Es que nunca han visto un jabo?

El alguacil agarró su ropa con los dedos en forma de pinza, la olisqueó y sintió una arcada. Luego se la lanzó para que se cubriera. Acto seguido olfateó la habitación como un perro de presa, y tras sufrir una náusea todavía más intensa que le removió los intestinos, exclamó:

—¡Por Dios! ¿A qué huele este puto antro, a sudor de meses, a vino... o a mierda?

Eric le mostró un zapato con mierda en la suela y le sacó de dudas.

—A una pisca de cada. La hente se caga en cualquier pajte, ya lo ve... Hase fjío y da pejesa mohajse.

El alguacil se volvió a sus ayudantes y les ordenó:

—¡Revisad la habitación? A ver que encontramos...

Uno de los ayudantes registró su abrigo.

—¡Mire, jefe! ... Tiene mucho dinero.

—No puede ser. El patrón me ha dicho que trabaja a remolque y por comida y cama.

El ayudante le mostró una saca llena de monedas.

—¿A quién le has robado esto? —le inquirió con cara de ogro... ¿A la vieja?

—¿A la vieja? ¿A qué vieja?

—No te hagas el imbécil. Sabemos que llegaste con una mano delante y otra detrás.

—Lo encontré.

—¡Claro! En la tienda de la vieja.

—Mije, no sé de quoi tienda me dise. Pejo tjaiga a la vieja, y vejá cómo no me conoseee. Ela lo colobojjá.

El alguacil y los ayudantes se miraron perplejos.

—O es muy listo, o no ha sido él... —dijo uno.

—Yo creo que es listo... Es un vividor que se las sabe todas, pero a mí no me la da —replicó el alguacil.

En ese momento apareció el tabernero.

—¿Le debe algo este tío? —le preguntó.

—No. Estaba partiendo leña para pagar cama y...

El alguacil mostró la saca y la agitó con energía para que tintinearan las monedas.

—¿Y esto?

El tabernero abrió los ojos hasta que le dolieron las pestañas.

—¡Qué hijo de puta...! —exclamó—. Me la ha dado bien. —Se volvió al alguacil y ayudantes poniendo cara de chivo expiatorio y añadió—: ¡Ya no puede uno fiarse de nadie, eh...!

Eric, nervioso por el cariz que tomaban los acontecimientos, carraspeó, nervioso.

—Mije —le dijo al alguacil—, yo nunca le he quitado nada a nadie... y menos a una vieja. ¡Soy cohonudo!

El alguacil le miró con cara de idiota, pero aguantó las ganas de partirle la cara, y mantuvo la compostura.

—¿Me lo está diciendo en serio?

—Un poco sí... —ironizó Eric, medio en serio.

—¿Un poco? —Se volvió a sus ayudantes y ordenó—:

¡Lleaos esta escoria a la trena! ¡No quiero ni verle! Será desgraciado el hijo de puta...

Los dos ayudantes prendieron a Eric por las axilas y le arrastraron hasta la puerta.

—¡Un momento! —se quejó el francés—. ¿De qué me acusaaa? Yo no he jobado nada...

—De asesinato, cabrón...

—¿Quoi...? —Los ojos casi se le salen de las cuencas.

—Sí, cabrón, sí. Han encontrado a la vieja, estrangulada en su tienda.

—¿Cómo que estjangulada? ¿Qué quieje decij?

El alguacil agarró del cuello al tabernero e hizo como si se lo retorciera.

—¿Entiendes ahora? —le preguntó entre risas.

Eric abrió los ojos hasta que parecieron platos.

—¿La han ahojcado a mano?

VII

UN HOMBRE AFORTUNADO

El día y la noche en el calabozo se le hicieron eternos a Eric. No entendía por qué pensaban que a la anciana la había matado él; es más, ni siquiera sabía de qué anciana hablaban. Pero tal como iba desarrollándose la cosa, se le pasó por la cabeza que estaba siendo utilizado para tapar a alguien más listo y con más poder que él; de otro modo no entendía tanto ensañamiento contra su persona, y sin tener una sola prueba, menos. Solo podía rezar y suplicar que el juez que le juzgara tuviera un mínimo de sentido común y supiera separar el trigo de la paja.

¿Cómo se le ocurrió cruzar los pirineos a salto de seto y sin una moneda?, se preguntó, apretando los puños.

La necesidad imperaba, eso lo tenía claro, pero acabar en ese maldito pueblo, no fue causa directa de la necesidad, sino de su mala cabeza. Estaba tan borracho cuando encontró al abuelo que accedió bajo presión psicológica a que subiera a su carro, que ni siquiera le preguntó dónde iba. Era el colmo de la mala suerte... Y por si fuera poco, le robó una pulsera a una desconocida, la cual vendió en la primera tienda de cambio que encontró y de la que ni siquiera recordaba su ubicación. Como remate, alguacil y séquito se plantan en su cuarto al día siguiente, pillándole con la bolsa llena y llenándole el futuro de mierda.

Todo parecía conjurarse contra él. Rumió, bajo.

Y todo, por decir: déjeme en el siguiente pueblo.

La noticia corrió por el pueblo, como agua por arroyo y todo el mundo pareció recobrar la calma, especialmente el alguacil, que ya celebraba su sonado triunfo como si le hubieran nombrado caballero de la corte.

Noticias de tal envergadura no tardaban en expandirse, y esa lo hizo a modo de epidemia; antes del mediodía, todos estaban ya al corriente de la hazaña del alguacil, de que el criminal estaba a buen recaudo y de que la justicia se imponía en Roncesvalles, gracias a sus entregadísimos representantes de la ley.

Y como no podía ser de otra manera, también llegó al campamento gitano y por ende a Mel, que se apresuró en encontrar a Esmeralda; no por la noticia en sí, sino por lo que se comentaba sobre su asesino; la rumorología nunca la había importado demasiado, de hecho no acostumbraba a hacerle el menor caso a los chismes, sin embargo los cuchicheos que llegaron a sus oídos eran dignos de tener en cuenta, porque se decía que el criminal tenía acento y desparpajo... todas las trazas, pensó, de ser el que robó la pulsera a Esmeralda.

Con eso, se presentó ante el representante de la ley y pidió información acerca del reo. Esmeralda iba con ella.

—Poco puedo ayudarlas —les dijo el alguacil—. Solo sabemos de él que no es de aquí...

Exactamente igual que vosotras.

—Nuestro clan viene todos los años a esta región.

—Ya...

—Vamos de pueblo en pueblo... y en pocas ocasiones hemos sido un problema. No somos extraños.

El alguacil carraspeó un par de veces como si quisiera cortar el hilo de la conversación y abrevió:

—Y dime, muchacha, ¿exactamente, a dónde quieres ir a parar?

—Si es quien pienso...

—¡Me robó! —se adelantó Esmeralda.

—¿Qué te robó?

—Una pulsera... Era de mi abuela. Pasó de generación en generación.

—Y te tocaba, claro...

—Exacto.

El alguacil le echó un vistazo de la cabeza a los pies y calculó por lo alto qué diablos podría llevar de valor una muchacha romaní. Su presencia no tenía desperdicio, eso lo tenía claro, pero de ahí a llevar joyas...

Pensó si no sería una oportunista que quería aprovechar el arresto del tipo en cuestión, y sacar tajada de la confusión que había en el pueblo acerca de él; después de todo, nadie tenía idea de quién era ni de dónde venía; cuánto portaba en sus bolsillos, podría pertenecer al que reclamase primero. Carraspeó de nuevo y la informó:

—Pues se da la casualidad de que no tenía pulsera...

—Quizá no sea él —opinó Mel—. No debemos...

—¿Puedo verle? —pidió Esmeralda.

El alguacil resopló pensando que todo le pasaba a él, y mostrando su desaprobación con un meneo de cabeza, la indicó con el dedo, que le siguiera.

—Vamos... —Agarró a Mel del brazo y tiró de ella.

Bajaron una escalinata en forma de caracol, estrecha y húmeda; tan estrecha, que tenían que bajar en fila.

—¡Santo cielo —se quejó esmeralda—. Me he pisado la falda y por poco me caigo. Esta escalera está mojada.

—Húmeda es la palabra —corrigió el de la ley.

—Y qué más da... Si ese tipo sigue mucho tiempo aquí en estas condiciones, ya no tendrán que castigarlo... ¿Por cierto, en caso de que salga vivo de este antro, qué harán con él?

—No soy quién ha de juzgarle, pero no es muy difícil imaginarlo. Está aquí por un asesinato. Ha matado a una anciana. ¿Lo sabes, verdad?

—¿Y si no ha sido él?

—Yo no soy juez ni legislador. Bastante tengo ya con jugarme la crisma con estos zarrapastrosos —Señaló con el brazo a uno que se encontraba tendido en el suelo, con un grillete en torno a su tobillo. Estaba boca abajo.

—Ahí lo tienes —dijo—. ¿Le reconoces?

—Por el culo, no...

Bastó la palabra culo, para que Eric se diera la vuelta.

—¿Pejo qué ven estos ohitoos? —exclamó—. La plus belle fille du monde! ...¡Soy un hombjje afojtunadooooo!

VIII

ERIC EL GALO

Eric no podía creer en su suerte. Durante el juicio, se convenció, no solo de que la suerte existe, sino de que en el momento en que le mira a uno, le abre caminos nunca trillados... ¡impensables! No hay quién detenga una racha de buena fortuna si esta se pone cabezona.

Unos días atrás se estaba jugando el culo y de repente, como si la ventura se hubiera ensañado con él, cuanto le quitaba el sueño, adquiría tintes por completo diferentes. Unos desconocidos; benditos ellos, pensó, atestiguaron y demostraron que le vieron bebiendo durante la tarde del crimen, y que se fue tan borracho que no hubiera tenido fuerza ni para sacarse un moco. Y lo cierto es que si esos testigos le arrebataron el pastel de la boca a los que ya se frotaban las manos esperando una hoguera, tenía que dar gracias a las muchachas, por ayudarle de forma indirecta, pues alegraron lo de la pulsera, demostrando más adelante que el dinero que llevaba era producto de la venta del dichoso brazalete.

En cuanto le dejaron libre, se le ocurrió ir a celebrarlo a la taberna donde se emborrachó la última noche. Esa le gustaba porque tenía cortesanas trajinándose todo lo que sonara a moneda, y los días de mercado eran un chorreo.

El problema era que no tenía ni una mísera moneda, ya que la pulsera regresó a la muñeca de su propietaria y el dinero al que se la compró, pero al fin y al cabo era un hombre afortunado por no haber sido denunciado por las muchachas; no entendía por qué, pero solo podía estarles eternamente agradecido. Lo de no tener un clavel, no era algo que le quitara el sueño; ese insignificante detalle, no solo le tenía sin cuidado, sino que estaba acostumbrado a bregar sin él. Tenía maestría para sacarse las habichuelas del fuego, y aunque no era cuestión de tentar a la suerte, andando con tiento, haría una celebración a la medida.

Entró en el prostíbulo y se sentó en una de las mesas. Ya estaba oscureciendo y una de las cortesanas apareció con un par de velas, que dejó en el centro, inclinándose con desparpajo con la intención de dejar bien a la vista el canalillo y predisponer al cliente.

—¡Eric el galo! —exclamó sorprendida.

—¿Me jecuejdas?

—Sí, cariño. Todas te recordamos —dijo con sorna—. Y sé tu nombre y apodo porque no dejaste de repetirlo.

—No sé qué hice el ojo día... jeconosco que no tengo muy buen bebej y no jecuejdo nada. Pejo no temas...

—¿Que no tema? Te exhibiste a lo grande... —Rió—. Por aquí ya se te conoce como Eric el falo... ¿Y me pides que no tema...?

—No he venido a molestajte —dijo en un susurro—. He venido a bebej un poco, y si quiejes, a hasejte jeina.

- Reina de bastos, por lo que pude ver...
- Depende...
- ¿Depende de qué...?
- Pjimejo tendjías que hasejme tú, jey de copas...
- Cuando me demuestres que eres rey de oros...

IX

LA SOMBRA SIN NOMBRE

Las noches se hacían cada vez más largas. El sueño no cesaba de repetirse y crecer, pero nada en él le ofrecía un mísero atisbo que esclareciera aunque tan solo fuera un poco, las cada vez más numerosas dudas que ocupaban su mente; todo eran preguntas sin respuestas. Ahora, como si no fuera ya suficiente, el enigmático hombre mostraba un grueso tomo de tapas negras con letras rojas; un color tan rojo que le recordó al de la sangre. Se esforzó cuanto pudo en leer el título, pero le fue imposible, este aparecía borroso, intensificando así la cada vez más insoportable angustia que iba apoderándose de él.

Abrió los ojos y se palpó como comprobando con cada toque, que estaba fuera del sueño... Estaba tan empapado en sudor, que sus manos deslizaban por su piel como por la escama de un pescado fresco.

Se preguntó por enésima vez a qué podía deberse; qué propósito tenía aquel sueño que se iba convirtiendo en la pesadilla más tormentosa que jamás experimentó. Pero la falta de respuestas solo aumentaban su incertidumbre; su decepción era tan evidente que pensó si la vida se estaría riendo de él; si no sería el cebo de algo o de alguien. Sus dos padres le enseñaron los secretos del conocimiento y de la magia, pero algo parecía no dejarle pensar... actuar.

Era como si una fuerza desconocida actuara en contra de su voluntad y bloqueara su mente creando lagunas; como si no tuviera el control total y sus decisiones fueran algo involuntario, espontáneo; se sentía como una marioneta de carne y hueso manejada desde la oscuridad... No sabía a qué venía aquel sueño, pero no tenía ningún control ni sabía hasta dónde podía llevarle; solo sabía que crecía sin medida y que cada vez se embrollaba más.

Las dudas le asaltaron de nuevo: ¿Sería El Bastón? Era posible, pensó, pero no había forma posible de saberlo, y menos, de preguntar, ya que la posesión de esa reliquia no tenía antecedentes ni historia para consultar, que no fuera la que ya conocía.

Suspiró e intentó serenarse; los latidos de su corazón se habían acelerado tanto que podía oírlos.

Se levantó y se asomó a la ventana; el sol comenzaba a asomarse sobre las copas de los árboles y sus tenues rayos iban filtrándose entre sus ramas desnudas.

La luz le tranquilizó. Durante las últimas semanas sus miedos fueron acrecentándose a la par que su sueño, y al llegar la oscuridad su ansiedad se desbordaba y el terror a lo desconocido le dominaba hasta tal punto que temía quedarse dormido.

X

UN MARINERO LLAMADO FEDERICO

Federico Lupo estaba cansado de andar y el hambre le arañaba las tripas como si tuviese un gato dentro. Estaba harto de ver árboles y bosque por todas partes; el paisaje era precioso pero a él le importaba una mierda. Lo que le preocupaba en aquél momento era llenar el buche y salir del ayuno involuntario de los últimos tres días; un ayuno que aliviaba a base de hincharse a bayas y moras, y cuyo hartazgo acabó por provocarle una diarrea de las que no se olvidan.

Llevaba dos meses caminando y solo hacía paradas en pequeños cortijos donde, a hurtadillas, robaba gallinas y huevos, pero los últimos días parecían haberse tragado el mundo y solo pudo ver árboles por todas partes. Ni sabía a dónde iba ni tampoco le importaba; es más, no tenía ni la menor idea de dónde se encontraba ni le preocupaba.

Un nuevo apretón de tripas le hizo doblarse de dolor. Se disponía a bajarse los calzones, cuando vio una cabaña entre los árboles. Se relajó tanto, que se lo hizo encima.

Minutos más tarde cruzaba el aprisco que la rodeaba y un hombre le recibió hacha en ristre.

—No tema —dijo, intentando tranquilizarle.

—¿Quién eres? Nadie encuentra esta cabaña... No hay ningún sendero que traiga hasta aquí.

Federico acostumbraba a salir de los atolladeros a base de ingenio; en realidad ese talento innato era su mayor y más preciada cualidad; una cualidad que le había librado de muchos apuros. Eso y su galantería.

—Disculpe. He seguido la mierda de caballo y... ya lo ve —se la mostró—, destaca mucho en la nieve.

El viejo hizo una mueca y se volvió hacia las cuadras; nunca imaginó que las boñigas marcaran el camino a sus dominios, no obstante la excusa le pareció verosímil. Fue asimilarlo y se relajó bajando el hacha.

—¿Y qué haces perdido por aquí? Hace tiempo que...

—Tranquilo, solo estoy de paso —le cortó Federico.

—¿Y...?

—Llevo varios días comiendo moras...

—¿Y no te has ido patas abajo?

Federico se echó mano al culo y sobraron las palabras; espantó a una familia de bichejos que habían establecido su residencia allí.

—Más abajo hay un arroyo —le informó el viejo—. O límpiate con la nieve... por cierto, si las zarzas estaban cubiertas, es posible que eso empeore tu cagalera. ¡Uf!

—¿A cuánto estoy de alguna parte?

—Cerca del arroyo hay un sendero. Síguelo, en media jornada estarás en Roncesvalles... No envidio tu culo.

Federico se dijo que si no perdía el tiempo llegaría al caer la tarde, pues el viejo no parecía

querer darle cobijo.

Anocheecía cuando puso los pies en el pueblo. Las heladas nocturnas eran el motivo principal de que las callejuelas parecieran desiertas. Exploró varias calles y solo un local parecía estar animado. Era su salvación, pensó.

—A la buena de Dios —saludo al entrar.

La media docena de clientes que se encontraban en el tugurio, ocupando mesas y agazapados tras la luz de las velas, le echaron una mirada fugaz y siguieron a lo suyo.

Solo uno de ellos, quizá porque la miseria se huele, se mostró empático y le contestó cortés:

—¡Salut, compagnejo! Hace fjesco, eh...

Federico lo tomó como una invitación, se acercó a su mesa y tomó asiento.

—Sí... —respondió, frotándose las manos—. Este frio corta... ¿Puedo? —preguntó cuando ya estaba sentado.

—Un bon tjago de vino te pondjá a tono...

—Me encantaría, sí, pero... —Se frotó el índice y el pulgar y carraspeó meneando la cabeza.

—¿La vie, eh...?

Federico asintió con un encogimiento de hombros.

—¿Y vienes desde muy lehos...? ¿Estás haciendo quisá el camino de...

—No, no, no... —le cortó—. Vengo del sur y voy a...

En fin, sinceramente no sé a dónde voy... ¿Qué camino?

—El del fin del mundo, hombje...

—¿El fin del mundo, dices? —Hizo una mueca—. De allí vengo, precisamente...

—¿Vienes del fin del mundo?

Asintió con una risita sardónica y añadió:

—Desembarqué hace tres meses. Aquello no era para mí. Me estaba volviendo loco.

—¿Y poj qué te enjolaste alma de Dieu?

—Pues por la comida. ¿Por qué va a ser? Al principio sonaba bien. Conoces mundo... Perdona —se disculpó y se quitó el sombrero todo en uno—, no me he presentado: Federico López. —Lo dijo inclinando la cabeza.

—¿Fedejico...?

—López... pero los que me conocen me llaman Lupo.

—¡Cujioso! A moi me llamaban EJic le galo...

—¿El galo? Qué interesante...

—Pejo ahoja me han puesto el mote de Ejic le falo...

Federico no pudo contener la risa. Los ocupantes de la mesa de al lado, tampoco.

—No me digas por qué... —espetó sin dejar de reír.

Una de las mujeres se plantó ante ellos y se dirigió al recién llegado:

—Imagino que tan digno caballero deseará un trago.

—Tjaenos vino —se adelantó Eric—. Y apúntamelo a moi. Mi amigo está tieso...

—¿A ti? —dijo la mujer en tono irónico—. ¿Te burlas de mí, potentado? Tú sí que estás tieso...

—Magnana cojtajé madeja y me daján pjopina. Ahoja soy el cojtadoj ofisial de Jonsesvales.

—¿Seguro? Mira rabón, que te voy conociendo...

—Segujo, muhej. ¡Venga, Leonoj! Poj tu madje.

—Entonces podrías pagar ahora lo que debes...

—Magnana... Hoy he pagado la cama de la semana... Si quiejes, te la cojto a ti también y me descuentas...

—A ti sí que te la voy a cortar yo como no me pagues.

—Venga, muhej... ¡Magnana!

La mujer fue hasta el mostrador y al rato apareció con tres jarras. Se sentó y le acercó una a cada uno.

—¿A condición de que me invites —dijo, brindando. Y a Manuela también...

—¿Manuela? —exclamó Federico.

—Se está poniendo una jarra —le informó Leonor.

Eric palmeó el hombro de Lupo y le tranquilizó.

—No te pjeocupes. Manuela te gustajá. Es muy...

Manuela apareció y se sentó al lado de Federico.

—¿Y bien? —dijo, intentando caldear el ambiente—. ¿Cómo se llama nuestro apuesto caballero?

—Federico López. —Respondió guiñándole un ojo—. Pero tú llámame Lupo.

—¿Lupo? —rió—. Supongo que ese apodo tendrá una historia detrás... ¿Me equivoco? Porque por feo no es...

Federico echó un trago y negó con la cabeza mientras se limpiaba con la manga.

—En efecto... la tiene. Si queréis os la cuento... Es lo mínimo que puedo hacer a cambio de vuestra confianza y hospitalidad.

Todos asintieron.

—Veréis —comenzó—, la palabra lupo es italiana... y significa: lobo.

—¡Qué interesante! —exclamó Leonor agarrándose a su brazo—. Tenemos aquí a un señor lobo. —Le sonrió y le animó a continuar dándole una palmadita y simulando un beso—. Un lobazo alto y moreno de ojos claros.

—¿Y cómo sabes tú eso...? —se interesó Eric—. En mi lengua lo llamamos loup... es muy pajesido.

—Me lo enseñó un italiano que viajaba conmigo en el barco. El tío sabía hablar y también leer. Él fue quién me puso el apodo. Luigi era un gran tipo, sí señor...

—Intejesante... ¿Y poj qué te lo puso?

—¡Ahí está lo bueno...! —dijo, recorriéndoles de uno en uno con la mirada—. Yo frecuentaba sitios como este.

—¿Como este? ¿Quiejes desij, de muhejes?

Federico asintió y continuó:

—¿Habéis oído la historia de Rómulo y Remo?

—¿Los fundadojes de Joma?

—Eso es...

—¿Y quiénes son esos? —preguntaron ellas a la vez.

—¡Eran...! —corrigió Federico.

—Pues los fundadojes de Joma —las informó Eric.

—¿Roma? —exclamaron al unísono.

—Roma es una ciudad de Italia, pero también fue un gran imperio. Y sus fundadores fueron Rómulo y Remo.

—Roma... Rómulo... Remo... Parece una rima —dijo Leonor—. ¿No será una broma, verdad?

—Te estás burlando... —le reprochó Manuela.

—No, no... Lo que quiero decir es que eran hermanos huérfanos, y estaban abandonados.

—Eso lo entiendo —dijo Leonor—, aquí pasa igual.

—Sí —corroboró Manuela—. El país está lleno de...

—¿Pejo le vais a dehañ hablar? —las cortó Eric.

Federico reanudó sin esperar a que se callaran.

—A lo que iba —continuó—... Rómulo y Remo eran niños abandonados, y no hubieran sobrevivido, de no ser gracias a una loba que les amamantó.

—¿Ahora sí que te ríes de nosotras, verdad?

Federico negó con el dedo y explicó:

—No, no... no lo entiendes. Veréis —Miró a todos—, en italiano, loba se dice lupa. Luigi me contó que en esos tiempos, los pastores trabajaban para ricos ganaderos. El caso es que pasaban mucho tiempo solos en las montañas y como comprenderéis, en el monte no hay mujeres...

—Aquí también —dijo Leonor—. Pero para eso están las ovejas. Algunos de los que vienen aquí, no lo niegan.

—Entonces —enlazó Federico sin hacer caso—... Las putas, perdonad la expresión, iban al monte a ofrecerles sus servicios a los pastores. Cómo ya podéis imaginar, los pastores eran gente muy humilde, no podían costear esos servicios y pagaban con ganado. La excusa era evidente, decían que las habían matado los lobos, y todo arreglado. De ahí que se las considerara como lupas; devoradoras de ganado... Más tarde y debido a eso, los locales de puterío acabaron llamándose lupanares.

—Tengo que admitir que tu historija se sostiene.

—¿No está mal, verdad...? —opinó Manuela mirando a Leonor. —Se volvió a Federico y le guiñó un ojo—. Así es que a ti te llaman Lupo porque te gusta frecuentar los locales de prostitutas, y nosotras somos lupas...

—Se podría decir que sí...

—Bueno... —intervino Leonor—, lo de llamar a esto local de puterío, me ha parecido una falta de tacto...

—Tienes razón —aprobó Manuela—. Esto es...

—¿Preferís que lo llame lupanar? —las interrumpió.

—Pues no...

—¿Y si lo llamo lobería?

En ese instante se acercó uno de los que se encontraban en la mesa de al lado. Que iba sobrado de vino era lo primero que se apreciaba en él, sin embargo el tono que empleó no parecía hostil; más bien denotaba curiosidad.

—Perdonad —les dijo—, es que me he perdido. ¿Has dicho que te llaman lupo? —Se lo preguntó a Eric.

—No, no, no... —le corrigió este.

—¿Y tú eres el falo, no...? —le dijo a Federico.

—No, no, no, no, yo soy lupo...

Las mujeres, en un acto reflejo, apuntaron a Eric.

—El falo es este —exclamaron al mismo tiempo.

Federico aprovechó la coyuntura para aclararle el lío.

—Mi nombre es López... López «Lupo» Federicooooo —canturreó.

El hombre puso cara de idiota al escucharle; se volvió a Eric en cuanto se repuso y le apuntó con el dedo.

—Entonces tú eres...

—Ejic...

—¿Eric?

—Ejic el galo...

—¿Pero no has dicho que eres el «falo»?

—Bueno, sí... pejo...

El hombre volvió a su mesa, satisfecho y orgulloso.

—¿Ya os lo dije, no? —apuntó levantando el pulgar y guiñándole un ojo a sus acompañantes—. Habéis perdido la apuesta.

—Deja de decir tonterías, Ramón... —replicó uno de ellos con voz lánguida—. Tú te referías al otro.

Ramón arrugó el entrecejo y miró al resto.

—¿Lo dije, sí o no? —les preguntó con voz atiplada.

—¿Dijiste qué...? —intervino uno con voz cansada y mente a la deriva.

—¿Cómo que qué? —Apuntó a Eric y exclamó:

—Que ese la tiene más grande, cojones...

Leonor se puso en pie, decidida a cerrar aquel debate antes de que la cosa fuera a peor.

—Señores —informó a todos—. Es hora de pagar y...

Todos se pusieron en pie antes de que acabase.

Se volvió a Eric y le dijo en tono de aviso:

—Y tú, mañana me pagas o te van a llamar el «casto».

—¿El casto?

—Eric el «casto capón» —especificó.

Al galo se le fueron solas las manos a la entrepierna.

—Y nuestras jarras y la del lobo también las pagas, no lo olvides —sentenció.

Minutos después el local quedaba vacío.

—Solo nos faltaba otro limosnero —se quejó Leonor.

—Sí —se resignó Manuela—. Dios los crea y ellos se juntan... Por lo menos, son guapos.

—Tienes razón. Lo malo es que todos se juntan aquí.

XI

LA LÍNEA DEL DESTINO

La mañana se presentaba igual de fría que las anteriores. Mel corrió al carro de Esmeralda y apartó la lona.

—¡Venga, holgazana! —exclamó—, que ya es hora...

Esmeralda estaba tumbada y cubierta de pies a orejas con cálidas pieles de cabra; cuando oyó la voz de Mel, se dio la vuelta y se cubrió hasta la cabeza.

—¡Venga! —insistió Mel—. Hoy es el último día que podemos trabajar en el mercado; mañana acaba la feria...

—¡Tengo frío!

—Anda, tonta... que hoy va a ser un día especial.

—¿Especial? ...¿Por qué?

—Es un presentimiento... Pronto nos iremos de aquí, y algo me dice al oído que vamos a dejar huella.

Esmeralda bostezó y se desperezó, todo en uno.

—Tú y tus presentimientos... —suspiró.

—¡Anda, levántate ya! Tengo la corazonada de que...

—¿Y a qué se debe tanta corazonada? Tienes una cada dos días... descansa un poco, o deja descansar al menos...

—No lo sé... Si lo supiera, no sería una corazonada.

Esmeralda resopló admitiendo que tenía razón.

—Está bien, me rindo, tú ganas.

Mel sonrió; aquella mañana, sin saber por qué razón, se encontraba optimista y alegre.

Miró por la ranura de la lona y su sonrisa se acentuó.

—¡Mira, Esmeralda! —exclamó, abriéndola de par en par—. Hoy, parece que tendremos sol.

Carlos de Marena se despertó cuando los primeros rayos de sol acariciaron su rostro, y como de costumbre palpó el otro costado de la cama. El joven que yacía a su lado y que no pasaría de los doce, descansaba plácidamente con el cuerpo encogido entre las mantas, y en posición fetal.

Carlos descubrió su espalda desnuda y la acarició, más no sintió ningún deleite en el tacto... las últimas noches habían sido una calamidad en cuanto a placer, en cuanto a comida y en cuanto a descanso; el rostro de Mel se le había pegado a la cabeza y anclado al corazón como una flecha envenenada y no le dejaba pensar en otra cosa.

No sabía cómo ni por qué había llegado a ese estado, pero el cuerpo escultural de la muchacha había anidado en su mente y parecía no querer salir de ella; día y noche le acompañaba; hora tras hora la pensaba. Necesitaba su boca como el aire, y poseerla en cuerpo y alma.

Se levantó y cubrió al muchacho. Hasta días atrás, ese joven le había hecho disfrutar del sexo como pocos, pero toda la lujuria que en su momento le hizo sentir, se había esfumado sin dejar rastro.

De manera inconsciente se levantó el faldón hasta los genitales y paseó la yema de sus dedos por las otrora feas y supurantes llagas; lo hacía a diario, constatando que las costras iban desapareciendo sin dejar marcas visibles; las únicas señales de que había padecido ese mal estaban en su cabeza y en sus recuerdos... Pensó que El Bastón tenía algo que ver al respecto, ya que su curación coincidía de lleno y partía desde el día de su descubrimiento.

Sentía un placer inexplicable al verse liberado del mal que había marcado su vida hasta entonces; aquel estigma le tuvo acoquejado durante tantos años, que aún sufría con sólo pensarlo. En los últimos tiempos fue su curación lo que más alegrías le dio; el solo hecho de mostrarse sin ropa ante sus afectos le provocaba tal satisfacción, que en más de una ocasión sintió el calor del clímax rondándole la entrepierna.

Pero tanta complacencia formaba ya parte del pasado; desde que conoció a la joven pelirroja, nada le deleitaba excepto recordarla; imaginarla desnuda ante él; tocar sus labios, sus senos... invadir su cuerpo hasta que gritara de placer o de dolor... Desde que la conoció sintió que ella le pertenecía.

—¡César!

El criado, como siempre, pareció emerger de ninguna parte y se inclinó raudo ante él.

—Vos diréis, mi señor...

—Avisad a Solón. Decidle que necesito verle; que esté aquí en una hora. Y preparad el carruaje.

—Como deseéis —dijo a la vez que hacía una nueva reverencia y se retiraba de culo—. Así lo haré, mi señor.

Carlos de Marena regresó a la ventana y observó el sol espléndido que comenzaba a calentar aquella mañana de invierno; una mañana agradable, luminosa, que trajo a su mente el recuerdo de un amanecer primaveral... del más primaveral que recordaba. Se le antojó diferente al resto. Absorto, observó cómo se alzaba poco a poco por encima de las altas cumbres, pareciendo ser engullido de vez en cuando por las nubes. Hasta el cielo le pareció distinto. Y no era para menos, pensó, porque en aquel esplendoroso día, tendría por fin en su poder a la mujer que le quitaba el sueño; aquel día marcaba el fin y el principio de algo.

El mercenario se plantó ante él a la hora convenida.

—Señor... —Su presentación fue tan escueta como su inteligencia.

—Acercaos —le indicó moviendo el índice—. Deseo a toda costa que llevéis a buen término la misión que os encomendaré en breve; es de vital importancia para mí...

Eric y Federico estaban de enhorabuena. Como si aquella mañana estuviera de su parte, habían desayunado, lo que no ocurría todos los días, y se sentían muy satisfechos del cariz que iban tomando los acontecimientos.

Se habían levantado temprano... no por voluntad sino porque el posadero se había puesto de lo más borrico, y a las cinco y media de la mañana les despertó exigiéndoles encarecidamente que cumplieran el trato que permitió al recién llegado Federico compartir alcoba con el galo.

Dicho trato consistía a grosso modo en cortar y apilar leña para los próximos días; cuantos más mejor, pero que no bajaran de cuatro.

Quizá debido a la helada de aquellas horas prohibidas para ellos, sus cuerpos pedían calor, y

este vino gracias al esfuerzo, pero fuera o no esa la causa, a las ocho ya había un enorme montón de leños apilados en el cobertizo, y a pesar del cansancio siguieron cortando para el tendero y algún que otro vecino, los cuales agradecieron de forma espléndida sus servicios y prometieron llamarles siempre y cuando la nieve y las heladas permaneciesen.

Eric sopesó las monedas y le guiñó un ojo a Federico.

—¡Hoy puede sej un gjan día! —exclamó, jovial.

—¿Cuánto tenemos —le preguntó Federico.

—A oho de buen cubejo, bastante paja unos días. Pejo tenemos que pagaj a las lobas —bromeo en serio.

Federico no pudo contener la risa.

—¡Debes mucho!

—Ni siqueija lo jecuejdo, pejo una cosa es siejta, si no soltamos, se tejminó el bebej allí... Y si ellas dihejan que somos malos pagadojes... oh là là.

—Tienes razón. Esta tarde nos pasamos y les pagas... Pero ahora me gustaría conocer este pueblo y sus gentes.

—Empesajemos poj el mejcado. He oído que hoy es el último día...

Solón paró el carro en las afueras, pero en lugar estratégico y poco concurrido; justo detrás del mercado. Desde allí a las tiendas no había demasiado trecho, y el camino era lo suficientemente llano como para andar deprisa. Se encasquetó el sombrero para no ser reconocido, como si eso fuera a servirle de algo y se dirigió presto al mercado.

Mel estaba tan eufórica que ofrecía su servicio a cuantos se cruzaban con ella, la pena era que no tenía suerte. Los visitantes del mercado parecían no estar interesados en lo que les deparaba el futuro, y solo una anciana a quien cogió desprevenida accedió, no sin intentar escabullirse.

Mel insistió tanto, que cedió a regañadientes.

—¿Me ves mucho futuro acaso, hija?

Mel le echó una ojeada de pies a moño, bufó y meneó la cabeza; aquella mujer ya tenía que tener sus ochenta y pico... pero el pico, de cigüeña.

—Sí señora. Parece usted bien de salud. Lo demás, ya imagino que no le importa.

La vieja soltó una risotada que por poco se cae.

—Tienes razón, hija, comer y dormir. ¿Y tú, qué...?

Mel no esperaba una pregunta como aquella y quedó sin habla. ¡Vaya con la abuela!, pensó.

—¿No me contestas? A tu edad, yo ya tenía dos hijos.

Mel fue a replicar, pero una voz conocida hizo que se volviera veloz. Esmeralda y la vieja también se giraron.

—¡Oh là là...! ¡La plus belle fille du monde!

Esmeralda sintió un escalofrío y se ruborizó.

—¿Son lobas? —le preguntó Federico dándole con el codo.

—No, no, no... —Le dio un pisotón—. Son muhejes.

—¿Y ya está? ¿Es lo único que se te ocurre ante tanta belleza amasada? Si solo me dices eso...

—Quiejo decij que no son muhejes del ofisio. Son una majavila de hembjas.

—De eso no tengo ninguna duda —aseguró Federico mirando a Mel y ofreciéndole su mano al tiempo que se ponía de rodillas ante ella—. Me rindo a los pies de tanta hermosura. Toma mi

mano y lee cuanto quieras, amor de mi vida... lee mejor mi cuerpo... ¡léemelo todo!

Mel enrojeció como una niña. Era la primera vez que alguien la hablaba de aquel modo y con tanto desparpajo; aquella forma de lisonjear era tan distinta a las que había oído hasta entonces, que la dejó indefensa y sin palabras; por un momento, quedó a merced de aquél pillastre que, rodilla en tierra, se tomaba la libertad de besuquearle la mano llenándosela de baba.

Dio un tirón, la recuperó y se la limpió con la falda.

—¿Pero qué haces, mentecato?

—A tus pies, mi bella flor. Me pregunto dónde habrás estado todo este tiempo. He desperdiciado mi vida entera por no haberte conocido antes... ¡Soy tuyo!

La sorpresa de Mel era tal, que se quedó muda. Nadie la había preparado para aquello. Esmeralda estaba igual.

Eric, sorprendido por la fluidez verbal de su compañero, intentó emularle y dejar también su sello:

—Pjinsesa mía —le dijo a Esmeralda, quien no sabía qué decir ni qué postura tomar para quitarse de encima a su adulador; ella también estaba verde en cuanto a aquél arte de zalamería—. Ejes lo mehoj y plus bonito que mis ohos han visto desde que metí los pies en este pueblo. La plus jolie du monde...

—¡Oh là là! —exclamó la vieja guiñándoles un ojo—. Yo me voy retirando... que esto se está poniendo muy tostado, y ya no está una para estos calores.

—Hasta más vej, vieille dame —la despidió el galo.

Se fue de allí a paso acelerado.

—¡Cada día son más guarros...! —la escucharon decir mientras se alejaba—. Uno hablando con la boca llena de arena y el otro hablando como si se creyese el más galán del mundo. —Se volvió para echarles un último vistazo y meneó la cabeza como si no pudiera asimilarlo—. ...Y todavía se las follarán... —refunfuñó mientras echaba a andar. Ya no hay vergüenza. Me salen esos dos calentorros en mis tiempos, y...

Desapareció maldiciendo entre el gentío mientras el galo se engrasaba la lengua y entraba al ataque:

—Me gustajía conosej mí futujo, belle fille...

—¿Tienes dinero?

—¿Cuánto cuesta...?

—La voluntad.

Eric metió la mano en su bolsillo y sacó una moneda.

Mel se la arrebató antes de que se arrepintiera y cogió su mano.

—¡Oh, qué mano más suave! Exclamó Eric poniendo los ojos en blanco.

Mel se la soltó y puso los brazos en jarra.

—¡Si no respetas mi trabajo, te la va a leer tu madre!

Federico se interpuso entre los dos.

—Déjame a mí, anda —dijo—. Y le dio un empujón a la vez que le ofrecía su mano a la muchacha.

—Yo soy más fácil de leer —dijo mirándola a los ojos.

Mel quedó aturdida unos segundos. Tanto desparpajo la confundía y le agradaba a la vez. Sus ojos también.

Él lo notó y no la dejó reponerse. Acercó su cara a la de ella hasta que la rozó y le habló al oído:

—Dime que he encontrado a la mujer de mis sueños... Dime que no estoy soñando cuando te

miro...

Mel lo dejó por imposible. Suspiró y se concentró en la mano. Su rostro adquirió un rictus de sorpresa cuando comprobó que en efecto eso decía su línea del corazón.

Frunció el ceño y le miró, sorprendida, pero no le dijo nada. Era tan atractivo y tan descarado que la bloqueaba, el muy bribón. ¿A ver si el adivino iba a ser él, pensó.

A Federico le sorprendió su silencio y puso ojos como cacerolas.

—¿Has visto algo malo? Si es malo, no me lo digas.

—Qué sí —confesó ella—, que vas a conocer a tu...

—¿A mi...?

—Pues eso... a tu...

—Suéltalo ya, joder... que te va a arder la lengua.

Mel suspiró con fuerza y lo soltó de carrerilla:

—A la chica de tus sueños... ¿Contento?

—Ah... eso me relaja. Dime que eres tú...

Mel se ruborizó y bajó la cabeza. No estaba preparada para un tipo así; tenía salida para todo.

Federico la agarró por la barbilla y le alzó la cabeza hasta que sus ojos estuvieron frente a frente. Con mucha delicadeza, la atrajo hasta que pudo notar la calidez de su aliento y, casi rozando sus labios, susurró:

—Veo una rosa y me pregunto: ¿cómo puede algo tan sensible, frágil y bello, parecerse tanto a ti. Creo que mis andanzas acaban aquí. Todos los caminos me han traído hasta ti, y aquí me quedo.

Mel sintió un escalofrío por la espalda y se tambaleó.

Federico la sujetó y la atrajo hacia él.

—¡No temas! —le dijo, abrazándola—. Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida, y no voy a dejarte ir...

Mel tenía la mente tan nublada como los ojos, pero se dijo que debía replicar; por mucho tilín que le estuviesen haciendo las lisonjas de aquel dicharachero, debía seguir tranquila y mantener la compostura. Nunca creyó en los amoríos a primera vista, y quería seguir creyendo que la atracción era producto del roce continuado; el amor era para ella cuestión de tiempo, no de un encontronazo. Así lo había constatado en las jóvenes parejas del clan. Todos habían acabado formando una familia después de mucho hablar, pasear y conocerse. No sería ella la excepción.

Entonces una pregunta vino a su cabeza y dio al traste con esas convicciones poniéndolas en tela de juicio. Esta pregunta le martilleó las sienes como si se tratase de unas tachuelas que sobrepasaran los límites de entendimiento permitidos: ¿por qué si el amor era como pensaba, sentía ganas de tirarse en brazos de un desconocido?, porque de lo que no había la menor duda, era de que aquel tipo era un desconocido; alguien a quien jamás había visto, y que si de ella dependiera, jamás dejaría de ver. Qué cosas tan extrañas le ocurrían, pensó, era como si desaprendiese lo que un día le fue enseñado, y además se alegrase de ello.

Cuando quiso reaccionar, llevaba toda esa madeja de pensamientos abrazada a él. Y el caso es que se sentía de maravilla... nunca había sentido el tacto de un hombre, ni tampoco ese ardor que la abrasaba por dentro.

Federico apartó su cabeza de la de ella y acarició sus mejillas; estas alcanzaron un color bermellón intenso.

—¿Has terminado de leerme la mano?

Ella reaccionó de manera súbita, como si regresase del país de los sueños. Nunca se había sentido así.

—¿Cómo dices...? —preguntó, aún en Babia.

A Federico le resultó graciosa la candidez de la chica. No podía creer que existiera gente tan inocente. Él tenía la costumbre de jugar igual con todas las mujeres, pero a la niña grande que tenía entre los brazos, no podía ni por asomo tratarla del mismo modo, le faltaba valor y mala uva para hacerle daño a una criatura tan ingenua... más bien sentía deseos de estrujarla contra su pecho y notar el calor de su cara en su tórax. No entendía el porqué del bienestar que estaba experimentando junto a ella, pero si pudiese permanecer en aquella postura lo que restaba de día, ni siquiera se lo pensaría.

—¿Que si has terminado de leerme la mano?

—Ah, sí, claro, la mano... No, apenas he empezado.

Federico se la puso delante.

—Sigue, entonces...

La tomó y no pudo evitar acariciarla con disimulo; su tacto la hizo vibrar como un flan. Como pudo, concentró su atención en sus líneas; sin fuerzas para evitarlo, volvió a examinar la del destino y comprobó que no estaba muy marcada, y se partía en el centro. Eso la llevó a pensar en un cambio fuerte hacia la mitad de su vida, que marcaría su existencia para siempre. Revisó las que se cruzaban en vertical y en horizontal, y llegó a la conclusión de que el motivo de ese cambio sería provocado por una mujer.

—Te repito lo mismo. Vas a conocer a una mujer que hará que tu vida dé un giro importante.

—¿No te burlas, verdad? ¿Se lo dices a todos?

—Yo nunca juego con...

—¿Quieres saber una cosa? —la interrumpió.

Mel no contestó, sabedora de que se la iba a decir de todos modos.

—¿No te interesa saberla?

—¿Tengo opción? —Se lo preguntó, suspirando.

—Te noto cansada de esto. En fin, si no quieres...

—Yo no he dicho que no quiera. Si vas a decirlo, dilo.

—¿Me lo estás pidiendo?

—¿Pidiendo? ¿Doy la impresión de querer saberlo?

—Das la impresión de estar deseándolo.

El rostro de Mel alcanzó el tono de las fresas maduras.

—Veo que me conoces muy poco —dijo. Y estalló en carcajadas tan postizas que no la convencieron ni a ella.

—Tienes razón... Con esa máscara encarnada, casi no te veo. Y con esa risa forzada pierdes mucha frescura...

Mel se sentía avergonzada y humillada a la vez. Quiso dar media vuelta y echar a correr, pero Federico la sujetó por el brazo y tiró de ella hasta que quedaron pegados.

—Tengo dos preguntas —dijo—. ¿Querías escucharlas? Te prometo que te dejaré ir en cuanto acabe.

Mel asintió.

—Está bien, suéltalas... Pero...

Federico le puso la mano en la boca para que callara y le soltó la primera:

—¿Te gustaría saber cómo he dado con mis huesos en este lugar?

—No me interesa —mintió.

—Desembarqué en el sur del país —contó él de todos modos—, y aunque en un principio me pareció casualidad, la gitana que me salió al paso en cuanto abandoné el barco, me dijo que...

Aunque estaba deseando oír la historia, fingió que no.

—¿Escucha, te queda mucho? —interrumpió a modo de apremio—. No tengo todo el día.

—Yo tengo toda la vida.

Ahora el rostro de Mel se tornó carmesí profundo.

—No te sonrojes —dijo él levantándole el mentón.

Mel se maldijo por ser tan transparente; aquel tipejo, no solo parecía leerle el pensamiento... daba la sensación de conocerla mejor que ella misma.

Su voz la hizo centrarse de nuevo en la historia.

—A lo que íbamos... —continuó él—, aquella gitana me dijo por las buenas, que debía viajar hacia el norte de la península, porque mi amor me esperaba impaciente.

Mel soltó una carcajada nerviosa.

—¿Doy la impresión de estar desesperada? —dijo sin dejar de reír.

—¿Estás diciéndome que ese amor eres tú?

Ahora quedó descolocada y con ganas de que la tierra se la tragara.

—¿He dicho yo eso? —No me has entendido bien.

Federico la agarró por la nuca y la atrajo hasta que sus labios quedaron pegados.

—¿Eres tú? —repitió—. ¿Qué decía mi mano?

Ella ni siquiera hizo intención de apartarse; la calidez del aliento de él la tenía atrapada y pegada a su boca.

De repente, como si volviera en sí, se sintió observada por todos y sintió deseos de soltarse de aquél yugo, pero le faltaron fuerzas; sin apartar sus labios de los de él, oteó alrededor por el rabillo del ojo y comprobó que la gente iba a lo suyo sin prestarle la menor atención; era como si se hubiesen vuelto invisibles... Solo un detalle captó todo su interés; un detalle que la hizo abrir los ojos como si se le fueran a salir de la cara: Esmeralda y Eric se abrazaban y besaban como si estuvieran solos en el mundo.

Como guiada por una fuerza incontrolable, abrió los labios y le entregó su boca al hombre que la sujetaba por la cintura y se había adueñado sin remedio de su mente.

Era su primer abrazo, su primer beso y la primera vez que sentía aquel calor que la recorría de pies a cabeza. El cielo debía ser algo parecido, pensó.

A una distancia prudente, Solón, armándose de paciencia, hizo un gesto de hastío. Había seguido los pasos de las muchachas, y si la morena era un estorbo en cuanto a hacerse con la pelirroja, ahora la cosa se le complicaba y mucho. Los dos mirlos que las habían encandilado eran un puñetero estorbo para el éxito de su misión, y lo iban a enturbiar todo, además de no darle ninguna alegría al señor Sancho, quien había dejado muy claro su deseo de tener a la muchacha en su alcoba, esa misma noche.

Le gustase o no, tendría que esperar una oportunidad más favorable; una ocasión más propicia, que no pusiese en riesgo su irreprochable reputación.

Mel no había soltado aún el cuello de Federico, cuando escuchó a su espalda una tanda de improperios. Se giró y vio a la anciana apuntándola con su bastón.

—¡Guarras! —exclamó sin dejar de caminar—. ¡Noo, noooo, no os escondáis, para quéee! En cuanto una se da la vuelta, se desmelenan... ¡Desvergonzadas! —se quejó, agitando el bastón mientras desaparecía entre la gente.

Cuando regresaron al campamento, iban de la mano y risueñas; todo invitaba a sonreír... hasta el cielo parecía más azul. Pero esa euforia casi divina que las envolvía no dejándolas pensar, se tornó agrídulce en cuanto oyeron a Ismael, quien las esperaba impaciente.

—¿Se puede saber dónde os habíais metido, niñas...? Hay que prepararlo todo. Pasado mañana salimos al alba.

XII

HIJOS DE LA MISERIA

Julián acudió a la entrada de la choza y se inclinó ante el hombre que aguardaba; la cabaña era muy pequeña y estaba hecha con maderos y recubierta de varias capas de juncos y brezo para resguardarla de las lluvias torrenciales y de las intensas nevadas. Diez o doce más se encontraban así mismo en hilera formando comunidad vecinal en la periferia del fortín de Carlos de Marena, ahora Don Sancho Ramírez de Triana, quien se había constituido a sí mismo en un ejemplar de Señor feudal, tan mezquino y tirano como el que más. En realidad eran una cuadrilla de labriegos que se ocupaban del campo y de las cuadras, a cambio de comida y un chamizo donde resguardarse.

—El señor Sancho quiere ver al chico —le informó el criado.

—¿Otra vez, César?

—Dice que necesita aprender a leer y escribir... Se ha empeñado en enseñarle. No quiere que sea como tú... Ya ves que se preocupa por los muchachos. Es de agradecer.

Julián sacó la cabeza, dio un grito, y al poco apareció el joven.

—Sí, padre.

—Acompaña a César.

—¿Otra vez, padre?

El criado contestó por Julián.

—Dice que vas muy atrasado en la lectura. Que debes aplicarte más.

Julián fingió una sonrisa y le dio una palmadita en el hombro a su hijo.

—Ya lo has oído, Cisco. Debes esforzarte más.

El muchacho agachó la cabeza y se resignó. Aunque a ratos aprendiese a leer y a escribir, era a lo que menos se dedicaba durante sus visitas... no obstante debía guardar silencio y fingir, como acababa de hacer su padre y como hacían todos, que las lecciones del señor eran provechosas para él. En realidad todos habían sellado un pacto de silencio; no un pacto firmado en papel sino en las mentes de quienes formaban cuadrilla y convivían allí, en tierras prestadas a cambio de su sudor, de su sangre, y a veces de su vida. Nadie osaba sacar el tema, pero todos sus hijos e hijas habían sido requeridos sin excepción por el tirano y señor de la finca para ser instruidos en un arte prohibido para los míseros, el de la lectura... eso decía.

A menudo, sin siquiera comentarlo entre ellos, ya por temor, ya por resignación, habían pensado en abandonar el castillo y buscar trabajo en otra parte; algunos incluso lo hicieron. Pero su nuevo paradero era un misterio para los que aún no habían dado el paso, y las sospechas, cada vez más fundadas, eran que habían sido eliminados. Sin denuncia no había delito, y sin delito no había castigo; el dueño de las tierras se había convertido de esa forma en amo y señor de sus vidas y no iba a permitir bajo ningún concepto que nada de lo que sucedía en sus dominios, se supiera fuera de ellos. Llegados a ese punto de consentimiento, aceptaban seguir viviendo a

cambio de saber no saber, y todo lo demás era asumido como un mal menor.

Cualquier padre sabía que el señor Sancho abusaba de sus hijos; había síntomas inequívocos de que así era. Sin embargo, ya por vergüenza o por no complicarse la vida, todos aparentaban no darse cuenta a pesar de las secuelas de sus vástagos; del terrible mal que estaba marcando sus vidas para siempre: la del sangrado de ano o heridas que no les permitían sentarse durante un tiempo, eran de las más comunes entre los varones, pero existían asimismo y sin exclusión de género heridas mentales... heridas sin sangre, que perdurarían cuando las físicas desaparecieran o se hicieran más llevaderas.

Los muchachos y muchachas también fingían, ya para no preocupar a sus padres, ya por temor a represalias por parte del señor de la hacienda, y hacían como si nada les preocupase ni sucediese, digno de ser mencionado.

De ese modo, un secreto a voces gobernaba sus tristes existencias hasta que sus muertes lo silenciaran. Así era y así había que tomarlo.

César y Cisco se disponían a salir, cuando el padre del muchacho se dirigió al criado:

—¿Volverá esta noche, César?

Este se dio la vuelta y suspiró por respuesta.

Julián meneó la cabeza de arriba abajo y suspiró a su vez, dándose por informado.

—Hasta mañana, hijo —le despidió con voz trémula.

Cuando Cisco entró en la alcoba de Carlos de Marena, comenzó a desvestirse no sin pudor; muchas veces había hecho aquello; demasiadas, pero no acababa de acostumbrarse. Ya desnudo fue a la cama y se tumbó boca abajo.

Carlos estaba sentado junto a la puerta y observó con atención cada movimiento del muchacho; le gustaba ver su cuerpo desde la distancia. Cerró los ojos y se dejó ir...

Se había imaginado esa noche de un modo muy distinto, pero las cosas no habían salido según lo planeado y había tenido que sustituir la materia prima de sus fantasías.

La mujer que se había adueñado de su cuerpo, mente y corazón, se le había escabullido, y su falta le obligó a buscar calor y consuelo en el muchacho; Cisco, no es que fuera comparable a la pelirroja, pero era uno de los que más le atraía sexualmente, y comenzaba a convertirse en un hombre bello y viril que conseguiría, al menos esa noche, que dejara de pensar en ella.

Se acercó a la cama y se sentó junto al chico, que solo con notarle cerca comenzó a temblar. Le dio la vuelta sin delicadeza y comenzó a acariciarle los muslos hasta tocar su pene, que parecía contraerse para esconderse entre los testículos.

Como siempre, Cisco cerró los ojos y se dobló a los caprichos tiránicos de un hombre sin misericordia... un déspota que les confinaba a él y a los suyos a una miseria de clase, de mente y de corazón.

XIII

NUNCA RENUNCIARÉ A TI

Mel no consiguió pegar ojo aquella noche. Lo intentó, pero en su cabeza no había lugar para nada que no fuera el extraño que la abordó en el mercado. Su cara se quedó grabada para siempre en su memoria; era algo que nunca imaginó que llegara a suceder, pero tan verdad como que no podría borrarla jamás.

Su mente inquieta vagabundeó de cama a mercado y de mercado a cama. Recordó con todo detalle cuanto se dijo y sucedió en el encuentro. Recordó el desparpajo del cual hizo gala su apuesto cortejador. Recordó su cara, sus manos, sus ojos, su boca; sobre todo su boca... Pero de lo que no tenía ni idea, era de su nombre; acababa de saber que se iban de Roncesvalles en apenas un día, y no sabía el nombre de quien se había enamorado; porque se había enamorado de pies a cabeza, ahí estaba su noche en vela para demostrarlo.

Se puso en pie y se asomó al exterior; estaba nevando. Pensó que esa nieve podía ser algo bueno, pues quizá los del clan retrasaran la partida, y eso le permitiera volver a verle... Claro que para eso, tendría que nevar mucho.

Deseó con todas sus fuerzas que así fuera. Lo mejor de la nieve era que convertía los caminos en intransitables y peligrosos. Nunca una nevada fue tan oportuna.

Si Esmeralda se hubiese quedado a dormir con Mel, se hubieran hecho mutua compañía, y además de ahorrarse dar vueltas y vueltas en la cama, se habrían consolado la una a la otra y la otra a la una, pues ambas sufrían de lo mismo y por lo mismo. Al contrario que Mel, ella estaba menos verde en cuestión de amores; algún escarceo tuvo, pero solo eso, escarceos, y con jóvenes del clan; nunca se le ocurrió cortejar con nadie que no fuese de su etnia. La familia nunca dejaba de recordar a los casaderos, que una pareja nacida y consolidada en el corazón de su clan, era más segura y duradera, además de que mantenía juntos a sus miembros; como mal menor, no estaba mal mirado el que se unieran en matrimonio con alguien de otro clan, pero si eso se podía evitar, mejor que mejor.

Claro que ahora la cosa adquiriría tintes dramáticos. El tipo que la encandilaba, no solo no era del clan, sino que ni siquiera era romaní. A ver cómo explicaba ella a los de la tribu, que había perdido completamente la cabeza por un tipo sin oficio ni beneficio que, para colmo, fue quien le robó la pulsera; un tipo que tenía toda la pinta de vivir a salto de mata y que además de no saber de dónde venía ni a dónde iba, se había librado de la horca gracias a ella. Al menos eso es lo que se comentaba en el pueblo.

Su existencia tranquila y llevadera iba, si es que no lo había hecho ya, camino de convertirse en un abismo sin fondo, porque si su permanencia en Roncesvalles estaba a punto de culminar, todas sus ilusiones quedarían allí.

Sin pensarlo dos veces, se levantó y fue en busca de su amiga y cómplice.

—Te creía dormida —le dijo en cuanto la vio—, pero ya veo que no tienes ni legañas.

—Tú sin embargo, pareces haber dormido mucho... a pierna suelta, diría yo. —Y estalló en carcajadas.

—Me rio por no llorar —confesó.

Esmeralda la abrazó con fuerza y la miró a los ojos.

—No sé qué debo hacer —confesó a su vez—. No...

—¡Tranquilízate! —la cortó Mel—. Es posible que lo que sentimos sea algo pasajero. Apenas los conocemos.

—Hay amores pasajeros que duran toda la vida. Lo he oído en alguna parte.

—Sí, yo también lo he oído. Pero a algo tenemos que agarrarnos. No puedo ni pensar en no verle más... Y eso que ayer aún no le conocía. ¡No me hagas sufrir más!

—Oye, por qué no nos damos una vuelta... Es posible que nos encontremos con ellos.

—Estás loca. Mis padres deben estar preparando todo. En cuanto me vean, me darán qué hacer... Además ya no hay mercado.

Esmeralda se encogió de hombros.

—Los míos también. Pero si lo hacemos con sigilo...

—¿Y después qué...?

—Ya se nos ocurrirá algo. No presiones...

—¿Que no presione? ...No quiero ni pensar en lo que nos espera en cuanto nos pongan la vista encima.

Esmeralda hizo un mohín y exhaló un suspiro.

—Como quieras —se resignó—. Iré sola...

Mel la miró como si no acabara de creer lo que decía.

—¡Por favor! —la recriminó—. Mira que eres terca...

—¿Vienes o no?

De no ser por la descomunal nevada, aquella mañana no se habrían levantado temprano, pero el tabernero tenía la insana costumbre de levantarse antes de que cantara el gallo y, tan explícito y tajante como siempre, aporreó la puerta como si quisiese despertar a un muerto e informó del mucho trabajo que les esperaba, tanto por parte de él, como por parte de algún vecino comodón.

Se hallaban dándole al hacha, cuando Eric se detuvo y preguntó a Federico:

—Oye, tú... ¿poj qué jason te movías tanto anoche?

Federico dejó de cortar y suspiró hondo.

—¿Y tú? —preguntó por respuesta.

Eric se apuntó al pecho con el pulgar.

—¿Moi? Yo sí que he dojmido. Tú me has despejtado.

—¿Y tú qué hubieras hecho? Me estabas besuqueando y abrazando. Temí por mi integridad...

—¿De qué me hablas, Fedejico? Yo soy un hombje...

—Sí, ya lo noté... Si no me aparto... No me extraña lo de tu apodo... Al principio creí que era un mazacote de leña como este —señaló el que iba a cortar—. Si no llego a reaccionar a tiempo, me haces un boquete como...

—No exahejes... Anda, acabemos y demos una vuelta poj el pueblo.

Carlos de Marena observó la nevada a través de una gran ventana desde la cual podía controlar la totalidad de sus dominios. Se sentía orgulloso de lo conseguido, pero aún no había alcanzado la

cima de sus ambiciones. En primer lugar estaba apropiarse del fuerte de Dragan, eso lo tenía más que claro, pues conseguir el otro Bastón le daba alas, medios y tiempo para cuanto le viniera en gana. Pero sus deseos desmedidos de poseer a la pelirroja iban ganando etapas y convirtiéndose en prioritarios, amenazando con desbancarlos incluso... quizá la cita bíblica que antepone el amor a todas las cosas, no estuviese mal encaminada y fuese un augurio de lo que le estaba ocurriendo a él, pues cada pensamiento suyo la pertenecía.

Se acercó a la cama y contempló a Cisco; el muchacho estaba profundamente dormido, pues la noche había sido intensa y el alba llegó antes que el descanso. A eso había que sumarle que sufría terribles pesadillas que impedían que conciliara el sueño de forma natural, por lo que él se veía obligado a suministrarle *adormidera*: flor de lo más común; en realidad amapola blanca que, manipulada del modo correcto y consumida de forma sabia; él mismo lo hacía a menudo, alcanzaba un alto poder medicinal, sin olvidar que desinhibía más que la bebida, por lo que se la hacía consumir antes del acto sexual. Eso convertía a sus involuntarios visitantes en auténticos amantes capaces y alocados; al menos mientras durasen sus efectos, haciéndoles actuar como jamás lo harían en estado normal.

Los que hacían noche en su alcoba, que eran prácticamente cuantos jóvenes vivían en sus tierras, fueren del sexo que fueren, quisieren o no, la habían consumido de forma regular durante sus visitas, y estaba convencido de que a más de uno le agradaba que se le requiriese de vez en cuando en sus aposentos.

Destapó al muchacho y le acarició desde los pies hasta la nuca, recreándose en su glande, pero no tuvo la misma sensación que otras veces; su mente estaba tan lejos de lo que acariciaba, como él de la chica que deseaba.

—¡César!

El criado hizo su aparición sin perder un segundo y con la misma actitud ceremoniosa de siempre.

—Señor...

—Avisad a Solón. Necesito hablar con él.

Encontrar a los dos amigos no fue difícil para las chicas, en realidad hubiera sido imposible no dar con ellos.

—Buenos días... —saludaron al unísono.

Los dos se giraron al mismo tiempo, no ocultando sus facciones la gran sorpresa. Tanto uno como otro saltaron mentalmente de alegría en cuanto las vieron.

—¡Oh là là! —se adelantó el galo—. La plus belle fille du monde. ¡Merci mon dieu...!

—¿Cómo habéis dado con nosotros...? —les preguntó Federico, por decir algo. Sin saber por qué, pues no solía ocurrirle con las mujeres, se puso nervioso.

—Nada más fácil... —dijo Mel, enrojando.

—Solo a vosotros se os podría haber ocurrido estar en la calle con este temporal —adjuntó Esmeralda.

—A nosotjos y a vosotjas —la corrigió Eric.

Ahora enrojecieron las dos.

Federico carraspeó un par de veces y les dijo a modo de invitación:

—Si esperáis un rato, terminamos esto y podemos...

—¿Podemos qué...? —Fue Mel quien preguntó, pero solo porque se adelantó a Esmeralda; esta se quedó con la pregunta pegada a los labios.

Federico carraspeó nervioso y se encogió de hombros.

—Conocernos mejor... —propuso.

Mel vaciló un momento y tragó aire. Los nervios se la comían por dentro, pero no quería parecer una moji-gata; lo que en realidad era.

—Nos parece bien. —Lanzó una mirada inquisitiva a Esmeralda—. ¿Verdad, tú...? Así podremos saber cómo y cuando llegaron, cómo se llaman... cómo...

Esmeralda no esperó a que terminara la frase.

—Me parece buena idea —afirmó, rotunda.

Una hora más tarde se refugiaron del temporal en un granero. Una hora más tarde saborearon la dulce miel de sus bocas y se quemaron con el calor de sus cuerpos.

Ni siquiera eran conscientes del frío ni de su desnudez; estaban el uno en la mente del otro y el otro en la mente del uno; uno dentro del otro y ambos fuera de sí... el ritmo acelerado de sus corazones marcaba el ritmo del vaivén de sus caderas, y el vapor de sus gemidos ponía la nota de calor a la temperatura gélida del aire.

Mel estaba en un mundo nuevo; un mundo que jamás imaginó que pudiera existir. Esmeralda se sentía llena de Eric; tan plena y satisfecha, que había perdido la noción del tiempo y de las cosas.

De repente una sensación agri-dulce la invadió, todo lo que deseaba se encontraba en ese momento dentro de su cuerpo; cuanto ansiaba; cuanto pedía a la vida, se movía dentro de ella haciéndola sentir viva... Pero eso que más quería estaba a horas de fundirse como un copo de nieve, y no podía hacer nada para remediarlo. El mundo entero se le venía encima. Se abrazó a él y le apresó con las dos piernas hasta que sus pies quedaron cruzados, atrapándole mentalmente y le abrazó como si quisiese fundirse con él. En ese instante él aceleró sus movimientos al ritmo de una tormenta y llovió en ella con la fuerza salvaje de un diluvio inundando su cuerpo.

Cuando consiguió controlar su ritmo cardíaco, el aire parecía más denso y no caberle en los pulmones, pero sin embargo, aun con la respiración agitada y sin fuerza para moverse, se sentía flotar.

Eric se dejó caer sobre ella, extenuado y sin salir, dio la vuelta y se puso debajo. El gemido de Esmeralda le dio ánimos para repetir y no lo pensó; metió la cabeza entre sus senos a la vez que la atraía hacia él tirando de su culo y se clavó en ella hasta quedarse vacío... Toda su esencia se coló en ella como lluvia que traspasa la tierra.

En cuanto Esmeralda recuperó el aliento, juró, segura:

—¡Nunca renunciaré a ti! Era una cita que les gustaba a Mel y a ella y que acostumbraban a repetirse a menudo cuando se juraban amistad eterna.

Federico, dentro de Mel, se movía despacio al tiempo que devoraba sus labios y pasaba a sus senos sin apartar la lengua de su piel, paladeándolos con ansia milímetro a milímetro, para volver a subir y succionarle la boca hasta extraerle toda la pasión que tenía dentro, ya en forma de gemido, ya en forma de mordisco o araño.

Si a Mel le hubiesen preguntado que dónde estaba, no hubiera dudado en responder que en el cielo... Y ahora, a punto de saborear la miel de la vida, sintiendo el calor de lo divino dentro de ella y al compás de unas caderas sin freno que la impregnaban de vida con cada embestida, su futuro se le antojó como un regalo de Dios. Pero solo fue hasta que se repuso y volvió a la realidad; porque cuando recuperó el aliento, pensó que su cielo imaginario se iba a desvanecer como las nubes en una tormenta de verano.

Se abrazó a Federico con todas sus fuerzas y acurrucó su cabeza en su tórax como si quisiese quedar enredada a él; al vello de su pecho. Pero solo desearlo no solucionaba nada, había que pasar a la acción, y eso implicaba una promesa por parte ambos; un compromiso que justificase la

locura en su expresión máxima.

—¿Sientes algo por mí? —le soltó a bocajarro.

—¿A qué viene eso?

—Es importante...

—Digamos que le has dado vida a mi vida. He pasado de lobo a cordero en cuestión de...

—¿Cómo que de lobo a cordero?

—Es igual. Mejor que no lo sepas... pero sí.

—¿Sí qué...?

—Nunca he sentido con nadie lo que siento contigo...

—¿Ah, no...? ¿Te burlas, verdad?

—Pues, no... Sé que es precipitado y que te lo habrán dicho muchas veces, pero... En fin, yo soy así... estoy un poco loco.

—Júrame que no me mientes, por favor...

—Te lo juro y... ¿Por qué?

Esmeralda hizo su aparición terminando de ponerse el vestido y les interrumpió.

—Creo que debemos irnos, Mel... Hemos pasado toda la mañana fuera y nos habrán echado de menos. No sé lo que ocurrirá cuando nos echen la vista encima, pero los problemas que vengan después van a ser sonados...

—Poj moi puedes quedajte toda la vida, Esmejalda.

En otra circunstancia hubieran estallado en risotadas, pero no debía ser el momento, porque solo escucharon el silbido del viento.

—Qué difícil va a ser... —explicó Esmeralda en tono lastimero—. Voy a echar de menos tantas cosas...

—¿Qué quieres decir? —Fue Mel quien preguntó. Se imaginó que se refería a la despedida, pero no estaba del todo segura; de Esmeralda podía esperar cualquier cosa.

Esmeralda se abrazó a Eric y le apretó con fuerza. No necesitó contestar a la pregunta para que se la entendiera o eso creía... Ya le echaba de menos antes de separarse de él. El sentimiento era mutuo.

—Bueno —intervino Federico—. Marchaos. Mañana nos encontraremos aquí y...

—¿Seguro que me quieres? —le cortó Mel—. Vuelvo a repetirte esto porque es importante para mí. ¿No estás obligado a...

—Pero bueno —la cortó él a su vez—, ya te he dicho que sí... ¿A qué viene tanta insistencia?

—Viene a que mañana nos vamos de Roncesvalles.

Esmeralda exhaló un suspiro y negó con la cabeza.

—O este se viene, o yo me quedo... —Lo aseguró con tanta firmeza, que a ninguno se le ocurrió dudarle; a Eric tampoco, aunque la noticia fuera nueva para él.

—¿Estás sehuja de quejej hasej esa locuja pour moi?

—Estoy decidida. Preguntaré al clan.

—Ya conoces la respuesta —dijo Mel.

—Pero lo intentaré de todos modos... ¿Y tú?

—Anda, vamos... —fue su respuesta—. Cuanto antes acabe todo, mejor.

—Adelántate —pidió, abrazando a Eric—. Yo tendré que pensar algo y armarme de valor. Va a ser difícil...

—Está bien. Pero no tardes, eh... No dejes el sermón para mí sola.

La paciencia da muy buenos frutos, y Solón lo sabía. Tras buscar a Mel por los alrededores del campamento, se dio un paseo por el pueblo y dio en la diana. Encontrarla fue un trabajo de aprendiz, pues no había nadie más que ellas en la calle; ellas y dos rufianes que estaban cortando leña bajo un cobertizo. Y ahora, tras permanecer agazapado al acecho de cuanto hicieron, todo se volvía a su favor; con las calles desiertas, sería un juego de niños hacerse con la muchacha. Iba a ser una sorpresa para la chica, eso no lo dudaría ni un tonto, pero cuando le dijera a Don Sancho lo que había visto, podía ocurrir cualquier cosa... desde que la matara sin preámbulos, hasta ordenarle matar a su galanteador en venganza por haberla catado antes que él.

Dudó si ponerle al corriente o no, pero decidió que sí, ya que de enterarse más adelante, cosa que no dudaba ni por asomo de que acabaría ocurriendo, el muerto iba a ser él. Si alguien debía sufrir, que fuera Sancho, decretó.

XIV

COMO UNA MALDICIÓN

Cuando Solón le entregó a Mel, a Carlos de Marena se le erizó el vello y sintió un golpe de calor recorriéndole la espalda. Había deseado tanto que llegara ese momento y planificado tantas veces aquel encuentro con ella, que ahora que la tenía en frente, se había bloqueado.

—¿Os ha visto alguien?

Solón negó con la cabeza.

—¿Estáis seguro?

—Completamente, señor.

—Podéis retiraros.

Solón se inclinó hasta verse las rodillas y retrocedió.

—¡Señor...! —dijo, irguiéndose a la vez que se alejaba sin prisa—. Si me necesitáis... —Diciendo esto, cerró las puertas y desapareció.

Carlos le quitó la mordaza a Mel y sonrió.

—¿Me recuerdas? —susurró pasándole la mano por la mejilla.

Ella apartó la cabeza con un movimiento brusco.

—¿No dices nada... ni una mala queja? Qué pena. Si me conocieras sabrías que no me gustan las cosas fáciles de conseguir. Con esa pasividad, le estás quitando mucho encanto a la cosa. Siempre imaginé este encuentro como algo sublime... Pensé que te revolverías como una loca.

—¡Aquí el único loco es usted!

—¡Así mejor! —Aplaudió y soltó una risotada—. Ya me va gustando más. Estás irresistible cuando te rebelas.

Mel corrió hasta la puerta y agarró la manilla, pero él no la dejó abrir; la rodeó por el pecho y tiró de ella hasta que lo soltó.

—¡Bueno...! —exclamó, satisfecho—. Esto se calienta y coge color. Me gusta el cariz que está tomando nuestro primer encuentro. Me excita ver cómo te enfureces... Si eres así en la intimidad, vamos a ser buenos amigos.—Se quedó pensativo unos segundos y añadió—: Si te digo la verdad, no sé por qué me atraes tanto... Y mira que me has dado fuerte. No sabría decirte si es porque eres la viva imagen de alguien con quien competí y a quien por supuesto vencí; aunque no del todo, todavía estoy en ello hasta los huesos, o porque me recuerdas a alguien que no acierto a encuadrar en estos momentos. Pero el caso está claro —levantó el índice para puntualizar y añadió—: a alguien me recuerdas... eso es lo que lo hace interesante.

Mientras hablaba daba vueltas alrededor de ella para ponerla nerviosa. Ella iba girándose al mismo tiempo.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó de forma ingenua.

—¿A ti qué te parece?

—Me encontrarán...

—Algún día y si yo quiero, sí. Pero por el momento...

—¿Por el momento qué...?

—Te aconsejo que te relajes y te sientas en tu casa.

—¿Está usted loco o qué? ¿Cómo puede estar pasando esto? No tiene derecho a... ¡Esto es injusto!

—No me hables a mí de derechos ni de justicia... —la cortó—. Los derechos me los regalo yo, y la justicia está al servicio de mis derechos. ¿Acaso crees que por ser una zíngara estás exenta de mis caprichos? ¿O no lo eres?

—¡Y a ti qué te importa! —le tuteó ella dejando claro que le había perdido el respeto.

—¿Lo eres o no?

—Lo soy —mintió—. Y nuestras leyes son...

—Cuando te digo que no estás exenta de mi caprichoso gusto ni de ser de mi propiedad, estoy diciendo que no tengo miedo a las leyes de tu clan... De hecho, una queja mía podría resultar en vuestra expulsión... Quiero decir con esto, que las reglas las pongo yo. —Se dio una vuelta por la habitación y se detuvo de nuevo frente a ella—. Y cuando me conozcas mejor, quien sabe si te gustarán esas obligaciones que impongo a quienes están bajo mi techo; después de todo, esto es mejor que dormir en una carreta vieja. Verás qué fácil es acostumbrarse a esta vida. Y solo pido a cambio —la apuntó con el dedo— ser dueño de tu cuerpo, y quien te haga mujer... Conozco las costumbres y las obligaciones de las mujeres de tu etnia. Creo que no será necesario el pañuelo... tienes toda la apariencia de una fruta sin pelar.

Acercó la mano a su cara y le pasó el dedo por la boca.

Ella se apartó bruscamente y escupió.

—Se nota que aún no conoces el tacto de un hombre.

—¡Qué sabrá de eso un cerdo como tú! Si ni siquiera sabes tratar a una mujer...

—Descuida, eso lo comprobarás muy pronto.

La agarró de la muñeca y tiró de ella hasta la cama.

Ella intentó soltarse, pero no lo consiguió. Le dio una patada en la espinilla, y en vez de enfurecerle, le excitó.

La tiró sobre la cama de un empujón, y sus piernas se abrieron dejando a la vista los labios de su vulva, irritada por las rozaduras del miembro de Federico.

El semblante antes triunfador de Carlos de Marena se tornó del color de las lilas. No podía aceptar lo que veía.

—Creo que me he equivocado contigo. Eres una zorra de cuidado. ¿Están al corriente de esto tus padres?

—¿Y a ti qué te importa lo que sepan mis padres?

Carlos no daba crédito a lo que veían sus ojos, aquello estaba más encarnado que el culo de un mandril. Él sabía mucho de eso... el culo de Cisco tenía esa misma estampa cuando abusaba de él. No había duda de que se la habían trajinado, pensó con rabia.

Maldijo mentalmente al que se le había anticipado en tan grata tarea y se maldijo a sí mismo por no haber sido más rápido en hacerse con ella.

—Los gitanos son sumamente estrictos con esas cosas —dijo en tono amenazador—. Yo estaría preocupado.

—Eso es algo que a ti no te concierne —replicó ella.

Carlos estaba a punto de perder la compostura; no era lo que decía, era cómo se lo decía. Por el tono que usaba, parecía que se jactaba de haber perdido la inocencia con algún zarrapastroso sin oficio ni beneficio... Pero eso era lo menos malo; lo malo de verdad era que se notaba de lejos que había quedado prendada del sujeto que le había abierto las piernas, y verla feliz le

enfurecía más.

—Y por cierto... —añadió con la cara descompuesta y los ojos escapándosele de las cuencas—, estas rozaduras son frescas. ¿Ha sido hoy, verdad?

Mel se cubrió por respuesta.

—¡César!

Las puertas se abrieron y apareció la figura enjuta del criado. Carlos no le dio tiempo a arrastrarse.

—¡Tráeme a Solón!

—Le informaré de que le requerís, señor.

—Hazlo sin pérdida de tiempo. Le quiero aquí, ya...

Poco después aparecía el mercenario.

—Vos diréis, señor.

Carlos no perdió el tiempo con florituras:

—Esta mujer tiene el chocho más rojo que una fresa de Aranjuez. Por el tono, el trajín ha sido hoy mismo...

Solón se puso nervioso.

—Es posible, señor.

—¿Acaso no seguisteis sus movimientos?

—Hubo un momento en que las perdí de vista, señor.

—¿Las...?

—Eran dos, señor...

Carlos pareció relajarse.

—¿O sea que esto se lo hizo la otra...?

Solón dudó entre mentir o no, pero decidió que mejor era decir lo que ocurrió, más que nada para evitarse líos.

—No, señor... Con ellas había dos individuos.

—O sea que a la otra también se la han...

—En efecto, señor... también se la han...

Carlos apuntó a Mel con el dedo.

—¿Y reconoceríais al tipo que sedujo a esta?

—Un desconocido, señor... De hecho, ambos lo son.

—¿Desconocidos?

—Así es, señor. Sus caras no me suenan de nada. Uno, incluso parece extranjero... Se comenta que tiene un falo descomunal. Hay apuestas sobre su tamaño...

—¿Y cuál de los dos le tocó a esta? —le cortó—. Por la pinta que tiene la cosa...

—Creo que el otro, señor.

—¡Qué consuelo! ...Habéis dicho desconocidos, ¿no?

—Así es. Parecen vagabundos de paso...

Carlos se acercó a Solón y le habló al oído:

—¿Entonces, nadie los echará de menos, verdad?

—Entendido, señor.

—Podéis retiraros.

—Os informaré de todo, señor.

En cuanto Solón abandonó la alcoba, Carlos comenzó a desvestirse. Mel se puso tensa; aquel salvaje parecía ir a ultrajarla sin miramientos. Juntó las piernas y se protegió con las dos manos.

—¡Ni se te ocurra tocarme...! —exclamó—. No dejaré que me pongas la mano encima...

Carlos se acercó, la agarró por el hombro y le dio la vuelta de manera brusca. Cuando la tuvo boca abajo alzó su falda, y de un tirón la puso de rodillas sobre la cama.

—¿Pero qué haces, hijo de...

Antes de que terminara la frase, dejó su ano bien a la vista y se colocó sobre ella, se agarró el miembro con una mano mientras con la otra la sujetaba por la cadera, y sin preliminares dio una violenta embestida; una acometida feroz que descargó en ella toda la ira que llevaba dentro.

El alarido de Mel traspasó los muros del edificio y se expandió hasta las chabolas de los jornaleros; estaban tan acostumbrados a ese lamento que parecía surgir de almas en pena, que buscaron cada uno a sus vástagos, y después de comprobar que ninguno de ellos estaba en el infierno, se persignaron apiadándose de la pobre víctima.

Los jóvenes sintieron como un punzón dentro de ellos y las chicas empatizaron con aquella mujer desconocida; una mujer que por el timbre de voz parecía muy joven, y que se desgañitaba como si la estuviesen descuartizando.

Sin saber por qué, todos ellos llevaron sus manos a las partes de sus cuerpos que fueron sometidas al ultraje. Sin saber por qué, sintieron como si los desgarrados alaridos que rompían sus oídos salieran de sus propias gargantas.

Pero ninguno excepto Cisco, sintió lágrimas resbalarle por las mejillas. Quizá su suplicio estaba muy fresco para no sentir el de aquella muchacha como suyo. Apretó los puños y se preguntó hasta cuándo aguantaría morir así.

Julián miraba a su hijo por el rabillo del ojo y sintió su dolor en forma de vergüenza y cobardía; todos los padres que se encontraban a expensas del señor de aquella tierra eran concedores de los ultrajes a sus vástagos, pero ni el valor ni su amor propio podían más que su miedo a unas consecuencias que consideraban aún más nefastas.

Drina y Baval, padres de Esmeralda sintieron una brizna de aire fresco cuando vieron aparecer a su hija, pero para ella fue un soplo más helado que fresco.

Su padre explotó al verla.

—¿A dónde os habíais metido, Esmeralda?

—No sé —dudó—. ¿Qué ha dicho Mel?

—¿Cómo que qué ha dicho...? ¿Es que no ha venido contigo?

—No. Ella se adelantó...

—¿Se adelantó? —Bufó como un toro y gritó como si estuviera poseído—: entonces ve y díselo a sus padres... ¡Corre! Están comiéndose las uñas.

—Padre, no te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que Mel no ha puesto los pies en el campamento.

—Pero eso no puede ser... yo...

—Tú, nada...—la cortó su madre—. Y si quieres que todo se aclare, empieza por aclararnos qué os ha ocurrido para que desobedezcáis las normas. Todo el mundo se ha dejado el pellejo en la limpieza, excepto vosotras... Estos terrenos deben quedar como si no hubiésemos estado en ellos; no deben quedar ni las cenizas, si queremos que se nos acoja en este pueblo el próximo invierno.

—Lo sé, madre, pero...

—¿Pero qué...? Está a punto de anochecer y no habéis dado señales de vida en todo el día... ¡Sinvergüenzas!

—Pero madre...

—¡Ni pero ni pera! Y a saber dónde está la otra...

En ese momento hicieron su aparición Leila e Ismael.

—Hemos oído que han llegado —dijo Leila—. Dónde os habíais metido... Hemos buscado entre las carretas de los mercaderes, y ni rastro de vosotras. ¿Y Mel...?

A Esmeralda se le cayó el cielo encima; ese cielo en el que flotaba antes de poner los pies en el campamento, se diluía como la soñada felicidad de un momento antes.

Entendía que los padres de su amiga tuvieran derecho a saber dónde estaba su hija, pero también sabía que era la propia Mel quien tenía la responsabilidad de ponerles al corriente de algo cuya trascendencia tenía consecuencias imprevisibles.

No obstante y en vista de lo acontecido sentía que las obligaciones de Mel pasaban temporalmente a ella, y que sus padres tenían derecho a calmar esa ansiedad que iba royéndoles por dentro, esperando una aclaración como si fuese aire para sus pulmones.

Se preguntaba dónde se habrían metido. Salieron del granero, asegurando Mel que volvía al campamento, y si hubiera decidido desaparecer con Federico por miedo al sermón de sus padres, se lo hubiera dicho.

La voz de Ismael la devolvió a la realidad.

—¿Vas a decirnos dónde está nuestra hija?

Esmeralda se puso tensa.

—No sé cómo empezar —dijo con voz trémula.

—¿Tan grave es? Preguntó Leila, descompuesta.

—Déjala hablar, mujer —la reprochó Ismael.

—Empieza ya, hija —pidió su padre.

—Es que es complicado. Lo que sucedió es que conocí a un muchacho... —Lo dijo de un tirón y bajó la cabeza.

—¿Cómooooooo...? Exclamaron a una—. ¿Y qué?

—Y Mel a otro...

—¿Cómo que Mel a otro? —exclamó Leila disgustada. ¿Es que no tenéis muchachos en el clan, que tenéis que ir por ahí pendoneando?

—¡Basta, mujer! —pidió Ismael—. Después de todo, a una chica como Mel, no se la puede exigir casarse con un joven del clan... Ella no es como nosotros. Y Esmeralda es tal para cual; siempre han sido como hermanas.

—¡Mi hija es gitana de pura cepa —exclamó Bevol—, y se unirá a alguien de su raza.

—¡Bien dicho! No estamos dispuestos a permitir que Esmeralda se una a alguien que no sea de nuestro círculo —dijo Drina—. Nuestras tradiciones son sagradas...

Esmeralda apretó los puños con rabia; quiso contenerse, pero no pudo. Tal como se iba desarrollando la cosa, y eso que aún no había dicho lo más importante, su vida y su futuro estaban tan atados a ese carro como las mulas...

—¿Queréis escucharme? —protestó, decidida a darles la información al detalle—. Yo también tengo derecho a ser feliz y a elegir con quien. Y de momento mi felicidad está ligada a Eric, y no a ningún casadero del clan.

Su madre soltó una risita nerviosa y negó con el dedo.

—No, hija, no... —Lo dijo en tono intimidatorio.

—¿Qué no, qué? —protestó Esmeralda.

Su madre exhaló un suspiro y la apuntó con el dedo.

—Tú no sabes lo que quieres ni lo que te conviene. Y además, ¿Quién demonios es ese Eric? —Lo dijo haciendo una mueca de desprecio; solo le faltó escupir.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Para enfadarte más?

—Ah... ¿es que me puedo enfadar más?

—No lo dudes...

—Pero bueno hija —se quejó Bevol—, ¿le vas a decir a tu madre quien coño es ese tío?

—El que me robó la pulsera.

—¿Quééééé! —exclamaron todos al mismo tiempo.

—¿El tipo de la minga descomunal...? —se sorprendió Ismael.

—¿Cómo? —preguntaron a una, Leila y Drina.

Ismael se encogió de hombros y matizó:

—Quizá sea solo un comentario, pero he oído qué...

—¿Qué has dicho? —preguntó Bevol—. ¿Qué minga ni qué leches? A ella le habrá robado la pulsera, pero yo no voy a permitir que me robe a mi hija.

Esmeralda se apresuró a desviar la conversación hacia otra parte del cuerpo de Eric.

—Dejadlo en el que me robó la pulsera —dijo—. Con eso basta. Es guapo y simpático. Os gustará.

—No te lo crees ni loca —dijo Drina, segura—. Ese a ti no te pone la mano encima...

—Ya me ha puesto las dos —la informó Esmeralda...

—Perdona, hija —dijo la madre—, es que no he oído bien...

—¿Ha oído bien tu madre? —la interrogó Bevol.

Esmeralda agachó la cabeza y permaneció en silencio.

Drina y Bevol se miraron estupefactos.

Ismael, sabedor de la tormenta que se avecinaba, hizo un llamamiento a la cordura.

—Lo importante es que estás bien, Esmeralda —dijo.

—Bien toqueteada —dijo Drina—. Qué vergüenza y qué dolor... Como esto se sepa, todos los muchachos del clan la repudiarán.

—¿Y Mel, qué...? —se interesó Leila—. ¿También...?

Esmeralda agachó la cabeza y suspiró por respuesta.

Leila miró a su marido con la cara descompuesta.

—¡Se la han follao...! —exclamó—. Ya sabía yo que le habíamos permitido demasiado.

—No digas tonterías mujer... tampoco ha dicho que... —Miró a Esmeralda—. ¿Porque, no habrás querido decir eso..., verdad?

Esmeralda asintió con su silencio. No estaba dispuesta a ocultar nada; cuanto antes se enterasen, mejor.

—Bueno... —Intentó quitarle importancia al asunto y dio una palmada de apremio—. Ahora lo importante es encontrar a Mel. Luego veremos cómo solucionamos este problema...

—Es que no es un problema —les informó Esmeralda—. Me siento enamorada. Y Mel también. Seguramente, ahora estará con Federico. No sé qué les habrá podido ocurrir, pero estoy segura de que están juntos.

—Está bien... —irrumpió Leila mirando a Drina—. Ahora que estamos al corriente de lo ocurrido, propongo que nadie más se entere. De lo contrario, las dos serán el hazme reír de todos. Y eso antes de ser repudiadas y...

Ismael no la dejó continuar.

—No permitiré que expulsen a las muchachas. Solo el viejo puede tomar esa decisión.

—Y la tomará —le aseguró Bevol—. Por mucho que le duela, la tomará... Es la ley gitana.

—Entonces mantendremos silencio. Esto no debería salir aquí... ¿Estamos todos de acuerdo?

—¡Yo no! —protestó Esmeralda.

—¡Tú sí! —exclamó Drina—. No vamos a permitir al clan que se ría de nosotros... La raza no perdona

—Pero yo...

Drina la cortó decidida y añadió:

—Y tampoco que mancillen el nombre de la familia. Cuando aparezca Mel, ya entraréis en razón... pero hasta entonces te recuerdo que debes acatar la autoridad de tu familia, y eso empieza por obedecer a tus padres.

—Hasta que no estés casada y con hijos —le recordó su padre—, no tienes derecho a decidir. Debes fidelidad a tu raza y a tu familia sobre todas las cosas.

—Ya te dije que debimos apalabrar su casamiento con el hijo de Ovidio —dijo Drina.

—Pero enfermó —le recordó Bevol— y quedó inútil para procrear. No querrás que tu hija...

—No, pero deberíamos apalabrar con algún otro. Que quede sellado el compromiso. Eso allana el camino.

—Entonces sí que vamos mal —avisó la muchacha—, porque a estas alturas sabéis que no pasaría la prueba de la virginidad. Creo que la única salida es...

—Eso es cierto —aprobó Bevol—. Esto no tiene buen final...

—Eso ya lo veremos —intentó apaciguar Drina.

—Pues no sé en qué estarás pensando, pero...

—No existe barrera —le cortó— que una madre no pueda saltar por un hijo.

Cuando se separaron, se habían comprometido todos mediante un pacto de silencio; todos excepto Esmeralda.

Dos días habían pasado sin tener señales de su hija. Dos días que, tanto a Leila como a Ismael se le hicieron largos e insufribles.

Dado lo dicho por Esmeralda, lo que menos deseaban era poner en antecedentes al clan sobre lo que sucedió, y tomaron la decisión de esperar a que apareciera, pero fue una decisión equivocada dado el resultado, y optaron por ponerlo en conocimiento de las autoridades.

Los cinco se presentaron ante el alguacil.

Este no necesitó que le detallaran a la muchacha.

—La recuerdo —les dijo—. ¿Son las de la pulsera, no?

Esmeralda asintió con la cabeza.

El alguacil chasqueó los dedos, y como si de un truco de magia se tratara apareció uno de sus ayudantes.

—¿Recuerdas a esta chica? —le preguntó.

—¡Claro! Eric el falo le debe la vida.

—¿El falo? —preguntaron los cuatro al unísono.

Esmeralda tuvo que contener las ganas de reír.

—...El galo... el galo —corrigió el ayudante, nervioso—. Ha sido un lapsus. Es que es francés, sabe... y...

El alguacil remendó el error de su ayudante cambiando el hilo de la conversación.

—Bueno... —dijo, dando una palmadita—, ¿y qué les ha ocurrido esta vez a estas señoritas? ...Perdonen a este —suplicó—, es que se lía con los idiomas.

Ahora Esmeralda tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no estallar en carcajadas.

—La razón de que estemos aquí —le informó Ismael, visiblemente deprimido—, es que mi hija lleva dos días sin dar señales de vida. Al principio creímos que sería un arrebató de su edad, pero

en estos momentos no sabemos qué pensar. Si le hubiera ocurrido algo...

—¿Dos días? ¿Y lo dice ahora?

—Verá —se disculpó—, es que no queríamos alertar al resto... En realidad seguimos sin querer hacerlo.

—¿Al resto...?

—Nuestro clan sigue unas leyes muy estrictas —dijo.

—Conozco sus costumbres. Lo que no sé es...

—Lo que quiero decir —le cortó Ismael—, es que nos gustaría dejarlos al margen... Si pudiésemos encontrarla sin armar ruido —señaló a los otros—, sería muchísimo mejor para nosotros.

—Entiendo. ¿Y tiene alguna idea de dónde podría...

Esmeralda se apresuró a informarle.

—Cuando la dejé, estaba con un muchacho llamado Federico.

—¿El lobo...? —saltó el ayudante.

—¿El lobo? —repitieron todos al unísono.

El ayudante se vio obligado a corregir de nuevo.

—Quise decir Federico López, apodado Lupo... Es un vagabundo que apareció hace poco, y al que faltó tiempo para hacer migas con el falo... perdón, el galo.

—Ya lo ven... buena gente —sentenció el alguacil.

Esmeralda sintió deseos de darle una bofetada, pero se contuvo.

—No debería hablar así de quien no conoce.

—¿A quién no conozco, al que te robó la pulsera... o al otro?

—Está claro que a ninguno...

El ayudante carraspeó y se dispuso a cagarla otra vez.

—¿Sabe por qué le llaman Lupo, señorita?

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó Ismael—. ¿No será un asesino, verdad?

El ayudante se vio otra vez más en la obligación de enmendar su error.

—No, no, no... —explicó—. Le llaman así porque su afición preferida es ir de...

—De fiesta... —le cortó el alguacil—. Es un joven de mundo y le gusta la buena vida.

Esmeralda exhaló un suspiro y se dirigió al alguacil.

—Veo que está usted enterado de...

—De todo... —la cortó este—. Y aun así, mire lo que pasa.

—Ya... —dijo Ismael—. ¿Y qué nos aconseja hacer?

El alguacil suspiró y encogió los hombros.

—No lo sé —confesó—. Si está con un hombre, y no a la fuerza, poco podemos hacer nosotros.

—¿Y ya está? —exclamó Leila.

El alguacil se cargó de paciencia antes de responder.

—Señora...—intentó tranquilizarla—, si solo tenemos eso, no podemos más que dejarlo en asunto domestico... Realmente no le ha pasado nada; está con su amiguito y ya está. Lo único que sí podemos hacer, es buscar a Lupo, pero si están juntos, será tan difícil dar con el uno como con el otro.

—Quizá el galo sepa dónde están —opinó el ayudante—. Si quiere me acerco a la fonda y le interrogo.

—Es una opción —reconoció el alguacil—. Pero será mejor que lo traigas aquí.

Minutos después se presentaba con los dos.

—A esto le llamo yo suerte —dijo—. Estaban juntos y coleando... —Miró a Leila y guiñó un ojo—. Aquí está el hombre que nos va a decir dónde está su hija.

Federico se llevó el pulgar al pecho y exclamó:

—¿Quién, yo...?

—¿Quién si no? —dijo el alguacil cruzando los brazos y poniéndose en pose de tener todo el tiempo del mundo para escucharle—. Según nos cuenta esta muchacha, solo tú puedes saberlo...

—Pero ella se fue —explicó Federico—, tenía que ir a hablar con sus padres. —Miró a Esmeralda pidiéndole con un gesto que corroborara lo que decía—. Tú lo sabes bien, ¿verdad? Hablamos de eso... Al no verla al otro día, pensé que se había arrepentido y no quería saber nada de mí... —Señaló a Eric y añadió—: de nosotros...

Eric corroboró las palabras de Federico.

—Siejto... Los dos pensamos lo mismo...

—¿Pensasteis qué? —le preguntó Ismael.

Eric miró a Esmeralda y le hizo un gesto, solicitando permiso para contestar.

Esmeralda contestó por él.

—Mel y yo decidimos quedarnos, sabiendo que no los aceptaríais en la familia. —Lo dijo de carrerilla y miró al suelo, como si esperase una reprimenda. Acertó.

—¿Quedaros, dónde? —bramaron sus padres a la vez.

—De momento aquí...

—¿Aquí? ¿Con estos dos? —exclamó Ismael como si no pudiese creerlo—. ¿Es que ibais a renegar de vuestras familias? Eso nunca puede acabar bien, ¿lo sabes, verdad?

Esmeralda se abrazó a Eric y replicó:

—Yo solo sé lo que siento... No puedo remediarlo.

Eric la abrazó a su vez y repuso:

—Moi también quiejo a la fille plus belle du monde. Y si ella me quieje a moi, ¿qué pjobleme hay? C'est mon amour; l'amour de ma vie. —La miró a los ojos y le dijo:

—Cjeí que no quejías sabej nada de mí... Tantos días sin sabej de ti, han sido dujos... si no fueja poj que ya soy bebedoj, me hubieja tijado a la bebida...

Leila miró a Drina y espetó:

—Vamos, que empezó robándole la pulsera a tu hija y ahora se queda con todo el paquete.

—Tú mira por la tuya, que no debe pensar diferente.

—A estas alturas, con que piense me conformo. Mira este —señaló a Federico—. Se suponía que estaba con él, y eso al principio me preocupaba... pero el hecho de que no sea así, me preocupa todavía más; ahora mismo, hasta me parecería una buena idea.

—No digas tonterías, mujer... Verás como aparece.

—Más nos vale.

El alguacil interrumpió su charla y propuso:

—Señoras y señores, ahora que tenemos a quienes en un principio supusimos en compañía de la desaparecida y no siendo así, las cosas cambian de color.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Ismael.

—Ahora sí que se convierte en una desaparición. Hay que tomar las medidas oportunas para encontrarla. Creo que deberíamos empezar a buscar por los alrededores del pueblo; quizá se haya perdido o le haya ocurrido algo en las afueras. En este pueblo hay mucho extraño de paso, y aunque debemos descartar lo peor, no podemos obviarlo. Ustedes mismos son extraños —Miró a Federico y a Eric y añadió—: y ellos también. Todo esto gira alrededor de gente que no está censada en Roncesvalles, y eso no nos ayuda en nada. —Les miró de uno en uno y preguntó—:

¿saben cuanta gente se junta en este pueblo? ¿Tienen una ligera idea de cuantos peregrinos hacen escala aquí, en su trayecto hacia Santiago y Finisterre? Llegan desde todas partes; desde el sur de la península, del norte de Europa y hasta del lejano este. Háganse una idea, por favor.

Apuntó a Federico y añadió:

—De todos modos, no me fio de ti.

Federico, sorprendido, se puso el pulgar en el pecho.

—Pero si yo...

—Ni peros ni leches —le cortó—. Te voy a meter en el calabozo hasta que esto se solucione.

Esmeralda y Eric intentaron hacerle entender que no tenía motivos para hacerle daño a Mel, sino lo contrario, pero no sirvió de nada; el alguacil siguió su protocolo al pie de la letra, y eso es lo único que le cuadraba.

—¡Abajo con este! —ordenó a su ayudante.

Eric hizo ademán de ir a decir algo, pero la mirada del alguacil le frenó; pensó que si insistía haría compañía a Federico, y eso era malo para todos.

Federico en cambio, sí que intentó hacerle entrar en razón. Puso cara de bueno, y mientras el ayudante cogía su brazo y tiraba de él, dijo:

—Creo que tengo la obligación de buscarla, alguacil.

—No me hagas reír, quieres...

—Pero si estoy encerrado, no puedo hacer nada... la persona que más quiero está desaparecida y debo...

—Tú eres de momento el último que estuvo con ella, y por tanto, principal sospechoso... Único, diría yo.

—¡Pero yo la quiero! ¿Cómo iba a...?

—Hasta que se demuestre lo contrario, o aparezcan más detalles acerca de su paradero, debo encerrarte... Así es la ley, muchacho... No voy a arriesgarme a que te rías de mí, compéndelo.

—Muy bien dicho, jefe —le animó el ayudante—, no le vaya a pasar como aquella vez que...

El alguacil se apresuró a cortarle a la vez que señalaba la escalera que bajaba a la mazmorra.

—¡Tira para abajo y calla, anda! ¡Tira... tira, zopenco!

—Pero si solo quería recordarle...

—¡Como digas una palabra más, te encierro con él!

—Está bien, está bien...

—A lo que iba —dijo el alguacil desentendiéndose de su ayudante—. En primer lugar rastreamos las afueras.

—¿Y cree que con eso será suficiente? —le preguntó Leila.

—Ella no puede haberse perdido —dijo Ismael—. En caso de haber sido así, encontraría el camino.

El alguacil encogió los hombros.

—Si no hay resultados satisfactorios interrogaríamos al tipo que va para abajo... Y ahora, a menos que tengan algo que añadir, y creo que no —mostró la salida con el brazo, invitándoles a salir y se encaminó él mismo hacia la puerta—, cuanto antes empecemos a buscar, mejor...

Ismael carraspeó y se acercó al alguacil.

—¿Qué no ha entendido, señor? —le preguntó este.

—Verá usted —le dijo muy bajito, como si no desease oírse ni él mismo—, nuestro clan tiene unas leyes muy...

—Sí, sí, ya lo dijo antes. ¿Y a dónde quiere llegar?

—A que nos gustaría mantenerles fuera de la búsqueda. Por razones que ahora no puedo

explicarle, no sería bueno para nuestras familias, que estuviesen al corriente de los desmanes de nuestras hijas. ¿Me comprende, no?

—¿Entonces...?

—Nos gustaría ocultar la parte en la que entran estos dos bribones. Enfocar la búsqueda de un modo más... ya me entiende.

—Vamos —rió el alguacil—, ocultar cuanto sabemos; porque en realidad no sabemos nada más... Solo que han estado con estos dos vividores de tres al cuarto.

—Se lo suplico en nombre de cuantos estamos aquí...

Carlos de Marena no estaba satisfecho de la reacción de su «invitada». A pesar de que la había penetrado y hecho con ella cuanto le vino en gana, esperaba algún gesto por parte de Mel; un gesto de sorpresa o de lo que fuera, pero algo que delatara que había tenido una experiencia única e inolvidable; que la sintiera como buena o mala, le daba lo mismo, lo importante era que la recordara toda la vida y más si era posible. Todo lo que deseaba era dejar marca de su paso por ella; huellas que la obligaran a recordarle.

Pero al parecer, esas huellas las llevaba ya implantadas el día que mandó raptarla; el hombre que se adelantó a él se había llevado los laureles y la gloria, robándole la posibilidad de verla comer en su mano, como más de una vez había imaginado, y sabía muy bien que esa devoción irracional por alguien, solo ocurre una vez en la vida; de las mujeres en confesión se aprenden muchas cosas.

Después de ultrajarla por enésima vez, se puso la bata y cubrió a Mel con una manta de piel. Ella ni siquiera le miró; se acurrucó dentro del pellejo y permaneció quieta y callada a la espera de la siguiente andanada de abusos.

Carlos intentó acariciar su melena, pero ella apartó la cabeza con desprecio y le escupió en la cara.

—Se ve que eres una mujer fuerte —le dijo—, pero la inteligencia es mejor y más lucrativa que el orgullo y que la capacidad de sufrimiento. Si lo piensas, te convendría mucho más ser amable conmigo, que intentar dedicarme tu desprecio y tus escupitajos. —Recogió con un dedo la saliva de su mejilla y se lo llevó a la boca—. Sabe que de ti me gusta todo; hasta tus babas —dijo, relamiéndose.

Mel continuó en silencio y con la mirada perdida.

—¿No me dices nada? ¿Ni siquiera que lo pensarás?

Ese desprecio tan explícito sin decir una sola palabra exasperaba tanto a Carlos, que perdía la compostura; era algo que le podía, una especie de talón de Aquiles que, a pesar de ser algo totalmente negativo y él saberlo, nunca se preocupó por controlar. Cualquiera que le conociera, llegaría a la conclusión de que necesitaba esos ataques de locura para dominar las emociones que le superaban.

Se acercó a la ventana y observó el paisaje blanco que cubría todo, incluso las huellas de rodadas y pisadas.

—Es poco probable que a alguien se le haya ocurrido pensar que te tengo aquí —dijo sin apartar la vista de las casuchas de sus asalariados, en realidad, esclavos—, pero lo mejor que ha podido ocurrir para que nadie siga pistas hasta este lugar, es esta magnífica nevada; mi impunidad está a salvo gracias a este clima cómplice y protector. Sin embargo no puedo tenerte aquí todo el tiempo; está bien claro que más temprano que tarde vendrán preguntando por ti. Conozco a los de tu raza y sé que no se irán sin ti.

La observó con atención para comprobar el efecto que esas últimas palabras hubieran podido hacer en ella, pero se encontró con el muro de indiferencia de siempre; sus facciones ni siquiera se alteraron... nada parecía afectarla y su semblante seguía pareciendo puro granito. Ninguna palabra tenía fuerza suficiente como para revitalizarla.

—Dicho esto —continuó—, tendré que trasladarte al casón de la muralla. Allí hay un excelente espacio para ti y yo podré visitarte cuando me apetezcas... y te advierto ya de antemano que pocas veces he sentido tanto apetito por alguien; vaya eso por delante. Aunque no sé por qué.

—¡César! —El grito resonó entre los gruesos muros y su eco pareció rebotar de pared en pared, siendo amortiguado por la voz del criado.

—Mande, señor...

—Necesito a Solón.

—Se lo haré saber sin pérdida de tiempo... ¿El señor desea algo más?

—Con que venga rápido, será suficiente.

El mercenario se presentó ante él como un rayo... no era cuestión de encontrarle de malhumor, pues se volvía intratable y vengativo con quien le fallaba, y cualquiera, incluso aquellos que gozaban de su máxima confianza, se veían afectados alguna vez por su insoportable genio.

—¿Me habéis mandado llamar, señor —dijo a modo de presentación.

—Quiero que acomodéis la casona que está junto a la muralla. Cuando la tengáis lista dadme aviso y os diré lo que viene a continuación. Que esté limpia y acogedora... voy a hacer de ella un lugar del cual nadie sentiría ganas de salir.

—Pero señor, si esa labor fuese realizada por personal doméstico, quedaría mucho mejor que si los chicos...

—Los chicos no, Solón. Por motivos de seguridad me gustaría que solo el personal necesario estuviera al tanto; es decir vos y un par de hombres de confianza.

—¿De mi confianza, señor?

—Los más leales...

—¿Creéis que eso será necesario? Es solo una gitana. Señor, no creo que...

—A eso me refiero... a lo que no creéis.

—Perdonad mi ignorancia señor, pero no entiendo...

—Conozco bien a la gente... me ha llevado algunos años de provechosos estudios, además de haber tratado a todo tipo de individuos, entre ellos, muchos gitanos. Esa es la razón de que esté tan seguro de que ese campamento nunca se levantará sin tener noticias de la muchacha; es más, si lo consideran necesario sacudirán la zona hasta dar con ella... se quedarán a vivir, si sospechan que está en el pueblo. La lealtad entre ellos es sagrada.

—¿Estáis seguro, señor? Jamás se me habría ocurrido pensar que los gitanos fuesen así...

—Dejadme a mí lo de pensar y haced lo que he dicho.

Solón enrojeció, no de vergüenza sino de rabia. Tragó saliva y cólera a la vez que reculaba haciendo una vistosa reverencia y desapareció cerrando las hojas de madera.

Cisco y su amigo Ramón se entretenían lanzándose bolas de nieve. Entre tarea y tarea, gustaban de hacer ejercicio al aire libre y exploraban la hacienda. En aquel momento le tiraban nieve a una diana imaginaria que ambos veían en algún lugar elegido de la muralla.

—¡Te gané! —exclamó Ramón, eufórico.

—¡No! —le rebatió Cisco—. Te he ganado yo.

—¿Repetimos? —propuso Ramón. No te atreves...

Cisco no contestó, sus ojos miraban lejos; hacia el otro extremo del muro.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Ramón entre risas y lanzándole un puñado de nieve—. ¿Qué miras allí...?

—Nada. Solo que me ha parecido raro que haya gente en la casa abandonada.

—¿Pero qué dices? Nunca ha estado abandonada...

—¿Entonces por qué no vive nadie?

Ramón se encogió de hombros y se agachó a coger un puñado de nieve; amasó uno bien grande y se lo tiró con fuerza, pero Cisco ni intentó esquivarlo; toda su atención se centraba en la chica que se dirigía a la casa, escoltada por dos tipos que más que hombres, parecían bestias.

—¡Agáchate! —Lo dijo a la vez que se tiraba al suelo.

Ramón le imitó por inercia.

—¿Pero qué haces? —preguntó en tono de queja.

—Tú calla y estate quieto.

—¿Que calle? Cuando mi madre me vea empapado y lleno de mierda, me va a callar ella, pero con la vara... Y si no se entera mi padre, vamos bien... A ver quién es el valiente que se queda quieto, como me vea de esta guisa.

—¿Has visto alguna vez a aquella chica?

—No. Pero tampoco conozco a todos los que...

Cisco le giró la cabeza y le guió con el dedo.

—¡Mírala bien! Seguro que es la de los gritos...

—¿Tú crees? ¿No será otra de tus...

Cisco le cortó a la vez que indicaba con un gesto que bajara el tono.

—Estoy convencido. ¿Quién va a ser si no?

En ese momento Mel consiguió librarse del mercenario y echó a correr hacia donde ellos estaban.

Cisco y Ramón sintieron un escalofrío; no sabían qué ocurría ni por qué aquella muchacha intentaba escapar.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó Ramón—. Si nos ven escondidos, creerán que les estamos espiando y...

—¿Y qué...? Ya no podemos hacer nada. Agacha más esa cabezota y aguanta. Si nos ven será por tu culpa.

—¿Cómo que y qué...? Ve tú a saber lo que harán con nosotros si nos descubren. Mi padre se entera y me mata.

—Tú no levantes la cabeza; tumbados no estamos a la vista.

—Si ellos no pueden vernos, ¿por qué nosotros a ellos sí? Esto no me gusta Cisco, la chica se está acercando.

Mel tropezó a un par de yardas de donde ellos estaban y cayó; sus ojos quedaron atados a los de Cisco durante un segundo, el tiempo que tardó en darle alcance el tipo que corría tras ella; el tiempo que necesitó él para palpar el dolor esculpido en su rostro; el tiempo suficiente para sentirlo como suyo, temblar con ella y oír el grito mudo de auxilio que salía de aquellos ojos que parecían haber perdido toda esperanza.

Pegó la cabeza al suelo y cerró los ojos, pero continuó viendo sus ojos enrojecidos y ojeros suplicando ayuda.

El mercenario la levantó por las axilas y tiró con rabia de ella en dirección a la casona.

Cuando el sonido de las pisadas comenzó a ser menos intenso, levantó la cabeza; fue justo cuando la muchacha se volvió y, como si se tratase de una señal, ancló sus ojos a los suyos

provocándole un estremecimiento.

La voz de Ramón le sacó de sus pensamientos.

—Vamos —le dijo, tirando de él—. Ya se han ido.

Cisco se puso en pie y sacudió la nieve adherida a sus rodillas, sin apartar la vista de la casa. Ramón estaba muy equivocado, pensó; la muchacha ya no quedaba a la vista, pero no se había ido... no de su cabeza.

Notó la mano de su amigo tirando de él.

—Vámonos de aquí Cisco —dijo con voz trémula—. No creo que la próxima vez tengamos tanta suerte.

—Esa chica necesita ayuda.

—¿Y qué? Nosotros también... No creo que le hagan nada que no nos hayan hecho a nosotros.

—¿Has visto sus ojos, Ramón?

—Claro... ¿Por qué?

—Suplicaban ayuda como un niño suplica leche.

—¿Pero qué dices? ¿De dónde sacas tú esas palabras?

—Son palabras que le oí decir a mi madre... Nunca las olvidaré porque, cuando lo hizo, era yo quién le suplicaba ayuda; fue la segunda vez que me mandó llamar.

—¿Te refieres al amo?

Cisco asintió con la cabeza y exhaló un suspiro. Nada le parecía igual; después de lo ocurrido, tenía la extraña sensación de haberse hecho mayor de golpe.

—Nuestros padres le llaman «señor» —dijo—, pero si te paras a pensarlo, es lo mismo, dicho de otra manera.

Ramón le pasó el brazo por el hombro y tiró de él.

—Volvamos, anda —le pidió—, que te noto raro.

Comenzaron a alejarse de la casa, pero con cada paso que daban, Cisco se acercaba más a ella.

Mel se dejó caer sobre la cama y permaneció con los ojos cerrados durante unos minutos; se preguntaba por qué la historia tenía que repetirse.

Rememoró lo que Leila le contó de su madre y sintió un escalofrío dándole la sensación de que cuanto sucedió a Victoria estaba sucediéndole también a ella. Había sido ultrajada por una bestia salvaje y sin alma, y como si una maldición hubiera caído sobre ellas, sus destinos semejaban estar atados a la misma cuerda y a la misma muerte.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos como de un manantial. Intentó imaginar las facciones de Victoria; cuando pensaba en su madre, pensaba en su nombre, y la abrazó mentalmente hasta fundirse con ella, convencida de que después de todo así era, pues su final tenía trazas de ser idéntico, llevándoselas la muerte sin haber apenas conocido la vida.

Cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa. Pero no era fácil, porque, ¿cómo olvidar ni por un segundo, que su vida se derrumbaba sin siquiera haberla vivido...? Esa idea se adhería más y más a su mente y le imposibilitaba relajarse.

Y en aquel momento crucial, como siempre ocurre en las situaciones límite que rompen las barreras del miedo y de la lógica; como ocurre cuando la tormenta está en el cénit de su poder destructor, lo vio: estaba oscuro... tanto como su futuro, pero podía apreciarse su silueta; era alta; tan elevada como baja su moral, y tan delgada como sus esperanzas... Avanzaba hacia ella a contraluz, sin tocar el suelo, y una capucha ocultaba su rostro sin forma.

Sin saber por qué, pensó que le era familiar. No tenía constancia de ello; ni siquiera había sabido de él antes de ese momento, pero algo en su interior estaba unido a ese ser fantasmal; algo muy dentro de ella le decía que todos sus miedos estaban ocultos tras aquella capucha oscura.

Pensó que su premonición podía alejarse en el tiempo hasta una niñez de la que no tenía memoria... una niñez tan oculta y misteriosa como los rasgos que se escondían detrás de aquel capuchón.

Un ruido sordo la interrumpió; venía del exterior.

Se puso en pie y se asomó por un tragaluz que daba al sur de la muralla; le pareció que el sonido vino por aquel lado, pero ya estaba muy oscuro y no consiguió ver nada.

Iba a volver a la cama cuando escuchó un siseo.

—Shuuuuut... —Lo oyó como un susurro.

Se asomó de nuevo y pudo ver el cuerpo agazapado de un niño; este, con el dedo en los labios la advertía que no debía abrir la boca. A su lado, otro muchacho de idéntica edad ondeaba una sogá y se disponía a lanzarla hacia ella.

De manera repentina, las lágrimas afloraron de nuevo en sus ojos, pero esta vez en cascada de esperanza.

Levantó los brazos para darle gracias al cielo y se topó con una luna y unas estrellas que le parecieron distintas a las otras veces; aquella luna plateada le pareció mucho más luna que nunca y las estrellas refulgían como llamas quemando sus miedos. Su ilusión germinaba de nuevo.

Una hora después cruzaban los límites de los dominios de Carlos de Marena. Cisco señaló el camino y dijo:

—Imagino que este sendero llevará a alguna parte.

—Seguro que sí —corroboró Ramón—. He oído decir que todos los caminos llevan a Roma. A algún sitio tiene que llevar...

—¿No conocéis esta zona?

—Nunca hemos salido de aquí —informó Ramón—. Nadie lo hace. Ni siquiera tendríamos que estar tan lejos de nuestras casas.

—No nos está permitido —añadió Cisco—... Nuestros padres tampoco pueden. A veces creen que no les oigo, y hablan de ello; dicen que de los que se han ido no se ha sabido más. Por eso te pedimos que no digas a nadie que nos conoces ni que has estado aquí.

—El amo nos mataría... Si se entera de que te hemos ayudado, haría daño a las dos familias —aseguró Ramón.

Mel le acarició la mejilla y le sonrió agradecida.

—Lo haré por vosotros. Me costará pero lo haré, os lo juro. Nunca olvidaré que os habéis arriesgado por mí.

Cisco encogió los hombros como si aquello no tuviera importancia.

—Lo importante es que te has librado del amo —dijo.

—De él y de sus ultrajes —dijo Mel—. Pero en fin... sois demasiado jóvenes para entenderlo.

—No creas —dijo Cisco bajando sus calzones.

—Yo también, mira —intervino Ramón, bajándoselos a su vez—. Nos ha hecho de todo a todos...

Mel no pudo contener las lágrimas. De repente sintió que era afortunada por haber conocido a unos niños que, aun con el pánico pegado a su piel, y habiendo sufrido vejaciones y humillaciones, arriesgaron por ella lo único que tenían de valor: sus vidas... Porque a poco que uno conociera a

aquel tirano, sabía que la vida era el precio a pagar por no acatar su voluntad... el coste que había que pagar por negarse a someterse a sus caprichos.

Dio a cada uno un beso en la frente como despedida y les prometió que no contaría a nadie dónde había estado ni quien la había ayudado. Aunque la quemase dentro.

XV

EL REGRESO

El pueblo estaba desierto a esas horas, pero a ella no le importaba. No perdió tiempo y fue al campamento.

Sin imaginar los quebraderos de cabeza que les había ocasionado a todos, subió a la carreta. Estaba agotada.

Leila e Ismael estaban echados pero no dormían; poco lo hicieron desde que ella desapareció.

Cuando la vieron reaccionaron a una y se lanzaron a abrazarla; ambos lloraban de alegría, pensando que había vuelto la buena fortuna a la familia, pues pasados los tres primeros días de su desaparición, comenzaron a perder la esperanza de encontrarla.

Mel les abrazó a los dos a la vez y les estrujó entre sus brazos con todas sus fuerzas; durante días había deseado poder hacerlo de nuevo y no acababa de creérselo.

Leila no pudo contener el llanto.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. ¡Cuánto te hemos echado de menos!

Ismael intentó hacerse el duro, pero no le salió bien y comenzó también a llorar.

—¿Dónde te habías metido, hija? ...Te hemos buscado por todas partes. Creímos que no... ¡Dios mío, gracias!

Tras aquella efusiva bienvenida, Mel pensó que debía dar una explicación, fuera la que fuera. Se lo merecían.

—¿Me creeríais si os dijese que no lo sé?

Leila e Ismael se miraron atónitos.

—¿Cómo que no lo sabes, hija...? —preguntó Ismael.

—Así es —mintió—. Me he despertado en la vereda de un camino y lo he seguido sin saber a dónde llevaba.

—¿Y...? —preguntó Leila.

—Me ha traído hasta aquí... casi no me lo creo.

Ismael frunció el ceño y carraspeó.

—Escucha, hija —dijo en tono compasivo—, sabemos que lo habrás pasado mal, pero te conocemos y...

Mel se apresuró a contentarle con otra mentira.

—Te he contado lo que sé, padre... Solo recuerdo esas últimas horas... las que he estado caminando hasta aquí.

—Pero al menos, sí recordarás lo que te ocurrió y por qué desapareciste... ¿no?

—Por favor, no me agobiéis... Estoy agotada. Es tarde y debéis descansar. Mañana hablamos.

Ismael era un hombre noble y exento de malicia, pero aquella historia era tan difícil de asimilar, que no lo dudó y estalló como un jugador al que hubieran hecho trampa.

—¿No pretenderás hacernos creer que...

—¡Sí que lo pretendo! —exclamó Mel.

—Mira, hija —le dijo su madre, intentando amainar el temporal—, tu padre está nervioso y yo también... Sé que no es el momento, debes estar agotada. Pero mañana será otro día. Espero que le des vueltas a tu cabeza y nos cuentes algo más creíble... Ese cuentazo no te lo hubieras creído tú ni cuando eras pequeña.

—Mira, madre...

Leila le tapó la boca con la palma de la mano.

—He parido a dos hijas y criado a tres, querida... Ten un poco de respeto y piensa en algo bueno para mañana.

—Pero si lo que os he contado, es...

—Mañana... —repuso Leila, tapándole de nuevo los labios—. Ahora a descansar. Nos lo hemos ganado.

Mel estaba agotada pero le costó coger el sueño; unos padres como los suyos no se merecían que les mintiera y estaba desanimada por haber tenido que hacerlo, pero así estaban las cosas... se había comprometido para no poner en peligro a los niños ni a sus familiares y cumpliría con ellos costase lo que costase... después de todo, si estaban juntos y podía contarles mentiras, se lo debía a ellos.

Se auto convenció de que estaba haciendo lo correcto y el sosiego comenzó a apoderarse de ella hasta que pudo por fin quedarse dormida; salió del estado de vigilia para entrar en otra realidad, la onírica, y se dejó llevar por un sopor que la transportó rápidamente y sin preámbulos al sótano de algún lugar desconocido; una especie de cripta totalmente cerrada cuya única iluminación, multitud de cirios desperdigados por sus rincones, le daba aspecto de mausoleo lúgubre.

Su desconcierto era absoluto, pues a pesar de no haber estado nunca en aquel lugar, no sentía recelos... más bien notaba cierta familiaridad; encontraba acogedora aquella penumbra.

Como si una fuerza desconocida la guiara, aguzó bien la vista y se centró en el rincón más sombrío, donde solo una vela casi consumida daba sus últimos chispazos antes de fundirse con la nada que la circundaba. Su estupor fue creciendo a medida que avanzaba hacia un pequeño altar que se hallaba pegado al muro, y sobre el cual se moría la vela; junto a ella, abierto por una de sus páginas, un libro de tapas negras parecía invitarla a ojear su contenido.

Se aproximó y palpó la textura de sus páginas; el papel era de color ocre, parecía antiguo y estaba abierto por la página 72, cuyo número estaba escrito a mano.

Oyó una voz leyéndole el primer renglón; pronunció en voz alta la primera palabra que aparecía: *Salomón*.

Frunció el ceño y quedó pensativa. ¿De qué le sonaba aquella palabra?, pensó. Vacilante y a la vez, exaltada, se mordisqueó el labio, intentando sin éxito acomodarla en algún tiempo o lugar.

Desanimada, le dio la vuelta a la tapa; su título estaba prácticamente borrado a rasponazos y escrito en letras de un rojo intenso. Las cinco primeras, únicas legibles, eran: *PALIN*... y resonaron también en sus oídos.

Cuando despertó recordaba a la perfección cada parte, cada detalle del sueño, y eso la desconcertó, pues no era habitual en ella. Imaginó que podía deberse al cansancio y la tensión sostenida los últimos días, pero la convenció poco esa conclusión tan cogida por los pelos; ella sabía lo que era sufrir y tener los nervios de punta, y nunca había recordado un sueño tan largo con tanto detalle.

Exhaló un largo suspiro y concluyó que los acontecimientos de los últimos días, eran los culpables de todo.

XVI

EL LIBRO DE LOS MUERTOS

Deambuló hacia la luz y se detuvo frente a un fulgor anaranjado que, a modo de nota musical, resonaba en el horizonte en forma de trova. La magia del crepúsculo le impulsó a recordar a Anué y rememorar el refrán de una canción que solía canturrear; fue escrita y compuesta por él cuando era bardo, y hacía alusión a un gran libro de su colección particular, que le dejó en herencia: «*El libro de los muertos*», o por su nombre más convencional: «*Libro de la salida al día*».

*¡Oh, único que se levanta como la luna!
¡Oh, único que brillas como la luna!
¡Que pueda salir afuera entre la
 multitud de tus gentes!
¡Desátame como están
 desatados los habitantes de
 la luz! ¡Ábreme la
 Duat.*

El druida le enseñó que el citado libro está plagado de sortilegios mágicos cuyo fin consiste primordialmente en ayudar a los muertos a superar con éxito un juicio con el dios Osiris y servirles de guía en el gran viaje a través de la «*Duat*» -nombre con el cual los egipcios se referían al inframundo-, en su largo y azaroso viaje hacia «*Aaru*», ya en la otra vida.

La letra era una invocación extraída del libro para un supuesto renacer, según él; una fórmula para salir al día y vivir tras la muerte, asociada a la noche.

Aspiró todo el aire que pudo y lo exhaló con fuerza. A pesar de que había hablado y aprendido con Anué acerca de los preceptos de ese libro, no entendía la razón de que le hubiera venido a la cabeza aquel estribillo mágico que hacía clara alusión a la resurrección. Los últimos días, sus sueños se habían intensificado tanto y añadido detalles y anécdotas hasta entonces no aparecidas en ellos, que una de sus preocupaciones principales era su interpretación.

Cada nuevo elemento aparecido en sus sueños, era un reto para él, y le abría perspectivas nuevas y variadas; las más, auténticos galimatías que por el momento no podía entender.

Se apoyó sobre el tronco de un árbol y cerró los ojos, dejándose seducir por el silbo del viento gélido y afilado que cortaba la piel de su cara, sonando al mismo tiempo en sus oídos como música del Averno.

Cuando la luz fantasmal del crepúsculo se atenuó, fue a la cabaña y rebuscó en el cofre de Dragan. No sabía qué buscaba ni si en realidad había algo nuevo que descubrir, pero por alguna razón que se le escapaba, sentía que aún no había completado todo el proceso; los sueños era unos indicativos intangibles pero innegables, que le avisaban y alertaban de que no le pertenecían del todo. Algo ocurría de lo que no era del todo consciente; algo que guiaba sus pasos y su mente, haciéndole sentir como una marioneta.

No encontró ningún documento nuevo que incitara a investigar. O quizá sí y su mente confusa no lo captó.

Desanimado, se tiró en el catre y dejó volar su mente. A pesar de que no sabía lo que se le escapaba, sabía bien que no todo estaba en su sitio. Tenía el Bastón, tenía una colección de libros inspiradores, tenía mapas y pergaminos manuscritos, tenía la sabiduría transmitida por Anué y alta instrucción sobre alquimia y magia, revelada por el mago Rodrigo, pero presentía que todo ese conocimiento era insuficiente si le faltaba la pieza capital.

En momentos como ese, era cuando más les echaba de menos, pues durante su niñez y adolescencia, fueron dos guías imprescindibles para su formación, aconsejándole e instruyéndole sobre el camino a explorar cuando algunos mapas estaban turbios; especialmente los mentales.

Estaba convencido de que si vivieran, ya no existirían las dudas que le atrofiaban la mente.

Cerró los ojos y se dejó envolver por el sopor producido por el fuego; quizá dejando de pensar en ello, hallar un cabo desde el cual tirar no fuera tan complicado. Sus sueños eran recurrentes y cada día más nítidos... en esas quimeras debía esconderse la respuesta.

Pensando en ello, se perdió una vez más en los pozos más profundos de su mente y abrió la puerta a sus sueños irresolutos. Distinguió la silueta de un hombre muy alto, de cabellos rojos y largos, cubierto con una túnica que le llegaba a los pies, de color escarlata. Bajaba escalinatas en forma de caracol que conducían a una sala tenebrosa solo iluminada por velas, y tras cerrar la puerta con llave, fue hasta la pared del fondo y se detuvo junto a un pequeño altar de mármol iluminado por una vela casi consumida, en el que había un grueso libro de tapas negras.

Lo abrió por la página 72 y se enfrascó en su lectura.

Acto seguido se arrodilló y pronunció palabras que no entendió, cuya entonación le recordó a la Cábala judía.

También avistó a un monje entonando canticos, pero solo los muros de la cripta parecían oír sus enigmáticos salmos; eran dos escenas distintas en un mismo lugar.

Tras recitar un texto del libro, se tumbó bocabajo y se acomodó entre dos hileras de velas que parecían indicar un camino imaginario.

Debió permanecer allí mucho tiempo, ya que las velas iban consumiéndose y la sala iba oscureciéndose como si la tapase el manto de la muerte.

Cuando despertó, su primer pensamiento fue Mel.

Miró el cielo a través del ventanuco y suspiró; ¿estaría su hermana mirando el mismo cielo y las mismas nubes?, se preguntó. Era bastante posible que sí. Anué le hablaba a menudo de ella y decía que eran iguales en todo; que lo que a uno le gustara le gustaría al otro y que tendrían así mismo parecidas virtudes y defectos. Quizá para saber de ella... averiguar dónde podría estar, debía preguntarse en primer lugar, dónde le gustaría estar a él.

Recordó su preocupación antes de dormirse y frunció el ceño: buscaba las claves para interpretar su sueño más recurrente, y de forma casual despertó pensando en ella.

¿Y si su hermana era de forma simbólica *el libro de la salida al día*... esa llave mágica que abre las puertas de lo eterno? No dejaba de parecer curioso, pensó, dubitativo, el hecho de haberla asociado al libro egipcio en tan corto espacio de tiempo; prácticamente a la vez. ¿Y si no había sido casualidad pensar en ella en cuanto abrió los ojos?

Se convenció de que tenía que ser una señal. «El libro de los muertos, mostrándole el camino de la vida a través de su gemela». Si así fuese, y tenía todas las trazas de que lo era, solo podía hacer una cosa... encontrarla antes que su enemigo. La eternidad no tenía prisa, pero él sí.

XVII

REPUDIO

La mañana siguiente no fue una mañana normal, fue una de esas en las que uno abre los ojos y no sabe todavía dónde está; en la que impera la sensación de irrealidad y se pregunta si lo sucedido no habrá sido una ensoñación.

Pero no, aquella mañana, por muy soleada que fuese, no se podía asociar a un despertar de ensueño; más bien al de una pesadilla. Y esa fue la sensación que tuvo Mel al abrir los ojos, la de despertar de una tragedia. Pero no de una cualquiera sino de una que no existe... de un mal sueño que no podía contarle a nadie, sin convertirlo en la pesadilla de otros.

Se levantó y asomó la cabeza por la rendija de la lona.

Era pronto aún y la explanada, ya sin tenderetes, tenía el triste aspecto de un yermo abandonado.

Los primeros rayos de sol comenzaban a llegar desde el este y rebotaban en la nieve convirtiéndola en espejo.

Pensó que si la caravana seguía allí, era por su culpa y se sintió mal por ello; eso trajo a su mente la figura de su amado Federico y su primera sonrisa del día; una jornada que —y de eso estaba segura— no le traería muchas más.

Bajó del carro, se desperezó y se dispuso a orinar, pero no le dio tiempo a agacharse.

—¿Aún no me he despertado, o de verdad estás aquí?

Se irguió y miró a su espalda; Drina corría a abrazarla. Sin darle tiempo a reaccionar, se abalanzó sobre ella con los ojos encharcados en lágrimas y no dejó un milímetro de su cara sin besuquear.

—Creímos que... No quiero ni pensarlo —dijo como si fuera un lamento; como si no acabara de creerse que la tenía entre sus brazos—. Eres el milagro del día, hija... lo mejor que nos podía pasar hoy. Pero dime, dime...

Mel la abrazó a su vez, meneando la cabeza.

—No puedo responder a eso —le explicó— porque ni yo misma lo sé. Ya sé que parece raro, pero...

—¿Pero...? ¿Cómo que no lo sabes?

Mel encogió los hombros y negó con la cabeza.

—Me desperté al borde de un camino, eché a andar y aquí me tienes... Lo siento —dijo, levantando su vestido y agachándose—, pero no aguanto más.

Drina aprovechó la ocasión y la imitó.

—Y dime —preguntó un momento después y a la vez que bajaba su falda—, ¿has visto ya a tus padres?

Mel se puso en pie y también se alisó el vestido.

—Llegué anoche. Era tarde y...

—Ya, ya... —la cortó—. ¿Pero les has contado esto?

—¿Esto...? ¿Qué quieres decir?

—Tus padres estaban muy preocupados —dijo Drina.
—Hablé con ellos... ¿A dónde quieres ir a parar?
—¿Y se han creído esa historia?
—Os la creáis o no, es la que hay...
—Si nos atenemos a lo que nos contó Esmeralda, hay que...
Mel puso unos ojos como platos.
—¿Qué os dijo Esmeralda? —la cortó, intrigada.
—¿Que qué nos dijo? Dímelo tú...
—Venga, por favor... debo saberlo...
Drina carraspeó y agitó la cabeza al mismo tiempo.
—Al principio nos soltó que podrías haberte ido con un tal Perico...
—¡Federico!
—¡Eso, Federico...!
—Pues que sepas que no fue eso lo que ocurrió.
—A mí me lo vas a decir... Ese pichón está encerrado en un calabozo, esperando a que aparezcas.
—¿Encerrado?
—La autoridad pensó que podría tener que ver con tu desaparición, y lo trincó. Nunca te echará tanto en falta.
—Pues ya ves que tampoco...
—Sí. Hoy estoy viendo muchas cosas...
—Tengo que ir a sacarlo...
—Sacarlo sí, hija... Pero ya está.
—¿Ya está, qué...?
—Tu padre le pidió al alguacil que no contara nada de lo que sucedió entre ese diablo y su hija.
—¿Y cómo sabe nada el alguacil?
—Porque se lo contó Esmeralda. Nos lo contó a todos.
—¿Y qué os contó?
—Que os pusieron el higo colorao... ¿qué va a contar?
Mel no pudo contener una carcajada.
—Debo irme —dijo—. Ese pobre está encerrado y es mi responsabilidad sacarlo de allí.
—Repito que sacarlo sí, pero ya está... Nadie de este clan sabe lo que ocurrió realmente... Y deben seguir así, o la cosa se nos complicará a las dos familias.
—Pero... yo quiero a Federico...
—Y la otra al de la minga, ¿y qué?
—¿Al de la minga...? ¿Qué quieres decir?
Drina hizo un aspaviento y se fue por la tangente.
—Nada —rectificó—, cosas mías.
Mel puso los brazos en jarra y exclamó:
—No me importa que todos se enteren de que quiero a Federico; es más, deben enterarse. El amor no tiene por qué esconderse. Iba a contároslo...
Drina le tapó la boca con la mano y susurró:
—No grites por favor... Te van a oír y...
Volvió a poner los brazos en jarra y repitió:
—Que no me importa, mujer, que no me importa... Y si se enteran, mejor que mejor. ¿Qué dice

Esmeralda?

—Las mismas idioteces que tú.

La respuesta de Drina pareció tranquilizar a Mel.

—Pues no sé dónde veis el problema... Quiero gritar al mundo, que quiero a Federico —dijo, alzando la voz.

Drina, preocupada por los alaridos, escudriñó en todas direcciones, temerosa de que alguien la hubiera oído. No hizo mal preocupándose, un matrimonio anciano reía.

—¡Lo que faltaba! —exclamó, dando una patada en el suelo—. Los de siempre... Ahora sí que no hay nada que hacer. Los Heredia divulgan esto, como que hoy es lunes. Nos van a poner, hasta mote... Vamos a ver a tus padres, anda... que vamos a tener jaleillo.

—Yo a quien quiero ver es a Esmeralda... Quiero que me acompañe a buscar a Federico.

—Más tarde. Ahora debemos poner al corriente a tus padres. Los Heredia no pierden el tiempo. No es cuestión de que los coja por sorpresa. Les vamos a romper el alma.

Cuando subieron al carro, Leila se disponía a bajar, y a Ismael solo se le veía un mechón entre las mantas.

—Veo que ya estás al corriente —le dijo a Drina.

—La encontré de casualidad —explicó Drina—. Iba a mear y coincidimos. Supongo que estaréis contentos. La chica ha aparecido, y parece estar entera y sana.

Mel hizo intención de replicar, pero lo pensó y calló.

—¿Y te ha contado la misma versión estúpida que me ha soltado a mí, o tú has tenido más suerte?

Drina se encogió de hombros y soltó una risotada.

—No sé lo que te habrá contado a ti, pero a mí me ha dicho que se ha...

—¿Despertado al borde de un camino y blablablá, no? —la cortó Leila—. Lo mismo que a mí. Se ve que la falta de memoria solo fue temporal... Ese camino debía estar embrujado.

—¿Por qué dudáis de lo que os cuento?

Leila le dio una palmadita en el hombro y se lo aclaró.

—Por eso que acabas de decir. Porque es un cuento...

—Me lo has quitado de la boca —ratificó Drina.

Mel no se desdijo. Encogió los hombros y dijo, altiva:

—Pues es lo que hay. Si queréis os lo creéis, y si no...

—¿Y si no, qué...? —protestó Leila en tono amenazante—. Parece que eres la única que no se entera de los problemas que nos vienen... ¡Baja ya de las nubes, hija!

—Pues añade otro más —intervino Drina—. Hace la friolera de un momento, se han enterado los Heredia.

El rostro de Leila se descompuso.

—¿Los Heredia? ¿Y qué han oído, si puede saberse?

—A saber... Todo...

—¿Todo, todo...?

—¿Y cómo vamos a saberlo? Dejémoslo en: suficiente. ¿Te vale así?

Leila cerró los ojos y se tapó la cara con las dos manos.

—Entonces de nada sirve ya que lo ocultemos —dijo a modo de lamento—. Las van a...

—No me importa —reaccionó Mel, altiva—. Yo no pensaba esconder mi amor por...

Leila la cortó haciendo un aspaviento.

—No lo digas, no lo digas... que estoy de Federico...

—¿Hasta el higo? —redondeó Drina—. Y yo...

—Iba a decir hasta el moño...

—El higo mejor... —la corrigió Drina—. Suena como más profundo. Yo soy más de higo que de coño... sobre todo cuando me cabreo y quiero ser educada.

—He dicho moño...

—Ya, ya, ya... ¿Pero en qué estabas pensando? Yo te lo digo; estabas pensando en el higo.

Mel exhaló un suspiro y dio una patada en el suelo. La madera del carro crujió y pareció ir a desmoronarse. Las mulas relincharon y movieron las patas, nerviosas. Todo pareció chirriar.

Las amenazó apuntándolas con el dedo.

—¿Vais a dejarlo ya, o me voy? — Parecéis niñas...

—Posiblemente porque en este instante es lo que nos gustaría ser —repuso Leila—. Si los Heredia se van de la lengua, esto ya no hay quien lo arregle.

—Si los Heredia no le dan a la lengua, dejan de ser los Heredia —vaticinó Drina—. Dalo por difundido.

En ese instante se abrió la rendija de la lona del carro y una cabeza apareció sonriente.

Las tres le miraron expectantes. Leila le preguntó:

—¿Pasa algo, Armando?

Armando era nieto del viejo, y también su recadero.

—Dice mi yayo que quiere veros a los seis.

—¿A los seis? —se extrañó Leila.

Armando solo tenía la cabeza a la vista, pero dado el gesto, intuyeron que se había encogido de hombros.

—Eso ha dicho... Hoy al atardecer. Estarán todos allí.

—¿Todos, por qué...? —protestó Drina—. No hace...

—Yo solo digo lo que he oído —la cortó Armando.

—¿Y no ha dicho nada más? —le preguntó Mel.

—Ha insistido en que no falte nadie... ¡Mucho!

—Está bien —asintió Leila armándose de valor—. Al atardecer nos reuniremos.

—No lo he dudado ni un momento —soltó Armando a modo de colofón. Y desapareció.

Hacía frío y la explanada estaba cubierta de nieve, pero a pesar de eso, allí no faltaba nadie; unas quince familias se arremolinaban en torno a la gran hoguera encendida por y para la ocasión. El viejo se hallaba cerca del fuego y los del clan se apiñaban en torno a él para escucharle; lo que el viejo decía era ley y todos debían estar al tanto de las novedades.

—¡Silencio! —exclamó el viejo levantando el garrote.

Segundos después, solo se oía el crepitar de las llamas.

—¡Heredia! —Gritó sin andarse con rodeos. Ese viejo tenía la costumbre de ser directo; le gustaba acabar como empezaba: sin aburrir. Después de todo, el final iba a ser el mismo... para qué marear la perdiz.

El matrimonio Heredia se presentó frente a él.

—He dicho: Heredia —recalcó mirando a la mujer—. ¿A ti quien te ha llamado?

La mujer se abrió paso entre los asistentes y se fue a la última fila. La ley gitana era clara en cuanto a la esposa; estaba subordinada a su marido y a su padre, y todos a su vez debían respeto al viejo. El marido era el representante de la familia, y en caso de no ser posible, el hermano mayor tenía potestad para relevarle. Nada que objetar.

Heredia justificó haberla llevado con él, por ser ella la concedora de los hechos. Agachó la

cabeza y explicó:

—Mi mujer es quién ha...

—Ya conozco a tu mujer —le cortó el viejo—. Todos la conocemos, Heredia. No es necesario que te extiendas.

Los murmullos se confundieron con las risas.

—¡Silencio todo el mundo! —voceó el viejo—. Ahora escucharemos todos lo que Heredia tiene que contarnos.

Heredia dio un paso al frente, buscó a su mujer con la mirada, y al no localizarla, carraspeó nervioso. La verdad era que la que hacía y deshacía era siempre Dariana... sin su ayuda no sabía ni por dónde empezar.

—Y más le vale que sea verdad —añadió—, de lo que nos cuente, sacaremos una conclusión conjunta... Puedes empezar, Jonás. —Le invitó con un gesto.

—Según lo que hemos oído —comenzó Heredia—, la chica desaparecida ha tenido relaciones sexuales con uno que no es de los nuestros. Eso quiere decir que ya no es virgen, por no hablar del desprecio a nuestra raza que...

—Y la otra tampoco —gritó su mujer desde la última fila—. Lo he oído bien... Estas solo manchan el pañuelo de blanco... Según dijeron —añadió—, lo único rojo que tienen entre las piernas, es la breva... Más que rojilla, la tendrán morada. Menudo plan para nuestros varones... A ver cuál de ellos se anima a formar familia con pendón verbenero semejante.

El viejo gesticuló con ambos brazos para silenciar los murmullos, se acercó a Jonás y le miró a los ojos como si quisiese leer en ellos; su edad le facultaba para tal fin, ya que era el mayor del clan y conocía a su gente mejor que cualquier otro... a muchos de ellos los había visto nacer.

Habló en voz alta para que se enterara la camarilla.

—Antes de que hagas tu acusación, escucha bien esto que voy a decir. —Se volvió y se dirigió al grupo—: Una vez me enseñó mi abuelo, que la boca es un arma; la más poderosa que existe, y que su aguijón, la palabra, es capaz de destruir personas, reyes e incluso reinos... maldecir, y hasta matar sin llegar a tocar siquiera...

Desperdigó la vista por la concurrencia y continuó:

—Pero también me dijo que tiene poder para curar el mal más profundo; el que se esconde donde no alcanza la punta de una lanza... Me dijo, y yo le creí y le creo, que una palabra besa y araña, como da vida o mata... —Con paso lento caminó entre los asistentes mientras hacía un inciso para cotejar el alcance de su discurso. Después fue de nuevo a dónde todos pudieran verle y añadió—: Ni el recipiente más grande que pudiera existir, sería capaz de contener el veneno que cabe en una boca... pero tampoco tanto amor; la palabra puede ser tan letal como capaz de devolver la vida... ¡La palabra lo es todo!

Miró a Jonás a los ojos y le preguntó:

—¿Entiendes el alcance de lo que acabo de decir? Las acusaciones que ahora hagas, pueden destruir o edificar... ¿Quieres continuar con tu denuncia? Si es así, comenzaremos desde el principio.

Jonás, nervioso, buscó a su esposa entre la concurrencia. No consiguió verla ni la escuchó protestar, y eso hizo que mantuviese su decisión inicial.

—Sí —susurró por respuesta.

—Debes decirlo bien alto... que todos te oigan.

—¡Sí! —gritó.

—¿Y podrías decirnos sus nombres?

Jonás carraspeó de nuevo y se toqueteó la nariz.

El viejo notó su nerviosismo y no le dejó pensar.

—Nos los dices, o no... —le apremió.

—La que hablaba era la madre de Esmeralda, una de las dos que... Y la otra era la pelirroja; decía que estaba ya deseosa de que todo el mundo se enterara de su amor por un tipo llamado Federico. —Lo dijo de carrerilla.

El viejo se puso la mano de visera y escudriñó entre la plebe. Su cara era una mueca y tenía el cejo arrugado.

—Esmeralda... Mel... acercaos. ¡Venid aquí!

Ambas avanzaron hasta la primera fila y se plantaron ante él. Estaban nerviosas, pero también eufóricas, y esos dos estados juntos podían constituir un peligro.

—¿Tenéis algo que decir? Lo que sea, decidlo ahora.

Mel alzó el brazo y lo hizo primero. No pudo ser más escueta.

—Me he enamorado de uno que no es del clan.

El murmullo de los asistentes se pasó de tono.

—¡Silencio! —bramó el viejo.

Esmeralda la secundó:

—Y yo también.

Leila y Drina se echaron las manos a la cabeza.

—Ahora sí que no hay nada que hacer... —se lamentó Leila—. Nada de lo que habíamos planeado ha salido del modo pensado. Las niñas están perdidas.

—En realidad ya lo estaban —dijo Drina—. Todo era cuestión de tiempo. ¿A quién queríamos engañar?

La voz del viejo interrumpió su charla.

—La ley gitana no es nuestra ni de nuestros padres, ni siquiera de los padres de nuestros padres; la ley se aleja y se pierde en el tiempo. No tenemos derecho a cambiar ni uno solo de sus preceptos, y seguirá siendo así aunque las costumbres del resto del mundo cambien y duela a quien duela. Nuestra ley, nuestras tradiciones... son lo que nos ha mantenido firmes ante la adversidad; las que le dicen al mundo cómo somos, las que definen nuestra cultura y hacen que seamos singulares frente al resto... No sé yo si tenemos más razón que los otros, pero lo que sí sé es que somos nosotros. Y eso ha sido así desde siempre, gracias a la obediencia a nuestra ley y al respeto a la familia y por nuestras tradiciones. —Miró a las chicas y continuó—: A pesar mío, y en nombre de esa ley, mi decisión es firme...

Deberéis abandonar nuestra comunidad. No podemos ni debemos permitir que se adúltere nuestro linaje con unas personas que no nos entenderían ni estarían dispuestas a seguir unas costumbres que jamás siguieron sus padres... Además, nuestra costumbre acerca del casamiento, hace que lo que habéis hecho sea considerado alta traición al clan, pues las futuras parejas son negociadas por padres y abuelos desde la infancia y sin tener en cuenta parentesco alguno, siempre que el beneficio valga la pena para la supervivencia de nuestra stirpe. Y con eso quiero decir, que vuestro matrimonio, aunque no lo supierais aún, ya fue pactado hace años. El hecho de que no estéis unidas, tú Esmeralda con José, tu primo, y tú Mel, con Telmo, el hijo de los Cortés, es una larga historia de enfermedades que dejó secuelas en algunas familias y provocó algunos cambios forzosos, con propósito de evitar la extinción de dos familias de nuestra comunidad. Eso fue lo que acabó sin duda provocando esta calamidad. Culpa de todos y de nadie, el que no estéis casadas y con descendencia... pero lo hecho hecho está, y debéis entender que no se pueden dar privilegios a unos, que al resto les son negados. Yo os daría mi bendición como persona. Pero debo aferrarme a la ley. Esta es mi sentencia. Podéis retiraros.

XVIII

UN HOMBRE LIBRE

El sonido de las llaves girando en la cerradura desveló a Federico. Frunció el ceño y se puso la mano de visera.

—¿Me van a colgar ya? —bromeó.

El ayudante del alguacil se tapó la nariz para cortar la pestilencia a heces y orines ocultos entre briznas de paja, y se acercó para soltarle los grilletes.

—¡Fuera...! —exclamó con voz gangosa debido a que se estaba pinzando la nariz—. Ya quisieras tú...

—¿Quisiera yo, qué...?

—Que te mataran... Con tal de no respirar esto...

—Bueno —bromeó Federico masajeando sus muñecas—, lo peor es no poder rascarse... Al olor te acostumbras con el tiempo.

El ayudante asintió sin soltarse la napia.

—No sé por qué hablo..., al final tengo que limpiarlo yo —se lamentó—. Es un sin vivir.

—No dramáticos...

—Vamos, anda, que tu princesa ha venido a rescatarte... El cuento al revés. El picha gorda de tu amigo tuvo la misma suerte, y eso que le robó una pulsera... ya me contaréis el secreto de tanto éxito. Yo tengo que contentarme con las del tugurio.

—¿Y de qué te quejas?

—¿Cómo que de qué me quejo?

—Créeme, es un buen comienzo... —Sonrió mientras lo decía—. Yo me he pasado años así. Son maravillosas...

—Algunas sí, la verdad... Pero otras solo te sacan los dineros.

Federico soltó una risotada.

—Sí —reconoció—, eso también... no hay como una loba para esquilarse a las ovejas.

—Ni tampoco como un lobo para esquilarse a las lobas. ¿No, señor lupo? —Te hemos investigado, sabes...

—Ya vais aprendiendo... ¿Y qué... habéis sacado algo en claro? Ya habréis averiguado que no soy un mal tipo... Solo frecuenté los lupanares. Ellas me quieren.

—No hemos averiguado nada. Aparte de las putas, no hay bicho viviente que sepa quién eres.

—Bueno, eso tiene una explicación, he estado ausente mucho tiempo. Cuanto más tiempo pasas lejos, menos te conocen; acabas por no conocerte ni tú mismo.

—Define: «mucho tiempo». Eres muy joven para...

—Años —le cortó.

—¿Años?

—He estado embarcado... He cruzado el gran mar.

—¿El gran mar? ¿Es que hay alguno pequeño?

—Buena pregunta... Oye, ¿subimos? Quiero respirar un poco de aire limpio... Tú, mucha queja al principio, pero aguantas el tufo como un caballero.

—¡Pues andando! ¡Tira tú delante!

Subiendo la escalinata, Federico se volvió, y soltó una risotada.

—Ya te dije que al olor te acostumbras.

—Ya te dije que limpio yo...

Fue alcanzar el último peldaño y Mel se echó en sus brazos. Le agradaba la pasión que ponía la muchacha.

—¿Estás bien...? —preguntó ella palpándole de arriba abajo—. ¿Te han tratado bien? Siento que por mi culpa...

—Dentro de lo que cabe, de maravilla... El ayudante es un buen tipo. Hemos hecho buenas migas.

El ayudante resopló y agitó la cabeza.

—Mientras no se lo digas al alguacil —le advirtió—, serás tratado igual cuando vuelvas.

—Descuida... ¿Puedo irme ya?

—Adiós...—dijo con ironía—. Eres un hombre libre.

Mel le cogió de la mano y tiró de él. Por un momento se olvidó de todo; de los ultrajes sufridos, de haber sido repudiada por aquellos a quienes siempre consideró «los suyos», de no saber dónde iba a pasar la próxima noche, de haberle fallado a sus padres... Todos esos problemas pasaron a un segundo plano cuando le vio.

Federico se dejó arrastrar como un pelele. Nunca se le pasó por la cabeza que llegaría a sentir algo como lo que estaba sintiendo por Mel; el tiempo que estuvo encerrado creyó más que nunca en Dios, y rezó para volver a ver sus ojos verdes mirándole embobada; como el día que la convirtió en mujer, o como cuando, enloquecida, se tiró a sus brazos al salir del calabozo. Si lo que sentía por ella era lo que temía, estaba enamorado hasta los mismísimos huesos, pensó.

Salieron y fueron en busca de Esmeralda y de Eric.

—Cjei que no te volvía a vej... Estoy muy contento de vejte de nuevo. Poj siejto, ¿sabéis dónde vamos a dojmij?

—Podríamos ir al establo aquel... pero claro, durante la noche... O ir a...

—A la fonda ni pensajlo...

—¿Ah, no...?

Eric agitó la cabeza y enfatizó con el dedo.

—¿Y se puede saber por qué?

—El posadejo te cohió manía cuando te metiejon en calaboso. A mí tampoco me quieje... ya no me da travail. Hemos cohido mala fama, por lo de las shicas...

—Bueno, tenemos todo el día para pensarlo. Todavía es pronto. Cómo andamos de... —Frotó sus dedos índice y pulgar y alzó una ceja, expectante.

—Nosotras tenemos algo —dijo Esmeralda señalando una bolsa de cuero que llevaba sujeta a su vestido. Yo...

El ruido originado por las rodadas de las carretas, hizo que se volviera, interrumpiendo lo que iba a decir. Mel y los muchachos también lo hicieron. Las dos se cogieron de la mano sin apartar los ojos de la caravana. El camino cobraba vida con el ruido de las rodadas, de los cascos de las mulas, de los relinchos, de los ladridos de los perros y del estridente sonido de las cacerolas chocando entre sí con cada bache. Ese ruido que en tantas ocasiones habían oído desde la carreta, se convertía en música nostálgica y las transportaba a un pasado que aún no había dado paso al presente; un presente que parecía no llegar, y que iba convirtiéndose en ayer con cada vuelta de

rueda.

Sentían una euforia agridulce. Por un lado sus deseos de permanecer junto a los hombres que habían cambiado sus vidas, se hacían patentes. Por el otro, esas vidas ya no serían jamás las mismas... no sin sus familias... no sin sus amigos... no sin su gente.

Por otra parte, tampoco se hubieran sentido felices si su situación fuese la inversa y se alejaran en sus carretas, viendo como quedaban en Roncesvalles aquellos que les hicieron tener una nueva visión de la felicidad... Porque si de algo estaban ambas convencidas, era de que eso que sentían cuando estaban con ellos era felicidad.

Ambas se abrazaron de manera mecánica. El día que decidieron quedarse en Roncesvalles, pensaron que sería de un modo formal, no de aquella manera tan indigna... Ninguna creía merecer esa expulsión deshumanizada, ni pensaron que la separación de sus familias fuera a ser tan fría y dura. Pero así fue y tenían que tomarlo como era... la ley del clan era drástica al respecto.

Sus mentes estaban conectadas desde la niñez, y todos sus deseos eran como gotas de agua; la enorme afinidad que había entre las dos, esa complicidad innata y surgida de dónde nadie sabe, pues podría asegurarse que sentían y pensaban lo mismo y al mismo tiempo, podría ser clave en su resistencia ante la dura adversidad y lo único capaz de mantenerlas unidas.

—¿De cuánto disponemos? —preguntó Federico.

Esmeralda se encogió de hombros e hizo una mueca.

—No lo sé —dijo—, me lo dieron mis padres hace un momento, como quien dice.

—A mí también me dieron algo —dijo Mel—; casi lo que sacaron de las ventas la semana pasada. Pobrecitos... Yo no sé qué voy a hacer sin ellos.

—No lo pienses más —la consoló Esmeralda—. No se puede tener todo. Ahora debemos buscar un sitio para la noche, de lo contrario...

Federico levantó el brazo y propuso:

—Podríamos pedir un par de catres en el tugurio.

Mel y Esmeralda fruncieron el ceño al mismo tiempo.

—¿En el tugurio? —preguntaron al unísono.

Eric se rascó el cogote y carraspeó.

—¿De vejdad te pajese una buena idea?

—Pagaremos por nuestra estancia. ¿Qué hay de malo?

En algún lugar tendremos que pasar la noche... Además, será el único sitio en el pueblo donde no nos juzguen por no estar casados.

—Sí... pejo estajemos con las putas...

—Las putas son mujeres con un gran corazón... —dijo Federico mirando a las dos—. Viven como vosotras y...

—¿Como nosotras? —exclamaron a la vez.

—Quiero decir que son itinerantes... la mayoría vive en carretas y van de pueblo en pueblo. Dónde no hay un tugurio que las contrate, permanecen en las afueras; para no molestar, algunas veces, y otras porque se les niega la entrada en la población.

Mel hizo un gesto de sorpresa y frunció el ceño.

—Parece que entiendes de...

—Claro que entiendo —la cortó—. Me he pasado la vida de antro en antro. Y además tengo otra buena razón para tenerles respeto...

—¡Ah, sí...! —exclamó Mel, curiosa.

Federico asintió y se dirigió a Eric.

—Lo cierto es que cuando te hablé de mí la otra vez, no fui del todo sincero. No te conocía y...

en fin, que me cuesta abrirme con los extraños.

—¿Y ahoja me conoses suficiente?

—Sí... creo que sí.

—¿Y a qué espejas paja contajnos tu secjeto? ¡Suelta!

—Federico se aclaró la garganta y lo soltó a bocajarro.

—Mi madre era una de ellas... ¿Estás contento?

—No te altejes conmiho, hombje... yo no tenho culpa de que seas un hiho de... En fin, ya sabes.

Yo no domino el lenhuahe.

Mel carraspeó para destensar la situación y dijo:

—¿Así es que tu madre era una prostituta?

—Puedes llamarla por el diminutivo. Prostituta, puta o ramera, ¿qué más da? Yo las llamo lupas.

—¿Lupas...? ¿Y eso, por qué? —le preguntó Mel.

—Ya os lo contaré. Es una larga historia. Mi padre era un peregrino italiano. Ni siquiera sabe que existo, pero...

—Entonses —le cortó Eric—, la histojia de tu amiho del bajco... ese que te contó lo de... ¿eja mentija?

—Bueno... un poco sí. Cuando mi madre me contó la historia de que era italiano, me interesé y aprendí cosas.

—Te entiendo... todo le monde tiene una histojia secjeta; alho que no puede contaj...

—Puede ser... Aunque ahora ya no es un secreto.

—¿Así que tu padje eja pejehrino; uno de esos que va de aquí paja ala?

—Sí. Como los que le dan vida a este pueblo. ¿Habéis notado que aquí hay un lupanar, verdad?

—Clajo...

—¿Y no te preguntas por qué? No todos los pueblos lo tienen... normalmente son mujeres que van de aquí para allá y nunca permanecen demasiado tiempo en el mismo sitio, por estar demasiado vistas. Pero aquí es diferente... aquí no es necesario cambiar de mujeres, porque los que cambian son los clientes. Los peregrinos están de paso.

—Nunca me he pajado a pensajlo.

—¿Ah, no? Pues ya lo sabes. Y de eso estoy seguro, ya que mi niñez fue vagar de pueblo en pueblo y de lupanar en lupanar. Mi madre siempre me llevó con ella.

—Eja una buena loba...

—La mejor loba del mundo y la más puta de España...

Vamos, lo que se dice una buena mujer... Ella misma lo decía de sí misma, no creáis que es un insulto.

Mel le abrazó condescendiente y acarició su mejilla.

—Es bueno desahogarse —le dijo—. Estoy orgullosa de ti y me alegro de conocer la historia de tu vida. Yo no soy muy diferente.

—¿Ah, no...?

—Ni siquiera conozco mis orígenes.

Esmeralda sabía cuánto sufría por aquello y la abrazó.

—Ya desía yo que no te pajesías a tus padjes... Esos pelos roux... Tjanquila, yo también tenho une histoire. Y no...

—Ya continuaremos con esto —le cortó Mel—. Estas cosas son muy interesantes, pero llevan tiempo y se oyen con más tranquilidad alrededor de un buen fuego.

—¡Cómo lo sabes! —exclamó Esmeralda—. En el clan siempre las contábamos así... de noche

y ante una buena hoguera. Siempre recordaré las noches de verano con un cielo estrellado, y con todos nosotros reunidos alrededor del fuego. Nunca se borrarán de mi mente esos recuerdos que marcaron mi vida entre los míos. Esos recuerdos son lo que soy.

Eric notó que la nostalgia la invadía, y cambió el tema de conversación.

—¿Cjeo que debemos ijnos a buscar casa, no?

—Me parece bien —aprobó Mel. Acarició a Federico e intentó darle ánimos—: ahora que te has confesado, ya puedes considerarte afortunado.

—¿Afortunado?

—Ahora sí eres de verdad un hombre libre.

XIX

EL PEREGRINO FANTASMA

Teth dejó su carro frente al taller del herrero y fue en dirección a la cantina. Se ajustó la capucha para esconder su rostro y entró. A nadie parecería raro el hecho de que fuera cubierto hasta las cejas, pues el frío obligaba a eso y a más si se quería sobrevivir a las intensas heladas.

En cuanto estuvo sentado, el cantinero se acercó con un cirio encendido y lo puso sobre la mesa.

—Trae vino —pidió mientras ponía las manos al lado de la llama y se las frotaba para entrar en calor.

—El cantinero hizo un movimiento muy similar al de una reverencia y se alejó sin mediar palabra. No tardó en aparecer con una jarra. La puso sobre la mesa y repitió el saludo; solo le faltó cogerle la mano y besársela.

—Espero que nuestro vino sea de su agrado —dijo; y fue a retirarse.

Teth le retuvo agarrándole por el brazo y le preguntó a bote pronto:

—¿Podría pasar aquí la noche?

—Por supuesto. Tengo un cuarto libre... Está usted de suerte. También puedo ofrecerle algo de comida, si desea irse a dormir con el estómago lleno... Tengo unas gachas para chuparse los dedos. Con este frío, no hay nada como algo caliente y con consistencia. Seguro que le gustarán.

—¿Tan buenas están? —Se lo preguntó porque oírle hablar de comida le abrió el apetito.

—Para chuparse los dedos, ya se lo he dicho...

—Tráelas ahora. Las tomaré con el vino.

Poco después el cantinero volvía con una gran fuente de gachas humeantes y las ponía sobre la mesa como si se tratara de una obra de arte.

—Aquí tiene, señor. Este plato es el manjar de los que como usted, peregrinan lejos y no siempre pueden comer caliente. Seguro que las disfrutará como algo único.

A Teth no le desagradó en absoluto que le tomara por un peregrino, su intención era pasar desapercibido y que nadie le identificara como habitante de esa región. Al día siguiente iría al castillo, comprobaría que todo estaba en orden y desaparecería otra temporada. Sabía y muy bien que encontrar al oponente que estaba en posesión de esa otra Vara, no era un trabajo fácil, sobre todo teniendo en cuenta que se encontraría con sus mismos problemas; eso hizo que se decidiera a investigar quiénes eran los recién llegados a la zona y averiguar con mucha discreción qué oficio tenían... si poseían o no fortuna... Y en eso estaba. Esa era la razón de que de tanto en tanto, le hiciera una visita a su testafarro para que le pusiera al corriente de lo que acontecía durante su ausencia.

En eso discurría cuando la puerta se abrió dando paso a lo más parecido a un gigante, que había visto jamás.

El tipejo era de complexión robusta y parecía más que otra cosa un hombre de armas. También daba apariencia de seguridad en sí mismo y de ser plenamente consciente del terreno que pisaba.

A paso decidido, se plantó ante el cantinero, quien no pudo evitar que se le erizara el vello de todo el cuerpo.

—¿Qué tomará el señor? —dijo con voz temblorosa.

—Quiero un buen vino... —Lo dijo con la convicción de que el hombre que le miraba desde abajo, perdería la cordura antes que ponerle uno malo.

—Tengo un vino excelente, señor. El mejor...

Solón se mojó dos dedos con saliva y se alisó las cejas.

—¡Pónmelo —pidió, tajante.

—Enseguida, señor... Puede sentarse si lo desea. Yo se lo llevaré.

Solón emitió un gruñido y se dirigió a una mesa vacía. Dos minutos después aparecía el tabernero con el vino y una vela encendida; el vino lo degustó antes por si estaba avinagrado, pues al ser más caro era menos solicitado, y no quería correr el riesgo de que aquel gigante hiciera un mal gesto al echárselo al buche. Aun así, rezó.

—Aquí tiene, señor. —dijo, tras carraspear nervioso.

Solón le miró a los ojos sin levantar la cabeza; todavía sentado él y el cantinero en pie, sus cabezas quedaban al mismo nivel.

—Esté tranquilo, es un vino excelente. —Lo dijo con el culo apretado y el sudor cayéndole por la frente—. Si el señor desea algo más, no tiene más que pedirlo.

Solón echó un trago, hizo un par de gárgaras y chascó la lengua.

El cantinero sintió ganas de salir corriendo, pero una cosa es querer y otra es poder... sus pies parecían haberse clavado al suelo, y no consiguió ni levantar uno.

Solón soltó un gruñido neutro, y eso le tranquilizó. El vino parecía estar en su punto.

—¿Desea algo más? —repitió, algo más relajado.

—Necesito saber dónde puedo conocer gente. Quiero hacer amigos. ¿Dónde se aglutinan aquí los foráneos?

—¿Los foráneos, señor...?

—Sí, la gente como yo... los peregrinos y demás...

—Mi cantina y mi hostel son dignos de cualquiera, señor, y se honra en recibir a multitud de peregrinos. Sin ir más lejos —apuntó con el brazo a Teth—, ese de ahí.

Solón le echó un vistazo, pero no consiguió ver más que un rostro desdibujado dentro de una capucha.

Teth estaba comiendo y ni se dio cuenta.

—¿Y los de la caravana? ¿Dónde se meten los de la...?

El tabernero encogió los hombros.

—Los gitanos ya no están, señor. No sé a dónde iban.

—¿Ah, no?

—Se fueron... Aunque no como otras veces.

—Solón bebió un sorbo y le echó una miradita rápida.

Aunque no dijo nada, sus ojos parecieron decir: empieza a contarme o atente a las consecuencias; al menos eso era lo que interpretó el tabernero. Por eso no se entretuvo.

—Se cuenta por ahí, que dos de sus chicas han sido la comidilla del clan; que se han pasado con unos gandules, que por cierto fueron mis huéspedes hasta que...

—¡Al grano! —le cortó el mercenario.

El tabernero empezó a sudar de nuevo y carraspeó.

—Las han expulsado por putas —dijo de carrerilla.

—¿Y están en el pueblo?

—Digo yo que sí... aunque no sé dónde se hospedan, si es que se hospedan en algún lado. A los dos bribones que están con ellas, les he negado la entrada a mi fonda.

—Te repetiré la pregunta: dónde se reúnen los que no tienen dónde caerse muertos...

El tabernero titubeó y meneó la cabeza, indeciso.

—Como no sea en el tugurio de mujeres...

Solón asintió satisfecho y apuró su jarra. Sacó la bolsa, extrajo una moneda y se la dio.

—Quédate con lo que sobra... —le dijo a la vez que se ponía en pie—. Por la información.

Salió de la taberna y buscó el cuchitril. Una sonrisa de pura satisfacción adornaba su cara. Don Sancho ordenó y reiteró su deseo de que le trajese de vuelta a Mel... solo a cambio de que se la entregase de nuevo, se olvidaría del error de vigilancia fatal que ocasionó su fuga. Cuando el tabernero dijo que la caravana había partido de Roncesvalles, se le formó un nudo en la garganta, pero el resto de la historia le venía de perlas; si seguía en el pueblo, ya ni siquiera tenía a su familia para reclamarla... Y si había salido de Roncesvalles, no solo no andaría muy lejos sino que le allanaba el camino, pues aún menos la asociarían a él ni a Sancho. No tenía derecho a pedir más.

Mientras caminaba, pensaba cómo podía tener tantos golpes de suerte seguidos, porque aquello podía considerarse suerte, y de la buena. El haberla secuestrado era ya grave en cuanto a la justicia, pero que después de escapar no dijese esta boca es mía, lo bordaba. O quizá no era tan fácil como lo veía, y había una razón para que así fuera.

Fuese como fuese, la ventaja estaba de su parte, pensó.

Teth terminó las gachas y echó un largo trago de vino.

El tabernero se acercó solícito y le preguntó:

—¿Desea algo más el señor?

Teth sorbió el vino que quedaba y se enjuagó la boca antes de tragarlo. Acto seguido chascó la lengua satisfecho, y se dio unas palmaditas en el estómago.

—Estoy bien, gracias... Me gustaría dejar mis cosas en el cuarto y salir un rato. —Sacó unas monedas y las dejó sobre la mesa.

—¿Está bien así? —preguntó, empujándolas hacia él.

El tabernero pensó que era su día de suerte... Los más extravagantes estaban siendo los más esplendidos.

El hombre, agradecido, hizo una de sus reverencias.

—Muchas gracias, señor. Si me acompaña le enseñaré su habitación.

Poco después se ajustaba bien el capuchón y se dirigía al burdel. Hacía tiempo que no estaba con una mujer y la ocasión para poner fin a su sequía sexual no podía estar más justificada ni ser más propicia. Hacía frío y el calor y candor de una hembra le harían ponerse a tono.

También necesitaba desahogarse... hablar con alguien de cosas triviales, y olvidarse de cuanto le preocupaba, al menos por un momento. Y para tan magna tarea, pensó, nada como atención interesada y caricias de mujeres que saben qué preguntar y dónde hay que apretar.

En ese momento decidió no pensar en nada más; nada que no fuese pasar un rato de pasión. Las preocupaciones quedarían pospuestas hasta el día siguiente; entonces iría a hablar con el testaferro y, tras ordenar las cosas viajaría al castillo para buscar un objeto que hasta hacía poco aún no conocía: un libro negro con letras rojas.

Nada más entrar, Leonor salió al encuentro y le siguió hasta una mesa que quedaba en la parte más oscura de la sala; le gustaba la penumbra porque le permitía observar sin ser visto, pues

estaba convencido de que en cualquier momento, en el más insospechado, su adversario daría la cara y estaría tan cerca que le podría tocar... Al fin y al cabo, era un hombre igual que él; tendría sus necesidades sexuales. Por otro lado, la penumbra le mantenía a salvo de miradas indiscretas; su pelo y sus pecas no eran lo que se dice, fácil de olvidar, y le hacían vulnerable.

—Buenas, peregrino. ¿Haciendo un descansillo en los dominios del amor? —se presentó Leonor—. ¿Por qué te cubres tanto? ¿No me vas a dejar ver tu cara?

—Me gustaría permanecer así —dijo Teth.

—Por mí, ningún problema... ¿Qué va ser?

—Vino. Una jarra grande de vino.

—¿Eso es todo?

—Y una mujer...

—¿Una mujer, dices...? Pues estás en el sitio correcto.

—Has oído bien. Una mujer y un sitio tranquilo en el que podamos intimar... beber y... ya me entiendes.

—¿Y qué tipo de mujer prefieres?

Teth paseó la mirada por el cuerpo de Leonor; tenía el pelo como el carbón, recogido en un moño informal. Su rostro era ovalado y sus ojos negro diamante parecían ir de aquí para allá devorando cuanto se interponía entre ellos con cada bajada de párpados. Era esbelta, rellenita y no muy alta, pero con todo, se le escapaba sensualidad y atractivo por cada poro.

—Acércate —pidió.

Ella se le acercó y plantó sus caderas a la altura de su cara.

—¿Así o más? —le preguntó casi susurrando.

Teth agarró sus glúteos y la atrajo hasta que su vientre estuvo pegado a su boca. Después deslizó sus dedos entre los pliegues de su vestido y los paseó entre sus piernas.

—Las prefiero como tú —dijo, levantándole la falda y enredando sus dedos entre el vello de su vulva.

—¿Y dime —gimió Leonor con voz rota—, ¿no vas a mostrarme tu rostro? Verle la jeta a la gente, me excita...

—Te lo voy a enseñar todo menos la cara.

—¿Todo...? ¿Debo sentirme afortunada? —ironizó.

—Pero no aquí.

Leonor sonrió, cogió su mano y le animó a ir tras ella. Teth se puso en pie, la rodeo por la cintura y la siguió.

Pasando por el corredor dónde estaban las habitaciones, se cruzaron con un gigante que salía de una de ellas; su acompañante era Manuela, quien, cogida de su brazo, por no decir colgada, avanzaba sin apenas tocar el suelo.

Ambos se giraron al cruzarse, pero no fue más que un gesto de curiosidad, quizá por verse por segunda vez.

Sin embargo, ambos quedaron dubitativos, sobre todo Teth, porque aunque el encuentro no fuera trascendente, su figura había quedado grabada en la mente de aquel coloso de enormes cejas, y eso le gustaba poco... tan poco como sus cejas animalescas.

Por su parte, Solón estaba extrañado de la indumentaria de Teth, y aunque no había podido verle la cara, sabía cómo andaba y qué silueta tenía. En la guerra era grande la ayuda que proporcionaba conocer a sus oponentes; por su figura y por el estudio de sus movimientos, se conocía a las personas, y caso de ser experto, incluso su siguiente paso era predecible. Conocer bien al adversario marcaba la mayor parte de las veces la diferencia entre la vida y la muerte;

tanto como no fiarse de nadie... y de ese maldito encapuchado con el que acababa de cruzarse, no se fiaba en absoluto... Si algo le enseñó la vida, era a no fiarse de quién no se fiaba... Y quien esconde su rostro, algo más oculta.

Cuando estuvieron en la sala, Manuela fue a lo suyo y Solón regresó a su mesa.

Leonor abrió la puerta de la habitación y se apresuró a encender la vela que estaba preparada para la ocasión.

A Teth le sobraba la luz; la agarró por detrás con las dos manos y la lanzó sobre el catre, dejando sus piernas y parte de su culo a la vista. Eso pareció enardecerle más, y a Leonor también. Sin preámbulos se abalanzó sobre ella y le arrancó prácticamente el vestido, dejándola desnuda con las piernas abiertas. Hacía tiempo ya que Leonor no sentía algo así; sin empezar, estaba al borde del clímax.

Observó cómo Teth se quitaba los calzones, pero no le vio quitarse la capa. Luego le vio soplar la vela y sintió su cuerpo desnudo y ardiente sobre ella; eso la hizo gemir y retorcerse de placer como una culebra, algo que no hacía desde hacía mucho tiempo. Su cuerpo quemaba del gozo desbocado que la subyugaba desde la punta de los dedos de los pies hasta la coronilla.

Mel y Federico se encontraban en la habitación de al lado. Federico dormía pero Mel no, y con tantos gemidos era difícil relajarse. A fuerza de dar vueltas en la cama, le despertó.

—Deberías dormir —la aconsejó, abrazándola.

—¿Me lo dices en serio...?

En ese momento se oyeron las salvajes embestidas que venían del cuarto contiguo combinadas con estridentes y enloquecidos gemidos que, dado su alto tono, se parecían más a un descuartizamiento que a un apareamiento.

Se dio la vuelta y se tapó los oídos con el cojín que les hacía de almohada, pero aun sin ruidos, una repentina y extraña inquietud se apoderó de ella. Lo que sentía era lo de menos, pensó..., no era la primera noche de insomnio, ni sería sin duda la última, eso no tenía importancia. Era más bien el cómo lo sentía; nunca le había sucedido nada así: ese hormigueo... esos retortijones en el estómago, sin un motivo que los justificase... Era algo que sobrepasaba su entendimiento.

Pasado un rato, los ruidos y los gemidos cesaron.

Intentó conciliar el sueño, pero no lo consiguió; ruido al otro lado de la pared ya no había, pero su corazón latía como si fuera a estallar... el ruido lo llevaba dentro y los gemidos habían sido relegados por rugidos de sus tripas.

Se levantó y se puso el vestido.

Federico también se incorporó.

—¿Se puede saber qué haces...?

—No puedo dormir...

—Pues deberías. Mañana tenemos que...

—Creo que esta noche no dormiría ni atiborrándome de hierbas.

—Pues prueba con vino —bromeó.

—Nunca he tenido esta sensación en el estómago... El ardor es constante y casi no me deja respirar. No soporto esta zozobra... me está matando.

Teth y Leonor volvieron a la sala.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella.

—Sí, sí... ¿Por qué me lo preguntas?

—Antes de nada, te diré que he disfrutado como muy pocas veces lo había hecho... hasta me atrevería a decirte que nunca. Sin embargo, aunque no he llegado a ver tus facciones, he intuido cierta congoja en ti; has sufrido una especie de estancamiento... ¿Es culpa mía? ¿He hecho...?

Teth le tapó la boca y negó con la cabeza.

—Nada de eso... —Intentó tranquilizarla—. Eres una mujer especial y muy atractiva. Necesitaba alguien como tú para desfogarme. Puedes estar segura de que volveré a verte.

—¿Seguro? Todos decís lo mismo.

Teth esbozó una sonrisa. Leonor no pudo verle, pero se calmó como si hubiera visto la curva de sus labios.

—No sé por qué te creo —dijo, suspirando—, pero el caso es que después de lo que me has hecho, me creería cuanto me dijeras. Hoy soy una mujer nueva...

Había algo entre ellos que parecía unir sus sentimientos... algo que les ataba el uno al otro, a pesar de que aún no se conocían más allá del calor de una alcoba.

—¿Te pongo vino o te vas? —preguntó Leonor—. Yo invito esta vez. Y si quieres, puedes pasar aquí la noche.

Teth asintió y se dirigió a la misma mesa. Se sentó en el lado más sombrío y oteó la sala. En una mesa cercana, iluminado por un par de velas en decadencia, distinguió a Solón; su colosal figura, aun arropada por la penumbra, destacaba a lo alto y a lo ancho. Las demás mesas estaban ocupadas por camarillas de peregrinos, lo cual era bueno porque tanto la multitud como el bullicio le ayudaban a pasar inadvertido.

En ese momento, por la puerta que conducía hasta las habitaciones apareció una mujer... una mujer a quien no había visto jamás y parecía conocer desde siempre.

Con la boca abierta por la sorpresa, la observó como si se viese reflejado en ella. No podía creerlo.

Mel fue a la barra y se acercó a la mujer que servía.

La mujer se sorprendió al verla en el mostrador.

—Lo siento —dijo—, no quiero molestar, pero tengo insomnio; no consigo pegar ojo. Si quieres puedo ayudar.

Manuela meneó la cabeza como si desaprobara que se presentara en la sala.

—No sé si ha sido buena idea lo de presentarte aquí... ¿Ayudar, dices...? —Señaló con la cabeza a una cuadrilla de borrachos que por estar cerca del mostrador acababan de verla; algunos silbaban y otros hacían gestos obscenos.

—¡Míralos! —le dijo—. Acaban de verte y ya te están desnudando a ojo... ¿A qué te refieres con «ayudar»?

—Limpiar, o algo así. No consigo pegar ojo...

—Ya. ¿Mucho ruido, verdad?

Mel hizo un mohín acompañado de una sonrisa.

Fascinado, Teth seguía todos sus movimientos. Hasta sus gestos le resultaban familiares. No había duda de que era ella. Recordó que Anué le habló de un tatuaje que les hizo en el pie, y pensó que siempre podría comprobarlo. Pero el parecido era tal, que ni lo vio necesario.

En ese momento recordó lo que sintió en la alcoba. A pesar de estar eufórico y entregado a Leonor, sufrió unos espasmos que le paralizaron durante un instante, y no se le fueron prácticamente hasta que salió de la habitación. Era como si le arañaran el estómago por dentro; como si un puñado de mariposas revolotearan en su interior y sus alas le aventaran produciéndole escalofríos.

Lo achacó a la cercanía de su hermana y se preguntó si ella sintió lo mismo. También se preguntó qué tipo de vida tuvo que llevar, para acabar siendo prostituta. Según le contó Anué, la decisión de quedarse con uno u otro en custodia fue casual, quedando ella a cargo de su madre y de un joven llamado Tobías que se desvivía por ella.

Pensó que la suerte había estado de su lado aquel día.

En ese momento vio cómo un hombre joven aparecía tras ella, la rodeaba por la cintura y besaba su cuello y su boca apasionadamente. Mel le correspondía. No le gustó.

Se preguntó quién sería y qué lazo le uniría a ella. Era posible que se tratara de su marido o prometido, y fueran los dueños del negocio. Quién sabe, pensó... Quizá no le había ido tan mal después de todo.

Sin saber por qué, se preguntó si tendría hijos. Pero lo más importante era que no podía mostrarse a ella; era un riesgo que no podía correr.

Leonor apareció con una jarra de vino y una vela, que fue a encender. Pero él la sujetó el brazo y se lo impidió.

—No es necesario —dijo sin dejar de mirar a Mel—. Está bien así...

Leonor notó su interés por la muchacha y carraspeó.

—¿Te gusta, verdad?

—¿A qué viene eso?

—Son muchachas muy bonitas.

—¿Son...? —¿Qué significa ese «son». No entiendo.

—Son dos. «Conocía» a sus...

—¿Maridos? —La cortó, ávido por saberlo.

—¡Qué va...! Si son dos vivelavida. No hace nada que se conocen. Aun con eso, son buena gente... y a las dos se las ve enamoradas. Cuatro atontados, pero con futuro...

—¿Crees que se han enamorado de ellos? ¿Tan pronto se puede enamorar la gente?

—Créeme, si yo misma estoy a punto de caer rendida a tus pies con la experiencia que tengo, imagínate a esas dos niñas que no han salido del cascarón. —Le observó como si intentara descubrir qué había tras el capuchón y añadió—: Aunque tú, no sé, no sé... No veo tu cara, pero por el tacto de tu piel, no serás mucho mayor que ellas... En fin, lo que te decía, si con mi experiencia, que es más de la recomendable, estoy vencida por un tipo al que aún no he visto la jeta ni sé su edad, imagínate esas dos...

Teth se fue por las ramas para no responder.

—¿Y qué más sabes de ella?

—¿De ella? Creo haberte dicho que son dos...

Teth se mordió la lengua y rectificó:

—Me refería a las dos... Es una forma de hablar.

Leonor le hizo un mohín cariñoso y meneó la cabeza haciéndole un guiño.

—Lo sé... Cómo iba a ser si no... Ni siquiera conoces a ninguna... —Se abrazó a él y le plantó los pechos en la cara—. Además ya me tienes a mí para lo que quieras...

Solón se frotaba las manos. Así, casi sin esfuerzo, ella estaba a un tiro de piedra... Cuando la vio aparecer en el mostrador se le abrieron las puertas del paraíso, pero eso solo fue un aperitivo, porque cuando hizo su aparición el pimpollo que a todas luces se la trajinaba, se sintió en las nubes y en dirección al cielo... los dos de una tacada era algo que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Cuando vio que Mel, distraída, conversaba animada con Manuela, se puso en pie y salió del local. Pero no se alejó, solo se ausentó para que no le viera.

Había un carro a poca distancia y se agazapó tras él a la espera de lo que pudiese ocurrir, mientras cavilaba sin entender cómo a la chica se le había ocurrido convertirse en puta. Pero tras meditarlo, tampoco le extrañó tanto su decisión, pues una vez conocido al aborrecible Sancho y encallecido el carácter a costa de perversiones sexuales y abusos de todo tipo, cualquier mente,

por muy preparada que estuviera para el sufrimiento, quedaba destruida sin remedio, y a la vez capacitada para aguantar lo que fuera. Algo así como ir a la guerra, pensó, y de eso entendía; el que regresaba no era el mismo que se iba; aquel quedaba enterrado en algún campo de batalla, desmoronado como un edificio en ruinas cuanto fue, excepto su capacidad de sufrimiento, que crecía de forma proporcional a la que su cordura se desplomaba.

Teth vio cómo salía con sigilo y sin apartar los ojos de ella. También advirtió que en ningún momento traspasó la zona que se hallaba en penumbra; como si no quisiera que ella le viese.

Las preguntas se agolparon en su cabeza y quiso saber quién era aquel individuo y qué quería de su hermana.

Acarició la mejilla de Leonor con el dorso de la mano y se puso en pie.

Esta arrugó el ceño y le preguntó, curiosa:

—¿Te ha picado algo?

—Voy un momento al mostrador.

Leonor hizo ademán de levantarse mientras decía:

—Espera, que te acompaño.

Teth la frenó poniéndole la mano en el pecho.

—Prefiero ir solo —dijo—. Es algo... personal.

Leonor abrió mucho los ojos; no podía creer lo que le estaba colando como excusa, y menos con alguien que no conocía.

—¿Personal? —Lo dijo sin bajar las cejas; parecía que se le habían quedado pegadas en lo alto de la frente.

—No lo entenderías.

—¿Qué no lo...? —Se tocó el pecho con el pulgar y puso cara de idiota—. ¿Por qué...? —le preguntó como si no pudiera creer lo que oía—, ¿te parezco tonta?

—No te muevas de aquí, por favor. Te repito que...

—Te la quieres follar y...

Teth ya no la oía; iba hacia el mostrador a paso lento, pero decidido. Se detuvo en una zona donde no había un solo cirio, la miró e hizo un gesto para que se acercara.

Como era de esperar, fue Manuela quien se arrimó.

—¿Qué deseas, hermoso...? —Le trabajó con la mejor de sus sonrisas, imaginando que buscaba sexo.

—Hablar con la que está contigo.

Manuela suspiró, desalentada.

—Eso sería un error.

—¿Un error? ¿Por qué?

—Porque esa muchacha no trabaja aquí...

Si Manuela hubiera podido traspasar con sus ojos las tinieblas que le protegían el rostro, hubiera notado cómo una contracción de sus labios le daba a su boca forma de sonrisa. Pero su rostro era invisible desde aquel ángulo.

—¿Te burlas de mí? —dijo, por decir algo.

—¿Sabes cuál es su nombre?

—Ese truco es muy viejo. No te lo diré...

—Yo sí que lo sé... Anda, dile que se acerque.

—Otro truco demasiado visto... ¿Crees que me voy a fiar de un tipo que no da la cara? Si no sales de ahí, no te veo hablando con ella. Pareces un putito fantasma.

Teth agitó la cabeza y resopló.

—Creo que corre peligro.

Manuela puso los brazos en jarra y exclamó:

—¡Joder! Tú no te rindes, eh... A lo que recurre uno.

Teth exhaló todo el aire que tenía en los pulmones.

—Si no viene ella, iré yo... —dijo, simulando ir a dar un paso... no pensaba salir de la zona oscura, pero a veces funcionaba. No funcionó. Manuela tenía años de oficio y no era fácil engañarla.

—Creo que deberías sentarte. Leonor te está mirando mal... Anda, ve con ella... o con la que quieras...

—Necesito hablar con Melissende...

Manuela abrió tanto los ojos, que parecían salirse de las cuencas.

—¿Cómo has dicho? —Sin esperar respuesta fue hasta donde se encontraba Mel y le preguntó—: ...¿Cuál decías que era tu nombre?

—¿A qué viene eso?

En ese momento, Federico iba hacia la puerta.

Teth le siguió y salió después de él.

Manuela insistió.

—Tengo curiosidad. ¿Cómo dijiste que te...?

—Mi nombre es Mel. —la cortó—. ¿A qué viene ese interés?

Manuela frunció el ceño y señaló con el brazo el lugar dónde estuvo Teth.

—Ese fantasmón que tienes ahí —dijo— asegura que tu nombre es Melissende.

Ahora fue ella quién arrugó el entrecejo... Algo que se le escapaba parecía querer avisarla de que esa similitud con Mel, no era casual. Buscó con la mirada hacia dónde apuntaba Manuela, pero no había nadie.

—Pues sí que debe ser un fantasma, sí...

Estaba bastante oscuro, pero Federico buscó el rincón más en penumbra para mear. Se puso en posición y sacó la herramienta al tiempo que exhalaba un suspiro. Con el chorro apuntando a la rueda de un carro gimió de placer.

Solón notó los salpicones y tuvo ganas de cogerle del pescuezo y acabar cuanto antes, pero le contuvo la figura que salía del local en ese momento; el tipo de la capucha era tan inoportuno como inolvidable. Y eso que no sabía ni quien era ni cómo era.

Se ocultó todo lo que pudo, sin perder de vista tanto a uno como a otro.

Teth desparramó la mirada por el callejón y aguzó la vista hasta que localizó a Federico; entonces se escondió a su vez tras la esquina del local. Miró a lo alto y comprobó que el cielo estaba de su parte; esa noche no había luna y su sombra no se reflejaba en el suelo. Desde aquel lugar podía ver sin ser visto, pero el caso es que tampoco veía nada a excepción del joven, que, dado el movimiento de su silueta, parecía en proceso de sacudirse, antes de guardar la herramienta. Estaba seguro de que el gigante no andaría lejos; de hecho, no entendía cómo no le había visto aún; su sentido interno le decía que no había salido porque sí, sino con un propósito definido.

Se preguntó cómo un coloso como él, podía escabullir su anatomía entre las sombras de un callejón, porque si de algo estaba convencido era de que no se había ido de allí ni lo haría sin acabar el trabajo. Su aspecto, modo de observar cuanto le rodeaba y situarse en un lugar seguro de la sala y con nula visibilidad le delataban como lo que era: un mercenario en acto de servicio. Y un mercenario, él lo sabía bien, no actúa por motivos personales, lo hace bajo contrato. Lo que le pareció extraño fue que tuviese tanto interés en el mancebo que estaba con su hermana...

Eso le hizo sospechar, animándole a ir tras él.

Le había vigilado desde que le vio, y sus métodos eran los que él mismo empleaba cuando necesitaba ver sin ser visto; las razones de ese proceder no eran nada casuales y respondían a tácticas de guerra subversiva empleadas por los espías al husmear en terreno hostil, lo que decía de él que tenía alta experiencia en las artes de la guerra.

Se preguntó qué trabajo le habrían encomendado, y si tendría que ver con su hermana, porque de ser así, podía tratarse de su desconocido antagonista, ya que si este vio en alguna ocasión a su abuelo, y estaba seguro de que así fue, la habría identificado solo con verla, dado el enorme parecido; ahí estaba el dibujo que halló en el cofre, como evidencia indiscutible. Y de ser así, significaba también que no estaba lejos y que le llevaba la delantera, además de ponerle sobre aviso de que con razones tan obvias no debía permitir que nadie le viera la cara.

Mientras oteaba el fondo del callejón, ese pensamiento le rondaba. Pero nada daba señales de que allí hubiera nadie, aparte de aquel joven... una vez que desapareciera, solo su meada sería testigo de lo que estaba sucediendo... Las sombras de las casas, unidas a lo sombrío de la noche, teñían de negro las calles, dándoles un aspecto fúnebre.

La ausencia de luna le protegía también, pensó.

Solón, sin embargo, había seguido sus movimientos y dudaba si aplazar el trabajo para una mejor ocasión, pues su comportamiento le resultaba como poco, raro... Eso de que fuera en todo momento con la capucha en ristre, no solo no le parecía natural, sino que además se le antojaba inapropiado e indecoroso. Y más, para ir de furcias.

Se preguntó si se la habría quitado para fornicar con la puta, pues cuando salió del cuarto tenía exactamente la misma estampa que cuando se cruzaron en el pasillo.

Federico terminó de sacudírsela, y con gesto satisfecho, eructó y se dirigió hacia la puerta.

En ese instante se abrió una de las ventanas que tenía sobre él, y se escuchó un bostezo. Pensó que el momento de cogerle con éxito se había esfumado y se preparó para abandonar el lugar en cuanto el joven tocara la puerta. Si estaba en lo cierto, el de la capucha iría detrás y se acabó.

Teth también estaba atento, y también oyó el bostezo. Alzó la vista y vio la silueta de un anciano adormilado... un anciano que sujetaba una palangana, y ajeno a lo que sucedía bajo su ventana la volcaba sobre Solón, que tuvo que aguantar la meada en silencio para no delatarse.

Como si la providencia acudiera en su auxilio, cuatro peregrinos salieron del local y avanzaron hacia donde se encontraba el carro. Entre risas y tambaleándose fueron alejándose callejón adentro sin percatarse siquiera de que tenían un compañero de viaje.

Teth le vio alejarse y pensó si entrar de nuevo. Pero le pareció peligroso, dada la situación. En un principio se le ocurrió hablar con su hermana, pero tras lo sucedido allí, dudaba de que fuera buena idea aunque lo hiciera oculto tras la capucha.

Comenzó a alejarse sin dejar de pensar en lo ocurrido. Mientras se lo tragaba la oscuridad, recordó que no había pagado y tuvo intención de regresar, pero decidió que las deudas pueden aplazarse y continuó hacia la fonda.

En el local, Leonor se preguntaba dónde estaba. Salió y escudriñó la calle; aparte de algún cliente que abandonaba el local, nada de nada. Se sintió engañada, pero eso no la preocupaba tanto como que el hombre que conoció poco antes, decidiera irse sin decirle adiós. Unas lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Intentó retirarlas antes de que sus empleadas las vieran, pero ya era tarde.

Manuela se acercó a ella y la abrazó con ternura. Ella la conocía bien e intuía lo que la ocurría.

—Anda, cariño —dijo, intensificando el abrazo—, es hora de que te vayas a descansar... mañana será otro día.

Leonor deshizo el abrazo y estalló en llanto.

—¿Pero qué te ocurre? ¿Tan fuerte te ha dado? ...Si ni siquiera le conoces. Además, recuerda lo que pactamos...

Las otras, ajenas a lo que ocurría, fueron acercándose.

Mel y Federico también acudieron a consolarla.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Mel—. Hace un ratito estabas como una rosa...

—¿Qué qué me ocurre? —dijo sin apartar sus ojos de los de ella, y agarrándola por los hombros—. Ocurre que me he enamorado del fantasma que quería follarte.

—¿A mí? ¿Pero qué dices?

—Dijo que estaba en peligro —le explicó Manuela—. Solo eso y lo del nom...

—¿Eso es todo? —la cortó Leonor—. ¡Gracias a Dios! Creí que quería... —Suspiró como si se quitara un peso y flotara—. Casi me da un soponcio. Solo con pensarlo...

Manuela sintió una sacudida por todo el cuerpo. Toda su vida daba un vuelco. Si Leonor perdía la cabeza, nada volvería a ser igual.

Hay cosas que una puta no puede hacer, pensó, y una de ellas es enamorarse.

XX

BROTOS DE PASADO

Puso los pies en el castillo y las imágenes comenzaron a brotar de sus recuerdos como flores en primavera; una primavera que parecía haber esperado una ocasión como aquella para germinar desde los pozos más profundos de su mente, estructurando un pasado dormido durante más de veinte años.

No entendía que esas vivencias tan lejanas parecieran tan reales, de hecho, era muy poco probable que nadie se acordara de algo que ocurrió cuando todavía estaba en el útero de su madre; ni siquiera las veces anteriores en que visitó el castillo, sintió aquello. Pero el caso era que todas las ruinas y piedras calcinadas que le rodeaban, aparecían en sus recuerdos, como fueron antaño: llenas de poderío y en su máximo esplendor... Y esta vez lo hacían con más intensidad que nunca... Con un realismo pavoroso.

Las explicaciones de Anué regresaron, como siempre, a modo de contrapunto; el druida siempre hizo hincapié en que el dolor de una madre en estado de gestación era transferible al feto. También insistía a menudo en que su hermana gemela podía sentir lo mismo en circunstancias semejantes.

Se preguntó el porqué de esa sensibilidad que parecía ir a más cada día. ¿Sería ella la causa?... ¿Sería el Bastón?

El Bastón parecía haberse adueñado de su vida. Desde que lo tenía, había notado cambios notorios en su forma de ser y de proceder frente a los problemas... Su intelecto parecía desarrollarse a pasos de gigante; notaba cómo en ocasiones llegaba a soluciones complejas sin esfuerzo y al instante de formularse las preguntas. Sus conocimientos acerca del universo estaban muy por encima del resto de los mortales y conocía fórmulas alquímicas por las que le pagarían fortunas. Pero esos conocimientos sin límites ni final, eran como un premio y solo sucedían cuando tenía el Bastón en la mano. Su efecto duraba apenas horas y le condenaba a llevarlo siempre con él, exponiéndose a una pérdida o a un robo que daría al traste con todo. Cuando lo tocaba sentía una vibración desconocida... una especie de *prana* vigorizante, que le entraba a través de los dedos y se extendía a todo su cuerpo como un alimento que da vida; como un aliento extra; como el aire, que da energía a través de un ir y venir a través de los pulmones.

Y ese ir y venir del aire; ese acto de inhalar y exhalar; ese hálito de vida que entra y sale del cuerpo en dos fases que en realidad se funden en una sola: la respiración, era otra prueba evidente de que todo tiene dos extremos que se alean en uno solo; dos extremos opuestos que vibran a la par, y como todo en el universo, repeliéndose a la vez que atrayéndose, hacen posible el milagro de la vida.

Pensó que esos conocimientos que le había transmitido el druida eran ciencia elevada, pues su razonamiento, tan simple como complejo, fue lo que le hizo entender el porqué de que se necesitasen dos Bastones en vez de uno solo; dos Bastones aparentemente incompatibles entre sí, pero movidos por idénticos principios y anudados por las mismas fuerzas universales a un mismo

final: existir para siempre.

Cuando entendió que *dualidad* era la fuerza motriz de todo, el camino a la sabiduría se le allanó solo.

Lo que no entendía era la razón por la que recordaba esas cosas y en ese momento. Pensó que posiblemente, el haber hallado a su otro yo, le forzó a repasar el principio del dualismo, pues ya no se consideraba uno solo.

Haber encontrado a su hermana era algo que aún no había asimilado; después de tanto tiempo, incluso llegó a pensar que jamás la conocería. Y de algún modo así era, pues tuvo que mantenerse al margen para no ponerla en peligro; más de veinte años esperando conocer a la única persona que le quedaba en el mundo, y cuando llegó ese momento ni siquiera pudo abrazarla ni preguntarle cómo le había ido en la vida. Nunca se sintió tan vacío. Aquella noche fue como un punto de partida; como el renacer de una ilusión perdida. Pero no poder expresar lo que sentía era como estar atado a un ayer que ya no tenía sentido.

En definitiva, pensó, el dualismo siempre estaba ahí... siempre presente, y dejándole una sensación agri dulce.

Decidió escribirle una carta. Sin perder el anonimato, pondría en su conocimiento cuanto Anué le contó acerca de su nacimiento y de su huída a través de un bosque; le hablaría de la cabaña que les dio cobijo a su madre, a ella y al joven que arriesgó su vida por amor cuando las cosas se pusieron difíciles... Le hablaría del castillo, de la bruja Melissende, quien salvó tanto a su madre como a ellos de una muerte más que cierta, y actuó de partera el día que nacieron... Hablaría de un mago llamado Rodrigo, que la ayudó, junto a Tobías, a superar la ausencia de otro hijo; un hermano que había quedado bajo custodia del druida Anué, quien le educó e instruyó con ayuda de Rodrigo... Le hablaría también del camino de los druidas, el camino que se convirtió para ella en la senda de la salvación.

De su abuelo Dragan y del sueño de su vida, también le hablaría; después de todo, fue el que prendió la mecha de su futuro... Del túnel negro por el que su madre huyó y de la poesía que guió sus investigaciones hacia lo que ahora imperaba a toda costa y sin remedio: El Bastón de Mando.

Tenía tantas cosas que contarle...

Pero lo más importante lo dejaría para el final... debía saber que ese hermano del cual le habló, era su gemelo... alguien idéntico a ella, que por razones que se escapaban a su comprensión, no podía conocer.

XXI

VIVIR SIN VIVIR

Carlos de Marena estaba tan nervioso como confuso... Su lacayo Solón había regresado con una mano delante y otra detrás, y eso, en su momento, le incomodó lo suyo... Pero lo que más le fastidió, fue oírle decir que la muchacha parecía feliz junto a un pimpollo de tres al cuarto, y que se había convertido en puta, sin siquiera denunciar que había sido raptada; ese ninguneo hacia su persona, sí que no lo entendía... Y aunque por un lado le beneficiase, le arañaba el estómago.

En un principio temió que recordara dónde estuvo los días que faltó del pueblo, pero dadas las circunstancias, y según lo que le contó Solón, daba la sensación, no ya de que se tomara el hecho como algo insustancial, sino que su modo de proceder era como si no hubiera existido.

Desde que escapó, no había sentido deseos sexuales ni estuvo con nadie; tenía su imagen marcada a fuego en su cabeza y lo único que ansiaba era tenerla de nuevo, verla desnuda en su habitación y poseerla por entero.

—¡César!

César hizo acto de presencia antes de que él se diera la vuelta. Como de costumbre, se inclinó hasta verse las rodillas.

Carlos de Marena no dejó tiempo ni para preguntar.

—¡Quiero a Solón!

César interpretó la orden como: vete ya, búscale y no abras la boca, que será peor. Y así lo hizo. Se retiró poco a poco y sin decir esta boca es mía; desde hacía unos días estaba intratable y lo mejor era pasar ante él de puntillas.

Solón pensó lo mismo pero a la inversa: date prisa, se dijo, no pierdas tiempo, que no hay quien le aguante.

Entró de puntillas; la puerta estaba abierta, se inclinó y deseó con todas sus fuerzas que la cosa fuera breve.

—¿Señor...?

Carlos, de espaldas, miraba por el ventanal. Sin volver la cabeza, hizo un gesto con el dedo para que se acercara.

Solón se acercó lo justo, sin invadir su espacio.

—¡Acercaos más! —le ordenó—. Necesito que veáis...

Solón se puso a su lado y permaneció en silencio.

Carlos alargó el brazo y señaló la casona del muro.

—Miradla bien —le dijo.

—La veo, señor...

Carlos se volvió, le miró a los ojos y ordenó más que dijo:

—Quiero que esa muchacha ocupe ese nido de amor.

—Se intentará, señor...

Carlos se aclaró la garganta y añadió:

—Y al amante le quiero muerto... No quiero saber ni cuándo ni cómo, pero cada latido de su corazón, es como una pedrada en mi cabeza. Mientras él viva, yo no...

—Como deseéis, señor...

Carlos volvió los ojos al exterior y remató:

...—Antes de que termine la semana.

Solón no dijo nada... solo pensó que era miércoles.

Carlos se volvió y le preguntó en tono serio:

—¿Puedo para ello, contar con vos?

—Vuestro deseo será cumplido, señor.

XXII

EL PLIEGO DE LA ESPERANZA

Mel se levantó muy temprano y se dispuso a ayudar a las mujeres en la limpieza del local; apestaba a vino agrio y a sudor curado, y el ambiente del antro era poco menos que irrespirable.

Leonor se sentó y permaneció como abstraída.

—No tengo ganas de nada —dijo a modo de queja.

Mel intentó ser graciosa para levantarle el ánimo.

—No me extraña —dijo, riendo—. Este olor a rancio deja a cualquiera para el arrastre.

Leonor ni siquiera hizo ademán de reír.

Mel se sentó a su lado, suspiró y le cogió una mano.

—Estoy perdida en esto —confesó—. Si soy sincera, hasta hace pocos días, no sabía lo que se sentía cuando... En fin, lo que quiero decir es que no sé cómo ayudarte... Soy una tonta inexperta.

Leonor puso su mano sobre la de ella y la acarició con ternura; como si la masajeara. Unas lágrimas le cayeron y sirvieron de untura para la ocasión.

—En esto nadie es experto —aseguró sin mirarla—. Mírame a mí y juzga. Cualquiera diría que con mi traba...

Mel no la dejó terminar.

—¿Qué ocurre con este trabajo...? —exclamó—. ¿Y qué ocurre cont...?

—No olvides que soy una puta —la cortó a su vez.

—Y yo, gitana... ¿Y qué?

—No sé yo, no sé yo... No es que me las quiera dar de entendida, pero tu piel es demasiado blanca... Los ojos y el pelo pueden pasar, cosas más raras he visto... pero esa piel lechosa...

—Tienes razón, no soy gitana —reconoció—. Pero sí mi corazón... Nunca olvidaré a la familia que se ocupó de mí, me crió y mimó como a sus propios hijos. Y tampoco me olvidaré de ti. Eres la única en este pueblo, que...

—Vamos, vamos... —la cortó—. Ni que hubieras ido puerta por puerta pidiendo cobijo. Quién sabe si algunos hubieran tenido compasión y animado a acogerte.

—Somos cuatro, eh... —la recordó—. Y a esos no les querían en la fonda, ni pagando...

Leonor dejó escapar una risita. Eric y Federico, no es que fueran mala gente, pero su

desparpajo era tal, que no era fácil confiar en ellos. Se trataba de dos vividores sin escrúpulos a la hora de timar o estafar a alguien, y carne de taberna, más que del campo. Pero quién era ella para dar consejos... el amor es ciego y hay que aceptarlo como tal. Al fin y al cabo, ella era una puta y también se había enamorado como una idiota... y para más inri, de alguien que no tenía rostro. A ver quién da más, pensó: puta sin seso se enamora de fantasma sin rostro... La unanimidad daba hasta miedo.

—Mi experiencia de puta —dijo—, me dice que si yo he podido caer, todos pueden. Y también, que cuando un descarriado se topa con alguien que le toca el corazón, le crecen fuerzas para dejarlo todo por esa persona. Yo haré lo que sea para volver a ver a ese espectro que me follé el otro día. Necesito repetir. Juro que si eso ocurre, le quito la capucha y me lo como a besos.

Mel fue a decir algo pero no le dio tiempo. El aldabón repicó y las dos se volvieron hacia la puerta.

Leonor se puso en pie, y sin perderla de vista, gritó:

—¿Quién va a horas tan tempranas?

La respuesta también llegó en forma de grito.

—¡Traigo una carta!

Las dos se miraron extrañadas. Era muy pronto para las bromas.

—No espero correspondencia —avisó Leonor—. ¿No se habrá confundido? Además es muy temprano para...

—Soy el hijo del herrero —se identificó—. Mi padre me ha encargado que se la entregue a una tal Melissende. Es de parte de un desconocido...

—¿Cómo? —exclamó Mel, visiblemente nerviosa—. Era la segunda vez que oía ese nombre y pensó que quizá no fuese algo casual.

—¿De un desconocido, dices...?

—Y tanto —contestó el muchacho—. Solo era hábito y capucha.

Ahora fue Leonor quien arrugó el cejo.

—Coge esa carta, por favor... —le pidió Mel.

—Vamos que si la cojo —dijo, enfilando hacia la puerta.

Cuando abrió, el muchacho alargó el brazo y se la dio.

—Y esto también —añadió entregándole una bolsa de cuero.

—¿Y qué es...? —exclamó, sorprendida.

El muchacho se encogió de hombros.

—Dijo que el destinatario ya sabría...

Leonor no necesitó que se extendiera. Algo la decía al oído, que el encapuchado de la dichosa carta era el sosías del hombre de sus sueños. Sus ojos se iluminaron.

—Gracias —dijo Mel quitándole el pliego de la mano.

Leonor cerró la puerta y la animó a abrirla.

Mel llenó sus pulmones de aire y lo soltó de sopetón, como si le pesara. Luego miró emocionada el pliego y se cargó de valor, pero no encontró fuerzas para desdoblarlo. Apesadumbrada, miró a Leonor. Estaba decaída.

—Debo confesarte una cosa... —Parecía avergonzada.

—Tú dirás.

—Que no sé leer.

—¡Vaya...! —exclamó Leonor poniendo los brazos en jarra—. Pues a mí no me mires.

—Lo siento —se disculpó Mel—. Me he dejado llevar por la euforia y...

En ese momento apareció Federico desperezándose.

—¿Dónde está el amorcito de mi vida? —Lo preguntó a modo de saludo mientras iba hacia ella.

Mel corrió a su encuentro.

—He recibido una carta —soltó sin más.

Federico se quitó una legaña y se aclaró la garganta.

—¿Qué has recibido una carta, dices?

—El problema es que no sé leer... —Miró a Leonor y añadió—: y ella tampoco.

—¿Y por qué me lo dices a mí?

—¿Tampoco?

—La verdad es que nunca lo necesité —se justificó—. ¿Por qué te extraña?

—Pues sí que estamos buenos —se lamentó Leonor.

—¡Bon jour! —exclamó Eric haciendo su aparición.

Esmeralda iba tras él y se acercó hasta Mel para darle un abrazo.

—¿Ya estás levantada?

—Hace rato —suspiró Mel.

—¿Qué tienes en la mano? —preguntó Esmeralda.

—¿Esto, dices...? —Resopló, desanimada y se abanicó con el pliego—. ¿No te lo vas a crear...

—Prueba a ver...

—Es una carta de un desconocido.

—¿De un desconocido?

Mel asintió con la cabeza.

—Qué interesante. —Se cruzó de brazos—. ¿Y qué?

—No te burlas, anda...

—¿Que qué más —insistió Esmeralda—. Cuéntame...

—¿Y qué quieres que te cuente aparte de eso? No sé leer... nadie aquí sabe.

—¿Pejo qué dises petite? ¿Cuál es el pjobleme?

Todos se volvieron hacia Eric... incluso él miró a su espalda, extrañado.

—¿Pejo se puede sabej qué ocuje, almas de Dieu?

—¿Tú sabes leer? —Preguntaron todos a la vez.

—Clajo que oui.. ¿Ocujje algo poj eso...?

Mel le entregó el pliego y se acomodó en una silla. Si la impaciencia tuviera un nombre de mujer, se llamaría como ella.

—Pejo hay un pjoblemilla... —dijo Eric—. Yo leo en fjansés... En espagnol, poco...

—¿Pero una letra es una letra, no...? —le animó Mel.

—Bon, puedo intentajlo, pejo a lo peoj no me enten...

—Si es por eso, tranquilo —le animó Leonor—. Dilo despacio y ya está. Nunca te hemos entendido bien, y no pasa nada... hemos sobrevivido.

Eric desdobló el papel y comenzó:

Buenos días Melissende.

Te escjibo esta pequegna cajta paja ponejte al cojjiente de tus ojihenés; ojihenés que no conoses debido a la histojia de nuestja familia. Empesajé poj el pjinsipio:

Tu madje se llamaba Victojia... y eja escosesa.

—Eso es cierto —exclamó Mel, eufórica—. Eso lo sé.

—Pero te vas a callar —la recriminó Esmeralda.

—Es que si eso es cierto, lo demás lo será también. No sabía que fuera escocesa, pero si mi nombre es real...

—¡Enhorabuena! —la felicitó Leonor—. Pero deja ya de interrumpir...

—Pero si solo he dicho eso...

—¡Que te calles, ya, mujer! —saltó Federico—. ¡Estos escoceses...! Conocí a uno en el barco, que...

Esmeralda se levantó y puso los brazos en jarra.

—Quien se tiene que callar eres tú —se quejó.

Eric miró a todos, uno por uno.

—¿Puedo continuaj?

Todos murmuraron a modo de asentimiento.

Eric continuó por donde lo dejó.

Y eja igual que tú: pelijjoha y llena de pecas. Tu abuelo se llamaba Djahan y eja también pelijjoho... Se suicidó. Si te mijas en la planta del pie, vejas un tatuaje con un diminutivo de tu nombre «Mel», tu hermano tiene ojo en el mismo sitio.

Es una lajga historia, pejo fuejon heshos paja que pudiejais ser localizados en caso de pejdida. Tu hohaj durante la huida fue el bosque de Ijati, un bosque inmenso que está en esta jehión. Sí, nasiste en esta jehión, sejca de un pueblesito llamado El Bajcal que se encuentja al lado de Oshahavía. Ya me contajas si has vivido siempre aquí.

Poj ahoja cjeo que ya tienes bastante infojmasión. Sigue ahí y te hijé enviando cajtas. Sabjas más cosas intjesantes acejca de tu vida y de tu familia. No lehos de El Bajcal hay una cabagna calcinada... Allí vinisteis al mundo tú y Teth. Allí se jespjia vida y muejte al mismo tiempo. Allí empesó vuestja historia y se jespjia el aije que jespjijó Victojia, tu madje... También está el espjitu del bosque que te pjotehió en la huida.

Cuando la veas jespjijajas poesía, sabiduría y mucho amoj.

Hasta pjonto. Uno que te quieje.

—¡Nací aquí! —exclamó Mel—. No puedo creer que el clan me haya abandonado en la tierra en la que nací... Qué cosas tiene el destino. Quiero ir a El Barcal... ¿Creéis en el destino? ¿Está lejos ese pueblo?

Leonor suspiró y la tranquilizó.

—No temas, hija... No está lejos. Solo a unas jornadas. Y sí, al menos yo, creo en el destino.

—Y al bosque también quiero ir —añadió.

—Ya tardabas en decirlo —dijo Federico.

—¡Y tengo un hermano! —exclamó Mel—. Un hermano que se llama...

—Tet, he oído yo... —la cortó Esmeralda.

—Sí —explicó Eric—. Pejo es como el fiansés, se dice de una maneja y se escjibe de otja... Bueno, a vosotjos os da lo mismo cómo se escjiba.

—Lo importante es cómo suena —dijo Mel— y mejor que eso, que tengo un hermano, se llame como se llame.

—Y por lo que dice en la carta, debe ser un hermano gemelo—. Puntualizó Leonor.

—¿Tú crees? —se sorprendió Mel.

—Me apostaría el negocio —aseguró.

—Gemelo o no, lo más importante es que tengo una persona que me quiere. Y si es hermano... mejor.

—Y una familia como referencia —añadió Leonor.

—No me lo puedo creer —exclamó Mel—. Es tan...

Esmeralda terminó la frase por ella:

—¿Tan extraño, quieres decir? No puedes quejarte. A partir de ahora conoces tus raíces. ¿Es lo que te preocupaba, no?

—Lo que sí que me extraña es que quien ha escrito esto, no diga su nombre. ¿A vosotros no?

Leonor soltó una risotada.

—No da la cara, y va a dar el nombre... —dijo en plan mofa—. ¡Ja!

Mel quedó pensativa unos segundos. Necesitaba unir las piezas del rompecabezas que le había caído encima.

—¿Y si el encapuchado fuera... Dudó y se retractó—. ¡No!, no puede ser —añadió—. Demasiado fácil.

Leonor la miró con el ceño fruncido.

—¡Sigue...! —la animó—. Acaba lo que ibas a decir...

—Iba a decir: ¿Y si fuera mi hermano?

Leonor la abrazó sin poder contener la risa y soltó:

—¡Que seríamos cuñadas!

XXIII

EL LIBRO OSCURO

Se despertó y permaneció largo rato mirando al techo. Tras un par de días en Roncesvalles, hizo los preparativos para volver al castillo; las obras de restauración iban avanzando y estaba preparado para convertirse en lo que en realidad era: su hogar. Pero antes que nada debía dar un repaso concienzudo a cada uno de sus rincones, pues su sueño era cada vez más recurrente y vivido además de producirle una ansiedad cada día más difícil de soportar.

Quizá ese sueño le estuviera alertando de algo que no debía pasar por alto o sobre algún peligro a solucionar... Antes de dedicarse a buscar el otro Bastón; decidió saber más acerca de esa pesadilla, cada día estaba más convencido de que si no daba con una explicación coherente, las cosas irían enredándose hasta acabar envolviéndole en su telaraña. También estaba convencido de que debían estar estrechamente ligados; el sueño y el Bastón no significaban nada el uno sin el otro; al menos, para él.

El hombrecillo que estaba al cuidado del castillo se le acercó y le dio los buenos días:

—Hace un frío de ogros. ¿Desea el señor que le traiga algo de abrigo?

Teth se puso en pie y se desperezó.

—No, Simón. Me levanto ya.

—¿Algo para comer, entonces...? Mi mujer ha hecho un caldo de gallina para chuparse los dedos.

—Algo caliente me sentará bien. Gracias, Simón.

—Con este frío, es una muy buena elección, señor... Diré a mi María que le prepare un buen cazo.

—Felicítala por la cena de anoche. Estaba exquisita.

Simón juntó las palmas de las manos, complacido.

—Agradecerá sus palabras, señor —dijo, retirándose.

Se asomó al exterior y comprobó que Simón estaba en lo cierto; estaba nevando y las ráfagas de viento hacían ir los copos de aquí para allá, metiéndose por las ventanas y deshaciéndose en el piso de las habitaciones.

Bajó y se dirigió al salón que él mismo preparó como comedor; lo había decorado a su gusto y preparado para que fuera la sala más frecuentada del fuerte, por eso hizo de ella la estancia más acogedora, amueblándola con las más resistentes maderas y vistiendo sus muros con bellas pinturas legadas por su abuelo. En la chimenea, ardían y chisporroteaban los tacos de madera, haciendo agradable el ambiente, rompiendo el silencio y amortiguando así el monótono silbido del viento, que parecía penetrar a cada rincón y en cada sentido, dejándole la sensación de ser el portador de alguna noticia que aún no podía atisbar.

Sobre la mesa humeaba la pequeña cazuela de caldo.

Tomó asiento y se dispuso a beberlo, cuando se fijó en el cuadro que lucía sobre la chimenea.

—¡Simón! —exclamó, sin dejar de mirar la obra.

El criado se presentó sin perder un segundo.

—Usted dirá señor... ¿El caldo no es de su agrado?

—No es eso, no. Quería que me informaras acerca del cuadro que está sobre la chimenea.

—¿Le ocurre algo a esa pintura, señor?

—¿De dónde ha salido? Y puedes llamarme de tú...

—Lleva ahí algún tiempo, señor...

—No me consta haberlo visto antes.

—Estaba junto a otros en el sótano, señor... Usted no se fijó, sin embargo me dio orden de decorar este salón con la mejor obra que encontrara. Esta me pareció la más adecuada.

—¿Y por qué es más adecuada? Repito que puedes...

Simón no le dejó acabar.

—Le he oído señor, pero no sabría expresarme de no ser así ante el dueño de... discúlpeme señor, pero es que me sale solo. Sin embargo no me disgusta que usted me dé un tratamiento especial... Mi esposa y yo agradecemos su familiaridad hacia nosotros... el de la cuadra, también.

—Está bien, como desees.

—¿Alguna cosa más, señor?

—No has contestado a la pregunta. ¿Qué te llevó a esa deducción? ¿Por qué pensaste que era la más adecuada?

—Porque es la más grande y mejor cuidada, señor. Su abuelo la tenía junto a otras, pero bien protegida por un lienzo. Debía tener un valor especial para él... Es su sitio.

Teth observó la pintura con atención, y se preguntó la razón de que predilección y lugar tuviesen afinidad.

Miró al criado, se aclaró la garganta y le preguntó:

—¿Y por qué crees tú que el cariño y el sitio...?

Simón miró la obra y encogió los hombros.

—¿No dices nada? —se extrañó Teth.

—No soy la persona idónea para responder, señor. Yo solo entendí que ahí debió estar en un principio... debido al cuidado y al tamaño, yo... Si no es de su agrado, la...

—No, no, no... —se apresuró a explicar—, solo tenía curiosidad, eso es todo. Puedes continuar a lo tuyo...

El criado desapareció y Teth se acercó al lienzo. Era el motivo más vulgar que podía existir, pues los temas de la biblia eran lo que más abundaba en los salones y también en las iglesias; nadie podía costear el pago de una obra de arte, a no ser personajes de la nobleza o del mismo clero.

La siguiente pregunta que se hizo, fue el porqué, pero no encontró ninguna respuesta que le convenciera... no a primera vista, al menos, pues se trataba de un hombre de mediana edad, que blandía una lanza y pisaba un objeto.

Le recordó al Arcángel Miguel pisando la cabeza de la bestia, salvo que lo que pisaba no era una bestia, ni quién pisaba tenía pinta de ser un ángel... su cabeza estaba bien protegida por un casco que apenas dejaba ver sus ojos, y lo que tenía bajo la sandalia, era un objeto pequeño, tan pequeño e impreciso, que tuvo que acercarse mucho para identificarlo. De no ser por un pequeño detalle, esa obra no hubiera llamado su atención más allá de lo meramente artístico, pero debido a sus largas noches de insomnio, fue difícil no rendirse ante tal casualidad.

Paseó los dedos por el objeto como si intentase captar su fuerza; se trataba de un pequeño libro de tapas negras; su título quedaba oculto por el pie, pero las pocas letras que eran legibles le produjeron un escalofrío; eran rojas como la sangre y parecían arañadas a propósito.

Se acercó cuanto pudo e intentó leerlas bien: PALIN.

Miró la cabeza del personaje que gobernaba el cuadro, y como si un rayo de luz iluminara sus ojos, vio que eran verdes y miraban con fijeza hacia un lugar determinado de la estancia. Volvió a mirar el pie y se sintió desfallecer; ambos coincidían en su trayectoria imaginaria hacia una de las esquinas de la pared de enfrente.

Fue hasta la esquina y golpeó la piedra repetidamente con los nudillos, buscando un cambio sonoro que avisara de que la pared había sido trabajada, pero no tuvo suerte.

Miró la obra desde allí y midió la trayectoria ocular.

Buscó una silla, la puso en la esquina y se subió para comprobar a qué altura llegaba la línea imaginaria de los ojos; allí repitió la operación y tuvo más suerte, la pared sonó a hueco. No supo si alegrarse o preocuparse, pues el hecho de que ese descubrimiento estuviese directamente ligado a su sueño, era algo que rayaba lo inconcebible. A nadie se le ocurriría creer que esos sueños eran premonitorios, sin prepararle después una buena hoguera.

Buscó un cuchillo, rascó la tierra pintada de granito y cuando hizo un hueco del tamaño de las demás piedras, profundizó hasta descubrir una carpeta de cuero.

La abrió con manos temblorosas, pero en contra de lo que imaginaba, no contenía ningún libro.

Estuvo a punto de saltar de alegría; el hecho de que su pesadilla y la pintura no estuviesen vinculadas más allá de lo meramente casual le tranquilizaba y reconfortaba a la vez.

Rebuscó en los bolsillos de la carpeta y sacó un folio; estaba escrito a mano y podía leerse una breve introducción a modo de dedicatoria: «*De Salomón rey de Israel, a los setenta y dos*».

Toda su alegría quedó congelada en su rostro; tanto el número setenta y dos, como el nombre de Salomón, eran parte esencial de su maldita pesadilla. Sus ideas acerca de lo casual se ahogaron dentro de él sumiéndole en el caos.

Cansado de tantos enigmas sin esclarecer, se dispuso a continuar buscando. Su pulso temblaba y gotas de sudor caían desde su frente hasta la comisura de su boca.

Exhaló un suspiro y continuó sacando folios. Después de aquel texto tan preocupante, se preparó mentalmente para cualquier cosa.

Extrajo otro pliego arrugado, lo desdobló con cuidado y contuvo la respiración; el pliego tenía otra dedicatoria:

«*A las piedras que hablan*»

Tras la dedicatoria, había lo que le pareció un poema: «El templo de la noche».

*El crepúsculo implacable desploma sus tonos sangrientos sobre el moribundo templo de Baal.
¡Qué impía es la noche cubriendo con su oscuro manto sus tristes y desoladas ruinas; esas que un día,
desafiantes, dominaron la tierra!*

Solo quedan de él tristes despojos...

Trozos de pasado sin presente...

Recuerdos lejanos escritos en la memoria de sus piedras.

*Recuerdos de civilizaciones perdidas que en tiempos pretéritos retaron al cielo con su poder y su magia,
ahora sin vida.*

El crepúsculo implacable tiñe de color sangre sus piedras caídas...

¡Qué impía es la noche!

*Aunque llore la lluvia y gima el trueno, ¡a otro templo con ese dios! Zebúl ha sido desalojado. No tiene ya
morada...*

El templo de la noche cayó con él.

XXIV

LIBÉLULA

Hicieron el camino a Ochagavía en tres jornadas. La ruta en línea recta realizada por un experto que conocía el camino, no era importante, pero el carretero caminaba a su ritmo y mimaba a sus mulas como si fueran familia...

Y en cierto modo así era, pues cuando él hablaba, ellas le entendían, y antes de que ellas pidieran, él ya sabía.

—¿Queda mucho para llegar? —le preguntó Mel.

El carretero no contestó. Escupió y siguió a lo suyo.

—Tranquilízate, mujer... —sugirió Esmeralda.

—¿Que me tranquilice? ¿Tú estarías tranquila si...?

—Si estu-vieras a pun-to de co-no-cer una par-te im-por-tante de tu pa-sa-do —la cortó Federico, terminando la frase por ella —. ¿Sabes cuantas veces has repetido eso en los últimos dos días?

Eric la miró y se aclaró la garganta.

—A mí me gustajía estaj ya, poj no oijte... He pejdido la cuenta, chérie.

—¿Os burláis de mí?

—No muhej, nos jeímos nada más...

—¿Y qué diferencia hay?

—Estás muy gjasiosa cuando te impasientaaas.

—Tienes que aprender a ser paciente —dijo Federico impacientándose—. Llevas dos días con esa perorata...

—Calla, anda —replicó ella—. Tú sí que...

—¿Yo sí que qué...?

Mel no contestó; ni siquiera le oyó... tenía la mirada perdida en el horizonte.

—¡Mirad...! —exclamó apuntando con el brazo hacia un montículo que parecía sobresalir de entre la arboleda; apenas se vislumbraba su torreón más alto, pero la niebla que lo envolvía le daba un toque de misterio, que la hizo estremecerse. La nieve también contribuía.

Todos se volvieron hacia donde señalaba.

—Es un castillo —se extrañó Federico—. ¿Nunca has visto un castillo?

—Muchos...

—¿Entonces...? —preguntó Esmeralda.

—Ninguno como ese... Parece hundido en la nieve.

—Solo son un montón de piedjas, una sobje otja.

—Sí. Un montón de piedras que parecen surgir como un fantasma entre la bruma. ¿De verdad no sentís nada?

Eric alzó el brazo.

—¿Sientes algo? —le preguntó Esmeralda.

—Clajo que oui... Soy un sentidoj...

—¿Y qué te inspira? —le preguntó Mel—. ¿Qué es lo que sientes?

—Hambje...

Todos rieron excepto Mel.

—¿De qué os reís? Hablo en serio... —aseguró—. Ese castillo parece hablar desde la distancia. Es como si ya lo hubiera visto antes; como si lo conociera. Sin embargo la sensación que tengo no es buena. No sé por qué, pero los castillos nunca llegaron a gustarme...

—¡Ahí tienes la explicación! —opinó Federico—. Los castillos siempre te inspiraron temor.

—¡Et voilà! —opinó también Eric—. ¡Solucionado!

—¡Soooooooooooo! —exclamó el carretero.

Las mulas se apartaron a un lado del camino, pararon y rebuznaron agradecidas por el descanso.

Mel le miró extrañada.

—¿Ocurre algo? ¿Por qué se ha parado en este bosque tan...

—Vosotros ya habéis llegado —la informó.

—¿Pero no iba usted a Ochagavía?

—Y vosotros a El Barcal, ¿no?

—Claro...

El carretero apuntó a su izquierda con el brazo.

—Pues si movéis el culo, ese caminito lleva hasta allí. Yo no me desvíó más... No os preocupéis, está a un tiro de piedra... tras aquellos montes.

Eric se puso la mano de visera y miró hacia allí.

—Pues sí que tiene usted fuejsa tijándo piedjas...

—Es una forma de hablar, cojones... ¡Venga hombre, abajo! Estáis perdiendo el tiempo... Y yo también.

—¿Pejo qué les ocuje a los cajjetejos en este país, mon Dieu. Son unos cagajjisas... ¿Pojo qué la toman conmigo?

El carretero le miró y resopló.

—¡Tú! —exclamó—, el de la boca loca... Si en vez de estar ahí protestando, agarraras los bártulos y arrearas, el mundo respiraría más tranquilo... Y yo descansaría.

—¿Quoi? ¿Pejo qué bájtulos? Venimos con lo puesto.

Federico le cogió del brazo y le ayudó a bajar.

—Venga, anda... Menos mal que aún no es mediodía. Llegaremos a la hora de comer. Tampoco es para tanto.

Dos horas más tarde entraban en El Barcal. El pueblecito no había cambiado apenas en los últimos veinte años. La cantina seguía estando en el mismo lugar y todo era frío.

La iglesia tampoco había cambiado excepto de cura y de ayudante; el nuevo, no obstante, era hijo del anterior: Manuel, quién había contraído matrimonio y regentaba la taberna. El tabernero aún vivía pero no tenía familia; se retiró asqueado del oficio de servir, y ahora pasaba las horas al otro lado del mostrador, haciendo lo mismo que los clientes: embriagarse.

Federico y Eric entraron y se dirigieron al tabernero. Si se hubieran pasado por allí veinte años atrás, hubieran echado en falta a los dos borrachos custodios, uno a cada lado de la barra, sujetándola por si se les venía encima. Pero no, ya no estaban guardando el lugar, su sitio había sido ocupado no obstante por otros dos tipos de la misma calaña; dos bebedores empedernidos

que pasaban allí las horas y los días, además de recoger la información de los clientes esporádicos y transmitirla a quien les preguntara a cambio de unos sorbos de vino.

Manuel se puso frente a ellos y les preguntó:

—¿Vino?

Eric miró a Federico y abrió mucho los ojos.

—¡Este tipo es adivino...! ¿No te pajeses jajo que asiejte así poj que sí lo que vamos a tomaj?

—Dos jarras grandes —pidió Federico—. ¿Hay algún sitio en el pueblo para pasar la noche?

—Y con catres de sobra —le informó Manuel.

—¿Pasa poca gente por aquí, veo?

—Aquí nadie viene. De aquí se va todo el que puede, y además no vuelve.—dijo el ex tabernero.

—La vida está en Ochagavía —dijo uno de los nuevos custodios de barra—. Allí sí que sí... O en Orbaizeta.

—No siempre fue así —le informó el ex tabernero—. Hubo un tiempo en que...

Los dos custodios le cortaron al mismo tiempo:

—Otra vez con la dichosa edad de oro —exclamaron al unísono. Los demás clientes rieron.

—Te has quedado veinte años atrás... —añadió el del ala derecha. —Miró al de la izquierda y le preguntó—: ¿Y qué era de nosotros en aquel tiempo?

—Estabais aprendiendo a beber... —contestó el ex—.

Los que había antes, sí que eran profesionales de la uva.

Federico carraspeó un par de veces para ser oído.

—¿Y dónde se supone que están los catres? —ironizó.

Nadie prestó atención a su pregunta. El ex cantinero y los borrachos estaban imbuidos en su mundo etílico. Los otros clientes, a lo suyo.

Manuel hacía de árbitro.

El ex cantinero le miró y dijo:

—Díselo tú, anda. Explícales lo de la era dorada. Estos nunca sabrán lo que fue aquello. Aquí corrían a chorros el vino y el dinero... Para ser un pueblo de mierda...

—Lo has contado tantas veces que aquella pelirroja se ha convertido en la patrona del pueblo.

—No exageres, anda...

—¿Que no exagere? —Si no es por ella, jamás habrían pasado por aquí esos mercenarios de tres al cuarto.

—¿De tres al cuarto? Cuando el tal Visnú me echaba el ojo encima, las tripas se me desataban. Sus ojos tenían una extraña relación con el olor a mierda... Pregunta por ahí y verás... Hasta las putas le tenían miedo.

Manuel aprobó las palabras de su antecesor.

—Doy fe —dijo—. Cuando fueron a la iglesia con el poema, casi me meo...

—¡No exageres, eh! —exclamó uno de los que estaban sentados en una mesa del fondo. Tú de ese no llegaste a ver ni el sombrero; al que viste fue a su ayudante.

—Pero sé cómo era... todos lo sabíamos.

—¿Ah, sí? ¿Y dime... cómo era?

—Se dice que tenía los ojos grises como el acero, el hijo de puta.

—Gris tirando a blanco... —dijo otro.

—Tan claro, que hasta parecía un fantasma —opinó un tercero.

Federico frunció el ceño y levantó la mano.

Uno de los borrachos creyó adivinar la pregunta y se adelantó.

—La fonda está dos calles más allá —le informó.

—Perdonen que les interrumpa —se disculpó—, pero he oído «pelirroja», y... —Miró al borracho y dijo—: La fonda puede esperar.

—¿Y qué...? —le preguntó Manuel.

—Es que mi prometida es pelirroja.

—¿Y qué edad tiene tu...?

—Unos veinte años.

—Tranquilo, que no hablamos de ella —rió Manuel.

—Eso lo sé, pero la otra...

—Fue hace aproximadamente veinte años —informó el otro borracho—. Según he oído, la hija de... ¿Cómo se llamaba aquel escocés loco?

—Dragan —le informó Manuel.

—¡Eso! —exclamó el borracho, mirando de nuevo a Federico—. Cómo iba diciéndote, se cuenta que esa niña era una preciosidad. Lástima que desapareciera.

Federico salió en busca de las chicas. No estaba bien que las mujeres frecuentaran antros como aquel, pues los hombres las tomaban por prostitutas y se extralimitaban con ellas, pero aquello era un caso especial y razón de su visita al pueblo.

Cuando ellas entraron, un anciano que estaba sentado al fondo, exclamó:

—¡Victoria!

—No le hagáis caso —dijo Manuel—, está muy viejo y pierde la cabeza. Vive en el pasado...

—Victoria se llamaba mi madre —le informó Mel.

—¡Es Victoria! —repitió el anciano—. Yo abastecía el castillo de leña, la conozco bien... a ella y a su padre.

—¿Conocías a mi madre? —se interesó Mel.

El viejo respondió con otra pregunta.

—¿Cómo está tu padre?

—Ya os dije que pierde la cabeza —intervino Manuel mientras simulaba darse un capón—. No le hagáis caso, o os llevará a un pasado lejano... él aún vive allí...

—Y allí vamos nosotros... ¿Estamos de suejto, no?

—¿Y a ese qué le pasa en la lengua? —bromeó otro de los que ocupaban la mesa del fondo. Los que estaban con él estallaron en carcajadas.

Eric fue a replicarle, pero el estridente chirrido de los goznes de la puerta hizo que cuantos se encontraban en la cantina miraran hacia allí él incluido. La silueta de un hombre vestido de negro de pies a cabeza contrastaba de forma brutal con el blanco níveo del exterior. Tras mirar de una a otra esquina de la cantina, se decidió a entrar.

—Vino y algo de comer —dijo en tono seco, quitándose el sombrero y dejándolo sobre la barra—. ...¿Puede ser?

Manuel apuntó a una mesa al tiempo que asentía.

—Puede sentarse —dijo—. Ahora le...

—Primero el vino... —dijo el forastero desperdigando la mirada por el local. La detuvo en Mel y entrecerró los ojos. Después se volvió hacia el mostrador, agarró la jarra que le ponían en ese momento y echó un trago.

—¿De paso por El Barcal? —le preguntó Manuel.

El tipo estaba echando otro trago y no contestó.

—¿Necesita un sitio donde dormir? —insistió.

El forastero contestó con otra pregunta.

- ¿Falta mucho para Roncesvalles?
—Está a tjes hornadas en cajjo —le informó Eric.
—Venimos de allí —añadió Federico.
—¿Y esa va con vosotros?
—¿Cuál de ellas?
—La del pelo rojo... —Fijó en ella sus ojos negros.
Eric miró a Mel y frunció el ceño.
—¿Impojta eso? —le preguntó, curioso.
—Puedo sentir su inquietud desde aquí...
—¿Cómo que su inquietud? —se extrañó Esmeralda.

El hombre agarró su jarra, se acercó a ellos y la miró a los ojos. Tras unos segundos observándola, aclaró su voz y movió la cabeza como si a través de ellos descubriera a alguien distinto. Puso la mano en su hombro y cerró los ojos.

Mel sintió un temblor por todo el cuerpo. Cogió de la mano a Esmeralda y contuvo la respiración.

El forastero abrió los ojos y la observó de nuevo, pero sin quitarle la mano del hombro. Carraspeó y preguntó:

- ¿Has visto alguna vez una libélula?
—¿Por qué lo pregunta? —se extrañó Esmeralda.

Mel no atinaba a mover los labios. A Federico y a Eric se les transformó la sonrisa en pura contracción.

—Tus ojos —continuó el forastero— hablan de dolor y de soledad... de miedo... de incertidumbre.

Esmeralda y Mel se miraron atónitas.

—¿No sejá usted uno de esos adivinos locos, vejdad?

—En este pueblo ya tuvimos bastante con aquella que vivía en el bosque —habló de nuevo el del fondo.

—¿Te refieres a Melissende —preguntó Manuel.

—¿Y a quién si no...? ¿Acaso hubo alguna otra?

Mel se abrazó a Esmeralda en cuanto oyó el nombre.

—Esa bruja se quedó metida en nuestras mentes. Sí se largó de esa maldita cabaña, nadie supo nunca dónde fue —opinó Manuel—. En realidad es como si siguiera allí.

—Ya habrá muerto —opinó otro—, el tiempo pasa, y lo hace para todos. Aquello está en ruinas, dicen.

—¿Para las brujas también? —preguntó Manuel.

—¡Pues claro! —exclamó otro de la misma mesa. Las brujas también mueren... de lo contrario, todavía estaría metiéndonos el miedo hasta el tuétanos... El cura hizo de ti un puñetero pelele crédulo y supersticioso.

Todos estallaron en carcajadas.

Mel les interrumpió.

—¿Y esa señora, dónde vivía? —preguntó sin mirar a ninguno en concreto.

Los de la mesa se miraron unos a otros, atónitos.

—¿La ha llamado señora? —le preguntó uno de ellos.

—La ha llamado como debía hacerlo... —se entrometió el forastero.

El hombre se le quedó mirando, indeciso, no esperaba que un extraño se inmiscuyera en aquella conversación.

—¿Y tú quién eres para opinar...? —preguntó en tono chulesco—. ¿Te interesa la historia de nuestro pueblo?

—Me interesa la historia.

—A ver si va a ser verdad que es brujo —dijo otro del grupo—. Ahora que no está la otra, lo que nos faltaba...

El forastero se acercó a la mesa y les observó uno por uno, tomándose su tiempo para ponerles nerviosos.

Todos sintieron frío en el cogote. Si algo no esperaban era que aquel tipo tuviera el atrevimiento de desafiarles, y menos aún de aquella manera; parecía tan seguro de sí mismo, que ninguno se atrevió a rechistarle.

—Ponte en pie —pidió al tipo que le había replicado.

El hombre se apuntó al pecho con el pulgar y miró de uno a uno a los que estaban sentados con él.

—¿Yo...? —balbució, temblando.

—Sí —le ordenó en tono seco—. ¡Tú!

—¿Y por qué yo...?

—Porque se te ve echao pa lante... Un tipo con lo que hay que tener. Cuando me has hablado en ese tonillo tan altanero, he sentido pavor... ¿Haces lo mismo con todos los extraños?

—¿Hacer... qué? —tartamudeó el hombre, sudando y pestañeando, nervioso. Las gotas de sudor que le caían de la frente se colaban en sus ojos y podían confundirse con lágrimas; hasta era posible que lo fueran.

—Perdonarles la vida...

—¡No, no...! —exclamó con voz temblorosa, agitando las manos y removiéndose como una culebra—. Seguro que me has entendido mal. Me juzgas demasiado deprisa.

—¿Te pones en pie o no? No tengo todo el día.

El hombre se levantó y echó a correr hacia la puerta.

—¿Se te han ido las ganas de saber quién soy...? —rió el forastero mientras le veía escapar, despavorido.

—Los otros estaban tan agarrotados, que no movieron una pestaña; no se atrevían ni a castañear los dientes.

El forastero se volvió, posó sus ojos en Mel y continuó donde le habían interrumpido.

—¿Has visto alguna vez una libélula? —repitió.

—Pues claro que he visto libélulas —respondió ella.

—¿Y sabes algo de su misticismo?

Inspiró hondo y exhaló fuerte a la vez que negaba con la cabeza. Se preguntó a qué venía aquello, pero no halló respuesta.

—No —confesó encogiendo los hombros.

—¿A qué viene esto? —le preguntó Esmeralda.

—El forastero se acercó a ella, metió la mano en uno de los bolsillos de su morral y extrajo un insecto disecado que parecía una libélula. Se la puso ante los ojos y la dejó observarla, en silencio, hasta que pestañeó.

—¿No te dice nada? —insistió.

Mel agitó la cabeza sin apartar los ojos del insecto.

—Hace un momento pude percibir cuanto vibra en ti; en tu interior...

—Pues qué bien —contestó, nerviosa. La naturalidad con la que hablaba aquel tipo, comenzaba a inquietarla.

—Tu dolor, tu soledad y esa incertidumbre provocada por tus miedos, te tienen atrapada en una gran telaraña... una telaraña que tú solita has ido hilvanando con hilo de acero; un acero que se ha vuelto contra ti como espada.

Mel tuvo la sensación de que aquel tipo estaba dentro de su cabeza. Incluso parecía conocerla bien; tanto o más que ella misma. Intentó en vano que no notara el estupor que se había apoderado de ella y le dijo:

—¿Y qué tiene eso que ver con el bicho que tiene en la mano?

El tipo miró la libélula y contestó sin apartar sus ojos de los del insecto.

—Hay quien cree que una libélula tiene la facultad de moverse entre dos realidades distintas...

—No entiendo —balbució ella—. ¿Eso qué significa?

El forastero apartó la vista de la libélula y la miró a los ojos. La posición de las velas hizo que con su resplandor se acrecentara al máximo el tono negro azabache de sus pupilas, atrapando su rostro y reflectándolo en ellas.

—Por decírtelo de otra forma —explicó—, la libélula puede moverse, según se cree, entre los dos mundos.

—Mel y Esmeralda se miraron y exclamaron a la vez:

—¿Entre dos mundos?

El hombre asintió con la cabeza y añadió:

—El terrenal y el celestial... Eso se cuenta.

Eric no pudo contenerse.

—¿Y tjas desij esa enojme bajbajidad... se queda usted tan tjanquilo, hombje de Dieu? ...¡Mec de merde!

El hombre hizo caso omiso a la réplica del galo y se la entregó. Así mismo ignoró el insulto.

—Ten... —Le abrió la mano y la depositó con cuidado en su palma—. Llévala siempre contigo. Te dará suerte.

—¿Suerte? De momento solo me da asco. ¿Y dígame... por qué me da un animal muerto?

—Cuando tienes la magia del cielo en tus manos, solo da gracias. Ya te he dicho que la libélula se mueve entre los dos mundos; su poder no está más muerto que vivo... ¡Siéntelo y no la pierdas!

Eric se acercó a Mel y le echó un vistazo a la libélula.

—Jepuhnante bisho —exclamó con cara de asco.

Federico y Esmeralda no querían ni mirar.

Los clientes que se encontraban en la taberna, incluso los borrachos custodios del mostrador, escuchaban con la boca abierta y sin pestañear. Manuel tampoco desoía una palabra; le temblaba todo menos las orejas.

—No ha contestado a mi pregunta... —dijo ella—. He preguntado que por qué ¿Qué he hecho yo para...?

—¿Para merecer esto? —la cortó.

—Podría decirse así.

—Digamos que soy un penitente, y que he visto que necesitas ayuda. Eso te ayudará a ti y de paso a mí.

Cuando supieron la razón de su desinteresada ayuda, todos parecieron relajarse; no era el primero ni el último penitente que se dejaba caer por El Barcal. Muchos iban comprando así su parcela en el cielo. Lo chocante fue el bicho y la estampa del desconocido, pero aparte de eso...

Mel, aturdida, resopló y replicó:

—¿Y qué le hace pensar que necesito ayuda?

—Los dos mundos —dijo—. Algo se mueve en ti, tan ambiguo como tu reflejo en un manantial.

Das sensación de estar entre los dos lados.

—¿Cómo que entre los dos lados?

—Cuanto percibo de ti tiene dos partes... incluso tú.

—Mire, no entiendo nada. Vamos a dejarlo...

El hombre continuó como si no la hubiera oído.

—No lo vas a creer —dijo, levantando el dedo índice para enfatizar lo que venía a continuación—, pero das la impresión de latir por partida doble. Es como si a través de tu propio hálito, respirara, aunque de forma algo más débil, alguien más. Sé que es de locos pero...

—Pues clajo que es de locos —le cortó Eric.

—Déjale acabar, hombre —pidió Esmeralda.

—Eric tiene razón... —intervino Federico—, este tío está loco y quiere volvernós...

—¿Puedo continuar? —le cortó el forastero.

Esmeralda fue a decir algo, pero Mel se adelantó.

—¿Y se puede saber el motivo de su penitencia?

—Practicaba la magia y la adivinación. Me lucraba de mi don y se me obligó a hacer el camino de Santiago.

—¿El camino?

—Es un castigo muy común de la inquisición —dijo.

—¿De la inquisición? ¿El camino?

El hombre asintió y añadió:

—El tribunal decidió no ajusticiarme a cambio de eso; de caminar hasta reventar... es un decir —rió.

—Tuvo usted suerte —dijo Esmeralda.

—Según como se mire —replicó el hombre agitando la cabeza—. El trayecto está plagado de delincuentes que viven del peregrino. Son los chupasangre del camino...

—Eso es siejto —apuntó Eric—. Yo lo he compjobado cuando venía. El camino está lleno de sanguihuelas...

—¡Exacto! —aprobó el forastero—. Si no te queman, te envían a que te maten y se ahorran la madera.

—¿Y poj qué no se lajga a otja pajte y...

—Ya lo he pensado —le cortó—; todos lo pensamos... Pero por desgracia necesitamos la carta probatoria. Y esa carta se entrega en Santiago... Como podéis ver, no morir en la hoguera, no asegura el seguir respirando... Sin carta probatoria solo sería un proscrito, y eso es muy parecido a estar muerto... a veces, incluso peor.

Mel le ofreció la libélula.

—Tenga —dijo, exhalando un suspiro—. Creo que la necesita más que yo...

El hombre la rechazó y negó al mismo tiempo.

—Te equivocas, hija. Guárdala como oro en paño.

—¿Por qué debo guardarla?

—Porque te protegerá.

—¿Y a qué se refiere cuando dice que me equivoco?

—A que no tienes ni idea de lo que puedes encontrarte en el camino; un camino tan duro como el mío o peor, que estáis forzados a recorrer tu descendencia y tú.

—¡Pero qué dice! Yo no tengo hijos...

El hombre le puso una mano en el hombro y la miró a los ojos mientras con la otra le tocaba la barriga.

—¡Estás preñada! —sentenció.

XXV

MISERERE

Donde un día hubo una cabaña, solo quedaban restos de madera calcinada; donde un día vio la luz, las termitas habían anidado y devorado la poca madera que no ardió; donde un día hubo vida y esperanza, solo había muerte y desolación; donde un día llegó una mujer preñada, estaba ella sin saber si también, ni qué le deparaba el futuro.

Se imaginó a su madre y se comparó a ella; ambas sin pretenderlo le habían echado un pulso a la vida... ambas, preñadas, llegaron al mismo lugar moribundo y parecían haber sido marcadas por las mismas leyes de la fatalidad.

Pensó si la fortuna no querría esquivarlas, o el destino burlarse de ellas, pues era casi imposible imaginar que la vida de Victoria, la madre de la que no supo hasta hacía solo días, fuera tan idéntica a la de ella y corriera por los mismos derroteros.

Se preguntó por qué en la carta del desconocido no se mencionaba el nombre de un padre, y si sería porque era un extraño... hasta era posible, pensó, que le ocurriera lo mismo que a ella, y hubiera sido violada, con lo cual, las similitudes entre las dos se acrecentaban hasta el infinito y más allá. Sintió un escalofrío y se llevó las dos manos al vientre... solo pensar que lo que llevaba dentro podía ser de aquel ser tan despreciable, le provocó náuseas.

Federico notó su reacción y la abrazó por el hombro.

—¿Estás bien? —Se lo preguntó atrayéndola hacia él.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y exhaló un suspiro.

—No es nada —mintió. Pero sí era, pues desde que el extraño vaticinó su preñez, los recuerdos de su secuestro volvieron a su mente encendidos como teas, y esa última noche no consiguió pegar ojo. El miedo había anidado en ella, haciéndose dueño y señor de su vida.

Se volvió hacia el bosque y se acurrucó de nuevo en el pecho de Federico; fue un impulso involuntario.

—¿Estás nerviosa? —preguntó él—. Quizá no ha sido buena idea venir; aquí puede tocarse la muerte... nada de lo que está a la vista respira. Todo es nieve y ruinas.

—Nada excepto el bosque —dijo Esmeralda.

Todos se giraron hacia él como si lo avistaran por vez primera. Como si estuviesen conchabados, centraron sus ojos los cuatro a la vez en un claro; un hueco despejado de arboles y vegetación, que, a modo de entrada, parecía invitarles a penetrar en sus entrañas.

—Ese bosque está muy vivo —repitió Esmeralda.

Mel resopló y asintió.

—Por él escapó mi madre, dice la carta.

—También desía que un espíjitu la pjtóhió... —dijo Eric—, pejo podjía sej que no hisieja lo mismo con todos.

Federico le palmeó la espalda y sonrió divertido.

—¿Tú crees? —dijo, apuntando al bosque.

—¿Que si cjeo qué...?

—Que esos árboles puedan esconder un fantasma que selecciona a sus...

—Yo no he disho nada de fantasmas... He disho una pjesensia espjitual —le cortó—. Un sej que...

Mel no dejó que se explicara y echó a andar.

—¿Entramos? —propuso ahogando sus palabras.

Eric se echó las manos a la cabeza.

—¿Pejo dónde vas, muhej de Dieu...? ¿No tienes pavoj de entjar en ese aguhejo oscujo? ¿Y si sale ese espjitu...?

Esmeralda y Federico fueron tras ella y le dejaron solo y sin saber cómo reaccionar ante aquella cabezonería del grupo. Viendo que nada podía hacer, corrió tras ellos.

—¡Espejadme cabjonasos! —gritó—. ¿No ijéis a dehaj que me pudja aquí solo, vejdad...? ¡Lo que hay que hasej! —bramó en cuanto les alcanzó—. No tenéis vejhüensa.

Una vez dentro de la arboleda, Mel, sin saber la razón de su caprichosa conducta, se acomodó al pie de un árbol y cerró los ojos. Ni siquiera le importó que fuera nieve.

Federico se sentó a su lado y la abrazó.

—¿Qué te propones? —preguntó, curioso—. ¿Y a qué se debe esta actitud tuya tan extraña?

—No lo sé. Es un impulso... y como si no fuera esta la primera vez que estoy aquí. Yo misma estoy sorprendida.

—Es extraño —dijo Federico—, pero todo debe tener una explicación. Te han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo, y todas difíciles de cargar sobre una espalda tan joven. Aunque actúes como si nada ocurriese, sé que no es así. No sé qué pasó durante tu ausencia, pero algún trauma ha debido dejarte, cuando tienes estos arrebatos... Entiendo que tuvo que ser muy duro y que no te apetece hablar de ello, pero en algún momento tendrás que...

Mel le tapó la boca con la mano y apoyó la cabeza en su hombro. A nadie más que a ella le gustaría sincerarse y contar lo que ocurrió... sería una forma de liberarse del insomnio que se había pegado a ella y de la repugnancia que sentía ante el acto sexual cuando recordaba al sádico que la ultrajó sin preámbulos ni compasión. Pero Nunca traicionaría a los muchachos por los cuales estaba libre, y tampoco diría a Federico que a veces veía su rostro en él.

Tampoco se atrevía a hablarle de su posible preñez, ni de las dudas que la comían por dentro; especialmente en sus momentos bajos, cuando pensaba en la odiosa posibilidad de que el padre fuera su violador. Sabía que Federico no era idiota y que también se habían cruzado por su mente las mismas dudas; sabía que las preguntas ardían dentro de él y acababan ahogándose en sus labios; sabía que sus miedos eran los de ella y le paralizaban, queriendo saber y no saber, a partes iguales, y también estaba convencida de que si lo soportaba era por amor.

Pensando en ello, llegó a la conclusión de que a veces la felicidad consiste en saber no saber.

Cerró de nuevo los ojos, se acurrucó contra su pecho y sintió el calor de su cuerpo. Nunca había querido tanto ni con tanta fuerza; de hecho nunca quiso a nadie antes que a él ni se imaginaba queriendo a nadie más.

La voz de Federico la trajo de nuevo a la realidad.

—Si no quieres hablar, yo no quiero oír —susurró.

Ella le miró extrañada.

—¿Estás seguro?

—Solo estoy seguro de que te quiero. Pasara lo que...

—Yo también te quiero —le cortó ella cambiando de tema—. Y aunque apenas sé de ti... quiero envejecer a tu lado... seas como seas.

—¿Lo dices en serio? Mira que yo...

—Sé que no eres ningún santo, de eso no tengo ni la más mínima duda —rió—, pero tampoco necesito que tu pasado enturbie nuestro futuro. Cuando estoy a tu lado y te veo sonreír, sé que cuanto fue mereció la pena...

Federico se sonrojó y delató con una sonrisa boba.

—Esas arruguitas que se te forman en los ojos cuando sonríes —añadió Mel—, me pertenecen a mí sola.

—Me alegra oír eso —confesó él.

—¿Por qué? ¿Acaso lo dudabas?

—Temí que al venir aquí y reencontrar tu pasado...

—¿Qué pensaste? —le interrumpió, curiosa.

—No sé... simplemente tuve miedo. He sentido ese miedo, solo una vez... cuando estaba en alta mar.

—¿Cuando estabas en alta mar?

Federico asintió mirando a lo alto y suspiró.

—Uno de los marineros que se enroló conmigo, no lo superó. Fueron momentos duros.

—¿Qué es lo que no superó.

—El viaje. Cuando cogió aquella fiebre; algunos más la cogieron, las señales de sus cuerpos eran ya de muerte.

—¿Qué enfermedad tenía?

—No lo sé... Solo sé que todos comenzaron a sentirse débiles y con dolores de estómago; posiblemente debido a los alimentos en mal estado y al agua corrompida... sus dientes fueron cayendo, y en poco tiempo... Si te digo la verdad, no me explico cómo estoy aún vivo; debe ser que tenía que conocerte... —dijo medio en broma medio en serio, pero más en serio que en broma; su amigo Luigi le metió la superstición hasta el tétanos, y todo lo que le iba ocurriendo, que no podía controlar, acababa convirtiéndose en la señal de algo—. Tuve suerte de...

Mel le interrumpió.

—Qué cosas tan bonitas dices, Federico. Me gustan... ¿Te las inventas así como así, o las has oído por ahí?

—Las digo porque las creo y las siento. Salen solas...

—Si sigues hablando así, voy a ponerme roja. En fin, continúa, anda... ¿qué estabas diciendo?

—A lo que iba —continuó—: Luigi, como te decía al comienzo, fue uno de los que cayeron. Antes de morir, y sabedor de que no superaría la enfermedad, repetía una y otra vez una palabra sacada de la Biblia: «*miserere*».

—¿*Miserere*? ¿Qué significa?

—Él era un gran lector. En Italia, según dijo; venía de familia acomodada y de tradición religiosa, leían salmos y los memorizaban para enseñar y predicar a otros.

—Mi-se-re-re —silabeó Mel—. Qué palabra más...

—Cuando la oigo, tiemblo —la cortó Federico.

Ella le miró con la inquietud pintada en la cara.

—¿Tiemblos? ¿Por qué? ¿Y qué significa? ...No me lo has dicho... ¿Te lo explicó tu amigo?

—Como te decía es un salmo; un salmo de uno de los reyes de Israel, y su traducción al latín, siempre según él, era: misericordia o piedad. Él eligió la primera, porque se parecía más a la que da título al salmo.

—¿Y a dónde quieres ir a parar? —le preguntó Mel, a todas luces inquieta—. Yo no sé lo que es un salmo, pero también empiezo a tener miedo.

Federico intensificó el abrazo a modo de protección.

—Cuando Luigi agonizaba, no dejaba de repetirla. Era tan machacón diciéndola una y otra vez, que expiró con ella en la boca. Nunca olvidaré su rostro desencajado por el sufrimiento... Tampoco le olvidaré a él ni a su palabra; esa maldita palabra que me pone los pelos de punta.

Mel exhaló un suspiro y apretó la cabeza a su pecho.

—Creo que te entiendo —susurró, temblorosa.

Federico retiró una lágrima que resbalaba por su cara y aspiró los mocos que empezaban a asomar por su nariz; el recuerdo de su amigo le emocionó hasta tal punto que no pudo controlarse. Aclaró su garganta, arrimó la boca al oído de Mel, y despacio, susurró:

—El miedo que sentí entonces, es mucho menor que el que siento cuando te noto ausente. Cuando no abres la boca y pareces sufrir, pienso que no necesitas que yo esté a tu lado; pienso que soy un estorbo...

—¿De verdad...? ¿Y eso por qué?

—Cuando no dices nada; cuando estás ausente, como ocurre estos últimos días, veo la cara y el gesto inerte de Luigi tras abandonarme... Es como sentir la nada posarse sobre mi cabeza... como si me hablara.

—Él murió, cariño... Eso no significa que te abandonara. Yo tampoco lo haré.

—No elijo mis emociones, Mel... ellas me eligen a mí y sin pedirme permiso. Creo que estoy hablando demasiado. Eres tú quien necesita mi atención, y no al revés... Siento haberme colado y antepuesto mis problemas a los que nos han traído aquí.

Mel deshizo el abrazo y se puso en pie... durante un momento había olvidado el motivo que les llevó a visitar aquel lugar. Miró a su alrededor; entre los árboles, Eric y Esmeralda reían ajenos a su conversación con Federico.

Este se puso también en pie, se sacudió los residuos de nieve que tenía pegados al calzón, y con el culo mojado y la mente calmada, se acercó a Mel por detrás y la rodeó por la cintura.

—Tenemos el culo mojado —le dijo en tono gracioso... Vamos a coger un resfriado de aúpa.

Mel no prestó atención a lo que le dijo, caminó hasta alejarse un poco de él y se volvió con la mirada perdida.

—Espera ahí, por favor —suplicó—. Necesito pensar y sentir... en solitario.

Federico cerró los ojos y resopló, iracundo, pero no se movió.

Mel continuó andando hasta estar lo suficientemente alejada y oteó el bosque como si esperase descubrir algo. El graznido de los pájaros se mezclaba con el del viento entre el follaje, convirtiendo su silbo en notas discordantes, estridentes y tristes.

Pensó que Federico no iba desencaminado. ¿A quien quería engañar? Desde que recibió la carta, todo, incluso ella, se volvió distinto. Su mente se había convertido en un hervidero y su fértil imaginación estaba desbordada y no le cabían más conjeturas ni supuestos.

Por mucho que intentase auto convencerse de que las cosas seguían igual, eran diferentes y notaba los síntomas en forma de sensaciones hasta entonces desconocidas: de manera repentina comenzaron a venirle recuerdos de los cuales nunca tuvo memoria, y la nostalgia de tiempos sin tiempo, cosida a un presente que parecía desgarrarse sin remedio un poco más cada día, la envolvía de oscuridad.

Pensó que entrar en aquel bosque la ayudaría a cerrar una etapa, pero fue como abrir la Caja de Pandora.

Los truenos comenzaron a oírse a lo lejos y el fuerte y vertiginoso viento se la llevó en volandas hasta su niñez; solo era una sensación, pero tan viva que pudo oír latir el corazón de su madre apretándola fuerte contra su pecho mientras se cobijaba del frío tras uno de aquellos

árboles, y sentir en su cara la humedad de las lágrimas que caían por sus mejillas.

La emoción del momento la llevó a apretar los puños y alentó a gritar con fuerza, pero contuvo la rabia que la quemaba, mordiéndose la lengua; ningún grito, pensó, es tan poderoso ni retumba tan hondo como el que se lanza hacia dentro; hacia las entrañas y desde el corazón.

Entonces lo hizo.

Miró a lo alto y gritó sin abrir la boca; deletreó muy despacio y con toda su furia concentrada en las tripas:

—¡Mi-se-re-re!

XXVI

UN HOMBRE DESESPERADO

DIEZ DÍAS DESPUÉS

Carlos de Marena apretó los puños desesperado y dio un alarido que se oyó en todo el edificio. Había transcurrido más de una semana desde que dio la orden a Solón, y no solo no se había cumplido, sino que habían perdido la pista de ambos. Su chico, como llamaba al mercenario, había rastreado el pueblo sin éxito; a pesar de trillarlo día sí y otro también durante siete días, no consiguió nada.

César apareció a carrera forzada tal como requería la tonalidad del chillido. En realidad no andaba lejos de allí y le costó solo unos segundos, pues el nivel de irritación del señor durante los últimos días, parecía, si no calmarse, sí aminorar con cada alarido que daba. Eso era motivo suficiente para no alejarse mucho de sus habitaciones, ya que ahorrraba tiempo y sermón, dado la terapia.

—¿Solón, señor...? —adivinó.

—¡Ya tenía que estar aquí!

César, por la cuenta que le traía, se retiró sin rechistar y de puntillas; el ambiente ya estaba más que caldeado y no era cuestión de hacerse notar; mejor parecer muerto.

Al poco apareció el mercenario.

—¿Me habéis mandado llamar, señor?

Carlos contestó con otra pregunta. Su impaciencia era notoria y no lo disimulaba.

—¿Alguna novedad?

—Hasta ayer tarde, ninguna..., señor.

—¿Y puedo saber qué hacéis aquí perdiendo tiempo?

—Siento daros esta noticia, pero no hay ni rastro de ellos en Roncesvalles, señor... llevan días desaparecidos.

—¿Te has preocupado por averiguar si están muertos?

—Vos no pedisteis que lo hiciera, señor.

—¿Pero creéis que lo estén?

—Es improbable señor. Esas cosas se saben...

—¿Y creéis que tengan la facultad de ser invisibles?

—¡Claro que no, señor! ¿Os burláis...?

—Pues si no están muertos ni son invisibles, decidme dónde se han podido meter, porque se me está acabando la paciencia. ¡Traédmela y matad al que se la folla, joder!

—Pero...

—¡Ni peros ni nada... quiero resultados!

—Ahora pensaba irme al pueblo, señor.

—Pues ya estáis perdiendo tiempo. Y mientras no me traigáis buenas nuevas, no tengo ningún

interés en veros por mis dominios. Esa mujer me ha entrado de punta, y si no la limo, se hundirá en mí hasta destrozarme.

—Mataré al que se la trajina, señor, pero no conviene precipitarse. Quizá ha desaparecido porque sospechaba.

—¿Creéis que puede ser esa la razón?

—No lo sé, señor. Yo tendría paciencia y esperaría...

—¿Esperar, decís...? ¿Creéis que así regresará?

—Sí, si es durante un tiempo prudencial...

—Está bien. Pero no por ello dejéis de indagar...

XXVII

REENCUENTRO

Hicieron el camino a Roncesvalles en la carreta de un vendedor ambulante; esta iba cargada de toneles de vino, aceite, especias y perfumes baratos. También llevaba tres o cuatro gallinas para consumo propio, que impregnaban la carreta de olor a ave mezclado con tintorro y perfumes olorosos que, combinados con algunos huevos podridos y queso curado sin tapar le ponían la nota nauseabunda al ambiente ya enrarecido por las boñigas de las mulas. Tan solo en los descansos y cuando se detuvieron para hacer noche, pudieron tomar distancia y aspirar sin tener que taparse la nariz ni sentir ataques de angustia.

El camino de regreso se estaba haciendo pesadísimo, y todos excepto Eric y el vendedor deseaban llegar cuanto antes al destino; el vendedor porque ya estaba acostumbrado y era su ambiente habitual, y Eric porque le estaba birlando el vino con disimulo; tan bien lo hacía, que sus compañeros no se daban cuenta ni teniéndolo al lado.

—Ya queda menos —gritó el comerciante girando la cabeza levemente, como si adivinase las ganas locas que tenían de llegar.

—¡Ya va siendo hora! —exclamó Federico.

—¿Poj qué tanta pjisa, hombjes de Dieu?

La voz del galo sonó a falsete en el oído del vendedor.

—¡Maldita sea! —aulló—. ¡Maldita sea mi suerte!

—¿Qué ocurre? —Preguntaron a una, excepto el galo.

—El cabronazo de la boca chula se me está trincando el tonel. Espero que me lo pague... Con razón estaba tan callado el hijo de la grandísima.

Esmeralda, quien no se había percatado, preguntó:

—¿Está seguro?

—¿Qué si estoy seguro?

—¿En qué lo nota?

—¿Que en qué lo noto? Hija, en esto soy un experto... En cuanto le he oído hablar... ¡si se le encasquillaban las palabras, cojones...!

—Pero es que él tiene acento... —objetó Mel.

—Sí —se burló el carretero—. Antes hablaba como si tuviera la lengua escocida y ahora se le escaldan hasta las palabras... Ni que hubiera puesto la boca a hervir, el hijo de puta... ¡Coño, que se me estaba pimplando el caldo!

Eric, ya entonadillo, había perdido vergüenza, miedo, y hasta se sentía gracioso. Carraspeó, puso una sonrisa boba que le llenaba la cara y aplaudió mientras felicitaba al carretero.

—Hombje... al fin un cajetejo que me dise de quien soy hiho...

—El carretero paró las mulas, fue a la parte de atrás y le agarró por el pescuezo.

—Esto me lo tienes que pagar, borracho de mierda.

—Bon... pues vamos a hasej un tjato, hombje de Dieu.

—Ni trato ni leche. ¡Salta de mi carro, cabrón...!

—Pejo hombje... ¿qué les ocujje a todos los cajjetejos?

—¡Que saltés, joder! La madre que te parió!

—Tjanquilo, hombje...

—Como no bajas, te voy a poner la lengua en salazón, fransua de mierda...

Como no se decidía, el carretero le agarró del cuello y lo lanzó fuera de un empujón, con tan mala fortuna para él, que fue a caer de bruces sobre una charca embarrada repleta de orines y boñigas de caballo.

Se quitó la mierda de los ojos, miró al tipo y puso cara de incomprendido a la vez que se ponía en pie.

—¿Ya se ha quedado agustito, hombje de Dieu? Huelo peoj que su pugneteja cajjeta. ¿Qué haho ahoja, eh...?

El hombre no contestó. Se volvió a los otros tres y les preguntó:

—¿Os quedáis con él o seguís?

Tres horas más tarde ponían los pies en Roncesvalles.

—Poj fin —se alegró Eric—. Vaya camino de miejda.

Federico se contuvo de agarrarle por la pechera.

—No sé cómo te aguanto —se quejó, resoplando.

—¿Pejo qué os ocujje a todos...? Estáis muy jajos.

Esmeralda se plantó ante él con los brazos en jarra.

—No-me-tires-de-la-lengua, Eric... —le amenazó—. ¡Nooo-me-tires-de-la-leeengua! —repitió a labio pegado.

—Menudo pícaro estás hecho —mugió Federico—. Y aún hemos tenido suerte de que se haya dado cuenta tan tarde, que si no...

—No quiero ni pensarlo —intervino Mel—. Todo el camino nevando. Estamos empapados y congelados... En la carreta al menos, había un toldo.

—Bueno —les consoló el galo—, ahí tenemos el lupa nar...

Esmeralda y Mel se miraron como si no hubiera nada que hacer. Federico prefirió permanecer en silencio.

Entraron en el local por la puerta trasera. Leonor salió a recibirles, y al estar frente a Eric, se pinzó la nariz.

—Aquí estamos acostumbradas a tipos que apestan a lo menos pensado —dijo con voz gangosa—, pero esto...

—No es nesasajio que te expliques... ¿Dónde puedo ij a aseajme un poco?

—¡Manueeeela! —gritó Leonor.

Manuela corrió pensando que había pasado algo.

—¿Qué ocurre para que grites así...? —se presentó.

—Acompaña al falo a la parte trasera y que se quite la mierda... Aquí no puede estar con esa peste a letrina.

Manuela se tapó la nariz.

—Lo de mierda, no es un decir... ¿verdad?

—No. No es simbólico.

—Ya lo imaginaba.

—Y busca por ahí, a ver si encuentras algo de ropa de hombre... —añadió Leonor.

Eric puso ojos como platos y se frotó las manos.

—¿jopa limpia? —exclamó, jovial.

—Ropa seca, rabón, ropa seca... Pero no temas, que a las malas, peor que la que llevas puesta, no estará. Miró a Manuela y la apremió:

—Y date prisa, que estamos a punto de abrir...

El chirrido de la puerta hizo que todos se volvieran.

Mel y Esmeralda se cogieron de la mano como si no pudieran creer lo que veían.

Eric y Federico cruzaron una mirada de asombro.

Leonor y Manuela pusieron cara de estupor.

—Todavía no hemos abierto —informó Leonor.

Desde donde estaban solo podían distinguir su silueta, pero ellos cuatro no necesitaban verle la cara.

—Está cerrado —repitió Leonor.

El hombre no contestó. Entró y avanzó despacio hasta el mostrador; una vez allí, sacó unas monedas y las puso a la vista.

—Fuera hace mucho frío —puso como excusa—. Con un poco de vino, me planto en una mesa del fondo y...

—¿Y...?

—Y como si no existiera. Desaparezco sin más...

Leonor fue al mostrador, recogió las monedas y puso una jarra ante él.

—Haz lo que has dicho y no molestes —le pidió.

El hombre agarró la jarra y se dispuso a perderse en la penumbra del fondo. Cogió una vela a medio consumir, de una mesa que se encontraba a su paso y miró a Leonor de modo inquisitivo.

—¿Puedo? —preguntó, mostrándosela.

Ella asintió sin decir nada.

De forma inconsciente, Mel buscó en un bolsillo de su vestido y sacó la libélula.

—¿Ahora coleccionas bichos? —le preguntó Leonor.

Negó con la cabeza, y muy discretamente apuntó con la barbilla al tipo que acababa de entrar.

Leonor miró al hombre, luego al insecto y otra vez al hombre. Pero no comprendió nada.

Mel apuntó a la libélula con el índice y volvió a mirar al forastero.

—¿Quieres decir que le conoces? —susurró Leonor.

Mel asintió con la cabeza y acercó la boca a su oído.

—Es un peregrino —susurró a su vez.

—¿Y a qué viene tanto misterio? —murmuró Leonor, sorprendida—. Casi todos nuestros clientes lo son...

—Este es distinto.

—¿Distinto en qué?

—Dice que es adivino, o algo así —dijo, muy bajito.

El hombre intuyó dado que allí no había nadie más, que hablaban de él. Se puso en pie jarra en ristre y se fue acercando a paso lento hasta donde estaban.

—Observo —dijo, mirándolas de una en una—, que a pesar de estar vacío, este local está muy animado.

Ninguna supo qué decir. Las dos estaban bloqueadas.

El tipo se apuntó al pecho con el pulgar y continuó:

—Los secretos tienen su parte graciosa, pero cuando son referentes a uno, hasta se convierten en interesantes.

Y ya que la conversación está en un punto álgido, quiero participar, si no es una molestia... Quizá hay cosas de mí que aún no sé, dado el secretismo del que hacéis gala.

—Lo siento —se disculpó Mel—. Ha sido culpa mía.

—No estés molesta por ello —la consoló él—. Es solo que si necesitáis saber algo de mí, no tengo problema en daros información de primera mano. —Miró a Mel como si estuviera sorprendido—. Debo estar perdiendo mucho talento en cuanto al conocimiento de la mente humana... el otro día, no supe leerte bien.

—¿A qué se refiere?

—A que jamás pensé que tu profesión fuera esta.

Federico se había mantenido hasta aquel momento en un discreto segundo plano, pero fue oír al hombre hablar de Mel y dio un bote en la silla como si le hubieran dado un pinchazo en el culo.

Esmeralda también se alteró.

—Y no se equivocó —le aclaró levantando la voz.

—Pues menudo adivino... —replicó Federico.

—El hombre encogió los hombros y le miró, serio.

—Tampoco pensé que tú fueras su...

—Y tampoco lo soy... —le cortó—. No sé si será una broma ni si es usted uno de los muchos farsantes que van por ahí agorando, pero si no es así, le aseguro que no ha perdido facultades... Ella es mi prometida, no....

—Pues claro... —le cortó Esmeralda—. ¿Qué se habrá creído este? ...Del único que hay dudas es de él.

—¿Por qué os ponéis así? —intervino Leonor.

—¿Es que no le has oído? —exclamó Esmeralda.

—Lo he oído perfectamente, ¿pero por qué os molesta tanto? ¿Tan malo es ser puta...?

Esmeralda no supo qué contestar, estaba avergonzada. Las únicas personas que habían accedido a ayudarles eran ella y Manuela. Con las otras prostitutas nunca se habían codeado, pero ninguna puso objeción a que se quedaran allí, y compartían con ellos comida y techo.

Leonor no pudo disimular su decepción; se apartó del grupo y permaneció en silencio y como ausente.

Esmeralda se apresuró a disculparse, pero la piedra ya había sido lanzada y dado de lleno; tendría que esforzarse mucho para curar la herida. Se sentó junto a ella, posó la cabeza sobre su hombro y acarició el dorso de su mano transmitiéndole su calor. Las palabras hubieran sobrado.

El hombre decidió amainar el temporal; se acercó más a ellos y se presentó:

—Mi nombre es Tomás... Soy, ya sabéis, un peregrino en busca de redención por mis pecados.

—¿Tomás? —se sorprendió Leonor—. Así se llamaba mi viejo. —Escuchar el nombre de su padre hizo que se olvidara del agravio, al menos durante ese rato—. ¿Y qué pecados son esos? —le pregunto.

—Ninguno —respondió, tajante.

—¿Ninguno? —se extrañó ella—. ¿Entonces?

—A mi juicio no... pero el inquisidor no supo verlo del mismo modo. Me condenó a patearme la península a mi libre albedrío. Alguien me aconsejó que empezara por Roncesvalles, pero con la tontería de hacerle caso, vengo desde Monte Calpe; una de las columnas de Hércules... y prácticamente ya me he pateado España de cabo rabo. Si la gente supiera la cantidad de caminos que llevan hasta Santiago, y desde casi cualquier parte, lo harían hasta los ciegos, y sin miedo a salirse del itinerario. Ese Santiago sí que tenía el sentido del humor afinado, sí...

Leonor suspiró y meneó la cabeza como si comprendiera; ella no entendía de religión ni de

santos.

—¿Así que eres un adivino...? —le preguntó medio en broma, cortando el hilo de la conversación.

—Digamos que tengo alguna cualidad...

—¿Y para eso... se nace o es un oficio?

—Las dos cosas —se anticipó Esmeralda—. Yo tengo las dos; la primera desde la cuna, la otra me la enseñaron en el clan... Así me he ganado siempre la vida.

—¿Ah, sí...? —exclamó Leonor con cara de sorpresa.

Esmeralda asintió orgullosa.

—No sé si muy desarrolladas—explicó—, pero nadie ha quedado defraudado. Las cartas se me dan bien...

El forastero se encogió de hombros.

—Lo mío es distinto, yo no necesito cartas para leerle el futuro a la gente. Ni cartas, ni piedras —concluyó.

—¿Y eso cómo se explica? —intervino Mel.

—Si te soy sincero, no tengo ni idea.

—¿Cómo...? —exclamaron todos al unísono.

—Veréis —explicó—, cuando era solo un adolescente trabajaba en el campo... Un atardecer de verano hacía tal calor, y estaba tan agotado, que me senté bajo un árbol y me quedé dormido. Cuando desperté se ocultaba el sol y empezaba a refrescar, eso me animó a seguir un rato más y disfrutar del ocaso. Entonces ocurrió algo; de repente y sin saber de dónde surgió, apareció ante mí un tipo raro.

Todos escuchaban con la boca abierta. Como nadie le interrumpió ni preguntó, continuó:

—Estuvo hablando conmigo hasta anoche... sobre todo habló de la vida y de sus secretos.

—¿De sus secretos? —exclamó Mel, curiosa.

Asintió con la cabeza, suspiró como si ni él mismo lo entendiera y continuó:

—Permaneció por allí durante días, pero yo nada dije de mi encuentro con él; simplemente me dediqué a robar comida en casa y se la llevaba... Algo me decía que nadie aprobaría esa relación y decidí ser discreto.

—Otro de esos que viven del prójimo —soltó Leonor.

El forastero negó con el dedo.

—No fue así —aclaró—. En realidad, apenas probaba bocado y me la acababa comiendo yo. Lo extraño era que sin darme tregua, hablaba y hablaba sin parar. Sin apenas ser consciente, fui adquiriendo una serie de conocimientos; incluso tenía visiones sobre el pasado y futuro de las personas que se cruzaban conmigo; especialmente si ellas me tocaban... o las tocaba yo. Como comprenderéis, un labrador joven e ignorante como era yo entonces, sintió que el mundo le daba vueltas, superado por un conocimiento para el cual no había sido preparado, y ante unos dogmas que diferían bastante con los que hasta entonces se le habían inculcado. —Levantó el dedo índice, miró a todos de uno en uno y remató—: Si llego a contarles esos conocimientos a la inquisición durante el interrogatorio, ahora no estaría haciendo el camino de Santiago, estaría en el camino de la otra vida... A veces hay que hacerse el idiota... no hay otra alternativa al fanatismo. Fin.

—¿Y ya está...? —le preguntó Mel desbordada por la curiosidad.

Se acercó a ella, y como hizo en El Barcal, le puso una mano en el hombro.

—Alguien te busca desde hace mucho tiempo; años... Y no sé si con buenas intenciones. —Se volvió a Federico y sentenció—: Y tú deberías abandonar este pueblo.

Federico, sorprendido, se llevó el pulgar al pecho.

—¿Yo...? Pero si acabo de llegar... Nadie me conoce.

—Estáis en peligro. Los dos.

—Creo que se equivoca usted. —intervino Leonor—. Ninguno de los dos es de aquí. Es de locos pensar que...

En ese momento sonó el aldabón de la puerta.

—Creo que serán los primeros clientes —dijo Leonor mientras iba hacia la puerta—. Va siendo hora de abrir.

El aldabón sonó de nuevo y de forma insistente.

—¡Ya vooooooy! —gritó—. ¡Paciencia!

Cuando abrió, frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —La pregunta era retórica, el hijo del herrero estaba en frente con el brazo alargado y pliego en ristre.

—¡Carta del fantasma! —gritó para que la oyeran—. Algo más —le preguntó al muchacho.

Este negó con la cabeza.

—Oye —le preguntó, bajito—. ¿Tú por casualidad, le has visto la cara al que te ha dado esto?

El muchacho negó de nuevo.

—¿Seguro? —insistió, entrecerrando los ojos como si buscara complicidad.

El muchacho negó otra vez y encogió los hombros.

—No sé quien es... —aseguró—. Esta carta me la ha entregado mi padre y yo se la entrego a usted.

Leonor suspiró decepcionada y le dijo:

—¿Y no podrías enterarte de...? Tú ya me entiendes...

El chico la miró el escote y sonrió.

—¿No eres muy joven para eso?

—Tengo quince...

—A eso me refiero...

—Será difícil. Mi padre no me permite hablar con los desconocidos que...

—Está bien —le cortó ella, adivinando su juego—, si descubres quién es, te dejo elegir a una de mis chicas.

—¿Y no se lo dirás a nadie?

—¡Prometido!

—Será difícil —repitió el chico—. Pero el premio es bueno... Lo intentaré... Un trato es un trato, eh...

Leonor le respondió con una sonrisa y cerró la puerta.

—Aquí tienes. —Le entregó el pliego a Mel.

Esta lo cogió y puso cara de sorpresa.

—Te recuerdo que no sé leer... —dijo, abanicándose con él.

El forastero carraspeó y se ofreció a ayudarla.

—¿Si puedo hacer algo por vosotras —les dijo—... no dudéis en pedírmelo.

Mel se mordisqueó el labio como si dudara.

—Es algo muy personal...

—Entiendo. Olvidalo entonces, solo quería...

—Tan personal no es —le cortó Leonor—. Yo me he enterado y no es como para andar con secretismos... Solo pone en tu conocimiento algo de ti que no sabías; el otro pliego no decía nada del otro mundo.

—¿Quieres decir que no es la primera vez que recibes una carta? —preguntó Tomás.

—Es la segunda —aclaró Leonor.

—Interesante... ¿Y qué sabéis de quien la envía?

—Nada de nada... —le aclaró esta vez, Mel.

—Aún más interesante —añadió echando un trago.

—¿Y por qué le parece tan interesante —le preguntó Federico—. Solo es una carta informativa.

—Ábrela ya —pidió Esmeralda—. ¿A qué esperas?

En ese momento aparecieron Manuela y Eric.

—Aquí tienes a tu pichón —dijo ella—. Y con trapos limpios... lo siento, no he encontrado nada mejor.

Todos rieron. Federico le cogió por los hombros y le dio media vuelta para que el resto le viera por detrás.

—Ese calzón demuestra que existen los gigantes.

Manuela miró a Mel y la tranquilizó.

—He puesto su ropa en remojo y junto a la chimenea.

En unas horas lo tendrás otra vez reconocible.

Mel, le entregó la carta a Eric a modo de bienvenida.

—¿Otra?

—Otra. Léenosla, anda.

—¿Y qué decía la otra? —le preguntó Tomás—. Veo que es del dominio público. No será tan enigmática, si no hay nadie aquí excepto yo que no sepa lo que dice.

—Propongo que leamos esta, y después ya veremos si te ponemos al tanto —dijo Mel—. Es complicado.

Eric desplegó el manuscrito y se aclaró la garganta.

Saludos de nuevo, Melissende.

Voy a comensaj esta cajta hasiéndote una pjegunta: ¿Has compjobado el tatuaje que tienes en el talón?

Tomás interrumpió la lectura.

—¿Llevas un tatuaje en el talón? —preguntó, curioso.

Mel asintió.

—Sí —le aclaró—, y pone un nombre: Mel.

—Bueno —repuso Tomás—, quien te haya escrito la carta acaba de llamarte Melissende. Es un diminutivo...

—Eso no es lo raro —replicó ella—. Lo raro es que yo no lo supe hasta que recibí la primera.

Tomás se rascó el cogote y chasqueó la lengua.

—Ahora sí que me he perdido —confesó.

—¿Puedo continuaj ya...? —se entrometió Eric—. Es paja hoy... Va a venij hente...

—Ahora entiendo lo que noté en ti —se coló Tomás.

—¿A qué se refiere? No entiendo —le preguntó Mel.

Él le puso la mano en el hombro a modo de recordatorio y repitió su vaticinio de El Barcal:

—Soledad... Incertidumbre... Miedo... Todo tiene su explicación ahora. Es difícil vivir ignorando quien es uno hasta llegar a la edad que tienes; es como vivir a medias.

Eric carraspeó.

—¿Puedo seguij?

—Yo no he vivido con miedo —protestó, ignorando a Eric.

—Tu vibración no me cuenta eso...

—Todas mis dudas comenzaron hace poco... A partir de entonces —reconoció—, sí que he sentido... En fin, no quiero aburrirle con mis problemas.

—¿Puedo continuaj? —insistió Eric.

Ambos asintieron, dando por acabado el debate.

Espejo que sí —continuó—. Esa es la pjeuba de quien ejes en jealidad y la que dajá fe ante tu hejmano hemelo Teth.

—¿Has dicho Teth? —le interrumpió otra vez Tomás.

Eric resopló a modo de protesta.

—¿No puede estaj callado, no? —se quejó—. Va a...

—¿Cómo se escribe? —le cortó—. ¿Puedo verlo?

Eric le entregó el papel con desdén.

—Léalo usted, si quieje...

Tomás aceptó el pliego y se embutió en él.

—Qué curioso —dijo.

—¿Curioso, por qué...? —preguntó Mel.

—Porque hasta dónde llegan mis conocimientos, eso no es un nombre.

Todos abrieron la boca a la vez.

—¿Cómo que no es un nombre? —atinó a decir Mel.

—Una de dos —repuso Tomás negando con la cabeza y con el dedo—: o quien ha escrito esto está engañándote y no se llama así, o hay algo más que no te cuenta.

—¿Y todo esto por un nombre? —exclamó Leonor.

—¿Y por qué sabe que no es un nombre?

—Porque solo es una letra; una letra hebrea. Y harían falta unas cuantas más para componer un nombre.

Ahora todos arrugaron el cejo.

—¿Entonces?

—No lo sé —reconoció Tomás—. Tendría que saber más, para...

—Pues vaya una miejda de adivino que está hesho.

—¿Y qué más dice? —preguntó Manuela, curiosa—. Esto empieza a ser interesante.

Tomás le devolvió el pliego a Eric.

—Siga usted, que es tan intelihente —se quejó este.

Tomás se lo tomó como una orden y volvió al texto.

Me gustaría que os conocierais, pero por el momento no es posible, pues alguien del que no sabemos está en medio de los dos, y tiene motivos para deseáros mal.

El es el culpable de que vuestro abuelo y vuestra madre no hayan sobrevivido. Llevaba mucho tiempo buscándola a ella, pero ahora, por razones que no puedo contar, solo le interesa uno de vosotros, y créeme, le sobra tiempo para encontrarlo... La ventaja es que no sabe bien a quien busca. La desventaja, que tampoco vosotros sabéis quién es él. El peligro radica en que encontrando a uno, tiene al otro. Mira en todo momento con quien tratas, y no te alejes de Roncesvalles.

Solo decirte que desde que tu hermano te sabe viva, nunca deja de vigilarte, y aunque no le veas, él a ti sí.

Siempre estará a tu lado. Siente como tú sientes y busca la oportunidad de reunirse contigo.

Hasta más noticias, se despide alguien que te quiere.

El rostro de Mel se puso lívido.

El de Federico no tardó en hacerle juego.

—Entonces... —Leonor les miró a los dos y después señaló a Tomás—. Entonces, lo que ha dicho este...

—¿Qué me he perdido? —preguntó Manuela.

—Quejjas desij, nos hemos... —la corrigió Eric—. Yo tampoco me entejo de rien...

—Este —señaló a Tomás— dice que corremos peligro y debemos irnos de aquí.

—¿Y poj qué tenemos que ijnos...?

—Vosotros no... Nosotros —dijo, señalando a Mel.

Eric apuntó a Esmeralda.

—¿Y dónde va esta sin esa? —ironizó.

En ese momento la puerta se abrió y entró un grupo de hombres de aspecto desaliñado; pasaron muy cerca de donde estaban, como si fuera un desfile de caracoles; solo que en vez de baba, a su paso dejaban peste.

Leonor se tapó la nariz.

—Bueno —dijo—, comienza la fiesta. —Señaló a las dos y dijo—: Si no queréis que esos os interpreten mal, os aconsejo que permanezcáis junto a estos dos y ni se os ocurra separaros.

Manuela fue hasta el grupo para tomarles la comanda.

Leonor miró a Tomás y se aclaró la garganta.

—¿Más vino? —le preguntó.

—Claro —aceptó—. Me iré a mi mesa y no molestaré más.

—¿Te lo llevo allí?

—Sí.

—¿Quieres compañía? ¿Te mando a una chica? Aquí estamos para ganar...

—Me parece una magnífica idea. Así ganamos los dos.

Se retiró unos pasos y se volvió a los muchachos.

—Tenéis que iros de aquí —les aconsejó de nuevo.

—¡Ni hablar! —replicó Mel—. En esa carta me piden que permanezca cerca de aquí.

Tomás negó enérgicamente con la cabeza.

—¡Debéis iros! —insistió—. Los dos...

XXVIII

RAPSODIA

El rostro del hombre quedaba oculto por la penumbra que invadía el habitáculo y su hábito rojo intenso similar a la sangre adquiría tonalidades anaranjadas producidas por el resplandor chisporroteante de los cirios repartidos por todas partes; desde el altar hasta los muros y losas del piso. Siempre de espaldas, arrodillado, brazos extendidos y capucha cubriéndole cabeza y cara, parecía susurrar los nombres escritos en una de las páginas del libro de tapas negras que parecía haberse grabado a fuego en su mente.

En ese momento se incorporó y giró la cabeza hacia el lugar dónde él se encontraba; dos puntos brillantes como centelleos de velas, destellaron dentro de su capucha.

Aguzó la vista para entrar en su caperuza, pero no vio nada a parte del fulgor de sus pupilas; una densa neblina pareció surgir de la nada y fue extendiéndose por toda la estancia hasta llegar al techo, impidiéndole la visión.

Como si el cántico brotase del suelo con la mismísima niebla, una voz grave rompió el silencio y rebotó por los cuatro rincones; el eco impedía que se entendiese lo que cantaba, pero no impidió que sintiera un escalofrío desde la coronilla a las uñas de los pies; un latigazo que le hizo tambalearse y apoyarse contra la pared para no caer.

Intentó traspasar la niebla con la vista, pero fue inútil.

En ese dramático instante, a ciegas y no sabiendo qué hacer para escapar de allí, despertó empapado en sudor y temblando.

Se levantó, fue hasta el mirador de la habitación y su semblante pareció recuperar el color en cuanto miró a lo alto y vio la luna refulgiendo en el cielo invernal; su luz, desde su más tierna infancia había sido su mejor aliada y un bálsamo en los momentos oscuros, quizá por ser la luz que mata, aunque solo sea un poco, las tinieblas.

Fue a buscar el bastón y dejó que los rayos de luna le iluminasen mientras lo acariciaba con extremo cuidado... A nada ni a nadie debía temer, pensó, teniendo las llaves de la vida del tiempo en sus manos.

Mel se despertó de forma brusca... como si saliese de una pesadilla y no acabase de saber bien dónde estaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Federico incorporándose.

Ella se puso en pie. Estaba temblando. No sabía si era a causa del frío, del miedo o a causa de las dos cosas, pero no conseguía dejar de tiritar.

—Anda ven... —dijo Federico señalándole su lado en la cama—. Tápate y cuéntame qué te pasa.

—¡Otra vez...! —exclamó ella mientras se tumbaba de nuevo.

—¿El mismo sueño?

—Querrás decir pesadilla...

—Parece que te persiga. No lo entiendo, la verdad.

—Menos lo entiendo yo. El caso es que cada vez que se repite, es más nítido... ¡más vivido! ...Incluso mucho más extenso. Es de locos, pero esta vez parecía que no se iba a acabar nunca. Me he sentido atrapada en sus tripas. —suspiró y se abrazó a él—. Gracias a Dios que te tengo.

—Yo también me alegro de estar junto a ti, pero si no me cuentas en qué se ha alargado tu pesadilla, no podré...

Mel le tapó la boca con la palma de la mano y le miró a los ojos a la vez que apoyaba la cabeza en su pecho.

—Me encontraba encerrada en una habitación oscura que parecía un sótano —contó—, y había velas por todas partes; ni siquiera en una iglesia he visto tantas...

—Se parece al de la otra vez...

—Sí, pero...

—Pero qué...

—Esta vez el encapuchado estaba arrodillado y con el libro junto a él... Era raro, pero parecía recitar nombres extraños. En un momento dado se volvió como si supiese que yo estaba tras él y... —apretujó su cabeza contra él y le rodeó fuerte con los brazos. Federico sintió su miedo y también la abrazó, pero no fue suficiente para serenarla.

—¿Y...? —La animó a continuar—: Sácalo fuera y ya verás cómo te sientes mejor.

—Después empezó a cantar... pero no sé si debido al eco, tuve la sensación de escuchar más de una voz... era como si no estuviéramos solos.

—¿Más de una voz?

—Más; muchas más... un coro.

A Federico se le erizó el vello.

—¿Un coro? —exclamó.

—Y grande... —añadió Mel.

—Creo que deberíamos dormir. Es muy pronto y está aún muy oscuro para hablar de cosas así. Mira el vello de mi brazo... y no te enseñe el de otra parte, porque... No vas a creerme, pero si fuera a mear no podría echar gota.

—¿Ah, no...?

—Y eso que me estoy meando... Es más, ni siquiera la encontraría; esa tiene más miedo que yo.

—No te pases —rió ella más animada—. Mañana iré a hablar con el peregrino y se lo contaré. Espero que no se haya ido cuando nos levantemos.

—¿Crees que puede ayudarte con tu...?

—No lo sé —le cortó—, pero ese hombre tiene algo...

—¿De verdad lo crees? Entonces, no deberíamos estar ni un día más en este pueblo...

Mel permaneció pensativa unos segundos y reconoció que quizá estuviese en lo cierto.

—Es posible que tengas razón y me esté precipitando.

—Eso mismo pienso yo.

—Aun así, no pierdo nada hablando con él... ¿no?

Su respuesta fue arroparla y embutirse junto a ella.

—¿No dices nada?

—Intenta dormir, anda. Y esta vez sueña conmigo...

—Qué más quisiera...

—Prueba a ver, mujer... Es muy pronto.

Cerró los ojos e intentó quitarse el sueño de la cabeza, pero no era fácil dado el nivel de

ansiedad que tenía, del miedo que la atenazaba, y de la incertidumbre que sentía cuando no encontraba respuestas a lo soñado.

El sueño pareció adivinar sus intenciones y las puertas del sótano parecieron abrirse al adivinar su presencia. El cantico continuaba y el encapuchado apretaba el libro; lo hacía con las dos manos y contra su pecho, como si fuese un tesoro y temiese que se lo arrebataran. Todo, sin dejar de cantar nombres a modo de recitación.

Entró y permaneció a la escucha hasta que el silencio se adueñó de nuevo de la estancia pero la calma no duró mucho, el encapuchado cerró el libro, se tumbó mirando al altar, boca abajo y brazos en cruz, y recitó como si una fuerza desconocida le guiara. Daba la sensación de estar a punto de entrar en trance cuando comenzó a cantar.

A Mel se le encogió el ánimo con el espectáculo. Esta vez las palabras eran entendibles, y aunque no tenía idea de a qué se refería ni por qué, sintió un escalofrío.

La droga de la inmortalidad invade mi ser / mis sueños y deseos se transforman en vida y no ceso de elevarme hasta los confines del universo para volver a nacer / la droga de la vida invade mi ser / mis sueños devienen invencibles e inmortales, como ese cielo sin techo, que no se librará de verme vencer / la droga de la eternidad es mi única razón de existir./ y si todo lo que ayer fue pudiera volver a ser, por siempre seré yo rey.

Dio media vuelta para salir de aquél lugar, pues a cada segundo que pasaba le parecía más siniestro, cuando una voz resonó entre los muros. Lo que llamó su atención, no fue la voz en sí sino su extraña tonalidad, parecía dispar; tanto como las palabras sin sentido que entonaba.

Ojeó la estancia a conciencia, pero no vio a nadie más y pensó que podía haberse equivocado; que su imaginación se había desbordado debido al miedo que sentía en aquel antro oscuro como la muerte.

Observó atenta al encapuchado; en efecto era una voz de distinto tono, pero parecía brotar de su boca.

Ah-yer-she-core on ka bah-al

Sintió otro escalofrío y quiso abandonar aquel lugar, pero una vez más, como si una fuerza la retuviera, sintió dolor por todo su cuerpo al venirle una imagen clarísima de Federico, inerte en un suelo embarrado.

Estaba boca abajo y no se movía.

Corrió hasta él temiendo lo peor y le dio la vuelta.

Entonces, agitada y encharcada en sudor, despertó.

Palpó el otro lado de la cama y se relajó al comprobar que Federico estaba allí, pero no pudo dejar de temblar y le faltó valor para bajar los párpados de nuevo.

Con la primera luz del alba, despertó a Federico y fueron en busca de Tomás. Los demás ni siquiera se enteraron.

Federico aún no se había retirado las legañas cuando, sorprendido por las prisas y malhumorado, le preguntó:

—¿Estás segura de que te puedes fiar de él... No sé, no sé yo...

Ella se abstuvo de contarle su sueño; no quería que él lo pasase mal, pero tampoco estaba convencida de que no saberlo le ayudara; quizá debía ponerle al corriente, pero no se atrevía. ¿Y si solo era una pesadilla sin importancia?, pensó. Deseó con todas sus fuerzas que así fuera.

El cantinero estaba cortando leña cuando llegaron.

—Buscamos a un hombre —le informó Mel.

—Si solo es eso, aquí me tienes... Depende del motivo por el que le necesites, claro —dijo con sarcasmo.

Mel se ruborizó. Federico tomó el relevo.

—Es un tipo muy alto. Necesitamos saber si todavía...

—Aún duerme —le cortó.

—¿O sea que está...?

—Si no se ha escapado por la ventana y sin pagar, sí...

—Necesitamos hablar con él.

Una hora más tarde, los tres entraban en el local. Leonor les abrió la puerta y se puso el dedo índice en los labios.

—Todavía duermen —susurró—. No sé si preguntaros la causa de que estéis despiertos tan temprano... Igual me llevo un susto, y no es bueno antes de mear —rió.

Mel estaba impaciente y fue al grano:

—Vamos a sentarnos —propuso, señalando una mesa.

Una vez acomodados, Tomás abrió el diálogo.

—Supongo que venís a decirme que os vais de aquí... Hacéis bien, os lo aseguro.

Mel negó con la cabeza y comenzó a contarle el sueño omitiendo la parte concerniente a Federico.

Poco después, tras dar pelos y señales, añadió:

—Sé que es de locos, pero necesito saber qué me lleva a soñar tales rarezas y por qué... Si solo hubiese sido una vez, no le daría importancia, pero...

—Ese sueño es muy significativo —apuntó Tomás.

—¿Significativo? ¿Qué quiere decir?

—Esas trovas que has escuchado...

Mel no le dejó continuar.

—¿Trovas? ¿Qué son trovas?

—También pueden llamarse salmos, o rapsodias. En la antigüedad, un rey de Israel escribía salmos y los cantaba a su Dios. En la antigua Grecia, un tipo ciego de nombre Homero escribía también; sus textos, cuando cantados, se llamaban rapsodias... En fin, lo que quiero decir es que al fin y al cabo las dos cosas vienen a ser lo mismo y tienen un mismo propósito: la adoración o exaltación de algo o de alguien a través de la magia de un canto.

—¿Y las trovas? —preguntó Federico.

—Las trovas no son exactamente la misma cosa, pero mi maestro me indicó que de las otras dos, solo la separa una fina capa invisible de «nada». Al fin y al cabo todo es poesía cantada... Homero en realidad, no era más que un bardo ciego... al menos, eso se decía de él.

—Perfecto —asintió Mel—, puede que esas voces que escuché cantaran poesía, pero, ¿es la poesía tan siniestra? ¿Siempre? ...Esos cánticos producían auténtico pavor.

—No por necesidad la poesía es siniestra... —contestó Tomás—. Tu sueño se debe a algo más que simple poesía cantada. Hay algo antinatural en él...

—También recitaba nombres extraños.

—¿Nombres? —preguntó, sorprendido—. Y dime, ¿te acuerdas de alguno?

—No los había oído nunca. También, lo recuerdo con claridad, pronunció unas palabras cortas

y extrañas. Esas sí que las recuerdo más o menos...

—¿Y...? —preguntó Tomás, curioso.

—Aunque no sabía lo que decía, sentí un escalofrío... Nunca las olvidaré. Era algo así:

—Ayer secore enca baal.

—¿Estás segura de que dijo algo así?

—No puedo sacarme esas palabras de la cabeza.

—*Ah-yer-she-core on ka bah-al* —pronunció Tomás.

—¡Eso! —exclamó Mel abriendo mucho los ojos.

—¿Estás segura? —dijo, visiblemente preocupado.

—Segurísima. Ha sido como si las oyese de nuevo...

—Pues siento decirte que no es una buena señal... En primer lugar, porque se trata de una invocación, y luego porque, si has oído eso, es que lo tuyo es algo más que un sueño... ni siquiera es una pesadilla. Ojalá lo fuera.

Federico, quien no había intervenido hasta entonces, miró a Tomás con recelo.

Leonor también se había limitado a escuchar, pero las últimas palabras de Tomás le produjeron frío en la nuca.

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó, preocupada.

—¡Pues eso digo yo...! —exclamó Federico, rotundo.

Mel también estaba meditabunda.

—¿Por qué dice que no es buena señal? —preguntó.

Tomás les recorrió con la mirada y notó la inquietud que había generado en ellos.

—Eso que oíste —aclaró— es una invocación a Baal.

—¿A Baal? ¿Y quién es ese?

—Un demonio.

—¿Cómo...? —exclamaron los tres a la vez.

—Baal tiene otro nombre: Beelzebú. Pero en realidad es difícil ponerse de acuerdo en lo referente a su identidad. En la antigüedad fue reconocido como un dios que hasta compitió con el Dios de la biblia: Jehová. Pero todo lo que puedo decir acerca de él, es que hay quien asegura que es el demonio principal, o uno de los importantes... Tiene poder para hacer invisibles a sus invocadores y les proporciona conocimiento acerca de la magia y los viajes de la mente. Mi maestro me habló de un elenco importante apresado por el rey Salomón; se cuenta que retuvo prisioneros a setenta y dos demonios. Estos le...

—¿Ha dicho setenta y dos? —le interrumpió Mel—. ¿Y Salomón? El de la capucha lo pronunció... Lo leyó del libro oscuro. Recuerdo que lo soñé... ¡lo recuerdo!

—¿No sabes leer pero sabes de números...?

—Cualquier romaní conoce los números... Repito: ese número y ese nombre aparecen en mi sueño. No me diga que es una casualidad...

Tomás se rascó la barbilla y resopló.

—Está empezando a no parecerlo, desde luego... Estás segura, supongo... Esto es más serio de lo que parece y...

Mel le cortó una vez más, plantándose en lo dicho.

—¡Número y nombre estaban en el sueño! —gritó—. Ese hombre tenía un libro con tapas negras y letras rojas. Estaba abierto por esa página y de ella leyó el nombre... Lo recuerdo como si lo estuviese soñando ahora.

Tomás asintió, convencido.

—Cualquier libro tiene una página setenta y dos, pero que en ella aparezca el nombre de

Salomón —farfulló.

—¿Cree que eso es casualidad?

—No lo sé... pero sea como sea hay que ser prudentes. Si empezamos a coger estas cosas por los pelos... Más nos valdría que lo fuera, créeme.

—¿Y si le digo que lo he soñado más de una vez...?

Tomás agitó la cabeza dándole a entender que aquello le gustaba todavía menos.

—¿Cuántas? —Lo preguntó con zozobra. Empezaba a preocuparle el cariz que estaba tomando la cosa.

—Todas menos esta última. Esta vez eran los malditos nombres. De todas formas, el tipo de la capucha tenía ese libro en las manos... el mismo.

—Ya...

—¿Cómo que ya...? ¿No me cree, verdad?

—Al contrario... No me malinterpretes. Solo que estas cosas son complicadas; más de lo que te imaginas.

—¿Entonces...?

Tomás se puso tenso, suspiró y le cogió una mano.

—La magia es algo muy peligroso —le aseguró—. No hay que jugar con ella.

—¿Magia? —exclamaron los tres al unísono.

Les miró de uno en uno y remató:

—¡Negra!

—¿Pero qué dice? —protestó Mel—. Yo no he hecho magia en mi vida.

—Alguien sí la está haciendo, créeme... y tú entras de alguna manera en sus planes. Habría que saber por qué... No sé cómo, pero...

—¿Pero qué...? —exclamó Mel, asustada. Empezaba a pensar que llamar a Tomás no había sido buena idea; una cosa era estar preocupada por tener pesadillas y otra muy distinta acabar como víctima de un sortilegio.

Tomás, meditabundo, no la oyó.

—Ya me parecía que lo tuyo no tenía pinta de ser una pesadilla —murmuró, ajeno a la pregunta.

—¿Si eso es cierto... qué pueden hacer? —le preguntó Leonor.

Tomás meditó unos segundos y se puso en pie. Miró a la pareja y exhaló con fuerza el aire por la nariz.

—Escuchadme —les dijo—. Deberíais abandonar este pueblo; incluso la región. Aquí estáis en peligro... Esto os viene grande, estad seguros.

Mel sacó la carta y se la plantó en la cara.

—En esta carta se me aconseja lo contrario.

Tomás suspiró, se encogió de hombros y se lamentó:

—La juventud tiene el genio vivo y el juicio débil.

—¿Y qué quiere decir con eso...?

—Son palabras de Homero.

—¿Quién es ese... el de las rapiñas?

—Rapsodias. —La corrigió entre risas.

—Es igual, le había entendido.

Tomás meneó la cabeza y exhaló un suspiro.

—Yo creo que no del todo... —la increpó de nuevo.

—¿Ah, no? ¿Y qué le lleva a esa conclusión?

Leonor aplaudió la pregunta y reaccionó desconcertada. La curiosidad la desbordaba.

—Eso mismo me pregunto yo... —ratificó.

—Homero pensaba, y si te digo esto es por la afinidad que tiene con lo tuyo —le dijo a Mel—, que el sueño es el hermano gemelo de la muerte...

El rostro de Mel se tornó lívido. No acertó a decir ni mu, pero su cabeza remolineaba como un torbellino.

—Evidentemente esto no es más que una metáfora de interpretación distinta a lo que sería un «sueño onírico». ...Pero yo altero ese concepto generalizado de la palabra: «sueño», y lo aplico a ti, caso de que sigas aquí.

—¿Que me aplica a mí ese cambio de concepto, dice?

—Sí.

—Lo siento. No sé a dónde quiere ir a parar.

—Para que lo entiendas, quedaría así:

«Tu sueño es el hermano gemelo de tu muerte»

XXIX

SOLO PUEDE QUEDAR UNO

Las noches se le hacían interminables. Incluso temía a la oscuridad... Por miedo a dormirse, los largos meses del invierno representaban un problema para él, ya que las noches no se hacían esperar y parecían no tener fin.

Sentado y pensativo, Teth luchaba para mantener los ojos abiertos; sus últimos descansos no eran dignos según él de ser recordados; ni siquiera merecían llamarse como tal, pues se habían convertido en una especie de castigo...

En cuanto se dormía quedaba a merced de un sueño que le doblegaba cada vez más y contra su voluntad; ya no le quedaban fuerzas para oponerse... como con cuentagotas, pero sin pausa, iba marcándole noche a noche el camino a seguir; un camino incierto cuyo final era impredecible y tan inquietante y opaco como sus pesadillas.

La sensación de haber perdido el control de su mente crecía con cada despertar, y estaba cada vez más convencido de que su sueño tenía vida propia y pretendía, si no lo había hecho ya, convertirle en su esclavo, pues la falta de descanso anulaba su capacidad cognitiva y le sumía en una neblina mental cada vez más densa; en ocasiones sus recuerdos eran difusos y no guardaba memoria de cuanto le sucedió la víspera. Toda la ciencia inculcada por Anué estaba tan adormecida en él como la magia de Rodrigo.

Se apoltronó en el camastro y permaneció dubitativo.

No entendía el cómo ni el porqué de cuanto le acontecía, y mucho menos le encontraba un sentido lógico, porque, si según las enseñanzas de Anué, todo sucedía por alguna razón, significaba que el universo se había vuelto loco y estaba haciendo las cosas al contrario y contra él; ya que lo único que tenía comprobado hasta el momento y de lo que no tenía la menor duda, era que desde que tenía el honor de poseer el bastón de la vida, lo que menos había hecho era vivir. Muy a menudo se preguntaba si no sería una paradoja del destino; de un destino que parecía estar más colgado a ese sueño, que a la realidad.

Entre pensamiento y pensamiento se quedó dormido.

Entre inquietud e inquietud, regresó a sus pesadillas, las cuales parecían estar esperando, pacientes, su vuelta a una realidad de la que nadie puede escapar: el sueño.

Apenas cerró los ojos, esa otra realidad, tan intangible como auténtica, le esperaba en algún rincón incognito de sí mismo.

Sin esperar, comenzó a susurrarle muy bajito; como si le acariciara la mente:

«Solo puede quedar uno»

XXX

ENTRE ÁRBOLES Y ALMENAS

Las semanas habían ido transcurriendo y el invierno y sus tonos agrisados iban poco a poco convirtiéndose en la verde y esperada primavera que les permitiría viajar una vez más y de manera segura hasta El Barcal, y volver a su bosque; el tiempo y su vientre habían acabado dándole la razón a Tomás y estaba en estado de buena esperanza.

Federico estaba empeñado como aconsejó el peregrino, en abandonar la región, pero Mel, aunque no volvió a recibir mensajes del desconocido, se negaba empecinada en que la solución a su pesadilla, así como el encaje de su pasado desconocido con su presente pasaban por ir de nuevo a ambos lados y dar las puntadas necesarias para ir hilvanando sus futuros y el de su descendencia, ya que si de algo estaba convencida era de que en esa zona estaba, si no la respuesta total, sí una parte de ella.

Ese empeño en volver no era un capricho, los detalles de sus sueños eran cada vez más y más precisos, y todo el entramado tenía allí su origen; más explícitamente en un castillo situado entre ambos puntos.

Federico y Eric se habían alistado como leñadores en los bosques de la periferia. Esmeralda y Mel quedaron al cuidado de Leonor, quien sin ser familia, iba sintiendo la preñez como suya y cada día era más madre y abuela.

Estaba anocheciendo cuando ellos entraron por atrás; la puerta daba a un pequeño apartado del salón del local y aislaba la vida privada de las mujeres, de su trabajo con los clientes. Manuela estaba en ese momento a cargo del negocio y de las chicas; se turnaba con Leonor a ratos. Ambas parejas aportaban su contribución por alojamiento y comida hasta que pudieran ahorrar y encontrar una casa en la que poder emanciparse y hacer su vida, pero a Leonor no le hacía pizca de gracia que tuvieran que irse, pues se había acostumbrado a ellos y encontrado algo de felicidad por ser respetada y apreciada como una más, sin el menor vestigio de rechazo por ser quien era ni por los métodos que empleaba para ganarse el pan.

Apareció en ese momento con una perola de guisado humeante y la puso sobre la mesa.

Esmeralda y Mel corrían a la vez al encuentro de ellos y saltaban a sus brazos como si llevaran días sin verlos.

Leonor sonrió ante la escena y carraspeó.

—¿Tenéis hambre? —dijo como saludo— Este guiso y un poco de vino os levantará la moral.

Federico acarició el vientre abultado de Mel y sonrió.

—A este —dijo— hay que alimentar para que salga y se coma el mundo.

—O a esta... —adjuntó Leonor, removiendo el guiso con un cazo—. ¿No te gustaría que fuera una niña?

—Preferiría que fuera un hombrecito —bromeó él.

Mel disimuló un gesto agridulce, le cogió de la mano y le llevó con ternura hasta la silla; desde que supo que estaba encinta, su preocupación crecía día a día, pues las dudas acerca de la

paternidad de Federico la angustiaban, y el recuerdo de los abusos sufridos clavaron el rostro del que la violó a su mente, impidiéndole el sueño. No había día que no se preguntara quién sería el padre.

Se sentó a su lado, partió pan y se lo dio.

—Toma anda... —dijo—. A ti es a quien hay que dar mucha y buena comida; como no te alimentes bien, esos árboles van a acabar contigo.

—¿Y moi, qué...? —bromeó Eric partiendo otro trozo.

—Contigo también, envidioso... —bromeó Esmeralda a su vez—. Come bien, que yo también quiero tener una gran familia. En nuestro clan, tener muchos hijos es todo un honor... lo primero que hacen tras la boda es engendrarlos. Así es que vete preparando.

—Pejo nosotros no estamos casados.

—Pero nuestros hijos no tienen por qué saberlo.

—Ni tu falo tampoco —ironizó Leonor.

—¿Ya se entejajan cuando vengan, no? —bromeó.

—¡Por supuesto...! —repuso Leonor, riendo—. Y será un parto sin dolor; al menos, no dolerán más que cuando entraron —miró a Esmeralda y le guiñó un ojo—. Con el destrozo que debe hacer esa minga... lo mismo en vez de tener que empujar para salgan, se te caen.

—Y hablando de todo un poco —intervino Mel—, ya se acerca el buen tiempo. —Miró a Federico—. Tenemos que volver a El Barcal, ya lo hablamos.

Federico no estaba de acuerdo. Debería pedir permiso para ausentarse unos días del trabajo, y la merma que eso supondría para su economía, de por sí bastante precaria, retrasaría sus planes de emancipación.

—¿Y a qué viene tanta prisa...? —preguntó Leonor—. ¿Con esa tripa te vas a dar la caminata?

—Precisamente —aclaró Mel—. Si no es ahora que el tiempo ayuda... En no mucho, ya no podré moverme. Y cuando nazca, ya ni te cuento. Es ahora o nunca. ¿Y si un buen carretero nos llevase? —puntualizó—. ¿Facilitaría las cosas, no? El caso es que tengo ir...

—¿Y a qué tanta prisa? —preguntó Leonor.

—Es algo que no sabría cómo explicar; mi sueño me conduce allí, se mire como se mire. En aquel bosque tuve un presentimiento; algo hizo que mi corazón se acelerase sin motivo... es como si ya hubiese estado allí. Nada me pareció nuevo. Todo me sonaba a familiar... incluso tuve la sensación de que alguien me espiaba desde algún lugar oscuro entre el follaje.

—Eso es debido a la emoción —dijo Leonor.

—Pues no me sucedió lo mismo en el pueblo...

—¿Estás segura? ¿No sería que estabas nerviosa?

—También lo estoy ahora y no me ocurre...

—Pero no es la misma situación. Un bosque tiene que imponer más respeto que una taberna de mala muerte, se mire como se mire, digo yo...

Todos ojearon a una la sala y sus rincones; lo hicieron de forma inconsciente y casi cómica.

—Me refiero a la del pueblo.

—¡Aaaaaah...! —ironizó Eric como si le quitasen peso de encima—. Empesaba a pjeocupajme...

Mel temió que la conversación se fuese por derroteros rumbo a ninguna parte y se interpuso.

—Y por otra parte, en mi sueño aparece una fortaleza que antes no... —añadió—. Es muy extraño, pero tengo la sensación de haber estado antes en ella... es como si la conociera.

Leonor puso ojos como ollas y exclamó:

—¿Cómo? Creo que te estás obsesionando demasiado.

—¿Me estoy, dices? Ya hace que me obsesioné...

—Pues no te comprometas tanto, mujer... No veo las cosas yo como para que te dejes la vida en ellas... Solo es una pesadilla.

—Es un sin vivir, querrás decir.

—Llámalo como quieras, pero no vale la pena. Ahora que estos dos están trabajando; algo que nadie se hubiera atrevido a imaginar hace unos días, y tú con esa tripa... lo único que se me ocurre es que te olvides de todo y...

Eric no la dejó acabar.

—¿Qué dices de tjabahooo?

—Sigue comiendo, anda... No me irás a negar que tus primeros callos no son esos... —Le señaló las manos.

—No niego que jamás tuve necesidad de tjabahaj, no. Pejo...

—¿A ver si me vas a salir con que ibas sobrado.

—Sobjado no, pejo... algún travail, sí he tenido.

—Sobrado de vino sí —le cortó Leonor, riendo—... Y de caradura también. Pero a mí no me engañas, tú no has doblado en tu vida. —Miró a Federico y añadió—: Y con todos mis respetos, tú tampoco...

A Federico le cogió con la boca llena, pero Eric habló por él:

—Este es majinejo... se enjoló en un bajco.

—Estuve un año embarcado —replicó, tragándose el bocado a la fuerza—. Desembarqué hace unos meses...

—Y si tardaste tanto, fue porque había agua por todas partes. A mí tú no me engañas, Lupo... Marinero, dice el tío... Majadero, diría yo.

—¿Pejo qué te pasa con nosotjooooos...? Somos buena hente. —terció Eric.

—Eso sí es cierto. —Miró a las chicas y las felicitó—: Tengo que reconocer que tenéis mérito. Conseguir que a estos dos no les diera un bajón cuando vieron el hacha...

Esmeralda y Mel estallaron a carcajadas. Leonor decía lo que pensaba sin tapujos; el oficio que tenía no era para menos; se conocía bien a la gente... Además era lo mismo que pensaron ellas cuando les vieron por primera vez.

—Pensáis eso de moi —preguntó él sin mirar a quien.

—Lo pensamos, Eric —se adelantó Esmeralda.

—¿Oui...?

Esmeralda señaló a Mel.

—Esta no sabía lo que pude ver en ti —dijo—. Pensó que estaba loca. Además no sé de qué te extrañas... nada más verme me robaste la pulsera.

—¿Pejo ahoja estoy cojtando ájboles, no...?

—Sí —dijo Leonor—, pero lo único que has hecho tú hasta hace poco... y no digamos este —miró a Federico y meneó la cabeza—, es vivir de lo ajeno. ¿O no...?

Federico alzó las dos cejas y se apuntó el pecho con el pulgar.

—¿Yo?

Leonor tenía una de esas noches en las que no callaba ni una.

—Pues claro que tú... ¿Quién iba a apodarse Lupo, si no arrastra una historia funesta pegada al culo... ¿Puedo hacerte una pregunta?

Federico engulló el bocado que tenía en la boca, sin masticar.

—¿Tengo opción? —repuso, tragando saliva para que no se le atascara la comida.

Leonor contestó lanzándole la pregunta a la yugular:

—¿De qué has vivido durante tu viaje hasta aquí?

—Hacía trabajitos...

—¿Qué trabajitos?

—Dile que ibas jobando poj ahí y tejminas antes —se anticipó Eric— Con esta no puedes... es bjuha.

—Está bien —confesó—, comía de lo que encontraba por ahí... ¿Contenta?

—¿Por ahí, dónde?... ¿En casa de quién?

—En las granjas que encontraba...

—O sea que pasabas por las granjas y te encontrabas cosas... ¿Qué cosas... herramienta, quizá? ¿Hoces, arados o cribas? ¿Abono para sembrar? Cuando apenas era una niña, tuve que bregar con aperos como esos; en la granja de mis padres hacían falta manos... Pero no te veo yo a ti callos de labrador; no te imagino laborando el campo... Antes de conocer a esta, ni siquiera cobrando, vamos...

—¿Eres granjera? —preguntó Mel, curiosa.

Leonor asintió y se dirigió a las dos.

—Lástima —añadió— que todo ese trabajo fuera para beneficio de otros; cuando no eran soldados requisando o rapiñando; lo segundo más bien, eran vagabundos como estos dos, arramblando cuanto encontraban a su paso, sin imaginarse el descosido que dejaban tras ellos... cada uno iba a la suya, sin mirar por nadie más. Éramos muchos; siete hermanos varones y yo... estaban ocupándose del trabajo de la hacienda cuando les reclutaron... Al final, tras la muerte de mis padres, dejé el campo y me instalé en este pueblo. Juré que no volvería a esa vida.

Federico no dijo nada; cualquier palabra hubiera sido peor que el silencio.

Mel le miró inquisitiva, pero él desvió la mirada.

—¿Hacías tú eso? —le preguntó.

—Bueno... —resopló, nervioso—, alguna gallina sí que he robado, sí... por eso me apodan Lupo, en realidad.

—O sea que no eja pojque ibas a tujijos... —rió Eric.

—¿Y tú de qué te ríes? —¿le retó Leonor?

Eric casi se atraganta. Leonor sabía imponer respeto.

—Sólo me ha hesho giasia, eso es todo...

—Pues hábanos de ti —le invitó—. Y así nos reímos todos. Tu historia tiene que ser tan interesante como uno de esos cuentos alrededor del fuego con los que disfrutaba siendo niña. Mi padre sabía narrar. Prueba tú...

Eric intentó salirse por la tangente.

—Pejo mi histoire no intejesa musho a nadie —dijo.

—Tú cuenta, cuenta... a ver cómo te sale.

—Bueno... me llamo Ejic Rousseau, y nasí en France.

Leonor cruzó los brazos y meneó la cabeza.

—De eso ya nos hemos dado cuenta... lo otro, lo que sigue... —le apremió—. Cuéntanos lo que sigue tras esa burla de la naturaleza. Dinos qué has hecho por ahí.

—¿Qué quoi...? —carraspeó Eric, nervioso.

Leonor asintió y puntualizó:

—Aparte de gandulear, claro, y rendirle un homenaje a la uva cada vez que has tenido ocasión.

—Yo no tengo histoire que contaj... no sé dónde nasí; sólo que en France... Nunca tuve una familia ni dónde ij, poj eso vine aquí. Y ya que estamos, también jobé lo que pillé paja ij tijando... tuve que subjevivij como pude...

—Eso no lo sabía yo —le interrumpió Esmeralda.

—También se puede sobrevivir trabajando... — opinó Leonor.

—Y eso es lo que hacemos... —intervino Federico—. Está claro que no somos angelitos, pero es que la vida no nos ha regalado nada y...

—¿Pero qué dices, hombre de Dios...? ¿Qué la vida no os ha regalado nada? —Señaló a las chicas y sentenció—: Estas dos son el mayor regalo que podíais recibir; nada, y esto os lo aseguro, vale más que una buena compañera... y si además es tu amante, ¡uf...! No a todo el mundo la vida mima de igual modo. En fin, qué le vamos a hacer... —remató—. Algo bueno habréis hecho para que la vida os haya unido a estas joyas... porque eso es lo que son en realidad: joyas. Y eso, aunque no sea demasiado justo por mi parte el decirlo, os exime de cuanto hayáis hecho por esos mundos de Dios. Por mí, no se hable más del tema.

Federico y Eric respiraron más tranquilos; si a Leonor le faltaba algo, no era precisamente intuición; su enorme capacidad para husmear y sacar la mierda de la vida de la gente, rozaba la clarividencia, si es que no lo era. Ambos pensaron a la vez, que tenían ante ellos a una hechicera.

Leonor observó en silencio cómo se destensaban y les animó:

—Y ahora —dijo—, a otra cosa marinero... No, no va por ti Federico —rió, notando el cambio en las facciones del joven, quien al oírla creyó que le caía otra partida de preguntas capciosas—. Me refería a que ya podemos...

—¿Cambiar de tema...? —ironizó más tranquilo.

—Eso... más que Lupo tendrían que llamarte Zorro... Son los que roban gallinas, no los lobos —aguijoneó.

—Pues aprovechando la ocasión —intervino Mel sin perder un segundo y sacando del hoyo a Federico—... te recuerdo que no hemos terminado de preparar nuestro.

Federico no la dejó acabar; después del ataque impío a su pasado llevado a cabo por Leonor, de lo que menos le apetecía hablar era de su vuelta a El Barcal, y menos aún al maldito bosque que lo circundaba.

—Sigo pensando que no es buena idea —dijo—. Allí no vamos a encontrar nada que solucione tus...

—O quizá, todo... —le cortó ella a su vez.

—¿No podemos hablar de otra cosa?

—Hasta que no solucionemos esto, no...

—Sabes que si por mí fuera, ya nos habríamos largado de aquí —le recordó él—. Recuerdo el consejo de Tomás y sigo pensando que todavía estamos a tiempo.

Mel meneó la cabeza y resopló.

—¿Siempre tienes que salirme con Tomás? —se quejó cruzándose de brazos—. ¿No se te ocurre nada mejor?

—¿Nada mejor, para qué...?

—Para querer irte con el rabo entre las piernas.

—Ese tipo acertó lo de tu barriga cuando ni siquiera tú lo imaginabas... ¿qué te hace pensar que en lo demás no estará también en lo cierto? ¡Ese tío sabía!

—Precisamente por eso, porque le creo, pienso que el irnos a ciegas, no es la solución. ¿Crees que por el hecho de abandonar la región, desaparece el peligro? Yo no voy a ninguna parte sin averiguar el porqué de ese peligro ni su alcance... Si queremos vivir tranquilos de una vez por todas, tenemos que averiguar de qué va esto... No quiero vivir con miedo el resto de mi vida.

—Está bien —transigió Federico a regañadientes.

—Ella tiene jason —admitió Eric—. No se puede ir de aquí paja allá con el tejoj metido en el

cuejpo...

—¿Todos de acuerdo, pues...? —preguntó Mel.

—Si tú que eres a quién más afecta quedarse, decides que de aquí no te mueves —entendió Esmeralda—, nada podemos hacer los demás. Y si tienes la necesidad de ir al bosque otra vez, yo te acompañaré aunque no me guste... solo tú sabes qué buscas allí y a lo que te arriesgas...

—Busco respuestas, Esmeralda... respuestas de las que desconozco las preguntas, que se ocultan entre almenas y árboles.

—¿Entre almenas y árboles? ¿Te refieres al castillo?

Mel asintió y puntualizó:

—Ese fuerte guarda tantas respuestas como el bosque, lo intuyo; algo me dice que ya he estado allí.

—Entonces —intervino Leonor poniéndose en pie— arreglado. Voy a echarle una mano a Manuela.

Mientras se alejaba repetía bajito las palabras de Mel:

—Entre árboles y almenas... qué poético.

XXXI

EL DEDO DE DIOS

Teth decidió suspender su retiro y airear sus ideas. Lo necesitaba como nunca. Todas las noches, y cada vez con más intensidad, sufría una misma y delirante pesadilla... Todas las noches una misma voz y un único mensaje:

«Solo hay vida para uno»

El eco de esas palabras retumbaba en su cabeza como salido de una caverna y rebotaba de sueño en sueño y de noche en noche impidiéndole el descanso y no dejándole pensar en nada más.

Se preguntó el motivo una y mil veces, pero no llegó a una conclusión que le satisficiera pues no parecía tener lógica. Era como si la eternidad no pudiese ser compartida, pensó, y como si el poder sobre la vida y el universo, debiese ser ejercido por un único hombre y sin importar quién, usurpando de algún modo el rol de Dios. Era todo tan irreal que tenía la sensación de ser una marioneta en manos de un loco.

A menudo le asaltaban las dudas y se preguntaba a sí mismo cómo había podido llegar a la situación en la que se hallaba, pero ni aun repasando a conciencia cada paso dado, encontraba respuestas mínimamente coherentes.

Salió al mirador y fijó la vista en el sol emergente que asomaba por el horizonte; cada mañana repetía la misma operación, y cada mañana se hacía la misma pregunta sin respuesta: ¿por qué razón había sido uno de los elegidos?

Según Anué, cuanto sucedía en el universo respondía a un orden inteligente establecido de tal modo que, aun a pesar de estar subordinado a leyes inamovibles, y a una causa y efecto matemática y rígida, podía ser no obstante transmutado con ayuda de claves maestras; llaves eternas capaces de abrir puertas aparentemente impenetrables.

Dedujo que si eso era posible, «inconcebible» era solo una palabra, y que el hecho de ser el poseedor de la vara, no era algo casual, sino que, o bien obedecía a leyes fijas, o al capricho de una fuerza capaz de alterarlas; un poder oculto que conocía los secretos de la vida y dominaba los principios de transformación universal; una paradoja, eso era irrefutable, que destrozaba cualquier ley establecida, consolidándola a la vez como sempiterna e inalterable.

Todo le conducía a una misma conclusión: Había sido señalado para un fin, o eso le parecía, del cual desconocía las líneas maestras; se sentía como tocado por el dedo de Dios, sin haberlo pretendido siquiera, y no podía huir de un destino que, según las leyes conocidas, no tenía razón de existir.

Eso le condujo sin remedio a otra paradoja: «si el dedo del universo le había apuntado y señalado como elegido para el fin que fuera, su adversario, a pesar de haber sido el asesino de quienes custodiaban los bastones, gozaba de las mismas prebendas, y eso cuestionaba todo lo

anterior, pulverizando sin piedad los cimientos que lo sostenían.

Resolvió no darle más vueltas y se preparó para partir hacia Roncesvalles. Jamás había necesitado tanto huir de allí; sentía como si esos muros le impidieran reflexionar.

Algo en el aire no le dejaba pensar con claridad, poniendo coto a su inteligencia y minimizando su capacidad de síntesis... una fuerza desconocida parecía poner límites a sus capacidades cognitivas, impulsándole al pensamiento básico y postrándole al nivel de las bestias.

El conocimiento adquirido a lo largo de su infancia al amparo de Anué, yacía bloqueado en algún rincón de su cerebro; tan oculto como las instrucciones sobre magia y alquimia impartidas por Rodrigo. Solo apreciaba mejoría cuando se encontraba lejos del castillo o en la cabaña del bosque; especialmente allí, un lugar impregnado por los espíritus protectores de sus mentores y de su madre, que parecían protegerle y guiarle. Aunque no eran para nada las únicas presencias que percibía; al caer la noche, podía apreciar alguna vez la silueta de algo o de alguien entre los árboles próximos al claro; algo que parecía seguir sus movimientos al detalle pero sin intervenir... Sin embargo no lo percibía como malo o negativo; era una sensación a la que estaba habituado desde siempre sin saber por qué, y se sentía acompañado. Según el druida, era el Señor del bosque. Siempre presintió que esa criatura conocía todas sus inquietudes desde que era un recién nacido, y que de alguna manera velaba por él desde entonces. Era posible; algunos incluso lo aseguraban, de que fuese una leyenda más de las muchas que el folclore de la región, se había encargado de difundir, pero él notaba su presencia como si fuera real y eso la hacía tangible a sus ojos; después de todo, estaba convencido de que cualquier leyenda guarda un trasfondo de verdad; un contrapunto imperceptible y sutil que solo los instruidos son capaces de captar.

Cuando se encontraba en absoluta soledad, su corazón y el del bosque parecían latir al unísono; su ritmo lento y tamborilero repicaba en silencio la melodía del universo.

Necesitaba escuchar ese sonido; escuchar su corazón y sentir su eco entre los árboles. Necesitaba recuperar todo lo perdido desde que su pesadilla empezó a dominarle y a bloquear su mente. Necesitaba sentir el espíritu de Anué, el de Rodrigo y el de su madre... Necesitaba meditar a la luz de la luna y sentirse de nuevo un hombre libre. Pero también estar con una mujer; no con una cualquiera, no, sino con una muy determinada que no había olvidado. A pesar de que era prostituta, Leonor vivía en su cabeza, y su corazón la buscaba cada noche antes de dormirse.

Apartó de su cabeza el recuerdo de Leonor y se centró en lo que le preocupaba. Ya habría tiempo para el amor.

Fue a buscar la vara y la envolvió con un paño de seda de color rojo, tomó una valija y caminó decidido.

Simón le salió al paso y le miró, sorprendido.

—¿Ocurre algo, señor?

—Que me preparen la carreta. Pasaré fuera unos días.

—En un rato la tendrá, señor.

No contestó; siguió caminando a la vez que siseaba:

Solo puede y quedará uno.

XXXII

UN ÁNGEL GUARDIÁN

Llovía a cántaros; las lluvias primaverales parecían ir a inundar la región y la visibilidad era nula en el bosque.

El capataz corrió a refugiarse dentro de una carreta, y ya a cubierto, vociferó:

—¡Basta por hoy, muchachos! Es peligroso continuar.

Eric se volvió y puso su mano de visera para protegerse del agua.

—¿Quieje que lo dehemos así...? —gritó también.

El capataz asintió y gesticuló para que se acercaran.

—Pejo hay un árbol medio cojtado —le informó Eric.

—¡Con este aguacero no se puede trabajar! —insistió. Todos debéis estar en condiciones de trabajar mañana... No quiero accidentes innecesarios.

Federico le miró contrariado y replicó:

—No podemos dejar este árbol a medias, señor. Sería peligroso que cayese solo, y en la dirección equivocada.

—¡Está bien! —Aceptó a regañadientes—. El último.

Federico se inclinó para recuperar el hacha clavada en uno de los troncos derribados, pero antes de arrancarle la hoja, el tronco del árbol que estaban cortando crujió y se desmoronó en dirección a donde se encontraba. El ruido torrencial amortiguó el sonido del crujido y Federico no advirtió el peligro. Eric gritó al ver caer el árbol, pero fue tan inútil como tarde; lo único que consiguió hacer fue taparse los ojos, en un acto reflejo. Escuchó el estruendo y no se atrevió a apartar la mano de su cara hasta que las exclamaciones de sorpresa de los leñadores le exhortaron a hacerlo, ya que indicaban por su tono, que el peligro ya no era tal.

—¡Vaya suerte —exclamó uno de ellos, acudiendo en ayuda a Federico—. Si me lo cuentan no lo creo.

—Y que lo digas —aseguró otro—. Ha sido visto y no visto. En el pueblo no se lo van creer...

—¿Qué te ha ocurjjido? —preguntó Eric, curioso.

Federico se encogió de hombros.

—No puedo explicarlo —dijo—. Intentaba desclavar el hacha, cuando he notado que algo tiraba de mí...

—¿Algo, dices...? —ironizó otro leñador—. Lo que ha sucedido parece imposible; un individuo encapuchado te ha salvado de morir aplastado, créelo.

Eric y Federico se miraron extrañados.

—¿Un encapuchado? —exclamaron a la vez.

El capataz se acercó a Federico y le dio dos cachecitos en la mejilla.

—Enhorabuena —le dijo—, hoy has vuelto a nacer... De buena te has librado, muchacho.

—Cjeí que te pejdía —opinó Eric a su vez.

Federico les miraba como si no fuera consciente de lo que había sucedido. Todo ocurrió tan

deprisa que cuando quiso darse cuenta se hallaba de bruces en el suelo.

—¿Alguien se digna a explicarme lo ocurrido? Parece que soy el único que no se ha enterado de nada.

—En realidad no estoy muy seguro —dijo uno—. Fue visto y no visto; el monje pareció surgir de la nada.

—Quizá fue el Basajaun... —terció otro—. Cuenta la leyenda que aparece en los momentos cruciales.

—No digas tonterías —le reprendió el capataz—. Yo llevo toda la vida trabajando en estos bosques, y nunca vi ningún monstruo. Solo es una leyenda. Además, ese tipo iba encapuchado hasta las cejas. Quizá fuera un bandido.

—¿Cómo puede decir eso? —repuso el leñador—. Ese tipo le ha salvado la vida a nuestro compañero...

—¿Y por qué ha desaparecido sin esperar a que le den las gracias? Te digo yo que ese tío no es trigo limpio...

—¿Y si era un fantasma? —insinuó uno que no había hablado hasta entonces—. Se ha esfumado como si fuese un maldito espectro.

—¡Anda ya...! —exclamó el capataz—. Para decir esa tontería, mejor haber seguido callado.

—Fuera lo que fuera... —dijo uno de ellos apuntando con el dedo a Federico—, ha sido su ángel guardián. Este le debe la cena de esta noche.

—¡Eso! —exclamó el capataz—. Faltaba decir que era un ángel... ¿Alguna propuesta más? —dijo con sarcasmo.

La voz de Eric fue el espolón que les recordó dónde se hallaban y que se estaban empapando.

—Cjeo que debéjamos jegresaj, ¿no os pajese? Lluve con sagna... todos estamos mohados... Como si obedecieran una orden, todos fueron yendo a sus respectivas carretas.

A una distancia prudente, Teth, agazapado entre unos arbustos que coronaban un montículo, observaba cuanto sucedía. Cuando todos subieron a sus carros, se irguió y acercó al suyo para cambiarse el hábito mojado, se vistió con otro idéntico y aguardó a que los leñadores tomaran distancia; cuando por fin les perdió de vista, emprendió camino y siguió sus rodadas, dirección a Roncesvalles.

Durante el camino sufrió varios ataques de risa; nunca hasta aquél momento le habían tomado por un fantasma.

Pensó que lo del ángel guardián tenía su pizca de gracia, pero lo del Basajaun le pareció sublime.

Miró alrededor y ojeó el panorama entre la cortina de agua; habría tenido su punto divertido, que la criatura mitológica hubiera presenciado también la escena desde algún lugar escondido; después de todo no era tan difícil, él lo había hecho.

Se sintió satisfecho de haber actuado como lo hizo. Si su madre lo hubiera presenciado, se enorgullecería de él, estaba convencido. Druida y mago le hubieran felicitado a su vez y de corazón... después de todo, solo seguía sus enseñanzas. Pensó en Dragan, y una sonrisa se perfiló en sus labios; estaba seguro de que su genial abuelo también le hubiera felicitado; según Anué, fue él quien instruyó a Victoria, y su madre siempre fue su guía imaginaria.

Durante el trayecto, no se sintió solo; era como si algo o alguien viajara a su lado... Quizá todos.

La hora crepuscular era su hora bruja... A partir de esa luz fantasmal que aparentaba engullirlo todo, sentía que no era completamente el mismo. Tocó la vara y pensó si no sería alguna fuerza poderosa que esta proyectaba; una fuerza que dividía su identidad doblegándole a su antojo.

Escudriñó el horizonte y respiró muy hondo; el ocaso simbolizaba para él la luz del miedo.

XXXIII

IDILIO

Caía la noche cuando llegaron al prostíbulo. Estaban a punto de entrar y tan derrengados, que no advirtieron la silueta que se ocultaba entre los carros del descampado. Era primavera, y el mercado semanal comenzaba a darle luz y alegría al pueblo, de ahí que hubiese tantos. Era por esas fechas cuando a Roncesvalles llegaba mayor número de comerciantes además de cuantiosos peregrinos que se animaban a vagar al noroeste buscando el buen tiempo.

También aparecía de tanto en tanto alguna pitonisa o algún nigromante, intentando encandilar a los incautos... aunque no todos eran embaucadores sin escrúpulos, sí lo eran en su mayor parte. Pero engañabobos o no, la gente no renunciaba a que le leyeran la mano, echasen cartas o predijeran un futuro, en su mayor parte, prometedor.

Las mujeres esperaban su vuelta con un plato caliente preparado a conciencia para reconfortarles de la jornada.

En cuanto asomaron por la puerta, se lanzaron a ellos como si llevasen una eternidad sin verles.

Afuera, Solón se frotó las manos. Durante las semanas anteriores, sus pesquisas resultaron infructuosas, parecía que se les había tragado la tierra. Pero su día de la suerte había llegado; de repente, casi sin esperarlo, aparecían en el pueblo como regalo del cielo.

Pensó que debía marcarse un plan para raptarla a ella y matarle a él, pero tenía que ser meticuloso, pues nunca debía verse involucrado el que le llenaba el estómago.

Dudó de si sería el momento adecuado para llevarse a la muchacha o si al contrario debía tomarse tiempo para preparar la operación a conciencia; no era difícil llegar a la conclusión de que si ella desaparecía, ambos pimpollos darían la voz de alarma y saldrían en su busca poniendo a todo el mundo en estado de alerta; lo que acarrearía un nuevo problema de consecuencias imprevisibles.

No era cuestión de tentar a la suerte; aún no entendía que no denunciara su secuestro cuando se fugó. Era raro. Lo había pensado en más de una ocasión, y no le cabía en la cabeza; cualquier otra hubiera ido a las autoridades y denunciado cuanto le ocurrió. Por muchas vueltas que le dio en su momento, no halló explicación, pero a pesar de la enorme suerte que supuso entonces, no estaba la cosa como para provocar de nuevo al destino... Había que ser cuidadoso y andar con tiento.

Decidió posponer la operación; debía medir cada paso a conciencia para no fracasar otra vez, no tenía el menor deseo de presentarse ante Sancho, anunciándole que sus planes se habían frustrado de nuevo.

Pensó que no le informaría acerca del regreso de ella; mientras menos supiera, menos presionaría y más tiempo tendría él para preparar el trabajo.

El ruido de ruedas de carro chapoteando charcos y los relinchos de las mulas, le sacaron de sus pensamientos. Estaba muy oscuro y no distinguió quién iba sentado al pescante, pero de lo que no había duda alguna era de que se dirigía al descampado; todos iban allí.

Se escondió entre dos carretas y esperó paciente a que el conductor pasase por allí; seguro que iba al prostíbulo.

Cuando pasó ante él, se puso tenso; no podía creerlo, era el tipo misterioso de la capucha. Ni siquiera se había cambiado de ropa, pensó mientras se preguntaba por qué motivo llevaba el mismo hábito, y cómo no, el capuchón hasta las cejas. Observó su modo de caminar y no tuvo la menor duda de que se trataba del mismo individuo.

A la vez que caminaba, Teth examinaba la calle; tenía la sensación de que la estación era su aliada; la primavera era maravillosa, no solo llenaba los campos de hermosas flores y de bichos, también llenaba los tugurios de bellas mujeres y otros insectos de peor picadura; entre ellos, ese gigante cuya anatomía era más grande que el carro tras el que intentaba ocultarse, y que parecía espiarle desde que se bajó de la carreta. Le recordaba de la vez anterior, y el caso es que no se fiaba en absoluto... Si la memoria no le fallaba, y estaba seguro de que no, esa bestia esperaba al muchacho que poco después salió a mear, y no para darle las buenas noches; de no ser porque él estaba allí, aquella mole cejuda hubiera acabado con el joven, estaba seguro. El abuelo que le volcó la palangana, también colaboró un poco, pues consiguió sin pretenderlo que se fuera meado, rabioso, y posiblemente, hasta cagado.

Lo que no entendía era qué demonios hacía allí, en el mismo sitio, también de noche, y escondiéndose como si le fuera la vida en ello, pues por vicio no creía que fuera. Aunque el mundo, pensó, estaba tan saturado de sujetos maniáticos y sin complejos, que no había que descartarlo... y ahí estaba él con su capuchón hasta las orejas, para demostrarlo.

Entró en el tugurio y fue hasta la mesa más alejada del mostrador, sobre la cual ardían dos velas. Apagó a dedo la que más iluminaba y esperó paciente en la penumbra a que alguna de las mujeres viniera a servirle.

Manuela siguió sus pasos desde que entró. En cuanto se sentó, llenó una jarra de vino y se dirigió a su mesa.

—¿Vino? —preguntó a modo de saludo.

Asintió con un movimiento de capucha y le hizo una seña con la mano para que dejara el vino en la mesa.

—¿Mujer también?

—Más tarde, pero sí....

Manuela se aclaró la garganta a la vez que agachaba la cabeza intentando descubrir sus rasgos. No vio nada. Sin embargo, le picó tanto la curiosidad, que le preguntó:

—Oye, ¿tú eres el de la otra vez, no?

—¿Tú crees...?

—¿Te burlas de mí, verdad?

En ese momento, Leonor apareció en la sala. Cuando le vio con Manuela, el corazón le dio un vuelco.

Teth también la reconoció. Su rostro ovalado era poco menos que inolvidable, y su melena recogida dejaba bien a la vista un cuello largo y terso; cuello que no consiguió olvidar desde la noche que la conoció, y que saboreó una vez tras otra mientras ella gemía con cada embestida y le apesaba la cintura con sus piernas. Era la única mujer de vida pública que se le había quedado clavada en la retina, mientras que él seguía mentalmente clavado a su vagina. Cada vez que pensaba en ella, la pertenecía un poco más.

Vio cómo se acercaba acelerando el paso, y supo que a ella le ocurría lo mismo; había quedado anclada a aquella noche, y tan colgada de él como él de ella.

—Buenas noches —se presentó cuando estuvo junto a la mesa. Se volvió a Manuela y

añadió—: ¿necesita algo más el caballero?

—Acabo de servirle.

En ese momento se abrió la puerta y entraron cuatro hombres. Se sentaron y esperaron a que les sirvieran.

Leonor le hizo un gesto con la cabeza a Manuela.

—Atiéndelos tú, anda... Por favor.

Manuela sintió tentaciones de replicar, pero se calló y fue a atender al grupo. Si Leonor pensaba que la engañaba, iba lista, barruntaba mientras saludaba a los clientes... No veía problema en que se encaprichara de alguno, es más, hasta se lo recomendaba por salud mental. Sentir de verdad era importante en un trabajo como ese, donde las palabras eran tan falaces como los orgasmos e imperaban sobre los sentidos verdaderos. Que buscara hombres que le hicieran tilín y les exprimiera hasta la última gota, no tenía la menor importancia, siempre que no se quitara la coraza del corazón; algo que a todas luces había perdido desde que conoció al maldito fantasma que tenía sentado al fondo como si fuera San capuchino de Roncesvalles.

Cuando decidieron regentar el negocio juntas, uno de los tratos fue el de no enamorarse bajo ningún concepto, pues acabaría por arruinarles la vida a ellas, y el trabajo a todas las chicas que dependían de sus cuerpos para llevar algo al buche. Al menos en Roncesvalles. Se acabaría el sexo de pago y los peregrinos, que eran muchos, tendrían que dejarse en otro pueblo el buen dinero que a ellas les permitía vivir dignamente, contrasentido aparte.

Pensó que jamás permitiría que eso ocurriera dijera lo que dijera, pensara lo que pensara; si tenían que discutir, lo harían, pero ese negocio era la olla de dónde se sacaba para comer, y no pasar hambre era primordial.

Mientras escanciaba vino en cuatro jarras, buscó a su socia con la mirada. Pero la mesa del fondo estaba vacía.

—¡Mierda! —gruñó por lo bajo—. Espero que no sea más que una locura temporal.

En una de las alcobas, Leonor, desnuda bajo Teth, se desgañitaba gimiendo como si fuera su primera vez.

Su cuerpo se convulsionaba bajo el peso de él como si deseara pegarse a su piel y no separarse jamás. Si deseó a alguien durante las últimas semanas, era a Teth. Cada día y cada noche le perteneció de algún modo. Si el amor era eso, estaba enamorada hasta las trancas, pensó, al tiempo que perdía el sentido y quedaba tensa como una tabla, de puro gozo.

Posó la cabeza sobre el pecho de él y enredó sus dedos en el vello húmedo de su tórax que, todavía jadeante, iba y venía buscando aire. La alcoba estaba a oscuras; ni una triste vela... ni siquiera un débil rayo de luna entraba por la ventana. Pero Leonor no necesitaba verle... imaginaba sus facciones a su antojo y le pensaba como dios de carne y hueso; de hecho, esta vez se había quitado el hábito.

—Nunca me he sentido tan mujer, como contigo —le dijo—. No sé qué me pasa, pero cuando estoy contigo, no pienso en nada que no sea en desear tenerte dentro.

—¿Eso se lo dirás a todos, no...?

—De hecho, no me sentí mujer hasta que te conocí... —añadió sin dejar de enredar sus dedos en su pecho.

—Curioso que digas eso... con el oficio que tienes...

Hay una diferencia abismal entre sentirse una hembra o sentirse una mujer. Tú no lo entenderías.

Teth le pasó suavemente la mano por la espalda hasta llegar a la cintura, hizo un quiebro y se colocó encima de ella, provocándole un gemido. Notó que sus piernas iban abriéndose

indicándole el camino y entró con suavidad y muy despacio hasta que sintió el fondo; luego movió sus caderas al ritmo de los gemidos que sus lentas embestidas provocaban en ella y no paró hasta que notó un espasmo atravesándole el cuerpo desde los pies hasta la nuca.

Ella creyó que la traspasaba y se sintió desvanecer. Ya no le quedaba aire en los pulmones ni fuerza para jadear.

Inhaló y exhaló varias veces hasta equilibrar la respiración, y cuando recuperó el habla las palabras brotaron de su boca como si fuese un suplicio permanecer allí un solo segundo más:

—Te quiero. Me duele decirlo, tanto como me gusta... pero si no lo hago reviento. Durante las últimas semanas, he pensado en ti más que en mí, haciéndole trampas a mi mente para poder sobrevivir sin verte, y sobrellevar cada día que pasaba sin poder tocarte.

—Eso no es propio de tu oficio... —rió Teth.

—Me da igual si es propio o no... solo sé que cuando estoy contigo, siento cómo la vida corre por mis venas... Ahora entiendo a los enamorados.

—Hablando de otra cosa...—dejó caer Teth—. ¿Viene el gigante, mucho por aquí?

—¿El gigante? ¿Qué gigante?

—La mole que estaba oculta al fondo de la sala el día que te conocí.

—Ah, aquel grandullón...

—No creo que haya dos iguales en la región —añadió él riendo—. Con sus cejas se puede rellenar un catre.

—Y ya que hablamos de otras cosillas... —aprovechó Leonor—, yo también quiero preguntarte algo.

—¿Ya sacas tu vena curiosa?

—¿Eres tú el de las cartas? —Lo soltó a bocajarro.

Teth ni siquiera se inmutó. No porque no hubiese luz que le delatara, sino porque venía preparado.

—¿Qué cartas?

—¿De verdad no sabes nada?

—No sé de qué me hablas.

—Pues según el herrero, las entregó un encapuchado.

—¿Y soy el único encapuchado del país?

—Pues casi sí... Yo no he visto a ninguno más...

—Eso es que me ves con buenos ojos —bromeó—. Lo más natural en un monje es ir encapuchado; sobre todo...

—Pero los monjes no vienen por aquí —le cortó ella.

—Infinidad de peregrinos van vestidos igual. Y esos sí vienen por aquí.

—Pero no llevan la capucha hasta las orejas... A ellos se les puede ver la cara., A ti sin embargo, te miro y...

—Lo dicho —la interrumpió Teth—, a mí me ves con otros ojos. Gracias.

—¿Gracias, por qué...?

—Por verme de ese modo... con esos ojos...

—Me contentaría verte con los ojos que fueran... eso sería algo. Pero eres más oscuro que una noche sin luna.

Teth acarició su pecho desnudo y la atrajo hacia él.

—Es mejor así —explicó—. De esta manera nunca te aburrirás de mi cara.

Leonor emitió un largo suspiro que daba por acabada la reunión. Se irguió hasta quedar sentada y le acarició la capucha como si le costara un mundo tener que dejarle.

—Me quedaría contigo toda la noche —le dijo—, más no es posible. Debo ayudar a Manuela en la sala. Podrías quedarte esta noche; nos veríamos luego y...

—Sabes que no es posible.

—Lo imaginaba... Aun así, puedes quedarte el tiempo que quieras. Esta es mi habitación; nadie te molestará.

—Quizá duerma unas horas. Estoy agotado y todavía es pronto...

—No me extraña —rió ella mientras abría la puerta y le echaba una última ojeada—. Que descanses...

En cuanto abandonó la habitación, se levantó deprisa y fue hasta la ventana; desde allí podía verse la calle casi en su totalidad. Paseó la vista por el descampado donde se encontraban los carros y frunció el ceño.

—Parece que te has cansado de esperar —murmuró, al no ver al gigante; a pesar de que no había luna llena, la silueta de los carromatos se adivinaban a la perfección, y cualquier movimiento entre ellos era fácil de detectar.

—Sé que tienes que estar escondido en alguna parte. Los que son como tú no abandonan —murmuró como si le tuviera delante—. ...Lo que me gustaría saber es qué te propones... qué es tan importante como para que pierdas las noches escondido como lobo espiando su presa.

Regresó al catre y se relajó; poco a poco fue entregándose al sueño y cerró los ojos. Entonces, como ya era más que habitual, vio una silueta acercándose despacio hasta el catre; su contorno era visible, pero no así su rostro, su cabeza, aun sin capucha, permanecía oculta en la sombra y a contraluz. Se inclinó hasta rozarle con los labios y le susurró al oído lo que venía repitiéndole cada noche:

«Solo uno... uno, uno...»

Federico terminó de darle un sorbo a la jarra de vino y se puso en pie. Los demás seguían sentados a la mesa.

—Estoy agotado —les dijo a modo de despedida—. Si no os importa, voy a echar una meadita, y al catre.

—Yo primero... —se adelantó Mel poniéndose en pie. Y se dirigió hacia la puerta—, que tú con tus meaditas...

Esmeralda apuntó a Eric y soltó una risotada.

—Pues anda que este... —dijo sin parar de reír.

Eric bostezó a la vez que se frotaba los ojos.

—Yo no tajdajé. —Lo dijo sin cerrar la boca del todo y estirando los brazos—. No mees en mi cajjo —bromeó.

—Luego voy yo —pidió la vez Esmeralda.

—Yo me adelanto... —dijo Federico yendo tras Mel.

—¡No tajdes, eh...! ¡Me meo!

Federico salió, se situó detrás de un carro y se dispuso a orinar, pero un ruido seco llamó su atención.

Como tardaban, Eric no pudo aguantar y ni esperó al regreso de Mel. Ya fuera, buscó sin éxito a Federico.

Silbó esperando una respuesta, pero nada.

Cuando terminó, caminó con sigilo entre las carretas y volvió a silbar; nada escuchó excepto lo que parecía un lamento; un lamento ahogado, entrecortado y sin fuerza.

Parecía el llanto de una mujer. Pensó que podía ser la novia de su amigo; en el descampado no se veía un alma a esas horas, pues eran de retirada... o se iba uno al catre, o se divertía en el tugurio. Pero estar calentito era vital.

Se preguntó dónde diablos se había metido Federico...

Esmeralda acabó de recoger la mesa, y como tardaban decidió salir a su vez; seguramente se habrían entretenido charlando, pensó.

En ese momento entró Leonor.

—¿Todavía despiertos? ¿No os acostáis, esta noche?

—Estamos en ello, Leonor. Espero a que vuelvan esos tres meones —dijo entre risas—. En cuanto aparezcan...

—Anda, corre en su busca... —la animó—, que te veo apretando las piernas como si se te fuese a escapar...

Eric avanzó hacia el lugar de dónde provenía la voz, y cuando los gemidos se hicieron más nítidos, se coló bajo una carreta y, agazapado entre las ruedas, escudriñó cada rincón hasta donde le alcanzaba la vista; había muy poca visibilidad, pero lo poco que vio, le erizó el vello de todo el cuerpo y tuvo que apretar los labios para no gritar. No lo consiguió; la silueta que estaba a punto de asestarle un golpe de cuchillo a la persona que se hallaba arrodillada a sus pies, se volvió hacia donde estaba y le lanzó la daga al pecho. Quiso ir a rematarle, pero la figura que estaba a sus pies, le agarró de una pierna y se lo impidió.

Se puso en pie con una agilidad pasmosa y se dispuso a terminar el trabajo, pero un grito de mujer impidió que se acercara a Eric y decidió emprender la retirada.

Esmeralda, quien aún no había llegado al lugar dónde transcurrieron los hechos, gritaba sus nombres sin dejar de buscarles, corriendo entre los carros.

Cuando los encontró, la escena que vio la dejó helada; no pudo ubicar la posición de Eric por encontrarse bajo el carro, pero sí la de Federico, quien yacía tirado sobre el barro, con la cabeza apoyada sobre las piernas de Mel, quien, a su lado, con la suya cubierta con un saco de lona y un cordón ciñéndole el cuello para impedirle quitárselo, gemía desconsolada mientras le sujetaba la cabeza.

Se arrodilló a su lado y soltó el nudo de la cuerda que la apresaba; luego la abrazó con todas sus fuerzas y besó su frente como si se tratase de una niña pequeña.

—¿Qué ha ocurrido, cariño? —dijo sin poder aguantar las lágrimas.

Mel no contestó; ensimismada, miraba a Federico sin acabar de creer lo que veía; por un boquete que tenía en el pecho se le iba la vida sin que pudiera hacer nada para remediarlo, excepto taponarla con el saco que hacía poco la impedía ser consciente de lo que estaba ocurriendo.

Federico, con un hilo de voz que parecía ir a apagarse de un momento a otro, le cogió la mano y susurró:

—Siempre supe que lo nuestro era demasiado bonito.

—¡Calla! —le dijo ella acariciándole el pelo—. Te vas a poner bien, ya lo verás.

Él apretó más su mano y continuó:

—Antes de morir, Luigi me contó una historia que él vivió junto a una muchacha a la que nunca pudo olvidar; fue tan fugaz pero tan intenso su amor por ella, dijo, que los inmortalizó a los dos en un poema.

—¿En un poema? Qué bonito...

Federico asintió entre tosidos.

—Decía —prosiguió— que la pasión que llegó a vivir a su lado, fue breve pero tan profunda,

que sin ella, nada tenía ya sentido... Lo mismo sentí yo hace un rato... Ese hijo de puta te iba a... No lo podía permitir, ¿qué sería de mí sin ti?, después de ti no hay nada. Luigi tenía razón.

—¿Quién era ese Luigi...?

—Un buen amigo que conocí en el barco. —La miró y añadió—: no supe lo que quiso decir, hasta este mismo momento. Ahora sí lo entiendo, y a la perfección. Aquél poema llevaba por título «Idilio».

—¿Idilio? —. ¿Y qué significa?

—Eso le pregunté yo. Lo que me contestó me puso los pelos de punta: un amor que nunca conocerá el fin, dijo, por ser tan breve que, cuando llega la muerte, perduran aún en él los nervios del primer beso y la fragancia de la pasión que lo originó; algo tan bello y efímero, que deja en el ambiente una estela de eternidad; la misma que tú has dejado en mí y quiero dejar en ti... y...

En ese momento, su corazón dejó de latir y su cabeza, inerte, se desplomó sobre las piernas de Mel.

Ella no pudo contener las lágrimas. Todos sus sueños acababan de caerse de su vida como una fruta madura. La semilla que germinó ese amor sin igual, no llegó a crecer ni a mostrarle sus frutos, extinguiéndose sin previo aviso, pero dejando tras de sí el sello de lo inquebrantable; una marca que quedaría grabada para siempre en la memoria del tiempo y del amor.

Maldijo el día en que se negó a abandonar Roncesvalles, decidiendo, en contra de lo que le propuso Federico, hurgar en su pasado incierto y en unas raíces profundas; tanto, que corría el riesgo de acabar enterrada como ellas.

Esmeralda se puso en pie; de repente notó la ausencia de Eric; la tensión del momento la había confinado en el pobre Federico, y no prestó atención a nada más... Sintió como si le traicionara y gritó su nombre con toda su ira.

Comenzó a correr sin rumbo entre los carromatos. No sabía dónde buscar ni si se hallaba por allí, pero el miedo no la dejaba razonar.

Mel corrió tras ella y la sujetó como pudo.

—¡Calma! —suplicó—. Te ayudaré a buscarle. Quizá esté dentro; es posible que...

—No puede ser. Salió antes que yo...

Antes de que acabara de hablar, Mel la abrazó fuerte; la estrechó tanto contra su pecho, que Esmeralda notó la falta de aire y creyó que se ahogaba; la razón que la llevó a ello, no era otra que la de haber descubierto un cuerpo inmóvil y acurrucado entre las ruedas de un carro. La luz era escasa y no podía distinguir de quien se trataba, pero lo acontecido hasta entonces la llevó a deducir que quién estaba bajo ese carro, no era otro que Eric... nadie sino él estaba vinculado a ella, tanto como Federico.

—Me ahogas —se quejó Esmeralda—. ¿Qué ocurre...? ¿Por qué me aprietas con tanta fuerza?

—No te alteres, ¿me oyes?

—¿Crees que es posible alterarme más?

Mel la soltó y, despacio, fue acercándose al carro.

Esmeralda, intrigada, fue tras ella y vio el cuerpo.

El grito fue tan estremecedor, que se oyó en el local y ocasionó que cuantos se hallaban dentro decidieran salir a comprobar qué ocurría; incluso el alguacil apareció en el descampado, alertado por la algarabía.

Esmeralda corrió a socorrer a Eric, comprobó que aún respiraba y le zarandeó para que no cerrara los ojos.

En ese momento apareció Leonor.

—¡Santo Dios! —exclamó, persignándose—. ¿Qué ha pasado aquí?

El alguacil se inclinó junto a Eric y observó la herida.

—El cuchillo le ha traspasado el pecho —explicó—. Es cuestión de tiempo; si no se ha desangrado ya, se debe a que la daga le está taponando la herida.

Esmeralda sintió que el cielo se le caía encima, y a su vez se inclinó y sujetó a Eric por la cabeza.

—¿Puedes oírme, cariño —le dijo con voz trémula.

Entre la multitud, Teth, observaba atento lo ocurrido. Luego desapareció entre los curiosos.

Una vez al corriente de lo sucedido, fue separándose y se esfumó... no estaba el asunto como para que alguien se fijara en él, y menos todavía, que le hicieran preguntas... Nadie, bajo ningún concepto, debía identificarle.

Alejado de la gente y ya al fondo del descampado, vio una sombra moviéndose con sigilo entre las carretas; era una mole tan alta como ancha. Se volvió instintivamente hacia el lugar de la tragedia y meneó la cabeza.

Pensó que no estaría de más presentarse; seguro que a esa mole le importaba una mierda quien fuera.

Eric abrió los ojos y su respiración se aceleró.

Esmeralda intentó que se calmara; le acarició el pelo y le secó el sudor provocado por la tensión y el miedo.

Él tosió, y un hilillo de sangre fue deslizándose por la comisura de su boca.

Esmeralda tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar.

Él la miró a los ojos, acarició su mejilla y susurró muy bajo; como si su último deseo consistiese en que solo ella lo oyera:

—Oh là là... La plus belle fille du monde.

XXXIV

REGALO O CASTIGO

Las noches sucedían a los días y unas penas sucedían a otras penas. Las lágrimas sucedían a los recuerdos y estos a un tiempo anclado a sus memorias que no quería pasar a ser una historia más; un tiempo feliz que se negaba a lo inevitable y renacía con cada evocación, convirtiendo los últimos instantes que vivieron juntos durante la estación en la que todo renace, en una primavera eterna, siempre verde.

Mel se tocó la barriga y paseó la mano por su bombo.

—Ya estás casi a punto... —apostilló Leonor—. Estoy segura... y tan nerviosa como tú. No lo puedo remediar.

—Tengo ganas de verle la cara —intervino Manuela.

—Pues anda que yo... —la secundó Esmeralda.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Mel. Como cada día, los fantasmas del miedo la oprimían el pecho. Como cada día, la misma duda anidaba en su cabeza. Y también como cada día, la eterna pregunta se quedaba colgaba en sus labios, negándose a saltar.

Esmeralda la abrazó. No sabía la razón de su tormento a pesar de que todas las noches la oía sollozar.

—¿Otra vez llorando? —musitó, haciendo un mohín cariñoso—. Debes ser optimista... ya está a la vuelta de la esquina. Solo quedan tres meses.

El rostro de Mel se ensombreció. Sabía lo mucho que sufría su amiga, y también que escondía su aflicción para no contagiarla; fingía una serenidad y una alegría que no sentía ni de lejos, con ánimo de transmitírsela a ella para que apartara de su cabeza, al menos hasta que diera a luz, el recuerdo de Federico.

Leonor y Manuela las observaban preocupadas, pero a pesar de que también sufrían al verlas tan abatidas, nada hacían para mitigar su dolor; la experiencia, madre de la sabiduría, les había enseñado a golpe de vida, que ningún mal desaparece hasta que llega su momento, y que solo el dolor cura el dolor.

Leonor acarició su barriga y emitió un suspiro.

—De nada sirve lamentarse —aseguró—. El tiempo y esta vida que tienes dentro, son tu mejor medicina.

Mel suspiró y contestó como si lo pusiera en duda.

—Hay heridas demasiado profundas; tanto lo son, que posiblemente jamás cicatricen.

—Sí que lo harán, hija. Es ley de vida.

—Pues conmigo, ni por asomo se cierra la herida... Y la verdad es que tampoco lo deseo; este sufrimiento es lo único que me mantiene atada a Federico. Está vivo en mí cabeza y en mi corazón. No deseo nada más.

—¡Ah, la melancolía! —exclamó—. Algunas personas son melancólicas por vocación. Sabes, hay quien lo llama trastorno de la mente, pero yo sé que no es así; los hay, y más de los que puedas

imaginar, que se regocijan con su dolor... Lo disfrutaban y sufren a partes iguales.

—¿Acaso eres médico, para...?

—No soy médico. Soy puta —la interrumpió.

—¡Vaya comparación? ¿Y qué quieres decir con eso?

—Que aunque no lo creas, he examinado más cabezas que un loquero. Aquí se confiesa más gente que en misa.

—Cierto —aprobó Manuela—. Hay que ser puta para entender eso... es un complemento del oficio.

Mel las miró de una en una y sonrió divertida.

—Sea lo que sea, muchas gracias... —les dijo en tono cariñoso—. No sé qué hubiera hecho sin vosotras. Por lo menos mientras estoy en este estado...

—Bastante haces ya estando en ese estado...

—Vaya juego de palabras...

Las cuatro rieron, aminorando con ello la tensión que atormentaba a las muchachas; la risa es muy a menudo la mejor terapia para apaciguar los males del alma... Leonor se sintió igual de bien, pues aunque no les hablaba de sus problemas, por no echarle más leña al fuego, sufría tanto por desamor, como ellas por amor.

Manuela deslizó la mano por su melena y le susurró:

—Ese estado en el que te encuentras, es en el que más mujer llegarás a sentirte jamás.

—¿Tú crees...? ¿Cómo puedes saber eso? ¿Has tenido hijos, acaso? ¿Las mujeres como vosotras tienen hijos?

—Las mujeres como nosotras, es decir, las putas; no es tan difícil decirlo, también tenemos chocho y matriz.

—Ya... pero no has contestado a mi pregunta.

—¿Cuál de ellas? No paras de preguntar...

—Te he preguntado que si has tenido hijos...

Los recuerdos se agolparon en la cabeza de Manuela y su rostro se crispó. Mel lo notó e intentó disculparse, sin embargo era tarde para eso; las reminiscencias del pasado se habían afincado en el presente de la mujer, y no podía devolverlas al cajón de la amnesia voluntaria a la que un día ya remoto se sometió para poder soportar el dolor del vacío que dejaron en ella sus dos hijos; dos criaturas que no alcanzaban tres años de edad, cuyas vidas, así como la de su padre, fueron quebradas por la guerra.

—De eso hace mucho tiempo ya —fue su respuesta.

—¿De verdad? —preguntó Esmeralda.

—¿Qué tiene de extraño? ¿Soy una mujer, no?

—Sí, sí... solo que, como te dedicas a... En fin, ya me entiendes.

Oyéndola hablar, Manuela no sabía si reír o llorar. Se aclaró la garganta y reaccionó con sarcasmo y a lo bestia.

—No sabía que fuese tan complicado para una mujer, pronunciar la palabra «puta». A los hombres les sale muy bien... A ver, repetid las dos conmigo: puuuu-taaaa.

Esmeralda y Mel cruzaron una mirada de culpabilidad y se excusaron. Mel lo hizo primero, por ser la que abrió la caja de los truenos.

—Lo siento —dijo sin atreverse a mirarla a los ojos.

Esmeralda la tomó de la mano y carraspeó.

—Yo también siento haberte ofendido. No quería que te lo tomaras de ese modo.

—Perdonadme vosotras —se disculpó a su vez—. Sin pretenderlo, habéis metido el dedo en

una vieja herida... aunque no por vieja, deja de sangrar cuando la hurgan.

—Quizá hablar de ello te haga bien... —opinó Mel.

—Si quieres desahogarte... —propuso Esmeralda—, el momento es ahora... Quiero decir, si lo necesitas, claro.

Manuela suspiró antes de comenzar a narrar algo que muy poca gente había oído con anterioridad; solo Leonor conocía su drama personal, aparte de su familia cercana.

Cuando acabó, cerró su historia con broche de oro:

—Ya lo veis... —Miró a Mel y remató—: la vida me premió con dos hijos y un buen marido. Solo que cuando menos lo esperaba, me castigó arrebatándomelos.

—¿Por eso te hiciste puta? —preguntó Mel.

Manuela abrió los ojos hasta que le dolieron.

—¡Lo has dicho! No puedo creerlo...

Mel se ruborizó, pero en seguida se repuso.

—¿Fue por eso? —insistió.

Manuela asintió con la cabeza y con las palabras.

—Lo perdí todo —explicó—: mi marido... mis hijos. Juré no volver a enamorarme jamás; lo que sentí ese día, solo puede compararse con la nada más absoluta; palpé el vacío hasta sentirme tan muerta como ellos.

—¿Pero fue por eso? —insistió Mel una vez más.

—¿Acaso te queda alguna duda?

—Lo he entendido a la primera... Pero quería oírtelo decir. Creo que lo necesitabas.

—Yo también lo creo —opinó Leonor—. Hablar de sí misma es vital para conocerse por dentro.

—¿Tú crees? —exclamó Esmeralda, sorprendida.

Leonor asintió con la cabeza y añadió:

—Claro que sí... hay cosas de nosotros mismos, que desconocemos por completo. Solo cuando nos desnudamos por dentro, sabemos cómo somos por fuera.

Manuela soltó una risita sarcástica.

—En eso no sé, no sé... A nosotras no hay que vernos por dentro para conocernos por fuera.

Todas rieron de nuevo, pero Mel lo hizo con desgana. Se sentía como alma gemela de Manuela; cuanto sufrió y cuanto dijo le tocó en lo más profundo; después de todo, sus vidas habían transcurrido por los mismos derroteros, y la felicidad, en ambos casos, acabó transformándose en desgracia. Ella también juró no volverse a enamorar y se prometió a sí misma no conocer a más hombres, pero esa decisión, teniendo en cuenta que de algún modo tendría que buscarse las habichuelas para ella y lo que le viniera, no era quizá la más acertada, lo pensaba a menudo.

Las palabras le brotaron de los labios como si tuvieran prisa por salir. Más segura que nunca, dijo:

—Quiero trabajar aquí... con vosotras.

Manuela y Leonor hicieron gestos de sorpresa; no así Esmeralda, quien llevaba rumiándolo desde el mismo día que murió Eric. Ella tampoco se había propuesto unirse a ningún hombre más.

—¡Estás loca! —exclamó Leonor.

—No más que tú ni que esta. —Señaló a Manuela.

—Pero...

—Ni peros, ni peras. No se hable más; en cuanto para lo que llevo dentro, os pagaré cuanto coma y beba.

Lo dijo con tal convencimiento, que ninguna rechistó.

Tras soltar lo que la abrasaba por dentro, se palpó otra vez la barriga, y esa pregunta que siempre se le quedó sin respuesta, la de si su retoño sería de Federico o del que la violó, salió por fin de sus labios pero convirtiéndose una vez más en pregunta; una pregunta distinta pero igual de confusa; una pregunta que la devolvía al principio.

Recordando las palabras de Manuela, susurró sin dejar de acariciarse la tripa:

—¿Y tú qué serás, regalo o castigo?

Curiosamente, como si su reflexión requiriese silencio para ser examinada, nadie abrió la boca... solo al cabo de unos minutos de profundo silencio, escucharon la voz de Esmeralda:

—A mí tampoco me importaría ser puta...

XXXV

EL MORRAL

Carlos de Marena tenía un día fatal; en realidad tenía un mal día cada veinticuatro horas, y este era uno más de los muchos que habían pasado. Sin respuesta ni buena ni mala de su mercenario, al que había enviado a Roncesvalles con órdenes claras, no sabía qué decisión tomar, ni si estaba vivo o muerto; aquella espera se había convertido para él en un sin vivir agónico que le quitaba el aire.

De lo que sí tuvo noticias fue del crimen ocurrido en el tugurio de las prostitutas. Por ahí no iba mal la cosa; la orden era matar a uno, pero si fueron dos, por algo sería; Solón era un asesino inteligente y hábil que, aunque algo distendido desde que trabajaba para él, no había olvidado su oficio. Lo que sí parecía haber olvidado era el camino de vuelta y su deber de ponerle al corriente de todo.

Se apartó de la ventana y voceó como de costumbre:

—¡César!

El criado apareció como si le persiguiera el mismísimo diablo. También como de costumbre.

—¿Hay noticias? —le preguntó, antes de que levantara la testa—. ¡Han pasado meses, joder!

César no contestó; se limitó a negar con la cabeza. Era peligroso emplear la voz cuando Sancho tenía el ánimo caído, que últimamente era siempre, y le tenía enfilado.

—¿Nada de nada...?

César repitió meneo; esta vez con gesto compungido y melancólico; con Sancho, simular empatía funcionaba.

—¡Alonso!

El escribano apareció antes de que se fuera el eco. No había acabado de agachar la cabeza cuando escuchó:

—Prepara el carro y acércate a Roncesvalles.

—¿Otra vez, señor?

—Quiero a Solón en mi presencia. Vivo o muerto.

Alonso miró a César como pidiéndole consejo: la cosa hubiera sido algo así como: ¿hablo o no hablo?

La respuesta del criado fue abrir mucho los ojos.

Agachó la testa sin decir esta boca es mía y dio media vuelta en dirección a las cuadras. Mientras avanzaba por el corredor, la onda expansiva del vozarrón de Carlos, le dio en el cogote.

—¡Tráelo de las orejas si hace falta. No falles otra vez.

Esto último que escuchó, le dejó acongojado y helado a partes iguales; pensó que si tenía la mala fortuna de dar con él, no lo quisiera Dios, el que pondría las orejas sería él. Si a Sancho se le había pasado por la imaginación que ese coloso sin escrúpulos se iba rendir a su requerimiento, es que estaba perdiendo facultades; él era hombre de letras, no levantador de piedras; todo lo más, de plumas.

Cuando pasó la mañana, siendo negativa la búsqueda, respiró tranquilo; no sabía qué le habría ocurrido al toro de Sancho, pero nadie le había visto en meses; extraño, si se tenía en consideración el volumen del sujeto y su fea e inolvidable estampa. Así la cosa, ideó que para hacer más esforzada su labor, haría, pura rutina ya, sus habituales y cansinas rondas por los alrededores del bosque, y a otra cosa escribano. Si ese tipo había decidido desaparecer, buenas razones tendría, estaba convencido.

Recién internado en el bosque, los caballos relincharon de un modo extraño y se plantaron.

Les hostigó con la fusta, pero fue inútil. No encontró la manera de que movieran una pata.

—¿Ahora que ocurre, cazurros? —voceó—. Sois peor que los mulos. ¿No querréis que me baje, verdad?

Como no dieron un paso, decidió apearse y revisar sus herraduras; a veces perdían alguna y sentían dolor, por ir cojos.

Comprobó que iban calzados y se rascó la coronilla. El camino no era exactamente el mismo, pues cada acceso y rastreo al bosque que hizo anteriormente fue con rumbo distinto, pero jamás por cambiar de ruta se comportaron como mulos los caballos, pensó, extrañado.

Como no había manera de moverlos, decidió echar un vistazo por las inmediaciones, pero al no ver nada que no fuesen árboles y más árboles, decidió dar la búsqueda por acabada.

Se dejó caer sobre la hierba que circundaba el tronco de un haya y apoyó la espalda contra el árbol. Al cambiar de perspectiva, todo le pareció distinto; nunca reparó en la gran variedad de verdes que podían apreciarse al mirar el cielo desde el suelo, y tampoco hasta ese momento le pasó por la cabeza que pudiesen existir tantas tonalidades de un mismo color. Admirando las hojas estaba, cuando vio a una urraca planear desde un árbol y posarse sobre una roca; junto a esta había unas ramas sobre un montón de hojas secas, y entre las hojas, algo medio cubierto que produjo un ligero destello con los rayos que se filtraban entre las ramas, y que el pájaro se encargó de destapar.

Ahuyentó al ave lanzándole una piedra, se acercó a la hojarasca, la removió con el pie y apareció la hebilla del objeto cuyo brillo la atrajo.

Frunció el ceño y acabó de destaparlo; era un morral de cuero, pero no un morral cualquiera, aquel le era muy conocido... demasiado.

Exploró los alrededores y no le costó mucho descubrir la franja de tierra removida que, todavía húmeda, parecía la última morada del gigante Solón.

Tras comprobar que así era, resopló inquieto, empezó a sudar frío y, desanimado, se dejó caer junto al montón de tierra que minutos antes cubría al mercenario.

Demasiados pensamientos desfilaron por su cabeza y ninguno le gustaba; entre ellos y el principal: cómo iba a reaccionar Sancho cuando le entregara aquel amasijo de carne maloliente, y sobre quién volcaría su ira. Pensó en dejarlo allí y ocultar que lo había encontrado, pero tarde o temprano alguien daría con él; los caballos se lo habían dejado claro, y ya no tendría que preguntárselo.

Dudó sobre si habérselo encontrado vivo hubiera sido más ventajoso; no quería ni pensar en cómo se lo tomaría Sancho cuando se enterase de que su marioneta guerrera se había quedado sin cuerda.

LA LLAMADA DE LOS ÁRBOLES

Arropada hasta tener la cabeza cubierta por completo, Mel se removía inquieta entre las mantas que la cubrían.

De vez en cuando gemía; como si lo que soñaba fuese algo que la inspirase temor; como si no asimilara lo que a todas luces la tenía amedrentada en algún lugar ilusorio.

Esmeralda notó cómo traspiraba y le retiró la manta... prefirió pasar algo de frío a empaparse de su sudor.

Los minutos, cada vez más frescos, transcurrían lentos para Esmeralda, quien acabó tapándose de nuevo hasta la coronilla; también a Mel le hicieron efecto, pues empezó a notar que su piel iba asemejándose cada vez más a la de una gallina, y despertó aterrada atisbando cada recoveco de la habitación.

Esmeralda la saludó agradeciendo su vuelta al mundo.

—Bienvenida a este lado de las cosas... —bromeó más en serio que en guasa.

Mel le puso la mano en la cara y palpó sus pómulos y su barbilla; no acababa de creer que su amiga fuera real... que lo que tocaba era carne templada; que no había nada allí que debiera preocuparla.

Esmeralda intentó tranquilizarla.

—Relájate. Ya ha pasado...

—¿Qué ha pasado, qué...?

—Estabas teniendo un mal sueño... —dijo, acariciando su melena húmeda—. Gracias a Dios, has despertado. Me tenías en ascuas.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

—Apenas me has dejado dormir. ¿Por qué quieres...?

—¿Por qué dices que te tenía en ascuas? —la cortó.

—Mira, no sé qué habrás soñado, pero parecías tener miedo; mucho miedo. De tanto en tanto, gemías como si te estuvieran arrancando la piel a tiras.

—Y algo parecido era —dijo, haciendo memoria.

—¿De verdad era tan malo...?

—No recuerdo todo lo que soñé, pero sí algunas cosas que no me gustan nada.

—¿Como qué?

—Me siento culpable de la muerte de Federico.

—No digas tonterías. No insistas más en eso.

—Tomás nos advirtió; dijo que debíamos irnos de este pueblo. Si no nos fuimos fue por mi empecinamiento.

—¿Y cómo ibas a imaginar que ese tío tenía poderes... con la de farsantes que pululan por ahí?

—Porque no presté atención a las señales del sueño.

—No entiendo.

—Ya había tenido ramalazos de este mismo sueño.

—Cada vez te entiendo menos...

—Una vez soñé que Federico estaba en el barro... no se movía y corrí hasta él. Cuando llegué me desperté y lo medio olvidé. Está claro que no di suficiente credibilidad a la señal que estaba recibiendo... No estoy acostumbrada a esto.

—No entiendo cómo pudiste olvidar algo así...

—Ni yo tampoco... Quizá fue el temor a que se tratase de un sueño premonitorio, lo que me hizo olvidarlo... El caso es que lo saqué de mi cabeza... hasta esta noche.

—¿Hasta esta noche?

—Sí. Entre otras cosas, he vuelto a soñarlo... Por eso sé que era una visión anticipada de lo que ocurrió.

—No digas tonterías. Y de haber sido así, ¿qué podías hacer tú para evitarlo? Si como dices, estaba escrito y era su destino...

—Si recibí la señal, es porque podía hacer algo...

—¿Algo como qué...?

—No lo sé. Quizá haberle prevenido contándoselo... No dije nada para no preocuparle, pensando que solo era una pesadilla... O eso quería creer.

Esmeralda la atrajo contra sí como si con el calor del cuerpo pudiera espantarle los fantasmas.

—Tranquilízate —susurró a su oído—. Ya pasó.

—No me has entendido, Esmeralda.

—¿Qué es lo que no he entendido? Me vas a volver...

Todavía no había acabado, cuando Mel se puso en pie, fue hasta donde estaban sus pertenencias y rebuscó hasta que dio con la libélula; una vez la tuvo en la mano, una especie de paz pareció apoderarse de ella.

Esmeralda no podía creer lo que veía.

—¿Crees que con ese bicho puedes hacerle volver?

Mel acercó el insecto a su pecho y suspiró.

—No has entendido nada —repitió.

—¿Qué tengo que entender...?

A Mel le tembló la voz, solo con pensar lo que le iba a decir pues ni siquiera sabía por dónde empezar. Solo con imaginarlo, ya le castañeaban los dientes.

—He llegado a una conclusión —explicó—: la de que si esta parte de mi pesadilla se ha cumplido, la otra parte también lo hará. Eso quiere decir que todo... incluso esos rituales demoniacos de los que nos habló Tomás, tienen trazas de ser reales y venirme al encuentro.

Esmeralda también se echó a temblar.

—¿De verdad lo crees? —Lo dijo por decir algo.

—¡Tú no...?

—¿Y qué podemos hacer?

—Tengo que volver a ese bosque.

XXXVII

ADRIANO EL CRUEL

Alonso entró en el despacho de Sancho y dejó caer las pertenencias rescatadas de Solón: morral, espada, anillos, cinturón... hasta un trozo de ceja; cualquier cosa le valía para dejar muestra de su buen hacer, y zanjar de una vez por todas el asunto del gigante.

—Aquí tenéis, señor, lo que queda de vuestro siervo... Había más, pero era demasiado voluminoso y su olor tan insoportable como su estampa... Decidí que lo mejor que podía hacer con él era dejarlo a merced de las alimañas.

—Hicisteis muy bien. Los carroñeros también tienen derecho a comer... si apestaba tanto como sus pertenencias, hiciste bien dejándolo allí.

—¿Deseáis algo más de mí, señor?

—Llevaos esta mierda de mi vista y haced llamar a la tropa de facinerosos que estaban a las ordenes de Solón.

Alonso recogió cuantos enseres estaban en el suelo y se dispuso a abandonar el despacho; aún no había dado el primer paso cuando la voz de Sancho hizo que se diera la vuelta.

—Que se presenten aquí sin pérdida de tiempo.

Asintió con una reverencia y salió de la estancia como si le persiguieran; ante Sancho era conveniente mostrarse activo y dar la sensación de ganarse el salario.

Poco después se presentó el grupo de mercenarios.

—Vos diréis, señor —dijo uno en nombre de todos.

La respuesta fue directa y sin florituras.

—A vuestro jefe se lo están comiendo los bichos.

—Lo sabemos, señor. Hemos visto y revisado el carro de Alonso cuando ha entrado. Es nuestro trabajo; así nos lo ordenó Solón... Una triste pérdida para nosotros.

—El caso es que necesito saber si vais a continuar sin él, o si vais a buscar otros caminos. Ya no tenéis guía. Sin alguien diestro que dé órdenes, una tropa sirve para poco más que hacer bulto.

—Él nos pagaba, señor. Si ya no está...

—El problema es si pensáis seguir o no, a las ordenes de quien sea, y si conocéis algún experto en el arte de la guerra, a quién estéis dispuestos a guardar el mismo celo, respeto y fidelidad que a Solón. Yo convendré con él un precio por el grupo, y él lo repartirá entre vosotros según su criterio... ¿Acaso hacía Solón otra cosa?

—No, señor.

—¿No, qué...?

—No entiendo, señor...

—¿Que no os quedáis, o que no hacía otra cosa?

—Que no hacía otra cosa, y que nos quedamos...

Sancho se aclaró la garganta y prosiguió.

—Bien —dijo—. Pues aclarado este punto, os pondré la cosa fácil... ¿conocéis a alguien

curtido en mil batallas, y al que obedecerías con los ojos cerrados, sin cuestionar sus órdenes? Esto último es lo más importante.

Todos se miraron entre sí, pero nadie abrió la boca.

—Necesito —continuó Sancho— alguien intrépido... alguien sin escrúpulos, que tampoco cuestione las mías.

—Solón tenía un buen amigo —dijo uno—. Lucharon juntos en Italia. Se llama Adriano, pero es difícil de ver.

—¿Adriano?

—Adriano el cruel. Solón hablaba de él a menudo.

—¿Cruel? ¿Y aseguráis que ese hombre vale la pena?

—Hasta ahí no llego, señor... No he tenido el gusto de conocerle; cuanto sé de él, es por Solón.

—¿Y dónde podría dar con ese maestro guerrero?

—Siempre según Solón, Adriano se encuentra en una villa cercana a Toledo, señor. Trabaja a las órdenes de un adinerado noble. Su paga es bastante cuantiosa... también debo decíroslo. Aunque como dije, es difícil dar con él.

—¿Acaso creéis que vuestro gigante era una ganga? Si tan bueno es y sabéis dónde está, ruego le habléis por mí. Decidle en mi nombre que necesito sus servicios.

El mercenario intentó decirle algo, pero Sancho no le dio tiempo. Adivinando su problema, fue a su escritorio, juntó algunas monedas y las metió en una bolsa de cuero bruñido, que le lanzó.

—Cuanto antes salgáis en su busca, mejor...—le dijo a modo de despedida—. Id con quien elijáis. Los otros que se queden.

El mercenario sopesó la saca y la apretó con fuerza.

—Lo encontraré señor. Le hablaré de su generosidad. No pondrá objeciones, estoy seguro.

—Id con Dios... Y no hagáis de esto el viaje de vuestra vida, os lo ruego. Me urge.

Unas semanas más tarde, pasado ya el mediodía, el carro hizo su aparición en los dominios de Sancho y se detuvo frente a la puerta principal.

Oyó sonidos de cascos de caballo y salió a recibir a su nuevo matón, pero no vio a nadie dentro del carro. Miró a los que estaban en el pescante y carraspeó con fuerza.

Cuando acaparó la atención de ambos, tosió de nuevo para que no perdieran onda.

—¿Qué problema habéis tenido? —le preguntó al que se comprometió a traer al mercenario—. Me asegurasteis que vendría con vos...

El mercenario saltó del pescante y fue hasta la puerta del carro.

—Y así es, señor —dijo, tirando de la manilla.

A Sancho casi le da un soponcio.

—¿Es una broma? —exclamó.

De la carreta saltó un enano cuya espada era más larga que él; hasta su barba parecía más larga que su cuerpo.

—Os presento a Adriano, señor.

Sancho no podía creerlo, había pasado de un gigante a un gnomo, en un pestañeo; cuando le dijeron que el tipo era difícil de ver, no pensó que fuese tan obvio.

—¿Y dónde ha dejado el pony...? —dijo con ironía—. Por Dios bendito, si ni siquiera se le veía la cabeza por la ventanilla. Su apodo es más largo que él.

El enano suspiró y dejó claro que no le hacía gracia su sarcasmo; estaba acostumbrado, pero no le hacía ni pizca de gracia, aunque fuera incluido en el precio.

Hizo oídos sordos y se inclinó de forma teatral.

—Buona sera. —Alzó la testa y se presentó—: Il mio nome è Adriano, ma tutti mi chiamano «il crudele».

Sancho tuvo que aguantar la risa; lo de crudele sonaba a crudo y le iba como anillo al dedo... Si algo estaba claro era que aquel tipo parecía estar poco hecho. Creyó, o así lo quiso, que la cosa no era para llevarla a extremos, y le invitó a entrar. Si apodaban a un individuo así «el cruel», pensó, alguna razón de peso habría.

XXXVIII

ELEVATO

El cementerio estaba tan vacío de gente como de vida, sin embargo, esas ausencias no se traducían en silencio, y el trino de los pájaros así como un grillo inquieto daban la nota alegre al entorno de la solitaria ermita.

Esmeralda y Mel pararon frente a las tumbas; estaban enterrados uno junto al otro, y Mel se arrodilló junto a la de Federico mientras Esmeralda se sentaba al lado de las toscas inscripciones a la cabecera de las sepulturas, como único recordatorio de que un día aún no lejano, a los que allí yacían les refrescó la misma brisa.

Esmeralda se secó las lágrimas con la tela del vestido y miró al cielo.

—Va a llover —dijo—. Deberíamos irnos.

Mel la miró sin verla... su mirada estaba vacía; tanto como su vida. Desde que ocurrió la tragedia, sus ánimos oscilaban del amargo al agrio; alguna vez agridulce, pero tirando más a agrio.

—¿Me has oído? Deberíamos irnos —insistió.

Mel miró al cielo y recibió una gota en la frente, pero eso no la alteró lo más mínimo; se tocó la barriga con las dos manos y continuó ausente; aunque la lluvia comenzaba arreciar, no parecía incomodarla.

Esmeralda se puso en pie y la ayudó a levantarse.

—Venga, Mel... Vamos a coger una pulmonía.

—Debíais quererles mucho.

Ambas se giraron al mismo tiempo.

—¿Quién es usted? —preguntó Mel—. ¿A quién le...?

La anciana que se resguardaba del agua bajo el dintel del portón de la ermita, no la dejó terminar.

—A quienes están ahí enterrados, me refiero.

Ambas pusieron sus manos como visera para proteger sus ojos de la cortina de agua, a cada segundo más espesa, y vieron una figura enteramente cubierta de negro, velo incluido, que las miraba impasible. Su cara les sonaba.

—¿Quién es usted...? —Ahora fue Esmeralda quien le preguntó—. Creo que no es la primera vez que la veo.

La anciana contestó con otra pregunta.

—¿Vais a quedaros todo el tiempo ahí, bajo la lluvia?

Cómo movidas por un resorte, las dos corrieron hacia la ermita. Ya a cubierto, Mel insistió:

—¿Va a decirnos quién es? A mí también me suena.

—Alguien que ha perdido a un ser querido. Igual que vosotras.

Mel la examinó de arriba abajo.

—¿También ha perdido a su marido? —preguntó.

—A mi hermana —contestó la vieja—. La mataron...

—¿La mataron? —exclamó Esmeralda, sorprendida.

La anciana asintió y continuó:

—Y lo más curioso, es que nadie sabe por qué. Le he preguntado a todo el que se me ha cruzado en el camino, y he obtenido siempre la misma respuesta: «no sé». Hasta ayer no pude venir a visitar su tumba, estoy vieja para ir de aquí para allá como si fuera una moza. Antes siempre íbamos juntas de mercado en mercado, pero un buen día, tampoco sé por qué, dejamos de hacerlo; la vida siempre acaba separándonos de quienes más necesitamos.

Esmeralda y Mel intercambiaron una mirada curiosa.

—¿Ha dicho que iba de mercado en mercado? —Fue Mel quien preguntó.

—Mi hermana vendía antiguallas... Estaba empeñada en las cosas viejas, sabéis... Porque tenían alma, decía.

Ahora las dos se abrazaron.

—¿Y de eso, cuánto tiempo hace? —preguntó Mel.

—No demasiado.

—Conocimos a su hermana. Ahora que la miro bien...

—¿En serio? —Sonrió acentuando todas sus arrugas.

—Acusaron a Eric de matarla; gracias a Dios, pudimos demostrar su inocencia —la informó Esmeralda.

—¿Y ese quién es?

—Uno de los que están ahí enterrados —contestó.

Mel se aclaró la garganta y completó:

—Era el amor de su vida.

La vieja frunció el ceño, justo cuando sonó un trueno, y las dos se estremecieron. Luego se llevó el índice a los labios y apuntó, dubitativa:

—Qué extraño...

Hubo un momento de desconcierto, pero fue solo un momento. Sonó otro trueno y temblaron de nuevo.

—Sí que lo es —admitió Esmeralda—. Todo parece ir hilvanado. En fin, no quiero darle más vueltas... es tarde para arreglarlo.

—¡Mírame! —exclamó la anciana apuntándose con el dedo—. Si fuera tarde para alguien, sin duda alguna sería para mí. —Las miró a las dos y se dirigió a ella—: Y si yo pienso que no es así... ¿qué derecho a hacerlo tienes tú?

Esmeralda agachó la cabeza sin saber qué decir; estaba desconcertada por la energía que desprendía la abuela.

—¿Y qué cree usted que debemos hacer? —intervino Mel—. Yo también he enterrado ahí lo que más quería.

Un rayo seguido de otro trueno iluminó el horizonte.

La anciana se ajustó el velo y miró a lo alto como si entre la espesa capa de nubes estuviera escrito lo que iba a decir a continuación.

—En fin... —dijo—. Lo que ya no podemos hacer es devolverles la vida. Iré a recoger el carro de mi hermana; es posible que entre sus cosas esté la clave de su muerte... Si como ella decía, esos objetos viejos tienen alma, quizá me digan algo que no sé. De todas maneras, no se me ha informado de ningún robo. Lo mejor será venderlo todo, y a otra cosa... yo ya soy vieja para dedicarme a ir de aquí para allá, de mercado en mercado. Me faltan ganas.

Esmeralda la miró extrañada. Los ancianos de su clan nunca dejaban de buscarse el sustento como fuera. Quizá esa anciana no lo necesitase mucho.

—¿Es usted mayor que su hermana? —le preguntó.

—Éramos gemelas... ¿Por qué?

—Pero ella sí seguía vendiendo de aquí para allá...

—Nunca lo necesitó. De hecho, casi no vendía.

—¿Y por qué lo hacía? —le preguntó Mel.

—Mi hermana sentía pasión por los objetos antiguos y por los libros raros —explicó—. A lo largo de su vida, se apoderó de manuscritos y de algunos libros prohibidos que muy pocos están preparados para entender... cuidaba de ellos más que de su vida. Ella no viajaba ni vendía por trabajo, lo hacía por pasión. ¿Sabéis que era vidente? Ver a las personas por dentro no es nada fácil; tenía un don que la hacía especial y muy pocos tienen. Igual que yo.

Ambas sintieron un escalofrío al recordarlo... Un rayo que coincidió con el repelús, les dio tiritera.

—Yo me ponía nerviosa cuando me miraba —añadió la anciana—, y ella se ponía tensa cuando la miraba yo.

—Por lo que dice, su hermana sabía leer... ¿no?

—En todos los sentidos, hija. En todos los sentidos.

—¿Y usted también sabe? —preguntó Esmeralda.

—Aprendimos juntas... Pero ella era una devoradora de libros. Yo nunca estuve a su nivel... Si queréis, podéis estudiar algún libro de los que guardaba; algunos no los vendía por ser, según ella, peligrosos y estar prohibidos.

—Verá —confesó Mel—, ninguna sabemos leer.

—¿No sentís curiosidad por lo que dicen los libros?

—Nunca hemos tenido oportunidad de aprender.

—Jamás lo hemos necesitado —añadió Esmeralda.

—Te entiendo —dijo la vieja—. Las mujeres estamos para otras cosas, dicen... Pero en mi familia éramos muy rebeldes; nuestros padres eran judíos y nos enseñaron.

—¡Qué envidia! —exclamó Mel—. Nosotras no...

La vieja se ofreció antes de que terminara.

—Si queréis os enseño...

—Creí que cogía las pertenencias de su hermana y se iba...

—Pero a cambio de una cosa —les pidió.

—¿Qué cosa? —preguntaron a la vez.

—Como podéis comprobar, no me queda mucho por vivir. Quiero que os comprometáis a enterrarme al lado de mi hermana. Lo dejaré todo pagado, tranquilas.

—Entonces... ¿se queda en Roncesvalles?

—Es un lugar como cualquier otro. A mi edad, pocos quedan que me importen. ¿Cerramos el trato, entonces?

Esmeralda y Mel se miraron y asintieron a la vez.

—¡Trato hecho! —exclamó Mel.

—¿Y dónde va a vivir? —preguntó Esmeralda.

—Ya veré. ¿Conocéis alguna casa que arrenden?

—No —contestó Esmeralda—. Nosotras vivimos con dos buenas amigas. Ellas nos están ayudando mucho.

—Son putas —añadió Mel—. Pero muy decentes...

La anciana soltó una carcajada.

—¿Qué le hace tanta gracia? —le preguntó Mel, seria.

—Nada, hija, nada... Me caéis bien, eso es todo. Te he entendido, pero esa forma de decirlo... En fin, cuando las cosas de mi hermana estén en mi poder y tenga un techo sobre esta cabecita, haré de vosotras, cultas mujercitas... Pero eso sí, no olvidéis el trato, eh...

Algunos días más tarde, la anciana había conseguido una pequeña casa y les pidió que la ayudasen a acomodarla.

Mel miraba ensimismada cómo la mujer alojaba libro tras libro, en orden sobre una estantería.

—No hay demasiados... —opinó.

La anciana la miró sorprendida.

—¿Te parecen pocos? Yo creo que hay bastantes...

—Aun así... Pensé que su hermana los coleccionaba.

—Y así era... como antigüedades. Para tu información te diré que no es nada fácil encontrar libros viejos... estos que están sucios y con quemaduras —le mostró uno que aún no había apilado—, fueron rescatados del fuego; un gran incendio se llevó por delante gran número de tomos y de manuscritos; algunos, auténticas joyas literarias. Ella tenía un gran olfato para elegir, créeme, y sabía bien por cuál de ellos valía la pena meter la mano en las brasas.

Mel tomó el libro y lo examinó por los dos lados.

—¿Y de qué trata este libro, para que lo viera ella tan interesante?

La vieja lo retomó y ojeó entre sus páginas.

—Su título es: «Elevato». Su autor, desconocido.

—¿Desconocido?

—Así es. Muchos autores escriben desde la clandestinidad; sobre todo si su mensaje es provocador.

—¿Provocador? ¿Y a quién provocan?

La vieja sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda.

—A los poderes fácticos, ¿a quién si no?

—¿A los poderes qué...?

La anciana suspiró y se cargó de paciencia; entendía a la muchacha. Su curiosidad por aprender y su manera de preguntar eran signos indiscutibles de que era una piedra preciosa sin tallar. Pensó que sería una buena alumna.

—Esos poderes, hija, son aquellos que dirigen de una forma u otra, con su permiso o no, el destino de la gente.

Mel pareció ir a decir algo, pero optó por no hacerlo.

La anciana la notó dubitativa y continuó explicando:

—Por ejemplo: los reyes, la iglesia... incluso esos que escriben... incluso el que ha escrito este libro.

—¿Los provocadores... también?

—Todo el que sea capaz o tenga los medios necesarios para manipular a la masa, consiguiendo que se incline en uno u otro sentido hacia un dogma o una idea, lo es.

Mel la miraba con la boca abierta y un brillo especial en los ojos.

—Que bien habla. No estoy segura de haber entendido lo que me ha dicho, pero...

La mujer acarició su melena roja y sonrió de nuevo.

—Creo que nos conocemos lo suficiente para llamarnos por nuestros nombres, ¿no es así? —Lo preguntó sin dejar de acariciarla—. Puedes llamarme Catalina.

—Yo soy Mel.

—Lo sé, tu amiga te ha llamado así. Lo que no sé es el nombre de ella.

—Esmeralda —la informó—. Se llama Esmeralda.

Esmeralda miraba llover desde la ventana. Ajena a su charla, se volvió no obstante al oír su nombre.

—Me llamo Esmeralda —informó a su vez.

—Esmeralda y Mel —vocalizó la anciana—. Creo que nos vamos a entender muy bien.

—¿Qué libro es ese? —preguntó—. Supongo que es el motivo de vuestra conversación. Perdonad... Estaba...

La anciana no la dejó acabar.

—Estás perdonada, Esmeralda, hija, estás perdonada... —Carraspeó y preguntó en tono afectuoso—: ¿También te interesan los libros? Si es así, el hecho de que no sepas leer no tiene importancia. Ese detalle lo arreglo en poco tiempo. Lo importante es que tú quieras.

Esmeralda señaló a Mel.

—Si esta quiere, yo también. Ya le iré cogiendo gusto. ¿Qué libro es ese? —repitió.

—Su título es: Elevato.

—Nunca he oído esa palabra. ¿Qué significa?

—Es una manera de decir que algo es excelso.

—Eso tampoco lo he oído nunca...

—Significa algo así como: alto, elevado; a otro nivel.

—Ahora lo entiendo. Los romaníes del clan llamaban a eso: «sagrado».

—Suenan bien —dijo—. Es una forma inteligente de...

Esmeralda se vino arriba con el halago y, eufórica, no la dejó continuar. Le agradó que apreciase las creencias y costumbres de los romaníes, y por extensión de su clan.

—Los viejos —dijo con voz acelerada— repetían que algunas cosas habían sido planeadas desde arriba para no poder ser entendidas jamás, por encontrarse tan alto, que iban más allá y escapaban a la razón...

Mel asintió. Miró a Catalina y opinó:

—Al fin y al cabo, no deja de ser lo mismo, ¿no?

—No va para nada desencaminada —aprobó esta.

Esmeralda, henchida de orgullo por haber sido útil, se acercó a Catalina y le preguntó:

—¿Y esos otros libros, de qué tratan?

Catalina suspiró mirando el lote que aún quedaba por apilar.

—Hay un poco de todo, hija. Pero conociendo a Ruth y su empecinamiento literario, todos ellos tienen algo en común: son, como poco, interesantes.

—¿Se llamaba Ruth? —le preguntó Mel.

Catalina asintió con lágrimas en los ojos.

—Como nuestra abuela —explicó—. De ella heredamos el don de la premonición. —Tocó a Mel y dijo—: Lo que voy a decirte, hija, no me gusta nada; lo vi cuando te conocí en el cementerio, pero en aquel momento no me pareció apropiado alertarte; especialmente porque no me hubieras creído. Lo cierto es que aquí no estás segura.

—¿Cómo...? —exclamó Mel echándose a temblar.

—Que no estás segura. Alguien te está buscando para hacerte daño. El caso... es que tengo una sensación rara.

—¿Qué quiere decir con eso...? —intervino Esmeralda abrazando a Mel—. Su hermana la avisó de lo mismo.

—Ya lo imaginaba... Aunque estoy segura de que ella no fue tan comedida. Era de lengua

rápida y no medía las consecuencias ni el alcance de lo que decía. De lo que no podían acusarla era de no ser sincera.

Mel intervino a su vez, cambiando de tema.

—¿A qué se refería antes...? Cuando ha dicho que...

—¿Qué tengo una sensación rara?

—¡Eso! —exclamó, inquieta.

—Que tengo una sensación distinta. No es como otras veces. Noto algo así como una niebla. En fin, ya nada se puede hacer; sea como sea, el peligro que corres es real.

Esmeralda y Mel seguían abrazadas. Se miraron a los ojos, sin hablar, pero el miedo que irradiaban sus pupilas lo decía todo. Esmeralda la besó en la frente y dijo:

—¿Crees que tantas coincidencias son casualidad?

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Mel.

—Querrás decir: ¿qué podemos hacer? Yo de ti no me separo. Estoy a tu lado con todas las consecuencias.

Catalina aprobó aquellas palabras de empatía y cariño.

—Eso ha estado bien, hija... ¡muy bien! Algo que por cabezonería o por lo que fuera, no nos sucedió a nosotras dos; mi hermana y yo fallamos a la hora de mantenernos unidas... No supimos valorar nuestra compañía como era debido.

—¿Y no os echabais de menos? —preguntó Mel.

—Mucho. Os confieso que un día pensé en ella de un modo diferente; como si pudiera sentirla; hasta noté unas pisadas cerca de dónde me encontraba. Supe que era ella; fue una de esas señales que nos da la vida, o posiblemente la conexión que teníamos por ser gemelas. Por eso fue que aquel mismo día, tras sentir sus pisadas cerca de mí y su corazón latiendo en el mío, decidí que el momento de buscarla había llegado; que la hora de caminar unidas de la mano, había sonado. Fue una verdadera lástima que la decisión fuera tardía. Aquella fue su despedida.

Ambas escuchaban su historia con la boca abierta.

—¿Despedida? —exclamaron a la vez.

Catalina asintió con los ojos vidriosos.

—Ese día, por lo que pude saber más adelante, murió.

—¿Cómo? —exclamaron de nuevo al unísono.

—Ya lo veis. El maravilloso nexo de unión con el que la naturaleza nos había dotado por ser gemelas, no sirvió más que para despedirnos; para cortar los lazos mentales que nos ataban a esta vida... Aquel día, también morí un poco. De cualquier modo, no queda mucho para que nos reunamos de nuevo. La muerte no perdona.

—¿Tan fuertes eran esos lazos? —preguntó Mel.

—¡Pues claro! —exclamó Esmeralda—. Eso explica el que quiera que la entierren a su lado. —Miró a Catalina y le explicó el gran interés de Mel por los lazos gemelares—: Lo pregunta porque ella también tiene un hermano gemelo. Es igual que usted...

Catalina puso la mano en el hombro de Mel y la miró a los ojos.

—¿Es eso cierto, hija?

Mel asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

—Pero no tengo la suerte de conocerle —confesó—. ¿De qué sirve tener un hermano, gemelo o no, si no sé ni qué aspecto tiene.

—No digas bobadas —la recriminó—. Estoy segura, y cuando digo segura, quiero decir segura, de que en algún momento de vuestras vidas, habéis contactado... aunque sea en sueños. Y permíteme que te diga, hija mía, que su aspecto no debería ser muy distinto al tuyo. Yo diría que

debe ser casi idéntico.

—Pienso lo mismo —dijo Esmeralda—. Debe ser tan parecido a ti... Seguro que sois dos gotas de agua.

Catalina cogió un par de libros y los colocó junto a los que estaban en la estantería.

—Y ahora —suspiró—, debería terminar de poner los tomos en su sitio. Sin darnos cuenta, se nos va a ir el día. Estas charlas se convierten en interminables, y acaba una por no hacer nada más...

—¿Te ayudamos? —se ofreció Mel.

—Dame el libro, anda —pidió por respuesta.

—¿Elevato? —alargó el brazo con el libro y se le cayó antes de que Catalina pudiese cogerlo. El golpe en el piso hizo que el libro se abriese y que un pliego escondido en la abertura de una de sus tapas, saliera despedido.

Esmeralda lo vio volar pero no le prestó atención.

Mel recogió el libro y observó el roto de la tapa dónde fue colocado el pliego. Luego, abierto por la página en la que quedó en el suelo, se lo pasó a Catalina.

La mujer no pudo evitar echarle una ojeada.

—La transmigración de los cuerpos. —Lo leyó en voz alta y mostrándoselo como si pudiera leerlo.

—¿Y eso, qué quiere decir...? —preguntó Mel.

—Es complicado —reconoció Catalina—... Yo misma me pregunto qué querrá dar a entender este autor... ya os dije que algunos, y especialmente los que no firman sus obras, son verdaderos provocadores. Sus textos suelen ser diferentes de los que habitualmente se escriben, que por otro lado, son aquellos a los que todo el mundo está más que acostumbrado; en el fondo, la gente huye como de la peste, de conceptos que amenacen con hacerles pensar...

Remover las bases de sus creencias, sean estas implantadas desde la cuna o cosidas a su mente a base de religión y superstición, no les hace ni pizca de gracia.

—¿Pero a qué se refiere el libro? —insistió Mel.

Catalina permaneció un rato en silencio. Todo su afán era encontrar las palabras adecuadas. Cuando tuvo claro cómo explicárselo, se aclaró la garganta y comenzó:

—Una transmigración, o para que lo entendáis mejor, peregrinación, es el traslado desde un receptáculo a otro, de algo. Y en este libro, ese algo es un alma; un alma que se muda a otro cuerpo y lo invade. Como veis, se trata de un libro poco menos que maldito; un libro demoniaco.

—¿Demoniaco? —exclamaron, estremeciéndose.

Catalina asintió y añadió, todo en uno:

—Un libro con toda seguridad censurado, y del cual no os recomendaría hablar a nadie. Por menos que eso, han achicharrado a más de uno.

Ambas sintieron otro escalofrío.

Las palabras de Catalina trajeron a la cabeza de Mel, como si de una de esas transmigraciones se tratara, otras, dichas por Tomás: «debéis iros de este pueblo». También regresaron a su mente las explicaciones que dio acerca de los demonios que aparecían en su sueño.

Se abrazó a la anciana y le dijo:

—Creo que debo contarte algo.

—¿Algo sobre qué...?

—Sobre mi sueño.

—¿Sobre qué sueño?

Esmeralda se adelantó a Mel.

—Es un sueño tan extraño como ese libro —dijo.

—Eso no lo dudo —dijo Catalina—. Lleva el misterio pintado en su rostro —Anda, pásame eso... —Señaló al pliego que había salido del libro y se hallaba en el suelo, junto a sus pies—. Ya estoy vieja para doblarme.

Esmeralda lo recogió y se lo dio.

Catalina lo desplegó para echarle una ojeada, pero no le dio tiempo.

—¿Se lo cuento o no? —insistió Mel.

La anciana le echó una mirada condescendiente.

—¿Qué te parece si primero ordenamos esto un poco? Después nos sentamos, y con tranquilidad...

—Tiene razón —dijo Esmeralda. —Miró a Mel, tomó su mano y la acarició con dulzura. Después miró afuera a través de la ventana y comprobó que el día seguía gris y lluvioso. Suspiró y propuso—: ¿Qué te parece si acabamos de ordenar todo esto? Después encendemos el fuego y nos sentamos tranquilamente... el tiempo no acompaña a nada más.

—Sí —aceptó Mel—. Con calma lo entenderá mejor, si es que lo entiende... No lo entiendo ni yo...

Catalina sonrió mientras volvía de nuevo al pliego.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Esta es la letra de Ruth.

Esmeralda y Mel la miraron, curiosas.

—¿Su hermana ha escrito eso? —le preguntó Mel—. Creí que era de quien escribió el libro.

—Es una especie de diario; el papel fue arrancado del libro en el que escribía su día a día... lo hacía desde niña, eso no me sorprende nada... Lo que sí me sorprende es lo que escribió en su último día. Son sus últimas palabras.

—¿Su último día? —exclamó Mel.

—¿Y cómo puede saber eso? —preguntó Esmeralda.

Catalina se lo explicó leyéndole en voz alta el renglón inacabado que ponía fin al diario... unas palabras con las que Mel sintió que el mundo se le caía encima.

«Hoy he visto al diablo...»

XXXIX

SUEÑOS GEMELOS

Empañado en sudores, Teth se revolvía en la cama. Su sueño, aunque repetitivo, se enredaba cada día más; cada noche agregaba detalles distintos que no hacían más que confundirle, entorpeciendo su mente hasta el delirio.

Desde su cama, Mel era transportada a una arboleda que no la dejaba ver el cielo; era espesa, tan espesa y tenebrosa como los nubarrones negruzcos que cubrían cuanto se podía ver a través de las copas de los árboles.

Tras caminar largo rato por un camino que parecía ir a ninguna parte, descubrió una hendidura que le pareció la boca de un túnel.

Estaba oscuro y húmedo, tan lóbrego y acuoso, que de las paredes semejaba brotar agua. Pero eso a Teth no parecía importarle demasiado, aunque las continuas gotas que se desprendían desde lo alto de la cueva crepitasen como si fueran hojas muertas de otoño al contacto con las llamas de su tea. Siguió caminando despacio hasta que halló un desvío que parecía conducirle a otra cueva. Sorteando los charcos y cuantas ratas se le cruzaban, caminó por él.

Mel se asomó y sintió un escalofrío. Aquel agujero estaba tan negro como la noche más sombría, lleno de charcos y colmado de ratas. No consiguió ver más allá de la entrada de la cueva, y eso porque entraba luz desde el exterior.

Aguzó la vista y le bastaron unos segundos para sentir otro escalofrío; aquel agujero parecía no tener final. Aun así, tuvo la sensación de haber estado allí... presintió que ese túnel no le era extraño. Quizá por eso sintió el fuerte impulso de adentrarse en él.

Notó como si la empujara una fuerza contra la que no podía rebelarse y, como si le fuera imposible evitarlo, sus pies, semeando tener vida propia, la condujeron pisada a pisada hacia lo desconocido.

Teth continuó muy despacio hasta que una concavidad rocosa le llamó la atención, más que otra cosa porque le pareció trabajada. Tras examinarla de cerca, se convenció de que era una abertura artificial. Introdujo una mano y hurgó en su interior; no sabía por qué lo hacía, pero algo más fuerte que él le impulsaba... una voz le decía al oído que ese agujero no estaba vacío.

Tras unos minutos removiendo la mano en el interior de la roca, tuvo la sensación de tocar un libro.

Intentó sacarlo pero no pudo. Agarró la antorcha para alumbrar el agujero, y entonces le

pareció ver la sombra; una silueta oscura tapando la luz de la tea en la roca. Se volvió deprisa y enfocó tras él; allí, borroso, vio algo que identificó como un contorno de mujer.

Mel observó la figura que tenía ante ella; era curioso, no sentía miedo pero sí zozobra.

Se miraron estupefactos, y aun sin apreciar sus rasgos, tuvieron la misma corazonada.

A ninguno de los dos le importó la presencia del otro. Teth volvió a lo suyo e introdujo de nuevo la mano en la grieta, escarbó hasta que tocó el libro y tiró hacia afuera con dos dedos.

Mel aguzó la vista para ver qué sacaba; los nervios se la comían por dentro, pero no se atrevía a acercarse más.

Teth consiguió sacar el libro. Lo iluminó con la tea, y goterones de sudor comenzaron a caerle desde la frente hasta la barbilla, rebotando luego contra la tapa del libro. La retiró con el canto de la mano y arrastró con ellas la fina capa de polvo que cubría el título.

PALINGENESIA

Mel no sabía leer, pero a pesar de la distancia y de la oscuridad, se percató de que las letras eran rojas como la sangre.

En ese instante, Teth se volvió hacia ella y sus ojos se encontraron sin verse; como si solo se intuyeran pero no necesitaran nada más. Conectados por alguna vía mental desconocida, decidieron a la par conocer el contenido.

Sin vacilar, Teth abrió el libro por la primera página y acercó la tea. La portada interior tenía un título distinto; un nombre complementario que reforzaba al de la tapa:

EL SEÑOR DE LOS DÍAS

Continuó pasando páginas; una fuerza misteriosa fue guiando su mano hasta que se detuvo en la página 72. El encabezamiento comenzaba con un nombre que conocían: «Salomón», y seguía con una hilera de apelativos que a Mel, aun sin saber leer, le produjeron sobrecogimiento.

Respiró hondo y se mordió los labios para no gritar.

Teth recordó un sabio consejo acerca de la magia; una advertencia que Rodrigo nunca se cansó de repetirle:

«Existe una magia elevada que no debes tocar, bajo pena de convertirte en esclavo. Hay caminos que no se deben andar y nombres que es mejor jamás pronunciar si no estás protegido por la sabiduría ancestral; una ciencia siempre negada, fuente de todas las compensaciones»

Se volvió de nuevo hacia Mel y pareció pedir permiso para empezar. Ella se puso tensa como si intuyera lo que venía a continuación.

Leyó en voz alta. El eco de su voz reverberó entre las paredes del túnel y provocó en Mel una sacudida.

*Baal
Barbatos
Asmodeus
Astaroth
Focalor
Forneus*

...

No quiso escuchar más. El terror que sintió, hizo que se despertara dando un alarido y bañada en sudor.

Teth despertó con un ataque de pánico y escuchando de nuevo, aunque en esta ocasión, como si fuera un aviso de apremio, otra machacona frase que le robaba el descanso:

«¡No hay lugar para dos!»

XL

EL SEÑOR DE LAS MOSCAS

Aún no había cantado el gallo cuando aporrearon una y otra vez la puerta de Catalina. Los golpes eran insistentes y repetitivos, tanto, que la anciana despertó preocupada.

—¿Quién vaaa...?

Esmeralda continuó aporreando.

—¡Abra, por favor! A Mel le ocurre algo extraño, y no sé qué hacer ni a quién más acudir...

Catalina abrió tapándose los oídos y rogó que entrara; las gotas de lluvia se colaban impulsadas por el viento y le daban en la cara. Una vez dentro, cerró de un portazo.

—Vamos a sentarnos —suspiró— y me cuentas.

Esmeralda refutó su ofrecimiento. —Mejor que venga usted. Mel tiene un ataque de pánico.

—¿Un ataque de pánico?

—Está acurrucada en un rincón... temblando.

—Está bien, está bien. Deja que me abrigue y voy.

Mel estaba encogida en una esquina de la habitación con la cabeza entre las piernas; cuando abrieron la puerta, ni la levantó. Estaba temblando y gemía entrecortadamente como si le faltara el aire.

Esmeralda corrió a su lado y la abrazó con ternura.

Catalina la siguió e intentó agarrarla de las axilas para ponerla en pie, pero le faltaron fuerzas y desistió.

Leonor y Manuela se desvelaron con los fuertes gritos y se presentaron también en la habitación.

—¿Podemos ayudar en algo...? —se ofreció Leonor.

Catalina se volvió y aprovechó para presentarse:

—No sé si les habrán hablado de mí... pero por si no, me presento: mi nombre es...

—Catalina... —se anticipó Leonor.

—Nos han hablado de usted —añadió Manuela—. No mal, por cierto.

—Me alegro de conocerlas... Ambas están encantadas de tenerlas. ¿Saben lo que ha ocurrido?

A Leonor y a Manuela les cayó bien la anciana; aparte de las dos parejas y ella, nadie las había llamado de usted.

—No tenemos ni idea —contestó Manuela.

—Parece un ataque de histeria —repuso Leonor.

—Está asustada... —las informó Esmeralda—. Y se ha despertado gritando. Apuesto a que es otra vez ese sueño de mierda.

Catalina se sintió mal por no haberla escuchado antes.

—Pidió contármelo y le di largas. No sabía que era un sueño tan devastador.

Esmeralda intentó que no se sintiera culpable.

—No es culpa de nadie... Hasta esta noche no le había ocurrido nada parecido. El sueño debe haber ido a más...

—¿Conoces detalles de la pesadilla? porque es mucho más pesadilla que sueño, por lo que veo.

—Es mejor que lo cuente ella.

—Está bien. Esperaremos a que se calme.

—Nunca estaré calmada —replicó Mel sin levantar la cabeza.

—Si no te relajas, la que pagará será la criatura —dijo Leonor a modo de aviso—. Esto no es bueno para tu...

Mel levantó la cabeza y la miró desafiante.

—¿Acaso crees que puedo controlarlo? —espetó.

—Inténtalo al menos —la exhortó Manuela.

Catalina tomó su mano y la animó a ponerse en pie.

—Cuéntame qué te ocurre —propuso con voz melosa mientras la abrazaba con ternura.

—Es largo y difícil de creer. No lo entendería.

—¿Acaso no tenías pensado contármelo?

—Creí que serviría de algo, pero...

—Prueba a ver...

—Tengo que ir a ese bosque...

Catalina le dio un beso en la frente.

—Espera al menos a tener a la criatura —la aconsejó.

—¿Y luego qué? Qué más da llevarla en brazos o en la tripa. Es casi mejor así.

—Pero con emociones como esta, puedes perderlo...

—Y si no descifro el sueño, también. De todos modos estoy perdida.

Esmeralda intentó consolarla.

—Vamos, Mel, no digas eso. Todo se arreglará.

—Es posible. Pero solo si voy al bosque.

—Sí que te ha dado fuerte. Aun así, pienso que debes parir primero. Parece que no te importe ese ser que lleva tu sangre.

—Mi sangre y a saber la de quién más...

—¿Cómo? —exclamaron todas a la vez.

—¿Es que no es hijo de Federico? —barruntó Leonor achicando los ojos.

Esmeralda carraspeó y la animó a quitarse la carga.

—Si tienes algo que contar, ahora es el momento.

Catalina las animó a dejar el tema.

—Creo que debéis dejar de atosigarla. No creo que sea el momento. Si tiene algo que decirnos, no dudéis que así lo hará. Pero cuando esté preparada.

—¡Pues yo no pienso igual! —explotó Esmeralda.

—Tú más que nadie —insistió Catalina.

—Nos hemos criado juntas —le explicó la muchacha, dolida—. Creo que si ha estado con otro, debería haberse sabido en el clan; el padre tiene que ser de uno de ellos. —Se llevó las manos a la cabeza y gimoteó—: No puedo entender, y mira que lo intento, cómo es que habiéndose follado a un gitano y sabiéndose preñada, engañó a todos los que confiaban en ella, especialmente a mí... Y por no mencionar a Federico, claro.

—¿Qué es lo que más te molesta: qué haya estado con otro, que fuera con un gitano... o que no

te haya contado nada? —la instigó Manuela—. ¡Aclárate, hija!

—Me molesta que sea tan cerda...

—Háblale bien a tu amiga —la amonestó Catalina.

—A la puta de mi amiga, querrá decir...

Manuela y Leonor brincaron a la vez.

—Eeeeh, cuidado con esa lengua —la avisó Leonor.

Manuela puso los brazos en jarra y la inquirió:

—A estas alturas, ¿qué tienes tú contra las putas?

Ahora fue Esmeralda la que puso los brazos en jarra.

—Pero si vosotras también os llamáis putas—clamó.

—No es lo mismo cuando lo decimos nosotras...

—¿Vais a callar de una vez? —intervino Mel.

—Cuando me lo expliques —contestó Esmeralda.

—No puedo explicarte nada —repuso Mel.

—¿Ah, no...? Pues que me lo explique tu chocho...

—No he estado con nadie más. Era una forma de...

—A mí no me engañas —la cortó Esmeralda.

Catalina se interpuso para poner paz.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —propuso.

—¿Y quedarme con las ganas de...

—¡Exacto! —la cortó la anciana—. Quedándote «con»

—Que piense lo que quiera... —dijo Mel—. No puedo decir más. Y volviendo al tema que ha desencadenado la discusión, es necesario para mí volver al bosque. Todo ha empezado allí, y allí están las respuestas y debe acabar.

Esta vez nadie intentó disuadirla.

—Antes de sacar los dientes —dijo Catalina— ibas a contarnos tu sueño... Te vayas o no te vayas a ese bosque, creo que deberías contárnoslo.

—¿Cree en demonios? —la sorprendió Mel—. ¿Ruth, su hermana, sí que creía, no?

—¿Quién es Ruth? —preguntó Manuela.

—Me has quitado la pregunta de la lengua —añadió. Leonor.

Catalina se vio forzada a dar una explicación.

—Mi hermana.

—¿Tiene una hermana en Roncesvalles?

—Mi hermana murió asesinada. Y sí, en Roncesvalles estaba cuando la mataron...

—Era la anciana que hallaron muerta en el puesto de antigüedades —les explicó Mel—. Se llamaba Ruth.

Catalina miró a Mel con gesto inquisitivo.

—¿A qué viene lo de mi hermana?—le preguntó.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Todas queremos saberlo —dijo, mirando a las otras.

Mel tomó aire y lo soltó como si quemara.

...—A que yo también he visto al diablo.

—Me estás dando miedo —la recriminó Esmeralda.

Manuela y Leonor se miraron pasmadas.

—¿Que has visto a quien? —exclamaron a dúo.

—Deberías especificar más —la animó Catalina.

—Cuando esté segura de lo que me ocurre, convéncese de que lo haré. Algo me dice al oído que en ese bosque hallaré todas las respuestas. Allí está el principio y el fin de todo. Si hubiera hecho caso a Federico, ahora los dos vivirían.

—No digas tonterías —la cortó Esmeralda—. A nadie más que a mí le duele que ya no estén con nosotras..., pero todo el mundo muere por una causa o por otra. ¿O acaso les pediste tú que salieran en aquel momento? Es el destino... un destino de mierda, pero el destino...

—Ese día era mi destino, no el de ellos. Murieron por mi culpa y me salvaron. Quien fuera, me quería a mí. No puedo decirte más, lo siento.

—¿Que te querían a ti? ...¿Que no puedes decir más? ¿Me estoy perdiendo algo?

—Sí. De hecho no pude ver al agresor porque tenía la cabeza dentro de un saco que él me puso... Y sí, también te estás perdiendo algo, pero es por el bien de otros. Si yo pudiera contarte...

Esmeralda quedó unos segundos pensativa.

—Ahora comprendo tu preocupación —dijo—. Si yo fuera tú, empezaría a soltar la lengua. Porque, si eres tan importante para quien sea, hasta el punto de matar a dos inocentes por ti, ten por seguro que lo volverá a intentar.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Mel—. Intenté decirte que lo que vaticinó Tomás era cierto, y no lo creíste.

—¿Quién es Tomás? —preguntó Catalina.

—Un adivino —explicó Mel—. Él recomendó que la solución era que nos fuéramos de aquí. Si lo hubiésemos hecho...

Catalina no la dejó acabar.

—Si lo hubieseis hecho, hubierais llevado a otra parte el problema. Yo lo vi en tus ojos, mi hermana también, y ahora nos sales con ese adivino. Tres son multitud, hija... Creo que voy a llevarte a ese bosque. Y cuanto antes nos vayamos, mejor que mejor. —Se volvió a Esmeralda y le dijo a modo de consejo—: Y tú hija, más vale que tengas más fe en ti misma y te espables.

Esmeralda alzó las dos cejas y puso los brazos en jarra.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, intrigada.

Catalina meneó la cabeza como si le doliera tener que decírselo.

—Es difícil tener confianza en uno mismo cuando las cosas salen como salen, lo sé... pero tú has dejado que los acontecimientos se te suban a cuestras y te atrofien. Eres, y te lo digo porque lo leo en tus ojos, una buena mujer... Sí, ¡mujer! Lo ocurrido con tu vida últimamente, te quitó esa luz que irradiaba una medio niña, medio adolescente y te ha hecho madurar de golpe. Tienes un don, hija mía, y sé que lo sabes... Aunque lo tengas adormilado dentro de tu mente, sigue vivo y en cualquier momento despertará.

—¿A qué se refiere? —preguntó Leonor.

—Ella tiene el don de la videncia, pero el caso es que, o lo tiene dormido, o no lo sabe... Esto último es bastante improbable; veo en sus ojos que lo ha utilizado, aunque a ella no...

—¡Eso es verdad! —la cortó Mel—. Echa las cartas y lee la mano. A mí me enseñó ella.

—Lo tuyo es distinto, Mel. Tú tienes una fuerza en tu interior, que no sé muy bien de dónde viene, pues nunca había visto algo así; es una energía que en teoría debería no existir. Y cuando cuentes tu sueño, quizá entendamos un poco de ella.

Mel estaba estupefacta.

—Ahora sí que estoy perdida... —vaciló.

—Ya te encontrarás.

—¿Que ya me encontraré?

—Mira, hija, yo tengo un carro y puedo llevarte a ese bosque con todas las garantías... incluso podemos dormir en él, pues el tiempo acompaña. Pero antes de eso...

—¿Antes de eso, qué...? —inquirió Mel.

—Pues que antes de eso tienes que contarnos el sueño que te quita el sueño.

Todas rieron. Mel permaneció dubitativa.

—Parece absurdo, pero es cierto... La felicito por ello, es usted muy ingeniosa —afirmó convencida.

Catalina le agradeció el cumplido con un guiño.

—Valga su ocurrente contrasentido... —matizó—. A veces una paradoja da más luz a un pensamiento, que su lógica más pura.

—¿Qué es una paradoja? —preguntó Manuela.

—Un contrasentido con más sentido que aquello que contradice.

Manuela la miró con cara de idiota.

—¿Qué ha dicho...?

Todas volvieron a reír. Ninguna había entendido, más no era cuestión de hacer un manifiesto de ignorancia. La solución consistía en esperar a que la vieja se lo explicara y asentir con un clásico: ¡«claro, es evidente, ya lo sabía»!

Las cuatro tuvieron la misma ocurrencia; en el fondo, la palabreja les sonaba, pues en alguna ocasión la habrían escuchado... Pero en pocas... tan escasas, que si llegaron a medio entenderla en alguna, ya no lo recordaban.

Pero Catalina no estaba para explicaciones y las dejó a todas con la duda. Miró a Mel y la apremió.

—Y ahora, risas aparte, ¿qué me cuentas? Empieza...

—Ha dicho que si se lo cuento...

Catalina acabó por ella.

—Nos vamos al bosque, sí...

—¡Mañana! —recalcó Mel.

—Esa es mi oferta... Pero solo si tu lengua me pone al día, las ruedas de mi carro se pondrán a girar...

El rostro de Mel se iluminó.

—No sé a qué esperas —la animó Leonor.

Mel permaneció reflexiva unos segundos.

—Sí que le interesa el sueño... —dijo, extrañada.

—Tanto como a ti contarlo... Mi hermana murió por haber visto al diablo... ¿quién te dice a ti que no morirás por lo mismo?

Mel notó algo frío deslizarse por su espalda. Era sudor helado y pareció decidirla a compartir con ella el peso de sus pesadillas.

Todo ocurre en una cueva —comenzó... ¡Siempre!

El carro se detuvo frente a la cabaña de Melissende. Mel y Esmeralda ayudaron a Catalina a apearse.

En cuanto esta tocó el suelo, se pinzó la nariz y aulló.

—¡Vaya peste...! —exclamó—. Parece la misma boca del infierno. —Dio una vuelta por las ruinas poniendo a trabajar su instinto y paró junto a lo que fue el cobertizo.

Las lluvias y nieves de las dos últimas décadas no habían conseguido llevarse del todo el hedor a

chamusquina que quedó tras el incendio, y su esencia, una pestilencia con efluvios a madera y carne calcinada que enrarecía el aire dificultando la respiración, se mantenía en la atmósfera y parecía retar a los años, persistiendo con su insoportable tufo, como advertencia de que en aquel espacio siniestro también habían visto al diablo.

Esmeralda no tardó en taparse la nariz.

—Aquí flota algo raro —dijo—. El aire está podrido.

—Si solo fuera el aire... —masculló Mel a su vez.

—Es uno de esos lugares que guardan memoria de su ocaso —dijo Catalina cerrando los ojos—. Aquí se puede tocar la tragedia... La muerte aún no ha abandonado este lugar funesto.

—Miró al suelo y añadió—: Estamos sobre un cementerio.

Las dos dieron un brinco como si el suelo quemara.

—¿Cómo puede saber eso? —preguntó Esmeralda.

—¿Está segura...? —se extrañó Mel.

—Solo el tiempo ha pasado. Su fetidez se ha quedado a vivir, haciéndole compañía a los despojos humanos que están enterrados justo ahí... —Señaló el lugar que estaba pisando y añadió—: bajo tus pies hay una tumba; un foso común que alberga varios cuerpos. Sí, hija, estás pisando una sepultura.

Esmeralda dio otro bote.

—Me está asustando! —exclamó.

—Y no es para menos —repuso Catalina, tensa—. Yo misma me siento incomoda en este sitio...

—¡Déjelo ya! —reaccionó Mel, suspicaz—. Eso es tan difícil de saber, como qué ocurrió en realidad.

—Un incendio —le aclaró Catalina.

—Eso es fácil de adivinar. —Miró a su alrededor—. A lo peor no se ve lo suficientemente claro... —añadió con sorna.

—¿Tú crees? —ironizó también Catalina.

—¡Claro que sí...! —replicó, convencida—. Murieron abrasados, pero es lo único que podemos vaticinar. No es algo tan extraño... incendios hay muchos.

—En eso tienes razón, hija, abrasados fueron. Pero ya estaban muertos cuando los quemaron.

—¿Cómo puede saber eso?

—Ya os he dicho que aquí hubo una tragedia. En este lugar mataron a tres o cuatro... cuatro, más que tres.

—La carta no decía nada de eso...

—¿Qué carta?

—Demasiado largo para explicarlo ahora. Pero repito que no mencionaba ninguna matanza.

—Pues te la menciono yo...

—No quiero pensar que el lugar en el que nací, es una maldita tumba.

—¿Aquí naciste?

—Este fue mi primer hogar... —Miró a los árboles—. Y esa es la arboleda por la que huyó mi madre.

—¿Quieres decir que a este lugar tan fúnebre, llegó tu madre con un bombo como el tuyo, y que tras tenerte, se largó por ese bosque?

—Eso es... conmigo. Pero antes no era fúnebre.

—¿Y no tienes ninguna sensación rara? Porque corres el riesgo de estar reviviendo el asunto.

—No lo sé. Me está confundiendo...

—¿A qué te refieres?

Mel inhaló y exhaló como si aquella conversación tan funesta, comenzara a cansarla.

—¿Pero cómo no voy a notar nada —espetó—, si me acaba de decir que nací en una tumba?

Esmeralda también se estaba poniendo nerviosa.

—Será mejor que salgamos de aquí... cuanto antes lo hagamos, más ganaremos —propuso.

—Está bien —aceptó Catalina desoyendo a Esmeralda—, asumo que lo que he dicho puede haberte influido para... en fin, no sé...

—¿Puede...? —explotó Mel—. ¿Cómo que puede? Ya lo creo que puede... ¡Me ha influido hasta el fondo!

—Pero de lo que no hay la menor duda —continuó la anciana—, es de que tú también estás preñada, y cómo si la historia se repitiera, vas a entrar en ese bosque.

—Eso es verdad... —admitió Esmeralda.

—Será mejor que nos tranquilicemos todas —propuso Catalina. Miró a Mel y agregó—: Y no tomes lo que digo tan al pie de la letra... yo no he dicho que nacieras en un cementerio, todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario, dice?

—Sí. Naciste en un lugar a todas luces excepcional... que más tarde se convirtió en cementerio.

Esmeralda intentó poner fin a la polémica y preguntó a Mel:

—¿Y ahora que estamos a aquí, qué es lo siguiente?

Mel miró hacia el bosque, pero no dijo nada.

Catalina se aclaró la garganta y habló por ella:

—La idea era entrar a ese bosque... ¿no?

—Eso es... —admitió Mel—. Presiento que entre sus tripas se encuentra la respuesta a todas mis preguntas, así como la cura de todos mis miedos. También un castillo... Siento algo especial en el estómago cuando piso este sitio y lo tuve también la vez anterior... pero es que cuando vi la fortaleza, y eso que solo la vi de lejos, tuve las mismas vibraciones; una sensación extraña... como si ya hubiera estado allí. Sé que es de locos, pero...

Catalina aprovechó la pausa para aclarar sus carencias físicas.

—Todo eso está muy bien... —admitió—, ¿pero acaso os habéis fijado en mí? ¿No iréis a creer que voy a entrar con vosotras en esa selva, verdad? Yo ya he cumplido...

—¿Te da miedo el bosque? —le preguntó Mel.

—A mi edad ya no le tengo miedo a nada, pero eso es lo de menos.

—¿Entonces?

Catalina, despacio, se dio una vuelta completa como si estuviese exhibiendo su anatomía.

—¿Dónde voy yo con este cuerpo? —ironizó.

—Tiene razón —admitió Esmeralda—. Ella no puede meterse ahí. Está...

Catalina acabó por ella, dándole un toque irónico.

—Vieja... Estoy vieja para estas «excursiones».

—Quizá no tengamos que adentrarnos mucho —dijo Mel—. ...Es posible que las respuestas estén más cerca de lo que pensamos. No deben estar lejos de la cabaña.

—Querrás decir, de lo que piensas tú. Yo ahí no entro ni loca... mis piernas no podrían aguantar ese terreno tan abrupto... Aquí os espero; tengo un carro con alimentos, agua y ropa para abrigarme... Hasta pasto para las mulas, veo... Vamos que lo único que no tengo son fuerzas.

Mel resopló como si no lo entendiera.

—¿Y ya está servida, no...?

—A mis mulas y a mí nos sobra. No necesitamos nada más.

Mel resopló de nuevo y negó con el dedo.

—No podemos dejarla sola... lo siento pero no.

—Yo me quedo con ella —propuso Esmeralda—. Al fin y al cabo, ¿qué hago yo ahí dentro...?

—¿Cómo que qué haces?

—Sí... ¿qué hago? Además, qué quieres que te diga... le tengo mucho respeto a los bosques...

Y a ese más.

Mel suspiró mirando al cielo y objetó:

—Perdonad por pensar que no me dejaríais sola...

—Pues si de verdad has venido con preguntas acerca de un sueño que solo has soñado tú —dijo Catalina—, la solución solo la descubrirás tú... Quizá sea mejor así; sin compañía sentirás que esos árboles están vivos y cuentan historias que ni te imaginas... El miedo y la soledad que ahora sientes, transformarán tus preguntas en respuestas; respuestas para las que posiblemente no estés preparada.

—En eso estoy de acuerdo.

—Nosotras no nos moveremos de aquí... —la informó Esmeralda—. Si te ocurre algo, grita...

Mel la miró como si no pudiera creerla.

—¿Y para eso os he contado yo mi sueño? ¿Para eso, para que me dejéis sola a la buena de Dios?

—Precisamente —replicó Esmeralda—. No sé dónde, cómo ni qué respuestas encontrarás ahí dentro... pero del tipo encapuchado, no quiero saber nada...

—¿Entonces, es eso...? Miedo puro y duro.

—¡Pues claro que es miedo! —intervino Catalina.

Mel cruzó los brazos y suspiró.

—Y usted también tiene miedo, claro... Lo de que sus piernas no estás para estas historias...

La anciana exploró con la mirada los alrededores de la cabaña y suspiró, desanimada. Después levantó el índice a la vez que se aclaraba la garganta.

—Mira, hija —le dijo—, si estas piernas estuviesen en su punto, aprovecharía para salir corriendo. No imaginas lo tétrico que me parece este lugar. Y en cuanto al tío ese de la cueva, ¿qué quieres que te diga? No tengo palabras.

Esmeralda asintió repetidamente con la cabeza.

—Me lo ha quitado de la lengua —corroboró.

—Yo lo he dicho primero —ironizó la anciana.

Mel se convenció de que de allí no las movía y miró a Esmeralda como si se sintiese traicionada. Luego ojeó las huellas que conducían hacia los primeros árboles y sintió un temblor en las piernas. Sin añadir nada más, comenzó a caminar hasta que el bosque pareció tragársela.

—Ten cuidado, hija, ten cuidado —susurró la anciana viéndola perderse entre la espesura—. ...Y que Dios esté a tu lado y te ayude a encontrar lo que buscas, antes de que lo que buscas te encuentre a ti.

Esmeralda tampoco la perdió de vista hasta que al fin se desvaneció entre las sombras. Se volvió a Catalina y se percató de que ella también la miraba.

—¿Cómo dices...? —exclamó Esmeralda.

—Nada, hija... cosas mías.

Esmeralda se volvió hacia el bosque.

—¿Crees que esto servirá de algo —preguntó—. Yo...

Catalina no la dejó acabar.

—¿Tienes tus dudas, verdad?

—Dudas y miedo —confesó—. A partes iguales.

—Yo estoy más tranquila ahora.

—¿Y eso...?

La anciana soltó una fuerte risotada y dijo sin parar de reír:

—A ver si encuentra ya de una vez la respuesta a sus preguntas —dijo con una pizca de ironía—. Ha repetido tanto y de forma tan machacona esa frasecita, que hasta yo deseo que todo se aclare para no oírla más.

Soltó otra carcajada y la imitó con voz atiplada:

«*Tengo que ir a ese bosque. Presiento que en él están las respuestas a todas mis preguntas*».

—¡No se burle! —rió también Esmeralda—. Conozco bien a Mel, y sé que actúa así cuando tiene miedo... Él miedo la domina por completo y se repite como un loro. Lo hace desde pequeña. Su manera de convencerse a sí misma de lo que sea, pasa por convencer primero a todos los que la importan de verdad para que una vez convencidos, la convenzan a ella de lo que no se siente capaz de convencerse por sí misma... El problema de que esta vez se haya repetido tanto, es porque ninguna le hemos dado el placebo que necesitaba oír para descargar esa presión que la atormenta. De seguir aquí... lo habría dicho unas cuantas veces más, puede estar segura.

—Veo que la conoces bien.

—Mucho. Somos como hermanas. Por eso sé que está preocupada Teme encontrarse con lo que no busca. Yo sé que aunque lo disimule, algo lleva tiempo quitándole el sueño. Nunca he visto tanto miedo reflejado en sus ojos.

Catalina suspiró y le puso su mano en el hombro.

—A esto me refería cuando dije que tenías una fuerza dormida en tu interior, hija, a esto... Tienes un poder del cual deberías servirte. ¡Despiértalo! Ese conocimiento del comportamiento humano que me acabas de demostrar es la prueba; tus deducciones acerca de la conducta de Mel, son solo una pequeña parte de un todo que se esconde en algún rincón de tu mente.

Esmeralda hizo una mueca y encogió los hombros.

—Desde niña me gustaba leerle la mano a la gente.

—Algo así imaginaba.

—¿Ah, sí...?

—Claro... Estoy convencida aunque sé que tú no, del gran poder que tienes. Sé que estás capacitada para curar la mente con palabras. Y también sé que tu amiga Mel te va a necesitar más que nunca.

Esmeralda frunció el ceño, sobrecogida.

—¿A qué se refiere?

—A que lo que ha salido a buscar... la está buscando a ella desde hace tiempo... mucho tiempo.

—¿Y por qué no se lo ha dicho a ella?

—Sí se lo he dicho. Tiene que encontrarse a sí misma.

—¿A sí misma? ¿No es eso una contradicción?

—Sí y no. Ese sueño tiene mal encuentro, no obstante es necesario hacerle frente. Repito que te va a necesitar.

—Me están dando miedo sus palabras...

—No me extraña. También lo siento yo.

—¿Por qué? ¿Hay algo que yo no sepa?

Catalina la miró indulgente y suspiró como si dudara sobre ponerla al corriente de lo que

pensaba; no preocuparla más era muy humano pero callar no era una buena idea si se tenía en cuenta el riesgo que corría sin saberlo.

Decidió que a pesar del mal rato inicial sería mucho mejor que fuera consciente de cuanto pudiera acontecerle, pues estar junto a Mel era igual que estar en el cráter de un volcán. Estar alerta no le haría ningún mal.

—¿Has oído hablar de Baal, verdad? —comenzó.

A Esmeralda le sorprendió la pregunta.

—Claro que he oído hablar de él. ¿Por qué?

—¿Y qué sabes, exactamente?

Esmeralda encogió los hombros.

—Tomás lo mencionó cuando Mel le contó su sueño.

—Sí, sí... ¿pero qué puedes decirme acerca de él?

Esmeralda pareció rebuscar entre sus recuerdos antes de responder. Segundos después lo hizo, pero dubitativa.

—Dijo que también era conocido como... No recuerdo cómo, pero mencionó otro nombre... Ni a Mel ni a mí nos sonaba.

—¿Belcebú, quizá...?

—¡Ese! Ese era, estoy segura... Aunque nunca antes lo había oído, sé que era ese.

—Y Satanás..., ¿te suena?

Esmeralda respondió como si la pregunta sobrara.

—Pues claro que sí, es el demonio de toda la vida... de ese todo el mundo ha oído hablar.

—Pues esos tres nombres son de uno solo, hija.

—¿Cómo? No te entiendo... ¿Qué quiere decir?

—Que pertenecen a un mismo personaje... la entidad suprema del abismo. Al menos eso decían los hebreos...

—¿En serio...? —exclamó Esmeralda con voz trémula—. Me está metiendo miedo...

Catalina, no percibió el gran cambio que esas palabras habían suscitado en el semblante de la joven; este había pasado de golpe, de un lozano sonrosado a una extrema y manifiesta palidez. Del todo ajena al preocupante aspecto de Esmeralda, quien no acababa de asimilar la información anterior, miró al cielo y remató con broche de oro:

— También le llamaban: *«El Señor De Las Moscas»*.

A Esmeralda se le escapó un pedo. Tenía las tripas tan encogidas, que no pudo retenerlo.

—¿Te ocurre algo, hija? Te noto suelta...

—¿Que si me ocurre algo, dice? ...¿Y cómo no me va a ocurrir? —Movió el brazo en abanico señalando aquel terreno siniestro y añadió—: ¿Cree que es el mejor lugar para hablarme de demonios?

—Tienes parte de razón, pero dadas las circunstancias y cómo se están desarrollando los acontecimientos...

—¿Qué acontecimientos? ¿Y por qué le llaman así?

—¿Te refieres a Baal? Ya te dicho que los antiguos...

—Llámelo como quiera... —la cortó.

Catalina suspiró hondo y se sentó sobre un tronco que se había librado parcialmente de la quema.

—Como en todo —lo dijo a modo de aviso—, hay un poco de verdad y un algo de mentira... Cuando algo viaja de boca en boca, pierde casi siempre su sentido original; ese toque virginal que lo ocasionó. Se exageraban mucho las cosas... especialmente las que escapaban a la razón y a la

lógica más elemental. Desconozco la causa, pero todas las tribus nómadas necesitaban esa inventiva; esa fantasía que adornaba su historia, y de algún modo immortalizaba su paso por el mundo. La fantasía es la raíz de cualquier leyenda y la cepa de todos los mitos que pululan de aquí para allá magnificados hasta la sinrazón. No obstante se nutren, como las fábulas, de verdades absolutas.

Esmeralda se acomodó a su lado y la animó a continuar. Le gustaba la manera de narrar que tenía Catalina; la transportaba en el tiempo y le hacía revivir las charlas nocturnas alrededor del fuego; unas veladas que solo un hombre como Eric fue capaz de sustituir por amor, y que dada su ausencia, ya empezaba a echar de menos...

—Parece interesante —dijo, frotándose las manos—. Y ya que Mel aún no ha regresado y que me ha metido el miedo hasta el tuétano, sáquelo... La escucho.

Catalina le puso la mano en el hombro y asintió.

—Lo que te voy a contar —comenzó— se remonta a mucho tiempo atrás; según mi familia y las escrituras, al principio de nuestra historia como pueblo libre. Desde la salida de Egipto, el pueblo hebreo estuvo vagando por el desierto durante cuarenta años. Allí los días son cálidos y las noches frías, por lo tanto no es necesario mencionarte que las historias alrededor de una buena fogata eran para la mayoría el pasatiempo preferido.

Esmeralda la escuchaba ensimismada. Asintió.

—En mi clan era parecido —dijo—. Las noches eran el momento ideal para reunirnos y contar historias. Pero no quiero interrumpirla. Siga, por favor...

La anciana se aclaró la garganta y continuó:

—Los antiguos hebreos... mis primeros padres, fueron instruidos y guiados por una sola deidad: Jehová. Este los liberó de la esclavitud en Egipto a través de un guía que tenía por nombre Moisés, quien hacía de intermediario y les transmitía sus mandatos. Entre los muchos preceptos que les dejó, el más importante... el supremo, era el más difícil de acatar para ellos, pues chocaba contra todas las reglas conocidas hasta entonces: el de no adorar a ningún dios aparte de él. Piensa que todos los pueblos conocidos tenían un panteón de dioses, y uno hasta para cagar...

—Eso sí lo había oído. En el clan somos creyentes y...

—Por eso —la interrumpió Catalina—, por ese afán y dedicación exclusiva, exaltaban a su Dios por encima de cuantos hubieran, describiendo a las demás deidades, de modo que parecieran tan malignas y horrendas como les fuera posible. Era su forma de demostrarle fidelidad a su Dios; una fidelidad absoluta y sin fisuras, que este exigía por encima de todos los demás preceptos. Y bajo esa idea tallaron la imagen de Baal, uno de los dioses del panteón filisteo: con cuernos enroscados, peludo como un animal y tan negro y repugnante como un murciélago.

Esmeralda arrugó a la vez el cejo y la nariz.

—¡Qué asco! Entonces... ¿todo lo que se cuenta acerca de Baal, es mentira?

Catalina negó con la cabeza.

—No del todo, hija. No del todo...

—Pero si acaba de decir que se reían de su aspecto... Nadie se burla del aspecto de aquel a quién teme...

—En eso tienes razón, hija. Quizá fuera ese el motivo que les llevó más tarde a adorarle. Que le temían.

—Ahora lo entiendo menos...

Catalina asintió con la cabeza y añadió:

—Incluso Salomón, un rey al que todos reconocían de manera unánime; incluso los demás pueblos, como sabio, acabó renegando de su Dios y rindiéndole culto.

—¿Ese no es el del sueño?

—Exacto, hija, exacto... Y aquí es donde todo parece estar enlazado. Tenemos a Salomón... un misterioso libro negro... el número 72; número exacto de demonios que Salomón sometió para la construcción del templo... y por supuesto, a Baal: El Señor De Las Moscas.

Esmeralda quedó pensativa y objetó:

—Todavía no me ha dicho por qué le llaman así...

Catalina suspiró y puso los ojos en blanco.

—Perdona, hija, se me ha ido la cabeza... A veces digo y cuento cosas que nada tienen que ver con lo que toca.

—No pasa nada —la disculpó Esmeralda—. Todo era muy interesante... —Se remangó y le mostró el brazo—. Mire mi piel. Parece la de una gallina.

La anciana sonrió agradecida y continuó:

—Como ya te conté, Baal era un dios perteneciente al panteón de los filisteos. Sus adoradores hacían sacrificios animales pero también humanos, y dejaban que su carne se fuera pudriendo en los templos. Eso atraía a las moscas y fue lo que propició su...

—No siga, por favor... —suplicó Esmeralda, sintiendo que se le revolvían las tripas—. ¡Qué asco! Es increíble...

—No tan increíble, hija, no tanto, si pensamos que las moscas podrían estar rondando nuestras vidas...

A Esmeralda se le erizó el vello de todo el cuerpo.

—¿A qué se refiere? —preguntó con voz trémula.

La anciana miró al bosque y meneó la cabeza a la vez que suspiraba. Señaló el lugar exacto por el que desapareció Mel y dijo a modo de súplica:

—Esperemos que El Señor De Las Moscas nunca salga del sueño de tu amiga.

—¡Ya estamos! ¿Qué quiere decir con eso?

—Eso significaría que no se han encontrado.

Esmeralda se mordió el labio y permaneció pensativa.

—¿Y qué le hace pensar que están buscándose? —dijo al fin—. ¿Y qué tiene que ver con ese tal Baal...? ¿Cómo has llegado a esa conclusión tan absurda?

La anciana, meditativa, se frotó las sienes y suspiró.

—¿Recuerdas el papiro que cayó del libro? —dijo por respuesta.

—¡Pues claro que lo recuerdo! ¿Cómo iba a olvidarlo?

—¿Y recuerdas las últimas palabras de mi hermana?

—Si sigue así, va a acabar conmigo... Tanto misterio no es bueno para mi corazón.

—¿Las recuerdas, o no?

La joven entrecerró los ojos y quedó pensativa.

—Algo así como que había visto al diablo... ¿no?

—Sí. Pero no dijo exactamente eso...

Esmeralda resopló, nerviosa. Catalina la sacaba de sus casillas cuando le daba tantas vueltas a las cosas.

—¿Ah, no...? —Suspiró hasta que se le hincharon los mofletes y chascó la lengua—. ¿Y qué dijo?

—Dijo: «Hoy he visto al diablo».

—¿Y en qué cambia eso...?

—En todo, hija, en todo... Porque ese «hoy» fue el día de su muerte.

Esmeralda sintió frío en la espalda y se puso tensa.

—Algo se me escabulle —confesó—. Intuyo, aunque no imagino qué, que no me cuenta todo lo que sabe, cree saber o se imagina... porque también puede que todo sea cosa suya. —Hizo una pausa y añadió—: Pero volverme loca le sale muy bien, que lo sepa usted... Nadie excepto usted ha conseguido jamás que se me revuelvan las tripas cada vez que abre la boca... —Se llevó la mano al vientre y añadió, mordiéndose el labio inferior—: Me inquieta que en esta ocasión sea algo más...

La anciana soltó una risotada.

—Pues suéltalo ya, porque como esperes a después...

—¿Cómo que...? ¿Qué quiere decir?

—A que te cuente lo que se me está ocurriendo...

—¿Y qué se le está pasando por la cabeza?

La anciana se humedeció los labios con la lengua y se removió sobre el tronco como si le picara el culo.

—En un principio lo pensé, pero me pareció cogido al vuelo y decidí no preocuparos.

Esmeralda resopló, cada vez más exasperada.

—¿Preocuparnos por qué...? —Lo dijo arrastrando las palabras, como si le diese miedo oír la respuesta.

La anciana se aclaró la garganta.

—Hace solo un momento, me has hecho tres preguntas, de las cuales la última era: ¿qué tiene que ver Baal en todo esto. ¿Cierto?

Esmeralda asintió, curiosa.

La anciana continuó:

—Y la primera: que cómo había llegado a esa conclusión... ¿Voy bien?

Esmeralda asintió en silencio. Tenía la preocupación pintada en la cara y la boca como un trozo de desierto.

Catalina le puso la mano en el hombro y le dio palma ditas. Luego acarició su mentón y preguntó:

—¿No dices nada? Tienes mala cara. Te veo inquieta.

Esmeralda la miró a los ojos e intentó explicárselo:

—Más que inquieta, yo diría que...

—¿Cagada, verdad? —la cortó—. Te noto tan tensa... se diría que tienes el culo encogido... No te lo hagas aquí, eh...

—¿Me lo dice en serio...?

—Es una broma, mujer... —Hizo una pequeña pausa y continuó la conversación por donde la había dejado—. Yo estaba pensando —dijo sin dejar de acariciarla—, que «Elevato», el libro que guardaba el papiro, no fue elegido por casualidad... Sé cómo era Ruth, y no me cabe en esta cabecita que Dios me ha dado, que hiciera eso al azar.

—¿Y a qué viene eso ahora...?

—¿No querías saber qué pinta aquí Baal?

—Sí, claro... Pero no entiendo nada.

Catalina se humedeció los labios carraspeó.

—Pues ahí va: «Elevato», como ya dije, hace mención a la transmigración del alma de un cuerpo a otro.

—¿A dónde quiere llegar?

—Estoy convencida de que mi hermana dejó el papel en su interior, como mensaje para quien

lo encontrara... En un principio pensé que el libro pudo sugestionarla, y que el tema en cuestión la llevó a escribir aquello... Pero después de darle vueltas y conocer el sueño de tu amiga, creo que fue al revés... primero escribió esa nota y luego buscó el libro apropiado para depositarla. Ruth tenía una forma de actuar muy especial cuando intuía algo; viera lo que viera o a quién viera, en ese instante supo que la iba a matar... Y eso no es todo, hija. Eso no es todo.

Esmeralda no sabía cómo asimilar toda esa información.

—¿Aún queda más? —dijo, alzando las dos cejas.

—Recuerdas de qué trataba «Elevato», ¿verdad?

—¿A qué viene esto ahora...? Lo hemos hablado hace un momento. No se repita, por favor...

—Pero quiero oírlo de tu boca.

—Iba de la peregrinación de un alma desde un cuerpo a otro... ¿contenta? —dijo con voz temblorosa y sin saber cómo tomarse aquello—. ¿Me va a explicar a qué diablos viene todo esto? ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque el único demonio con poder para hacer eso, es Baal. El Señor De Las Moscas. El Señor Del Abismo. El Señor De Los Ejércitos. El Innombrable...

En ese preciso instante, el viento pareció detenerse de forma repentina y las mulas se removieron inquietas; sus relinchos resonaron en el claro entremezclándose con el aullido de un lobo que surgía desde la espesura y rompía la quietud del lugar; un lugar tan siniestro, que segundos antes podía haber pasado por un cementerio.

La anciana esperó a que las bestias se tranquilizaran y a que el bosque se tragara aquel reverberante aullido que parecía romper nervios y oídos, para ponerle broche a su escalofriante discurso, pero en cuanto abrió la boca, una fuerte brisa se levantó de repente, seguida del estridente y ensordecedor rugido de un trueno que pareció venir en relevo del lobo como si se hubiesen puesto de acuerdo y tuviesen por cometido ahogar una palabra... una palabra tan siniestra como concisa que colgaba en los labios de la vieja, esperando su momento para saltar, y que lo hizo al mismo tiempo que su feroz estampido, poniendo la nota lúgubre al momento y llegando a los oídos de Esmeralda, con la misma fuerza y brutalidad que su fiero estallido:

—¡Satanás!

Fue pronunciar aquel nombre, y un trueno secundado por un rayo pareció romper el cielo.

A Esmeralda se le quedó la cara desencajada.

Esta vez, no fue un pedo.

El violento sonido del trueno, acompañado de una ráfaga fulgurante que pareció incendiar los oscuros nubarrones que encapotaban el cielo, se clavó en sus cinco sentidos y la hizo tambalear, perdiendo el equilibrio.

Se puso en pie y, decidida, avanzó despacio ignorando la tormenta. Caminaba sin prisa y con mucha cautela, sin embargo, tras ese caparazón de prudencia y gallardía que parecía salirle por cada poro, sentía verdadero terror. No obstante, sin contar con eso ni atender a su deseo de salir corriendo, algo parecía obligarla a continuar.

Giró la cabeza y examinó el terreno colindante, pero nada llamó su atención que mereciera la pena; el paisaje le parecía idéntico a cualquier otro. Solo árboles.

Suspiró hastiada de andar y ojeó el cielo; disponía del tiempo necesario para seguir un poco más, pero estaba ya cansada; tanto como deprimida, y empezó a aceptar muy a pesar de intentar evitarlo con todas sus fuerzas, que la deseada incursión en el bosque, en la que depositó todos sus anhelos y esperanzas, no estaba resultando ser lo que imaginó en un principio.

Agotado el optimismo, llegó a la conclusión de que las respuestas que tanto ansiaba encontrar, continuarían allí, riéndose de ella y ocultas entre los árboles.

Se dejó caer sobre la hierba y posó su cabeza sobre las hojas esparcidas como una alfombra en la tierra húmeda que absorbía el agua de lluvia que colaba muy lentamente desde una loma medio escondida entre la vegetación.

Aquello la llevó a deducir que, de forma inconsciente, había estado ascendiendo hacia la zona más elevada, algo insólito tratándose de alguien como ella, considerando el avanzado estado de su preñez y el desconocimiento total del terreno que pisaba.

Volvió la cabeza y observó el sendero imaginario que la había conducido hasta allí; en realidad no era ninguna vía abierta sino por ella misma, que había ido rompiendo ramitas colocándolas en sitios estratégicos para recordar el camino de regreso. Había hecho eso infinidad de veces cuando era niña, jugando a esconderse entre la maleza y entre los árboles.

Entonces, algo llamó su atención. Parecía un pequeño promontorio cubierto de maleza. A simple vista, nada en él parecía distinto al terreno colindante, sin embargo un lote de troncos apilados unos sobre otros parecían cubrir uno de sus lados; el que se hallaba en descenso.

Se preguntó quien había cortado y amontonado todos esos troncos para nada; los leñadores, imaginó que no.

Sintió curiosidad y se puso en pie sin dejar de mirarlo; en posición erguida le parecía distinto y llamaba menos la atención; pensó que de no tumbarse, quizá le hubiera pasado inadvertido.

Se acercó con cautela pensando que podría tratarse de la madriguera de algún animal y comprobó que no, que era la entrada de una cueva; quizá, pensó, era el refugio de quien la había resguardado con los troncos.

Con la mano de visera, observó su interior a través del resquicio abierto entre dos troncos y quedó sobrecogida; esa cueva no había visto un alma en muchísimo tiempo; excepto las ratas y demás alimañas, hacía años que nadie había vivido allí, si es que alguna vez lo habían hecho.

Sintió curiosidad y se decidió a ver mejor el interior.

Convencida de que entraba en terreno de nadie, quitó troncos hasta hacer hueco para su cuerpo y avanzó unos pasos hacia el interior, alzó el brazo y comprobó que era un túnel, pues el techo era muy bajo y tallado en la roca en forma de arco. Tocó la piedra y sus dedos se humedecieron de un líquido negruzco. Imaginó que se debería al humo de las antorchas, y eso la llevó a plantearse nuevas preguntas; la más importante: a dónde conducía.

Preguntándose estaba, cuando un trueno hizo temblar la roca; allí dentro el sonido se magnificaba y rompía los oídos. Ella también tembló; el miedo también se ampliaba en aquél antro oscuro y tétrico. No obstante no corrió a la salida a pesar de que el vello se le había erizado tanto debido al estruendo, que hasta pinchaba.

Sin saber la razón, sintió fuertes deseos de continuar... Era una sensación extraña, pero aquel agujero tenía algo; un no sé qué, pensó, que evocaba en ella alguna vivencia pasada... o quizá soñada. Sus ansias de adentrarse hacia lo desconocido eran más poderosas que el miedo.

Entonces, como si no pudiese ser de otro modo; como si ella misma la hubiese llamado con el simple hecho de asociarla, su pesadilla vino a su mente, guiada por alguna fuerza superior; una fuerza que traía con ella cada una de las imágenes que soñó; una fuerza que la incitaba a andar sin parar alejándola de la boca, que parecía tragársela de forma gradual con cada paso que daba. Pero la escasa luz que entraba desde el exterior, también iba menguando a medida que penetraba, y nada veía más allá de sus pies o de las ratas que debía ir sorteando.

Como si la misma fuerza la detuviera, paró en seco y se volvió a la entrada; no había avanzado apenas y la luz era ya tan poca para continuar, que la obligó a desistir.

Dio la vuelta y de manera inconsciente puso su mano de visera para que la luz del fondo no la cegara.

Entonces, algo llamó poderosamente su atención.

Avanzó unos pasos y tocó la roca húmeda... una roca que destacaba en la pared debido a una llamativa grieta.

Introdujo la mano como pudo y hurgó hasta acariciar algo; un objeto que últimamente se había vuelto para ella muy familiar: un libro.

Era ya tarde cuando entró en el claro y apenas abandonó el bosque divisó la hoguera. Sentadas cerca de la fogata, y con una perola calentando algo que desprendía un aroma exquisito por toda la zona, Esmeralda y catalina parecían debatir, dado que gesticulaban acaloradamente.

Se apercibieron de su presencia cuando la tuvieron al lado, y como si fuese algo previamente acordado, ambas se pusieron en pie al mismo tiempo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Esmeralda—. ...Cuando comenzó a tronar, temí que te hubiese ocurrido algo.

—¿Cómo andas de apetito? —le preguntó Catalina.

—No he probado bocado desde que me fui. Ni moras.

—Pues estás de suerte, hija. Esto ya casi está...

—Huele bien... ¿Qué es?

—Caldo caliente con pan y ajo. También tengo vino.

—Pues yo tengo otra cosa —dijo, orgullosa. Y mostró el libro—. ¡Mirad lo que he encontrado...! Mi pesadilla se ha hecho realidad... ¿No os parece extraño que el libro de mi sueño exista? Me da hasta miedo pensarlo.

Catalina puso los ojos como platos y casi se lo quitó de las manos. Si sus ojos hubieran podido agrandarse más, lo habrían hecho en cuanto vio el título con letras grandes y rojas, pero a su frente no le quedaba margen y sus cejas no podían elevarse más.

—¡Palingenesia! —exclamó. Lo abrió por la primera y arrugada página y, tras leer el título complementario, las observó de una en una—. ¿Alguien siente curiosidad por saber lo que pienso de todo esto?

—¿Y a qué espera...? —exclamó Mel. Se la comían los nervios y no podía estarse quieta.

Catalina levantó el índice y comenzó:

—¡Uno! Si el libro de tu sueño existe, ese sueño no es realmente un sueño.

Mel puso cara de idiota y exclamó:

—¿Cómo que...?

—¡Dos! —la cortó—. Si el libro es real y el del sueño, de lo cual no existe duda, el resto de la pesadilla; coro y encapuchado incluidos, también deben serlo...

—Entonces... —dedujo Mel, dubitativa—. Esa cueva donde lo encontré...

—Es forzosamente la de tu sueño... aunque la hayas visto diferente —la interrumpió una vez más—. Y de eso se deduce que todo transcurre en esta región.

Mel miró a Esmeralda y arrugó el entrecejo.

—Qué casualidad que...

Catalina la dejó de nuevo con la palabra en la boca.

—¡Y tres! Constatado que todo es real y que ocurre en esta zona, me agrego a los que vaticinan que tu vida está en peligro. Estoy segura de que alguien te está buscando.

—¿Usted también? —exclamó Mel.

—Yo también. Y lo extraño es que tú aún lo dudes...

—Pienso lo mismo —apuntó Esmeralda.

—Y no es para nada bueno... —añadió Catalina—. El tipo que te aconsejó que te fueras de aquí, no iba errado.

—¡Demasiado tarde! —se plantó Mel, decidida—. Si no recuerdo mal, usted misma dijo que huir sería igual a llevarse el problema a otra parte.

—Eso es cierto —admitió—, pero cuando dije eso, no sabía que en este caso estaría involucrada la magia negra. ¿O acaso piensas que lo de tu sueño es una casualidad? La cosa está peor de lo que pensaba; eres víctima de trabajos de alta magia... Quizá, ni deberías volver a Roncesvalles.

—¿No estará exagerando?

—¿Piensas que exagero? Mira hija, a estas alturas ya no me extraña nada... hasta estoy segura de que este libro fue puesto allí a propósito para que tú lo encontraras... de ahí el sueño y su insistencia noche tras noche... hasta que por fin has dado con él. Y sí me apuras, cuélgalo el libro de mi hermana en el lote y me quedo tan ancha. Vamos, que ya no creo que en esto haya nada que sea casual. El problema es... qué viene a continuación.

—¿Qué quiere decir?

—¿Ya has encontrado el libro, no es así? ¿Cuál será el siguiente paso? Porque no dudes que lo habrá...

Esmeralda la escuchaba ensimismada.

—¿Hay que entender —dijo— que el libro de tu...

La anciana no la dejó acabar. Como si le adivinara el pensamiento, la cortó, tajante:

—¡Sí!

—¿Cómo puede estar tan segura? —intervino Mel.

La anciana se afinó la garganta y se lo mostró como si ellas pudieran interpretar lo escrito.

—¡Comprobadlo!

—¿Se burla? —exclamaron a la vez.

—Trata de algo similar a «Elevato» —explicó—. Diría que se complementan. A estas alturas, ya no creo que los libros hayan aparecido porque sí... Es más, creo que todo está medido y calculado para llegar a un fin... Lo que nos interesa averiguar es qué fin... y estoy convencida de que cada libro guarda una parte de la misma respuesta. Cada tomo completa al otro como si formara parte del mismo.

Las muchachas se miraron entre sí y luego se volvieron hacia ella con la duda esculpida en sus semblantes.

—¿En qué...? —preguntó Mel elevando los hombros hasta las orejas—. ¿Es posible tanta casualidad...?

—Eso... ¿en qué? —atacó Esmeralda a su vez.

—Sobre eso hablaremos luego —respondió Catalina... Ahora nos centraremos en este título más pequeño. —Lo mostró apoyando el índice y paseándolo desde la primera hasta la última letra—. Este segundo título es muchísimo más curioso —aseguró, guiñando un ojo. Después miró a Esmeralda, dando la sensación de que se lo decía a ella.

—¿Quiere soltarlo ya...? —suplicó Mel mordiéndose las uñas. Sabe que no sabemos leer...

Catalina se remojó los labios con la lengua y carraspeó un par de veces para crear ambiente.

Esmeralda y Mel no entendían a qué tanto rodeo y la instigaron a que se explicara de una manera más clara.

—Dígallo de una vez, mujer... —la apremió Mel.

—Pero para que la entiendan los tontos... —suplicó Esmeralda.

—Está bien... —accedió—. ¿Estáis preparadas?

Ambas asintieron con la cabeza.

Miró a Esmeralda, le hizo un gesto de complicidad y soltó a bocajarro:

—«El Señor De Los Días».

A Esmeralda se le escapó otro pedo.

XLI

UN HOMBRE DE HIELO

Adriano, manos atrás y cabeza alta, caminó despacio y con gesto serio ante la hilera de hombres que lideraba. Si la arrogancia tuviese un nombre se llamaría como él.

—El que nos paga —comenzó, desperdigando la vista de punta a punta de la fila—, me ha trasladado la orden de ponerlos al día en cuanto a vuestro cometido... —Hizo una pausa para ver la reacción de sus hombres, carraspeó y continuó—: Y como no me gusta repetir las cosas, os lo diré solo una vez. —Hizo otra pausa y repitió el paseillo ocular; disfrutaba como un adolescente cuando soldados como los que tenía ante él, forjados en guerras y curtidos por la cara dura de la vida, le rendían pleitesía; someter a los hombres era una afición que le venía desde la niñez y que se había esmerado en perfeccionar año tras año y al tiempo que su fama de duro y despiadado fue creciendo.

La tropa, firme, mirada al frente y a la expectativa de cuanto decía y de sus movimientos, le buscaba disimuladamente por el rabillo del ojo, preguntándose si aquello no sería una broma macabra, y cómo es que habían caído tan bajo, aceptando seguir bajo el mando de un pigmeo.

Pero Adriano era un tipo inteligente, y a pesar de su escasa estatura, el liderazgo no le venía grande; ese cargo era el resultado de un intelecto nada común.

Como si adivinara sus pensamientos, voceó de modo que todos le oyeran:

—¡Que pongan el brazo en alto aquellos que piensen que la vida es injusta!

Todos sin excepción alzaron el brazo.

—Imagino —continuó— que cualquiera de los que os halláis aquí habéis conocido la cara oculta de la vida. Sin embargo y a pesar de vuestro infortunio, si os comparáis conmigo, tendréis que aceptar que quizá la vida no os ha tratado tan mal, pues, después de todo, habéis nacido con cierta ventaja. Supongo que todos habéis pensado que un hombre que apenas os llega a la cintura, no está lo que se dice capacitado para daros órdenes, ¿cierto? Sed sinceros, no me molestaré por ello.

Nadie abrió la boca.

Adriano sonrió como si fuese la reacción que esperaba y continuó:

—He dicho que podéis decir lo que pensáis, porque es algo natural, ya que no me conocéis... razón por la cual, esa idea inmerecida por mi parte; ya lo comprobaréis con el tiempo, no deja de tener su razón de ser... Acepto que tiene fundamento. —Lo decía mirando al suelo sin dejar de dar pasitos al compás de sus palabras; como si las unas dependiesen de los otros. Cuando acabó, alzó la testa con altivez y paseó la mirada de uno en uno como si calibrara el efecto de su charla—. ¿Alguna pregunta? —añadió—. Si alguien tiene dudas, es el momento de exponerlas.

Nadie abrió la boca.

—¿Ninguna, eh? —Se aclaró la gola y continuó—: Mi lengua materna, como ya sabéis, es el italiano...

Todos asintieron como si les hubiese preguntado. A él le agradó comprobar que permanecían

atentos a cuanto les decía; pensaba que poner interés era muy importante.

—Pero con vosotros haré una excepción —añadió—. No es cuestión de que interpretéis mal mis órdenes. Así las cosas, si me oís expresarme en italiano, podéis sonreír alegres, pues nada de lo que oigáis os atañe. Sin embargo, si es al contrario, prestad atención y no dudéis de que os esté dando órdenes directas. —Volvió a pasear la mirada por la hilera y matizó—: Por lo tanto: italiano igual relax y al contrario, igual tensión. ¿Alguien no ha entendido?

Ninguno dijo esta boca es mía, pero todos pensaron lo mismo: que el enano que tenían de jefe alardeaba de un complejo de grandeza para el que no le daba el cuerpo.

—Bien —continuó Adriano—. Una vez todo aclarado y en orden, pasaremos a lo que de verdad importa. Antes de mí, vuestro anterior jefe dejó un trabajo pendiente... una tarea que el señor Sancho desearía ver solventada, y cuanto antes mejor. Por lo tanto nos centraremos en ella y procuraremos ganarnos su confianza y nuestro salario.

Apuntó a dos de ellos con el dedo; los más grandotes.

—Vosotros permaneceréis siempre de guardia junto a la puerta de quien nos paga, vigilaréis la casa y alrededores y os turnaréis hasta para mear... Lo último que desea un mercenario es que le ocurra algo al que llena su tripa y su bolsa. —señaló a otros dos y añadió—: Vosotros dos os quedaréis en las puertas de la finca para evitar visitas de extraños; nadie debe poner un pie en la hacienda sin que yo lo sepa. El resto vigilará la casona del muro y a los labriegos. No me importa cómo os repartáis el trabajo ni tampoco los turnos, pero quiero todos los puestos con el debido control, día y noche. Yo elegiré qué días podéis ir a Roncesvalles a relajarnos y hasta qué punto. Así es que si no os importa, a portarse como soldados... Podéis ir cada uno a lo vuestro.

Los hombres rompieron filas y se desperdigaron.

—¡Una cosita más...! —exclamó Adriano tocándose la frente.

Todos se volvieron a una; sentían curiosidad por saber qué podía habersele quedado en el buche.

Cuando tuvo la atención de todo el grupo, se explicó:

—No os he preguntado vuestros nombres... no por ser descortés, sino porque prefiero veros como a números. El truco consiste en no sentir apego por nadie... Este trabajo nuestro es así de inhumano; de este modo se sufre menos con las bajas. Para mí, solo sois carne.

Se miraron preguntándose sin palabras si merecían el castigo de ser despreciados hasta el punto de ser tratados y tenidos como «carne». Solón siempre se hizo temer sin necesidad de ningunearlos o envilecerlos hasta rebajarles al nivel de las bestias, y no le fue tan mal... O al menos, eso pensaban mientras miraban embelesados a Adriano, el enano que parecía haber venido a revolucionarlo todo.

Como si estuviesen guiados por un mismo pensamiento, intuyeron sin esfuerzo la razón de que al canijo se le conociese por el apodo de «El cruel». A pesar de conocer bien las secuelas que la guerra deja por donde pasa, y que endurece sin compasión a quienes tienen la desgracia de, como ellos, vivirla en primera fila, nunca sintieron nada igual con respecto a quienes luchaban a su lado, cubrían sus espaldas y hasta morían haciéndolo. Aquel déspota despertaba la aversión y el aborrecimiento de cualquiera que tuviese la desgracia de cruzarse en su camino.

—Eso es todo por ahora... —concluyó Adriano—. No me lo tengáis muy en cuenta... la frialdad de un corazón empieza por la cabeza; por una cabeza que no siente. Eso ahorra disgustos y lágrimas, podéis creedme... Y aclarado esto —continuó— entended que no desee saber cómo os llamáis... Ni se os ocurra dirigiros por vuestros nombres, ni a mí ni entre vosotros estando yo presente... Para mí solo sois chicha, recordadlo... y eso debéis seguir siendo.

Todos se miraron desconcertados por las ocurrencias de aquél enano sin corazón; un tipo

diminuto que había irrumpido en sus vidas con la fuerza de un torbellino que arrasaba sin piedad cuanto encontraba a su paso... Sabían con certeza que esa bestia que tenían por jefe no conocía barreras, especialmente después de que pusiera sus cartas boca arriba, y que si no se guardaban de su furia ilimitada, acabarían formando parte del caos que iba dejando a su paso... lo sabían y se lo comunicaban unos a otros con una simple mirada... una mirada que gritaba más fuerte y alto que el alarido del miedo que les invadía.

La voz autoritaria de Adriano pareció sacarles de sus letargos mentales; si algo había conseguido el enano con su verborrea era que todos pensasen a una y en la misma dirección.

—Ordenad que preparen mi caballo... Estaré ausente un par de días —añadió a modo de aviso—. Vigilad todas las entradas a la finca. —Alzó la cabeza y miró hacia una de las ventanas de la planta superior de la fortaleza—. El trabajo consiste en proteger a quién paga, pero eso nunca debe ser impedimento para vigilarle también a él; nunca se sabe del todo con quien tratamos y debemos estar tan alerta a sus movimientos como al de cualquier enemigo...

Uno de ellos levantó el brazo pidiendo la venia, pero no se atrevió a decir esta boca es mía, tal era la turbación que infundía el enano, y esperó a que este le diera voz.

—Tú dirás... —le dijo en tono seco.

El mercenario carraspeó a la vez que miraba hacia la ventana, tragó la saliva que el miedo había acumulado en su garganta y consiguió decir, aunque con voz de pitillo y entrecortada:

—Perdone usted, jefe, pero el señor Sancho nunca ha sido para nosotros un...

—El señor Sancho —le cortó— es como todos los que he tenido la desgracia de conocer hasta hoy... —Repasó al resto de uno en uno con la mirada—. No olvidéis los consejos que voy a daros, pues son los que me dieron mis maestros y los que me ayudaron a sobrevivir: no existe mayor enemigo que un antiguo amigo del cual lo sabes todo y ya no te necesita... Por supuesto estoy usando el ejemplo de un amigo lejano, pero todo el mundo tiene la desgracia de tener alguno. No olvidéis que son los peores y más potenciales. Aclarado esto, huelga deciros que hay que vigilar al que tenemos delante, pero sin perder ni un ápice de vista al que tenemos detrás aunque aparente ser nuestro aliado. ¡Hay que mirar hasta con el ojo del culo!

Todos le escuchaban embelesados, reconociendo para sus adentros que aquel pigmeo tenía carisma y sabía bien cómo captar la atención de quienes le escuchaban, pero a pesar de eso permanecieron callados, calibrando quizá el poder de sus palabras.

La voz autoritaria de Adriano pareció despertarles del aturdimiento en el que él mismo les había embutido.

—¿Alguna pregunta?

Los hombres se miraron entre ellos esperando que el atrevido de turno rompiera el hielo, pero ninguno quiso abrir el melón.

—Bien —remató Adriano—. Pues preparadme el jaco y seguid mis órdenes a rajatabla, ¿entendido? —Miró la ventana de Carlos de Marena alias Sancho y repitió:

—Y recordad: ¡hasta con el ojo del culo!

XLII

ÁNGEL Y DEMONIO

La noche estaba clara y las estrellas parecían multiplicarse en el cielo semejando un hervidero de luz mágica y envolvente. La había visto así tan pocas veces, que tuvo la sensación de que no era real... de que se trataba solo de un esparcimiento de su mente.

Desde el torreón del castillo, todo le parecía diferente, casi irreal... las vistas con la selva como fondo eran como un regalo del cielo, pero que sin embargo provocaba una emoción extraña en él; una inquietud parecida al miedo.

Se tumbó en el suelo, boca arriba, y continuó disfrutando del espectáculo celeste; un espectáculo tan grande y luminoso que le hacía sentir insignificante.

Recordó a su madre y se preguntó si alguna vez logró sentir lo que él sentía cuando se encontraba allí, Anué le dijo que era una joven muy instruida y que sabía valorar y apreciar la belleza, pero por lo que también le contó, la vida la puso a prueba tan joven y ya madre, que quizá no le dejó tiempo para dejarse volar desde donde se encontraba; un lugar privilegiado desde el cual, en las noches claras, podía sentir la fuerza de la luna y del universo en todo su esplendor; una fiesta de luz con poder para abrir caminos nuevos en la mente de quien tuviese la fortuna de contemplarla. Desde allí, pensó, se podía tocar a Dios.

Se preguntó asimismo si Dragan habría disfrutado de ese espectáculo, y no le quedó la menor duda; alguien como él, amo y señor de aquel castillo, soñador y buscador del bastón de la vida, jamás habría pasado por alto algo como lo que tenía ante sus ojos: la luz madre de todas las cosas.

Cerró los ojos e intentó sentir toda esa fuerza colgante dentro de él; dejar que le invadiera hasta el tétanos... Sin embargo no encontró la concentración necesaria, la que otras veces le permitió rozar esa sabiduría plena que solo los elegidos encuentran... llevaba tiempo preguntándose qué le ocurría para sufrir esa parada de datos mentales, y no hallaba respuesta; era como si fuese cayendo despacio pero sin pausa, en un pozo sin fondo que le anulaba día a día y parecía devolverle a lo básico.

Se preguntó una vez más, lo hacía a menudo, si sería una de las consecuencias de poseer El Bastón; la vida sin fin tendría forzosamente que tener ciertas condiciones, y aunque hasta el momento no hubiera dado con ellas, era impensable que no las tuviera; tanto, como imprescindible que pudieran explicarse con pura lógica... la ciencia universal, de eso estaba seguro, se justificaba día tras día a través de sendas sin nombre pero no por ello sin guía... una hoja de ruta invisible a los ojos pero no a la mente, y con un tutor en la sombra que ayuda a llegar al destino.

Convenciéndose de que hallaría la respuesta, abrió los ojos y dejó que sus pensamientos madurasen poco a poco y sin presión; eso le tranquilizó hasta el punto de evocar la figura de Leonor; de ver su rostro en cada estrella y sus ojos chispeantes en cada rayo de luna, de desear tocar su boca, sus pechos, su cuerpo, como nunca antes lo hizo; la pensaba cada día y cada noche desde el alba al crepúsculo... Nunca antes había deseado tanto estar dentro de una mujer, y nunca antes encontró tanto impedimento.

Un ansia incontenible hizo que diera un hábil brinco y decidiese hacerle una visita. Aunque arriesgarse a que vieran su rostro representase un peligro, no tenía fuerzas para negarse una noche junto a ella; una noche que ya se perfilaba en su mente y en sus sentidos, inolvidable.

Adriano detuvo su caballo junto al descampado, se apeó de manera teatral ante los pocos transeúntes que estaban reunidos en corrillo charlando animosamente junto a sus carretas, y se dirigió con paso decidido hacia el burdel.

Cuando empujó la puerta de doble hoja, atrajo hacia sí las miradas de todos, pues al primer golpe de ojo daba la sensación de que las había abierto el aire, pero sus gestos se tornaron en sonrisas cuando atisbaron la silueta de un niño que entraba con paso firme y se dirigía a una de las mesas que se encontraban libres.

Manuela envió a una de las muchachas a expulsarle y continuó escanciando vino y cerveza en las jarras; había mucha clientela aquella noche; clientela de paso que, al igual que cada año, llegado el buen tiempo, se animaba a echarse al camino y colmaba todos los pueblos emblemáticos de las rutas hacia Santiago.

—Dile a ese mozo que este lugar no es para él, anda.

—Pobrecito —dijo la muchacha—. Apenas se le ve el flequillo cuando está sentado... la mesa es más alta que él y... en fin, que se le pueden dar capones con las tetas...

—Anda, ve y dile que se vaya... —la cortó— antes de que alguno de esos necesitados decida convertirlo en su juguete de esta noche.

Al rato, la muchacha volvió con el gesto cambiado.

—¿Qué ocurre? —se extrañó Manuela—. ¿No puedes con un niño?

—No es un niño —dijo la chica—, es un enano, y de muy mala baba. Se ha sentido insultado por la confusión. Y además habla raro... muy raro.

—Está bien, pregúntale que va a beber y se lo llevo... O mejor déjalo, ya le atiendo yo —replicó, curiosa.

Mientras esperaba, Adriano atisbaba cada rincón de la sala y del mostrador... la información que tenía acerca de la chica era como para no equivocarse: pelirroja, pecosa, ojos verdes y un cuerpo monumental que no daba lugar a la menor duda; era poco menos que imposible encontrarse a otra igual... al menos en Ronesvalles.

La voz de Manuela le arrancó de su ardua tarea.

—¿Qué va a tomar tan distinguido caballero...? ¿Vino, quizá? ...Tengo un magnífico vino que no deja indiferente a nadie. También tengo unas mujeres que harán que la velada permanezca en su memoria durante largo tiempo. Son hembras despampanantes que hacen milagros con el necesitado de calor humano... ¿Lo está usted?

Adriano se llevó el pulgar al pecho como si le hubiera insultado.

—¿Che se sono che...? —exclamó, burlón.

Manuela decidió seguirle el juego.

—¿Qué le ocurre a su lengua?

Adriano suspiró como si le hubieran echado un cubo de agua fría en la cabeza. Intentó, como siempre, hacerse el interesante, pero con Manuela no le funcionó.

—¿Qué si estoy qué...? —claudicó, hastiado.

—Necesitado —repitió Manuela—. Si es así... está en el lugar adecuado.

Adriano le echó un vistazo a los pechos y sonrió.

—E al momento giusto —completó.

—Cuando se trague el hueso, me lo repite...

Adriano apretó los dientes. No podía con ella.

—He dicho que: «y en el momento adecuado».

—Es posible... —admitió ella—, pero para empezar a disfrutar de ese «momento», ¿qué va a beber?

Adriano no podía apartar los ojos de su escote.

—Quiero beberte a ti. Sorber esos pechos que asoman entre tu escote y verte gemir como nunca lo has hecho...

Leonor no pudo evitar soltar una risotada. Ese enanito no parecía tener complejos. Pusó los brazos en jarra y sus pechos parecieron ir a salirse del escote... igual que al bueno de Adriano los ojos de las cuencas.

—¿Vino o cerveza? —preguntó, suspirando.

—Odio el vino. Tráeme birra... os beberé a las dos.

Esta vez Manuela sí le entendió. Muchos peregrinos y viajeros usaban esa palabreja. Pero continuó como si no le entendiera.

—¿A mí y qué más...? —preguntó, aguantando la risa.

Adriano perdió los nervios y la compostura. No cabía en su cabeza, que una prostituta jugara con él; porque si de algo estaba seguro con cada palabra que ella decía, era de que estaba jugando... y lo que era peor, ganando.

Se puso en pie para poder darle un puñetazo a la mesa y exclamó con toda su rabia:

—¡Cerveza, joder...! ¡Cerveza!

—¡Aaaaaaah, bueno! —exclamó Manuela—. Ve como no cuesta tanto decirlo como Dios manda...

—Tráela, anda... Después ya te daré yo a ti...

—¿Cómo ha dicho...?

Adriano respondió sin quitarle ojo a su escote.

—Tú trae la cerveza... Luego —rió con sorna— ya...

—Se te ve muy seguro de ti mismo. —le cortó ella.

Adriano acercó una vela que estaba en el centro de la mesa y se bajó el calzón, mostrando orgulloso su enorme miembro.

—Acércate y dime. —La invitó moviendo el índice.

Manuela le echó un vistazo disimulado y suspiró.

—¿No dices nada...? —insistió Adriano, arrugando las cejas, la frente, la boca y todo lo arrugable de su rostro.

Manuela lo miró de nuevo y le cambió el semblante... aquello destacaba como un rayo de luz en la oscuridad y parecía tener vida propia, pues crecía sin parar mientras agachaba la cabeza para verlo mejor, y con cada pulgada que se le acercaban sus pechos. Pero no era tan ciclópea.

Adriano resopló como si no pudiera entenderlo.

—No te veo yo muy entusiasmada... —dijo—. ¿Acaso te ha decepcionado mi empuñadura?

—No está tan mal, no... —admitió Manuela—. Hace un curioso contraste con usted. Quizá sea eso...

Adriano no supo cómo tomarse aquella crítica untada de cumplido, pero se mordió la lengua y simuló no haber captado la ironía. Levantó el pulgar y añadió:

—¿Hay mai visto un membro piu grande del mío?

—Mire que es terco... ¿Pero qué ha comido...? Pruebe otra vez, ande... Dígalo al derecho.

Adriano resopló y rectificó a regañadientes.

—¿Alguna vez viste una polla tan grande como esta?

A Manuela le entraron ganas de reír pero se contuvo; no quería herir los sentimientos del enano ni menospreciar su desmedida petulancia, pero se lo estaba poniendo difícil. No obstante se abstuvo de darle su opinión.

—Te he hecho una pregunta, mujer —dijo, soberbio. Estaba acostumbrado a dar órdenes y exigía que todos las acataran sin rechistar; incluso cuando no tenían sentido. Tanto endiosamiento apestaba no sentándole nada bien a Manuela, quien se clavaba las uñas intentando no perder la cortesía. Sin embargo no dijo esta boca es mía, y eso, al bueno de Adriano, le encabritó aún más.

—¿Te has quedado sorda y muda de golpe? Vaya puta que estás tú hecha... ves una verga en condiciones y...

Manuela no resistió más y reventó.

—¿De verdad quieres saberlo...? —exclamó, poniendo los brazos en jarra.

—No, mujer, no... yo ya lo sé. Lo que quiero es oírlo de tu boca. Anda cariño, dame tu opinión sincera... ¿Has visto alguna polla más grande que la mía, sí o no?

—He visto pollas más grandes que tú —espetó ella.

Adriano puso cara de sorpresa y se miró el miembro.

—Si lo dices para ofenderme, te adelanto que no vas a conseguirlo —murmuró muy bajo y visiblemente airado, sin apartar los ojos de su instrumento—. Nadie nunca, se ha atrevido a menospreciar esta joya.

—Pues ya lo ves. Hay una primera vez para todo. Y lo de joya, uf... qué quieres que te diga...

Adriano entrecerró los ojos y meneó la cabeza como si no lo entendiera. Pero se recuperó, prometiéndose que se lo demostraría de otra forma. Se olvidó momentáneamente del motivo que le había llevado allí y propuso:

—¿Y qué te parece si pasamos un ratito juntos?... Así podría presentártela. Por el dinero no te preocupes. —Se hurgó en el calzón, extrajo una bolsa de cuero y volcó un montoncito sobre la mesa.

A manuela se le pusieron los ojos más grandes que las monedas... Hasta la minga del enano empezó a parecerle más grande.

Teth saltó del pescante y se dirigió hasta los aledaños del tugurio, revisó el callejón trasero por la parte que daba a las habitaciones de la planta alta, y desde la zona oscura, comprobó que la de Leonor no estaba iluminada.

Se acercó con sigilo hasta el muro y trepó por él como una lagartija, procurando no hacer ruido.

Leonor estaba agotada. Se despidió de las chicas y se fue a descansar; las veladas eran agobiantes en aquella época del año, y aunque llenaran la bolsa, se hacían interminables.

Tomó uno de los cirios que colgaban en la pared de la escalera y prendió con él otro que llevaba, antes de abrir su alcoba.

Aún no había cerrado la puerta, cuando una mano tan cálida como una noche de verano surgió por detrás, y sin previo aviso tapó su boca mientras otra le apagaba la vela con dos dedos.

El miedo inicial se transformó en calma en cuanto los inconfundibles efluvios de esa mano alcanzaron sus fosas nasales; en ese momento sus temores se convirtieron en deseo y su cansancio se transformó en vigor. Se volvió de golpe y abrazó al hombre que tenía a su espalda mientras este

la arrancaba el vestido, la tomaba entre sus brazos y llevaba en volandas hasta el catre.

Sudoroso, exhausto y buscando aire, Adriano se bajó del torso de Manuela... lo hizo literalmente y desapareciendo entre el cuerpo de ella y las sábanas. Sonrió orgulloso de sí mismo y contento por haber aguantado cada envite de ella; tanto lo estaba, que hasta pensaba repetir alguna vez. Nunca sintió nada igual con otra hembra, además de no oír de sus labios ni una mísera palabra de adulación o exaltación de su hombría; más bien todo lo contrario, fue la única que osó poner en entredicho su «tamaño» viril.

Manuela recuperó el aliento y le miró sonriente.

—No has estado mal, canijo... —dijo, acariciándole la frente y retirándole el sudor—. Ahora tengo claro que el tamaño no es tan importante.

A Adriano se le arrugó hasta la minga... le parecía tan ambiguo aquél comentario, que no estaba seguro de si se trataba de un elogio o una burla. En un principio le pasó por la cabeza pedirle que fuese más explícita, pero como sabía que era una maestra del sarcasmo, no se atrevió. No se le iba sin embargo de la cabeza el tamaño al que hacía alusión, pues tanto su cuerpo como su miembro servían para la ocasión.

—Lo de «canijo» sobra —recalcó, molesto.

—Lo he dicho con cariño —le desdijo ella alzando los hombros—. Además, qué quieres que te diga... lo eres...

Adriano fue a protestar, pero no le dio tiempo.

—Eres tan retaco como grande en el amor —rió ella.

—Eres experta en hablar sin decir nada... —susurró a su oído—, pero estoy seguro de que para ti, todo es como un juego; un juego en el que reconozco que eres genial... Aun así, me rindo a tus encantos de mujer. Para mí eres especial... ¡única! Creo que nos veremos más veces.

—¿Lo dices en serio?

Adriano le guiñó un ojo y asintió a la vez que alzaba los hombros.

—¿Qué le voy a hacer...? —dijo en tono derrotado—, me gustan los grandes retos... y tú eres uno de ellos.

Manuela acarició su pecho y, muy despacio, deslizó la mano hacia su ombligo y masajeó su vientre hasta que su miembro estuvo de nuevo a punto. Adriano dejó escapar un gemido y se puso otra vez encima.

—Lo dicho —repitió, entrando en ella con un certero golpe de cadera—, eres uno de mis grandes retos.

Manuela le envolvió con las piernas y se dejó llenar.

Leonor y Teth se encontraban sin aliento, pero con pocas ganas de dar por terminada la sesión; ambos buscaban en el otro, o eso parecía, la esencia más pura de un amor sin futuro, dadas las circunstancias, pero tan intenso y lleno, que Teth supo muy a su pesar, que no soportaría que ella desapareciera de su vida; apenas la conocía, sin embargo estaba atado a ella, a su mente y a su cuerpo... tan atado, que los latidos de su corazón se habían acoplado al ritmo del de ella, tocando a la par la música de una pasión sin límites desmedida y alocada... una pasión sin frenos y sin ataduras, que sin embargo les amarraba más fuerte que la soga más gruesa; una pasión tan grande, que hasta olvidó que, por encima de todo, debía ocultar su rostro.

Leonor buscó sus labios y se embutió en ellos echando hacia atrás la capucha que le cubría; fue

solo un segundo, pero al retirar la cabeza, los rayos de luna que se colaban a través de la ventana iluminaron parte del semblante de su misterioso amado; unos rasgos que, a pesar de la débil iluminación, parecieron chocar contra sus ojos, haciendo que su mente sufriera un colapso.

Fingió no haberle visto y se tumbó con disimulo.

Teth se dio cuenta de que estaba descubierto, pero al no observar nada extraño en Leonor, se la puso de nuevo y se echó junto a ella.

—Tengo que levantarme —le dijo ella—. Manuela se queja cuando no estoy al cierre. Puedes esperarme aquí...

No tardaré mucho; duerme si quieres.

—¿Crees que es buena idea que amanezca a tu lado?

—Creo que es buena idea verte y revertir cada minuto de cuantos días me queden por vivir... te necesito...

—Lo dices muy segura... ¿No te estarás precipitando?

—Nunca he estado tan segura de algo... jamás como lo estoy en este momento. Sin embargo ni siquiera sé tu nombre ni cómo eres... ¿no te parece extraño? Ya lo ves, no tengo remedio. Soy como una niña atrapada entre tus brazos, que ni puede escapar ni quiere.

—Yo sí sé cómo eres tú...

—¿Ah, sí...? —rió Leonor—. ¿Y cómo soy?

—Eres mi mujer...

A Leonor le temblaron las piernas aun sin estar de pie y se le erizó el vello de todo el cuerpo.

—¿Estás divagando, verdad...? —Lo dijo conteniendo la respiración y deseando con todas sus fuerzas que él la desdijera.

Teth permaneció en silencio sin dejar de observarla.

—¿Sí o no? —insistió Leonor con voz temblorosa—. ¿Te burlas de mí, acaso? ¿Dime algo!

La agarró por el hombro y la atrajo hacia su pecho.

—No, no me burlo. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque soy una puta. Estoy con cualquiera que me pague y mi cuerpo es del dominio público.

—Pero tu mente y tu corazón son solo míos. Eso es lo único que importa. Lo noto en tus ojos cuando me miras.

—Pero si ni siquiera te veo; no tengo ni idea de cómo eres —mintió—. ¿Por qué razón no te muestras a mí?

Teth la tomó por la barbilla y la encaró hacia él. Todo lo que ella pudo ver era el brillo de sus ojos refulgiendo en el interior de la capucha. Pero ya conocía sus rasgos y la forma de su rostro; poco más necesitaba.

—Eres un enigma; el mayor que conozco. Pero tanto si pudiera verte, como si no, nada cambiaría... te querría exactamente igual. Ya lo ves, las putas también somos de carne y hueso... nos enamoramos como cualquier mujer y sufrimos por amor. Apareciste como un ángel y...

—¿Y qué...?

—Pues que yo no creo en ángeles y temo que no seas real... A veces pienso que te he inventado yo... que solo vives en mi mente y que tan solo eres una fantasía; una ilusión que me ayuda a sentirme viva y seguir adelante... Sin embargo, cuando te toco y ardes ante mis caricias, sé que de algún modo me perteneces... Sabes, debo estar al borde de la locura; una locura bendita de la que no deseo librarme; no mientras tú existas...

—¿No crees en ángeles pero dices que soy uno?

—Es una forma de hablar... de decir que nunca he visto ninguno... Bueno, aparte de ti; en ti sí

que creo.

Teth acarició sus senos y deslizó sus manos muy poco a poco hasta sus caderas. Después, apretando sus carnes, la montó a pulso sobre él, removiéndose hasta que entró en ella. Era una manera como cualquier otra de decirle y demostrarle sin palabras, que sentía lo mismo que ella... que era su ángel guardián y que siempre la protegería.

Leonor bajaba y subía con cada impulso de cadera que Teth daba, hasta que se derrumbó sin fuerza y sin aliento sobre él. Esta vez fue apoteósico, pues pudo imaginar los rasgos de Teth, sus ojos, su aliento entrecortado, su boca conteniendo gemidos y sus labios húmedos buscando sus pechos y subiendo lentamente hasta encontrar los suyos. Ahora tenía un retrato más o menos vivo del hombre sin rostro que se había apoderado de ella, y notaba un sabor agrídulce cuando le pensaba... un sabor delicioso a la vez que preocupante, que lo cambiaba todo; todo excepto sus sentimientos hacia el hermano gemelo de Mel; hermano que se negaba, a saber por qué extraña razón, a salir de la oscuridad; de una sombra que para ella ya no era.

Sus ojos se desviaron hacia la ventana y permanecieron fijos en la luna. Durante unos segundos, pensativa y en apariencia ausente, pareció perderse en alguna ínsula extraña de su mente y sintió desazón. De forma repentina se sintió incomoda con su descubrimiento, pues era el más ferviente deseo de Mel conocer a su igual, y traicionaría al hombre que más amaba en el mundo, si revelaba su identidad; pues si de algo estaba segura, era de que a él le molestaría perder el anonimato.

Decidió que no lo haría. Jamás traicionaría al hombre de su vida, un ángel de amor que le había mostrado una parte del cielo y amenazaba con enseñárselo todo.

Jadeante, Adriano se dejó caer al lado de Manuela.

Ella le observaba entre sorprendida e incrédula.

—¡Vaya con mi canijillo —dijo, divertida—. Todavía no me lo creo... Te miro y veo a un gigante.

Adriano torció el gesto. No sabía cómo coger aquello.

—Perdona, no lo pillo... Si te estás riendo de mí...

—No, no, no, no... —le interrumpió ella—, si lo digo con el corazón... ¡Eres sensacional! Me parece mentira lo que he sentido contigo... que un ser tan diminuto me...

—Mira... —la interrumpió él—, te advierto que estoy hasta los mismísimos de aguantar tus sarcasmos. Como si no te hubiera oído. Pero si insistes con tus ironías, sí que vas a comprobar el largo y ancho de mi espada.

A Manuela se le fueron los ojos a la pequeña cómoda en la que Adriano había dejado ropa y enseres. Todo era puro desorden; calzones, botas, ropa de abrigo y gorro de lana se hallaban revueltos sobre ella... nada destacaba allí excepto el espadón que, a pesar de la densa negrura que invadía la alcoba, refulgía como plata a la luz de la luna.

—Solo bromeaba —se disculpó—. Perdóname, es mi forma de hablar...

—Te lo perdono mientras lo tengas en cuenta... Ya te he dicho que quiero verte más veces, pero siempre que no me pierdas el respeto.

Manuela hizo un mohín, intentando calmarle.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad que te gusto? ¿Dices que repetirías conmigo?

—Demasiadas preguntas, pero sí... Aunque...

—¿Aunque qué...? —se precipitó ella—. No irás a...

Adriano consideró que el terreno estaba lo suficientemente abonado como para sacar a

colación el tema que le había llevado allí. La miró con cara de pillo y sonrió.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Estoy deseándolo —dijo ella más tranquila.

—Me gustaría hacerlo con dos...

—¿Con dos? Vaya diablillo que estás hecho...

—Pagaré bien... También es imprescindible que una de ellas seas tú —dijo, agasajándola con intención de que no sospechara.

Manuela quedó atrapada en su jugo.

—¿Y cómo te gustaría que fuera la otra?

—Pelirroja... Pelirroja y con muchas pecas. Y con un cuerpo escultural... como el tuyo.

Ni siquiera la calculada lisonja evitó que el semblante de Manuela sufriera un cambio brusco... un cambio que la delató. Se dio cuenta de la encerrona y fingió apatía.

—¡Uf! —Mostró toda la indiferencia que pudo y dijo:

—Lo dicho. Eres un diablillo; un auténtico demonio...

Adriano disimuló como pudo su satisfacción. Era muy difícil timar a un timador. Su treta había funcionado.

XLIII

VOLVER EMPEZAR

La carreta avanzaba despacio por el camino enlodado y las ruedas se atascaban en el barro, disminuyendo así la ya escasa velocidad a la que se movía.

La cabeza de Esmeralda asomó por una de las ventanillas y oteó el panorama.

—Qué día más gris —se lamentó—. No para de llover y apenas se ve a lo lejos.

Como si necesitara comprobarlo, Mel sacó la cabeza y escudriñó a su vez; la cortina de agua no permitía ver el horizonte.

—Tienes razón. Hace un tiempo asqueroso. No se ve un alma en los campos. Todo está tan borroso...

—No tanto. —La voz llegó desde el pescante, y aun a pesar del ruido del agua al chapotear entre charcos, pudo oírse con claridad.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Esmeralda, intrigada y asomándose de nuevo.

—¿No son aquellas vuestras amigas? —Señaló con el brazo como si pudieran verlas desde el interior.

Mel también sacó la cabeza y escudriñó a lo lejos.

—Están tras aquellos árboles —añadió la vieja—. Voy a detener el carro. No es por nada pero, si están aquí con este tiempo y a estas horas, es que algo raro sucede.

Mel las vio al fin y torció el gesto.

—¿Crees que les habrá ocurrido algo...? —Lo dijo sin el menor atisbo de optimismo; estar allí con la que estaba cayendo, no invitaba a pensar otra cosa.

La carreta se detuvo junto a los árboles y Catalina las invitó a guarecerse.

—¿A qué demonios esperáis para subir? —Las animó haciendo una señal con el brazo a la vez que lanzaba un grito a las muchachas—: ¡Haced sitio, chicas!

Una vez acomodadas, Catalina se apeó y se reunió con ellas.

—Podéis empezar —suplicó—. Pero con calma. Si yo estoy en lo cierto, y creo que sí, a estas no les va gustar lo que van a oír.

Las dos miraron a Mel como si se hubiesen puesto de acuerdo, y exclamaron lo mismo y al mismo tiempo:

«¡Ni se te ocurra pisar Roncesvalles!»

XLIV

UNO MÁS EN LA FAMILIA

Varios días de camino acaban por cansar a cualquiera; especialmente a una mujer preñada. Debido a su avanzado estado todos los días con sus noches se convertían en insoportables y el vaivén de la carreta cuando se atascaba en el barro o encontraba piedras constituía ya un peligro para su abultada barriga, que no cesaba de bambolearse y rebotaba con cada bache.

Asomada a la ventanilla y con la mirada perdida en el paisaje agrisado y lluvioso que pasaba ante sus ojos como réplicas de tristes recuerdos, Mel, melancólica, suspiraba y se desalentaba más con cada rodada.

—Cada día me cuesta más encontrar el sueño —dijo en tono de lamento—. Ya no sé qué hacer para hallar un poco de descanso. —Se retiró las lágrimas con el pulgar y añadió—: No sabemos a dónde vamos, ni cuánto tardará mi hijo en ver la luz, si es que la ve. ¿Qué he hecho para merecer esto? Mi vida transcurre tan gris como el paisaje que desfila ante mis ojos.

De manera repentina sintió un gran relax, el carro se había detenido dándole una tregua a su bombo. Cerró los ojos y se dejó envolver por la quietud; el silencio le había tomado el relevo al estruendo producido por las ruedas y los cascos de los caballos, y todo se volvía paz.

Entonces, también de repente, un pájaro se coló en el habitáculo y se posó sobre su pierna.

—¡Qué bonito! —exclamó Esmeralda—. He oído que si un pájaro entra en tu casa, significa buena suerte... Y si con eso no fuera suficiente, se te ha posado en el muslo... no se puede pedir más.

—Eso suena bastante bien —dijo Mel, suspirando una vez más—, pero un carro no es una casa.

En ese instante entró Catalina y se acomodó a su lado.

—En este momento sí que lo es. —Lo dijo mientras observaba al pajarillo, que, curiosamente, no presentía ni malas vibraciones ni peligro y, quieto y sosegado, seguía sobre la pierna de Mel, moviendo la cabeza, curioso.

—Eso mismo pienso yo —opinó Esmeralda—. En una carreta también se puede vivir; de hecho, hace ya tiempo éramos nómadas, y así vivíamos. ¿Es que has olvidado de dónde venimos?

—¿Querrás decir, de dónde vienes tú? Lo mío ha sido un bulo... un engaño pintado de felicidad.

—¿Y entonces a qué viene esa queja? —dijo Catalina; lo hizo en tono de reproche y Mel lo advirtió. Nunca la había visto tan airada; tuvo la sensación de que ya estaba harta de ella y de su constante malhumor. Eso la puso en guardia, esperándose una fuerte reprimenda.

—Lo siento —se disculpó—. Últimamente estoy algo arisca. Perdóneme, por favor. Debe ser...

Catalina la cortó para corregirla.

—Debe ser, no... ¡es!

—¿A qué se refiere? Usted parece saberlo todo.

—Todo no, pero más que tú sí; aunque solo sea por el montón de años que te saco.

—Pero no ha contestado a mi pregunta.

—Tanta sensibilidad se debe a tu estado. Es normal.

En ese momento, el pajarillo echó a volar.

Las tres, embobadas, le miraron salir por donde había entrado y perderse entre la lluvia; abstraídas, siguieron el itinerario de su vuelo hasta que solo vieron agua.

Mel salió de su aturdimiento y se dirigió a Catalina.

—¿De dónde saca tanta entereza...? —la inquirió—. A nosotras no nos debe nada. Y yo, ¿pues qué quiere que le diga? En este estado soy un estorbo para cualquiera. Y no me diga que para usted no... no la creería.

—Sí que eres un estorbo, sí. Un bendito estorbo. A mi edad nunca viene mal un poco de movimiento.

—¿Lo dice en serio? ¿Esto la divierte?

—No está mal. Me hubiese gustado un poco más de...

—¿Se está burlando, verdad? —la cortó.

—Que no hija, que no... ¡Esto es vida!

—Creí que quería tranquilidad y ser enterrada junto a su hermana... Ahora, a saber dónde reposarán sus huesos.

—Mirad las dos —dijo la vieja paseando los ojos de la una a la otra—, estoy hasta las mismísimas tetillas de que me llaméis de usted. ¿Se puede saber qué os he hecho? Y ya superado este malentendido que me tenía hasta lo que no tiene nombre, os aclararé algo: sé que de una manera u otra estos huesitos que Dios me ha dado acabarán en el cementerio de Roncesvalles. ¿Ese era el trato, no? Confío en vosotras y en vuestra palabra. No sé cómo haréis para que eso sea un hecho, ni me importa; lo que sé es que mi osamenta reposará junto a la de Ruth. Y por supuesto, yo cumpliré también lo que os prometí... —Las apuntó a las dos con el dedo, chasqueó la lengua y aseguró—: ¡Sabréis leer!

Mel se relajó... las palabras de la anciana fueron como un bálsamo tranquilizante para ella; quizá por eso le vino una contracción.

Esmeralda la rodeó con los brazos y la besó con cariño en la frente. Luego tomó su mano y la frotó transmitiéndole calor.

—¿Te encuentras bien? —dijo, sorprendida.

—¡Uf! —exclamó Mel, tranquilizándola—. Es normal y necesario, no temas. Creo que ya está próximo a nacer.

—Nunca te había visto retorcerte así...

—Es normal —intervino Catalina—, pero será mejor que paremos en la siguiente población y busquemos una partera... y de allí no nos moveremos hasta que sumemos cuatro. Así es que iros preparando.

—Pero yo no tengo con qué pagarla —apuntó Mel—. A mí hermano y a mí nos asistió una anciana solitaria y no nos fue tan mal...

—Sí, hija, sí... y algunos nacen solitos... Pero estando aquí Catalina, habrá partera; la mejor que encontremos.

Mel la tuteó esta vez.

—¿Crees que es buena idea que nos vean? Lo digo por si alguien me reconoce.

—Hemos recorrido muchas leguas. Estamos cerca de Estella; un sitio como otro cualquiera, dado que todos los pueblos son iguales para quien no sabe a dónde va. Desde Estella nos

pondremos en la Rioja en un abrir y cerrar de ojos. Habrá unas nueve leguas... eso para nosotras no es nada; pan mascao.

Cuando la carreta se detuvo, Catalina se apeó y se acercó a la ventanilla.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, poniéndose una mano de visera, para proteger sus ojos de la lluvia.

—Creo que no tardará.

—No bajéis del carro. Ahora vuelvo.

Dos horas más tarde se presentaba en compañía de un grupo de muchachas comandadas por una más anciana enteramente vestida de negro, que sin decir esta boquita es mía, se subió al carro y le puso la mano en la tripa.

Catalina la tranquilizó desde afuera.

—Confía en ella —dijo, guiñándole un ojo—. Es una buena comadrona; la mejor de por aquí... o eso dicen.

La partera la tocó a la altura de la vagina, y tras palpar una y otra vez hasta que le provocó un gemido, se volvió al grupo de jóvenes y les habló en tono autoritario:

—Ayudad a esta mujer a bajar y llevadla a mi casa.

Las chicas acataron la orden sin la menor objeción; los mandatos de una partera eran obedecidos como si fueran órdenes del mismo Dios.

Esmeralda se apeó y tomó el brazo de Catalina.

—Gracias en mi nombre y en el de Mel —dijo—. Así será más seguro. Eres un regalo del cielo. No imagino los escollos a los que hubiésemos tenido que enfrentarnos. Si no te hubieras cruzado en nuestro camino, es posible que hasta estuviéramos muertas.

—Tranquila, hija. No tenía nada mejor que hacer. Las viejas somos así —dijo, guiñándole un ojo—. Una de cal y otra de arena... Ya verás cuando me encabrite...

—¿Cuándo te encabrites? —sonrió Esmeralda, jovial.

Catalina asintió poniendo cara de pilla.

—Cuando lo hago, ya lo comprobarás, me vuelvo algo intratable. Un bicho, vamos; por eso no he muerto aún.

—Entonces no quiero comprobarlo.

—Lo harás... Soy una pésima maestra y he jurado que aprenderéis a leer antes de irme al otro lado... Eso quiere decir, solo tienes que echarme un vistazo, que tengo algo de prisa y que me va a llevar trabajo.

—Esmeralda no le rió la gracia; no quería ni pensarlo.

—No digas esas cosas. No le veo la gracia...

—Pues la tiene, hija, la tiene.

—Que va... Tú eres inmortal. Solo hay que verte.

—Si no aprendéis a leer, sí. He jurado que no me voy hasta que seáis unas mozas ilustradas. ¿Conoces ese dicho de mala hierba nunca muere?

—Claro...

—Pues eso.

—¡Vengaaa...! ¡No se entretengan! —gritó la partera a la vez que les hacía una señal con la mano.

—Anda, vamos... —dijo Esmeralda agarrándola por el brazo y tirando de ella— que nos estamos empapando.

Apenas un día tardó el niño en salir. Y lo hizo con todas las garantías, pues la comadrona era una auténtica artista en traer niños al mundo. Reclamada en varias poblaciones y aldeas de los alrededores de Estella, gozaba de fama por su buen hacer, y hasta le ofrecían cantidades por esos servicios; servicios que cualquier familia humilde nunca hubiera podido costear y que ella siempre rechazaba sin pensarlo cuando provenía de gente modesta.

—Escucha, hija —le dijo a Mel en tono cariñoso—, lo que te voy a decir debes cumplirlo a rajatabla. Ahora las cosas nunca más serán igual; serán mejor que antes, pues una cosa es estar sola y tener que cuidar solo de ti, y otra muy distinta, acompañada por una parte de ti misma que te acompañará como una bendición celestial durante los años que te queden de vida... Pero las cosas buenas, si lo son, exigen también un alto grado de responsabilidad. A partir de ahora te debes a tu hijo como a ti misma.

Mel asintió, pero no dijo nada; se limitó a acariciar la cabeza del recién nacido.

La partera acarició su melena pelirroja y sonrió.

—¿Me entiendes, Melissende?

Mel asintió de nuevo y sonrió mirando a su pequeño. Le sonó extraño que la llamara Melissende, tanto, como que la primera persona que se dirigía a ella pronunciando su nombre completo, fuese precisamente quien ayudó a su hijo a venir al mundo; no pudo evitar asociar aquella curiosa anécdota a su también anecdótico nacimiento y a la también anciana a quien debía su nombre y ayudó a su madre a que viera la luz. Tampoco pudo evitar pensar en su gemelo, y no solo porque vino el mismo día al mundo, sino porque dada la forma en que se estaban desarrollando las cosas, no sabía si podría conocerle algún día. Una lágrima comenzó a deslizarse por su mejilla al pensarlo.

—Las lágrimas —dijo la partera— pueden deberse al dolor y a la alegría... ¿A cuál de las dos obedecen estas?

Mel tragó saliva y meneó la cabeza como si no desease dar explicaciones; al menos en aquél momento.

La mujer sabía que estaba tan fatigada como confusa y no insistió en ello, pero sí le preguntó acerca del nombre que le pondría al recién nacido.

Mel retiró la manta que cubría a ambos y descubrió la cabeza del pequeño; este estaba recostado sobre su pecho y parecía descansar de su primer gran viaje. Observó sus rasgos y sonrió.

—Federico —dijo, plenamente convencida—; mi hijo se llamará como su padre.

—Eso será cuando le bautices, ¿no?

Mel no supo qué decir... ella no tenía constancia de haber sido bautizada; de hecho, su vida había transcurrido en el clan y supo su nombre no hacía demasiado.

—Ni siquiera yo lo estoy —confesó.

La partera suspiró meneando la cabeza.

—Eso podría acarrearle problemas, hija. La iglesia...

Catalina carraspeó y salió en su defensa.

—Es mi nieta —mintió—. Profesamos el culto judío.

La mujer observó a las dos detenidamente y frunció el ceño.

—Un poquito mayor la veo... ¿Y su hija? Además, no es necesario que le diga que con los tiempos que corren y el poco humor que tienen las autoridades, lo normal no es andar pregonando de aquí para allá que son judíos. No me tenga usted por tonta, eh...

—Mi hija está enterrada en Roncesvalles. La mataron. En cuanto a nuestro credo, confiamos en usted. En poca gente podemos hacerlo, pero dadas las circunstancias...

La comadrona suspiró como si se las hubieran querido colar más gordas y meneó la cabeza dejando claro que no se tragaba esa historia, pero a lo largo de su carrera había atendido tantos casos parecidos, que ya nada o muy poco la sorprendía. Había visto de todo y sabía también que la mayor parte de las veces era debido a violaciones que las pobres muchachas sufrían por parte de la soldadesca, que además de ultrajarlas mataban a sus maridos y atracaban las granjas y aldeas, dejándolas solas y en la miseria. Eran más víctimas de la vida que de la guerra, y muchas veces repudiadas por sus propias familias. En algunas ocasiones había ayudado a parir, a jovencitas desamparadas que sin medios para subsistir se vieron abocadas a la prostitución para llenar la boca de sus vástagos. Con el transcurso del tiempo, acabó admirando a esas luchadoras que día a día entregaban sus cuerpos y hasta sus sueños por su familia, haciéndolo las más de las veces hasta el último aliento.

—Yo no entiendo de estas cosas —mintió—. Lo mío es traer criaturas al mundo y no complicarme la vida. Sin embargo, dado el problema que se les viene encima...

Catalina no la dejó acabar la frase.

—Lo entendemos... Ya ha hecho usted bastante por la muchacha. Nos iremos en cuanto esté recuperada... no la meteremos a usted en líos, no tema.

La partera abrió los ojos como si la sorprendiera.

—¿En líos, dice? ¿Tan grave es lo vuestro?

—Creí que lo había entendido.

—Quizá no quiera entenderlo... a veces parezco tonta y hasta sorda. No sé quiénes son, ni lo pretendo. No vaya a temer por lo que yo diga; jamás las delataré. —Señaló a Esmeralda y agregó entre risas—: ¿Y esta quién es?... ¿No será su sobrina? Su parecido es inconfundible... Creo que forman una familia encantadora.

Catalina miró a Mel y esta entendió que iba a contarle todo, pero en vez de intentar impedirlo, asintió. Aquella mujer no transmitía malas vibraciones; más bien al revés.

—Esta señora se ha ganado el derecho a saber que mis problemas tengo y deben permanecer en secreto —dijo.

—Mejor no me contéis nada. En realidad no es que lo necesite para poner mi granito de arena; lo haré gustosa.

Catalina hurgó en su pecho, sacó su bolsa y extrajo un puñado de monedas. Se las ofreció con la mano abierta.

—Acepte esto por sus servicios, se lo ha ganado...

La partera tomó unas cuantas y dejó el resto.

—Con esto será suficiente —dijo—. Solo he traído un niño al mundo, no una familia entera. Ahora la muchacha debe descansar y darle la teta a su hijo. Luego os diré hacia dónde debéis ir para estar a salvo, pero eso será en unos días; mientras tanto, aquí estáis seguras.

Dos semanas más tarde, Mel se encontraba espléndida y el pequeño Federico comenzaba a estar guapo y rollizo.

Esmeralda entró en la habitación prestada a Mel y dio un grito de alegría, que a esta le recordó a cuando vivían con el clan; su amiga del alma la despertaba a menudo de ese modo; lo hacía desde que eran mocosas.

—¡Vamos, holgazana! Hace un día precioso. Saca a tu pequeño a tomar aire puro... aquí huele

demasiado a cera de vela y os vais a ahogar...

Catalina apareció en ese momento y también la alentó a abandonar el nido.

—He hablado con la matrona y me ha dicho que tú y tu hijo estáis perfectamente. Creo que esa mujer ya se ha arriesgado bastante por nosotras; desde hace medio mes, no deja que nadie entre en su casa, por no delatarnos. Yo creo que ya se ha ganado el cielo, ¿no creéis? Deberíamos pensar en continuar nuestro viaje a ninguna parte.

—¿Cree que molestamos?

—Ni hablar, hija... pero está empeñada en que corres peligro. Y aunque se la ve cagadita de miedo, ya que no conoce las causas de nuestra huida y se teme algo malo, se dejaría hasta la piel para protegernos. Es una mujer de las que no abundan y siempre nos ofrecerá su ayuda, sin embargo, va siendo hora de que seamos nosotras quienes le brindemos la nuestra... deberíamos pensar más en ella.

—Imagino que lo estará pasando mal —opinó Mel.

—¡Lástima! —exclamó Esmeralda—. La única mujer que se deja la piel por nosotras, y ni siquiera sabemos su nombre.

—Tiene miedo de que nos ocurra algo, la cosa se nos ponga fea y hablemos de ella... La iglesia es feroz en estos casos. Tenemos que entenderla. Todos la conocen.

—Y a sus discípulas también... —dijo Esmeralda—. Desde que estamos aquí, no las hemos visto el pelo. Creo que a petición de ella, pues también querrá protegerlas.

Los pasos de la mujer tras la puerta interrumpieron su charla.

—Buenos días —se presentó—. ¿Cómo se encuentra hoy nuestra joven mamá?

Mel no necesitó contestar, el color de su cara hablaba por ella.

—Ya veo que de maravilla —dijo la mujer sin esperar respuesta—. ¿Y nuestro pequeño Federico? —añadió—. ¿Cómo se encuentra este morenazo de tu alma?

—Los cuatro estamos en la gloria —agradeció Mel.

—Gracias a usted... —completó Esmeralda—. Nunca podremos agradecerérselo como se merece.

—Pensábamos que quizá haya llegado el momento de continuar nuestro camino —la informó Catalina—. Una cosa es que nos haya ofrecido su casa, y otra...

—No hay otra que valga —la cortó la mujer—. En mi casa está quien yo quiero. Y en estos momentos no sobra nadie, convenceos. Además... ¿a dónde se dirigen?

—No tenemos ningún destino.

—¿Qué no tienen un destino? ¿Y creen que las voy a dejar marchar a la deriva? Está claro que no conocen a la que tienen delante. Un rayo me parta si dejo abandonado a quién traje a este mundo, por muy cruel que este sea... Me refiero al mundo...

Catalina aprovechó la coyuntura para ponerle algo de humor a la conversación.

—¿Y a nosotras que nos zurzan...?

La matrona no se lo esperaba y se quedó bloqueada.

—Es broma, mujer...

—Tiene razón dijo la matrona. Me he explicado mal.

—¡Qué va, mujer...! —exclamó Catalina—. Solo era una forma de romper los formalismos. Es usted un hada; un hada madrina que ha salvado la vida de esta chica.

—¿Ya no es su nieta? —ironizó, poniéndose seria.

Ahora fue Catalina quien quedó bloqueada.

—¡Que es broma, mujer! —rió a su vez la matrona.

—Vaya, vaya... —repuso Catalina—. Alabo su forma de devolverme la gracia... Dice un

conocido refrán, que donde las dan las toman.

—A lo que iba —continuó la matrona—. Sé bien que algún día deberán irse de aquí, pero por nada del mundo permitiré que sea a ciegas y hacia ningún lado... Ya les dije que les daría una dirección.

—¿Está muy lejos? —preguntó Mel.

La matrona la miró como si no pudiera creer lo que la preocupaba; porque tenía bastante claro debido al tonillo empleado, que la distancia la preocupaba casi más que el peligro que la acechaba.

—¿Eso importa...? —preguntó—. Creí que se trataba de poner leguas entre vosotras y quien sea...

Catalina imaginó lo que intranquilizaba a Mel. Miró a la mujer y le hizo un gesto para que no la hiciera caso.

—Es una cuestión familiar —le explicó.

La matrona arrugó el cejo.

—¿Todavía hay más familia en esta historia?

—Mel tiene un hermano gemelo cerca de Roncesvalles —aclaró Esmeralda— y tras lo acontecido, teme que ya no podrá saber quién es.

La matrona alzó las cejas hasta que se quedó sin frente y miró a las tres, de una en una.

—¿Pero esto qué demonios es? —exclamó como si no pudiera creerlo—. ¿Una historia caballeresca? ...Y yo que creía que en Estella nunca pasaba nada. Pero bueno... ¡si casi me lo pierdo...! —Se volvió a Mel con el entrecejo arrugado, y preguntó, curiosa—: He oído que tienes...

—Un hermano gemelo, sí —se anticipó la muchacha.

—Pero... ¿gemelo, gemelo?... ¿Y chico?

—Eso es. ¿Qué tiene de extraño?

La matrona permaneció un momento dubitativa antes de contestar.

—En realidad, nada —dijo al fin—, es que me parece un caso raro, el tuyo.

—¿Y eso por qué...?

—Porque quizá no sea gemelo sino mellizo.

—¡Es gemelo! —exclamó Mel, rotunda.

—¿Y cómo puedes saberlo... si acabas de decir que no lo conoces?

—Porque me lo ha dicho él.

A la matrona no le dio un soponcio, porque Dios no quiso.

—Creo que me he perdido un poco —confesó—. Ya estoy vieja para esto...

—No tema —la consoló Catalina—. Todo tiene una explicación. ¿A qué ha venido lo de los...

—¿Mellizos? —se anticipó la matrona.

Catalina asintió, esperando la respuesta en silencio.

—Lo he dicho... —aclaró la mujer— porque es poco menos que imposible un parto de gemelos, chico y chica. Cuando es así, suelen ser mellizos, más bien.

—¿Entonces es imposible que...?

—Yo no he dicho que sea imposible. Solo que nunca he intervenido en un parto en que así fuera. Sin embargo he oído que ha habido casos; uno entre muchos que...

—Defina «muchos» —la cortó Mel, preocupada.

—Un montonazo —contestó la mujer sin titubear—. Pero mientras haya habido uno...

—Vaya —dijo Mel en tono sarcástico—, ya me quedo más tranquila.

—Bueno —dijo la matrona obviando el comentario...

—Bueno, qué...—preguntó Mel, aún confusa.

—Que soy todo orejas... ¿O me vais a dejar en ascuas?

Catalina rebuscó entre las cosas de Mel hasta que dio con los pliegos.

—¿Sabe usted leer...? —preguntó a la vez que se los acercaba.

La matrona asintió al tiempo que los tomaba, y como no era cuestión de perder tiempo, se enfrascó en ellos sin perder un segundo. Cuando acabó, se persignó como una niña temerosa de ser castigada y se aclaró la garganta.

—Sí que tienes una vida interesante —le dijo a Mel.

La muchacha se encogió de hombros y no dijo nada.

—En fin... —continuó la partera—, ahora entiendo que huyáis como posesas. Esperad aquí. Os facilitaré una dirección donde estaréis seguras y a salvo. Al niño le va a venir de perlas el lugar... es un buen sitio para criarse, y la persona que os cobijará es de toda confianza.

—¿Está muy lejos? —repitió Mel.

—Lo suficiente, hija... lo suficiente.

—¿A dónde nos manda? —preguntó Esmeralda.

—A los montes Distercios... Es una sierra que se halla en la Rioja; una sierra solo habitada por anacoretas... allí nadie busca a nadie, todo es agreste y tranquilo. Cuando lleguéis a Logroño, continuaréis hasta un pueblecito que se llama San Millán de la Cogolla. Allí, preguntad por un eremita llamado Gonzalo y os informarán. —Le entregó una carta a Catalina y añadió—: Dadle esto y solucionado. Que Dios esté con vosotras, seáis del credo que fuere, amigas mías —deseó, abrazándolas de una en una.

—Jamás la olvidaré —prometió Mel—. ¡Jamás!

El niño comenzó a llorar como si su llanto anunciara el toque de salida.

La partera señaló al pequeño y lanzó una risotada.

—Parece que este tiene prisa... ¿Cuándo partiréis?

Catalina miró a Mel y pareció calcular a grosso modo.

—A lo sumo en un par de días —decidió, por lo alto.

La matrona asintió con la cabeza y amplió la información acerca de su destino.

—Recordad. Preguntad por Gonzalo Ares... Todos allí le conocen, no temáis. Y no olvidéis entregarle la carta.

—¿Seguro que con eso será suficiente?

—Os aseguro que bastará. Aunque no contéis con que nadie os conduzca hasta él. Eso ni lo soñéis...

—Será un rico hacendado... —expuso Mel—. Uno de esos que tiene a todo el pueblo trabajando para él... —Lo dijo, recordando al déspota que la ultrajó así como a los hijos de los labriegos que la ayudaron a huir, y a quienes debía todo—. Ese tipo de gente es bastante inaccesible... al menos, para la plebe.

La mujer movió el dedo indicando que iba errada.

—Ya os he dicho que es un eremita. Vive algo alejado del pueblo, en una cueva. Esa distancia del tumulto, será la mejor baza con la que contaréis para pasar totalmente desapercibidas. No podéis ni imaginarlo...

—¿Y eso, por qué...? —preguntó Esmeralda.

La mujer no consiguió aguantarse la risa y estalló en carcajadas. Sujetándose el vientre de puro dolor, añadió:

—Está en lo alto de una puñetera montaña —les dijo echando saliva por nariz y boca; tanta, que casi se ahoga con ella, y esmeralda tuvo que palmearle la espalda.

—Reír sin control es lo que tiene —dijo la muchacha.

—Cuidado con esa risa loca —la avisó Catalina—. ¿Se encuentra mejor? Menudo susto nos ha dado.

La mujer se desatascó las vías respiratorias con cuatro tosidos y continuó como si no hubiera pasado nada:

—¿Por dónde íbamos? —preguntó.

—Hablaba del lugar a donde vamos —le recordó Mel.

—Ah, sí... Es que ese enclave tiene su gracia, sabéis... Solo estuve allí una vez, pero os aseguro que el recuerdo de la caminata puede conmigo. Es pensarlo y me falta el aire...

—Sí, ya lo hemos notado —bromeó Catalina.

—O sea que estaremos en lo alto de una montaña... —dedujo Mel—, y en una cueva... Las cuevas son sitios extraños. Me recuerdan al túnel del bosque... ¡al miedo!

—¿Así es que has estado en un túnel? Entonces debes haber sentido la soledad en cada poro de tu piel. La gruta a donde vais, alejada y solitaria, os hará sentir también la inquietud. ¿Pero qué se le va a hacer? Así son las cuevas.

—¿Usted cree? —repuso Mel—. Lo veo muy difícil... El túnel del cual le hablo, parecía tener alma.

—Y la cueva a la que vas, también.

Dos días después se despedían con efusivos abrazos y se subían a la carreta.

Catalina se despidió desde el pescante.

—Gracias y adiós —dijo, arreando a las bestias.

—¡Recordad! —gritó la matrona—. ¡Gonzalo Ares!

—¡Esté tranquila, lo recordaré! —gritó Catalina desde la distancia. Apenas cogida la marcha, pudieron escuchar un último grito; un grito de adiós y presentación:

—¡Íd de parte de Estela! ...¡De Estela Ares!

XLV

GRITOS EN EL VIENTO

La noche caía una vez más sobre la torre del castillo. La luna, también como siempre, lanzaba sus misteriosos rayos sobre las piedras, provocando con su magia, que las sombras de las almenas se alargaran e hicieran contrastes casi surrealistas con sus tonos claros y oscuros.

Sentado y apoyada la espalda contra una de ellas, Teth parecía perdido en algún lugar de su mente. Estaba harto de no hallar la manera de solucionar el tema que se traía entre manos y de no poder enseñar su rostro como otra persona cualquiera; hubo un tiempo en que eso no le fue fastidioso, pero desde que conoció a Leonor, todo era tan diferente, que se sentía prisionero dentro de su hábito.

Observó por enésima vez el cielo y creyó ver su figura perfilada en cada nube, y la luz de sus ojos irradiando en cada estrella. Alargó el brazo y creyó rozar Orión con la punta de los dedos. Su cinturón de estrellas semejaba una frontera entre la vida y la muerte. Anué le enseñó que el cinturón estaba compuesto por tres brillantes luminarias, las cuales eran conocidas como: «Las tres Marías».

Siempre tenía esas tres estrellas en la mente, al menos durante la noche, pues ese sobrenombre conmemoraba a las únicas mujeres relevantes de su vida:

Victoria, Melissende y Leonor.

La primavera daba sus últimos coletazos y la brisa era suave y agradable; se estaba bien allí, iluminado por mil estrellas e infinitas constelaciones, en las que siempre y a pesar de todo, destacaba Orión «El Cazador», y que según le enseñó el druida, era conocido en la mitología egipcia por: Osiris, el dios de la muerte.

Curiosa paradoja, pensó: el hombre que tenía La Vara de la vida, no era capaz de sacarse de la cabeza al dios de la muerte. Claro que también lo era de la resurrección y de la regeneración de la carne y de las cosas... Todo era a su juicio pura y llanamente contradictorio; una vez más, la dualidad se imponía sobre la razón y sobre la lógica... Pero lo más surrealista -recordó una vez más las palabras del druida-, lo que desbordaba ese principio de dualidad, era que Orión u Osiris, dios de la vida, de la muerte y de la regeneración de todas las cosas, gozaba del monumental privilegio de ser la única constelación visible durante todo el año desde los dos hemisferios terrestres -otra vez la dualidad-, como advertencia manifiesta de que todo lo que puede medirse, pesarse o imaginarse; lo tangible y lo intangible, lo de arriba y lo de abajo, cuanto es de diestra y cuanto es de siniestra, cuanto está inmóvil y cuanto se menea, lo visible y lo oculto, le pertenece... Todo es suyo bajo el sol y bajo la luna.

Dándole vueltas a ese pensamiento, se quedó dormido a la luz de la noche.

Adriano se apeó del caballo y ni siquiera lo ató. Miró las estrellas y calculó, como siempre hacía en plena campiña y en los campos de batalla, el tiempo que quedaba para el alba. Caminó con

paso decidido hasta el tugurio y entró en el patio por la parte de atrás. El local estaba cerrado y el silencio reinaba, siendo interrumpido solo a ratos por los relinchos de los caballos o por algún ladrido lejano.

Observó con atención una de las ventanas de la parte alta y comprobó que se trataba de la que buscaba. Luego vio una carreta poco más allá y bendijo de corazón al que la había puesto allí... fuese quien fuese, le iba a allanar el trabajo de forma significativa.

Se subió al carro, y de un brinco, quedó colgado de la parte saliente; comprobó que el alféizar de la ventana era robusto y, a pulso, se coló en la habitación. Lo demás era para él pura rutina.

La carreta se encontraba junto a la vereda de un riachuelo y los caballos, sueltos, pastaban libres, descansando del trajín del viaje.

Era ya noche cerrada, y el silencio reinaba en la zona; solo el monótono gorgoteo del agua rompía la calma.

Acurrucadas en el interior del carro, Esmeralda y Mel disfrutaban de un bien ganado descanso; el viaje se hacía pesado con los días y tenían el cuerpo baldado, debido al irregular curso de los caminos y al continuo balanceo del carro por sendas llenas de baches y piedras.

El niño, recostado junto al pecho de su madre, dormía y mamaba a la vez; hacía eso de forma alterna e inconsciente, sin necesidad de que Mel tuviera que despertarse para atectarle. Catalina descansaba justo a su lado.

En ese momento se despertó sin razón que la indujese a ello. Sentía un ardor intenso en la base del estómago, y la desagradable sensación, sin motivo aparente, de que su pecho iba a estallar de un momento a otro; el resquemor, sin saber por qué, dificultaba su respiración y la ahogaba, haciéndola sentir una irresistible necesidad de airearse.

Apoyó la cabeza del niño contra el pecho de su amiga, bajó del carro y corrió hacia el arroyo, llevándose las dos manos al cuello y agitándose como si se ahogara.

Teth, inquieto, abrió los ojos y miró a lo alto. Orión solo se había desplazado un poco, eso significaba que el sueño había sido corto, y por cómo se sentía, nada reparador.

Se puso en pie e inspiró todo lo hondo que pudo, pero tuvo la angustiada sensación de que el aire no le llegaba a los pulmones. Nunca hasta ese momento, había tenido la necesidad de acaparar aire con tanto anhelo; parecía que su corazón bombeaba a la desesperada, y que su garganta iba a taparse para siempre.

Entonces, sin saber por qué, gritó con toda su rabia y con todo su odio. Gritó hasta que se quedó vacío y creyó que el viento le devolvía el eco de su propia voz. Algo le hizo, como si se tratase de una premonición, levantar los puños al cielo y maldecir a Orión.

Mel, desfallecida, tropezó cerca de la orilla y se retorció en la tierra húmeda, sin soltarse el cuello y con el rostro descompuesto. Cuando no pudo aguantar más, resopló de forma que algo de aire le pasara hacia adentro y chilló de desesperación; lo hizo con tanta rabia, intensidad y odio, que el grito llegó con el viento hasta el dios de la muerte.

Adriano montó su caballo y miró al cielo. Todavía no se veían las luces del alba. Solo luz de

tinieblas.

XLVI

LA TORRE INVERTIDA

Carlos de Marena, alias Sancho Ramírez de Triana, se apeó del carro y se dirigió al mercado; no le gustaba nada exhibirse en Roncesvalles, de hecho no volvió desde que conoció a la pelirroja, pero el tiempo pasaba y ni siquiera el enano, a pesar de no ser conocido por la muchacha, le había dado el gusto de atraparla. No dudaba del esfuerzo ni de las ganas que le echaba, se notaba que conocía bien su oficio y sabía cómo dirigir y dominar a los hombres de su calaña, pero eso no tenía trazas de ser suficiente, y la chica parecía haberse volatilizado. O era muy astuta y se escondía como los ángeles, o tenía mucha suerte; el caso era que de un modo u otro, consciente o inconscientemente se burlaba de él, pues desde hacía días, nadie sabía de ella... ¡Ni rastro!

Con cada paso que daba entre tenderetes, la recordaba más; es como si la viera otra vez, preguntándole si quería que le leyera la mano.

—¿Deseáis saber qué os depara el futuro, señor?

La voz parecía venir de una carpa muy colorida que le recordó al arcoíris. Pensó que quizá era una señal de que las cosas iban a cambiar a su favor; el arcoíris era símbolo de buena fortuna hasta en La Biblia.

—¿Cómo decís...?

—¿Que si queréis saber lo que os depara el futuro?

Quien contestó era una mujer de mediana edad y piel cetrina que escondía su rostro bajo un sombrero de paja y ala ancha que la protegía del sol del mediodía. Lucía un vestido de vivos colores que hacía juego con la lona y sus manos, inquietas, jugaban a barajar un manojo de naipes.

—¿Que si deseo saber qué me depara el futuro, eh...?

—Eso he dicho, señor. ¿Os gustaría?

—Con esa pinta parecéis una farsante... No sé, no sé si puedo fiarme...

—Probad. Más de uno se ha llevado una sorpresa.

—¿Y en qué consiste su método?

—Tengo varios, señor.

—¿Hay alguno rapidito? No tengo toda la mañana.

—Tengo uno tan rápido, que solo dura un momento... Consiste en que elijáis una sola carta.

—¿Y después...?

—Yo os desvelaré su significado.

Le acercó el mazo abierto en forma de abanico y dijo:

—¡Andad, buen hombre...! ¡Atreveos!

Sin saber bien por qué, eligió una carta. Pero no tuvo valor para darle la vuelta y se la devolvió.

La mujer se quitó el sombrero y se abanicó con él.

—¡Vaya! —le dijo, meneando la cabeza—. Os veo el miedo. Sois supersticioso. Os asusta mirarla, eh...

—Yo diría prudente. No sé qué me ha ocurrido; quizá no debí tocar ninguna.

—Bueno... —dijo la mujer—. Si no queréis verla...

—Está bien —se decidió, no convencido del todo —, mostrádmela.

La mujer se la devolvió tal como estaba, ni siquiera le dio la vuelta.

—Gíradla vos mismo —pidió—. ¡Sin miedo!

Carlos pensó que no había nada que temer. Nadie iba a hacerle creer que teniendo El Bastón, algo podía salirle mal; todo iría tomando forma, era cuestión de tiempo.

—No temáis —repitió la mujer—. Decidíos...

Le dio la vuelta y se la mostró, no sin preocupación.

—La torre invertida —dijo la mujer—. Bien, bien...

Carlos arrugó el ceño. No entendía esa despreocupación de la mujer; por los datos que él manejaba se trataba de una carta negativa; aprendió los significados de todos los arcanos cuando investigó la carta de «El Ermitaño».

—¿Cómo que bien...? —Su cara aún era de sorpresa.

La pitonisa puso cara de no entender.

—¿Por qué no confiáis en mí? La entendida soy yo...

—Esa carta es de mal fario, digáis vos lo que digáis.

—La carta es negativa según se mire, sí...

—¿Y en qué no lo es, si puede saberse?

—Esta carta es conocida por: «La Casa De Dios». ¿Vais a decirme que es negativa?

A Carlos le cambió el gesto. Aquello podía entenderse de más de una manera, pero aun así tenía su gracia... Era como una señal.

—¿Y cómo debo interpretar eso? —dijo, más tranquilo.

La mujer se acercó a él y le mostró la carta.

—fijaos —le dijo, apuntando con el dedo a la zona de arriba—, esto simboliza una corona que cae, pero lo que la destruye es un rayo de sol, no un trueno... Tampoco es a causa de un desastre... Ese es el misterio.

—¿Qué misterio?

—El misterio radica en que el sol representa a Dios... ¿En la mayor parte de los credos es representado como la Luz Del Mundo, no? Y la torre como su casa...

—¿Y Dios destruye su propia casa?

—Sí. ¿Os sorprendéis? Y al estar invertida, es peor...

—Pues sí... no es la interpretación que yo conozco.

—Yo tengo mi propia interpretación... la aprendí del mago más respetable que conozco: mi padre. Le juro que sus predicciones eran tan exactas, que una vez reconocido, clientes de todos lados peregrinaban para consultarle.

—Le acercó más la carta y continuó—. Y observad aquí.

—¿Aquí, dónde? —dijo Carlos aguzando la vista.

La pitonisa le mostró la base de la torre.

—¿Lo veis? —dijo... y continuó sin esperar respuesta—. Aquí aparecen dos hombres... uno está muerto y el otro no. Parecen adversarios. Son, adversarios.

Carlos arrugó el cejo y se puso pálido.

—¿Y eso qué significa?

—Os lo resumiré —dijo la mujer tras un carraspeo—. Mi padre decía que no había visto jamás

dos interpretaciones igual, eso le llevó a pensar que quien ilustró estos arcanos, tuvo forzosamente que dejar todas las respuestas en los dibujos que las representan... Sí eso no fuera así, ¿a qué tantos detalles en cada arcano?

Carlos suspiró. Entendía que aquello tenía su lógica.

—¿Y resumiendo...? —la apremió.

La mujer se aclaró la garganta y comenzó:

—Estos dos hombres han usurpado la casa de Dios. Él les castiga; ya dije que el sol le representa, porque ambos, de un modo u otro han intentado usurpar su poder. Uno de ellos sigue vivo porque aún lleva la corona de poder... el otro la ha perdido. Ya lo veis, dos hombres intentando ser como Dios, y solo uno consigue su propósito. Todo el misterio está escondido en una torre...

Carlos se puso lívido. Extrajo unas monedas y echó a andar como si le persiguiera el diablo. Y quizá fuese así.

XLVII

EL ANACORETA

Las bestias pastaban y bebían a sus anchas a orillas del río Cárdenas. La mañana era agradable y las heladas iban desapareciendo poco a poco de la región. En un horizonte que fundía con un cielo aún nuboso, y no muy lejos de allí, el Monte San Lorenzo indicaba con su presencia que su destino estaba ya próximo.

El pequeño Federico estaba cada día más rollizo y Mel entraba poco a poco, gracias a él, en un estado de catarsis que mantenía su mente ocupada y su cuerpo activo; todo lo que antes le quitaba el sueño sumiéndola en depresión y melancolía iba disipándose con cada risa de su pequeño «Lupo», así le apodaba, y hasta había recobrado el sueño.

Catalina tenía una hoguera encendida y se disponía a preparar algo para comer, cuando el rebuzno de mulas y el sonido de sus cascos chapoteando de charco en charco la alertaron.

Esmeralda y Mel también se pusieron en guardia, y en un acto reflejo salieron de la carreta para reunirse con la anciana.

—Quedaos con el niño —pidió Catalina—. Con toda seguridad serán trabajadores del campo... solo tenéis que mirar alrededor, está lleno de viñedos... Pero aun así...

—También puede ser que no... —expuso Mel.

—Aún queda rato para que llegue —dijo Esmeralda.

—Podría ser cualquier cosa... —le dijo a Mel. Miró a Esmeralda y añadió—: y puede que tarde en llegar. Pero sea como sea o quién sea, no tiene por qué saber que hay mujeres jóvenes, y mucho menos, un bebé. Eso nos haría débiles ante cualquier adversidad.

Las dos, sin objetar, volvieron a la carreta.

El carro no tardó en aparecer. Al ver la carreta parada y las mulas sueltas, se detuvo a poca distancia.

—¿Ocurre algo? —preguntó el conductor, un hombre mayor con barba hasta el pecho y aspecto bonachón.

—Todo está en orden —le contestó Catalina sin dejar de echar ramitas al fuego. ¿Querriais acompañarme en la comida? —ofreció, esperando que no aceptara.

El hombre negó con la cabeza y lanzó un escupitajo.

—Debería tener cuidado, abuela. Vengo de Estella y a nadie se le ha escapado la noticia de que hay un asesino suelto... Mi deber de buen ciudadano es avisarla.

—¿Ha sucedido algo en Estella? Yo vengo de allí y no vi nada anómalo.

—No ha sido en Estella sino en Roncesvalles...

Dentro del carro subió la tensión. Esmeralda y Mel se estremecieron al oír el nombre del pueblo. Tuvieron que hacer un esfuerzo para no gritar.

—¿En Roncesvalles? —repitió Catalina. Notó cómo se le erizaba el vello de todo el cuerpo y le faltaba saliva—. ¿Qué ha pasado en Roncesvalles? —preguntó, poniéndose tensa y deseando que no fuera lo que se temía.

Esmeralda y Mel se abrazaron rogando con todas sus fuerzas que no fuese nada relacionado con las mujeres... Leonor y Manuela habían sido como madres para ellas, y gracias a las dos habían podido ponerse a salvo, al menos por el momento.

—Que no sea eso, por favor, que no sea eso —repetía Mel, bajito y coreada por Esmeralda. Ambas, abrazadas y frente con frente, temblaban temiendo lo peor.

El hombre lanzó otro escupitajo y prosiguió:

—Han matado a dos mujeres. Dos prostitutas...

—¿Qué han qué...? —exclamó Mel saltando del carro seguida de Esmeralda; esta, excitada por tan fatal noticia, no pudo controlar los nervios y perdió el equilibrio.

El hombre la vio caer de bruces sobre un charco lleno de mierda de caballo y lanzó otro escupitajo.

—¡Tranquila! —dijo, aguantando la risa—. Gracias al cielo, aquí tenéis un río.

—¿Y de dónde saca usted eso? —le preguntó Catalina con voz trémula. ¿Cómo sabe que eran mujeres?

—Vengo de aprovisionarme en Estella. Unos ganaderos de Roncesvalles que también venden allí su ganado y sus mulos, han hecho correr la noticia... No sé si será un bulo, pero es mejor prevenir que lamentar. Veo que sois tres, y también mujeres; nunca está de más.

A Catalina le estaba costando horrores no gritar para quitarse de encima la tensión que la oprimía el pecho.

Esmeralda y Mel no pudieron contener las lágrimas.

El hombre meneó la cabeza satisfecho y alzó el pulgar en señal de aprobación. Luego escupió y añadió:

—Me alegro de que el aviso les haya hecho ese efecto.

—Tendremos cuidado —le dijo Catalina—. Vaya con Dios, buen hombre... ¿Y cómo las mataron?

El hombre arreó a las mulas y arrancó. Mientras salía del claro, las tres le oyeron decir: «las estrangularon». No se olviden de estar ojo avizor. No se fíen de los extraños.

Las tres estallaron, sobre todo Mel, recordando el mal rato sufrido hacía pocas noches. Lo tomó como premonitorio y estalló en lágrimas, como si fuese un aviso.

—Y todo por mi culpa... —se lamentó—. Primero se fueron Eric y Federico. Ahora Manuela y Leonor —Miró a Catalina y añadió a modo de sentencia—: Si no te vas y cuanto antes mejor, correrás su misma suerte... Te irás de otro modo peor.

—¿Me lo dices en serio, muchacha?

—¿Tengo pinta de bromear? Pues claro que lo digo en serio, mujer... ¿Acaso quieres acabar igual?

—¿De verdad, de verdad...?

—No sé cómo tengo que decirlo... ¡Pues claro!

—Pues entonces dame por muerta.

—No digas tonterías, Catalina. No quiero sentirme la culpable de tu... —Miró a Esmeralda y remató—: Y a ti te digo lo mismo... ¡Fuera las dos de mi vida!

—Calma, mujer... —repuso Catalina—. Es tarde y no hay vuelta atrás. Yo me planto.

—No digas tonterías, siempre se puede retroceder...

—A veces uno encuentra en su huida lo que intenta evitar; no sé si lo he oído o leído, pero quedó cosido a mi mente como si lo hubiera hilvanado yo... —bromeó muy en serio—. Además, qué quieres que te diga... ahora que soy abuela, no me da la gana dejarte... no voy a perderme el placer de ver crecer a ese niño; quiero saber cómo era su padre. Me apetece saber cómo era tu

hombre, nena... no voy a engañarte —rió—. Las viejillas somos así de envidiosas y chismosas.

—Y yo tía —agregó Esmeralda—. De nosotras no vas a librarte así como así... Ese niño nos pertenece de algún modo... —Miró a Catalina y le hizo un gesto cómplice—.

¿O no, vieja? ¿Tú qué piensas?

—Que esta no se libra de nosotras, eso pienso...

—Ya lo has oído —dijo, mirando a Mel.

Mel acabó por encogerse de hombros.

—Aviso que no me sentiré culpable.

—Pues mejor que mejor —dijo Catalina—. Porque yo tampoco...

—Ni yo... —intervino Esmeralda—. Ahora es cuando más unidas debemos estar. Tenemos que ser fuertes para defendernos.

—¿Defendernos de quién? —estalló Mel—. Si supiera al menos quien me quiere hacer daño...

—No sabes quién desea hacerte daño —dijo Catalina mirándola a los ojos—, como tampoco sabes quién está a tu lado protegiéndote... porque de lo que no hay duda es de que algo te avisa cuando el peligro acecha. Recuerda a ese Tomás, a Manuela y a Leonor, al de las cartas... Todo el mundo pone su grano de arena cuando se trata de que estés a salvo, y siempre aciertan... Sí, hija, sí, algo hay en ti que no es del todo normal... algo que te protege como si fueses un tesoro. Todos los que se preocupan por ti son gente que nunca habías visto antes y parecen hacer acto de presencia cuando más los necesitas; como si obedecieran a una misión más grande que ellos y una fuerza que les supera guiara sus pasos. Luego desaparecen como si se los tragara la tierra, y chin pun.

Mel pensó que el razonamiento de Catalina no estaba exento de lógica.

—Y de hecho, así es... se los traga la tierra —dijo.

Catalina suspiró e hizo un gesto de resignación.

—Ya... —dijo, meneando la cabeza—. Es posible que no haya sido un buen cierre. Creo que ha sido de lo peor y más negativo que he dicho. Perdón.

—¿Perdón por qué? Cuanto has dicho es cierto... Por mucho que duela tienes razón. Quien más me preocupa en este momento eres tú...

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque eres uno de esos ángeles venidos de alguna parte para ayudarme; uno de los más comprometidos.

—Bueno, tampoco hay que exagerar.

—Y no quiero que te ocurra nada malo... Jamás me lo perdonaría.

—¿Y dime, hija, ¿qué le puede pasar a una vieja como yo, que no sea natural. Estoy próxima a los cien añitos. ¿Qué más le puedo pedir a la vida...?

—Enseñarnos a leer —soltó Esmeralda.

—Mira, eso sí... hice una promesa y pienso cumplir.

—Pues no te mueras, por favor... —pidió Mel.

—Bueno —cortó Catalina—, vamos a comer algo... y luego nos vamos con viento fresco. Un tal Gonzalo tiene la fortuna de que vayamos a su encuentro.

—Y ni siquiera lo sabe —apuntó Esmeralda—. No se imagina lo que le espera... Si de verdad es un ermitaño, vamos a romper su tranquilidad.

En ese preciso instante, el pequeño rompió a llorar.

—Y tanto que la vamos a romper... —rió Catalina—. Ni te imaginas cuanto; nosotras rompemos su tranquilidad y Lupito le rompe las pelotas... Aaaaah —suspiró—. Dicen que los ermitaños, siempre en soledad, aprenden a dominar su ansiedad y renuncian a todo. ¡A eso llamo

yo tener paciencia!... Quizá haya estado preparándose todos estos años para cuando llegáramos nosotras. ¿Creéis en el destino?

El niño comenzó a berrear de nuevo.

Catalina se giró hacia el carro y cerró la conversación con una nota graciosa:

—Espero que él sí.

San Millán estaba prácticamente desierto a esas horas.

Habían seguido el curso del río y se encontraban a la entrada del pueblo, junto a una ermita que parecía darles la bienvenida.

Mel no se molestó en ocultar su frustración.

—Aquí no se ve un alma —observó—. No hay vida.

—Todo el mundo está en el campo —explicó Catalina con voz calmada—. Intenta tranquilizarte, alguien habrá que nos indique... Esa ermita es bonita...

—¿No oís ese ruido? —las alertó Esmeralda ladeando la cabeza y poniéndose una mano en la oreja.

—Parecen martillazos —dijo Catalina, imitándola—. Es normal... será el herrero.

Mel se encogió de hombros.

—Pues vamos a buscarle. Él nos informará. Parece la única persona viva del lugar.

En ese momento escucharon las rodadas de un carro.

—Vaya —ironizó—. Parece que se amontonan... Eso me pasa por hablar.

—Buenas tardes, buen hombre —saludó Catalina a su paso.

—A la buena de Dios —contestó el carretero frenando a las mulas—. ¿En qué puedo ayudarlas? Conozco este pueblo como el mango de mi azada.

—En realidad, no buscamos a nadie del pueblo.

—¿Ah, no? ¿Pues en qué puedo serles útil?

—¿Conoce a un tal Gonzalo?

—¿El santón?

—Es un ermitaño que...

—Sí, sí, el santón —la cortó—. Ese es uno del pueblo, pero no lo pisa desde hace años... Claro que, suponiendo que sea él. —Señaló brazo en alto hacia las montañas y añadió—: Esas montañas están llenas de ermitaños; no la extrañe que exista más de un Gonzalo.

—Creí que solo él habitaba la montaña —se extrañó Catalina.

—Cómo que solo él —estalló a reír el hombre—. Hay menos uvas colgando de un racimo grande, que santones ahí arriba... Parecen una maldita epidemia.

—Qué curioso —rió también Catalina—. ¿Y a qué se debe tanta afluencia de anacoretas en la zona?

El hombre se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé! —espetó—. A lo mejor es el vino.

Catalina contuvo la risa y complementó:

—El Gonzalo que buscamos se apellida Ares.

—Entonces es quien os dije. —Apuntó con el brazo al río y le explicó:

—Sigán su curso hasta abandonar el pueblo y tomen el camino que sube a la montaña. Una vez allí, pregunte a quien vea.

—¿A quien vea? ¿En una montaña boscosa?

—No tema... —dijo en tono gracioso—. A alguien se encontrará allí; a veces he llegado a

pensar que hay más gente que en el pueblo.

Ninguna de las tres pudo contener la risa.

—¿Y encuentran comida para todos?

—Como se corra la voz y sigan viniendo... van a dejar el monte pelao.

En contra de lo que creían, dar con Gonzalo no fue nada complicado; como el carretero indicó, él no se encontraba sólo en el monte y allí todos sabían de todos.

Las tres abandonaron la carreta en un claro repleto de frondosos árboles y remontaron a pie una cuesta no muy pronunciada, pero poco apta para Catalina, quien a pesar de ser ayudada por las chicas, llegó con la lengua fuera.

—Se me va a salir el corazón —dijo con voz de lija.

—¿Quién va? —la voz vino del interior de la cueva y sonó cavernosa.

Catalina tomó aire y consiguió desatascar su garganta.

—¿Se puede? —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Ya voy yo —resonó la voz en las húmedas paredes de la gruta—. Un momentooooo...

Catalina apenas se asomó, pero le bastó para sentir el cambio de temperatura con el exterior, ya de por sí, algo fresco. Todavía no había entrado en la gruta y ya estaba quedándose dura. Entonces entendió la razón de que los tipos como aquel vivieran tantos años... esa temperatura de forma constante no les dejaba arrugarse.

Al rato apareció un tipo enjuto y alto con un atuendo incatalogable y una barba que le llegaba al ombligo. Cada prenda que llevaba puesta era hija de una madre y hacía juego con el caos que se apreciaba en la estancia, que más que una gruta, pensó la anciana, parecía una leonera.

—¿Se ha perdido...? —preguntó a modo de presentación. Solo ella había entrado en la cueva.

Catalina le examinó de pies a cabeza y fue tan escueta como él.

—¿Gonzalo Ares?

—¿Quién lo pregunta?

—Vengo de parte de Estela...

—¿Mi hermana?

—A tanto no llego... Si su hermana es matrona y...

—Sí, sí..., que es ella lo tengo claro —la cortó—. Lo que no tengo claro es que la enviara a usted, ni a qué.

—A nosotras... —Señaló al exterior—. Hay dos más ahí afuera... Y un bebé.

—¿Y a qué se debe vuestra visita? Esto no es sitio para un niño pequeño. Ni para mí si hay un uno.

—Es largo —dijo Catalina pensando que, como estaba la caverna, no era sitio para nadie. El intenso olor a ceras quemadas y los trozos de brasas desperdigados por todas partes, daban al lugar un aspecto deplorable. Un fuerte olor a orina venía así mismo de algún rincón incógnito de aquel antro, buscando su nariz; orina añeja.

—Lo imaginaba —dijo Catalina echando un vistazo al conjunto de mierda que reinaba en aquel agujero infesto.

Gonzalo frunció el ceño como si no entendiera a qué venía aquel comentario.

—¿Qué es lo que imaginaba? —preguntó, curioso.

—Que esto necesita un repaso a fondo.

Gonzalo entrecerró los ojos y forzó una mueca.

—¿A qué se refiere exactamente?

—¿Cómo que a qué me refiero...? —exclamó Catalina poniendo los brazos en jarra—. ¿Es que no ve usted que está todo hecho un desastre? ¿Cree que vamos a vivir así?

Los ojos del eremita adquirieron extrañas dimensiones, semejando ir a salirse de las cuencas.

—¿Vivir...? —balbució—. ¿Desastre?

—Eso he dicho, sí, desastre... y no será porque la vida contemplativa no le deja tiempo para asear y airear esto un poco... no me venga con excusas. Ah, y eso de mearse dentro, qué quiere que le diga... Se acabó.

Aún no había terminado de hablar, cuando, intrigadas por el vocerío, Esmeralda y Mel entraron en la cueva.

—Buenos días —saludó Mel sosteniendo al niño.

Gonzalo no estaba preparado para tantas emociones... Se sostuvo en pie de milagro, y casi sin aire, exclamó:

—¡La hija de Dragan!

XLVIII

PERSEGUIDA

Adriano se inclinó ante Sancho y esperó a que este le sacase de dudas; hacía tan solo un momento que le había hecho llamar y estaba tan confuso como intrigado. Dado el tono con el que César le dio el aviso, parecía no estar de buen humor aquella mañana.

Sancho le dio la espalda y se acercó a la ventana.

—Imagino que no necesitáis que os diga el motivo de mi requerimiento —le dijo sin mirarle.

—Imagináis bien, señor.

—¿Y ya está? ¿Lo sabéis y ya está...? Creo que tengo el derecho a saber qué se está haciendo sobre lo que ordené en su momento. ¿Hay algún adelanto... algo que yo deba saber?

—Ya os trasladé las últimas novedades, señor. La tuve a punto, pero surgieron problemas; siempre aparecen en el último momento. Estoy acostumbrado.

—Pero yo no. Y se me está acabando la paciencia.

—Os entiendo, creedme. Intensificaré la búsqueda... La última noticia que tengo, por pura deducción, es que la chica ha sido informada y ha huido.

—¿Estáis seguro?

—Lo estoy. De hecho, señor, tomé medidas.

—¿Medidas? ¿A mis espaldas?

—Decidí manteneros al margen para no comprometeros, señor. Siempre procuro crear una barrera entre mi trabajo y mi pagador... una barrera protectora que le deja fuera de cualquier sospecha, caso de que la cosa se ponga fea. Hasta ahora todos me lo han agradecido.

Sancho pensó que el enano tenía un modo de trabajar sin aristas; una forma de actuar que le beneficiaba de una manera u otra.

—¿Y de qué «medidas» me habéis mantenido fuera de peligro, si puede saberse?

—Las putas, señor.

—¿Las putas?

—Ellas conocían a su pelirroja... Es más, sabían dónde estaba. El problema fue que una de ellas sospechó que yo la buscaba. Tuve que matarla.

—¿O sea que fuisteis vos quién... Pero a mis oídos ha llegado la información de que fueron dos las muertas.

—La otra apareció sin más y me vio, señor... No tuve otro remedio.

—Bien. Admiro vuestra manera de trabajar, pero a mí me sigue urgiendo dar con ella. Supongo que, aunque no haya sido informado por razones obvias —ironizó—, vos tendréis algún plan.

—Mis pesquisas han dado sus frutos, señor. He sabido que han tomado el camino que lleva a Estella. Iban en un carramato propiedad de una vieja que había alquilado un caserón en el pueblo. Por supuesto ya no está, lo que nos indica que está con ella... y hay otra más; una gitana que no se despega de vuestra chica, señor.

—Ya. ¿Y...?

—De lo que estoy seguro, señor, es de que si no paran en Estella, seguirán hasta Logroño. No hay dos sin tres...

Sancho se acarició el mentón y se acercó a él.

—Sabéis —dijo—, quizá no vayáis desencaminado en cuanto al secretismo acerca de vuestro sacro trabajo. Sin embargo, aunque no desveléis vuestros siguientes pasos, os apremio para que no tardéis en decidiros. Me urge dar con esa mujer; tanto como respirar... Estoy anteponiendo eso a otra búsqueda de extrema importancia y aunque no esté bien decirlo, no dispongo de tiempo; no del que a mí me gustaría...

—Lo dispondré todo para partir cuanto antes, señor... Llevaré conmigo a una docena de hombres.

—Os esperaré ansioso. No os demoréis en traerla.

Tras la muerte de Leonor, Teth no comió en días; decidió ayunar hasta dar con la pista de quien la asesinó; porque si de algo estaba convencido era de que fue estrangulada por algo que se le escapaba. El ayuno aclararía su mente.

Durante días investigó aquí y allá hasta tener el perfil de un sospechoso. Lo extraño era que todos apuntaban a un enano como posible asesino, y no acababa de asimilar cómo un tipo que no les llegaba al ombligo, consiguió un estrangulamiento tan perfecto y profesional; tanto lo fue, que las demás mujeres que se encontraban en el local, ni siquiera oyeron el menor quejido; ni un triste ruido. Eso fue posiblemente lo que las salvó, pero también indicaba que el asesino, fuese quien fuese, poseía una destreza sin igual; una habilidad que solo tienen aquellos que matan por dinero: los mercenarios. Y eso descartaba a muchos.

Se rapó la cabeza y se tiñó la barba de oscuro para no ser reconocido. También cambió su atuendo y se puso un sombrero de ala ancha que ocultaba parte de su rostro. El cambio le ayudó a pasar desapercibido y mezclarse entre los peregrinos que pasaban cada día por Roncesvalles.

Tras preguntar aquí y allá, especialmente en el local, supo que Manuela había alternado con un enano y que pasaron esa noche juntos. Esos y otros pequeños detalles le llevaron a indagar sobre él, cosa fácil, ya que un enano no es difícil de rastrear, y los habituales ya están más que ubicados por las autoridades y son por todos conocidos.

También oyó hablar de su hermana, y supo que había tomado el camino a Estella, acompañada por una amiga y una anciana desconocida por la mayoría.

Acerca del paradero del dichoso enano, nada averiguó que mereciese la pena tener en cuenta, pero su instinto y su experiencia le llevaron a sumar dos y dos, pues el que los asesinatos coincidiesen con la huida de su gemela, se debía sin duda a que estaban estrechamente vinculados... Y si así era, algo de lo que estaba completamente seguro, lo único que debía hacer para dar con el asesino, era ser más rápido que él en encontrar a su hermana.

XLIX

LA LLAVE DEL TIEMPO

La sorpresa que se llevó Mel al escuchar el nombre de su abuelo en labios del anacoreta, fue tan grande como la que se llevó él al verla, pero lo que más extrañó a ambos, no fue eso, si no el hecho de que algo tan improbable, ya que era poco menos que impensable, hubiese ocurrido.

Desde su encuentro y tras explicarle que estaban allí a petición de su hermana, el silencio imperó en la gruta.

Gonzalo se dedicó en cuerpo y alma a la meditación y dejó a las tres libre albedrío para comer de una pequeña huerta que compartía con dos ermitaños que habitaban a poca distancia y se turnaban con él en sus cuidados.

El pequeño Federico crecía sano y lloraba cuanto se le pasaba por la cabeza y por el estómago, haciendo que las tres mujeres vivieran a su ritmo, y que Gonzalo no fuese capaz de hilvanar dos pensamientos seguidos. Eso le daba rabia pero aceptaba la naturaleza humana y se mordía la lengua cada vez que sentía la tentación de mandar todo a paseo y quedarse de nuevo a solas con sus reflexiones.

Esmeralda se sentía muy bien; aquella vida campestre era la existencia que añoraba, pues le recordaba a la vida nómada de su clan, siempre en contacto con la tierra y la fauna salvaje. Acostumbraba a dar paseos por el bosque y veía muy a menudo corzos correteando entre los árboles. Y hasta un lobo había visto en un par de ocasiones; un imponente y altivo lobo gris que merodeaba cerca de las grutas atraído por el humo, y que desaparecía como si le persiguiera el diablo, en cuanto se sentía observado.

Catalina se hubiera dado el gran gustazo de conversar con Gonzalo, pues a pesar de su extravagante personalidad, parecía inteligente y cultivado. Y por tiempo no era. El problema consistía en que estaba dedicado «in corpore et anima», como a él le gustaba decir, a examinar el sucio y mugriento techo de la cueva como si entre su suciedad se escondiese el secreto de la sabiduría... Y esa insignificante minucia obstaculizaba notablemente su vida social.

Se esforzó todo lo que pudo en llamar su atención, sin embargo era hartamente difícil que él lo notara, sencillamente porque su mente se encontraba en cualquier parte menos allí. Incluso probó a mirar al techo sin apartar la mirada, más que nada por ver qué podía haber de interesante en una superficie renegrida por el humo de mil fogatas, que había quedado adherido a la roca formando parte de ella. Pero solo sirvió para acrecentar su frustración.

Mel, a pesar de estar dedicada a tiempo completo a la atención y cuidado de su hijo, no conseguía sacarse de la cabeza el hecho de que el eremita conociese a su abuelo.

Le parecía increíble que tras lo ocurrido a su linaje, y cuando ya había perdido cualquier esperanza de conocer sus orígenes, el caprichoso destino hubiera reunido todas las piezas para recomponerlo. El que su hermano gemelo estuviera vivo era para ella algo tan gratificante como las palabras de Gonzalo en cuanto la vio; su sorpresa fue tal, que desde entonces parecía haberse quedado mudo. Pero ella era optimista; estaba segura de que tarde o temprano acabaría hablando y

conocería al fin a Dragan, su abuelo, y artífice de cuanto le aconteció desde su nacimiento.

No habían pasado muchos días, cuando Gonzalo salió de su letargo mental y se convirtió de nuevo en persona.

—¿Se ha caído del techo? —bromeó Catalina.

Gonzalo gruñó, pero no contestó.

—No se lo tome a mal —dijo ella—, pero es que no le hemos visto moverse, ni para mear. A veces dudé de si su corazón latía... parecía una estatua.

El llanto del niño libró a Gonzalo de mandarla a paseo y se centró en maldecir el momento en que aparecieron.

—Haga que se calle... —suplicó—. En la cueva todos los sonidos se multiplican, y le rompen a uno los...

La inesperada pausa hizo que Catalina y Mel esperasen expectantes a que rematara.

—Iba a decir los nervios, malpensadas. ¿Yo soy, cómo decirlo...? una eminencia del lenguaje. No esperen de mí otra cosa que maravillas lingüísticas. ¿Saben que cerca de aquí, en los monasterios de San Millán, se escribieron los primeros versos en lengua romance? Pues sí, el latín era tan aburrido y para tan pocos, que un predicador, harto de que la gente... o los pocos que sabían leer, se atascaran como pozos llenos de lodo cuando cogían un libro, y que desanimaran a sus acólitos hasta el punto de no querer ni mirar uno, comenzó a estrujarse los sesos. El resultado ya lo ven... es obvio, ¿no? ¡Pura lengua!

Catalina le vio embalado en su paranoia lingüística y decidió cambiar de tema... lo único que le faltaba era un discurso que rezumase pedantería con cada palabra.

—Se le ve instruido, sí... —dijo—. Oiga... ¿aparte del dúo que comparte con usted el huerto, hay por aquí más «iluminaos»?

A Gonzalo se le quedó cara de pánfilo.

—¿Cómo dice...?

—¿Qué si hay mucho inspirado? Ya sabe, visionarios.

Gonzalo dudó de si la vieja se burlaba de él, pero dado que no le apetecía nada entrar en discusiones innecesarias decidió no seguirle el juego y darle el beneficio de la duda.

—Podía haber más —dijo—. Hay mucha cueva vacía.

Ahora fue Catalina la que pensó que se reía de ella.

—¿Eso que dice... es cierto? ¿Insinúa que...?

Gonzalo no la dejó acabar.

—Siglos atrás, la zona era una auténtica comunidad.

—Vaya, vaya... —dijo, perpleja—. O sea que la zona promete, eh...

—Eso es... Es un enclave mágico. Pregunte por ahí.

—Me faltan argumentos para replicarle a eso... Usted gana. Yo no conozco esta región.

—El simple hecho de que un día se erigiera aquí una comunidad de anacoretas, es un indicio muy evidente de que la zona cumple los requisitos necesarios para que un hombre preparado alcance aquí la trascendencia... Es un error querer que todo el mundo nos comprenda, pero los que de verdad lo hacen, consiguen grandes cosas. Uno de los ejemplos que podría ponerle es el padre de esa chica.

—Era su abuelo —le corrigió.

—Disculpe mi equivocación, pero entre estas piedras, el tiempo se detiene. No soy consciente de cuantos años llevo sin ver a Dragan. Sin embargo conservo sus rasgos en mi memoria; era idéntico a ella...

Mel quedó impresionada por el comentario acerca del parecido. Recordó a Leila diciéndole

que era igual que su madre, y una sensación de paz recorrió todo su cuerpo... la tranquilizaba saber que formaba parte de una familia y conocer detalles acerca de ella.

Complacida, carraspeó y se dirigió a Gonzalo.

—¿Conoció usted bien a mi abuelo?

Gonzalo asintió como si esperara esa pregunta.

—¿Cómo no le iba a conocer? Era un buscador igual a cualquier ermitaño que habita esta montaña... Igual que yo... Dragan Ruadh. Un tipo raro.

—¿Igual que usted? ¿Su apellido era Ruadh?

—Quiero decir, que teníamos las mismas inquietudes.

—¿Las mismas inquietudes? —preguntó, confusa.

Gonzalo asintió con la cabeza e intentó explicarle que quien se apartaba del mundo para habitar en una gruta el resto de su vida, debía tener muy claro por qué lo hacía y lo que buscaba... Que no podía ser de otro modo.

—Todos los que acabamos en esta montaña, somos de otra pasta —dijo—. Las condiciones de vida que tenemos tras nuestro retiro son duras y hay que estar mentalizado para soportarlas... Y cuando digo que mentalizados, digo que mentalizados; ¡muy mentalizados!

—Sí, pero... ¿A dónde encaja ahí mi abuelo?

Gonzalo miró al techo y se rascó la perilla.

—Ahí está lo bueno —reflexionó—, que no encajaba.

—Explique eso —le pidió Catalina—. Algo no encaja aquí además de su abuelo.

Gonzalo comprendió su desconcierto e intentó aclarar la aparente contradicción.

—Aquí se viene a alcanzar una mentalidad diferente —dijo—, pero a Dragan, eso le tentaba más bien poco; él se sentía atraído por otros imanes; se inclinaba por cosas más mundanas. Sin embargo, y aunque parezca increíble, ambos polos se tocan. Todo está entrelazado.

Mel frunció el ceño. Seguía sin entender.

—¿Y entonces, por qué vino? —preguntó, alzando los hombros y con cara de estar a la deriva en un océano de palabras—. Cada vez que abre usted la boca, le entiendo menos. Lo siento, no cojo el hilo.

—Quiero decir que Dragan era un místico diferente... Los que decidimos vivir así, qué duda cabe, somos lo que se dice: »profundamente religiosos», y aunque él también lo era, su espiritualidad no era tanta... Lo que se entiende por: nadar y guardar la ropa, vamos. Él tenía otros planes mucho más terrenales, pero necesitaba información para llevarlos a buen puerto.

—¿Qué tipo de información? —preguntó Catalina—. Deje de contárnoslo con cuenta gotas. Me está poniendo nerviosa...

—Pues a mí ni te cuento —farfulló Mel, exasperada.

—A lo que iba —continuó Gonzalo—. Lo que Dragan buscaba era exactamente lo que todos buscamos; buscaba la inmortalidad. Solo que él lo hacía a su manera.

—¡Uf...! —exclamó Catalina—. Entonces estaba loco.

—No diga tonterías. ¿Piensa que yo estoy loco, acaso?

—Mejor me callo... ¿O sea que quería ser inmortal.

—Pero no por la vía lógica... ¿Cómo que se calla?

Ella se evadió de contestar. —¿Y cuál es la vía lógica?

—La oración y la unión con lo trascendente... Dios... Eso lleva años; a veces, toda una vida de dedicación.

—¿Y él quería coger un atajo, no?

—Él iba tras un objeto de poder... un objeto conocido por; quizá les suene su nombre: El

Bastón De Mando.

Catalina y Mel se miraron a la vez que negaban.

Mel hizo un gesto que evidenciaba incompreensión.

—¿Y quiere decir que ese bastón se encuentra aquí?

—En absoluto... Pero lo que sí se encuentra aquí, son los libros que hablan de él. Dragan llegó con dinero para comprar cuántos libros y legajos hubiere, que mencionaran el poema *Perceval*, y de métodos de magia inversa.

—De ese sí que he oído —dijo Catalina—, pero de lo que hablaba era del Grial. ¿Qué es eso de magia inversa?

—Un libro sobre conjuros, de mi autoría... También me pidió otros; los escribí cuando estaba en el camino de la perdición. Como ya no los necesitaba, se los regalé. Ya ve que ni llevo aquí toda la vida, ni pensaba como hoy.

Catalina y Mel intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Y qué libros eran...? —preguntó Mel, temblando.

—¡Oh! se trataba de libros demoníacos. Preferiría no hablar de eso, es peligroso para mi fe. Esos, y como ya le dije, el que menciona al «Bastón»: *Perceval*.

—Pensaba que ese hablaba sobre el Grial.

—Y así es... Pero también habla de otras cosas. De un poema un tanto extraño, por ejemplo, aunque no vaya a pensar que por ello menos interesante, sobre un país al otro lado de la mar oceána.

—Todo indica de uno u otro modo —dijo Mel— que debo aprender a leer.

Catalina asintió y la tranquilizó al respecto.

—Mañana mismo empezamos, cariño. Te lo prometo.

Gonzalo hizo un gesto de incredulidad.

—¿Familia de Dragan, y no sabe leer? —exclamó con el ceño fruncido y haciendo una aparatosa mueca.

Mel asintió y encogió los hombros.

—Ni siquiera le conocí —se justificó—. Murió antes de que yo naciera. Se quitó la vida.

—¿Cómo que se quitó la vida? ¿Y usted tiene...?

—Alguno más de veinte... No sé cuando nació.

Gonzalo suspiró como si se le agolparon los años.

—Cielo santo —exclamó—, he perdido la noción del tiempo. No se preocupe... —la consoló—. Yo sí que sabía mi edad, pero desde que estoy aquí, he perdido la cuenta.

—Lo que hace la trascendencia —ironizó Catalina.

Mel carraspeó para llamar la atención. Cuando los dos centraron la atención en ella, se dirigió a Gonzalo:

—¿Y qué más puede contarme sobre mi abuelo?

—Que era un soñador... Hay que ser muy iluso para dedicarle toda una vida a la inmortalidad, y al precio que fuere, pues se gastó una fortuna en un castillo, según nos contó, que tuvo que levantar casi desde los cimientos. Al menos lo diseñó a su gusto —rió—. En fin, lo que quería decir es, que para dedicarle una vida entera a algo que no existía más que en su cabeza, tuvo que echarle valor...

—Sí que era iluso, sí... no como usted; usted lo tiene todo más claro —ironizó de nuevo Catalina.

—Tiene razón, tampoco tengo cura. Pero volviendo a Dragan... —quedó un rato pensativo como si no pudiera asimilar que estuviera muerto—, me pregunto el porqué de tanto estudio, tanto

libro y tanto Bastón; no le veo yo el sentido a dedicar toda una vida a buscar la inmortalidad, para acabar matándose él mismo... No sé si me estoy haciendo viejo, pero eso no encaja en mi cabeza.

—¿Que no sabe si está haciéndose viejo...? —le soltó Catalina, riendo—. ¡Es viejo!

Gonzalo soltó una carcajada que casi se cae.

—¿Tanta gracia le hace saber que carga con una saca de años más grande que usted a la espalda? Porque no es por nada, pero está como yo... hecho un carcamal.

—Es posible, sí... pero no me acuerdo; ya le he dicho que aquí el tiempo se detiene. Por cierto, una preguntita —se volvió a Mel—, ¿qué fue del castillo de Dragan?

—¿Por qué lo pregunta? —se extrañó Mel.

—Porque según la ley, le pertenece a usted...

Mel quedó pensativa, como si hasta ese momento no hubiera caído en aquel detalle. Eso la llevó a recordar la extraña sensación que tuvo cuando viajó a El Barcal... Cuando vio el castillo que destacaba en la montaña, tuvo el presentimiento de que no le era extraño.

Preguntándose estaba si sería aquél, cuando la voz de Gonzalo la trajo de nuevo a la cueva.

—¿Sigue ahí?

—Sí, sí... —Se disculpó—. Es que, no sé por qué...

—Ha viajado al castillo, ¿verdad? Eso quiere decir que lo conoce...

—No. No lo conozco. De hecho, si no lo menciona, ni siquiera se me habría ocurrido tenerlo en cuenta... Yo no consto como familia de Dragan.

—¿Ah, no? Pues solo hay que verla para saber que sí.

—Cuando mi madre murió, fui adoptada.

—¿Y quién la adoptó? Ellos pueden arreglarlo...

—Una familia maravillosa... pero eran romaníes.

—Eso complica las cosas. Los nómadas no constan en ningún registro.

—Toda mi vida es un desastre.

—Ya se solucionará.

—¿Qué le lleva a pensar eso?

—Quizá su abuelo dejó un testamento o algo así... Él tenía mucho dinero. Dijo haber venido pobre, pero no es fácil de creer; yo nunca creí, como él siempre decía, que todo su patrimonio fue ganado en España; lo dudé el día que me lo quiso colar, y sigo dudándolo hoy...

—¿Y qué le lleva a pensar así...? —preguntó Mel con la curiosidad dibujada en la cara.

—Creo que era un hombre muy rico; debía serlo ya el día que puso los pies en España... incluso creo que era de cuna... Ruadh era un tipo importante, siempre lo intuí...

Catalina se desesperaba con las pausas de Gonzalo; no soportaba la intriga, y el eremita tenía la extraña virtud de conseguir que se comiera las uñas entre frase y frase.

—¿Y eso, debido a...? —ironizó una vez más.

—Solo había que verle... Era un hombre muy culto.

—Ya. ¿Y eso es todo...?

—Y muy educado, también —continuó Gonzalo—. Y aunque eso no sea determinante para ser rico, a mí me da que él lo era. Y me da porque sé que una fortuna como la suya, no se hace intercambiando antiguallas, por muchas reliquias que comprara y revendiera. No, no... no sólo es que crea que ya era rico cuando puso los pies en España, sino que además no eligió la región al azar; se estableció allí donde, por alguna razón, pensaba que hallaría lo que buscaba. Lo único que frena esta deducción mía... lo que impide que ponga mi mano en el fuego, es que según el poema, «El Bastón» se encuentra en una tierra desconocida y lejana... lo suficientemente alejada —rió— como para no ser confundida con Navarra. Pienso que el valle de Salazar, no era para él,

más que un punto estratégico... Estoy convencido.

—También podría ser que no —opinó Catalina.

—Nada es imposible —admitió Gonzalo—. Aun así... reconozca que esa teoría no es inverosímil.

—Sí que le veo convencido, sí...

—¿Y cómo no iba estarlo? —repuso Gonzalo—. Mire, ateniéndonos a la lógica podemos deducir que: si Dragan buscaba «El Bastón»; de eso no tenemos la menor duda, y la tierra que describe *Perceval*, no existe... o al menos no hay constancia de ella, tuvo forzosamente que instalarse en algún lugar. ¿En cuál? Pues está claro que donde creía que iba a encontrar lo que buscaba... ¿Por qué otra razón si no, iba a acomodarse en ese valle? Los que conocimos a Dragan sabemos que nunca daba puntada sin hilo; que cada movimiento que hacía iba encaminado a hacer que su sueño se hiciera realidad. Todo su afán consistía en ser poderoso e inmortal, y estaba dispuesto a todo.

—No sé yo... —intervino Mel—. Es que...

—¿Es que qué...? —la cortó Gonzalo—. Diga, diga...

—No sé... ¿de verdad cree que mi abuelo era así... que estaba tan obstinado con una quimera como esa. Hace un momento ha dicho que era inteligente.

—He dicho, culto. Y aunque no necesariamente sean calificativos intercambiables, reconozco que también era un tipo inteligente... y mucho.

—Entonces lo entiendo menos...

—Ser culto e inteligente —explicó Gonzalo—, no le impide a nadie cometer errores... cuando le di los libros, le previne del peligro que supone tocar la magia y pedí e insistí en que no traspasara ciertas barreras... Yo nunca debí escribirlos, y aún menos dárselos. Pero así están las cosas, yo también cometo errores.

—Es curioso —apuntó Mel—. Un hombre me avisó de eso mismo y no le di la debida importancia; desde que cometí aquel error, todo me ha ido cuesta abajo...

—Lo que condujo a tu abuelo a obstinarse de aquella manera, fue una leyenda que leyó o le contaron, no lo sé con exactitud; *la leyenda de Teth*.

Mel palideció al oír el nombre.

Gonzalo lo notó.

—¿Le ocurre algo? —preguntó.

Mel se repuso de la sorpresa y fingió que no le ocurría nada. Sentía curiosidad por saber más.

—Continúe, por favor —suplicó, impaciente.

—Iba diciendo... —prosiguió Gonzalo—, que Dragan se obsesionó con una leyenda que oyó por ahí... ya sabe, una de las muchas que pululan por este vasto mundo. Él aseguraba que era muy antigua; se basaba según él en un joven llamado Teth, que consiguió unir dos reliquias; las dos... «Bastones»: una de ellas era «La Vara de Moisés», y la otra, la piedra que habla: «El Bastón De Mando».

—Nunca oí hablar de esa leyenda —dijo Catalina—. Y mira que he leído lo mío...

—Es una leyenda, siempre según Dragan, claro, que lleva corriendo de boca en boca desde los cimientos de la cultura hebrea; de aquellos que sobrevivieron al éxodo y salieron vivos del desierto. Y que tendrá sus versiones...

—Pues yo soy descendiente de judíos, y es la primera vez que oigo hablar de ella. Ni una sola versión, vamos...

—En definitiva... —continuó Gonzalo—, que toda su creencia en la inmortalidad parte de esa leyenda, la cual cuenta que, juntando esos dos «Bastones», se adquiere un poder sin límites y una

vida ídem.

—¿Y qué piensa usted de toda esta locura... porque si se piensa detenidamente, como fantasía, toca techo.

—El caso es que de una modo u otro, no ha sido quien ha caído el primero en esa tentación. —Se puso en pie y fue al fondo de la gruta, rebuscó en un agujero tallado en la piedra y extrajo un par de tomos; uno muy grueso y de pesado gramaje, y otro más fino, entrelazadas sus páginas por un cordón.

Se acomodó y guiñó un ojo de forma cómica.

—Estos libros —explicó— son muy importantes para mí. Uno lo rescaté del incendio de un monasterio, el otro es de mi autoría. El más gordo es una Biblia... El otro es un poemario en el que he volcado mis conocimientos, y en el que reflexiono acerca de la vida y de la muerte. Son más o menos, confesiones expresadas en verso, hablando de mis creencias.

Mel empezaba a perderse.

—¿Y qué tienen que ver sus creencias con mi abuelo?

—A eso iba —aclaró Gonzalo—. Cuando le ofrecí mi libro, le advertí de que su obsesión no era nueva; nada lo es, y le pedí que leyera y relejera *el predicador*.

—¿El predicador?

Gonzalo asintió con la cabeza y añadió:

—Mil veces si fuera necesario, le insistí.

—¿Y de qué trata? —preguntó Mel, intrigada.

—Es uno de los libros que componen la Biblia, y que escribió un rey llamado Salomón.

Mel se echó a temblar de nuevo. Ese nombre no le era desconocido, y siempre aparecía asociado de una forma u otra a la magia; una magia que parecía perseguirla.

—¿Y eso por qué? —preguntó con voz trémula.

Gonzalo abrió la Biblia, y en dos vueltas encontró el pasaje que buscaba.

—Antes de empezar —puntualizó con el dedo— diré algo... quiero que conste que intenté prevenirle para que se quitara de la cabeza esas desmedidas ansias de grandeza. Como ejemplo le puse a Salomón, porque este hizo lo mismo; según se cuenta, consiguió apresar mediante sus conjuros a setenta y dos demonios e hizo que trabajaran a sus órdenes. Se cuenta asimismo que construyó la «gran obra» de su vida: el templo de Jerusalén, bajo instrucciones precisas de dichos demonios.

El número setenta y dos martilleó los oídos de Mel. Si le hubieran dicho hacía solo unos meses, que todo lo que soñó estaba atado a la vida de su abuelo, no se lo hubiera creído, pero dada la situación, ahora tenía que estrujarse la cabeza para poner piezas que no sabía que existían, en sitios que parecían tan inexistentes como esas piezas, por no hablar de lo más utópico: asimilar el historión que el eremita le estaba contando, el cual, por mucho empeño y ganas que pusiera en sacárselo de la cabeza, resistía como el acero templado ante cualquier razonamiento, por muy bueno y fundado que fuese. No podía engañarse ni mirar a otro lado; lo soñado, ahí estaba como testimonio mudo.

La voz suave de Gonzalo la liberó una vez más de sus oscuros pensamientos.

—Se dice también —explicó— que este libro se sale y bastante de la enseñanza general de la Biblia, pero qué se le va a hacer... yo lo único que deduzco de todo esto, es que existe una magia poderosa; tan poderosa, que está al alcance de muy pocos. Y Dragan era consciente.

—¿Y qué más? —preguntó Mel. A cada palabra que el eremita decía, más interesada estaba.

Gonzalo encogió los hombros y suspiró.

—Poco más puedo añadir —dijo—. Hice lo que tenía que hacer, advertirle de que tras escribir

mi libro, ya sea por una razón u otra, tuve una especie de revelación.

—¿Y qué revelación fue esa? Espero que no fuera una revelación ética.

—Que la inmortalidad es una realidad patente.

Catalina le miró recelosa y también soltó un suspiro.

—¿Qué la inmortalidad es un hecho, eh...? —Meneó la cabeza y suspiró de nuevo—. ¿Y cómo fue? ...¿Cuánto vino necesitó para llegar a tal deducción? —dijo en plan mofa.

Gonzalo pasó por alto la burla.

—En realidad fue este libro. —Lo dijo mostrándole el libro de Salomón y comenzó a leer en voz alta.

«Generación va y generación viene, más la tierra siempre permanece. Sale el sol y se pone el sol volviendo al lugar donde vuelve a nacer»

—Tampoco es para tanto —opinó Catalina.

—¿Lo dice en serio?

La anciana encogió los hombros.

—Tengo que reconocer que no lo conocía. Aun así...

—¿No lo conocía y es judía?

—¿Le extraña...? En las sinagogas se leen y estudian otros libros. La Torá y el Talmud los que más.

—Es cierto —reconoció Gonzalo—, pero eso no quita que pueda ampliar sus conocimientos; la Torá también es Bíblica... no es más que una parte del mismo libro.

—No voy a discutirlo, pero... tampoco es así.

Gonzalo entendió que ella iba por diferente derrotero y se centró de nuevo en la lectura.

—Y también dice aquí —continuó:

«Todo lo que es ya fue, y todo lo que fue, será, no hay nada nuevo bajo el sol. Los ríos todos van al mar y el mar no se llena... al lugar de donde los ríos vinieron, allí tornan para volver a correr».

Mel escuchaba ensimismada y con la boca abierta.

—¿Y eso fue suficiente para...? —insinuó Catalina.

—¿Para que me convenciera de la inmortalidad?

—¿Para qué, si no...?

—Escuche bien esto —intentó aclarar Gonzalo—. Las cosas, cuantas más veces se leen, más y mejor se entienden. La repetición es la madre de la retención, y esta las modifica hasta convertirlas en simples y entendibles. Las cosas no tienen por qué ser complicadas; de hecho somos nosotros quienes las retorremos buscándole otro sentido; por supuesto, el que nos conviene. No existe razón válida para interpretar de otro modo lo que acabo de leer; no si no se desea enturbiarlo...

—¿Y a dónde quiere ir a parar? —preguntó Catalina.

—Quiero dejar claro que cuando alguien dice algo, lo lógico es interpretar sus palabras, como las expone, y no como convenga interpretarlas. De ahí vienen los líos.

—Sobre eso no va del todo desencaminado —admitió Catalina—. No voy a discutirle algo tan evidente.

—Entonces entenderá que esto que acabo de leerle, es exactamente lo que su autor quería que se entendiera.

—Me ha dejado sin argumentos, lo reconozco.

—Y por eso mismo creo —explicó Gonzalo—, que el rey Salomón renegó de las enseñanzas de sus padres y de los preceptos del Dios de Israel. Pero yo me pregunto, de dónde sacó Salomón tales conocimientos; porque si no es de Dios... ¿de quién?

La miró, inquisitivo pero no obtuvo respuesta.

—¿No se le ocurre nada...?

Catalina negó con la cabeza.

—Me da que usted ya tiene la respuesta —repuso.

Gonzalo asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues necesariamente —reveló, creando suspense— de alguien que manejara conocimientos pares al mismo Dios... De su contrario, por decirlo de otro modo.

—¿Quiere decir... de Lucifer?

—Es uno de sus nombres... y quien se ocupa de...

Catalina le cortó con un aspaviento.

—Ahórrese el comentario —dijo—, sé lo que viene a continuación. Llevo escuchándolo desde que nací; lo que no entiendo es que aún tenga trabajo... la iglesia lo hace por él... incluso le supera; ahí está la inquisición y todos los fanáticos que la componen; incluso los creyentes, los piadosos y los místicos, que de una u otra forma la hacen posible.

Gonzalo se sintió incluido en el lote y arrugó el cejo.

—Un momento... —protestó—. ¿Qué tienen esos que ver conmigo? ...La espiritualidad y la búsqueda de Dios a través de la trascendencia son anteriores a la iglesia; esta solo vino a condenar esta vía de conexión con lo divino.

Catalina quedó pensativa y asintió.

—Tampoco le discutiré eso... —Se disculpó—. Quizá no me haya explicado bien. Sin embargo creo que hemos perdido el hilo de lo que nos interesa: Dragan y su ansia de vida sin fin.

—Tiene razón —admitió Gonzalo—, cuando sale este tema, siempre me voy por las ramas... Perdóneme.

Mel señaló el otro libro que Gonzalo sostenía.

—¿Y ese, de qué trata? —le preguntó.

Gonzalo lo abrió y paseó la mirada por sus páginas.

—Ya lo he dicho —dijo sin apartar los ojos de él—, es un libro en el que he volcado mis conocimientos... Todo lo que pienso sobre la vida y sobre la muerte, está escrito aquí de una manera entendible y poética.

—¿Y cómo se titula? —preguntó Catalina.

—La magia adversa.

—¿La qué...?

—Es mi forma de explicar la anti-magia... mi manera de prevenir de que la magia se vuelva siempre en contra de quien la practica. También avisé a Dragan sobre esto.

—¿Y cómo reaccionó?

—¡Eso! —exclamó también Mel.

—¿Me lo pregunta en serio?

—¿No le hizo ni caso, verdad?

—A la vista está... No solo le advertí de que la vida se regenera a sí misma a través de leyes inamovibles que no se pueden explicar pero sí intuir, y que no es necesario forzar ese proceso con métodos antinaturales, sino que le mostré un poema en el que reflexiono sobre ello.

—¿Un poema?

—Se titula: «La llave del tiempo».

—Un título muy sugerente —admitió Catalina.

En ese momento apareció Esmeralda.

—Hace un día maravilloso —exclamó, jovial—. ¿Vais a quedaros encerradas todo el...? ¿Pasa algo? —preguntó dándose cuenta de que estaba interrumpiendo.

Mel le hizo un gesto con el brazo.

—Siéntate aquí y calla, anda...

—Continúe —propuso Catalina, intrigada.

—Si quieren, se lo leo...

—¡Sí, por favor! —suplicó Mel juntando las palmas de las manos.

Gonzalo afinó la vista y comenzó:

«Nada puede descifrar el silencio...

Aunque grite. Aunque llore. Aunque suplique...

Nada puede descifrar el silencio, porque no existe.

Nada puede ocultar la oscuridad que está a la vista... ¡Nada!

No existe nada nuevo; ningún libro habla de lo que aún no se ha escrito... la luz no alumbra a la luz, ni las tinieblas tienen necesidad de ocultarse entre tinieblas... La llave del tiempo no tiene puerta; la entrada a la vida es la muerte y el fondo de su misterio flota en su superficie.

Los secretos siempre están donde no se buscan; justo donde no se mira; justo donde no se ven»

—Entonces, según usted, todo va y viene...

—Según Salomón, querrá usted decir... —Abrió otra vez la Biblia y leyó:

«¿Hay algo de lo que se pueda decir, esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido... ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará. No hay nada nuevo bajo el sol».

LI

COMITIVA INESPERADA

Esmeralda, alterada y pálida, entró en la gruta como si la persiguieran.

—Ya no estamos seguras aquí —exclamó, nerviosa.

—¡Cálmate, anda...! —suplicó Catalina—. Cuando no estés tan excitada dínos que te ha ocurrido.

—A mí, nada... A nosotras. Ya no estamos seguras...

—¡Explicate! —suplicó Mel a su vez—. ...Y deja ya de temblar, que me estás poniendo nerviosa.

—Y es para estarlo, no lo dudes... Échate a temblar si quieres, que por mucho que lo hagas será poco.

—No hagas como Gonzalo —la aconsejó Catalina—. No le des tantas vueltas y acaba de una vez, que tenemos solo una vida. —Miró al eremita y le guiñó un ojo, como si le pidiera disculpas por contradecir sus descubrimientos acerca de la existencia—. Anda, que no tenemos todo el día, hija. Suéltalo ya...

Esmeralda se aclaró la garganta y comenzó:

—Como siempre, estaba dando un paseo por...

Catalina rebuznó como una mula.

—Abrevia, que me estás poniendo negra —la cortó.

—Pues eso... —dijo Esmeralda con voz de flan—, que estaba dando una vuelta por el bosque, cuando he visto a un grupo de hombres a caballo...

—¿Y qué tiene eso de extraño? —preguntó Catalina.

—Pues creo que bastante... —intervino Gonzalo.

Catalina le echó una mirada inquisitiva.

—¿Cómo que bastante? —preguntó con los ojos muy abiertos; tanto, que parecían ir a salirsele de las cuencas.

—No me haga mucho caso —aclaró el eremita—, sin embargo es mi obligación poner en su conocimiento, que estos caminos de montaña no son frecuentados por...

—¡Al grano! —le cortó Catalina—. No se explaye con tanta ansia, que...

—¿Que no tiene toda la vida...? —la cortó él a su vez.

—¡Eso! —exclamó ella—. Parece que a usted le sobra el tiempo, pero nosotras andamos escasas. ¿Qué iba usted a decir?

—Que por aquí pasan muy pocos hombres a caballo... De hecho hace años que no viene nadie picando espuela, y menos aún en grupo. La muchacha tiene razón en estar preocupada. En una montaña apacible como esta, todo lo extraño da mal fario, sobre todo si viene en cortejo.

—¿Y en qué se basa? ¿Es que está prohibido para...?

—Para los caballos, no... —se adelantó Gonzalo.

—¿Otra vez con suspense? ¡Acabe ya...!

—Mire, a nadie se le ha perdido nada aquí, y menos a una camarilla. No quiero parecer aguafiestas, pero seguro que están buscando a alguien. Aquí ya no están seguras.

—Así es —remató Esmeralda—. A nosotras.

—¿A nosotras? —exclamó Mel.

Esmeralda carraspeó.

—Más bien a ti... —corrigió.

LI

LA PUERTA DE LA VIDA

Teth se detuvo ante a un par de labradores que salían a faenar y se inclinó ante ellos de forma piadosa.

—El Señor sea con vosotros y con los vuestros —dijo a modo de presentación.

Los campesinos se persignaron extrañados, mirándose entre sí.

—Alabado sea por siempre —respondieron a dúo.

Teth también se persignó.

Uno de los campesinos intuyó que necesitaba ayuda.

—¿Qué se os ofrece, hermano? —le preguntó.

—Veréis, estoy buscando un monasterio.

—Aaaaaah, claro, el monasterio —exclamó el otro—. Tranquilícese hermano, está cerca; a un tiro de piedra... —Extendió el brazo en dirección contraria—. Caminad por ese sendero y lo veréis. No podéis perderos.

—Querría preguntaros una cosa más, si tenéis a bien.

—Decid, hermano... ¿Qué problema tenéis?

—Veréis, en realidad pedí que me trasladaran aquí.

—¿Qué le trasladaran a Yuso?

Teth asintió.

Ambos se miraron de refilón y rieron orgullosos. Uno de ellos aprobó su elección, alabando su buen gusto:

—No será el primero. Esta tierra es un paraíso.

Teth asintió con una sonrisa y añadió:

—Lo hice porque mi familia se mudó hasta aquí, hará unas semanas. Sin embargo no sé cómo podría dar con su paradero. No conozco para nada esta región... y quizá no estén precisamente en este pueblo.

Uno de ellos se acarició el mentón, pensativo.

—Pues en el pueblo no hay nadie nuevo —dijo—, sin embargo, sí que hemos visto movimiento, sí. —Se volvió a su socio y le dio con el codo en el brazo—. ¿Eh, tú...?

El compañero asintió por respuesta pero no dijo nada.

Teth juntó las palmas de las manos a modo de gratitud y miró al cielo como si sus plegarias hubiesen sido oídas.

—¿Queréis decir acaso, que ha venido más gente por aquí? ¿Gente nueva? Entonces debo darle gracias a Dios. Mis ruegos han sido escuchados; estoy seguro de que mis deudos forman parte de...

—Al pueblo viene poca gente, pero estáis de suerte... —le interrumpió el otro—. Hace un tiempo, aparecieron por aquí tres mujeres...

Teth no podía creer en su suerte.

—¿Tres? —exclamó—. ¿Eran tres... y mujeres?

—Así es. Pero también debo informaros, hermano, de que nada hemos vuelto a saber de ellas... Desde el día en que pisaron San Millán, los mozos del pueblo echan a las dos jóvenes en falta... —Rió y añadió—. Ya sabéis cómo es la juventud... no piensa en otra cosa...

—Y eso que ni las vieron —rió también el otro—. Les bastó con la descripción de Torcuato. Dijo que eran...

—¿Quién es Torcuato? —le cortó Teth.

—El único que tuvo la fortuna de cruzarse con ellas.

—¿Y dónde puedo encontrarle?

—No se lo tengáis en cuenta, hermano —pidió el que habló, en defensa de Torcuato—. Es buen hombre...

Teth negó con un aspaviento y con una sonrisa.

—No debéis temer en absoluto —le tranquilizó—. De ese buen cristiano, solo deseo información.

—Ah, en ese caso le diré que al ocaso se reúne con los demás viñadores, nosotros incluidos.

—En la taberna de la plaza —agregó el otro—. Allí se vende parte de las cosechas; en San Millán no nos faltan buenos vinos. Si no los habéis probado, estáis de suerte...

—¿No tendréis mal beber, verdad...? —le preguntó el primero.

Teth negó con la cabeza y con el dedo.

—¡En absoluto! —exclamó—. Recordad que me debo a Dios.

—Eso es bueno —dijo el hombre, suspirando—, si no sois como los otros, el pueblo está de enhorabuena.

Teth se puso tenso. Intentó serenarse y se dirigió con voz calmada al que acababa de hablar.

—Y decid, buen hombre... ¿esos «otros», son también foráneos?

—Llegaron hace dos días. Se alojan en el hostel...

—Supongo que serán buenos cristianos...

—Pues decídselo a las mujeres. Desde que vinieron, la calle, ni la pisan. También buscan a una chica, pero ni se les ha dado información, ni se les dará. A Torcuato no le gustan y no se fía... Con gente como ellos, hermano, todo el pueblo se vuelve mudo.

—¿Tan malos os parecen?

—Desde el enano hasta el más grandullón.

Teth no quiso oír más. Solo necesitaba que se pusiera el sol para hacerle una visita a Torcuato.

Adriano bostezó como un mono y se desperezó.

Uno de sus hombres, que parecía aguardar nervioso al despertar de la «bestia», ni siquiera esperó a que cerrara la boca, para espetarle:

—Nada de nada, señor. Ni señal de la pelirroja.

Adriano le miró como si aún no supiese dónde estaba.

—¿Habéis preguntado por ahí? Tienen que...

El lacayo se permitió el lujo de interrumpirle.

—Aquí no somos personas gratas, señor... Nadie dice esta boca es mía... Nos están cogiendo tirria... A usted en especial.

Adriano le miró como se mira a un cadáver. Se acercó a él, le agarró los testículos y apretó con fuerza hasta que se retorció.

—¿Duele? —Se lo preguntó mirándole a los ojos, pues el tipo se había arrodillado de puro

dolor—. Noto que no sientes los huevos... ¿Te gusta interrumpir, verdad?

El afectado no se atrevió a contestar, por temor a otro apretón; de todos modos no se le hubiera entendido.

Adriano le agarró del flequillo y tiró hasta que ambos quedaron frente a frente.

—Veo que has aprendido la lección. En cuanto tengas aire en los pulmones, reúne a ese puñado de inservibles.

En ese instante entró de manera apresurada otro de la camarilla.

—Señor, el pueblo está alborotado.

—Define: alborotado.

—Que nos han perdido el respeto.

—¿Insinúas que ya no nos temen?

—No señor, miedo sí que nos tienen. Por esa razón se han reunido; para armarse de palos, cuchillos y azadas.

—Mientras no se armen de valor para utilizarlo...

—¿A qué se refiere, señor?

—Perro que ladra, solo quiere intimidar...

—Vuestra frialdad me conmueve, señor.

—Reúne a esos imbéciles y que esperen en formación y bien despiertos... Y por supuesto, sobrios. O estoy muy equivocado, o el alzamiento contra nosotros se debe a las fechorías cometidas en la taberna.

—A eso y a algo más, señor...

Adriano se cruzó de brazos y le miró inquisitivo.

—¿Ha ocurrido algo que yo no sepa?

—Esta madrugada ha estado ajetreada. Mientras usted dormía, señor, tres de los nuestros se han colado en...

—¿Quééééé? —le cortó Adriano—. Mis órdenes eran claras respecto a eso.

—Lo recuerdo bien, señor... nada de meterse en casas ajenas. Pero tanto tiempo en la taberna, ya sabe... el vino no perdona.

—¿Y esos tres están conscientes?

—Duermen como niños, señor. ¿Les despierto?

—Reúne a todos. Si se han colado en casa ajena... y si no me equivoco, bajo alguna falda también, las cosas son distintas; por esa razón sí es capaz de rebelarse, matar, y hasta morir, un hombre que ha visto ultrajada su familia. Pocas cosas duelen tanto a un labriego humilde, como el sentirse despojado de los pilares que sostienen su vida; la familia, su dignidad y las tierras que trabaja... Y teniendo en cuenta que las tierras no son tuyas, nada les queda por perder si se le arrebatan las otras dos.

—Su elocuencia me conmueve, señor... Veo que tiene experiencia y es capaz de prever la reacción de la gente... ¿Qué propone entonces que hagamos?

—Ya te lo he dicho, reúne a todos. Debemos abandonar este pueblo.

—Una cosa más, señor...

—¿Qué ocurre? ¿Se te ha quedado algo en el buche?

—No señor, ¿pero qué le digo a la gente del pueblo?

—Dile a esos imbéciles que preparen los caballos. Eso hará que se tranquilicen y abran un hueco para que nos vayamos; después de todo, no desean otra cosa.

Bien protegido entre los árboles, Teth observaba la hilera de caballos que remontaba la pendiente. Guardando una distancia prudente, seguía sus huellas sin ser visto y sin perder de vista al grueso del grupo. Desde la niñez, había aprendido de Anué a moverse por el bosque como por su casa y a hacerse invisible entre la maleza.

Se despojó del engorroso hábito y lo cambió por unos calzones de cuero y un camisón cómodo de un color ocre claro que se confundía con los troncos de los árboles. Sus manos estaban protegidas por guantes de piel y su cabeza por un sombrero de ala ancha que, además de cubrirla la cabeza resguardándola del sol, le cubría parte del rostro.

El verde esmeralda de sus ojos se hacía más intenso y cristalino con los rayos solares, dándoles la apariencia de un manantial de aguas quietas; tan quietas como estaban sus pesquisas acerca del «Bastón» que le faltaba. Desde el momento en que se enteró de la muerte de Leonor, nada le motivó más que encontrar a su asesino. Y según lo que había conseguido averiguar, se trataba sin ninguna duda del enano que lideraba la comitiva tras la que iba. Se dijo a sí mismo que no lo buscaría hasta encontrar al asesino de la única mujer que había significado algo para él, y lo cumpliría fuese como fuese; el «Bastón» podía esperar un milenio para ser hallado, pero él estaba seguro de que ya no hallaría otro amor tan puro como el de una mujer que sentía lo mismo que él, sin necesitar ver su cara. Pensaba en ella cada día, y sabía que jamás podría olvidarla.

Decidió darle un respiro a su mente, y sacó algo para comer. Dado lo imposible de encender un fuego, para no ser descubierto, se provisionó de alimentos ahumados y crudos, además de un pellejo de vino que guardaba como oro en paño, regalo de Rodrigo, y que le había rellenado el bueno de Torcuato; un buen hombre que confió en él, y que se desvivió por abastecerle de hortalizas y frutas de temporada para el camino, además de informarle acerca del paradero de las mujeres: «la gruta de Gonzalo». Ni la menor idea tenía acerca del enclave donde encontrar esa dichosa cueva, ya que al parecer había bastantes más, sin embargo sí sabía que el enano iba buscándola también, y aunque no supiese ni el cómo ni por dónde empezar, una vocecita le susurraba al oído, que un tipo como ese sabía lo que hacía y le conduciría hasta la mismísima entrada.

Esmeralda cogió los bártulos y los arrastró hasta el carro.

—Cómo pesa este arcón —se quejó.

—Son mis libros y se vienen —la informó Catalina.

Mel aún se encontraba dentro amamantando al niño. Estaba nerviosa y no lo disimulaba.

Gonzalo intentó animarla.

—No pierda la calma, joven... —dijo—. Verá como la cosa se arregla. Siempre lo hace.

Mel se encogió de hombros a la vez que se lamentaba.

—No lo sé —dijo tras un largo suspiro—. Todo lo que ocurre, de una u otra manera, me aleja de mi hermano... El destino parece burlarse de mí.

—Y de él...

—Sí, es cierto. De él también. Parecemos condenados a no conocernos, a pesar de ser iguales... Qué contradicción... todo me parece tan absurdo, que...

Gonzalo suspiró largo y pareció desaparecer entre sus propios pensamientos. Un rato después, regresó con cara de satisfacción, dando la impresión de haber descubierto un remedio a los miedos que angustiaban a la muchacha, o al menos, un placebo que la ayudase a llevar la carga

—¿Quién sabe si eso es bueno o malo? —apuntó.

—No lo entiendo... —replicó Mel—. ¿Qué podría ser peor que no poder conocer al único

familiar que se tiene en este mundo?

Gonzalo apuntó al niño con el brazo.

—¿Y ese qué es? —ironizó—, ¿el vecino de enfrente?

—Bueno, aparte de mi hijo, claro...

—¿Siempre hay un aparte para cada queja suya...?

—Si usted tuviese un hermano, ¿no querría...?

Gonzalo no dejó que terminara la frase.

—¡Claro que querría! —exclamó—. Pero si fuese algo menos urgente que salvar el pellejo, también esperaría.

—Me había hecho tantas ilusiones... ¡Es mi hermano!

—¿Conoce el Génesis?

—¿Y eso qué es?

—Una historia de la Biblia —simplificó Gonzalo.

—Ah, del libro ese... En el clan contaban tantas y tan increíbles historias escritas en él... —Sonrió como si esos recuerdos se le agolparan en la mente y añadió—: Sí, del libro gordo también hablaban... Incluso usted ha contado una historia de demonios acerca de ese rey...

—En efecto, Salomón...

—Ese —asintió Mel—. Aunque viva cien años, nunca olvidaré ese nombre.

—¿Conoce la historia de Caín y Abel?

—Tengo la impresión de que no voy a tardar en saber de ella...

—Si quiere, se la cuento. Es raro que no la haya oído.

—Si piensa que vale la pena, empiece ya. Si no...

—Si no está interesada, mejor lo dejamos. Me molesta el tono en que me habla. Yo solo quiero ayudar, y usted no me lo pone nada fácil. Solo busca la confrontación.

—Disculpe si le doy esa impresión... Estoy nerviosa y deprimida. No me lo tenga en cuenta, no es contra usted.

—Sé que no es contra mí, pero cálmese un poco. Las cosas hay que tomarlas como vienen y no huir de ellas.

—Pero si es usted quien me ha pedido que huya...

Gonzalo hizo un aspaviento dejándola por imposible.

—¿Se la cuento, o no...?

Mel acomodó al niño en su otro pecho y encogió los hombros.

—Espero que sea de interés —dijo a modo de asentimiento.

—La contaré abreviada... —propuso Gonzalo—, dado el nulo interés que pone en conocerla. Pero lo haré como ejemplo de paradoja. Quizá la haga reflexionar.

Mel esperó curiosa a que empezara. Lo de reflexionar no estaba de más, con historia o sin ella. La voz grave de Gonzalo hizo que se centrara en escucharle.

—Para ser breve empezaré por decir que Caín y Abel eran hermanos... Y para acabar, que uno de ellos mató al otro. Según se cuenta, fue por celos... pero vaya usted a saber por qué lo hizo. Como poco, da que pensar.

—¿Y ya está? ¿Tanta insistencia para esto?

—Ya dije que sería breve.

—Pues vaya mierda...

—Sí que lo es, sí. Pero sirve de lección para pensar en algo más que en la lógica. A veces lo que sería recomendable, no es lo más saludable... Es bueno que busque a su hermano, pero... ¿Me entiende o me estoy liando?

—Creo que las dos cosas —dijo Mel, divertida.

—Ahora deberían marcharse. —recomendó Gonzalo con desgana—. Por cierto... —añadió—, ¿qué es eso que lleva; eso de lo cual nunca se desprende...? La otra noche observé mientras dormía, que lo apretaba con todas sus fuerzas.

Mel sonrió y le mostró la libélula. Siempre la tenía en la mano o colgando de su cuello.

—¿Se refiere a esto?

Gonzalo asintió con la cabeza y se aclaró la garganta.

—¿Es un insecto, o me lo parece?

—Es una libélula. Me la dio Tomás. Dijo que siempre me protegería. ¿Le gusta? Está envuelta en...

—En ámbar, lo sé... ¿Me deja verla?

Mel dudó un segundo, pero se la ofreció.

—¡Qué maravilla! —exclamó Gonzalo—. Es una obra de arte; el ámbar recubre su cuerpo y sus alas, siguiendo su contorno a la perfección. Más que envuelta en ámbar, da la sensación de estar hecha de él. ¡Curioso!

—¿Qué le parece curioso?

—Que alguien tenga destreza como para convertir un simple insecto en una obra como esa. ¡Es algo insólito!

Las palabras de Gonzalo despertaron la curiosidad de Mel, quien, alelada, observaba la libélula como si la viese por primera vez.

Tras darle media docena de vueltas, suspiró y encogió los hombros como si no entendiera qué había podido ver Gonzalo en ella.

—Pues qué quiere que le diga... no le entiendo...

—No se sienta culpable por ello. Es algo que se siente o no se siente. Ya aprenderá algún día a valorarla.

Mel volvió a mirar el insecto y arrugó el cejo.

—¿Tan magnífico cree usted que es?

Gonzalo asintió, convencido.

—Pues llámeme tonta, pero...

—No es el insecto en sí. Tampoco el material que lo recubre. Es el método empleado para ello. Es una obra de arte que roza la genialidad; eso está hecho por un sabio.

—¿Por un sabio?

—Se lo digo yo...

—Pues yo lo miro y solo veo un amuleto.

—Y lo es... La libélula es considerada como símbolo de buena fortuna; un insecto que atrae la buena suerte y la prosperidad. Anuncia regeneración, como el «Fénix»... En definitiva, anuncia una forma de palingenesia a quien la lleva como amuleto.

—¿De verdad cree eso? Yo no estoy tan segura. Todo lo que toco se convierte en ruina. ¿Qué palabra es esa? La he oído en alguna parte.

—¿Se refiere a palingenesia? es una palabra de origen griego que significa «volver a nacer». Se refiere, claro, al renacer simbólico; a la regeneración que anuncia eso que tiene en la mano.

De manera inconsciente, Mel miró la libélula.

—Pues conmigo no tiene ese efecto —dijo, alicaída.

—Sin embargo no se desprende ni un segundo de ella.

—Yo le he dicho que no estoy convencida, no que no crea en... En fin, dejémoslo. Estoy diciendo tonterías.

Gonzalo la miró indulgente y sonrió al ver cómo sus dedos encerraban el amuleto y lo apretaban con fuerza.

—Creo que sus compañeras habrán acabado de cargar la carreta. No estaría de más que se pusieran en camino.

En ese momento, Esmeralda entró para informar del visitante que todavía trepaba por la roca en dirección a la cueva.

—Por ahí sube un sujeto —dijo— que dice querer...

—Si sube, será Bernardo —la cortó Gonzalo.

—Pues Bernardo me ha hecho señas desde abajo; dice que tiene que contarnos algo.

—Ya imagino que no vendrá a traerme vino. Es muy tacaño. ¿Y qué ha dicho qué tiene que contarnos?

—Ni idea.

Bernardo no tardó en aparecer. Llegó sofocado y pidió agua. Gonzalo le lanzó el pellejo de vino.

—Bueno —agradeció—, si no tienes otra cosa...

—Ya sabes lo que tengo... ¿O querías otra cosa?

—Ya me conoces. Soy un tipo educado. —Lo dijo a la vez que daba un tiento—. Acepto lo que se me ofrece.

Gonzalo miraba con la boca abierta cómo estrujaba la bota, y escuchaba gorgotear el chorro en su garganta.

—Cuando te recuperes —propuso— me cuentas.

Bernardo le dio un respiro al pellejo y se limpió con la manga.

—Creo que una de tus huéspedes está muy solicitada.

—No me digas... ¿Y qué más?

—Una docena de tipos de aspecto patibulario, me han preguntado por un trío de mujeres.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Que la última hembra que vi, debe tener mi edad... Pero que preguntaran en el pueblo.

—¿Y de eso, cuanto hace...?

—Todavía están lejos, no temas. Conozco la montaña y sé cómo liar a la gente. Además son muchos para subir estas cuestas tan deprisa.

—¿Y ya está?

—¿Te parece poco? He venido a avisaros con tiempo.

—¿No has dicho que una de ellas está muy solicitada?

Bernardo se apartó la bota de la boca, tragó y eructó.

—Ah, síii... —dijo mientras se limpiaba de nuevo con la manga—, eso fue después. Me lo preguntó otro tipo.

—¿Otro? ¿No sería uno de ellos...?

—Bernardo negó con la cabeza, porque tenía la boca abierta y el codo empujado. Tras su acostumbrado ritual de limpieza con manga, chasqueó la lengua complacido y le informó:

—Ese iba por su cuenta. Parecía muy preocupado por no dejarse ver por la tropa que le precedía.

—¿Y...?

—Y quiso saber si había visto por aquí a una pelirroja.

—¿Y ya está? ¿Te preguntó por la pelirroja y se fue?

—Dijo que corría peligro, y que debía dar con ella; al menos, antes que la tropa que le llevaba la delantera.

—¿Y cómo era? —le preguntó Mel.

Bernardo pareció fijarse en ella en ese momento.

—Pues si le digo la verdad, llevaba un sombrero muy ancho calado hasta las orejas; no pude ver bien su cara... —Chascó los dedos y meneó el índice—. Lo que sí llamó mi atención —añadió sin dejar de menear el dedo— fue que su cara era pálida y llena de pecas... como la suya.

La mirada de Mel pareció iluminarse.

—¡Tiene que ser él... —exclamó—. Recuerdo que dijo estar vigilándome. Nos ha seguido.

En ese instante entró Catalina, quien había permanecido en la boca de la gruta.

—Puede ser... —dijo—. Pero si está solo, poco podrá hacer frente a una docena de vándalos que, según cuenta este —señaló a Bernardo—, le lleva ventaja... Así la cosa, no nos hagamos ilusiones y salgamos de aquí... más que nada, por no poner en riesgo la vida de Gonzalo. Una vez comprueben que no estamos, se irán y volveremos; para entonces, esta gruta se habrá convertido en el lugar más seguro del mundo.

Gonzalo alabó la idea de Catalina.

—Estoy con ella —dijo, convencido—. Creo que esos se irán con la música a otro lado en cuanto se convenzan de que no están aquí. A partir de entonces, como bien ha dicho, esta montaña se convertirá en el lugar más seguro del mundo.

Mel rechazó, rotunda.

—Sí nos vamos ahora, nunca conoceré a mi hermano.

—Y si dieran con usted —intervino Bernardo—, ¿de qué le serviría conocerle?

—No puedo perder esta oportunidad que me ofrece el destino —dijo, convencida—. Quizá él sea la solución de todo este embrollo. Estoy harta de huir. ¡Me quedo!

—Entonces —propuso Gonzalo—, por el bien de sus compañeras y por el mío, solo le queda una solución.

—¿Cómo? —exclamaron las tres a la vez.

—De otro modo —continuó—, todos corremos igual peligro... Si la encuentran, y no dude que eso harán, los que estemos a su lado seremos tan víctimas como usted... No sé lo que tendrán pensado hacer con usted, pero sí lo que harán con nosotros... Además, lo de la huida hubiera estado bien si dispusieran de algún día de ventaja, no así; correr a la desesperada, no es lo que yo llamaría una idea brillante. Razón no le falta. No sé como no lo he pensado antes. —Se dio un capón—. Lo de huir era un error.

—¿Y qué podemos hacer entonces?

—Pregúntese mejor, qué puede hacer usted... A ellas, por lo que yo sé, no las necesitan para nada.

—¿Entonces, qué hago? —dijo en tono de lamento.

—Recuerde: «la puerta de la vida... es la muerte». Y si no estoy equivocado, usted quiere vivir, ¿no?

—Pues claro...

—Entonces... —concluyó—: ¡tiene que morir!

LII

LA HIERBA DEL SUEÑO

Adriano retiró el sudor de su frente con el canto de la mano y miró a los que le seguían.

—¡Tú! —ordenó al que tenía más cerca—. Échale una miradita a la parte del camino que se oculta tras aquellos árboles. —Señaló el punto exacto alargando el brazo y le dio una palmadita en la espalda—. Me ha parecido ver el polvo que levantan los cascos de un caballo —explicó.

El mercenario puso su mano como visera y entrecerró los ojos para encuadrar bien el lugar.

—Yo no noto nada, señor.

Adriano le respondió con un leve carraspeo y permaneció en silencio.

El tipo captó la señal al vuelo, y sin decir esta boquita es mía, espoleó a su caballo y se dirigió al lugar como si le persiguiera el diablo.

La cuadrilla continuó. Pasado un rato, Adriano volvió la testa hacia el lugar de su sospecha.

—¿Todavía no ha vuelto ese imbécil...? —preguntó al que tenía por compañero.

—Se refiere a Sim...

Adriano le dio con la fusta en la boca.

—¡Te he preguntado su nombre? —exclamó, rojo de ira—. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

—Disculpe, señor. Es una costumbre de años...

—Ve a ver si le ha ocurrido algo.

—Como ordene, señor.

Adriano le siguió con la mirada hasta que entró en la arboleda, y no apartó los ojos del lugar en que lo perdió de vista; esperó un tiempo que le pareció prudencial y se dirigió al resto.

—¡Atención, todos! —voceó.

La cuadrilla que le seguía fue deteniéndose en escala.

—Está claro que hemos descuidado bastante nuestras obligaciones; tanto, como para no habernos apercebido, y yo me incluyo, de que alguien viene siguiéndonos desde que abandonamos San Millán.

Nadie esperaba una reprimenda como aquella, pero lo único que quebró el silencio campestre, fue el relinchar de los caballos.

Como nadie replicó, Adriano continuó:

—O muy poco he aprendido en este oficio —dijo—, o a estas alturas de la mañana, sois dos menos... Y eso sin atreverme a vaticinar cuantos faltaráis a la caída del sol, caso de continuar con esa parsimonia de bien comidos y mejor bebidos, que os tiene aletargados como lagartijas al calor de las rocas. El día se presenta algo inquietante; ya faltan dos, y todavía no hemos comido...

Todos se volvieron de forma inconsciente, pero nadie abrió la boca; ni siquiera para lamentar las pérdidas.

—¿Y qué debemos hacer? —se envalentonó uno, por fin—. Tampoco es seguro que estén muertos. Quizá...

—Adelante —le cortó Adriano—, ve a comprobarlo.

El mercenario se llevó el pulgar al pecho.

—¿Yo, señor? ¿Yo sólo...?

Adriano desperdigó la mirada a modo de pregunta.

—Pues parece ser que sí —dijo, alzando los hombros.

—Pero, señor —se retractó—, yo quería decir que...

Adriano tiró de espada y al tipo se le atascó la lengua.

—Ya voy, señor...

—Ya estás perdiendo tiempo —dijo mientras envainaba de nuevo. Espero con ansia tu regreso.

Cualquiera que hubiese presenciado aquella escena, y sido testigo del estado de ánimo de quienes componían el dramático acto de pertenecer a ella, se hubiera apercebido de que ni siquiera los caballos apartaban los ojos de la polvareda que levantaba con su galope, el del desdichado que cabalgaba como un demonio hacia su destino.

Solo cuando le vieron desaparecer entre los árboles, y no hacerse visible al poco, se atrevieron a relinchar.

La voz de Adriano les hizo apartar los ojos del lúgubre lugar y regresar a sus monturas. A los caballos les ocurrió algo similar y comenzaron a menearse inquietos.

—¿Alguien más, tiene dudas acerca de mis sospechas?

Todos alabaron mentalmente la perspicacia de su jefe y se felicitaron por no haber sido ellos los enviados como chivos expiatorios al matadero; porque conociendo a esos tres, y sabiendo de sus habilidades guerreras, de lo que sí estaban más que seguros era de que se habían convertido en abono.

—¿Cuál es el siguiente paso, señor? —preguntó uno.

—No sabemos cuántos pueden haber tras esos árboles —calculó Adriano, agitando la cabeza—... pero lo que sí que sabemos es que han podido deshacerse de esos tres, y sin hacer ruido... Eso dice mucho de ellos. Aun así, esto hay que solucionarlo ya... Pase lo que pase, no podemos quedarnos quietos. Somos guerreros.

En ese momento, el ruido producido por las ruedas de un carro que descendía la pendiente hacia donde ellos se encontraban, interrumpió el discurso de Adriano.

Todos a una se volvieron en la dirección contraria.

El carro fue aproximándose despacio, y se detuvo de forma brusca y entre relinchos a una distancia prudente.

Adriano eligió al que tenía más cerca.

—Acércate a ver por qué diablos se ha parado el carro ahí y averigua quien es y a dónde va... Tenemos un carro al frente y a saber quién o quienes detrás. Esto está muy concurrido hoy... ¡Demasiado!

El mercenario ni rechistó... Partió antes de que su jefe terminara de hablar y en dos zancadas se encontraba con el conductor del carro, que le recibió, cordial.

—Alabado sea Dios, hermano.

El mercenario respondió con un gruñido.

—¿Les ocurre algo? —preguntó intentando controlar al caballo—. ¿A qué se debe esta detención?

—¡Oh! —Debe disculparnos, hermano. Nos dirigimos al pueblo... Llevamos un cadáver.

—¿Y por un fiambre se han detenido?

—No es un cadáver cualquiera, hermano.

El mercenario soltó una risotada.

—¿Ah, no...? ¿Y quién ha tenido el gusto de morirse?

—No tengo objeción en mostrarlo... no obstante, eso sería poco ético por mi parte. Está de muy mal ver...

—¿Y eso por qué...?

—Su muerte ha sido algo inesperado. Ninguno de los que la hemos presenciado habíamos sido testigos de nada parecido en nuestras vidas. Parece cosa del diablo.

—¿A qué se refiere?

—Ya me gustaría a mí saber qué mal se ha llevado a la muchacha, porque no tiene explicación. Era tan joven...

—¿Dice que es una mujer?

—Y joven, hermano... muy joven. Acababa de llegar no hacía mucho, y nos pidió ayuda.

—¿Ayuda? ¿Qué tipo de ayuda?

—¿Quién sabe? Ya no se encontraba bien... Divagaba y tenía fiebre alta. —Se persignó—. En fin —concluyó con un suspiro lastimero—, que Dios la acoja en su seno.

—¿Cuántos van en el carro?

—Cuatro y la muerta.

—No se muevan de aquí... Ahora vuelvo.

—¿Y a dónde íbamos a ir? —ironizó Gonzalo, viendo cómo se alejaba.

Al rato se presentó todo el grupo, Adriano en cabeza.

Gonzalo se puso en pie sobre el pescante y les dio una calurosa bienvenida.

—Alabado sea Dios, hermanos. Que la misericordia y los favores del Señor sean con todos ustedes.

Adriano dio un par de vueltas al carro sin bajarse del caballo y acabó frente a Gonzalo.

—¿Cuántos ha dicho que son...? —le preguntó.

—Somos cuatro...

—Y la muerta, qué...

—Con la muerta, cinco. Ya se lo dije a...

—¡Bajadla! —le cortó.

—Pero eso sería una imprudencia, hermano...

—¿Imprudencia, por qué? Le ordeno que me enseñe a la muerta. Y sin pérdida de tiempo.

—Como ordene, hermano... Nosotros la bajamos, más debéis ser quienes la abráis... Nosotros hemos arriesgado bastante metiéndola y tapándola.

—¿Qué diablos insinúa?

—No sabemos de qué ha muerto, y la verdad... ya nos importa un bledo... Pero no nos gustaría pasar de nuevo por ese trance. Su aspecto es patético. No la tocaremos...

—Seguro que los he visto peores —rio Adriano—. Mi paciencia es grande, pero no juegue con ella. ¡Bájela!

Gonzalo soltó un gruñido, y la puerta trasera del carro comenzó a chirriar como si le hubiera oído.

Catalina y Esmeralda se apearon. Sus rostros parecían demacrados por la tragedia y estaban todavía húmedos y enrojecidos a causa de las lágrimas.

Bernardo, quien no se separaba del odre, se apeó tras ellas, y en cuanto tocó tierra, se dispuso a echar un trago.

—¡Viva el vino, hermanos! —exclamó, jovial.

Adriano le observaba desconfiado. Miró a Gonzalo de reojo y luego a las mujeres.

—¿Y a este qué le pasa? —preguntó—. ¿Celebra algo?

Catalina se anticipó a Gonzalo.

—Es quien ha tratado a la muerta —le informó—. No acaba de aceptar que se le haya ido. Tenga en cuenta que ha muerto en su cueva... Yo he intentado explicarle que estos males rara vez tienen solución, pero nunca escucha y se esconde tras los vapores del vino... —Suspiró—. En fin, mejor así. Todo lo que no sea sufrir...

—¡Bajadla y abrid la caja! —Señaló a los dos.

Bernardo levantó la bota, y se detuvo con ella en alto.

—Perdonen... —Se disculpó mirándoles por el rabillo del ojo y preguntó—: ¿Puedo?

Adriano removi6 el culo sobre la silla y resopló.

—Me gustaría acabar con esto cuanto antes, viejo.

—Está bien, está bien —dijo Gonzalo. Yo les ayudaré a bajar la caja. El resto es cosa vuestra; si se la llevan, eso que nos ahorramos.

Posaron la caja con mucho cuidado y Gonzalo se llevó las manos a los riñones en cuanto consiguió erguirse.

—Ya no está uno para esto... —se lamentó. Paseó los ojos de mercenario en mercenario y se detuvo cuando se topó con los del enano. Hizo una reverencia y dijo:

—Toda vuestra, hermanos. Disponed de ella como...

—Como tenga que repetirlo, le van a enterrar junto a ella —sentenció Adriano—. Aunque sea un anciano, no le permitiré jugar con mi paciencia.

Gonzalo quiso decir algo, pero Adriano se adelantó.

—¿Va a abrir esa caja de una puñetera vez...?

Gonzalo suspiró como si le costase dar ese paso.

—Como desee. Pero no me haga a mí responsable de las consecuencias; ya le avisé acerca de los riesgos.

Tiró de la tapa y dejó visible el cuerpo de Mel. Su cara estaba roja y sus labios secos y agrietados. Sus ojos ya no brillaban y parecían bolas hinchadas que tensaban la piel de sus párpados como si quisieran hacerlos estallar.

Su melena había sido colocada a propósito sobre sus pechos desnudos, solo cubiertos por una gasa y llenos de rojeces que todavía parecían supurar líquidos orgánicos.

Adriano la examinó sin acercarse demasiado.

—¡Uf! —Escupió y miró a Gonzalo—. ...¿Cuándo dice que murió? Parece que esté pudriéndose.

—Ayer tarde... La hemos velado toda la noche, y creo que es tiempo de poner tierra de por medio. Es peligroso y poco inteligente alargarlo, ¿no es cierto...? ¿Piensa que será algo contagioso? ...Si desea llevársela a San Millán, se lo agradeceremos. Nosotros ya nos hemos expuesto lo nuestro... Total, es puro trámite. Aunque para no poner en riesgo a los del pueblo, estamos tentados de enterrarla en algún lugar de la montaña. ¿Qué opina sobre eso?

—Al menos, podrían haberle tapado los ojos.

—Imposible.

—¿Imposible?

—Si los hubiera visto cuando ella agonizaba, no se le hubiera ocurrido tocarle ni una pestaña, señor...

Adriano la observó de nuevo, esta vez de arriba abajo; especialmente su pelo rojo. Coincidió a la perfección con la descrita por Sancho, pensó. La búsqueda había llegado a su fin; un final inesperado y descolorido, pero que daba portazo a los sueños amatorios de la parte contratante.

Imaginó cómo reaccionaría cuando le diera la noticia y sintió un escalofrío. El viaje de regreso se le iba a hacer corto.

—¡Cubrid esa carroña! —exigió, tapándose la nariz—. Y largaos de aquí, antes de que me arrepienta.

Se volvió a los que obstruían el camino y les hizo un gesto con el brazo para que les dejaran pasar.

Uno de sus hombres se acercó a él y le preguntó:

—¿Y ahora qué, señor? ¿Regresamos a la hacienda?

—De momento esperaremos aquí. Quiero ver lo que ocurre cuando el carro tome aquella curva... Si nada, las cosas están claras; quien sea, nos quiere solo a nosotros.

—No se me ocurre nadie, señor...

—Puede ser enemigo de quien nos paga. Alguien que quiere lo mismo que él, quizá...

—¿A la pelirroja?

—Es posible. Pero no veo a un hombre como Sancho, con poder y dinero, obsesionarse por una mujer. Algunos detalles son demasiado evidentes como para pasarlos por alto... Algo más debe haber.

Teth, tras un árbol, observaba atento el paso del carro. A su lado yacían inertes tres cadáveres pasados a estilete y cubiertos con maleza, ramas y hojarasca.

Caló su sombrero hasta las orejas y les salió al paso en cuanto tomó la curva y no fue visible para la cuadrilla de matones que, imaginó, estarían atentos a lo que ocurriría a sus ocupantes.

Gonzalo pensó que era uno de los hombres del enano.

—Los vuestros nos han dejado ir —le informó.

Teth se dio cuenta de su confusión, pero no le desdijo.

—¡No mienta! Tengo orden de revisar cuanto sea que transporte en ese carro.

—Le dije a su superior, que si el cadáver le interesaba, podía quedárselo. ¿Imagina su respuesta? En cuanto tuvo a la chica delante, se tapó la nariz y escupió baba.

—¿La chica? ¿Qué chica?

—Ya veo... —Suspiró—. Tendré que reabrir la caja.

—Ve muy bien... ¡Adelante!

Gonzalo abrió la puerta trasera y tiró de la caja hacia afuera. Teth le ayudó.

Esmeralda y Catalina permanecieron quietas al fondo del carro. Teth las vio, y adivinando quienes eran, no las consideró un peligro.

—Ábrala —pidió. Gruesas gotas de sudor caían de sus sienes mientras hablaba; viendo quienes quedaban, debía ser quien menos deseaba que fuera.

Gonzalo levantó la tapa y la estampa de su hermana le saltó a los ojos como un gato herido. Apretó los dientes y los puños hasta hacerse sangre, y tuvo la sensación de ir a desplomarse, pero se serenó como pudo, y con los ojos inyectados en sangre, trató de disimular su dolor.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó con voz trémula y deseando escuchar cualquier otro nombre que no fuese el de su hermana; sabía que era imposible, pero en aquel momento estaba dispuesto a engañarse a sí mismo; lo que fuera le venía bien y era mejor que nada para atemperar el dolor; un dolor que no recordaba haber sentido jamás; un dolor tan intenso como una muerte vivida.

—¿Su nombre es Gonzalo, verdad? —se adelantó.

—¿Me conoce? ¿Quién le ha hablado de mí?

Teth agachó la cabeza y apretó los puños.

—Puede continuar —le dijo.

Gonzalo se inclinó agradecido, juntó las palmas de las manos y subió al pescante.

—¡Gracias! —exclamó mientras arreaba a los caballos. Apenas se habían alejado unos pasos, se giró, pero ya no quedaba ni rastro de Teth; parecía haberse disuelto en el aire.

Mientras se acomodaba en el pescante para continuar, escuchó la voz de Catalina.

—¿Un tipo raro, ¿verdad? Para ser un rufián...

Gonzalo asintió como si ella pudiera verle.

—Cierto... raro de verdad. ¿Si le dijese que ha llorado como un niño, se lo creería?

—Entonces —apuntó Catalina—, lo de raro le queda corto, y lo de rufián, largo... ¿Aún puede verle?

—Ha desaparecido como un fantasma... se ha desleído en el aire, o quizá entre sus propias lágrimas. A saber...

Catalina soltó una risotada y le puso la puntilla:

—Ahora solo tiene que evaporarse el efecto mágico y oportuno de la belladona.

—De la belladona... y de algún mejunje más. Pero sí, la hierba del sueño no falla.

La comitiva esperó a que el carro se alejara lo suficiente como para no volver a toparse con él, y solo entonces se decidió a examinar el lugar dónde desaparecieron los tres compinches que pagaron con sus vidas los errores fatales de todo el grupo: sus despistes y su exceso de confianza.

Exploraron toda la zona, y tras no descubrir más que a sus acólitos, se decidieron a buscar un buen sitio para los caballos. Acamparían allí y al día siguiente regresarían a Roncesvalles... Con la cabeza gacha, pero regresarían.

Si existía un lugar donde Teth se encontrara como en su casa; un lugar donde sintiera la fuerza del entorno con la misma pasión que los latidos de su corazón, y se uniera con el paisaje fusionándose con él, era el bosque. En uno creció hasta que quedó solo, y en uno estaba de nuevo en el trágico momento en que la soledad; la verdadera, pues nadie con vida le quedaba, abría en canal las venas de su dolor; de un dolor que nunca desaparecería, aunque mil años viviera... aunque la eternidad tocara a su puerta.

Observó las llamas de las hogueras; aún estaban vivas, y esperó paciente a que la noche las extinguiera.

Observó también a los mercenarios y comprobó que a pesar de la tensión de la jornada, sus energías no decaían; eran tan palpables como patente aún su sobriedad.

Se resignó; el vino era su aliado; acabaría extinguiéndoles como la noche a las llamas.

El fulgor de las fogatas fue menguando hasta convertirse en brasas y el vigor de los hombres decayendo hasta solo ser carne. Solo la luna había crecido.

Teth se acercó con sigilo hasta donde acampaban y los contó; diez hombres eran demasiados; aunque estuviesen cargados de vino, no por ello dejaban de ser guerreros, ni perdían su instinto asesino.

Buscó al enano y comprobó que estaba custodiado por dos individuos que yacían a su lado; tan pegados a él, que casi no corría el aire entre el trío.

Desenvainó el estilete y se acercó a ellos con cautela y sin hacer ruido. Cuando estuvo a su lado, se arrodilló y le colocó una mano en el cuello a cada matón... estaban tan ebrios que ni siquiera notaron cómo unos tenaces dedos presionaban sus carótidas cortándoles el flujo sanguíneo.

Sin perder un segundo, hundió el estilete en el cuello del enano a la vez que le tapaba la boca,

presionándole la mandíbula contra la nariz y el pecho con la rodilla.

Adriano estaba sobrio. Con seguridad, el único que no probó una gota aquella noche fue él, y no solo porque su instinto de supervivencia se lo desaconsejara... Tampoco porque su elevado sentido profesional le obligara a ser el ejemplo a seguir por quienes estaban bajo su mando. No, no era por nada de eso, sino porque a él solo le gustaba la cerveza. Y por ese motivo; por estar sobrio, sintió el frío acero entrar lentamente por su garganta; tan lentamente, que cada pequeña presión que recibía, parecía punzar sus cuerdas vocales, sin llegar a asfixiarle. Apenas conseguía gorgotear una palabra.

Teth le soltó la mandíbula y le acercó la cabeza para que pudiese ver quién le mataba. Aunque estaba oscuro, la luna permitió que distinguiera los rasgos de su rostro.

Acercó sus labios al oído del mercenario y le susurró:

—¿Quién te paga?

El rostro de Adriano ni siquiera cambió el gesto. Sabía que un día u otro aquello tenía que suceder y estaba muy concienciado; llevaba toda su vida preparándose para ese fatídico momento.

Le invitó con el índice, en ademán de ir a decir algo.

Para no perder detalle, Teth acercó el oído a su boca.

Adriano sacó fuerzas para agarrarle el cuello y acercar sus labios a su oreja hasta mancharla de sangre.

Una vez le tuvo pegado, entre bocanadas sangrientas, farfulló:

—«¡Vai a farti fottere!».

NÓMADAS DEL TIEMPO

SEGUNDA PARTE

LIII

PARSIFAL

BAVIERA
26 DE JULIO DE 1882

Carlos de Marena, alias Sancho Ramírez de Triana, se apeó de su flamante *La Mancelle* y le ordenó a su chófer esperar en las cercanías del Bayreuther *festspielhaus* con una consigna: estar preparado para una salida rápida.

Aquel día no era uno cualquiera. El siempre polémico compositor Richard Wagner, estrenaba allí, en Bayreuth, su última y una de las mejores óperas: *Parsifal*. Y lo hacía en un teatro concebido y construido por él mismo, como sede para representar en exclusiva sus propias obras.

Carlos divisó el inmueble y meneó la cabeza; para que aquel edificio de ladrillo rojo pareciese un teatro, faltaba, según él, la puntilla; carecía de la gracia que le agradaba. Durante años se había dedicado a apreciar la música, y se había recorrido los principales templos operísticos de las más emblemáticas ciudades europeas; especialmente tres: El Teatro Garnier de París, inaugurado pocos años antes, el de la Ópera Estatal de Viena y el más antiguo de todos, El teatro di San Carlo, en Nápoles; incluso el de Londres, La Real Ópera, le parecía una excelencia. Pero ese...

En fin, que todos le gustaron más que el Bayreuther.

Se resignó con un largo suspiro y caminó a paso lento; después de todo no había ido allí para admirar el teatro, sino porque el bueno de Wagner estrenaba *Parsifal*. Eso tenía poco de trascendental para el resto del mundo, más no para él; ni para él ni para quien tuviera la satisfacción de poseer el otro Bastón, que si de algo estaba seguro, era de que tampoco se la perdería.

Mientras caminaba examinaba con atención a cuantos se encontraba en la vía, esperando descubrir su identidad a través de sus rasgos latinos, y por qué no, con algo de suerte, su equipaje de mano: «El Palo de la vida».

También se le pasó por la cabeza, que su antagonico e invisible personaje pudiese tener rasgos escoceses, ya que de un modo u otro, debió ser afín a Dragan. Pero de una u otra manera y ocurriese como ocurriese, sabía que si le ponía la vista encima, sentiría algo... su vibración, quizá.

Llegó a la puerta de entrada, sin que nadie llamase su atención; de alguno dudó debido a su fisonomía, altura o ademanes característicos, sin embargo, a todos les faltaba algo; unos porque era demasiado evidente, otros porque no reunían suficientes requisitos como para sospechar de ellos... En fin, que ninguno encendió la chispa.

El segundo chasco se lo llevó cuando comprobó que allí no había palcos... él siempre pensó que presenciar un espectáculo desde un balcón, era y con diferencia mucho más ventajoso; especialmente cuando se trataba, como en su caso, de una tarea de sondeo.

Pensó que no era su mejor día y se resignó.

Había pasado el tiempo pero no la vida, y ni el amor ni el deseo se habían extinguido. Leonor aún vivía; solo en su cabeza, pero vivía. El dolor había mitigado, pero su ansia de venganza continuaba intacta y se había convertido en el motor de su vida... Y aunque era una herida sin sangre que ya no dolía, jamás perdió la esperanza de encontrar a quién ordenó su muerte... no sabía el cómo ni el porqué, pero su voz interior le decía que el tiempo y la vida eran implacables y acabarían por ponerles frente a frente.

Tampoco desaparecía de su cabeza la imagen de Mel... cuando la recordaba, su mente aislaba el día que la vio en la caja y la sustituía por el momento en que la conoció.

En cuatrocientos años, no hubo un solo día en que no pensara en ambas; Leonor y Melissende eran su sonrisa y su llanto; su paradigma de vida... Su dolor y su amor eran uno y se convencía día a día de que la felicidad, igual que las personas, se confeccionaba con retales de pasado y se remataba con momentos inacabados; trozos inconclusos; fragmentos de vida, sin acabar y sin pulir, que la mente y la imaginación se encargaban de zurcir y de adornar a su manera.

Posiblemente fuese esa la causa de que al entrar en el teatro, retumbase en su cabeza, quizá con más fuerza que nunca, un mensaje que hasta ese momento no había oído más que en sueños:

«Solo puede quedar uno»

Se preguntó si sería una señal; un aviso de que cuanto sospechó fue fundado y de que su antagonista debía estar próximo. También se preguntó si atormentaría su cabeza el mismo mensaje, y por supuesto, si padecería su mismo tapón mental; esa amnesia paulatina que, estaba convencido, era consecuencia de su contacto con el Bastón.

Pensó en Anué y recordó sus enseñanzas. Rememoró, como hacía a menudo, su niñez y adolescencia, viéndose rodeado de libros y de ciencia; recordó cómo absorbía los conocimientos prohibidos que le transmitían el druida y el mago, y cómo su corazón vibraba con el del universo... Por aquellos días se sabía encadenado a una sabiduría sin fin; una ciencia ancestral que no aparecía en los libros y que su mente absorbía sin esfuerzo.

Pero todo cambió cuando tuvo el Bastón. Se preguntó mil veces por qué ya no le ocurría lo mismo; por qué ese saber que un principio no conocía fronteras, se había ido estancando y con qué propósito... Sin embargo todas esas preguntas quedaban una y otra vez sin respuesta.

La voz de la mujer que estaba a su lado le liberó de sus atormentados pensamientos. No acudió sólo al teatro, ya que imaginó que sería lo esperado por su antagonista y lo que podría delatarle, por ello se presentó acompañado de una joven; tanto, que tuvo problemas para entrar.

Afortunadamente el dinero lo arregla todo y por fin y gracias a Dios consiguieron asiento.

—¿Puedes explicarme de qué trata? —preguntó ella.

La respuesta de Teth fue escueta.

—De un caballero.

Ella observó su entorno y encogió los hombros.

—Aquí hay muchos caballeros —dijo—. Si solo dices eso... —Miró a su alrededor y añadió—: Todo el mundo parece haber salido de un palacio, dada su elegancia. Y la clase de las mujeres que llevan colgadas, ni te digo...

Teth rió la gracia y extendió la explicación.

—El caballero de la obra era muy distinto... era de los de lanza, espada y armadura.

—¿De los que rescatan doncellas?

Teth volvió a sonreír; la chica era una cortesana cuyo atractivo y frescura le recordaban a la

malograda Leonor. La había conocido en uno de los tugurios que frecuentaba en París y habían ido en tren hasta Alemania. Teth se había hecho cargo de cuantos gastos pudiese ocasionarle, a cambio de que se hiciese pasar por su esposa, y a ella le gustó la idea; estaba encantada de haber viajado hasta allí y del trato que todo el mundo le dispensaba.

Teth sonrió, le tomó una mano y la besó.

—En efecto —contestó—, doncellas como tú...

La muchacha se ruborizó.

—Eres muy atento —le dijo— y te lo agradezco. Más no olvides quien soy ni dónde me encuentre. Todo esto es muy bonito, pero...

Teth masajeó su mano, la besó de nuevo y la miró con cariño.

—Te encontré donde te encontré, porque una mujer de tu talento —recordó a Leonor mientras lo decía— no podía estar en otra parte. Eres tan hermosa como natural y fresca; tan bonita como tu nombre.

—¿De verdad te gusta mi nombre?

—Tanto como tú, Madeleine.

Su rostro se sonrojó de nuevo.

—¿No me mientes? No es necesario que...

—Jamás miento cuando hablo de belleza en un estado de pureza como el tuyo —la cortó—. He tenido que ver y conocer a muchas para llegar a esta conclusión... No lo dudes, eres tan fresca y pura como una flor sin cortar.

Una lágrima emergió de sus ojos grises y correteó por sus mejillas hasta acabar en la comisura de sus labios.

—Soy una puta... —dijo a la vez que la retiraba con el nudillo del pulgar.

—Eres una mujer... La vida no os trata a todas igual ni os da las mismas oportunidades. Sé de lo que hablo.

Por primera vez en su vida era admirada y agasajada a partes iguales y de manera sincera; se sentía flotando en una nube y todo le parecía un sueño; un sueño tan irreal como maravilloso; un sueño del cual no quería despertar.

Tanto Teth como los otros caballeros encumbraban su belleza con suma elegancia y respeto... Se sentía casi una diosa; hasta entonces, ninguna mujer había envidiado su belleza, ni hombre alguno la había atendido como a una dama.

Recordó el dicho: «el hábito no hace al monje», y una sonrisa satírica se perfiló en su semblante. Esa máxima, pensó, necesitaba ser revisada muy a fondo... la gente iba equivocada al respecto.

—En fin... —replicó Madeleine—, a las mujeres nos agradan las lisonjas aunque no sean verdad. Pero todavía no me has dicho de qué trata realmente la obra... Piensas que soy tonta, ¿verdad?

Teth negó con la cabeza y se resignó con un suspiró.

—Como te dije, trata de un caballero de lanza, espada y armadura, cuyo nombre es Perceval. Y ese tal Perceval era súbdito del rey Arturo, siendo uno de los destacados caballeros pertenecientes a la famosísima mesa redonda.

—¿Y dónde está la gracia?

—La gracia —rió Teth— está en que Perceval fue el célebre caballero que partió en busca del Grial.

Madeleine frunció el ceño y entrecerró los ojos.

—¡Ah, sí, esa parte me suena —dijo, dubitativa—. Lo que también me suena... —añadió tras

un carraspeo— es que el que me contó la historia, aseguró sin dudarle que era una leyenda inventada y sin fundamento.

—Y tenía razón —afirmó Teth—. Es entretenimiento puro... Algo para pasar el rato.

Sancho Ramírez de Triana suspiró y resopló quisquilloso.

El acto tardaba en comenzar, y harto de ojear el entorno, cerró los ojos y dejó volar sus pensamientos. Inevitablemente, como venía ocurriéndole desde hacía cuatrocientos años, el rostro de la gitana se dibujó en su mente a la perfección; de forma nítida y con cada arruga y cicatriz... hasta el brillo de sus ojos parecía deslumbrarle, con solo evocar aquel momento; incluso su sonrisa y sus labios de carne sonrosada parecían repetirle aquellas palabras que quedaron esculpidas en su mente como tatuaje pétreo:

«Levante una carta, señor»

Hasta se veía a sí mismo ceja alzada y gesto intrigado, dándole la vuelta al dichoso naipe.

La torre invertida no se había borrado de su cabeza ni un solo día en cuatrocientos años, y dadas las circunstancias, ni intención tenía de hacerlo.

Bien sabía Dios que la había relacionado con la torre del castillo de Dragan, y la de veces que había intentado comprar el fuerte. Pero siempre era uno de los criados el que recibía a los visitantes; año tras año, criado tras otro, constituyeron una muralla entre su anónimo propietario y quienes buscasen conocerle o tratar con él.

Por supuesto había sido precavido y tomado medidas de seguridad, pues jamás se presentó en persona; siempre lo hizo a través de terceros a quienes cedía poderes para negociar en su nombre, pues si de algo estaba seguro, era de que el propietario tenía muchas posibilidades de ser el dueño y señor del otro Bastón, e investigaría a cualquiera que pusiera los pies en sus dominios. Él hubiera hecho lo mismo... Todo bien pues en lo referente a las formas, más no así en los resultados; ahí, nada de nada. El fuerte continuaba siendo su bestia negra; su meta inalcanzable. Tan inalcanzable como el dichoso «palo» que necesitaba para darle la vuelta al tiempo.

Abrió los ojos y dio un repaso a la sala. Nada de nada.

Quizá había puesto demasiadas esperanzas en aquella ópera, pensó. Quizá su copropietario eterno, no se había decidido a dar el paso, ni vio aquella obra como algo tan trascendente; algo que le animara a acudir a ese teatro en busca del complemento que le faltaba para convertirse al fin en el amo y señor del tiempo.

Intentó no obsesionarse y suspiró, desanimado. Por su cabeza desfiló la desalentadora idea de «otra oportunidad fallida»; otra de tantas. Había buscado aquel rostro tantas veces y en tantos lugares, que había perdido la cuenta; ni siquiera los bajos fondos se libraron del rastreo. París era y había sido una de las ciudades más escudriñadas por él, ya que su fama la convertía en el lugar idóneo para todos los vicios; vicios que él mismo buscaba con denuedo. Los placeres que no pudieran encontrarse en esa ciudad, oyó decir que no existían. Intuía que París era el sitio.

Podría decirse que su gran búsqueda de vicio y deber consistió en poner la ciudad de la luz patas arriba. Y todo ello, una vez tras otra y siglo a siglo.

Cada tugurio, cada taberna... cada antro, fuere el que fuere; ya de los bajos fondos o de la nobleza, fue revisado por él de forma minuciosa. Podría asegurarse que buscó a su contrario, hasta debajo de las piedras; no dejó una sola cloaca sin registrar.

Buscó ese enigmático rostro por todas partes; hasta en las facciones de personajes reputados, fuesen pensadores, escultores, filósofos, escritores, pintores... incluso los que alentaron la

revolución fueron investigados, ya que si se tenía en cuenta el conocimiento acumulado siglo a siglo, alguien célebre podía y debía ser.

Pero nada ni nadie resultó lo que esperaba. Casi a las puertas del medio milenio de búsqueda, y lo que imaginó como un paseo sin final por el vasto mundo, rozaba ya el meridiano, y sin éxito. Aquél maldito Bastón parecía irse de rositas y huir de él como el tiempo... un tiempo que se le escapaba como agua entre los dedos.

Creyó ver la sonrisa del destino burlándose de él.

Apretó los puños con fuerza y mugió como un toro... Fuere como fuere, llegó a la conclusión de que no debía rendirse... Parsifal, como Perceval hizo en su momento, marcaba un antes y un después.

Algo le decía al oído, que a partir de la ópera que iba a comenzar, nada volvería a ser igual.

Por la cabeza de Teth desfilaban los mismos temores que atormentaban a Carlos. En su día también imaginó que la búsqueda de la deseada reliquia sería sencilla y divertida, y cómo no, que mil años serían algo así como un espacio de tiempo interminable y compuesto por un gran abismo de días, sin fondo.

Había pensado tantas cosas; hasta pensó que en tantísimo tiempo, las probabilidades de dar con el otro Bastón eran prácticamente ilimitadas... Incluso le pareció un juego de niños.

Pero no... Parecía ser que mil años no daban realmente para tanto; cada vez que pensaba que se habían ido ya cuatrocientos, sentía frío en la espalda. Cuatrocientos ya, y ni rastro del Bastón... Casi medio milenio de búsqueda, y no había servido más que para convertir una piedra lisa y llana, y nunca mejor dicho, en el motivo de su vida.

Rememoró la cita bíblica: «Mil años son como un día para Jehová», y tras meditar un rato, llegó a la conclusión de que para él también; al menos, se le estaban haciendo igual de cortos. Una hora podía hacerse tan larga como la vida, y una vida podía hacerse tan corta como una hora... Todo podía estirarse o contraerse de igual manera. Según el momento o las circunstancias, un día podía convertirse en eterno. Y bajo esa premisa, mil años, según cómo se mirasen, solo eran un poco más; prueba de ello era que él llevaba cuatrocientos años dando bandazos por el vasto y ancho mundo, y aún le parecían pocos.

Un extraño silencio llenó la sala. La voz de Madeleine y el suave tacto de su mano acariciándole el hombro con delicadeza, le trajeron de nuevo al teatro.

—¡Mira! —Señaló el escenario y añadió—: Tu ópera va a empezar.

Hermann Levi se concentró y levantó la batuta.

En ese instante comenzaron a sonar las campanas que abrían el preludio haciendo palpitar las tablas. La música parecía surgir de ninguna parte, Wagner había decidido durante la construcción del teatro, que el gran foso de la orquesta estuviese cubierto por un techo de madera, con el propósito de que el público se centrara de pleno y sin motivo que le distrajesen del espectáculo.

El mismo silencio que precedió al preludio, le siguió.

Las primeras notas empezaron a sonar en el Bayreuth, apoderándose por completo del teatro.

El estreno mundial de Parsifal, comenzaba.

Seis horas y media más tarde, la multitud, ya acabada la función, comenzaba a abandonar la sala.

Teth, sin dejar de fisgonear a quienes tenía alrededor, tomó a Madeleine de la mano y siguió al tropel de gente que se dirigía a la salida.

Carlos hizo lo mismo, levantó el culo de la butaca y se rascó los glúteos; le picaban de estar sentado. Pero eso no era nada, más le picaban los ojos; seis horas escudriñando a los asistentes era lo que tenía. Sin embargo y a pesar de su obstinada dedicación al estudio del personal, todo fue en vano.

Las cosas, pensó mientras caminaba, seguían igual que antes, lo que significaba que todas sus esperanzas en que la obra pusiese ante él a su eterno y misterioso rival, se le desmoronaban como manzanas podridas. Y eso, teniendo en consideración que la manzana simbolizaba la vida, no parecía ser una señal lo que se dice halagüeña... más bien parecía avisarle de que su árbol de la vida, si no le ponía remedio, corría el riesgo de quedarse seco.

Dándole vueltas a eso, lamentándose de su infortunio y ya sin esperarlo, reparó en alguien; alguien que le hizo sentir frío. Iba algo adelantado en la fila, pero no por ello quedaba oculto a su ángulo de visión. Era alto, delgado y de complexión ágil. Una larga y tupida melena hacía que destacara del resto; su color rojo parecía invitarle a ir tras él.

En ese momento, como si el cielo atendiera su súplica y se pusiese de su parte, el hombre se volvió y pudo verle la cara. Ambos se miraron durante unos segundos.

«Dios Santo», pensó; el tipo tenía los rasgos calcados... Se parecía a Dragan, más que el propio Dragan.

Eufórico por su descubrimiento, fue abriéndose paso a codazos; quería tenerle a la vista. Pero tropezó y cayó de rodillas.

Durante un momento paralizó el avance de la fila. La gente fue sorteándole como pudo hasta que por fin pudo ponerse en pie. Ya erguido, buscó de manera obsesiva al desconocido, pero la suerte parecía haberle abandonado.

Apretó puños y dientes a modo de lamento y maldijo el momento en que tropezó y al que le cortó el paso; del pelirrojo ni rastro. Se había volatilizado del mismo modo que había aparecido.

Sin embargo no se rindió. Continuó avanzando a codo y manotazos hasta que, cansados de su empecinamiento, los concurrentes acabaron por abrirle paso.

Pero no sirvió de mucho; de hecho, su apasionamiento no sirvió de nada; del pelirrojo, ni el flequillo; como si jamás hubiese estado allí... Todo había ocurrido de forma tan extraña, que hasta dudó de que hubiese sucedido. Se preguntó si no habría sido un espejismo producido por el desmedido deseo de encontrarle... si no sería su prolífica mente, la que le jugó una mala pasada.

La fortuna, pensó, desalentado, parecía burlarse de él.

Perplejo por lo extraño de la situación, continuó hacia la salida, pero sin resignarse.

Teth no desapareció por casualidad. Cuando se giró y le vio, una sensación extraña hizo que su estómago sufriera un espasmo. No recordaba haber visto jamás a aquel tipo, pero notó como si sus fríos ojos le cortasen las pupilas.

Sintió un escalofrío. No era la primera vez. En otras ocasiones tuvo experiencias parecidas; eran como señales que le alertaban de que corría peligro. No recordaba bien la primera vez que notó ese ardor en las entrañas pues se diluía en el tiempo; incluso como aseguraba Anué, pudo ser en el vientre de su madre. Sin embargo sí que estaba convencido de algo, de que nunca lo había sentido con el ímpetu de esta vez; solo en una ocasión, cuando conoció a su hermana, se acercó en intensidad. Y eso le extrañó y mucho ya que Melissende, era femenina, cándida, dócil...

No entendía cómo una mujer tan hermosa y delicada pudo causarle la misma impresión que un déspota de ojos fríos y cortantes que parecía despedazarle con la mirada; no sabía por qué extraña razón su cuerpo reaccionó igual ante alguien que llevaba su sangre, su cara, su pelo... que ante un

desconocido que podía ser cualquier cosa. Si algo sabía, pensó, es que nunca lo sabría.

Recordar a su hermana hizo que las lágrimas fluyeran; cuantas veces pensó en ella y en lo que pudieron llegar a disfrutar juntos; cuantas veces se preguntó cómo habrían sido sus vidas, de no haberse faltado el uno al otro.

Tenía a su hermana en la cabeza cuando la sensación volvió y le provocó un retortijón; una contracción que se iba haciendo más intensa con cada paso.

En ese momento supo que el desconocido estaba cerca y que debía estar alerta. También se convenció de que lo que había venido a buscar a Baviera, estaba a tan solo un suspiro y de que su rival había llegado a idéntica conclusión. Debía memorizar su cara y seguirle con discreción.

Madeleine le conocía bien y notó su desazón.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó, intrigada. No podía explicarse la razón de ese cambio de conducta; desde que terminó la ópera, no parecía el mismo.

Teth contestó sin mirarla; sus ojos revoloteaban entre la multitud, intentando localizar al que sabía era su rival.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si sigues apretándome la mano de ese modo y con esa fuerza, me vas a romper los dedos.

Teth la miró a los ojos y forzó una sonrisa que le salió bastante coherente. La muchacha se relajó, pero insistió:

—¿Seguro que no te ocurre nada?

—Nada —mintió—. Pensaba en la obra, eso es todo.

—Pues yo te noto tenso.

—¿Tenso, yo...? ¡Qué va! ¡Para nada!

Ella le miró con recelo.

—Miras aquí y allá de una manera... como si temieras que fuera a ocurrir algo. ¿Acaso has visto algo raro? ¿No le deberás dinero a alguien que está aquí, verdad?

—Tranquilízate. Solo estoy impresionado por la obra. Si alguien de aquí quiere de mí, no es dinero —ironizó.

La agarró por la cintura y continuó caminando hacia la salida. Las puertas se encontraban ya a pocos pasos.

A Carlos le traía sin cuidado perder el decoro; empujones y codazos, por no hablar de pisotones, eran su argumento preferido para abrirse hueco entre la gente. Tomándole por loco le dejaban pasar para no causar otro altercado mayor.

A Teth se le encogió de repente el estómago, y como si el retortijón fuese una señal, se arrodilló. Fue algo brusco y espontáneo, ni siquiera fue consciente de que lo hacía.

Madeleine, sorprendida por su comportamiento, puso sus brazos en cruz para que nadie tropezara con él. Eso le cubrió momentáneamente de las miradas de los que iban detrás, luego se recogió el vestido, se puso en cuclillas y le abrazó, animándole a levantarse.

Fue en ese momento cuando Carlos pasó por su lado, desesperado y embistiendo a todo el que se interponía en su camino. El aglomerado de gente nada le sorprendió, ya que corría provocando altercados idénticos desde que vio al pelirrojo; incluso pensó que de una u otra manera lo habría provocado él. A empujones iba abriéndose paso hasta la puerta. Varias personas perdieron el

equilibrio y cayeron sobre Teth, ocultándolo momentáneamente a la vista; eso impidió que Carlos reparara en él.

Con la ayuda de Madeleine, Teth consiguió ponerse al fin en pie. Iba a sacudirse el polvo de las rodillas, cuando de nuevo y mediante un fuerte retortijón, su sensibilidad le dio aviso.

Se llevó las dos manos al vientre y se encogió.

Madeleine, preocupada, le sujetó por los hombros y le ayudó a erguirse. Comenzaba a perder los nervios.

—¿Pero qué te ocurre...? —exclamó, alzando la voz.

Carlos, a no mucha distancia, se volvió al oír el grito. Fue en ese instante en que Teth se erguía haciéndose de nuevo visible.

No daba crédito a su suerte. Allí estaba el hombre que se interponía entre él y el tiempo... Fue verle el pelo y... Juró no dejarle escabullirse otra vez. Como si le hubiesen metido una guindilla en el culo, comenzó a abrirse paso a codazos para tenerle a una distancia prudente.

Le tenía ubicado, cuando una mujer pareció salir de la nada, tropezó con él y le hizo caer.

—¡Oh! Pardon Monsieur. Je suis désolée.

Carlos fue a ponerse en pie, pero ella cayó sobre él.

Un joven moreno con ojos claros tendió su mano a la mujer y la ayudó a levantarse; el largo vestido la impedía hacerlo sola. Una vez erguida, le tendió la mano a Carlos.

—Perdón en su nombre, señor.

Carlos asintió a regañadientes y aceptó su ayuda.

—Milly es muy despistada, señor... Suplico que no se lo tenga en cuenta. No tiene remedio.

Carlos le miró como si viera a un fantasma, solo que a este no se le transparentaba nada y se interponía entre él y su presa. Le apartó de un empujón y buscó al pelirrojo, pero había desaparecido entre el gentío.

La mujer no se lo tuvo en cuenta y le sacudió el polvo del traje. Empezó por los codos y acabó toqueteando sus piernas hasta las rodillas. Después sacudió otra vez hacia arriba hasta que rozó su ingle, poniéndole nervioso.

Carlos no sabía si prestarle atención o buscar entre el público al pelirrojo. Hizo las dos cosas y ninguna bien.

La mujer acabó de sobetearle y le sonrió mientras se ajustaba el sombrero.

—Et voilà, Monsieur... Comme ça c'est mieux.

Carlos no sabía si echar a correr tras el pelirrojo o dar gracias al cielo por haber dejado caer ese ángel sobre él... Su intención era mirar aquí y allá, buscando una melena roja, pero sus ojos se atascaban en las pupilas verdes de la mujer que tenía en frente, mirándola embelesado. Desde hacía mucho tiempo; casi cuatrocientos años, ninguna le había hecho tilín; todavía tenía los ojos de la pelirroja en la cabeza, y su cuerpo, tatuado en el alma.

Sonrió, se aproximó a ella cuanto pudo y la miró muy fijamente... como hechizado. No sabía si era adicto a los ojos verdes, o esa mujer era el relevo de la pelirroja, pero su cuerpo reaccionó como si tuviera ante él a una diosa.

Fue a decir algo, pero ella le tapó la boca con el dedo a la vez que echaba a andar seguida por su acompañante. Cuando Carlos quiso reaccionar, desaparecía ya entre los rezagados que aún quedaban junto a la puerta del teatro.

Mientras desaparecía entre la chusma, tuvo tiempo de pesarla, medirla y calibrar su cuerpo. Era para él la mujer perfecta. El movimiento de sus caderas le recordó mucho a la pelirroja, aunque esta era ligeramente más alta, todos sus movimientos eran igual de sensuales. Su vestido, con escote y tren largo muy ceñido a la cintura, resaltaba sus contornos... especialmente los de sus

caderas. Sus pechos, ligeramente cubiertos por una cinta negra que le caía del cuello, invitaban a la lujuria como la miel a las moscas, y su sombrero ocultaba lo justo sus ojos verdes, resaltando sus labios e insinuando la forma de sus mejillas.

Suspiró y se dijo que era para él. No sabía a dónde iba ni de dónde venía; ni siquiera dónde vivía... Pero él tenía todo el tiempo del mundo para averiguarlo. El rostro del deseo se había imprimido en su cabeza y era improbable de ser borrado; tanto como las facciones del pelirrojo. La memoria era su arma perfecta.

Dio un giro completo sobre sí mismo y se mordisqueó el labio inferior maldiciendo su suerte. No sabía si buena o mala, pues aunque el maldito pelirrojo había desaparecido, una cosa por la otra, se dijo. El cielo estaba ahora de su parte, lo intuía. El bastón y el amor tocaban de nuevo a su puerta.

Mientras caminaba, su mente mariposeaba con Milly, un nombre que tampoco olvidaría; al menos hasta que la muerte se la llevara. Su sonrisa se hacía más explícita con cada fantasía que su mente inventaba. Decididamente las cosas viraban a su favor, el presentimiento de que la obra Parsifal cambiaría su vida, pensó, debió ser inspirado por el mismo Dios. Esa ópera abría las puertas de una nueva era, como en su momento lo hizo el conocer la leyenda y milagros de Perceval; gracias a este encontró el Bastón, y gracias a Parsifal el Grial... un Grial místico con forma de mujer; una copa que, según algunos eruditos simbolizaba «la vida», el lado femenino, la mujer. Y como si fuera un signo del destino, él tenía en su poder el Bastón, a su vez considerado símbolo masculino de la vida.

«Su Bastón», pensó sin contener una risita placentera, era el complemento ideal para «su Grial» de ojos verdes... El complemento perfecto para hacer su vida «perpetua».

Sonrió satisfecho y bendijo mentalmente aquel día.

Era el mejor con diferencia, en cuatrocientos años.

Era verano y la brisa nocturna agradable. Los jardines del Bayreuth eran el escondite perfecto para los enamorados que buscaban intimidad; el sitio idóneo para expresar su pasión. Esa era la causa de que hubiese tantos rincones y bancos ocupados. Casi no quedaba hueco para una pareja más.

En uno de los bancos, con vistas a la puerta del teatro y a su paseo ajardinado, Teth abrazaba y besaba a la bella Madeleine. Amparados por la noche, se comportaban del mismo modo que cualquier otra pareja; carantoñas, besos y agasajos. Pero eso solo en apariencia, porque entre beso y beso, caricia y caricia, mirando por encima del hombro de Madeleine, Teth vigilaba atento cada movimiento que hacía Carlos, quien, con sonrisa de adolescente inmaduro y gesto estúpido pintado en la cara, caminaba sin prisa y haciendo eses desiguales, perdiendo de tanto en tanto su mirada negra en el cielo; un cielo estrellado y limpio que aquella noche le parecía distinto... tan distinto como se sentía él.

Agazapados tras el grueso tronco de un árbol, a pocos metros de donde estaban Madeleine y Teth, otra extraña pareja espía cada beso y cada abrazo que se daban.

El era alto, tenía el pelo negro y los ojos muy claros.

De blanco, pelo recogido y sombrero, ella oteaba cada gesto. Las alas de su pamelita ocultaban parcialmente sus ojos; unos ojos grandes y limpios que irradiaban con los rayos de luna un matiz verde esmeralda.

Pero nadie estaba a salvo esa noche... nadie excepto el chófer del *La Mancelle*, un espía hecho a base de guerras y maestro en su trabajo, que no perdía detalle de nada.

LIV

«EL ALUMBRADO»

La oscuridad puede ser terrible y siniestra. Cuando las sombras se apoderan de todo, cuando ni tan siquiera una brizna de luz destella augurando que existe algo más que las tinieblas, el miedo se hace tan patente que incluso se puede tocar.

Desde hacía varios siglos tenía esa sensación, pero los últimos años se hacía cada vez más evidente y acentuada; cada día estaba más convencido de que su cerebro sufría algún trauma desconocido que le incapacitaba el acceso a la genialidad; una genialidad de la que gozó durante años hasta que regresó al castillo. A la muerte de sus maestros era prácticamente un pozo de sabiduría, ciencia que fue en descenso lento pero continuo hasta que comenzó a no ser consciente de que el olvido estaba ocupando parte de su razón; la parte de su cerebro capaz de hallar las claves del pensamiento científico y diseccionarlo hasta reducirlo a lo llano y entendible, estaba perdiéndose cada día un poco más en algún lugar remoto de su mente; su capacidad de razonar parecía en ocasiones paralizada por algún poder externo contra el que no sabía cómo actuar... Algo parecía estar alimentándose de él; algo parecía engullirle poco a poco. El conocimiento supremo del que un día se vanaglorió parecía anclado en algún agujero de nadie...

¿Y si El Bastón fuera el culpable de sus males?

Se lo preguntaba a menudo, pero no hallaba respuesta que le satisficiera como para darlo por sentado. También se preguntaba si no sería el precio a pagar por poseer una reliquia tan significativa como la vara de Moisés... Si el hecho de saberlo todo, no era sino el camino de regreso a una ignorancia que era parte de otro proceso planificado; de esa dualidad de la que según sus maestros, tanto hacía gala su abuelo. Cabía la posibilidad de que así fuese.

Abrió el libro que tenía en las manos y leyó el párrafo que iniciaba el prólogo. No sabía cuántas veces lo habría leído... de hecho, ni siquiera había pasado de ahí, ya que le había impactado de tal modo que no consiguió pasar la página. Estaba escrito por un hombre que aseguraba que sus conocimientos fueron transmitidos por un chamán, y que eran desconocidos por el común de los mortales.

El caso es que esas reflexiones le sonaban... le eran tan familiares, que no podía dejar de leerlas una y otra vez.

La naturaleza siempre es ambigua. Todo lo es; todo tiene al menos dos lados y dos formas de verse; cada veneno tiene su antídoto. Todo consiste en encontrarlo. El poder de la mente es infinito; tan infinito como el conocimiento; tan infinito como la vida; tan infinito como la muerte; tan infinito como quien lo creó. Y a la vez todo es falso, y vuelta a empezar.

Decidió hacer una visita a tan relevante personaje. Él podía ser quien descubriera la causa de su problema. Los motivos de su fuga de conocimientos tenían forzosamente que anidar en algún lugar de su inconsciente.

Hacía meses que regresó de Baviera, y sus indagaciones acerca del tipo que vio en el teatro habían resultado tan poco prometedoras, que llegó a pensar que había sido un sueño. El individuo había desaparecido como por arte de magia; lo único que comprobó fue que vivía en París.

A veces le resultaba un tanto extraño cuanto sucedía a su alrededor, teniendo la sensación de que era seguido de lejos; una noche de tantas, cuando regresaba a su hotel, en París, incluso le pareció oír unos pasos acompasados a los suyos, que se detuvieron al mismo tiempo que él. Los siguientes días estuvo obsesionado y nervioso, esperando que volviese a suceder, pero desde aquella noche, todo se volvió de nuevo rutinario; tan rutinario como su vida y tan ordinario como su memoria, cada día más huérfana y necesitada de conocimientos.

Aunque siempre fue consciente de que hallar el otro Bastón no sería fácil, pues un trabajo debe ser proporcional al premio deseado, tampoco contó con esa pérdida de cerebro que le preocupaba cada día más.

Madeleine, a quien visitaba con bastante frecuencia y amaba más que a nadie, se sinceraba a menudo acerca de su comportamiento cambiante y aseguraba que ya no era el mismo hombre que conoció y del cual se enamoró... decía que en ocasiones su personalidad no era la misma y que se volvía huraño, egoísta y posesivo. En cambio todo volvía a la normalidad pasado un tiempo; generalmente toda una noche, volviendo a ser el hombre encantador y adorable que ella conoció. Se lo dijo tantas veces, que...

Si esa crítica la hubiese hecho cualquier otra persona, seguramente no le hubiera dado tanta importancia, pero viniendo de la bella y sincera Madeleine, todo cambiaba. Ella era la única en quien podía confiar... no tanto como para contarle sus planes acerca del Bastón, pues nunca lo entendería, pero sí para todo lo demás. Era algo así como una vidente en cuanto a sus problemas, estado de ánimo y necesidades de afecto cuando las tenía... Ella le conocía y se anticipaba siempre a sus deseos. La necesitaba como al aire para respirar... Cada día más.

Ella fue quien le animó a buscar ayuda. No dejaba de tener su gracia que alguien como él, que a los veinte años se consideró sabedor de secretos universales que nadie ni por asomo jamás vislumbró, tuviera que suplicar ayuda, cuatrocientos años después, para solucionar un problema tan banal como la pérdida de esa memoria y por ende, de esa ciencia prohibida que un día fue suya, y que ahora se le escapaba y escondía en los abismos de su inconsciente.

Volvió a abrir el libro y leyó el nombre del autor. Era, según se decía, una especie de mago... un inconformista del sistema, como judío que era, que había viajado por el mundo y conocido muchas culturas. Se autodenominaba experto en el tratamiento de la mente, asegurando que lo hasta el momento aceptado por los entendidos dejaba un gran número de lagunas sin resolver, por ser contrarias a los dogmas establecidos, y que los que suelen alardear de estar en posesión de las verdades universales, son los que más lejos se encuentran del auténtico conocimiento. Con un historial así bajo el brazo, se presentó en París, dando una conferencia que casi le costó la vida, ganándose fama de loco antes incluso de acabar de hablar, y por supuesto, cómo no, el calificativo de: «alumbrado».

Maimónides Oz era su nombre, y por Maimónides el alumbrado se le conocía, curiosa coincidencia, desde que puso los pies en la ciudad de la luz.

Se preguntó si sería buena idea visitar a tan singular y extravagante personaje, sin caer en sus atípicas redes. Sin embargo y a pesar de esas ideas revolucionarias, ninguna de sus teorías carecía de solidez... nada en ellas invitaba a desecharlas de plano; al menos, no alegremente... Se dijo que no estaría de más intentarlo. Quizá valiese la pena.

Pensó que esa diferencia suya al enjuiciar a alguien de manera tan imparcial, por muy mala fama que tuviese el interfecto, tenía necesariamente su origen en los muchos años vividos. La

experiencia superaba con creces cuantas teorías pudiesen originar las más fértiles mentes.

Visitar a Maimónides, no dejaba de ser una locura. Se mirase por dónde se mirase, lo era. Pero debía hacerlo; lo haría por Madeleine; si conocía a alguien que mereciese su amor desinteresado era ella, precisamente por ser ella quien sufría en primera línea esos cambios de personalidad, cada vez más frecuentes.

La puerta se abrió y un hombre alto con aire aristocrático le invitó a entrar, haciendo una reverencia.

—El señor Oz le espera. ¿Me da su abrigo, caballero?

Teth le ofreció el sombrero y después el abrigo.

—Gracias, señor. Sígame, se lo ruego.

Teth le siguió como un borrego hasta una gran puerta de doble hoja. Una vez allí, el hombre le sonrió y tocó la madera con los nudillos.

—¡Adelante! —sonó un vozarrón grave.

El criado abrió la puerta y le invitó a entrar, haciendo otra reverencia e indicándole el camino con el brazo.

Teth le hizo un gesto de cortesía y entró dirigiéndose derecho hasta el escritorio. Una vez frente al profesor, se dispuso a identificarse:

—Mi nombre es...

—Siéntese, siéntese... —le cortó Oz—. Sé quien es...

Teth carraspeó nervioso y obedeció pensando que ese profesor, maestro o lo que fuese, tenía personalidad. Era un tipo delgado y alto; más que el criado, y tenía una voz envolvente capaz de transportar a través de la palabra.

Se sentó y esperó a que el tipo continuara.

Maimónides tenía un libro abierto sobre la mesa, que cerró antes de dirigirse de nuevo a él. Teth consiguió ver el título antes de que el profesor posase un pliego encima de su tapa: PALINGENESIA.

Maimónides ojeó el papel que lo cubría y tras meditar unos segundos, le invitó a que le contara sus inquietudes. Ya las había estudiado previamente, pero aun así pensaba que oírlas en boca del paciente, era mejor y más realista.

—Creí que ya estaba al tanto —explicó Teth.

—Y en efecto lo estoy —le aclaró—, sin embargo me gusta escuchar; la mayoría de los problemas son humo... se solucionan escuchando.

—¿Y si alguien desconoce su «problema»?

—Entonces escucho lo que no me dice... El silencio es también un gran orador. A veces dice más que calla.

Teth se rindió ante el palique de Maimónides. Saber a ciencia cierta si sabía de lo que hablaba era aventurado y apresurado, como poco. Pero que daba esa impresión, era más que evidente... El tipo manejaba el verbo perfectamente y con un estilo encomiable... tanto, que le daban a uno ganas de contarle todo. Sintió un deseo irrefrenable de contarle toda su vida, o al menos lo vivido durante los últimos trescientos y muchos años, pero se lo pensó y desistió. Si lo hacía, podía dar al traste con todo el lote de teorías que tenía Maimónides acerca de la vida, y corría el riesgo de desestabilizarle. Decidió pues centrarse en lo que le llevó allí, convencido de que por muy grande que le viniera el calificativo de «alumbrado», debía saber algo al menos, de cuanto decía dominar... algo habría en toda su verborrea, que valiese la pena oír.

Dos horas más tarde, tras escucharle con interés, todo un abanico de ideas nuevas se abría en

su mente. Un tipo así, pensó, tuvo necesariamente que viajar mucho... más de lo que imaginaba, para pensar como pensaba; mucho, y a lugares que no parecían estar en los mapas... lugares mentales, quizá, que abrían puertas prohibidas de parajes prohibidos. Acabó por convencerse de que hay cosas que los años no enseñan, y ese tipo parecía estar en posesión de un buen paquete de ellas. La envidia de sus enemigos, por no llamarles colegas, estaba más que justificada... Ese hombre hablaba de la muerte como si hubiese muerto ya mil veces. Parecía conocerla como si hubiera vivido allí.

Aceptó que Maimónides superaba sus conocimientos; al menos, en eso... él no sabía nada de la muerte.

Se puso en pie y fue hasta la ventana. Cerró la cortina y la habitación quedó en penumbra; apenas un hilillo de luz entraba, llegando justo hasta la cabecera de un diván.

Maimónides le invitó a tumbarse en él.

—Adelante —le dijo—. Póngase cómodo y respire.

Teth, dubitativo, se puso en pie y fue hasta el diván.

—¿Está sugiriendo que debo tumbarme ahí?

—No es exactamente una sugerencia. Es necesario.

—¿Necesario? ¿Debo poner mi cabeza en sus manos?

—Confíe en mí... Todo irá bien, ya lo verá.

Teth se tumbó boca arriba, se acomodó y observó con atención a Maimónides. Apenas llegaba luz, pero a través del insignificante rayo que se filtraba entre las cortinas y rebotaba en la tumbona, pudo distinguir los rasgos de su rostro. En ese momento, sin apartar los ojos de los suyos, empezó a hablarle. De la luz de su mirada parecía brotar la vida, mientras que su tono de voz parecía surgir desde el mismísimo infierno. Cuanto hablaba tenía pies, cabeza y hasta cuerpo; un cuerpo tan sólido y resistente como la paciencia de Job.

Pensando en eso, cerró los ojos y se dejó llevar.

Una voz llena de magnetismo le envolvió del todo.

Pasados unos minutos, tuvo la sensación de que ya no hablaba con él, más bien parecía dirigirse a un extraño... alguien con quien no se identificaba en absoluto. Luego, a medida que avanzaba la sesión, comenzó a excitarse, de manera que su mente se ofuscó hasta hacerle dudar de su identidad.

La voz cavernosa de Maimónides hizo que abriera los ojos.

—Es bastante por hoy. —Lo dijo con convicción.

—¿Usted cree? ...¿Ya?

Asintió con la cabeza al tiempo que caminaba hacia la ventana para separar las cortinas; cuando las recorrió, la luz entró a chorros, cegando los ojos de Teth.

—No hay que forzar las cosas —le explicó sin apartar los ojos de la ventana—. Todo a su debido tiempo... Hay que ir con tiento.

—Pero es que yo...

Maimónides meneó la cabeza a la vez que su dedo.

—Si es por dinero, no se preocupe —le cortó.

—No —negó Teth—, no es esa la cuestión.

—¿Entonces?

—Es curiosidad, eso es todo. Reconozco que no tengo paciencia... Me comen las dudas, que quiere que le diga.

—Confieso que a mí también. Su caso es extraño.

—¿Qué quiere decir con «extraño»?

—Le confieso que nunca tuve una experiencia similar a la suya. En este momento estoy confuso. Debo pensar.

—¿Lo dice en serio? ¿Quiere decir que no...?

—¡Exacto! Y por eso quiero ir despacio... Creo que su parte oculta tiene mucho que decirme. Teth hizo un gesto de sorpresa. Le costaba creerlo.

—¿De verdad? —preguntó por preguntar.

En realidad estaba tan confundido como Maimónides.

Este asintió.

—Se lo aseguro sin temor a equivocarme... ¿Le parece bien que retomemos esto en, digamos, una semana?

—Una semana me parece mucho tiempo, la verdad.

—Pero me daría tiempo a investigar más a fondo... Yo sé que usted desea saber, pero también creo que debemos caminar sobre terreno firme. No deberíamos precipitarnos así sin más y caer nos a un barrizal. De momento solo pisamos lodo, y posiblemente...

Teth, intrigado, frunció el ceño.

—¿Posiblemente, qué...? —preguntó, nervioso.

—Arenas movedizas.

—Creí que me iría de aquí con las ideas claras. Podría explicarme algo más...

Maimónides carraspeó y suspiró.

—¿Le suena la palabra *Palingenesia*?

Teth no tuvo ni que pensar.

—¡Sí!

—¿Ah, sí? ...¿De qué?

—La conocí a través de un sueño.

—¿Y qué más?

—Es todo lo que recuerdo. Y si lo recuerdo, es porque el sueño se repitió y aún lo hace.

—¿Un sueño, dice...?

Teth asintió y amplió la información:

—Estaba escrita en un libro... Era un libro extraño... parecía contener rituales, sortilegios y cosas así.

—¿Y además de eso, qué más sabe?

—Busqué información, pero no recuerdo qué hallé al respecto. ¿Curioso, verdad? Precisamente esos lapsus son lo que me han traído aquí. Mi memoria me la juega.

Maimónides entrecerró los ojos y se masajeó la barba.

—Curioso... Muy curioso.

—¿Qué le parece curioso? No lo cojo.

—¿Ha olvidado su nombre, acaso?

—Nunca. ¿Por qué?

—¿Y los platos que más le gustan?

—Sé bien la comida que me agrada.

—¿El nombre de los países que ha conocido?

—Los recuerdo todos.

—¿El nombre de alguna mujer a la que llegó a amar?

—¡Pues claro que no! ¿A dónde quiere llegar?

Maimónides contestó con otra pregunta.

—¿Le parece a usted algo normal, el hecho de que sus olvidos sean selectivos? Haré un

dossier sobre ese punto.

Teth, meditativo, se rascó la coronilla.

—Pues si le digo la verdad, nunca pensé en eso. Visto así... ¿Cree que ese dossier será necesario? No sé yo...

Maimónides hizo un chasquido con la lengua y le dio una palmadita en el hombro a la vez que proponía:

—Durante esta semana, quiero que intente recordar... Quiero que se esfuerce y rememore, si puede, qué cosas, qué vivencias y qué experiencias, son las que echa usted de menos. Sé que es complicado, sí... pero de eso se trata. Con esa información el dossier se escribirá solo.

Teth salió de la casa dándole vueltas a lo que le pidió el profesor. La puerta se cerró tras él y caminó despacio y distraído calle abajo por el Barrio Latino. Al otro lado del puente, la Catedral de Notre Dame aparecía difusa entre la niebla y la llovizna de aquella mañana grisácea y fría... tan gélida y gris como los ojos que le observaban desde el primer piso del edificio pegado a la casa de Maimónides; tan negros como los que espiaban a ambos a través de las ventanillas del flamante *La Mancelle* estacionado a pocos metros de allí.

Teth cruzaba el puente, meditabundo y con la mirada perdida. La lluvia arreciaba y las calles estaban prácticamente desiertas, pero estaba tan abstraído que no parecía molestarle. Al sonido del agua rebotando contra el suelo, se unió el de unos botines que, acompasados a la uniforme cadencia del sirimiri, parecían interpretar la melodía de las tormentas.

El sonido hueco de los tacones hizo que Teth descendiera de su nube y fijara su mirada en la mujer que venía en dirección contraria. Vestida de negro de pies a cabeza y con una gasa semitransparente ocultando sus facciones, se aproximaba a paso ligero. Cuando estuvo paralela a él, justo en el instante en que se cruzaron, ambos buscaron el rostro del otro de manera discreta. Cualquiera hubiera pensado que era lo más natural entre dos personas que se cruzan en un lugar prácticamente desierto, y en cuanto a lo que atañía a Teth, hubiera acertado de pleno... para él era una mujer como cualquier otra, que se dirigía a pasos apresurados a cualquier sitio y ocultaba su rostro como si no existiera. Seguramente una viuda.

Pero para la mujer no significaba lo mismo; para ella, ese encuentro no era lo que se dice casual ni obedecía al azar. Sabía bien quién era Teth o al menos eso creía. Lo que desconocía era el porqué.

Ambos continuaron caminando sin girarse; como si se ignorasen el uno al otro. Sin embargo, a escasos metros y de manera repentina, Teth notó como si algo le estrujara por dentro; la contracción que sintió le hizo doblarse con las dos manos en el vientre y volverse de forma intuitiva, sin embargo solo pudo distinguir una silueta alejándose a paso ligero; una silueta femenina que, por unos instantes, le devolvió a Bayreuth.

Se irguió sin soltarse la barriga y sin dejar de mirarla.

La mujer continuó caminando bajo la lluvia y sin por ello acelerar sus pasos. Una vez cruzado el puente, enfiló por la calle en la que se hallaba la mansión de Maimónides, y cuando estuvo próxima a la casa, buscó el ventanal del primer piso del edificio contiguo; la imagen confusa de un hombre que oteaba desde allí parecía desleírse con las gotas de lluvia que golpeaban el cristal, sin embargo y como si ambos estuviesen perfectamente compenetrados, ella captó la señal que él hizo antes de correr las cortinas y aminoró el paso mientras se aproximaba al *La Mancelle* que se hallaba estacionado a pocos metros. Una vez que estuvo en paralelo, giró la cabeza con disimulo e hizo un guiño, intentando que fuese interpretado como elogio al buen gusto. Tras comprobar quienes había en el interior, continuó andando hacia la Place Saint Michel. A lo lejos, como si se tratase de una premonición, pudo distinguir la fuente con su escultura de San Miguel peleando

contra el demonio. No pudo evitar sentir un escalofrío.

Carlos miró hacia arriba y vio que las cortinas estaban echadas. Entendió que la tarea que se traían entre manos estaba acabada y pidió al chófer que arrancara.

Cuando el coche alcanzó a la mujer, aminoró un poco la marcha provocando con ello que se volviera. Entonces fue Carlos quién alzó el pulgar en señal de aprobación.

El coche fue desapareciendo entre la niebla mientras Carlos sonreía satisfecho de su suerte. No había visto la cara de aquella mujer ni le importaba, porque se sabía de memoria el contorno de sus labios, y aunque viviera y muriera mil veces, nunca olvidaría el color de sus ojos.

PESADILLA

La almohada estaba empapada y su cabeza iba de uno de los extremos al otro. Su respiración era arrítmica y sus labios resecos estaban agrietados debido al cansancio. Sus ojos, hinchados y enrojecidos, delataban las escasas horas de descanso disfrutadas durante los dos últimos días.

A la cargante repetición de: *«solo puede quedar uno»*, y a sus problemas de memoria, que le acongojaban incluso más que la machacona frasecita, había que sumarle ahora otro rompecabezas: una pesadilla, inducida posiblemente por Maimónides al pedirle que intentara recordar cuanto había olvidado. Y el caso es que, no solo no se acordó de nada, sino que a causa de la pesadilla y del quebradero de cabeza que esta le provocaba, a punto de olvidarse estaba de lo que aún recordaba.

Se colocó boca abajo con la cara contra la almohada, y al fin logró dormirse y con ello soñar... pero soñar lo que él soñaba no era mejor que estar en vela, porque el sueño que le invadía en cuanto bajaba los párpados era cada vez más siniestro. El hombre sin rostro se ponía ahora en pie, se acercaba a él con el libro negro y lo abría mostrándole su contenido; un contenido que ya no existía, pues todas sus páginas estaban en blanco. Luego lo cerraba dejando ver su cubierta; el título era tan invisible como su rostro.

Se desveló de repente, como siempre, y también como siempre, pensó si no sería un sueño premonitorio. Todas las noches soñaba; incluso tiempo atrás, cuando dormía a pierna tendida y su descanso era reparador. Sin embargo, solo era capaz de recordar esa pesadilla. Era como si algo decidiera qué o cuanto debía recordar. Y el peor de todos los males no era ese, era el de no ser consciente de lo que hacía; al menos no de todo ni durante todo el tiempo.

Vivió momentos de auténtica confusión en los que, ya fuese a causa del agotamiento o debido a razones que aún se le escapaban, nunca hubiera podido asegurar si dormía o estaba despierto. La mayor parte de las noches su sueño consistía en un vulgar duermevela.

Empapado en sudor, saltó de catre y fue a la ventana; necesitaba respirar aire fresco. Inhaló hondo y exhaló de golpe, como si fuese un suspiro y despidiese con él todas sus preocupaciones. Más sereno y relajado, pensó que no esperaría una semana para visitar a Maimónides. Eso era demasiado tiempo. Decidió que iría a verle cuanto antes.

Dándole vueltas a su decisión, se durmió, y al instante apareció de nuevo el encapuchado, extendió sus brazos y le ofreció el libro negro. Él hizo ademán de cogerlo, pero algo pasó que le obligó a desistir; de entre las páginas del libro surgió una mano que se alargó hasta que alcanzó su corazón, lo acarició unos segundos, y de repente, sin que nada pudiera hacer para evitarlo, le atravesó el tórax y se lo arrancó de cuajo.

Quiso gritar con todas sus fuerzas pero ningún sonido salió de su garganta. Entonces, la mano atrapó su cerebro y lo estrujó con una fuerza demoníaca al tiempo que oía una vez más la dichosa frase. Esta vez parecía una orden:

«Solo puede quedar uno»

Se desvelo de nuevo empapado en sudor y temblando de puro terror. Allí, entre las páginas del libro, acababan su sueño, la noche y su descanso.

Se puso de nuevo en pie y se dirigió a la ventana; esa ventana era el único lugar que le relajaba; al que siempre iba cuando la pesadilla le aplastaba y necesitaba regresar a la realidad; una realidad que cada vez le parecía menos objetiva, dadas las circunstancias, y que comenzaba a ser tan ficticia como su descanso.

Inhaló con todas sus fuerzas, cerró los ojos y pensó en lo que le esperaba de seguir así; su pasado se perdía en la distancia, y su presente, tan incierto y vacío de recuerdos como su futuro, tenía en suspenso su vida. Porque si todo iba a reducirse a perder la noción de las cosas y terminar por no saber quién era, vivir acabaría por convertirse en una pesadilla peor que la que le atormentaba; y si además era para siempre, se le haría eterna, valga la redundancia.

Las nubes negras empezaban a desaparecer y las luces anaranjadas del alba a invadir el cielo. Como si fuera una señal, vino a su mente el poema escrito en un pliego que descubrió en una carpeta oculta en una de las paredes del castillo; también recordó una dedicatoria; *a las piedras que hablan*, y su título: EL TEMPLO DE LA NOCHE. Y hasta partes del texto, recordaba... en realidad, todo.

Oteó las luces del alba y susurró una parte del poema:

El crepúsculo, implacable, desploma sus tonos sangrientos sobre el moribundo templo de Baal. ¡Qué impía es la noche.

Se preguntó la razón de no haber olvidado esos versos ni ese título; de tenerlos tan frescos en la cabeza. Pero no halló respuesta... todas sus preguntas carecían de ella y se hundían en el pozo negro de su inconsciente; en el vacío sin fondo de sí mismo; un abismo en el que se desmoronaba su pasado y acabaría con su futuro, si no solucionaba, con Bastón o sin él, su oscuro presente... El hecho de que ese poema perviviera en su mente, pensó sin dejar de mirar el amanecer, no debía ser algo casual. Quizá era un indicio de algo que podía ocurrir. Lo vinculó a su vana e infructuosa búsqueda del Bastón que le faltaba, ya que el nombre por el que se le conocía: *la piedra que habla*, no dejaba de estar asociado a él de alguna manera.

Reparó en los tonos rojizos anaranjados del cielo, y un nuevo fragmento le vino a la cabeza, erizándole el vello. Sin saber por qué, se vio reflejado en ese crepúsculo; más bien en el del poema. Se preguntó si no aludiría de algún modo a esos escombros a los que estaban reduciéndose su mente y su vida, y por extensión, a la oscuridad impía en la que inevitablemente caerían si así fuera... ¡A su ocaso!

Solo son ya tristes ruinas. Trozos de pasado sin presente. Lejanos recuerdos escritos en la memoria de sus piedras.

El crepúsculo, implacable, tiñe de color sangre sus piedras caídas. ¡Qué impía es la noche!

Decidió visitar a Maimónides, esa misma mañana.

LVI

MORIR EN PARÍS

Pierre Pignon, aún adormilado, con los ojos pegados y el pelo enmarañado, se irguió quedando sentado sobre la cama. Una vez situado en el tiempo y en el espacio, abrió los ojos, puso los brazos en cruz y se estiró hasta colocar cada uno de sus huesos en su sitio. De forma rutinaria y actuando de memoria, alzó una pierna y se tiró un pedo. Acto seguido, ya más relajado, buscó el orinal que estaba bajo el jergón y se dispuso a echar su meadita matutina. Aún no se había levantado el camisón cuando una mujer abrió bruscamente la puerta de la habitación y acabó de espabilarle.

—Monsieur Pierre, le buscan de la préfecture.

Pierre la miró como si fuera una aparición, metió culo y se colocó el orinal. Mientras apuntaba, resolló como un buey:

—¡Pero bueno! ¿Es que ya ni puede uno echarse unas gotas sin que le molesten? ¡Mi meada mañanera no es un lujo; la necesito para empezar el día con buen pie, joder!

—Dicen que es urgente... —insistió la criada, hecha a todo—. Esos dos que esperan, persisten en que se apure.

—¿Dos? ¿Qué dos?

—Se han presentado como Courbet y Castel.

—¿Courbet y Castel? No me suenan. ¿Cómo son?

—Uno es rubio y el otro moreno.

—¿Uno rubio y otro moreno, dice? ...Pues siguen sin sonarme, qué quiere que le diga...

La asistente amplió la información:

—El rubio está gordo y el moreno es esquelético.

—Está bien, está bien... —dijo, ya aliviado, al tiempo que se la sacudía—. Ofrézcales café y que esperen...

Diez minutos más tarde, Pierre apareció en la sala y se disculpó. Ya lavado y afeitado parecía otro. Incluso dio la sensación de estar contento. Sonrió como si les conociera de toda la vida y carraspeó al tiempo que preguntaba:

—Bonjour, monsieurs ¿...? ¿Tengo el gusto de...?

Courbet, el rubio, señaló a Castel y respondió por los dos.

—Castel y Courbet, Monsieur. Moi je suis Courbet...

—Disculpen mi ignorancia, pero... jamás oí hablar de ustedes.

—Disculpado, Pierre —respondió el moreno—. No es que tengamos que salir pitando, pero no andamos lo que se dice bien de tiempo. Tenemos que ir al barrio latino.

—¿Y ustedes, a qué...? ¿Y al barrio latino, para qué?

—¡Oh! —exclamó Castel—. Mejor que nos llamemos de tú... vamos a trabajar juntos y allanará el camino.

—Vale, vale... Pero no has contestado a mi pregunta.

El rubio se apresuró a ponerle al corriente.

—A hacer un registro... Han matado a un par de tipos y nos han ordenado registrar la casa y hacer guardia...

—¿Guardia? ¿Para qué?

—Al parecer, uno de ellos tenía enemigos.

—¿Y qué? Doy por hecho que tenía enemigos; ya me imagino que no le habrán matado a besos. Si no me dices más...

El moreno metió baza.

—Dicen que era un intelectual, o algo así. Temen que si no registramos la casa, alguien lo hará por nosotros. Es rutina, no hay que buscarle cinco pies al gato... Ese tipo era investigador... un estudioso de esos que sacan teorías revolucionarias. Descubriría algo que molestó a alguien.

—En realidad no hay que darle más vueltas —dijo el rubio—. No más de las necesarias.

—¿Ah, no? —se extrañó Pierre—. ¿Y eso por qué?

El moreno intentó sacarle de dudas.

—Creo que ese tipo estaba condenado desde que puso los pies en París... No me hagas demasiado caso, pero he oído que era una especie de loquero y que tenía cabreada a la mitad de la comunidad científica, galenos incluidos.

—Vaya con el tío...

—Y a la totalidad de la iglesia —adjuntó el rubio.

—Y a quien tuviese el gusto de conocerle —agregó el moreno, no te jode... Se comenta por ahí, que era pasto de los gusanos desde que abrió la boca... Hablaba de las enfermedades mentales como si las hubiera inventado él.

—¡Espera, espera, espera... —le cortó Pierre—. ¿Estás diciendo que se lo han cargado porque pensaba distinto a la mayoría?

—¡Claro que habla de eso...! —exclamó el moreno—. ¿Te extraña?

—No sé, no sé... ¿Y el otro qué ha hecho?

—¿Que qué ha hecho...? Pues estar allí... ¿Qué pasa... te parece poco? Algo vería que no debía.

El rubio hizo una mueca y suspiró como si estuviese perdiendo la paciencia. Acto seguido carraspeó e intentó zanjar aquello antes de comer.

—Mira, Pignon, esas cosas llevan sucediendo desde el principio de los tiempos... Si te metes con quien no debes y no vas con mucho tiento... En fin, nada nuevo, ¿no?

—¿Y si es todo tan sencillo, por qué nos mandan allí a los tres? Yo nunca trabajo en grupo.

—Courbet y Castel se miraron estupefactos... como si no se hubieran planteado aquella pregunta. Courbet hizo una mueca, encogió los hombros y zanjó por lo sano.

—¿Y cómo vamos a saberlo...? Ya nos lo explicarán... Creo que nosotros vamos a hacer guardia, pero solo a tus órdenes. Debe haber alguien muy interesado en que todo se haga bien y que nadie más ponga los pies en la casa... Un buen registro, es lo que deben querer los mandamases. Quizá haya algo de valor. Si no, ¿por qué matarle?

—Será porque era un tipo de cuidado —repuso Castel encogiéndose de hombros a su vez—. Ya te hemos dicho que tenía enemigos. A ese se lo querían cargar, y punto... Ir por ahí revolucionando lo establecido y metiéndose de lleno con las instituciones y con el clero, tiene un precio.

Pierre meneó la cabeza como si no lo entendiera.

—Entonces —replicó—, ¿ese que murió hace poco?

—¿Ese? ¿A quién te refieres...? ¿Porque, no será a ese tal Charwin, o algo así, verdad?

—Sí, algo así era... Joder, murió no hará un año...

—¿Te refieres a Darwin? —preguntó Courbet.

—¡A ese me refería, sí! ...Al inglés.

—¿Y qué pasa con él? —repuso Castel.

Pierre se cruzó de brazos y resopló.

—¿Cómo que qué pasa? —exclamó—. Pues pasa que al tal Darwin, le han enterrado con honores... Y nadie le ha tocado los huevos a la iglesia más que él, créeme... Ese tipo decía que venimos del mono... ¿Te imaginas al clero felicitándole por ello? Hizo desaparecer a Dios de golpe y porrazo, reduciéndolo a cuento para niños. ¿Eso no es lo que se entiende por moco de pavo, no? ...¿Y le pasó algo?

—Eso es lo que no puedo entender —repuso Castel.

—Estoy con Castel —afirmó Courbet, rotundo—. Si no lo mataron fue de milagro... la iglesia o quien fuera.

Pierre intentó que calibraran otras posibilidades, y de paso dejó claro que era un espécimen de mente cerrada y de ideas fijas e inamovibles... Aceptaba los cambios, pero sin intentar entenderlos. El progreso no era lo suyo.

—Vamos, compañeros, la iglesia no es tan mala. Hay otras instituciones iguales o peores: logias y demás... No es bueno dar tan rápido las cosas por sentado. Repito que no siempre la gente reacciona igual. A veces perdona... Y la iglesia igual que los demás. Y si no, acordaos de aquel pintor; el que hace una década tocó las pelotas al mundo del arte ¿Se lo cargaron, acaso...? Y si alguien lo merecía era él, os lo aseguro. Qué desastre de pintura... ¡Por Dios! Yo mismo estuve en la exposición y me entraron ganas...

Courbet y Castel se miraron de reojo, sin entender esa obsesión de meter la pintura en el cotarro.

Pierre adivinó que estaban algo perdidos y especificó:

—¡Claude Monet, cojones...! ¿No os suena?

Los dos negaron con una mueca.

Pierre continuó como si les hubiese sacado de dudas:

—Y el caso es que, antes de que se le metiera entre las cejas lo de poner patas arriba el concepto que se tenía del color y de la forma, era un puñetero artista más... uno de tantos... ¡exponía y todo, coño!

Fue pronunciar las palabras color y forma, y dos pares de ojos se centraron en el cuadro que colgaba de la pared que estaba tras él. Lo notó y se volvió.

—A eso me refiero —dijo, rotundo—. Advertiréis las grandes diferencias que existen entre una obra de toda la vida, como esta que podéis apreciar, y una de hoy en día. Supongo que no tendréis dudas acerca del auténtico arte.

Courbet y Castel ojearon el cuadro de arriba abajo.

Incluso intentaron entenderlo... Era una pintura nada pretenciosa. De corte religioso. Su cometido, mostrarle al espectador a un santo en clásica pose de oración. Con su aureola y todo. Era tan oscura, que cuando le daba la luz del exterior, parecía un espejo, dado la ingente cantidad de barniz que llevaba. Ambos dedujeron sin ayuda, que a pesar de lo que dijese Pignon, era un cuadro deprimente, tético y pernicioso a más no poder. La pintura no venía a cuento, de hecho sobraba, pero sirvió para que sacaran un bosquejo rápido del individuo que tenían por jefe; un tipo caprichoso, tozudo, de ideas rígidas, y que pretendía entender más que nadie de la vida, de pintura y de lo que le pusieran a tiro. En definitiva, que sin siquiera mirarse, sus deducciones acerca de Pignon convergieron como si se hubiesen puesto de acuerdo: «no era nada

recomendable debatir con él... no a menos que fuese indispensable». Y eso no era lo peor; lo peor era que tenía un gusto y una sensibilidad artística tan nefasta, que no le daba derecho ni a opinar. Y para deducir eso, no hacía falta ser alguien versado; mirar la pintura de la que tan orgulloso estaba y compararla con las que criticaba, era suficiente.

Courbet habló en nombre de los dos. No tenía mucha idea de pintura, pero sentir sí sentía, y lo que le transmitía ese cuadro era penoso y descorazonador a más no poder.

A pesar de todo, lo juzgó con tiento:

—Curiosa pintura —dijo, dando a Castel un golpecito con el codo—. Singular, diría yo... ¿A ti qué te parece?

—Eso, eso... —reaccionó Castel, señalando el cuadro.

Pierre asintió satisfecho y se volvió a contemplarla.

—No esperaba otra respuesta, muchachos... —dijo—. Si os hubierais echado a los ojos la de Monet, os habríais partido de risa. Parecía que se le había caído la tela en un cubo de pintura, y que intentó salvarla a restregones con un trapo. Impresión sol naciente, la llamó. Aunque yo no tardé en cavilar que, como pintaba al aire libre, le habría llovizado sobre el lienzo, y aguado y corrido la pintura. Eso es lo primero que pensé en cuanto vi el cuadro. Lo llaman impresionismo, por una razón, y es que apenas se distingue de cerca. Se tiene la impresión de que hay algo, pero en realidad no hay más que pintura salpicada.

Courbet dio por acabada la clase y, con disimulo, miró a Castel implorando ayuda.

Castel captó la petición de socorro de su compañero y pareció recordar de repente que les esperaban en una rue del Barrio Latino, y que el tiempo corría.

—La conversación es interesante —mintió—, pero ya se nos hace tarde. Estamos perdiendo mucho tiempo.

—Tenéis razón, chicos —aprobó Pierre—, cuando un cuadro es bueno... —señaló al que estaba a su espalda—, uno pierde la noción del tiempo. Ya sé que igual que me ocurre a mí, estaríais tiempo admirando esas pinceladas... Sin embargo, tenéis razón. Nos esperan.

Una hora después se encontraban junto a la entrada de la casa de Maimónides. Dos policías estaban apostados en la puerta. Su malhumor era palpable a primera vista.

—¡Ya era hora, Castel! —exclamó uno de ellos—. Las horas pasan muy despacio aquí y con este frío... Debíais habernos relevado hace rato. No tenéis vergüenza.

—Hemos tenido que ir a buscar al inspector Pignon... Él se encargará de investigar los crímenes.

Al oír su nombre, Pierre se presentó:

—Inspector Pierre Pignon, de la préfecture de París.

—Buenos días inspector —se presentaron los policías.

—¿Alguna información relevante? —preguntó Pierre.

—A nosotros no nos cuentan nada, inspector... —dijo uno de ellos—. Solo sabemos que estos deben relevarnos.

—Pero habréis oído algo. ¿No sabéis como fue...? Ahí hay dos cadáveres, tengo entendido. ¿No sabéis cómo les han matado?

—Collar de dedos, señor —dijo uno en plan gracioso.

—¿Y qué forma de matar es esa? No lo cojo...

—Que les han estrangulado —aclaró el otro.

—¡Aaaaaaah, entiendo! —rió Pierre en tono falsete, y dejándoles muy claro que no tenía

sentido del humor—. En fin, cuando queráis os largáis y que os releven estos.

—Ahora mismo, señor. Antes debemos abrirle a usted para que le eche un ojo al despacho. Allí hay uno, el otro está en la cocina.

—¿Entonces, no los han matado a los dos juntos?

—Parece ser que no, inspector —dijo el otro—. Tuvo que ser por separado y sin hacer ruido. Ningún vecino se percató ni oyó nada. No los han movido. Están in situ.

Pierre entrecerró los ojos y permaneció pensativo.

—Es posible que no fueran desconocidos —dijo.

—Al parecer tenía muchos clientes, señor. Más de los que se esperaban. Hay una lista larga ahí dentro.

—Pues como tengamos que investigarlos a todos...

Courbet y Castel, debidamente uniformados, hicieron su aparición.

—Estamos listos, inspector —dijo Courbet—. ...Usted dirá. ¿Hacemos plantón en la puerta, o...?

—¿O qué...?

—Bueno, nos dijeron que estábamos a sus órdenes, no especificaron cual era nuestro cometido. Es raro, pero...

—Cuando se trata solo de hacer guardia, lo dejan muy claro —remarcó Castel—. Pero no fueron explícitos esta vez... Lo que usted mande se hará. Hoy somos suyos.

—¿Ya no me tuteáis?

—No en el trabajo, inspector.

—Está bien —aprobó Pignon—. Antes de ponerme al tajo, necesito un buen café.

—Excelente idea, señor —aprobó Courbet.

—Les invitaría, chicos, pero el deber es el deber...

—No nos moveremos de aquí, inspector.

Pignon tardó menos en tomarse el café que en llegar a la cafetería; todavía no se habían repuesto de su ingrata y aciaga presencia, cuando les pedía que abrieran la puerta.

—Usted, Courbet, acompáñeme —le ordenó antes de entrar.

—¿Quiere que entre con usted, inspector?

—Tómese como un favor —le dijo Pignon—. Tiene suerte de que le lleve como ayudante. Podrá aprender de la astucia de un superior, y eso no es como besar el suelo; es un regalo que yo le hago. —Miró a Castel y añadió—: Y usted entrará luego... No pretendo crear envidia entre ustedes. Cada uno a su tiempo y golosinas para todos.

Courbet y Castel cruzaron una mirada fugaz, como si no dieran crédito a lo que oían... A Pierre Pignon le daba igual opinar de lo que fuera; en todo se sentía un experto cualificado; lo de la pintura fue circunstancial, pensaron a dúo. Ese tío era un raro espécimen humano. Cualquier tema le valía para sacar a pasear su pedantería.

Entraron y siguieron por un pasillo hasta acabar en la sala de estar. Justo al abrir la doble puerta, quedaron sin aliento; aquel cuarto estaba exquisitamente amueblado y respiraba lujo por sus cuatro esquinas. En el centro, unas sillas lucían junto y alrededor de un flamante piano.

—¿Le gusta la música? —preguntó Pignon—. A mí sí. A mí me encanta escuchar una buena melodía... A veces tengo la tentación de hacerme con uno de estos —le dijo sin ruborizarse mientras pulsaba un par de teclas—, pero no tengo sitio en casa. Además, mi criada no tiene oído... le falta sensibilidad acústica, ¿me entiende? Es por no oír sus quejas, sabe. Renuncio a tocar por no perderla.

—Es usted una caja de sorpresas —le dijo Courbet—. No me he repuesto de una, cuando me

sale con otra...

—¿Tiene usted oído musical?

—No, señor. Al menos, que yo sepa. Nunca nadie me ha puesto a prueba, pero...

—¿Pero qué...?

—Me gusta lo que me gusta sin más; sin plantearme si es bueno o no. No es algo que me quite el sueño.

—¡Oh, là là! No se atreve a mojarse ante mí... ¿cierto? Tranquilo, no es mi intención humillarle.

Courbet no lo podía creer. Pignon tenía un concepto de sí mismo, que ya lo querría Dios.

—No es eso —dijo, por decir algo—, es que...

Pignon desafinó con un par de teclas, le miró, sonrió, deslizó sus dedos por el teclado como si fuera un harpa y le preguntó como si le examinara:

—¿A ver si adivina de quién es esto?

A Courbet se le mezclaron las ganas de reír con las de llorar. Aquel tipo no tenía fondo.

—Ya le he dicho, señor, que...

—Venga, un esfuerzo —le cortó—. Si ha sonado tan perfecta, que cualquier experto la hubiera identificado a la primera —rió—. ¿A usted qué compositores le gustan?

Courbet hizo una mueca y encogió los hombros.

—Entiendo —dijo Pignon, suspirando—... Su cultura musical es prácticamente nula, ¿cierto? Vamos hombre... esfuércese un poco... ¿A alguno habrá oído, no?

Courbet se estrujó las neuronas y se decidió a decir un nombre que había escuchado recientemente, por ser uno de los compositores que sonaban, tanto en bocas versadas como profanas. Chasqueó los dedos como si cavilara y se decidió a deletrear el nombre como si le costara pronunciarlo:

—Ga-ga-gabriel Fffff...

—¿Ese? —le cortó Pignon—. ¿Con todos los que hay, y me suelta a Fauré? ¡Entre Monet y este me liquidan!

—Sí que lo ha reconocido rápido, sí... No me ha dado tiempo a...

Pignon le cortó de nuevo.

—¡Porque lo odio! —exclamó, propinándole un buen puñetazo al piano—. Demasiado novedoso para mí... Yo soy de la vieja escuela, joder. ¡Nada de modernismos!

Courbet le miró entre suspicaz y sorprendido. Pignon había adivinado el nombre antes de que él lo pensara del todo; lo cierto es que no recordó el apellido hasta que los labios de él lo pronunciaron. Después de todo, tenía que reconocer que algo sí entendía. Pensando eso, reparó que en una de las paredes de la sala colgaba un gran lienzo; se acercó con intención de acariciar sus pinceladas. Era uno de esos retratos modernos en los que el color prima sobre las formas, y la pintura está más depositada que aplicada sobre la tela creando voluminosas y sugerentes texturas a base de empastes.

Courbet jamás hubiera osado valorar una obra caso de tener que definirla como buena o mala, y aquella no iba a ser la excepción, pero los toques de originalidad que le daban al retrato aquellos relieves, llamaron su curiosidad y se acercó a palparlos.

Paseó las yemas de sus dedos por las protuberancias y miró a Pignon; este tenía la mirada perdida entre teclas y en ese momento estaba mentalmente ausente.

—¿Cree usted que se trata del muerto?—le preguntó.

El inspector se percató en ese momento de que estaba manoseando el cuadro, y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Pero qué hace, desgraciado?

Courbet apartó la mano como si quemara.

—¡No tema! —Se justificó—: Solo palpaba sus trazos.

—Mire, Courbet, ese cuadro no se toca. Y le daré una razón de peso: ¡esto es la escena de un crimen, cojones! Y otra razón le daré muy gustoso: nunca hay que poner las manos encima de un cuadro que pertenece a otro... Mire usted —le amenazó con el dedo—, si llega a hacer eso en mi casa y con mi cuadro, no sé cómo hubiera reaccionado... No quiero ni pensarlo... No me tienta.

Courbet tuvo que contener la risa. Ese cuadro, pensó, haría un buen fuego.

La voz de Castel le sacó de sus pensamientos.

—Inspector, hay alguien que quiere hablar con quien esté al mando. ¿Qué le digo?

—¿Cómo que qué le dice? Nadie excepto la policía... y repito, ¡nadie! Puede poner los pies en esta casa. —Miró a Courbet y añadió—: ¡Y las manos tampoco!

Señor Pignon... —exclamó otra voz.

—¿Pero bueno, qué demonios pasa? ¿No ven que está prohibido entrar y que están interrumpiendo mi trabajo?

—A todo esto, inspector, le recuerdo que aún no ha...

Pignon adivinó lo que iba a decir, quizá porque no era la primera vez que alguien le daba el toque al respecto.

—Sí, ya sé que todavía no he empezado. Pero no todo va a ser llegar y ponerse al tajo; primero hay que echarle un vistazo rápido y luego hacer una inspección del lugar.

—Señor, aún ni sabemos dónde están los muertos...

—Le hago el favorazo de acompañarme, Le enseño lo que sé sobre arte, ¿y quiere instruirme sobre...?

—¡Oh! ...No era mi intención ofenderle, inspector.

—Claro. Solo me sugería que ya iba siendo hora de ir calentando, ¿no es eso? ¿Me ve acaso pinta de aceptar los consejos de un subordinado? ¿Me ve cara de tonto?

Necesito hablar con quién esté al mando —insistió la misma voz interrumpiendo su coloquio—. Tengo trabajo que hacer, ¿saben...?

La palabra trabajo, sacó a Pignon de sus casillas. Miró hacia el recibidor; de allí provenía la voz, y exclamó:

—¿Y qué coño cree que estamos haciendo nosotros?

—Quizá pueda ayudarles en algo —dijo el desconocido. Si necesitan consejo...

Pignon miró a Courbet como si no diera crédito a tal insensatez; como preguntándole si había oído bien.

Courbet se encogió de hombros y no abrió la boca.

Pignon le hizo un gesto con el dedo índice a Courbet, invitándole a seguirle. Cuando llegaron al recibidor, una mujer parecía esperarles.

—Pero bueno... —Miró a Courbet y alzó una ceja.

—¿Ocurre algo, inspector? —preguntó Courbet, igual de sorprendido.

—¿Solo yo he oído hace un momento la voz grave de un puñetero hombre?

La mujer le sacó de dudas.

—Mi sobrino Frédéric, a quien seguramente se refiere usted, ha ido a hacer un recado... Culpa mía, me disculpo en su nombre por no estar aquí para recibirle; después de todo, es quien ha forzado este encuentro.

Pignon no supo cómo coger aquello, cabía la posibilidad de que estuviese riéndose de él, pero con esa sutileza y esa forma de mirarle, decidió seguirle el juego como si no se hubiese percatado

de la mordacidad con la que iba cargada aquella última frase. Con todo, no pudo evitar la sensación de sentirse como una marioneta en sus manos.

Le bastó un segundo para aceptar que en efecto lo era.

—¿Y a qué se debe este tocamiento de... —Carraspeó y rectificó, el tema no era tan grave como para perder las formas—. En fin —concluyó—, ¿que qué quiere?

—Verá, es difícil de explicar, pero yo tenía una cita, y era hoy a esta hora, con Monsieur Oz.

—¿Una cita para qué...?

—Si fuese asunto suyo, se lo diría. Pero dadas las...

—Ya, ya... —la cortó Pignon—, no es necesario que me dé la lata con su derecho a la privacidad. Soy policía.

—Ha empezado usted, Monsieur.

Pignon empezó a ponerse nervioso... Esa mujer tenía el don de sacarle de sus casillas. Y lo hacía de manera tan sutil, que no dejaba lugar a la réplica.

—¡Ya! —admitió, contrariado. Inspiró hondo y se dio media vuelta con las manos en los bolsillos, hasta que los dos quedaron de nuevo encarados.

—¿Y usted es...? —preguntó, intentando recuperar el control de la conversación. A él le gustaba llevar siempre las riendas de todo. Lo demás era ir a remolque; una lata.

—Cent López. Milly Cent López.

—Origen español... ¡Interesante!

—¿Qué le parece interesante, señor...?

—Pignon. Inspector Pierre Pignon. De la préfecture.

—No se moleste en ponerme al corriente, inspector.

—¿No le interesa saber quién soy? —la cortó—. Solo quería ser cortés con usted. Usted me ha dicho quien es.

—Porque me lo ha preguntado. ¿Es usted policía, no?

—¿Ha venido usted para sacarme de quicio...? —dijo, visiblemente alterado.

—No. Es que no lo necesito. Estoy informada.

—¿Sabe quién soy? —Lo dijo tocándose el pecho.

—Me lo ha dicho el que está ahí afuera.

—Ah, claro... un lapsus.

—Y desde aquí hemos oído su conversación. Todos.

—Pues qué quiere que le yo diga. Espero que les haya parecido interesante —dijo, ruborizándose.

—Muy instructiva era, al menos...

—¿Le ha parecido instructiva?

—Sus conocimientos son muchos y profundos.

—¿En serio?

—Ha dejado claro que la pintura corre por sus venas. Y de la música, qué podría decirle que usted no sepa...

A Pignon no le cabía más aire en el pecho... Lo de que le adularan siempre había sido uno de sus puntos débiles, pero que dichos elogios salieran de la boca de una mujer como la que le estaba aliñando el cerebro, era otra cosa.

—¿Y diga? —dijo, henchido y a punto de explotar—, ¿le gusta a usted el arte?

—Podría decirse que sí.

—¿Le gusta la música?

—En efecto. Me gusta. En cuanto a la ópera, hay una pequeña cosilla que me pone los pelos de

punta, pero...

—¿Quiere decir que se emociona? —la cortó—. A mí me ocurre lo mismo.

—Bueno, emocionar, emocionar, no sé yo... Si acaso, un poco. Pero no es debido a la música.

—¿Ah, no? ¿Las voces, entonces...? ¿Se emociona con las voces?

—No, las voces no... Los que cantan. Los castrados.

—¿Los castrados?

—En mi país les llaman capones —le dijo, haciéndole una caída de pestañas.

—¿Capones? —exclamó Pignon, desconcertado. Solo veía pestañas por todas partes.

Milly no le dio tiempo a reaccionar.

—Y en Italia, «castrati».

—¿Y a dónde quiere llegar? La verdad es que no...

Milly se encogió de hombros.

—A ningún lado. Es que con solo imaginarme lo que tienen que pasar para tener esa voz. Tienen que cortarles los... en fin, ya sabe —señaló su entrepierna— Ahí en el meollo... Esos que tanto les duelen.

Pignon y Courbet se miraron a la vez la bragueta.

Milly no pudo contener la risa al ver cómo reaccionaban. Hasta le entró un ataque de tos.

Pignon se ruborizó. No estaba acostumbrado a tener ese tipo de conversaciones con mujeres, y todavía menos con desconocidas. Se preguntó qué pretendía con ello. El que hubiera sacado el tema así por las buenas... Y eso de apuntarle a la bragueta con tanta insolencia, ya no tenía perdón de Dios.

En ese mismo instante se oyó un ruido, seguramente ocasionado por un objeto caído. Al menos eso le pareció a Pignon que, seguido por Courbet, corrió como un galgo en dirección a la sala en la que antes se encontraban.

—¡Mire, inspector! La ventana está abierta.

Pignon corrió hacia la ventana.

—Da a un patio —informó—. Tenemos la negra, esta casa está en un puñetero bajo.

—¡Vea eso, inspector! —exclamó Courbet señalando al suelo. Allí estaba el retrato. El marco estaba partido en cuatro y el lienzo boca abajo.

—¡Maldito bastardo! —bramó.

—Y que lo diga, inspector.

¡Trae a esa! —ordenó—. A ver si ahora va a ocurrirle algo y me echan a mí la culpa.

Courbet fue y volvió en un soplo.

—No está, inspector.

—¿Cómo que no está?

Los dos corrieron como posesos hasta la puerta.

—¿Ocurre algo? —les preguntó Castel.

Pignon le agarró por la pechera.

—¿Y la mujer?

—Se ha ido hace un...

—Ya sé cuánto tiempo hace —mugió, zarandeándole.

—¿Entonces...?

—¿Que dónde...?

—¿Cómo quiere usted que sepa eso? Lo único que he visto es que un coche la ha recogido ahí mismo. Parecía que tenía prisa, eso sí...

—¿Un coche? ...¿Prisa? —Se volvió a Courbet con los ojos hinchados y exclamó escupiéndolo

saliva:

—¡Nos la han pegado! ¡Nos estaba entreteniéndolo!

Courbet, rezando para que no la tomara con él, ya no sabía dónde meterse.

—Estaban conchabados. ¿Cómo íbamos a saberlo? Ya me parecía a mí raro tanto hacerle ojitos y tanta caída de párpados. Tanta braguetita y tanto castrati...

Pignon le miró con los ojos encendidos.

—¿Está insinuando que no pudo ver nada en mí?

—No, no, no... solo que le ha trabajado bien.

—Pues lo ha dicho en un tonito que...

—Para nada, inspector. De todos modos le comprendo. Esa mujer valía la pena. No me extraña que estuviera usted tan atontado; si hasta estaba metiendo tripa... Qué quiere que le diga, yo hubiera hecho lo mismo. Ella hizo bien su trabajo. Se enteró de que es usted musicómano y de su gusto por lo fino y le hizo un trabajo a medida...

—Mire —bramó Pignon—, lo de la tripa, voy a hacer como si no lo hubiera oído. No estoy para tonterías. Y lo de que me ha...

Courbet no le dejó seguir.

—Por lo menos no se han llevado nada. Algo es algo.

—¿Cómo podemos estar seguros de eso?

—Eso parece. Al romperse el marco del cuadro, hacer ruido y todo eso... debieron salir pitando.

—Esos cabrones se han cargado el cuadro, los muy...

—No les gustaría la pintura.

—Vaya a ver en qué estado ha quedado, ande...

Courbet partió como un rayo y al rato volvió con una nota en la mano.

—Tenga inspector. Es para usted. El cuadro, no sé...

—¿Para mí?

—Estaba sobre las teclas del piano. Su letra es legible y la tinta aún está fresca. Parece un criterio inexperto.

—Léala pues...

—Será mejor que lo haga usted mismo... Es algo, más bien personal.

—¡Léala, joder! ¿Trabajamos en equipo, no?

—Que no...

—Que sí...

—Está bien, inspector... Pero vaya por delante que la decisión es suya. Se aclaró la garganta, y con voz trémula leyó:

No sé cómo se le dará la pintura, pero toca usted fatal.

Pignon se puso rojo y poco a poco pasó al morado. Le arrebató la nota a Courbet y la despedazó hasta que solo quedaron finas tiras. Inhaló todo el aire que había en sus pulmones, y ya más relajado, apuntó a la puerta.

—Vaya afuera y esté con su compañero —le ordenó... Cuatro ojos ven más que dos... Y ténganlos bien abiertos. Parece ser que aquí entran como Perico por su casa.

—Pero no dijo usted que...

—Donde dije digo, digo Diego —le cortó—. ¡Fuera!

Courbet se encogió de hombros y se dispuso a salir.

—Está bien, inspector. Si necesita ayuda, ya sabe...

—Sí, sí... —dijo Pignon despidiéndole con la mano y dirigiéndose al mismo tiempo hacia la sala—. Pero si no les llamo, no abandonen la puerta. Y que no entre nadie.

Cuando estuvo en la sala, fue hasta la ventana y agitó la cabeza a modo de autocrítica; con la tensión y el trajín del momento, no se habían preocupado de cerrarla. Sacó la cabeza y comprobó que daba a un patio compartido; el edificio contiguo se alcanzaba en cuatro zancadas. Servía también como salida de emergencia, y cómo no, de fuga.

Metió la cabeza, cerró la ventana y se aseguró de que atrancaba bien y no podía ser abierta desde el exterior.

—Hace usted bien. Todas las precauciones son pocas.

—Se volvió con la rapidez del rayo, pero no consiguió evitar que una mano enguantada le tapara la boca. Quiso zafarse de ella, sus pulmones necesitaban aire. Pero nada pudo hacer; el hombre que se la obstruía le tenía cogidos también los testículos y parecía ser todo un experto en el arte del cómo, cuándo y cuánto apretar.

—Sabía que era usted malo —le dijo—, pero nunca se me ocurrió que pudiera serlo tanto. Y pensar que usé mis influencias para que fuera usted quien se ocupara de este caso... Medí mal su ineficacia, qué quiere que le diga. En fin, ya no hay solución, creo que debió dedicarse usted a asustar niños... tocando el piano como lo toca, le hubiera ido de maravilla. Lástima que decidiera ser policía. ¡Pero bueno! —se quejó— ¿tan complicado era evitar que se le colaran y se la colaran esos dos? Sí, sí, sé quiénes son los que se la han dado... Una pena que no pueda conocer a la mujer como a usted le gustaría. ¿Verdad que es un ángel?

Pignon tenía tal dolor de testículos, que lo de meterse una bocanada de aire al pecho le preocupaba una mierda, comparándolo con verse liberado de aquellos garfios. Sus piernas temblaban como flanes y el dolor se extendía sin piedad por todo su cuerpo, produciéndole un hormigueo en el obispillo que le llegaba hasta la coronilla y acababa punzándole el cerebro.

Cuando la mano que presionaba sus pelotas le soltó al fin, cayó al suelo retorciéndose como una culebra. Todo le dolía... tanto era el suplicio, que se colocó en posición fetal para poder soportarlo; el último apretón fue brutal.

Sus cuerdas vocales estaban tan agarrotadas que ni un sonido inteligible salió de su garganta... los quejidos eran roncós y secos, y parecían brotar más bien de fuera hacia dentro que de dentro hacia fuera. Sin embargo, aquellos dolores distaban mucho de ser comparables al que sintió cuando algo rígido y frío le rebanó el pescuezo de oreja a oreja. En ese momento sus lamentos se ahogaron con él.

Carlos le pegó una patada al marco y se dispuso a irse por la ventana. —No hay dos sin tres... —masculló, justo antes de desaparecer. Le echó un último vistazo a Pignon y meneó la cabeza como si le reprochara, farfullando:

—Y pensar que lo único que tenías que haber hecho, era entretener a los guardias con tu pedantería artística y desatender con ello la vigilancia... Por esa razón sugerí al prefecto que debías ser quien se ocupara del caso. Solo el bueno de Pignon, me dije, iluso de mí, puede facilitarme el robo del dossier, sin impedimentos. Me equivoqué. No existía mayor impedimento que tú.

LVII

LA NOTA SECRETA

Frédéric se presentó en el despacho de Milly, se quitó el abrigo y, decidido, se abalanzó sobre el escritorio.

—¿Has leído la prensa? —preguntó, colérico.

Ella le miró sin entender.

—¿Por qué? —le preguntó con desidia.

Frédéric le lanzó el diario a la mesa.

Sin mirarlo, suspiró cargándose de paciencia.

—Oye, Frédéric —dijo, condescendiente—, no tengo ganas de suspense... Sí hay algo que yo deba saber, será mejor que lo sueltes ya...

Frédéric apuntó al periódico con el dedo y carraspeó.

—Será mejor que leas tú misma los titulares.

—Está bien... —Le apuntó con el índice y añadió—: pero con una condición... prométeme que si lo hago, me dejarás en paz.

—Léelo antes de poner condiciones, anda...

Desdobló el diario y se centró en la primera página. A medida que iba leyendo, su rostro pasó de sano sonrosado a pálido cadavérico.

—¿Qué te parece? —preguntó Frédéric.

Ella le miró a los ojos y contestó con otra pregunta.

—¿Has sido tú?

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre siquiera pensarlo?

—Tienes razón... —dijo a la vez que se masajeaba las sienas—. Estoy tan cansada que no sé lo que digo.

—¿Tan agotador es lo que estás leyendo? —Apuntó el informe que tenía en la mano y apoyó las manos sobre el escritorio a modo de espera.

—Quizá... —Le mostró la carpeta—. Es el informe de Maimónides acerca de Teth. Hay imprevistos.

—Estoy muy harto de ese Teth... Y especialmente de no estar al día de cuanto sucede. Te desvives por él. Y no es por nada pero empiezo a tener celos, qué quieres que te diga... —Exhaló como si se hubiese quitado un lastre de encima y remató—: Define imprevistos.

Milly suspiró hastiada, cerró la carpeta y se la pasó.

—¿A ver si lo averiguas?

—Creí que no te gustaba el suspense.

—Y no me gusta. Pero ese dossier está repleto de él.

Frédéric abrió la carpeta y se enfrascó en su lectura. O más bien lo intentó.

—Vaya, vaya... —Silbó y añadió—: Para suspense el de Maimónides. Más que escrito, parece dibujado en...

—En hebreo —remató Milly—. Está en hebreo.

—¿Y a qué crees tú que se debe...?

—Imagino que Maimónides era consciente de que sus enemigos eran muchos y protegía sus trabajos. Sabía que algunos de sus «colegas»; especialmente los que aparecían públicamente como sus detractores, estarían interesados; sus hallazgos acerca de la mente molestaron y gustaron a partes iguales; eran tan revolucionarios que su nombre y sus experimentos se convirtieron en un todo inseparable y comenzaron a sonar en las universidades... como loco o como genio es indiferente, lo importante es que han sido catalogados como innovadores y a más de uno y le habría gustado ser el padre de esos experimentos.

—Siendo así, parece una decisión razonable.

—Aunque en el fondo —continuó ella— les dé igual ser padres que padrastros. Van a lo que van.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo importante es adjudicarse el descubrimiento. Y si es a costa de otro, pues mejor que mejor.

—¿Mejor, por qué...?

—Trabajo que se ahorran.

—Claro... ¿Crees que haya podido matarle uno de sus detractores?

—No lo sé. Pero lo que sí sé —mostró el dossier— es que el que lo hizo buscaba esto. De ahí el llevárnoslo...

—Pues se habrá llevado una buena sorpresa.

—No estés tan seguro. Estaba allí.

—¿Piensas que estaba allí cuando lo robé?

—Estoy convencida. Y si es así, sabe también quién se los birló y los buscará. Eso quiere decir que más tarde o más temprano nos encontrará. París no es el mundo.

—¿Crees que nos buscará aquí? ¿En este viejo burdel del extrarradio? Aquí muy pocos saben leer. ¿Quién iba a robar un dossier escrito en chino, y para qué?

Milly quedó pensativa; como si le diera vueltas a algo.

—Es difícil, pero no imposible. Quítate esa palabra de la cabeza. Además, sí es quien pienso, y creo no equivocarme, ya está buscándonos hace tiempo. Al menos a mí.

—No entiendo...

Milly entrecerró los ojos y se masajeó el mentón.

—¿Recuerdas cuando nos llevamos el dossier? —dijo.

—Frédéric, como un niño, puso los brazos en jarra.

—Cómo no voy a acordarme, si me lo llevé yo...

—¿Y recuerdas cómo salimos de allí?

—En coche... Deprisa y corriendo. ¿Es necesario que te recuerde que estábamos huyendo? Pues lo estábamos.

—¡Correcto! No obstante no viste el otro coche que se cruzó con nosotros en dirección contraria.

—Iba más pendiente del retrovisor. Estaba en tensión y no recuerdo pensar, más que en abandonar la zona.

—Era un *La Mancellé*.

—¿Estás segura?

—El mismo que estaba aparcado frente a la casa el día que Teth visitó a Maimónides. El mismo en el que se fue del Bayreuther el tipo con el que tropecé. ¿Lo recuerdas?

—Le ayudé a ponerse en pie... Me dijiste que era para despistarle de tu pelirrojo. Pero por lo que yo sé, ese tipo no tiene nada contra nosotros, ¿no?

—No, claro... —titubeó Milly—. Solo contra Teth.

—No lo dices muy convencida. Te has puesto tensa.

—No digas tonterías... Ese va a por Teth.

—¿Y qué tiene contra él? ¿Y por qué crees que quiere el dossier? ¿Y por qué cuidas tanto de ese Teth? ¿Y...?

—¿Y por qué no cambiamos de tema —cortó ella.

—¿Y por qué no me explicas todo de una vez?

—Es una historia demasiado larga.

—Tengo tiempo.

—No creas que tanto.

—Siempre con tus ironías... Parece que eres la única de la familia con derecho a saber... Mi padre murió sin...

Ella le interrumpió con un meneo de cabeza y resopló como si estuviera harta de repetírselo.

—Murió sin saber, porque era lo mejor para él... Eres tan curioso como tu padre, pero hay cosas que ni tú ni él aceptaríais así como así. Acepta eso y muere de viejo.

—Desde luego él ya no. Pero conmigo puedes probar.

—Demasiada gente ha tenido la desgracia de morir... No tengo derecho a poner en riesgo a mi familia. ¿Tanto te cuesta entender eso.

—Sin embargo, nadie tuvo ese detalle contigo... Fuera quien fuera el que te contara esa «historia» que guardas con tanto celo, debió verte como alguien privilegiado.

—Me enteré por casualidad.

—Sí sigues mintiendo así, irás al infierno —rió.

Ella sintió un escalofrío y se puso lívida. Él lo notó.

—¿Te ocurre algo? Es raro que una mujer cultivada y con tu experiencia, se trague esas tonterías. Cada vez que menciono esa palabra, tiembles. Y no digamos cuando...

—¡No sigas! ...No la digas, por favor.

—Pero alguna razón habrá para que...

—Anda, déjame sola —pidió, cambiando de tema.

—¡Está bien! Pero algún día deberás contarme lo qué ese Teth del diablo, el del coche y tú, os traéis entre...

Milly tuvo otro espasmo. Él lo notó y se disculpó:

—Perdona... lo he dicho sin querer.

—Estás perdonado. Y ahora lárgate, anda....

—Como quieras. Sin embargo, insisto en que deberías contarme lo que trajináis, tú y esos dos.

—Y yo te repito que no sería una buena idea.

—Te estoy ayudando en todo... —Apuntó el dossier y añadió—: Incluso he robado eso para ti... Tengo derecho a saber para qué... ¡Joder, si hasta he tenido que aguantar que sospecharas de mí!

—Perdón.

—¿Y ya está? ¿Crees que con eso vale? ¿Así... sin más?

—Mira, Frédéric, cariño, estoy nerviosa... A veces no sé lo que digo. Sé que jamás harías nada sin avisarme. Las personas cometemos errores... Yo la primera.

—Pues espero de corazón que no ponerme al tanto de tus tejemanejes, no sea otro error. ¿Quiénes son esos que te quitan el sueño, y qué os...?

Milly le cortó antes de que acabara de hablar.

—Lo que nos traigamos entre manos es cosa nuestra y solo a nosotros nos incumbe... Soy tu tía y debes respetar mi decisión de no contarte nada... Especialmente cuando es por tu bien. ¿Acaso no ves que hay gente que muere?

—Por eso mismo. ¿Y si me matan a mí...?

—¿Qué pasa si te matan? ¿Por qué iban a hacerlo?

—¿Cómo que por qué?

—Sí, ¿por qué...? Te estoy dejando al margen para que eso no suceda. Deberías agradecerlo...

—Aun así, corro riesgos... Si me mataran, me gustaría saber al menos por qué lo hacen.

—¿Eres tan pesado como curioso, sabes? Dicen que la curiosidad mató al gato. ¿Lo has oído alguna vez?

—Pero al menos murió sabiendo —ironizó.

—Eso también se dice, sí. Pero tú estás exento. Soy tu tía y mi obligación es protegerte. Quiero que vivas años; ¡muchos!, des con una buena mujer, seáis felices, comáis perdices y tengáis muchos hijos.

—Y yo soy el idiota de tu sobrino, que se arriesga sin tener la más mínima idea de por qué lo hace, corre riesgo día sí y otro también de que le ejecuten sin entender por qué, y su amada tía del alma le compara con un gato.

—¿Te molesta? ¿Qué tienes contra los gatos?

Frédéric quiso replicar, pero no se le ocurrió nada.

Milly meneó la cabeza como si tratara con un niño

—¿Estás ahí, Fredy? —le preguntó con mimo.

Frédéric la miró con la boca abierta.

—¿Tú tienes respuesta para todo, verdad?

Milly sonrió divertida; ni era la primera vez ni sería la última que Frédéric se ponía terco... lo hacía a menudo y siempre sacaba a pasear la misma cantinela.

—Anda —le dijo— déjame pensar sobre esto.

—Está bien, está bien. Pero todo es una mierda.

—¿A qué viene eso ahora?

—A que ni de un modo ni de otro, me entero... Quizá las cosas no sean tan drásticas como tú crees...

—Yo no creo nada. Solo cuido de ti.

—Pues lo mío es un sin vivir... Una mierda pinchada en un palo. No tengo alicientes que me muevan. Mis días son tan grises como los que anuncian tormentas.

—No sabes lo que dices. Qué sabrás tú de tormentas...

—Pues eso es lo que siento. No encuentro motivación en lo que hago... Mi vida es tempestuosa y mi trabajo un tormento. ¡Todo lo mío es pura tempestad!

—¡Oooh! ¿Dónde has leído eso? Es muy emotivo. Casi me convences para que te ponga al día... Has conseguido que vea la lluvia caer, y que me asuste con los truenos de tu borrasca... ¿Te cuento una historia?

—¿Para qué preguntas, si me la vas a contar igual?

—Hace ya unos años —comenzó— un viejo me dijo:

Las cosas más importantes en tu vida ocurrirán cuando hayas tocado fondo... Cuando sientas que aquello que más amas; aquello por lo que vives, luchas y hasta morirías, se te escurre entre las manos... Cuando todo se desmorone a tu alrededor y no consigas distinguir la luz de la oscuridad... Cuando te encuentres perdido en medio de todo y en mitad de nada. Lo recordarás sin duda como el peor momento de tu existencia... como una tormenta devastadora.

—¿Ahí querías tú llegar, no? a la tormenta. Si es que no puedo decirte nada, sin que me sueltes la moraleja de turno... No pierdes ocasión; las coges al vuelo.

Ella hizo caso omiso y continuó:

—¿Una tormenta? —pregunté yo.

—¿Que le preguntaste? Ah, ¿pero es que es verdad?

—¿Me dejas acabar?

Frédéric resopló hastiado y echó el aire por la nariz.

—Está bien... sigue.

Las cosas tienen que caer —me dijo—. Y solo cuando toquen fondo, podrán impulsarse con fuerza hacia la superficie... Entonces, al mismo borde del colapso, sentirás una energía desconocida; una corriente arrrolladora que te empujará hacia arriba y arrasará cuanto se interponga ante ti... todo lo que halle a su paso, empujándote con fuerza fuera del laberinto.

—¿Y ya está?

—¿Te has visto alguna vez en un estado similar al que acabo de describir?

—No. Para qué vamos a engañarnos. ¿Y qué...?

—Que no me hables a mí de tormentas. No hables de lo que no has vivido y no entiendes.

—Cualquiera que te oyese, pensaría que tú has pasado por muchas.

—Así se aprende y así aprendí. Lo que soy es fruto de mis tormentas. Todo el mundo tiene las tuyas; incluso tú las tendrás. Pero de todas, solo una te marcará... Y será para siempre. De ella aprenderás.

—¿Qué se aprende? Ateniéndonos a lo que has dicho, solo a sufrir... No me interesa aprender a pasarlas negras.

—Sin apenas darte cuenta, estás reconociendo que esa tormenta tuya es un chaparrón de verano... O ni eso.

—¡Touché! No se te escapa una... Reconozco que eres la mujer más perspicaz que he conocido.

—De nada. Solo es experiencia... el resultado de todas mis tormentas; especialmente de la más grande... Cuando llegue la tuya, la buena, me comprenderás. Presta mucha atención a ese momento crucial y aprovéchalo... Esa será tu «tormenta».

Frédéric tardó unos segundos en reaccionar. Pensó si su tía sería un hada... demostraba a menudo conocimientos elevados que no se correspondían con mujeres de sus años, pues apenas aparentaba treinta y algunos. Pero eso era poco si se tenía en cuenta su memoria prodigiosa; un don que la convertía prácticamente en un libro vivo.

Como si de un golpe de efecto se tratara, dio un giro a la conversación; sabía sobradamente que en el punto en que se encontraban, tratándose de su tía, nada había que ganar. Decidió volver al origen de lo que les ocupaba.

—En fin —dijo—, tanto desvivirse por ese documento, y ahora resulta que no podemos leerlo...

Milly le miró con el ceño arrugado.

—¿A qué viene ese cambio? ¿Es una estrategia?—rió.

Frédéric fingió no entender.

—¿Qué cambio? —Puso cara de idiota.

—Para que vayas haciendo boca —le informó ella—, te daré algo de información: lo que cambió las cosas, fue ver allí al del *La Mancelle*. Eso le dio el vuelco. Yo solo estaba preocupada por la salud de Teth... Al principio me importaba una mierda este dossier. No era el motivo de...

—Entonces —la cortó—, ¿por qué nos lo llevamos?

—¡Intuición! Para que no se lo llevara el otro. Todo lo que puedo decir, es que en Baviera estábamos los tres. En Casa de Maimónides estábamos los tres. Y que yo sé bien quiénes son ellos, pero ellos saben mal quién soy yo.

—¿Estoy incluido en «ellos»?

—«Todos» te incluye a ti también. Lo sabes de sobra.

Frédéric simuló que pensaba.

—Entonces —dijo—, con una perspectiva desilusionante como esa, ¿debo asumir que no sé quién eres?

—En parte, sí...

—¿Y tengo que intuir que habrá más encuentros?

—Sí. Dalo por hecho...

—Y aún así, piensas que no debo saber...

Milly hincó los codos en la mesa y se frotó las sienes.

—Tienes razón —admitió—. Pero eres tan noble, que temo romperte. Te quiero demasiado. Además, no sabría por dónde empezar...

—Empieza por donde sea, pero cuéntamelo.

—No conozco el principio. Pero así a grosso modo, te diré que llevo aquí varios siglos. ¡Hala! ya te lo he dicho.

Frédéric quedó petrificado. En cuanto asimiló cuanto acababa de oír sonrió de forma pícaro, entrecerró los ojos y se rascó la coronilla.

—¡Joder! —exclamó—. Si no me lo quieres contar, no me lo cuentes... pero no me tomes por tonto... eso no...

—Ya te dije que no estabas preparado.

—Pero... ¿No me dirás que estás hablando en serio?

Milly le miró a los ojos, sin contestar.

—¿No me jodas...! —exclamó Frédéric llevándose las manos a la cabeza—. ¡No me jodas!... ¡No me jodas!... ¡No me jodas!... ¡No me jodas!...

Milly encogió los hombros como si la reacción de su sobrino fuese la esperada.

—Lo ves... —le aclaró—. No estás preparado.

—Y, suponiendo que eso sea cierto —apuntó Frédéric con sorna—, por qué llevas viva tanto tiempo.

—Mira, reconozco que has rebasado la barrera de esta historia y ya no te vas a conformar con lo poco que sabes de ella. Si yo fuera tú, reaccionaría igual. Así es que...

—Así es que... ¿qué?

—Que te sientes. Esta historia pide tiempo... y nunca mejor dicho.

Frédéric se sentó frente a ella, con cara de panoli.

—¿Has oído hablar del Bastón de Mando?

—¿El Bastón de qué...?

—Una leyenda —comenzó ella— dice que hay dos...

—¿Dos qué? —la interrumpió, confuso.

—Dos Bastones... Pero no bastones cualquiera, claro.

Frédéric repitió como un loro.

—¡Vaaaale! Dos Bastooooones especiaaaales. ¿Y...?

Milly le miró exasperada y resopló de rabia.

—Si sigues haciendo el paria, no te cuento nada...

—¿Acaso no lo estás haciendo tú?

—Ya te dije que no estabas preparado. ¿Quieres oírlo o no? Si es que no, lárgate.

Frédéric hizo un gesto de resignación.

—Está bien, continúa... Pero te aviso de que mi padre me contaba cuentos más creíbles cuando me llevaba a la cama. No te ofendas, pero...

—No me ofendo. No me lo creo ni yo...

—Anda, sigue... —la animó—. Total, uno más...

Milly suspiró y se aclaró la garganta.

—Para abreviar, te explicaré que cada uno de ellos, de manera individual, proporciona a su poseedor, mil años.

—¿De vida?

—¿De qué va a ser si no...?

Eric se puso en pie, malhumorado. Hizo ademán de ir a la puerta, pero se arrepintió y se volvió.

—¿Me estás engañando, verdad? Me lo tengo merecido por preguntón. ¡Vaya historión que me estás colando!

—Siéntate —le ordenó Milly—. Me has hecho hablar y no pararé hasta vaciarme. ¡Ahora te aguantas!

Frédéric obedeció como un niño pequeño.

—¿Por dónde iba...? —refunfuñó Milly—. Con tantas interrupciones...

—Por los mil añitos de vellón —ironizó Frédéric.

—Ah, sí... Bueno, pues para no aburrirte demasiado, y evitar que te pierdas en cábalas absurdas, termino: cada uno de ellos, el del coche y Teth, poseen un Bastón.

—¿Y tú como sabes eso?

—Es una larga historia, pero para que lo entiendas te diré que los conozco desde hace muuuucho tiempo.

—Ya. ¿Y qué más?

—Pues eso... que cada Bastón proporciona mil años.

—¿Y cada uno goza de su Bastoncito?

—Correcto. Hay más... pero cada cosa a su tiempo.

—¿Por eso están vivos desde hace tanto?

—Eso es... gracias a los Bastones.

Agarró el dossier y se lo puso en la cara.

—¿Y entonces, para qué esto? ...Antes me has dicho que te preocupabas por la salud de Teth. ¿Te parece poco lo que lleva vivido? ¿Crees que es como para preocuparse por su estado? Me siento timado. —tiró el dossier sobre el escritorio con tanta rabia, que resbaló, desperdigando los folios por el suelo. De uno de ellos se desprendió una nota; estaba escrita sobre un recorte... Este voló hasta los pies de Frédéric, que, extrañado, lo recogió como si fuese una señal.

—¿Has visto esto? —dijo, como si presintiera algo.

—¿Qué es?

—Es un nombre hebreo: Eleazar bar Judas... También dice: chamán, y el nombre de una ciudad: Jerusalem.

—No vi esa nota. Debía estar oculta.

—¿Por qué sería? Quizá sea alguien importante. Otro galimatías, vamos... Sin embargo tengo una pregunta que me ronda desde hace un rato y estoy hecho un cacao.

—Tú dirás...

—¿Por qué estás tú viva, si no tienes ningún Bastón?

Milly se puso en pie, fue hasta él y le puso una mano en el hombro. Luego le miró a los ojos, suspiró confusa y, como si fuese una niña pillada en una travesura, confesó:

—No tengo ni idea...

LVIII

FAVOR POR FAVOR

Bonjour Monsieur. Tengo cita con Monsieur Gilot.

El conserje del edificio dejó el sillón y salió de detrás del mostrador de recepción.

—Accompagnez-moi —dijo, tomándole la delantera.

Cuando llegaron al fondo de un pasillo interminable, una gran puerta de doble hoja destacaba sobre las demás. El conserje tocó con los nudillos, pegó la oreja esperando contestación, y cuando le dieron la aprobación, abrió las dos hojas de par en par y se inclinó ante el que se la dio.

Pura y tediosa rutina, pensó Carlos, viéndole estirar el brazo a modo de invitación. A veces echaba en falta el protocolo; ver cómo la gente se arrastraba era para él una falta de amor propio... una forma de sometimiento a un igual; en definitiva otra forma de idolatría. Quizá por eso le gustaba tanto... verse adorado era una de sus mayores debilidades; un vicio al que no podía ni quería renunciar. Mientras hubiese dinero, y eso nunca supuso un problema, tendría a la gente reptando a sus pies... exactamente como el individuo que le recibía en ese momento.

—Bonjour Monsieur Ramírez. Enchanté de su visita.

—Bonjour Monsieur Gilot. ¿Puedo sentarme?

—¡Oh, bien sur! Por favor, excusez-moi... —Le puso una silla bajo el culo y le hizo una ostentosa reverencia.

—¿Qué puedo hacer por usted, Monsieur? Además de dar gracias al cielo por haberle conocido, évidemment...

Cuando era un servidor de la iglesia y tenía a los fieles a su servicio doblegados a su voluntad, era muy difícil no sentirse endiosado. Los tiempos habían cambiado y ya no era ministro de Dios, pero hombres como Gilot le hacían revivir aquello con un realismo bestial. En el fondo todos los arrastrados son idénticos, independientemente de las tierras que habiten o el país que les toque en suerte.

—Verá usted, Monsieur Gilot, voy a necesitar de sus servicios. Hay cosas nada fáciles de llevar a cabo, a no ser que se cuente con socios como usted.

—¡Oh! Va a conseguir que me sonroje, Monsieur... ¿Y diga, de qué trabajo se trata?

—Necesito encontrar a alguien.

—¡Oh là là...! ¿Hombre? ¿Mujer? —Sonrió y guiñó un ojo—. Seguro que lo segundo, eh... Aaaaah, coquin.

—Sabe usted más de lo que aparenta. Mujer, sí.

—Era de esperar. De clase alta, supongo...

—Ahí está el problema, Monsieur Gilot.

Pero es francesa, al menos... Las indocumentadas son más difíciles de localizar; se mueven como las lagartijas.

—Esa es la cuestión... parece una lagartija.

—¡Merde! Esas parecen fantasmas. Nunca están en las mismas viviendas y hasta suelen

cambiar de ciudad.

—Es complicado, lo sé... Especialmente cuando deseo que se investigue de forma discreta. Es algo personal.

—Es usted un hombre de confianza, Monsieur. No se le harán más preguntas de las necesarias. Carlos carraspeó un par de veces.

—Está bien, Monsieur. Ni siquiera esas... Bastará, si la conoce, con un bosquejo de su rostro y las medidas del cuerpo. Espero que no haya problemas para encontrarla.

—Imposible no hacerlo. Ojos verdes. Cuerpo de diosa y voz de sirena. Es perfecta... Para serle franco, la tuve a tiro en Alemania y supe que venía a París... Pero perdí su pista. Parece un fantasma.

—Luego está seguro de que está aquí, ¿cierto?

—Tan seguro como lo estoy yo... Incluso nos hemos cruzado en alguna ocasión. Pero es lista, sabe escabullirse y ha demostrado ser inteligente... a estas alturas también sabrá que la estoy buscando, por eso le paso la brasa a sus hombres. Confío en que sabrá usted contenerlos; una vez den con ella no quiero que le toquen un pelo. A esa, solo yo le pongo la mano encima... ¿Queda claro? Es usted el hombre perfecto para este menester y no pongo en duda que sabrá mantener a raya a sus perros.

Gilot tuvo la impresión de que le atizaba una bofetada con cada palabra. Tuvo la tentación de replicar... de dejar claro que no era una marioneta. Pero se contuvo. El tono que empleaba aquel tipo era tan odioso como su envanecimiento, pero sus donativos a la ciudad habían llegado a un punto sin retorno y todos sin excepción le lamían los pies, por no decir otras cosas. Nadie... ni siquiera él, sabía en qué empleaba el tiempo ni cómo consiguió su fortuna, pero tampoco se les pasaba ni remotamente por la cabeza preguntárselo. Nadie quería meterle el dedo en la llaga al hombre que curaba sus heridas, en su mayoría mandatarios y financieros... hasta los prestamistas le debían. Solo corría el rumor de que era uno de los españoles más ricos que habían pisado la ciudad de la luz, que sus tierras en la península eran numerosas y que su riqueza parecía ser de otro mundo.

Tragó saliva, pero tuvo la sensación de haber embuchado una aceituna con hueso. Casi se ahogó. Tosió hasta que Carlos le palmeó la chepa, desatascándole el gástrico.

—Ya... —consiguió decir en cuanto recuperó el aire.

—Me alegro de que esté de vuelta —celebró Carlos.

Gilot le miró agradecido por sacarle el tapón.

—Seguro que damos con ella. Esté tranquilo. Si ella es especial para usted, lo será también para nosotros —dijo.

—Jamás se me ocurriría dudar de su eficiencia; ni por un momento, Monsieur Gilot... —Levantó el dedo índice y añadió—: Yo también haré mi parte del trabajo... ¿Sabe a qué me refiero, verdad?

Gilot rió como niño con juguete nuevo y se frotó las manos. Luego se acercó a la puerta, dando un grito:

—Alors, los de ahí afuera.

La puerta se abrió dando paso a dos tipos de aspecto y catadura inconfundible; su altura impresionaba también. En cuanto los tuvo delante, señaló a Carlos con el dedo y les dio una orden que parecía más un consejo:

—Este señor es un buen amigo mío y necesita ayuda. Quiero que sigáis mis instrucciones al pie de la letra y sin pensar ni decidir por vuestra cuenta. ¿Entendido?

Ambos asintieron como autómatas.

—¿Entendido? —repitió.

Asintieron de nuevo sin inmutarse.

—Para que lo entendáis bien. —Enfatizó elevando el tono—: ni se os ocurra tiraros un pedo sin mi permiso... Aquí nadie caga sin que yo lo ordene, ¿queda claro?

Carlos le rió la gracia; pensó que tenía carácter. A los sujetos como Gilot se les veía el plumero desde lejos. Ese modo de gritar delataba una vida de sumisión sin medida y un vivir arrodillado, si no toda su vida, sí larga parte; se le veía habituado a soportar la humillación y a tragárselo todo; también a repartir, pero más a tragar; incluso de los que estaban a sus órdenes, como los dos que tenía frente a él. Ambos le miraron sin entender cuando alzó la voz.

Que sus gritos eran puro teatro, lo vio reflejado en sus rostros; tampoco le pasó inadvertida la contención de sus risas cuando les miró con cara de ogro, ni sus verdaderos cometidos; su ropa y complexión física dejaban a la vista que no eran policías sino matones; de eso entendía.

En definitiva, Gilot era un hombre sin personalidad y empatía a raudales; un hombre que exhortaba a todos los que estuviesen bajo sus órdenes, de tragar lo que tuvo él que tragar... exactamente el hombre que necesitaba. Y si tenía que seguir financiando su carrera hasta situarle en la primera línea de la política, lo haría, ¿qué mejor forma de dominar a las ovejas, para un pastor, que amaestrar los perros para sujetar a las rebeldes dentro del redil?, ¿y qué mejor forma para un hombre ambicioso, que amaestrar a hombres sin carácter para que no planteen obstáculos de ningún tipo a la hora de ordenar las medidas pertinentes que a los pastores convengan y las apliquen a quienes se encuentran a su supuesto «amparo», a costa de lo que sea, con tal de subir en el escalafón del poder; un poder que en realidad nunca les perteneció ni pertenecerá, pero al que todos se aferran como si así fuese. Así las cosas, Gilot probaría, estaba decidido, las dulces mieles de su poder; un poder en la sombra que, en cuanto consiguiese el otro «Bastón», sería eterno y comparable al del mismo Dios.

Se acercó a Gilot, le rodeó por los hombros como si se tratase de un niño que se había portado bien, y le dio un premio que no esperaba.

—Monsieur Gilot —le dijo a modo de golosina—, sé que se está esforzando lo indecible en ayudarme y quiero que sepa que no lo olvido. Estoy pensando que el mando al frente de la prefecture se le está quedando pequeño.

Gilot no pudo resistir el masaje y por poco se meo; de hecho se le escaparon unas gotas de alegría.

—¡Oh! Merci, Monsieur. No es necesario —mintió, a la vez que intentaba contener el chorro, juntando las dos piernas. Los matones se miraron y contuvieron la risa.

Carlos le echó una mirada discreta a su bragueta y le sonrió. Sabía bien las consecuencias que provocaban sus halagos... llevaba años de experiencia en eso, y pocos se libraban del efusivo deseo de echar una meada cuando la jabonada mental les cogía por sorpresa; a algunos incluso se les escapaba... ahí estaba la bragueta del prefecto Gilot para probarlo.

—Ya está pensado y decidido —añadió—, haré lo que esté en mi mano para que ocupe el cargo que se merece.

Gilot dudó de poder contenerse y apretó los muslos.

Carlos dedujo que en cuanto abriera la boca se mearía del todo, y le evitó ese mal trago.

—No es necesario que me lo agradezca, Monsieur. Es en pago a sus servicios y una humilde forma de mostrarle mis condolencias por su policía muerto. No puedo evitar sentirme un poco culpable; después de todo, fue idea mía que se ocupara del caso. Pensé que era el más idóneo y le he llevado a la muerte. Nunca me lo perdonaré.

—Todos estamos apenados por la muerte de Pignon...

—No me cabe la menor duda. Parecía un gran tipo.

—Sin embargo, no sufra por él. En realidad tenía que ocurrirle un día u otro; lo de ser policía, no era lo suyo... Si le soy sincero, Monsieur, me extrañó que le recomendase usted para ese trabajo.

—Pensé que sería un servicio tranquilo. Lo hice por...

—¡Oh! —le cortó Gilot—. No es necesario que nos dé explicaciones, Monsieur Ramírez. Le repito que a Pignon le sobraba el uniforme. No era un policía vocacional.

Carlos pensó que a él también le sobraba la silla. Si se tuviese que decidir por el más tonto de los dos, dudaría.

—En fin —dijo, palmeando el hombro de Gilot—, no quiero interrumpirle más. Gracias por todo. Espero estar informado en breve, del paradero de mi... en fin, ya sabe usted... Habrá recompensa, no es necesario que lo diga.

Gilot voceó un nombre y apareció un hombre bajito y regordete con papel y carboncillo en ristre.

Gilot señaló a Carlos con el dedo y carraspeó.

—Este señor te indicará los rasgos de una mujer. Si te esmeras, algo sacarás a cambio... —le dijo, guiñándole un ojo. Se volvió a Carlos, levantó el pulgar y concluyó:

—Deme usted una semana, y la pongo a sus pies.

—Ni un día más... —sentenció mientras se ajustaba el sombrero—. Aquí me verá dentro de siete días.

El chófer le abrió la puerta del coche frente a las puertas de la prefectura. Subió los escalones de tres en tres y, casi sin aliento se plantó ante el conserje. Este hizo un gesto a dos policías que vigilaban la entrada al edificio, indicándoles que era de confianza. Luego le saludó:

—Bonjour Monsieur Ramírez.

—Buenos días. Vengo a ver a Monsieur Gilot.

—Adelante. El señor Gilot le espera en su despacho... Me ha ordenado que le diga que entre sin llamar.

—¿Se puede...? —dijo a modo de saludo, asomando la cabeza entre las dos hojas de la puerta entreabierta.

Gilot saludó con una sonrisa más grande que su cara.

—Bonjour Monsieur Ramírez. Adelante... entre, pase y siéntese por favor. Tengo excelentes noticias para usted y me complazco en haber dirigido la operación.

Carlos sabía que buscaba reconocimiento y le acarició la mente, haciéndose el sorprendido:

—¡Nooooo! ¿La ha dirigido usted? ¡Qué detalle!

Gilot asintió satisfecho. Se derretía con los halagos.

—de principio a fin... —dijo, henchido de orgullo—. Era importante para usted y no quise dejar el trabajo en manos de cualquiera.

—Gracias al cielo, la prefectura de París cuenta con el hombre perfecto. Lástima que tenga que prescindir de su mejor pieza en un futuro no lejano.

Gilot sintió repentinas ganas de orinar. Esperó con el culo apretado y sin respirar a que Carlos acabara. Gracias a Dios, este tenía prisa.

—Y dígame usted, Monsieur Gilot, ¿de qué excelente noticia iba a informarme? Debo partir enseguida y...

Gilot extrajo papeles de una carpeta y se los pasó.

Carlos los cogió y, ávido, les echó una ojeada.

—¿Está seguro de que se trata de la mujer que busco?

—En efecto, Monsieur... Es exacta al boceto que hizo usted de ella. Lo trabajamos mucho, ¿recuerda?

—Pero a mí no me constaba que fuese una puta.

—Y no lo es, Monsieur. Es la Madame. Y ahí están los datos de su documentación. Su apellido parece de origen español. Son de la misma tierra... Su nombre está al lado de la documentación: Milly Cent López. Si es o no real...

Carlos chasqueó los dedos; el nombre le hizo recordar su tropezón con ella en Bayreuth.

—¡Entonces es ella! —exclamó—. Aunque, la verdad, nunca pensé que fuera...

—Se dedique a lo que se dedique, Monsieur, alabo su buen gusto. Es una de las mujeres más bellas que he visto en esta ciudad. Al pie de la página, tiene la dirección del burdel. Mes condoléances et bonne chance...

—¿condolencias?

—Es una forma de hablar, Monsieur... La decimos en mi familia cuando alguien se dirige a los sumideros.

LIX

HA VENIDO UN EXTRAÑO

Madeleine entró en la habitación y apartó las cortinas para que entrara la luz. Teth, en la cama, se incorporó de golpe, sorprendido por el chorro de claridad que invadió de repente la alcoba.

—¡Arriba, vago...! —bromeó la joven—. Qué mañana espléndida hace hoy. Aprovechémosla para pisar la calle. Hace días que no nos da la brisa matinal.

Teth se puso la mano de visera y entrecerró los ojos.

—¿Qué hora es? —masculló con voz áspera.

—Hora de levantarse. Llevas durmiendo tres días.

—Estaba agotado. Sabes que no me encontraba bien.

Madeleine puso los brazos en jarra y resopló como si estuviera harta de oír una y otra vez la misma canción.

—Mira —le dijo—, desde que aquel hombre murió, a ti no hay quien te entienda; tú no tienes por qué sentirte culpable de su muerte y pareces tan muerto como él.

Teth agarró un periódico atrasado que estaba sobre su mesilla y se lo lanzó con rabia. Era de hacía unos meses.

—Aquí viene claro el motivo de su muerte: asesinato. Si supieras leer, no te quedaría la menor duda.

—¿Y lo mataste tú, acaso? ¿Y al otro...?

—En ese periódico dice que el motivo fue el robo... Se llevaron unos archivos, entre los cuales estaba el mío.

—¡Siempre igual! Llevas varios meses con ese dichoso tostón. ¿A quién podrían interesarle tus problemas?

—Te sorprenderías.

—Eso no es una respuesta. Deberías esforzarte más.

—Lo primero que hice en cuanto me enteré fue darle a la policía toda la información que pude. Una vez que se comprobó la veracidad de mi consulta, fui informado del robo de unos archivos. Pedí que se me entregara el mío y que el dictamen no fuese a manos extrañas, pero por más que se buscó, mi nombre tan solo aparecía en el libro de visitas. El dossier se había esfumado con el profesor y mi vida con el dossier. Ahora puedo estar en manos de...

—En manos de nadie —le cortó.

—O de cualquiera... Alguien lo tiene, desde luego...

—¿Tan importante te crees? ¿A quién puede importar alguien como tú; un hombre recto y cortés, amigo de sus amigos y amable con todo el mundo? Un santo, vamos... La gente normal no despierta la curiosidad de nadie; pasa desapercibida. Además corren rumores de que los que no robaron estaban escritos en otra lengua.

—Quizá por eso se llevaron solo el mío y no el resto. En cuanto a lo de importarle a alguien, sí que le importo. Eso puedo asegurártelo...

—¿Y puede saberse a quién?

—Si yo pudiera contarte...

—Si todo lo aclaras así...

—Mira Madeleine, yo estoy en ese dossier, y solo yo tengo derecho a tenerlo, me veas tú cómo me veas. ¿Qué sabrás de mí...? Solo sabes lo que quiero que sepas... igual que los demás.

—¿Estás seguro? Creo que estás menospreciando a las putas.

—Tú ya no ejerces. Te has regenerado. Vives aquí...

—Pero sé lo mismo que antes. Te conozco bien y sé a ciencia cierta que eres un primor. Eres ejemplar de todas formas y se te mire como se te mire. Yo estoy encantada.

—Era una forma de hablar, mujer... Me refería a...

Madeleine le dejó con la palabra en la boca.

—En cuanto a eso de que me he regenerado, me dejas sin palabras. Yo me encuentro bien siendo como soy. No quiero ni necesito cambiar. Me ofendes. ¿Acaso no fue lo que te gustó de mí cuando me conociste?

—Tienes razón —admitió Teth—. Estoy tan cansado y nervioso, que no sé lo que digo. ¿Me perdonas?

Madeleine hizo un mohín y simuló resistirse, pero sin dejar pasar dos segundos, se abalanzó en sus brazos.

—Así me gusta, cariño —dijo Teth haciendo aparecer una flor de la nada y repitiendo una tras otra las palabras de Rodrigo:

—¡Cuidado con las espinas!

Esa frase, que el mago repetía cada vez que hacía que una flor emergiera del lugar más insospechado, se quedó grabada en su mente como un tatuaje desde el momento en que la escuchó por primera vez, y la repetía siempre a quien tuviera la oportunidad de sorprender con su truco; era una de las pocas cosas que aún seguían íntegras en su memoria, el resto, especialmente lo correspondiente a las enseñanzas elevadas del druida, se había ido escondiendo en algún rincón de su cerebro. Desde que se enteró de la muerte de Maimónides, no dejó de darle vueltas a cuanto este dedujo acerca de las lagunas de su memoria, pero las respuestas se diluían en la nada, igual que sus recuerdos.

Cubrió los ojos de Madeleine con la palma de la mano y la sorprendió de nuevo al retirarla.

—¡Oh —exclamó ella abriendo mucho los ojos—, un pajarito de colores!

—¿Te gusta?

Madeleine le miró como si fuese una obra majestuosa y lo cogió con cuidado.

—Eres tan versátil —dijo como si aún no lo creyera... das una de cal y otra de arena, pero siempre lo haces con tanto estilo, que...

—¿Qué qué...? —preguntó él acariciándole la mejilla.

—Que solo puedo quererte; cada día te quiero más... Me lo pones tan fácil...

—No exageres.

—No lo hago. Nadie ha tenido detalles así conmigo... nunca me hicieron sentir mujer... No como tú lo haces.

Teth la apretó fuerte contra su pecho y cerró los ojos; Madeleine era la única mujer que le recordaba a Leonor, la mujer que habitaba en su cabeza desde hacía siglos; la que se llevó su corazón a la tumba; la irremplazable y la que marcó las distancias con las demás. Madeleine intuía que alguien, aunque Teth nunca hablaba de ello ni decía quién, había conseguido calar más que ella en su corazón y en su mente. Pero actuaba como si no se diera cuenta y se esforzaba cada día por hacerle olvidar lo inolvidable.

Teth, por su parte y a pesar de su pasado oscuro en los sumideros de París, la respetaba y la quería a su manera. Ella, con una candidez que ni intentaba disimular, había ido minando su introversión, haciéndole regresar a veces a la época dorada de su ya larga vida; parecía como si esa bestia negra que devoraba día a día recuerdos, vivencias y sabiduría, hubiera decidido indultar esa parte; su niñez no parecía ser tan sustancial como para ser desterrada sin piedad de sus memorias.

Abrió los ojos y la besó con pasión; necesitaba sentirla a su lado y templarse con el calor de su cuerpo; su mente se relajaba y revivía con cada latido de su corazón.

Madeleine se sentía como una niña cuando la besaba, especialmente porque acto seguido levantaría su vestido, lo sabía bien, y la llevaría en volandas a la cama para, sin desnudarla, hacerla tocar el cielo del amor. Lo hacía tan a menudo, que se sabía cada paso; cada embestida y cada beso estaban grabados en su memoria y escritos en cada recoveco de su boca, de su lengua y de sus labios... de sus muslos, de sus ingles, de sus genitales... de su corazón.

Se retorció de placer y se entregó a la lujuria mientras la llevaba en brazos hasta la cama.

En el portal del edificio, un hombre uniformado esperaba impaciente; llevaba dos horas plantado y comenzaba a desesperarse. Tenía localizado a Teth desde su regreso de Baviera y aunque cambió de domicilio alguna vez, nunca perdió su rastro. Miró al primer piso y suspiró.

A Hugo; por ese nombre se le conocía en el mundillo de la chusma parisina, no le habría importado ponerle el punto final a lo que Carlos denominaba «Caso Dios» y de hecho lo hubiera finiquitado a gusto el día en que le vio entrar en el primer domicilio de los que tenía constancia, una mansión sita en un barrio de la margen izquierda del río Sena: Montparnasse. De hecho, así se lo propuso a su patrón, para él, Sancho Ramírez, quien se lo impidió sin contemplaciones, de forma rotunda e incuestionable. Los motivos según él eran personales, no de su incumbencia. Incluso le prohibió tomar cualquier iniciativa al respecto y amenazó con sustituirle si osaba incumplir sus mandatos. A sus treinta años, forjado en la guerra contra Prusia y testigo in situ de la caída del imperio francés frente a Alemania, cuya derrota trajo sin enmienda y a costas la tercera república, estaba hecho a todo y acostumbrado a imponerse por la fuerza a quienes intentaban denigrarle. No obstante, a pesar de que se sintió tocado en su orgullo debido al trato insultante de su patrón, el recuerdo de las hambrunas, del frío y del terror que le producía volver a las calles, así como lo que suponía pasar los inviernos a la intemperie, hizo que se mordiera la lengua; sus modales, así como el exceso de recato que exhibía frente a él, eran «pecata minuta» comparados con las generosas prebendas de las que se beneficiaba a su lado.

Resopló y se frotó las manos; las tenía entumecidas de no moverlas ni moverse. Después pegó un par de patadas contra el suelo para reavivar los dedos de sus pies y botó un par de veces para calentar las rodillas. Suplicó al cielo que la cosa empezara a moverse, pues se estaba quedando duro. Desde que estuvo en la guerra odiaba las guardias y tener que permanecer alerta durante muchas horas; si no pasaba nada se le hacían interminables y se exasperaba.

Tras unos meses de tediosa vigilancia estática, Sancho le pidió pasar a la acción comedida: el robo sin violencia.

La medida, aunque él no la entendiera ni hubiera sido informado del porqué, como era entendible, tenía lógica, pues Teth era intocable mientras poseyese La Vara, y las cosas se torcerían si por cualquier motivo fracasaba en su intento de apropiársela, ya que con ello solo conseguiría ponerle en guardia, que se cerrase en banda y decidiese ocultarla en el mismo infierno, complicándole las cosas, si cabía, hasta el día del juicio. Esa era la razón de que la

orden a Hugo de ser comedido y paciente fuera tajante.

Pero al hecho de frenar su manera de trabajar, que de por sí le suponía una carga, había que sumarle que Teth, en días, no puso un pie en la maldita calle. Y para colmo, su amante, una prostituta a la que también había vigilado desde que volvió de Baviera, se había mudado a vivir con él hacía un mes, haciendo más problemática su función, pues la casa, por uno o por otro, estaba siempre ocupada.

Sin embargo, las interminables y desesperantes horas de tedio empezaban ya a dar sus primeros frutos; aquella mañana llevaba trazas de ser distinta; el simple hecho de que ambos aparecieran juntos en el portal significaba que la casa quedaría momentáneamente vacía.

Abrazados y risueños, Madeleine y Teth caminaban a la deriva despreocupados de todo. No repararon en él. Ni en su deslumbrante automóvil... Tampoco en que el cielo se estaba agrisando.

Hugo repasó mentalmente las órdenes: registrar todas sus pertenencias hasta encontrar una vara. Sonrió como un niño al recordarlo; la sorpresa que se llevó al escuchar a Sancho fue mayúscula; tanto como la cara de idiota que se le quedó cuando con toda naturalidad, remachó:

«Es algo así como un garrote de madera... Sin alisar»

Como es lógico, pensó que se burlaba de él.

«¿Habla en serio...?» —recordó que le dijo. La respuesta le tranquilizó algo, pero no evitó que llegara a la conclusión de que había más excéntricos que moscas.

«Es una prueba que hago a quienes trabajan para mí, no se sorprenda ni piense que me río de usted. Claro que, esa vara deberá serme entregada en perfecto estado o, sintiéndolo con toda mi alma, deberé prescindir de sus servicios, ya que no habrá superado la prueba que exijo a mis subordinados»

Dejó de darle vueltas cuando la pareja desapareció por la calle contigua. Tras asegurarse de que nadie seguía sus movimientos, cruzó y entró en la finca.

Sin dejar de caminar, Madeleine palpó el bonete gris que llevaba puesto y se dispuso a ponerse a resguardo.

—¡Vaya! —se quejó—. El día se está arrugando.

Teth sonrió divertido viéndola arremangarse los bajos del vestido para poder moverse con soltura. Miró al cielo y corrió a su vez; la lluvia arreciaba y nubarrones grises auguraban tormenta.

—Juraría que hace un rato brillaba el sol —se quejó.

Madeleine miró al cielo y resopló, desanimada.

—Y bien que brillaba —corroboró—. ¿Regresamos?

—¿Quieres volver? Quizá no tarde en parar. Solo es...

Ella no le dejó acabar.

—Mi vestido está empapado. Y mira el sombrero que me regalaste... está hecho un asco. ¡Con lo que te costó!

—No te preocupes. Te regalaré otro.

—Pero si te costó carísimo. ¿Y el vestido, qué...?

—Y otro vestido también. —Rió, divertido.

—Pero si cuestan un dineral, cariño...

—No te preocupes por el dinero.

—Lo dices como si no te costara ganarlo...

—¿Y si así fuese, qué...? Anda, cálmate. Qué más dará tener unas monedas más, que unas monedas menos...

—¿Acaso no recuerdas lo que cuesta este modelo?

—Por desgracia no. Tengo más dinero que recuerdos. Anda —dijo, cambiando de tema—, si quieres, ve a casa y espérame allí. Yo daré un paseo.

—¿Bajo la lluvia?

—Bajo la lluvia.

—¿Pero y sí...?

—¿Y si qué...? —la cortó. Pasó la mano por su melena mojada y le guiñó un ojo—. Vuelve tú y ponte algo seco, anda. —Sonrió y añadió—: O mejor, espérame desnuda.

Madeleine se abrazó a él y le susurró al oído:

—Si no tardas... —Lo dijo haciendo un mohín.

Él no veía su cara pero se sabía sus gestos.

—Lo que tarde en coger fuerzas —dijo con picardía.

—Te espero en la cama...

Y allí se encontraba. Desnuda y encharcada en sangre. Si no fuese por eso, parecería esperarle... O estar dormida... Pero ni lo uno ni lo otro.

A Teth se le heló la sangre al verla. Se arrodilló junto a la cama y, tembloroso, tomó una de sus manos, la puso en su mejilla y se acarició con ella; quería sentir una vez más, la última, su calidez. Pero esta iba desapareciendo y sus dedos no tardarían en ponerse rígidos. Lloró como un niño que se ha quedado huérfano y permaneció pegado a ella hasta que perdió la noción del tiempo y de las cosas.

Se preguntó qué suerte de maleficio contra él habría y por qué se cebaba con quienes más amaba. Aunque sabía la respuesta, se la negaba a sí mismo, quizá para soportar mejor los envites de un destino que parecía ir contra él.

Apartó la mano de su mejilla y la besó en la muñeca a modo de despedida. Luego se incorporó, se inclinó sobre el lecho y la besó en los labios... unos labios de los que ya no obtendría ningún beso ni ningún te quiero. Cerró sus párpados y la cubrió con una manta, para no verla más.

—¿Está usted bien?

La sorpresa hizo que se volviera bruscamente. Cuando vio que era el portero, sin perder tiempo, le inquirió.

—¿Qué hace aquí...? ¿Ha visto usted a alguien ajeno a este portal?

El portero suspiró y afirmó al mismo tiempo.

—De eso venía yo a hablarle, Monsieur... Un hombre uniformado y bien plantado pareció salir de aquí... Quizá no de esta casa pero sí de esta planta. Venía a comunicárselo, por sí no estaba usted al tanto. Era un tipo extraño.

—Y dígame... ¿ese «extraño» le vio a usted?

—No.

—¿Tan seguro está?

—Monsieur, le recuerdo que soy el conserje... Ni veo ni se me ve. ¿Cuántas veces se ha cruzado usted conmigo desde que vive en este edificio? Pasar inadvertido es mi...

—Pues qué quiere que le diga... —le cortó Teth.

El portero, un hombrecillo que llevaba una gorra más grande que él y más pequeña que su cabeza, puntualizó:

—Pues esas pocas veces, han sido porque yo lo quise.

—¿Ah, sí...? Y diga, ¿usted le vio a él?

—Se lo acabo de describir, Monsieur.

—Repítamelo, por favor. Cuantos más detalles, mejor.

—¿Tan importante es para usted?

—Ha matado a mi novia.

Al portero casi le da un infarto, pero de la risa.

—¿Cómo dice, Monsieur? ¿Está bromeando, verdad?

Teth le agarró de una oreja y tiró de él hasta la alcoba; acababa de perder lo que más quería; perder la urbanidad le importaba poco menos que una mierda.

El portero sintió náuseas y cayó de rodillas.

—Llamaré a la policía —dijo, y fue hasta la puerta del cuarto. Allí vomitó y se volvió, dubitativo.

—¿Y esto por qué? No me consta que llevara nada en las manos. ¿Le ha robado algo? —preguntó, curioso.

Teth miró al techo y observó compungido una de las vigas de madera. Luego miró a Madeleine y, desazonado, aspiró hasta hacer desaparecer un moco lacrimoso que le colgaba.

—Sí y no. —Lo dijo con voz casi inentendible.

—Perdón, Monsieur, no lo cojo.

Teth aspiró de nuevo y contestó, como ausente:

—Sí, lo que yo más quería. No, lo que más quería él...

—¿Lo que más quería él, Monsieur? No lo capto...

—No lo entiendo ni yo...

El hombre puso cara de pánfilo y carraspeó.

—Y ahora todavía menos, Monsieur... Va usted muy deprisa; demasiado...

Teth apretó los párpados y los puños mientras guñía:

—Una muerte por nada. Un crimen que tiene que ser castigado... ¿Sabe usted lo que es tener hambre y sed sin saciedad, de justicia? Pues aunque crea que sí, no tiene ni la menor idea... Nadie en este puñetero mundo tiene la más mínima idea de lo que significa odiar como yo odio.

El hombrecillo le miraba asustado.

—Idea ninguna, señor. Cada vez menos, lo reconozco. Me tiene usted muy confundido... ¿Qué quiere decir con que ella ha muerto por nada?

Teth enfiló hacia la puerta farfullando entre dientes:

—Esto no debería haber ocurrido jamás. Si esa bestia se hubiese tomado la molestia de conocer a fondo lo que dice la leyenda, sabría que aunque se hubiera salido con la suya, todo habría sido en vano. Juro por mi vida y por Madeleine, que su ignorancia será su perdición.

LX

EL HOMBRE DE ORIENTE

Teth se quitó el abrigo y se sentó frente al policía que le rellenaba el expediente. Su rostro estaba demacrado de tanto llorar la muerte de Madeleine; nunca imaginó que la echaría tanto de menos. Se preguntó una vez más qué había hecho él para que todas las mujeres que significaron algo en su vida acabaran muertas: su madre, Leonor, su hermana... y ahora Madeleine, una muchacha que le quiso de verdad a pesar de que él nunca negó que se fijó en ella gracias a su gran parecido con Leonor, la mujer y el amor de su vida. Una lágrima se deslizó por su mejilla al evocarla; de una u otra manera se sentía culpable de su muerte, pues desde su vuelta de Alemania, había perdido el tiempo en él y en su maldita memoria, en vez de tratar de encontrar al posesor del otro Bastón, culpable de todo lo malo que estaba ocurriendo, y al que había localizado poco después de que pusiera los pies en París.

Desde la muerte de Madeleine, se machacaba pensando que si hubiera actuado a tiempo, las cosas habrían ido de otra manera y quizá estaría viva.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó el policía.

Teth pareció regresar de sí mismo. Negó con la cabeza a la vez que se masajaba las sienes y contestó sin ganas.

—¿Cree que puedo? No tengo perdón.

El policía encogió los hombros y forzó una mueca.

—Solo le preguntaba... Es una forma como otra de ser amable. Sé que lo está pasando mal. Si le he molestado...

—¿Han encontrado ustedes mi dossier?

El policía dejó la pluma en el tintero, cruzó los brazos y suspiró, harto de que todos los que ponían el trasero en su despacho, le hicieran la misma pregunta.

—Verá, Monsieur, sin ánimo de ser brusco con usted, le diré que no está usted solo en París. Tenemos bastante trabajo... Además, un dossier no va a ningún lado.

—Me dijeron que investigarían. Hace meses ya...

—Y lo hacemos... Le aseguro que lo hacemos. Y ahora si me lo permite, estoy ocupado.

—Y yo sin mi dossier. Casi me aseguraron que darían con él. No entiendo que me estén dando largas.

—Hay cosas más importantes que su dossier, créame.

—¿Como qué...?

El policía resopló como un búfalo y le mostró el papel que estaba rellenando.

—¿Como esto! —exclamó—. ¿Sabe lo que es? Se trata del expediente de una tal Madeleine que fue asesinada... ¿Le suena?

—No me ha entendido.

—¿Ah, no? ¿Qué debí entender?

—Que es posible que el que mató a Madeleine, sea el mismo que mató a Maimónides, a su

criado y por ende a su compañero Pignon. Y también quien robó mi dossier.

—¿Me dice su apellido?

—Ruadh. Terminado en hache. ¿A qué viene esto...?

—Señor Ruadh, en cuanto sepamos algo de lo suyo, le avisaremos. No creo que un dossier escrito en hebreo sea relevante en una ciudad donde ya cuesta dar con alguien que sepa el francés. Su diagnóstico está a salvo, créame.

Teth fue a replicar, pero el policía no le dejó.

—Y si no —continuó—, podría haberle consultado al profesor Eleazar bar no se qué...

—¿Y ese quién es?

—¿Quiere decir que no está al tanto? Curioso.

—He estado indispuerto durante algún tiempo... ¿Al tanto de qué?

El policía dio un grito por respuesta:

—¡Marchand!

Tres segundos después apareció un tipo esmirriado y desaliñado; llevaba anteojos sujetos al puente de su nariz y miraba por encima de ellos, con ojos de búho.

—Oui, Monsieur Dupont...

—Tráigame la prensa de los cuatro últimos días.

—¿Algún diario en especial?

—*Le Petit Parisien*, si es posible.

Dupont desapareció como si se lo hubiera tragado el pasillo y apareció más tarde como si lo hubiera escupido.

—Et voilà, Monsieur. ¿Alguna cosa más?

—Gracias, Marchand. Puede seguir a lo suyo.

Dupont navegó por las páginas de los ejemplares y los apiló por fecha. Luego los empujó hacia Teth.

—No sé si le servirá de algo —dijo—, pero no le hará ningún mal echarles un vistazo.

—¿Qué quiere decir? Cada vez le entiendo menos...

Dupont le dio una palmada a la pila de periódicos.

—Aquí encontrará la respuesta. No sé si la que busca, pero hacia algún lado le llevará. —Abrió el periódico por una página concreta y puso el dedo sobre el titular—. El tipo en cuestión —continuó— se llama Eleazar.

—¿Eleazar? No me suena de nada.

Dupont se aclaró la garganta y especificó:

—Eleazar bar Judas. Chamán y blablablá. ¿Tampoco?

Teth negó con la cabeza y encogió los hombros.

—¿Por qué insiste? ¿Debería?

—Porque ha venido a reclamar el cuerpo de otro tipo; uno que sí le sonará: Maimónides Oz. Pide desenterrarlo.

Teth le miró con el cejo arrugado.

—¿El profesor? —exclamó, estupefacto.

—Llámele como quiera. Pues bien, el tal Eleazar se ha presentado por las buenas, asegurando que a Maimónides no se le debía haber enterrado según el rito cristiano.

—Bueno, eso no es nada extraño.

—Ni judío...

—¿Tampoco?

—Sus pretensiones son hacerle él mismo los honores con un funeral a su medida, ya que según

informó a todo cronista que se le puso delante en cuanto pisó París, que fueron todos, sus creencias van por libre.

—¿Y a dónde quiere ir a parar?

—A qué cuando se le preguntó que con qué derecho se tomaba tantas libertades en cuanto al muerto, aseguró que Maimónides era discípulo colaborador suyo y tenían un acuerdo en cuanto a sus respectivos funerales; cayera el que cayera, de su entierro se encargaba el otro.

—¿Y presentó algún documento que lo certificara?

—Bien sur... Por supuestísimo.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—El problema, si prefiere llamarlo así, podría ser una solución respecto a su dossier, pues todos los documentos que ha presentado ese tipo, están en hebreo. Y si a eso le añadimos la guinda...

—¿Qué guinda? —se interesó Teth. A cada palabra de Dupont, más curiosidad sentía.

—A la de que ese judío asegura que recibió una carta de Maimónides, mes y medio después de su muerte.

—¿Y qué significa eso?

—¿Que qué significa? Pues significa que la envió sin lugar a dudas, días antes o días después de su consulta.

—¿La mía?

—La suya y la de quien fuera; allí había mucho legajo y sería complicado decir cuantos más le visitaron ese día.

—¿Me está sugiriendo que vaya a verle?

—Sería una magnífica idea, pero es tarde para eso.

—¿Tarde por qué...?

—Porque salió anteayer hacia Jerusalem... Y a menos que disponga de tiempo y dinero, tendrá que esperar a su regreso, si es que le da por volver, que no creo.

—¿Y tiene alguna dirección allí?

—¿Está diciéndome que tiene tiempo y dinero?

—Si usted lo ha entendido así... tanto como interés.

Dupont quedó tan sorprendido que tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo, dejó sangrar su vena policial.

Carraspeó un par de veces y entrecerró los ojos, como si sospechara de Teth y quisiera que se diera cuenta.

—¿A qué se dedica usted, monsieur Ruadh?

—He tenido muchos oficios.

—¿Muchos? ¿La vida da para tanto?

—Si yo le contara...

—¿Y entre tanto oficio, ¿cual le gusta más?

—El de mago. Ruadh el mago. Apellido de mi abuelo.

—¿Se está burlando de mí? —Puso cara de bobo.

Teth dejó escapar una risotada por respuesta.

—Se lo repito, Monsieur Ruadh, ¿se ríe de mí?

—Para nada. Solo conozco ese apellido, y gracias...

—No tengo esa impresión. ¿A qué viene lo del apell...

—Verá, Monsieur Dupont —le cortó—, es que tiene un pajarillo en el hombro, y me está poniendo nervioso.

Dupont se levantó de sopetón; hasta tiró la silla.

—¡Mon dieu! —exclamó—. ¡Putain d'oiseau!

—Me sorprende usted, Monsieur Dupont... Cómo es que se asusta de un pobre pajarillo. Tranquilo, ya no está.

—¿Cómo que no está? ¿Y dónde se ha metido?

—Simplemente ya no está. No tema. Solo ha sido una ilusión. Solo existía en su imaginación.

—¿Quiere decir que era uno de sus trucos? Pues sepa que es de muy mal gusto asustar así a la gente... ¿Va por ahí con pájaros en los bolsillos?

—Vamos, Monsieur, el pájaro estaba en su cabeza...

—No me tome por idiota... Creí que eso no daba para comer. El oficio de mago, qué quiere que le diga...

—Pues ya ve que sí. ¿O me ve cara de hambriento?

—Claro —bromeó—. En caso de hambruna, siempre se puede comer al pájaro.

—O a la culebra...

—¿Qué culebra?

—La que está a sus pies.

Dupont tuvo tal ataque de terror que se cayó con silla y todo. Se puso en pie, resoplando como un toro.

—¡Putain! ¡Serpent de merde! —Le miró—. ¡Salaud!

—No diga palabrotas. ¿Usted ha preguntado, no? Pues menos mal...

—¿Menos mal, qué...? —dijo, sacudiéndose la rodilla.

—Que no le he sacado la tarántula. Lo había pensado.

—No se pase. Y aparte de domador, ¿que otros oficios ha desempeñado? ¡Conteste o le encierro!

—Profesor de historia. En la Sorbona.

—¿Lo dice en serio? Dos oficios afines, veo. —Rió.

—Sí. Ambas cosas tienen que ver con la mentira.

La cara de Dupont parecía su caricatura.

—¿Y ahora a qué...? ¿No es joven para la enseñanza?

Teth meditó unos segundos y aclaró sus dudas:

—Fui a visitar a Maimónides, debido a que mis fugas de memoria me tienen preocupado... Hace ya mucho que dejé de trabajar. A veces me cuesta saber quién soy... Ah, y gracias por mirarme con tan buenos ojos. Soy bastante más viejo de lo que piensa... Más que usted.

—¿Y vive usted de...? No me diga que de sus fugas. Y no le veo yo tan viejo... no se burle.

—Soy asquerosamente rico.

—¿Tanto ganaba enseñando?

—Era vocacional. También he sido arqueólogo. Pero lo que más me dejó aparte de contar mentiras a alumnos deseosos de escucharlas, fue una herencia.

—¿Mentiras? ...Menuda caja de sorpresas está hecho.

—Y dígame, Monsieur Dupont, ahora que sabe usted de dónde saco tiempo y dinero, dejará de sospechar.

—¿Para eso estamos los policías, no?

—¿Le importa si le robo estos periódicos? —Lo dijo al tiempo que reparaba en una fotografía de portada.

—Son atrasados. Lléveselos si quiere.

Teth se puso en pie, pero antes de irse, le plantó en la mesa uno de los periódicos y preguntó:

—¿Y de este, Monsieur, también sospecha? —ironizó, dando golpecitos con el dedo sobre la fotografía.

Dupont miró de refilón y se echó a reír.

—¿Del señor Sancho Ramírez? ¿Bromea?

—¿Sospecha, sí o no...? Tengo entendido que tampoco trabaja. Tanto trajín, no deja tiempo para ello...

—Ese hombre es intocable. Lo más parecido a Dios.

—Intocable, Dios... ¿Por qué? Yo diría ignorante.

Dupont resopló. Empezaba a perder la paciencia.

—Pues por todo. Porque es rico. Porque es benefactor y ha hecho mucho por la ciudad. En fin, por todo... ya se lo he dicho. Ese hace lo que le sale de las pelotas.

—¿Por la ciudad, o por algunos ciudadanos? Todo el mundo sabe que pone y quita alcaldes. Y a policías. Pero en el fondo, se lo digo yo, no es más que un ignorante sin futuro; sobre todo eso... Ni se imagina lo que le espera.

—No crea todo lo que oye. A policías, dice...

—Y a mandos policiales también; gente que no piensa ni ve más allá de su nariz, al mando de otros mucho más preparados. Ya piensa él por todos; por los tontos, por los listos... Hasta por usted. Me alegro de ser rico.

Dupont, visiblemente cabreado, pensó que Teth era lo más parecido que conocía a un grano en el culo. Pero se contuvo como pudo. Optó por Resoplar como un búfalo y cruzarse de brazos intentando aparentar serenidad.

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó—. Acabe ya y lárguese. Yo sí trabajo.

Teth llegó a la sabia conclusión de que ya le había tocado bastante la almorana y se puso en pie.

—Au revoir, Monsieur Dupont. No le molesto más.

Dupont se puso a escribir y se desentendió de él.

—Bon voyage —masculló sin mirarle.

LXI

LA NIEBLA

Carlos se asomó a la ventana y se perdió en el exterior invernal, nublado y oscuro de París. La noche caía como una losa sobre sus calles, ya desiertas a esas horas. Pero a él le gustaba contemplar la soledad en soledad; disfrutaba sin compañía, a excepción, claro, de que su acompañante le entrara por la retina, cosa cada vez más difícil. El que llevara vestido o pantalón le daba igual que si era niño o niña, joven o adulto. Ni tenía filtros ni quería fronteras; la única que aún no había traspasado era la de la vida, y estaba en ello.

Los años iban pasando y sus bajas pasiones eran cada vez más difíciles de encender. Estaba hastiado. La rutina, creía él, si se estiraba durante siglos, podía convertirse en un peligro severo para cualquiera; tanto como para matar sus ganas de vivir. Ya nadie despertaba su deseo sexual ni la pasión lujuriosa con la que años atrás disfrutó del sexo; nadie salvo una hembra de melena negra azabache y ojos verdes; una mujer que le conducía sin remedio al pasado; a un pasado lejano que se perdía en el tiempo, aunque no en su memoria.

Se preguntaba a menudo cómo pudo ocurrirle algo así y nunca hallaba la respuesta; cómo pudo perder la cabeza de ese modo por una mujer, siempre sería una incógnita.

Sabía que no era nada nuevo en la historia del mundo, y eso lo asumía, de casos como el suyo estaba repleta; ahí estaba Napoleón para demostrarlo, pues perdió la cabeza por Josefina hasta las últimas consecuencias. Julio César también perdió la chota por amor... Cleopatra, al parecer lo valdría. Sansón y Dalila tampoco podían ser olvidados, cuando de amor puro iba el cuento. Pero según pensaba él, y estaba convencido, ese sentimiento tan desmedido e irracional, solo era aplicable a personajes que no llegaron a los sesenta. La cosa no era igual sin embargo, cuando la experiencia entraba en el juego; una experiencia como la suya, sin parangón, y fruto de cuatrocientos tacos. Y con todo, ahí estaba el problema; en que con una mundología como la suya, veterana y próxima ya al medio milenio, se había enamorado como un niño, ridiculizando a Sansón, a Julio, a Napoleón y al mismísimo Romeo. Y para colmo de los colmos, su Julieta ni lo sabía ni quería.

La voz atiplada de Leo, su criado, le hizo volverse.

—Tiene visita, Monsieur Sancho.

—¿A estas horas?

—Dice que es importante. Es su chófer.

—¿Ese inútil? Dígale que pase. Puede retirarse.

Hugo entró con su gorra de plato en la mano y saludó inclinando la cabeza, exhibiendo su formación castrense.

—Malas noticias, Señor Sancho.

Carlos estaba acostumbrado a que le vinieran con esas matracas; tanto, que ya ni se le descomponía el gesto.

—¡Suéltalas! —exclamó con voz autoritaria.

—El tipo del palo ha cambiado de domicilio.

—¿Y qué esperabas, que se quedara allí? Te ordené de forma clara, llana y concisa que le quitaras un garrote, y no solo apareces sin él, sino que he tenido que sobornar a la policía para que no te relacionen con el estropicio.

Apareció sin más, señor. ¿Qué podía hacer? Soy como me han enseñado y usted desea. No dejo rastro dónde sé que puede comprometernos.

—¿Acaso no pudiste dejar el coche en otra parte? Eso ya nos compromete. No, no, no... justo en frente. Lo vio todo París, y lo sabe el cuerpo de policía en pleno. Me va a costar un dineral que miren para otro lado.

—Si lo dejé allí, señor, fue porque pensé no encontrar a nadie dentro... Y de hecho fue así, me encontré ella a mí. ¿A quién se le ocurre presentarse así, de repente...?

—A cualquiera que vaya a su casa, imbécil. ¿Dónde se prepara la gente como tú? ¿No decías que habías luchado en el frente? ¿En qué guerra has estado?

—En la de Prusia. Allí aprendí a sobrevivir, señor...

—Pues antes de cometer otro fallo, aprende a hacerte el muerto, o tendré que ser quien te enseñe.

Hugo captó la amenaza, pero permaneció impassible... No quería dar muestras de flaqueza, y menos ante un ser tan frío. Podría transmitirle una impresión equivocada.

—Le aseguro, señor, que no volverá a ocurrir.

Sancho, pensativo, dio una vuelta por la sala. Llevaba las manos a la espalda y caminaba cabizbajo y titubeante. De forma repentina, se paró y le miró, inquisitivo.

—¿Y qué pasa con la mujer? —Lo soltó a bocajarro.

—La mujer está desaparecida. He vigilado la zona, las calles cercanas... Ni rastro. No me atreví a entrar, por no levantar sospechas. Conoce el coche y nos vio en casa del profesor. Prefiero ir sobre seguro; ya aparecerá cualquier día. Es cuestión de tener paciencia.

—Por una vez has hecho bien... En ese tipo de locales es difícil pasar desapercibido. Podría comprometerte en el futuro, y la mierda me salpicaría de un modo u otro. Y ni se te pase por la cabeza meterte allí con el coche.

—Así lo haré, señor. No tema. Esta vez no fallaré.

—Y quítate ese uniforme. Llama mucho la atención, y en esos barrios no es conveniente; es como ir diciendo: ¡miradme, miradme! No os perdáis mi porte altanero...

—Seguiré sus consejos al pie de la letra, señor.

—Aun así, solvéntalo pronto... Vístete de andrajoso si es necesario, pero tráemela.

Hugo fue a contestar, pero no le dio tiempo.

—Puedes retirarte —le dijo Carlos dándole la espalda y yendo hacia la ventana—. Y date prisa en traértela.

Hugo estaba ya junto a la puerta, cuando el vozarrón de Carlos le detuvo; le habló sin dejar de otear la calle a través de la ventana. Su tono no era autoritario, pero aún así, imponía.

—¿Te asusta la niebla?

Pensó que podía tratarse de una pregunta trampa y no dudó en poner a salvo su valor guerrero.

—¡No, señor! —exclamó con voz firme.

Carlos, sin girarse, le hizo un gesto con el dedo índice para que se acercara, y cuando lo tuvo al lado apuntó a la calle.

—Ahí fuera, apenas se ven los edificios. Los árboles y los setos son meros adornos invisibles. La niebla cubre y distorsiona todo; nos hace obviar cosas que están delante de nuestros ojos, e imaginar a través de su espesura otras que no existen. ¿Y sabes cuando sucede eso?

—En la guerra se siente eso: miedo e incertidumbre.

—Exacto. El miedo y la niebla, metafóricamente, son lo mismo. Pero para quien no tiene miedo, la niebla es la mejor aliada que puede existir. Ahora mismo, las calles y las plazas están impregnadas de las dos cosas. La ciudad y los campos, la gente y los animales, están resguardados y a cobijo de ambas. Ahí fuera solo hay silencio y cautela...

Hugo le escuchaba con la boca abierta. Fuese de una u otra ralea, tenía que reconocer que aquel tipo tenía unos conocimientos y una personalidad dignos de admiración.

—Se nota que es usted tan culto como experimentado. Sabe ahondar en los misterios de la vida —opinó.

Carlos asintió y miró de nuevo a través de la ventana.

—Es muy posible que lo uno lleve a lo otro y viceversa; hay quien dice que la niebla, símbolo de las tinieblas, representa también la oscuridad mental de los hombres.

Transportado en volandas por aquel lenguaje, Hugo se perdió a través de la ventana, preguntándose cuál sería la razón de aquella perorata. Como si Carlos pudiese leerle los pensamientos, la respuesta fue lo siguiente que oyó.

—Yo necesito gente que sepa ver a través de la niebla y no tiemble; gente que vea más allá de su espesor lo que otros no ven y tenga inteligencia para ocultarse entre sus bancos, utilizándola como una herramienta. —Rió—. Yo llevo toda mi vida moviéndome entre sus entrañas.

—Parece que ha tenido una vida muy interesante...

—He visto y hecho cosas que jamás te imaginarías. Y siempre amparado por ella.

—¿Amparado? —preguntó por preguntar.

Carlos le miró a los ojos y asintió.

—Ella confunde las mentes de quienes la temen, y da ventaja a los que saben lo que quieren y a donde van... Y ahora dejemos de filosofar y pasemos a lo que importa... La pregunta es: ¿sabes tú lo que quieres y a dónde vas?

Hugo se mordió el labio y se sumergió en sí mismo. A él nadie le había hecho nunca preguntas tan directas. No sabía de qué iban cargadas ni qué debía contestar para no comprometerse hasta la médula; conociendo a su patrón, sabiendo cómo era y de qué pie cojeaba, no era cuestión de pillarse los dedos. Decidió tirar por la tangente.

—A veces sí y a veces no...

—Eso no responde a mi pregunta —replicó Carlos—. Prueba otra vez... Si quieres te la repito. Pero te adelanto que si no eres capaz de comprometerte hasta el tuétano y ser fiel a esa decisión no podrás seguir a mi lado... Como te dije, necesito gente que no tiemble ante la bruma.

Hugo pensó que por no querer pillarse los dedos le iba a ver las orejas al lobo... O el hocico, que era peor. Quizá por eso su voz sonó firme y segura... diríase que incluso convencida.

—¡Diga lo que quiere de mí y lo haré, señor!

—Dicen que un buen negociador es el que sabe ganar perdiendo, ¿no? Pues bien, sin irme por las ramas, te diré mi propuesta: Me comprometo a olvidar definitivamente tu descalabro en cuanto al pelirrojo, si tú por tu parte, te comprometes a meterte en la niebla y, sin dejar rastro de baba como los caracoles, pones en mis manos a la mujer.

—Se la traeré, señor. Confíe en mí.

— Confío. Cuando se ha vivido lo suficiente, se acaba por conocer a las personas; veo tu alma... Sé que esta vez no fallarás.

—Y diga... ¿Cuándo quiere que...?

—Ahora puede ser el momento. —Lo dijo apuntando a la niebla—. La noche es idónea para vagar por las calles como un fantasma... Si pierdes algo esta noche, que sea el sueño y no el

tiempo. Queda mucha luna por delante.

Hugo partió pensando que, o se espabilaba y le traía a esa mujer, o no le quedaba mucha más vida que a la luna de aquella noche.

LXII

LADRÓN DE SUEÑOS

Frédéric entró en el despacho de su tía y, como la vez anterior, dejó caer el periódico sobre el escritorio. A él le gustaba dar sorpresas, y si eran como aquella, mejor.

Milly levantó la vista del papel que tenía en las manos y echó una ojeada a los titulares.

—No lo puedo creer —dijo, alzando las dos cejas.

—Pues créetelo.

—¿De cuándo es este periódico?

—De hace unos días. Pero no te hagas ilusiones, ya se ha largado.

—¿Y cómo es que no nos hemos enterado?

—¿Y yo qué sé...? A veces ocurre. Siempre, diría yo.

—Ya. Pues podía habernos allanado el camino. Es un profesor de rango superior a Maimónides, según se dice.

—También dice por ahí, que recibió una carta desde París, escrita por el mismo Maimónides. Ese es el motivo por el que ha venido. ¿Sigo?

—¿Lo vas a hacer de todos modos, no? Así es que...

Frédéric la cortó con un carraspeo.

—Ha venido a exhumar a su colaborador Maimónides y demás, pero lo que a nosotros nos vale no es eso...

Milly suspiró, carraspeó y le miró inquisitiva.

—Está bien —exclamó Frédéric en tono desabrido—, a nosotros nos interesa más un pequeño detalle que...

—¿Oye, tienes para mucho, o te llega con el día...? Ya sé que disfrutas con el suspense, Freddy, pero abrevia.

—En definitiva —continuó Frédéric—, que el bueno de Eleazar, ya sabes, recibió esa carta de Maimónides, un mes y medio después de su muerte. Y eso significa que se la envió...

Milly abrió mucho los ojos y terminó por él:

—Días antes de morir, y cuando...

—¡Exacto! —la cortó a su vez—. Cuando tu amiguito le visitó. Las fechas cantan...

—Reconozco que es curioso.

—Pues yo llego más lejos... ¡Mucho más!

—¿Hasta dónde...?

—Algo me dice que en esa carta está el motivo por el cual lo mataron. Demasiadas coincidencias.

—Pues el tal Eleazar no dice nada al respecto.

—Porque no es tonto. Con un muerto hay bastante...

Milly se puso en pie y fue hasta la ventana.

—¡Vaya niebla! —exclamó—. ¿Tenemos gente abajo? En una noche así, no salen ni los sin techo...

—Solo quedan dos o tres tipos... ¿Qué piensas hacer?

—¿Sobre qué?

—No te hagas la tonta. Sabes a qué me refiero.

—¿Y qué crees que puedo hacer?

—Creo que deberías olvidarlo todo... o ir a verle.

—¿A Jerusalem?

—Allí o a donde sea... Creo que valdrá la pena. Acaso no empezó todo esto por la salud de tu... Tú decides.

—¿Qué se me ha perdido allí?

—Pregúntaselo al tipo de *La Mancelle*. —Apuntó con el dedo al periódico y añadió—: Seguro que él...

Milly observó la fotografía que apuntaba.

—Parece el tipo del coche... —se adelantó.

—Sí. El del coche, el de Baviera, el de la visita... Y el que según tú apareció cuando huíamos... Cualquiera día te lo encuentras en la cama. Es muy posible que la novia de tu amigo ya lo hiciera. Apostaría lo que fuera a que tuvo algo que ver. Yo no creo en casualidades.

Milly sufrió un escalofrío y se puso pálida. Intentó sin éxito disimularlo, a Frédéric no le pasó por alto.

—¿Te encuentras mal? —preguntó, preocupado.

—Nada, tranquilo. Es que hablar de violaciones...

—¿Y quién dijo que fuera una violación?

—Apareció desnuda en la cama. ¿Qué iba a ser si no?

—También se dijo que pudo ser un robo. Tú piensa lo que quieras, pero te repito que yo no creo en coincidencias. —La miró a los ojos y añadió, serio—: Y sé que tú tampoco. Sabes tan bien como yo que el tipo del coche...

—¿Crees que él habrá visitado al chamán?

—Piénsalo un poco y llegarás a la misma conclusión.

—También podría ser que no...

—Si ese tipo no estuviese interesado en lo mismo que tú, dime qué hacía en casa de Maimónides, no solo el día de la visita, sino todos. ¿Te has preguntado quien mató al policía? Porque yo lo hago a menudo. Si no hubiese sido por los dos que estaban con él, estarían buscándonos... Sé que me escondes algo. No sé la razón ni voy a insistir, al menos por ahora, pero esa historia de los Bastones, de ser cierta, tiene muchos flecos y estoy convencido de que tú los conoces. Tantos años dando bandazos por el mundo, dan para eso y para más. Y si como imagino, los otros dos también saben lo que no está escrito, algo se cuece, y sin duda habrá más muertes.

—Yo también estoy convencida. Pero qué puedo...

—¿Que qué puedes hacer? —la cortó—. Pues para ser tan longeva te falta determinación. En primer lugar, ir a ver al chamán. Seguro que vale la pena. Y después, si te apetece, me lo cuentas todo de cabo a rabo y actuamos al compás de lo que vaya sucediendo. Ya se aclarará todo.

—¿Y si el del coche le ha visto primero?

—Pues tendremos claro que está metido en esto hasta las trancas. Yo no tengo ninguna duda, pero a ti te sacaré del limbo.

—Está bien. Te prometo que lo pensaré.

—¿Qué lo pensarás? Vaya... Algo es algo.

—Ahora vete a la sala. Y si no hay clientes, dile a las chicas que se retiren a descansar. Yo voy a acostarme.

—Está bien. Pero no olvides darle vueltas al asunto.

—Te prometo que así lo haré... —dijo, y no mentía. Ante Frédéric tenía que fingir cierto desinterés para que no se involucrase demasiado en algo que al fin y al cabo le venía grande. A veces incluso dudaba sobre si debió o no confesarle la historia de los bastones. Ni a su padre ni a ningún ascendiente había mencionado lo más mínimo acerca de las reliquias ni sobre su vida indefinida..., veces hubo en que fue complicado y tuvo que fingir su propia muerte, reapareciendo tiempo después como un familiar desconocido, no obstante al tratarse de algo tan intocable y poco convencional como la inmortalidad, la cosa jamás llegó a complicarse ni nadie sospechó que pudiera ser la misma persona; su descomunal parecido con la fallecida, traba en cuanto a posibles recelos, quedaba enmascarado por buenos maquillajes utilizados por prostitutas, artistas y geishas que no deseaban ser reconocidas más allá de su trabajo y rematado con excelentes pelucas, con objeto de no llamar mucho la atención, pero sin llegar a significar un obstáculo en cuanto a credibilidad de parentesco.

Frédéric bajó los escalones que llevaban a la sala, echó un vistazo a las mesas y comprobó que estaban vacías. Se dirigió hacia la puerta y se asomó con mucha cautela. Las edificaciones de enfrente apenas se veían; engullidas por la niebla y ennegrecidas por los humos de las hogueras y una mugre humedecida que parecía estar agarrada como lapa a la piedra de las fachadas, impregnaban los edificios con su aura espectral y potenciaban las difusas siluetas de las fincas, haciéndolas parecer figuras fantasmales.

Cerró y fue al cuartito privado dónde descansaban las mujeres.

—Cerrado por hoy —dijo—. Podéis iros a dormir.

—¿Se ha largado ya el tipo rubio? —preguntó una.

—¿Qué tipo rubio? Ahí no queda nadie...

—Pues habrá desaparecido como los fantasmas —dijo otra—. Hace un momento estaba sentado en una mesa.

Frédéric se asomó y revisó la sala. En efecto había una copa y una botella sobre una de las mesas del fondo, y el hecho de que no estuviese recogida aún, indicaba que no hacía mucho estuvo ocupada.

—Ahí no hay nadie —repitió, haciendo un mueca.

La mujer encogió los hombros.

—Pero estaba hace un momento. Era un tipo raro que no deseaba compañía, de ahí que me fijara en él... Y si ya no está se acabará de largar; cuando he venido estaba en la sala, y todavía no he calentado la silla —aseguró.

Tras oírla, Frédéric fue a la mesa y tocó la silla.

—Tienes razón, Giselle —dijo—. Está templada. Sí se ha ido, ha sido sin ser visto, desde luego, o...

—¿O qué...? —preguntó Giselle, curiosa.

Frédéric se asomó de nuevo, observó las escaleras que conducían a la planta alta y arrugó el entrecejo.

—O ha subido.

Giselle se puso tensa y abrazó a la compañera que más cerca tenía.

—¿Crees que ese tipo puede estar arriba? ¿Por qué?

—¡Y yo qué sé...! —Lo dijo mientras se acercaba a los escalones y miraba a lo alto. Luego la

miró y encogió los hombros.

—Como primera idea lo descarto —apuntó—, pero si no lo compruebo, no duermo.

—Ten cuidado —dijo otra de las chicas.

—Quizá estéis exagerando —opinó otra más—. Crees que se arriesgaría alguien a...

—Por supuesto —la cortó—. Quizá piense que hay...

Giselle la interrumpió.

—Aquí lo único que hay es miedo, y está todo abajo...

Olvidaos de una vez de ese energúmeno. Seguramente se habrá ido por la puerta sin que le viéramos... ¿Y si vamos a dormir un poco y nos olvidamos de esta mierda?

—Tienes razón —corroboró Frédéric—. Estamos algo nerviosos; quizá sea el tiempo... En fin, buenas noches y que descanséis. Esta niebla confunde las mentes.

—Pues yo de aquí no me muevo hasta que... ¿Pagó la bebida? —Preguntó, mirando al resto en modo abanico.

—¡Por supuesto! —afirmó, rotunda, una que no había intervenido aún en la conversación. Me pagó a mí...

—Aún así, de aquí yo no me muevo —dijo la misma.

Frédéric captó a la primera.

—Está bien, iré delante y os aviso... —Diciendo esto, cogió un cirio, enfiló hacia las escaleras y las remontó, decidido. En cuanto desapareció de su campo de visión, las mujeres se pusieron tensas. Esperaban oír su voz pero solo oyeron el sonido seco que produjo un objeto al caer.

Todas, con la boca y ojos muy abiertos, se miraron sin parpadear. Sabían que el ruido y el cirio hacían juego.

La voz temblorosa de Giselle rompió el silencio.

—¿Freddy? —gritó, indecisa—. Di algo, por favor...

Pero lo más factible para Frédéric era no abrir la boca más que para aspirar aire, pues los dedos que le oprimían la garganta, se lo ponían complicado. Al mismo tiempo y con la misma saña, otros dedos blandían un cuchillo que comenzaba a cortarle la gola con cada sacudida que hacía para desembarazarse de su opresor.

Intentó zafarse dándole un codazo en el costado, pero solo consiguió que el cuchillo se hundiera en su cuello y que la sangre brotara a borbotones.

—¡Imbécil...! —exclamó Hugo, soltándole y dejándole caer—. Siempre tiene que haber una víctima indeseada que altere los planes... Primero la mujer. Ahora este.

Frédéric, taponándose la herida con las dos manos, se retorció en el suelo, pataleando y gorgoteando sangre. En ese momento crucial entre la vida y la muerte, la cabeza comenzó a pesarle; la apoyó contra el suelo y entrecerró los ojos mirando al techo. La borrosa figura de su asesino hizo ademán de inclinarse para rematarle, pero no tenía fuerzas para esquivar el golpe de gracia y se abandonó al destino; un destino que, apenas cinco minutos antes, solo era para él algo impreciso y remoto.

Como si se tratase de una premonición, recordó las palabras de Milly acerca de la tormenta y sintió cómo las garras de algo innombrable tiraban de él; en ese momento estaba sin lugar a dudas en medio de una tempestad de la que era imposible evadirse, arrastrado por un huracán que se llevaba en volandas toda su vida. Estaba en mitad de todo y en medio de nada, o más bien de la nada.

Todo se volvió borroso cuando vio el enorme machete descendiendo hacia su pecho, pero no tanto como para impedir que cerrara los ojos y se cubriera con las manos.

Antes de que los abriera, sintió algo pesado caer sobre él, y acto seguido que se lo quitaban de encima. Los abrió y vio la silueta de Milly inclinándose. Cuando vio su cara compungida y lacrimosa, se convenció de que lo suyo no tenía solución y cerró de nuevo los ojos... ni quería sufrir ni verla sufrir, pero de las dos, y sin saber por qué, solo la primera le consolaba algo.

Las chicas aparecieron en ese momento, y entre gritos y lamentos le sacaron de sus cavilaciones. Una de ellas se desplomó debido al impacto que le produjo ver el charco de sangre, y las otras se precipitaron en su ayuda.

Milly le protegió con su cuerpo para que ninguna se le cayese encima y le abrazó con todas sus fuerzas.

—Lo siento, Freddy. Todo es culpa mía. Jamás debí...

Frédéric le tapó la boca y meneó la cabeza.

—Ya no tiene remedio —balbució—. Cometí un gran error no haciendo caso a las chicas... —Forzó una sonrisa y bromeó, alicaído—: ¿Qué vas a hacer ahora sin mí...?

La emoción no la dejó contestar. Él continuó:

—Ya no tendrás a quién confiarle tus secretos acerca de esos Bastones... ni mis hombros para desahogarte. Lo único que me consuela es que si eres eterna, yo también lo seré en tu memoria; en ti viviré para siempre... ¿Sabes en qué estoy pensando?

Ella pegó la cara a la de él para que no la viera llorar.

—¿En qué, Freddy...? —susurró—. ¿En qué piensas?

Frédéric le acarició la cara, y ya agonizando, balbució:

—En mi tormenta... En que voy a perdérmela... No te pierdas tú la tuya. —Giró la cabeza hasta que vio a Hugo y escupió con sangre sus últimas palabras:

—¡Ladrón de sueños!

LXIII

HOMENAJE A FREDDY

Hacía frío, pero ella no lo notaba. El cielo estaba gris; un gris tan acerado como su estado de ánimo, semejando ser de plata tosca; tan áspera y sin pulir, como lo estaban su alma y su rabia desde que le arrebataron a Frédéric.

Habían pasado solo unos días desde que la calamidad se cebara con ellos, sin embargo a Milly le parecieron un siglo. Miró al cielo, luego a la cripta donde se encontraba enterrada toda su familia y avanzó hasta tocar las piedras que le daban forma y crédito a la muerte. Las lágrimas le inundaron los ojos, mezclándose y confundiéndose como agua y sal, con las primeras gotas de lluvia que comenzaban a desplomarse sobre las tumbas, dándoles un aspecto tan sobrecogedor como nostálgico.

Se despidió como cada día, agitando la mano, sin dejar de caminar hacia la salida del camposanto y con el rostro crispado por el dolor; un dolor imposible de ocultar, que parecía tan tatuado en su cara como en el cementerio.

Se preguntaba cada día qué sentido tenía la vida si no podía estar con quienes amaba. Hasta que la muerte se lo arrebató, Frédéric era el único sobreviviente de una casta maltratada por la fatalidad, y en quién había puesto todas sus esperanzas para perpetuar su linaje; una estirpe que a pesar de haber sido profusa, no superó plagas ni guerras.

Solo quedaba ella... Ella y sus recuerdos. Recuerdos de un pasado distante que se disolvía entre los años, pero no sin dejar grumos flotando en el tiempo como pedazos de pan en la leche. Ella no moría, pero la maldita parca se lo hacía pagar a precio de oro, llevándose uno tras otro a los que dieron sentido a su vida, incluso más que la vida.

Mientras caminaba, no dejaba de darle vueltas, como cada día, a su última conversación con Frédéric. Una vez tras otra, se preguntaba si sería buena idea, como aseguró el muchacho, ir a Jerusalem para consultar a una persona que no conocía, cosas que tampoco. Sin embargo tenía el presentimiento de que quizá fuese la única respuesta a su eterno dilema; una incógnita que la perseguía sin tregua desde que conoció la leyenda de los Bastones y desde que tuvo la certeza de que la muerte se desentendía de ella.

Tenía dudas, sí, pero a la vez la convicción de que sus preguntas tenían necesariamente que tener respuestas, y que por estrambóticas que estas fuesen, serían la luz que centelleaba al final del túnel. Por muy herméticas que le pareciesen al primer golpe, debía haber forzosamente un agujero por dónde empezar a escarbar, y alguien erudito que le diera la pala; alguien sabio y con los conocimientos necesarios, que le aclarara cuanto estaba ocurriendo y por qué. Y ese experto, dadas las circunstancias, debía ser Eleazar ben Judas.

Decidió a modo de homenaje seguir los consejos de su querido e inolvidable Freddy, el último varón del linaje López, y el que más hondo supo cavar en su corazón. Fue la imagen viva, la que más, del creador de la familia; una estirpe vapuleada por el destino, que ella mantenía viva a

golpe de recuerdos, y en la que él prevalecía como pocos.
En ofrenda a él, se decidió. Un largo viaje la esperaba.

LXIV

VIAJE AL SABER

Carlos de Marena lanzó el periódico a la chimenea y, con visible mal humor, gritó el nombre de su criado.

—¡Leo!

El hombrecillo no tardó un segundo en aparecer.

—Usted dirá, Monsieur —dijo en tono sumiso.

Carlos le miró con la boca abierta; los fantasmas eran más lentos, pensó.

—¿Cómo diablos has podido aparecer tan deprisa? Ni siquiera había acabado de decir tu nombre. ¿No estarías espíandome al otro lado de la puerta, verdad? Mira Leo, que no me gusta que me espíen.

—Pas du tout, Monsieur. Precisamente venía a...

—¿Te burlas? ¿Cómo que venías? ¡Estabas!

No, Monsieur. Ya le he dicho que...

—Sí, sí... déjalo ya, anda. ¿Ha venido ese mequetrefe?

—Si fuera así, lo ignoro, Monsieur. Yo no le he visto.

—Está bien, puedes retirarte. —Le agarró del hombro antes de que se diera la vuelta y le recordó en tono serio y amenazante—: Y cuando digo «retirarte», quiero decir retirarte. Que desaparezcas. No te quedes tras la puerta.

Leo agachó la cabeza y desapareció sin replicar.

—Ah, Leo... se me olvidaba.

El criado paró en seco y giró levemente la cabeza.

—Oui, Monsieur...

—Mañana temprano, quiero aquí toda la prensa... la habida y por haber. No lo olvides.

—Aquí la tendrá, Monsieur. ¿Algo más?

—Si en un par de días no aparece ese mequetrefe, haz mi equipaje para un largo viaje. Y si aparece, también...

—¿Tengo que prepararle el coche, Monsieur?

—No. Haré el trayecto hasta el mediodía en tren. Allí cogeré un barco. Recuerda lo que he dicho... dos días.

—No tema, Monsieur. No lo olvidaré.

—Es todo. Puedes retirarte.

Teth se alojaba en una fonda de mala muerte. Tal como estaba la cosa, lo que menos deseaba era estar localizable. Abandonó la vivienda que compartía con Madeleine y se mudó a aquella ratonera por razones evidentes, allí no le buscarían ni las ratas. No obstante era transitorio, pues

el plan a corto plazo era dejar París y refugiarse en España.

Regresar al castillo era una idea que había madurado a pasos de gigante desde la muerte de Madeleine; buscar la seguridad en sus dominios era lo más recomendable para proteger su Vara, aunque no fuese lo más saludable para él, pues entre sus gruesos muros se sentía a merced de un poder extraño... un caudillaje que le doblegaba contra su voluntad, reduciendo más que en cualquier otro lugar, su autonomía y poder de decisión, por no mencionar que se alejaba notablemente de su obligación primordial: buscar al que asesinó a Madeleine y arrebatarse El Bastón como mandaban los cánones; la leyenda era explícita al respecto.

La cabaña del bosque ya no era una opción, el tiempo y sus inclemencias habrían hecho estragos, y en el caso hipotético de que la hubieran perdonado, las guerras no.

Las tres guerras carlistas que se sucedieron una a otra a lo largo de las tres cuartas partes del siglo habían dejado un país en pañales y las guerrillas en el norte de la península habrían dado cuenta de ella con seguridad. No sucedió lo mismo con el castillo, el cual se hallaba al cuidado de los descendientes de Simón y María, sus fieles sirvientes. Al morir ellos, sus hijos continuaron haciéndose cargo de la huerta, de los animales, del fuerte, sin conocer al dueño, ya que antes de dejar el país, puso la propiedad en manos de testaferros que también fueron muriendo, no llegando sus sucesores a conocerle ni a saber que las escrituras del castillo iban siendo heredadas por la misma persona una vez tras otra. Todo estaba a su favor para no tener que ir dando explicaciones; con aparecer de tanto en tanto para dar fe de vida y firmar los documentos, sobraba; siempre lo hizo así y no tuvo ningún problema.

Pero aunque la idea de regresar a España le seducía y había decidido que fuera un hecho, antes de volver debía solucionar su «mal» de memoria.

Miró su pasaje en tren París Venecia y lo guardó en el bolsillo de su abrigo. La ciudad inundada no era su meta, allí esperaba un barco a Palestina. Eleazar daba, según la prensa, un discurso revolucionario acerca de la mente.

Milly acabó de dar instrucciones a Giselle y se despidió:

—Recuerda —dijo—, te quedas al frente del negocio hasta mi vuelta. Cuida mucho de las chicas y trátalas del mismo modo que os trato yo. Todas estamos en el mismo barco y debemos remar juntas. —Miró al resto de una en una y añadió—: Y vosotras obedecedla igual que a mí.

Todas asintieron a una. Giselle habló por todas:

—Así se hará, Madame. Descuide y marche tranquila.

—¿No lleva demasiado equipaje, Madame? —dijo una de ellas—. Y todo ello muy formal; también demasiado...

—El viaje es largo, tardaré semanas en llegar... ¿Acaso queréis que parezca una puta? —bromeó. Todas rieron.

—Otra cosita, Giselle —dijo, dándole un nota plegada y lacrada.

Giselle la tomó a la vez que le daba un frasquito.

—¿Qué es? —preguntó Milly.

—Mi «potingue». Quizá lo necesite. ¿Y esto...?

—Sí en, pongamos seis meses, no he regresado, llevas ese documento a un notario. En él dejo instrucciones. Él os dirá. —Miró el frasco y añadió—: ¿Es lo que creo?

—Sí... Oiga, si es por culpa de ese tipo, no debería...

—¿No debería qué... preocuparme?

—A eso me refería, Madame. De ese no quedan ni las botas, se lo aseguro... Todas estamos con

usted y también echamos de menos a Frédéric; ese tipo no podía salir con vida de aquí; nosotras hubiéramos hecho lo mismo.

Milly no podía informarla acerca de la razón del viaje, por lo que decidió seguir el hilo de la conversación.

—Es mejor que desaparezca durante un tiempo.

—Repito, Madame, que no hay peligro... A este lugar viene gente que usted, por razones obvias desconoce, y...

Milly le tapó la boca con la mano y suspiró.

—No sigas, por favor. Sé que vienen clientes de todas las calañas; algunos del hampa; gente sin escrúpulos, que haría lo que fuera por dinero. Vosotras les encargasteis el trabajo de hacer desaparecer a ese hijo de su madre, pero fui yo quién pagó. Lo único que exigí fue no ser quien les entregara lo convenido; no era cuestión de involucrar al establecimiento. De éste negocio comemos todas.

—Eso es verdad, Madame. Si descubrieran que la que manda aquí está metida hasta el cuello, el negocio...

Milly acabó por ella:

—Este negocio se iría a la mierda y mucha gente que ahora llena esa sala, dejaría de venir; especialmente todo el que tenga un cargo público, sé que vienen algunos.

—Más de los usted cree, Madame. Desde arriba no se ven bien las caras. Se sorprendería.

—Es mejor así, Giselle... En este negocio, a veces hay que mirar con ojos de madera.

—Para no trabajar en la sala, sabe mucho del oficio...

—Los años enseñan mucho.

Giselle soltó una risotada.

—¿Los años? Pero si es usted tan joven como yo...

—Pero tengo el alma vieja. En fin... —Suspiró—. Si no me voy ahora, creo que me arrepentiré.—Las abrazó a todas, tomó su equipaje y, decidida, abandono el local.

Carlos estaba harto de esperar noticias de Hugo. Nada en la prensa, ni signos de vida ni signos de muerte...

Ese pensamiento le hizo viajar al pasado, recordando a Solón; su mole tuvo una experiencia similar, desapareció sin dejar rastro y estuvo tiempo sin dar señales de vida... Pensó entonces con razón, que se le podía haber ocurrido desertar, y con la misma razón lo pensaba de Hugo; su ultimátum de aquella noche pudo ser determinante para que le viera las orejas al lobo y decidiera salir por piernas para no verle también los dientes.

Le imaginó corriendo despavorido y sonrió, divertido.

Pensó también en la posibilidad de que apareciera por ahí, tirado en alguna esquina; Solón fue pionero en eso.

Recordó la escena y rezó para que no se repitiera; a su gigante se lo trajeron casi en los huesos, no debido a que llevara tiempo hambreado, sino al apetito de las alimañas.

Hizo una mueca de asco y rezó para que aquello no se repitiera, pues si daban con él, se lo traerían sin pensarlo; la cantidad de veces que se les había visto y fotografiado juntos colocaba al chófer en lugar relevante para tal fin; estaba tan asociado a él como su puñetera vida pública.

Sin embargo no podía esperar a que algún día, como a su gigante, le diera por aparecer hecho jirones; Solón fue hallado por su escribano y todo quedó en casa, pero París no era un bosque, ni toda la gente comía en su mano.

Fue hasta la ventana y contempló el cielo nublado. La carretera, debido a las abundantes lluvias, reflejaba como un espejo cuanto la rodeaba; las siluetas de los edificios y el gris negruzco del cielo parecían repetirse en la calzada cristalina y se desdibujaban con cada gota que caía.

Pensó en la curiosa forma que tenía el pasado de darle sentido al presente y fundirse con él: Solón y Hugo..., la pelirroja y la de los ojos verdes; ninguno y ninguna... Las cosas parecían sin enmienda de dos en dos: dos Bastones, dos mujeres, dos amores... dos nada de nada.

La voz de Leo le trajo de nuevo a la realidad.

—Su equipaje está preparado, Monsieur.

—Gracias Leo. Partiré en un par de horas.

Leo le hizo una aparatosa reverencia.

—Bon voyage, Monsieur, et bonne chance.

Carlos asintió con la cabeza y suspiró mordiéndose el labio inferior. Algo le decía que la iba a necesitar.

Antes de erguirse, Leo añadió:

—Y que la conferencia de ese judío le sea provechosa.

Palestina está muy lejos. Debe ser muy interesante, para que alguien como usted se desplace hasta allí...

—¿Qué sabes de eso...? ¿Acaso lo he hablado contigo?

—Los periódicos, Monsieur. No sé leer, pero...

—Pero sabes deducir, ¿no?

LA LEYENDA DE TETH

El barco atracó en el puerto de Gaza y los transeuntes, entre ellos Teth, comenzaron a descender la pasarela que les llevaba a tierra firme. Al final de esta, como en todos los puertos, esperaban guías; algunos, profesionales, otros no, ofreciendo sus servicios a los viajeros extranjeros.

—¿Le ayudo con el equipaje, señor...? —dijo, tirando de su valija uno de ellos. Teth no ofreció resistencia y le señaló la maleta que tenía en el suelo.

—Oh, por supuesto, señor. ¿Dónde piensa alojarse? Si no ha decidido aún, puedo recomendarle un buen hostel...

—Me dirijo a Jerusalem... ¿Cuántas lenguas hablas?

—También puedo llevarle hasta allí, señor... Algunas.

Teth sonrió y se aclaró la garganta.

—¿Pero, bien...?

—Comme ci, comme ça... Todos me entienden.

—¿Hay algo que no puedas hacer?

—Muchas cosas, señor... —Sonrió con picardía, y sin darle tiempo a replicar, añadió—: pero hoy he decidido no dedicarme a ellas... ¿Le llevo? Allí también conozco el hostel perfecto para usted... —Le recorrió con la mirada de la cabeza a los pies y agregó con una sonrisa—: Parece usted de buena cuna —guiñó un ojo— y generoso, estoy seguro de que no me defraudará.

—¿Puedo fiarme de ti? Si lo que necesitas es dinero...

—Soy su hombre, señor. No se arrepentirá.

Teth le examinó de arriba abajo; era un muchacho de unos dieciocho o veinte años; un hijo más de la vida, que se esforzaba en buscarse el sustento del día. Su apariencia y maestría en embaucar decía de él que había vivido sin holguras, teniendo que espabilar el cerebro para llenar el estómago, y que había sufrido lo suyo a pesar de su corta edad. Su desparpajo, pensó, estaba más que justificado.

—¿Cuánto tardaremos en estar allí? —Lo preguntó a modo de aceptación.

El joven cogió la maleta y le hizo un gesto para que le siguiera.

—Estaremos por la tarde, no se preocupe...

—¿Se me nota preocupado?

—La conferencia, no es hasta pasado mañana... No se inquiete, allí estará; le sobra tiempo.

—¿También eres adivino?

—Oh no, señor... —Señaló con la cabeza a la retahíla de viajeros que pululaban de un sitio a otro y le guiñó el ojo—. Prácticamente, todos vienen a ver al viejo sabio... ¿Usted no...? Dicen que sus descubrimientos acerca de la mente van a revolucionar la ciencia. Yo no entiendo, sin embargo oigo. Mi abuelo me enseñó un refrán que...

—Anda, tira... —le dijo, dándose por vencido.

—¿No quiere oír el refrán de mi abuelo...
—Antes de llegar a Jerulalem me lo habrás soltado, ¿a que sí?
—Si no desea oírlo, no.
—Venga, suéltalo ya... Estás deseando.
El muchacho se aclaró la garganta y comenzó.
—«*Callando aprende uno a escuchar, oyendo aprende uno a hablar, y hablando...*»
—Se aprende a callar... —terminó Teth por él—. Es una reflexión de Diógenes.
—¿Y ese quién es?
—¿Sabes la frase, y no sabes de quién es?
—No creo que la supiera ni mi abuelo... Si así fuera, me lo hubiese dicho. Lo importante es la frase, ¿no?
—¡Claro! Anda, vamos... ¿Tu abuelo ha muerto?
—¿Por qué? ¿Le interesa?
—Era por preguntar. Si no quieres, no contestes. Digo esto porque parece apreciarle mucho... No creas que es tan corriente. Ese fervor por los mayores te honra.
—Los judíos respetamos a nuestros ancianos, señor... Hay una frase bíblica que también repetía mi abuelo... y se refiere a los viejos: «*Una cabeza canosa siempre es corona de gloria y se encuentra en el camino de la justicia*».
—Proverbios. 16/ 31 —coronó Teth.
El joven le miró con cara de estúpido.
—Si usted lo dice... Parece saber más que yo.
—Anda, rufián, camina...

El hostel se encontraba en el centro de la ciudad. Teth lo miró detenidamente y arrugó el cejo; la entrada le dejó la mente en blanco.

—Dime, chaval, ¿cómo te llamas?
—En el tiempo que llevo en esto, es el primero que se preocupa por saber mi nombre, señor... ¿Por qué?
—¿A dónde diablos me quieres meter, te llames como te llames?
—Me llamo Ashir, señor. Significa: rico. Le he traído a casa de un familiar. Siempre cae algo con cada cliente y no iba a desperdiciar esta ocasión... Usted es tan bueno como cualquier otro, y a mí me viene de lujo.
—¿Insinúas que debo darte las gracias por tal honor; por traerme a este antro?
—Le gustará, ya lo verá. El trato es familiar...
—Sobre todo para ti... ¿O sea que significas rico, eh?
—Créalo, se lo ruego. Palabra de Ashir. Le gustará.
—¿Te estás burlando, no? Esto es una madriguera.
—No señor... La vida tiene un sentido del humor muy raro. Palabra de Ashir. Las apariencias son engañosas. No se arrepentirá.
—Vaya retahíla de excusas baratas... Respira, chaval, respira, que te vas a ahogar con tanta ponzoña.
—Le repito que no se arrepentirá. ¡Palabra de Ashir!
—Déjate de palabra de Ashir, palabra de Ashir... ¿Eso también te lo enseñó tu abuelo?
—¿Cómo lo sabe? ¿Y usted cómo se llama?
—Teth.
—Eso me suena. ¿Usted también es judío?

—Oye, Ashir —le dijo, cambiando de tema—, ¿a ti te gustaría ganarte un dinerito?

Ashir le miró con la boca abierta.

—¿Le doy la impresión de andar sobrado? Pues claro que me gustaría, no se fie de mi nombre... ¿A quién hay que matar?

Teth fue a decir algo, pero se quedó boquiabierto.

—Es broma... —se apresuró a enmendar Ashir—. No quería ofenderle. Parece usted buena persona.

Teth suspiró. Luego carraspeó y chasqueó la lengua.

—Te propongo hacer de guía para mí. ¿Te parece bien mi ofrecimiento?

—¿Guía?

—Durante el tiempo que esté aquí.

Ashir miró a lo alto como si pensara y arrugó el cejo.

—Es decir... ¿todo el día?

—Todo, todo... no. ¿Te interesa o...?

—¿Cuánto? —le cortó el muchacho.

Teth sacó una bolsita de cuero, extrajo una moneda y se la lanzó.

Ashir la atrapó al vuelo. En cuanto la vio puso ojos de plato, la mordió y le miró, interrogante.

—¿Es para mí, señor? Es de plata.

—Para empezar, sí...

—No conozco esta moneda, señor. Tendré problemas, no me la aceptarán...

—Es muy antigua... Llévasela a un anticuario y sabrás lo que vale.

—¿Tengo cara de Judas, señor...? ¿Seguro que no hay que matar a nadie, verdad?

—¿Conoces Jerusalem?

—Aquí nací, señor... No se ofenda, le confieso que no he sido del todo sincero con usted.

—Vaya... ¿Y en qué me la has colado?

Ashir señaló la casa y le miró, compungido.

—En realidad esta es mi casa. Los propietarios son mis padres. Como puede comprobar, somos muy humildes...

Teth miró otra vez la fachada y resopló, desanimado.

—¿Por qué será que esta vez te creo...?

Ashir notó su desaliento y se apresuró a levantarle la moral.

—Pero no mentí cuando dije que no se arrepentiría... Le aseguro que a nuestra manera somos muy honrados y el trato será familiar —Le enseñó la moneda y sonrió a la vez que decía—: Lo suyo le ha costado. A partir de ahora siéntase como en su casa.

—¿Les pedirás que me den un trato especial, no?

—No es necesario, señor. Ellos se esfuerzan mucho en que los clientes se vayan contentos. Todos sin excepción.

—¿Es que viene alguno? ¿Y si no me quedo, qué...?

—Le llevaré a dónde usted quiera, pero como aquí, no estará en ningún lado. Palabra de Ashir... Si me equivoco le devolveré la moneda.

Milly llevaba tres días alojada en una fonda del centro de la Ciudad Santa y conocía sus lugares más emblemáticos: el muro de las lamentaciones, conocido como «Kótel» fue impactante; sus antiguos túneles, en los que se encuentra la «Piedra Occidental», la más grande del muro, abrieron una dimensión nueva a su forma de entender la historia. La torre de David, las sinagogas del

barrio judío... Todos esos lugares llenos de historia y magia habían abierto un camino nuevo en su percepción del pasado; de un pasado que iba más allá de ella misma y de sus recuerdos.

—¿Ha tenido el placer de ver el santo sepulcro? —Era el propietario del hostel que le preguntaba, un anciano que se esforzaba en que se sintiera como en su casa desde que llegó. Siempre se mostraba atento y tenía palabras de ánimo para ella. Su amabilidad era como un bálsamo.

—Sí, claro...

—¿Y le ha gustado? ¿Cómo se siente, tras estar dentro de una basílica tan llena de muerte y vida a la vez?

Milly permaneció dubitativa unos segundos. Nunca le había dado por aunar ambos conceptos... ni siquiera se lo planteó. Hasta entonces, la vida era la vida, la muerte era la muerte, y la una siempre antagonista de la otra. Algún libro tenía de los varios que heredó, que ensamblaban las dos como si fuesen un todo, pero no consiguió fundirse a su auténtico significado y pospuso su estudio año tras año.

La voz del posadero la sacó de entre sus páginas.

—¿Se ha quedado sin habla, señorita?

—No sé qué decirle —dijo, sin dejar de darle vueltas a lo que rondaba su cabeza; ese hombrecillo, sin quererlo, había abierto con su pregunta una ventana dimensional a su forma de entender la vida; una ventana nueva que iba abriéndose más y más y ensanchaba su universo emocional hasta el punto de hacerla pensar que la casualidad no existe.

—Oh, parece usted precavida. No tema decir lo que le venga a la cabeza cuando piense en él sepulcro. A mí no me ofenderá en absoluto. Soy más judío que cristiano, y por decirlo de una forma más precisa, ninguna de las dos. Eso, por supuesto, no me exime de ser amante y estudioso de las grandes obras arquitectónicas del ser humano... Y convendrá usted en que esa lo es... Jerusalem está llena de monumentos. ¿Ha visitado usted el templo?

Milly le miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo dice...? —preguntó, aún aturdida.

—Le preguntaba si había visitado el templo.

Milly negó con la cabeza.

—Tiene una interesante historia detrás —continuó el hostelero sin esperar a que abriera la boca—. Esta ciudad está plagada de leyendas y espiritualidad a partes iguales. El constructor de ese templo fue el rey Salomón, un tipo singular que se ganó merecidamente la fama de mago. Le recomiendo que no deje de visitarlo. Es, según dicen, un portal que une la tierra con el cielo. Está lleno de magia.

Milly asintió sin mirarle; en realidad no estaba allí del todo. Cada palabra que salía de la boca de aquel hombre, la embutía más en ella misma y la obligaba a replantearse cosas que tenía olvidadas.

La voz dulzona del hombrecillo la sacó de su letargo.

—Disculpe si la molesto, noto que algo la preocupa...

—No es nada importante —mintió—. Es solo que sus palabras me han transportado a otro tiempo.

—Espero que a un tiempo feliz. No me perdonaría ser un...

—Para nada —le cortó ella—. Es atento y amable, no se preocupe por mí... Estoy encantada de haber dado con su hostel; de eso y de haberle conocido.

—Gracias. No me comporte igual con todo el mundo, sabe. Si me he abierto con usted, es porque la noto como ausente; diferente al resto, diría yo. Y también, cómo no, porque deduzco que

ha venido a la esperada conferencia de nuestro sabio Eleazar bar Judas. Deduzco además, que su visita no es fortuita y tiene que ver con las hipótesis y descubrimientos acerca del comportamiento humano. Al mirarla, puedo ver una profundidad en su mirada, que la define como no de este mundo. Es extraño.

—Casualidad... —repuso ella, sintiéndose cristalina.

El hombre encogió los hombros y meneó la cabeza.

—Es posible —repuso a su vez—, pero desde que nací se me ha endosado el apodo de visionario. Decían los que me vieron nacer, que hasta lloraba raro. ¿Usted también?

—¿Yo también, qué...?

—¿Piensa que soy raro? Le confieso que estudié a los pies de Eleazar, y que él mismo notó mi don.

—¿Ha estudiado con Eleazar?

—Ya le comenté que soy amante y gran estudioso de la arquitectura. ¿Y qué obra de ingeniería, dígame, puede competir con una mente? Esta contiene en su seno todas las leyes del universo, las conocidas y las que no; un cielo de emociones sin fronteras, que sin embargo se entiende menos con cada nuevo descubrimiento... El profesor está convencido de que su esencia está implantada en nuestra mente desde el principio de las cosas.

Milly no encontraba palabras con que replicar. Estaba absorta y ni siquiera era consciente de que le escuchaba con la boca abierta y sin parpadear.

El hostelero la hizo volver, insistiendo en su pregunta:

—¿Ha venido a escuchar a Eleazar, o no...?

—Sí, bueno... pero falta para eso.

—No tanto. Es pasado mañana. Si quiere le cuento un secreto.

—¿Un secreto? ...¿Ahora?

—¿Por qué no? Es un momento tan bueno o tan malo como cualquier otro. Ya es mediodía y se encuentra en el patio interior de un hostel, tomando un té con un loco... No se puede pedir más; yo que usted suplicaría al tipo del hostel, o sea a mí, que se siente y comience a hablar; las cosas que oiga si le invita, podrían interesarle.

—O sea que ha estudiado usted a los pies de Eleazar...

—¿Tanto la sorprende?

—Y dígame, ¿es de verdad tan sabio como dicen?

—Bueno, ya sabe... la gente exagera siempre. Crean a un dios a partir de un pelele viejo y cansado. Siempre ha sido así y siempre lo será. La mediocridad necesita ídolos de carne y hueso... Si hace falta, los crea y chimpúm.

—¿Por qué se dedica usted a esto? Habla muy bien el español, y algo me dice al oído que no es la única lengua extranjera que domina. Es usted un tipo extraño.

—¿Importa eso? ¿A qué se dedica usted?

—¡Uf! Mejor que no lo sepa.

—Oiga, ¿me siento o no?

—Está bien, siéntese. Pero no ha contestado a...

—Ni usted tampoco —la cortó.

—¡Touchée!

El hombrecillo rió, se sentó y preguntó de nuevo:

—¿Le cuento el secreto o no?

—Si cree que vale la pena, hágalo. Pero...

—¿Pero qué...?

—Nada, nada... No lo entendería.

—Pruebe usted a ver... Mi secreto puede esperar. Soy todo orejas —bromeó.

—Y boca —rió Milly—. Sobre todo boca...

—Me agrada su marcado sentido del humor... Hace que sus ojos se iluminen con un brillo especial. Repito lo dicho: no me parece usted de este mundo.

—Pues anda que usted...

—Yo tampoco... —Sonrió divertido y se acomodó.

—Está bien, le confesaré algo —dijo con decisión. No sabía si hacía bien contándole su problema a un perfecto desconocido, pero al fin y al cabo era un acto de justicia, pues fue él quien abrió la brecha a esas divagaciones.

—Empiece, empiece... No se guarde nada —la animó.

—Le parecerá una tontería, pero cuando me ha dicho usted aquello de la tumba...

—¿A qué se refiere exactamente?

—Ha dicho usted algo como que el sepulcro está lleno de vida y de muerte al mismo tiempo.

—¿Y qué es lo que la sorprende?

—¿Le parece poco? Ese juego de palabras está lleno de sabiduría... A mí nunca se me habría ocurrido juntar esos dos vocablos, creando con ellos tal paradoja. Sé muy bien que las escrituras dicen que hubo una resurrección, lo sé, y que es justamente lo que da sentido a esa reflexión. Sin embargo, me parece un pensamiento tan elevado, que ha roto algo en mi interior; algo que aún no sé qué es.

—Tarde o temprano lo sabrá, se lo aseguro.

—¿Usted está siempre tan seguro de todo...?

El anciano contestó con otra pregunta.

—¿Cree usted en la vida eterna?

Milly se puso nerviosa y él lo notó; su pulso se aceleró y se removió inquieta.

—¿Por qué me pregunta eso...?

—Creo que es una de sus inquietudes más marcadas.

—¿Y por qué razón piensa que tengo inquietudes de ese tipo? Solo le he dicho que me ha parecido una buena reflexión, eso es todo.

—Mire señorita, solo el hecho de venir a oír a Eleazar es ya una razón palpable. ¿Desde dónde viene usted?

—Desde París.

—¿Lo ve? Ahí tiene otra razón evidente... Por cierto, hubiese jurado que era española.

—Habla como si estuviera seguro de no equivocarse.

—Si cree que lo hago, no deje de hacérmelo notar.

—Y además tiene respuesta para todo, ¿verdad?

—Para todo no, pero quizá sí la que usted necesita.

—¿Lo ve...?

—¿Cree o no?

—¿No es usted tan listo...? —Lo dijo a cada momento más enervada; aquel viejo empezaba a sacarla de quicio.

—Mire, yo ya sé la respuesta. Lo que quiero es que lo admita... que confiese lo que la quema por dentro. Noto algo en usted que me intriga. Si me da algo de tiempo, no necesitaré que Eleazar la haga pensar.

—O sea que se declara a sí mismo un lumbreras.

—¿Sí o no? —preguntó por respuesta, no sin un poco de ironía—. Por cierto, ¿conoce a algún

iluminado?

—No sé a qué viene eso, pero la respuesta es sí.

—¡Qué curioso! Y recordará su nombre, claro... Si le conoció, lo sabrá.

—No le conocí, pero su nombre era Maimónides. Uno de los socios o algo así de ese tal Eleazar, al cual...

—Al cual tampoco conoce, ya, ya, ya...

Milly le miró con la boca abierta. En cuanto consiguió juntar los labios, exclamó:

—Pero bueno... ¿se burla de mí? Si cree conocer todas las respuestas, ¿para qué pregunta?

—Era un gran tipo ese Maimónides. Estudiamos a los pies de Eleazar durante años. Quizá me haya puesto algo nervioso al recordármelo y he actuado de forma brusca... Perdome mi insolencia; suelo reaccionar así cuando no sé controlar la rabia.

—¿Le conoció usted? Es él quien me ha traído aquí.

—Es obvio, no cree. Acabo de decir que estudiamos a los pies y de la mano de nuestro maestro. ¿Y diga usted, a qué se refería cuando dijo que era la causa de su venida a Jerusalem?

—Digamos que conocíamos ambos a una persona que tenía un problema y le visitó.

—¿Y esa persona era...?

—Solo puedo decirle que su nombre es Teth.

Las facciones del anciano se contrajeron. Pero solo un segundo. Se recuperó o fingió hacerlo.

—¿Teth, dice...? No deja de ser curioso.

—¿Curioso por qué...?

—Digo esto porque hace un momento nuestra charla giraba en torno a la inmortalidad, y hay una leyenda que lleva ese nombre. ¿Ha oído algo acerca de ella?

Milly se encogió de hombros.

—Existen tantas leyendas —apuntó—, que una más o una menos...

—Es conocida como: *La leyenda de Teth*. ¿Seguro que no ha oído hablar de ella? —La miró como si no acabara de la creerla.

Las pulsaciones de Milly se aceleraron de golpe.

—¿No le parece algo curioso? —preguntó él.

—¿Curioso? —Suspiró, nerviosa—. No entiendo a qué se refiere.

—A que lo que la preocupa sea la inmortalidad, haya una leyenda que hable de ella, yo la conozca y además de eso, sea la razón de su viaje... No la sorprende a usted la elevada dosis de convergencia que envuelve este asunto, por lo que veo...

—¿Y de qué habla esa leyenda?

—Es una historia muy antigua; se remonta al pueblo que salió de Egipto y vagó durante cuarenta largos años por el desierto. En esas condiciones, las leyendas eran el único medio de escape que podían permitirse, y algo que necesitaban tanto como el aire para sentirse vivos... En un mundo donde no había nadie más, la imaginación se volvía fértil y crecía como si el desierto fuese en realidad un vergel... El hecho de que su líder, Moisés, tuviese un objeto mágico; una Vara cedida por Dios, anegó más que regó sus fértiles mentes, y las leyendas empezaron a salir del suelo como setas, a una por día...

—¿Cómo...?

—Lo último es broma, mujer. —Estalló en carcajadas.

Milly tampoco pudo contener la risa. Aquel anciano, pensó, tenía un no sé qué que la tranquilizaba y divertía al mismo tiempo.

—Celebro que le hagan gracia mis ocurrencias. Reír a carcajadas es bueno para la salud y reduce la tensión.

—Cierto —admitió ella—. Ya me encuentro mejor... Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Una y todas las que quiera...

—Antes ha mencionado algo sobre una Vara...

—Se refiere usted a la Vara de Moisés, claro.

—Y esa Vara...

El anciano la interrumpió con un gesto a la vez que la reprendía:

—No ha entendido nada, señorita... La Vara es, junto a otra antigualla: El Bastón de Mando, la protagonista del mito de Teth... Una leyenda que no todo el mundo tiene como tal; hay quien asegura que los Bastones existen.

—¿Y en qué lado se posiciona usted?

—Preferiría callarme.

—¿Calienta el debate y luego se raja?

—Admito que lleva usted toda la razón del mundo, y que merezco esta reprimenda por su parte. Pero es que el tema de los Bastones no es apto para cualquiera.

—Verá, le confieso que sí he oído algo acerca de todo eso que cuenta; sobre todo, de las reliquias. Por lo tanto, no crea que voy a escandalizarme por lo que me diga. Lo que me ha traído hasta aquí, es eso, precisamente.

—Creí que era la inmortalidad —la sondeó.

—Usted y yo sabemos que ambas cosas van parejas.

—Cierto —admitió el viejo—. Y ahora que ha puesto usted sus cartas boca arriba, le diré que estoy del lado del mito auténtico. —Lo dijo a modo de tanteo y observó su reacción, que fue una réplica instantánea:

—Eso suena a contradicción. ¿Se burla?

—Y que siga sonando, que siga....

Milly se cruzó de brazos y resopló, desconfiada.

—¿Cree que es solo una leyenda o no...?

—Parece usted inteligente, señorita. Sé que sabe que creo que no, cómo sé que sabe más de lo que aparenta.

—Admito que no lo suficiente. Estoy perdida...

—No sé hasta qué punto conoce usted la leyenda, por lo tanto, comenzaré por el principio. Pero antes de nada, necesito saber su problema real... nadie se mete un viaje así, si no tiene una razón para ello. Y usted la tiene.

—Está bien —reconoció Milly—, tengo esa razón y es el motivo de mi viaje hasta aquí; aparte de saber lo que le ocurre a Teth, quiero averiguar de qué manera me afecta y qué puedo hacer... De momento no puedo decir más.

—Entonces sabrá lo que les sucede a los poseedores del Bastón o la Vara, o del Bastón y la Vara.

—En efecto.

—Y dígame, ¿qué es exactamente lo que sabe? Quiero decir, aparte de la extensión del mito hasta Perceval y lo que sigue... bla, bla, bla... Porque a partir de ahí, el mito se retuerce, por decirlo de algún modo, y toma otro cariz distinto.

Milly puso cara de sorpresa.

—¿Distinto? ¿Cómo de distinto...?

—Por partes —respondió el anciano—. Lo primero es lo primero. Acabe de contar lo que sabe.

—Sé que cada Bastón viene con mil añitos de regalo a su poseedor, tiempo que debe emplear en

buscar el otro, y que si consigue dar con él, vivirá para siempre.

—¿Y cómo ha conseguido usted saber eso?

—Si le digo la verdad, no lo sé... Sé que me enteré por alguien, pero no lo recuerdo. También heredé libros que hablan de cosas que no entiendo. Pero no me pregunte a quien debo el honor de tenerlos, porque tampoco; sólo sé que los tengo, quizá lo haya leído en alguno de ellos. Un libro de los que poseo, muy antiguo, por cierto, se titula: Palingenesia.

El rostro del anciano palideció. Milly se preocupó.

—No se inquiete, mujer —se excusó—. Es la vejez...

—¿Seguro que se encuentra bien?

—No es nada. Continúe, se lo ruego...

—Le he contado todo lo que sé... Que cuando se han conseguido los dos, se alcanza la vida sin fin, y...

El anciano asintió con la cabeza y carraspeó.

—¡Exacto! —exclamó—. Esa unión de los Bastones es sinónimo de vida eterna; por tanto, en cuanto se está en posesión de uno, hay que juntarlo con el otro.

—¿Y por qué ocurre...? —preguntó Milly—. ¿De qué modo, dos Bastones hacen posible la vida eterna?

—Según la leyenda todo obedece a la dualidad.

—¿A la dualidad? ¿De qué me suena eso?

—Es una ley que obedece a dos fuerzas complementarias; dos energías opuestas que forman un todo, pero que no son nada la una sin la otra. Por ponerle un ejemplo, la noche y el día, la luz y la oscuridad, lo blanco y lo negro, la vida y la muerte... ninguna de esas cosas que acabo de describirle significa nada sin su contraria. Lo mismo con los Bastones. Esa misma ley demuestra que ambas cosas no son en realidad más que una sola; incluso un hombre y una mujer obedecen a esa misma ley... Todo nos lleva a ella. El hombre sin la mujer no tiene razón de ser. Una mujer sin un hombre tampoco. Eso lleva a pensar que en realidad son dos partes de una misma cosa. ¿Lo entiende?

Milly asintió y preguntó al mismo tiempo:

—Entender lo entiendo. ¿Pero dónde encajan aquí los Bastones?

—Si lo dual no representa al fin más que una sola cosa y todas las cosas se manifiestan en lo físico, la vida no iba a ser diferente. Los Bastones son dos y del todo distintos, debido a esa misma ley. Uno, la Vara, es de madera. Otro al contrario, es de piedra. Nada tan distinto y tan igual.

—Aún así, no acabo de verlo claro... ¿Por qué tienen que ser dos Bastones y no dos copas, por ejemplo.

—Porque desde antiguo, el bastón ha estado asociado al poder y a la autoridad. Todos los reyes se han apoyado en sendos bastones, como expresión física de su poderío.

—¿Entonces es algo así como un símbolo de poder?

—¡Exacto! Un símbolo, pero muy arraigado en todas las culturas. Podríamos remontarnos al antiguo Egipto y más allá, y siempre encontraríamos un báculo en manos de quien ostenta el poder; incluso es aplicable a religiones y familias; el que tiene el cetro, come el primero... Y en consecuencia, como símbolo de fuerza por excelencia, el poder absoluto no podía ser representado sino por un bastón, y ese bastón invencible otorga por extensión una energía vital acorde a su supremacía: la eternidad.

Milly permaneció pensativa unos segundos, buscando un hilo de dónde tirar; todo lo que decía el viejo tenía la consistencia necesaria para sostenerse y soportar tiras y aflojas con dignidad...

sin embargo, había remarcado algo que se resistía a aceptar: si los Bastones eran simbólicos, y el simbolismo no es otra cosa que la mera representación de algo, no le cabía en la cabeza que contuvieran las energías vitales en sí mismos, ya que de ser así, dejarían de ser simbólicos.

El anciano pareció leerle el pensamiento.

—¿Ha oído hablar del Prana, señorita?

Milly puso cara de oír esa palabra por vez primera.

—¿Pero sí ha oído hablar de la energía vital, cierto?

—¿Y quién no?

—Bien —continuó el anciano—, pues esa energía no es sino lo que los hindús llaman: Prana. Ellos consideran, y no están equivocados, que la energía que da la vida, no es otra que el aliento, y le llamamos aliento, no pierda el hilo porque volvemos a las dualidades, al aire que nos da vitalidad a través de un acto dual: inhalación exhalación; dos extremos opuestos que constituyen una misma cosa... Y el aliento es intercambiable con vida y lo que la da, sin embargo no deja de ser en esencia algo externo... viento.

Milly tenía tal empanada mental, que no abrió la boca ni para coger aire. El viejo paró unos segundos, dejándola asimilar la andanada que le acababa de soltar, pero como veía en ella más señales de duda que de entendimiento, y parecía estar en el limbo, se decidió a aclarar sus dudas.

—¡Uhuuuu! —dijo, moviendo el dedo ante sus ojos.

Ella reaccionó al instante. Se disculpó con una sonrisa boba y carraspeó, avergonzada.

—Lo siento. Estaba pensando y...

—¿Y a qué le daba vueltas?

—A eso... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Prana. ¿Y diga... qué dudas tiene acerca de él?

Milly resopló sin saber qué decir.

Él intentó aclarar sus dudas.

—Lo que quería decirle, es que el Prana, la fuerza que nos mantiene en el candelero, no es parte de nosotros, si no que viene de fuera. Si no me equivoco, usted estaba y con razón, dándole vueltas a cómo un objeto podía traer vida en sí mismo, ¿verdad? Pues ahí tiene la respuesta. El Bastón, aun siendo un símbolo, posee una energía que le viene de fuera. Algunos lo llaman Prana. Otros lo llaman Aliento vital. Otros lo llaman Alma. Otros, Espíritu... Y algunos, muy acertados, por cierto, lo llaman: Mente.

—Eso quiere decir que...

—En efecto, señorita... Quiere decir que ambos están impregnados de una fuerza desconocida pero inteligente, que, al fundirse en una sola; algo que solo ocurre cuando están unidos a pesar de ser distintos, les hace invencibles en todos los sentidos... Y eso solo se consigue mediante alta magia; una magia elevada que produce puro miedo.

Milly quiso decir algo, pero el anciano la frenó con un movimiento de cabeza y moviendo el índice. Se puso en pie y se disculpó por cortar la charla de ese modo:

—Siento que está saturada por tanta información. Sin embargo observo su interés y me conmuevo. Por lo tanto y sin ánimo de agobiarla, propongo que asimile usted los datos que acabo de pasarle y como la conferencia no será hasta dentro de dos días, ¿mañana al mediodía, aquí?

—No querría molestarle ni sacarle de su rutina.

—Ni lo ha hecho hoy ni lo hará mañana, no tema. El hostel está bien atendido.

—¿Seguro? No es mi intención robarle su tiempo.

—No lo hará —dijo, echando a andar—. Mañana por la tarde estaré ocupado, pero mi mañana es nuestra. —Se volvió como si se le hubiese olvidado algo y añadió—: Y descanse usted bien,

señorita, la leyenda continúa...

—¿Aún hay más? Estaré encantada de escucharle.

—Existe, según la leyenda, una profecía acerca de los Bastones... Seguro que la encuentra interesante.

—Estoy convencida. Daré una vuelta y me retiraré a descansar temprano.

Al contrario que Milly y que Teth, Carlos no se alojaba en una fonda ni en la ciudad antigua, lo hizo en una casa particular propiedad de la familia de un adinerado judío Parisino que conoció en el barco y que como él, viajaba a la Ciudad Santa a presenciar la conferencia de Eleazar.

La casa se encontraba en una zona nada concurrida y alejada del bullicio; tanto, que parecía estar habitada por fantasmas, pues no se oía un tosido. Quizá por eso, estaba dando un paseo por el barrio judío, pues tanto sosiego le enervaba; él necesitaba sentir la vida a su alrededor.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Efraim, anfitrión y guía improvisado, que se encontraba con él, esforzándose por que se llevara un buen recuerdo de la ciudad.

Carlos no contestó y Efraim insistió:

—¿Qué le parece la ciudad...? —le preguntó con una sonrisa más grande que su cara—. Teniendo en cuenta la diferencia cultural y las costumbres, creo que merece un elogio. Visitar Jerusalem es un privilegio, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo con usted, señor Efraim. Esto solo se puede comparar con un trozo de cielo —dijo al fin.

—Oh, señor Sancho, es usted todo un poeta. Su forma de decir las cosas me eriza el vello. Estoy encantado de ir a su vera, escuchándole y aprendiendo de usted. No se lo tome a mal, pero da la impresión de ser más viejo y culto de lo que se esfuerza en aparentar.

—Me deja usted sin palabras, señor Efraim... Pero aún así, no sé si le entiendo; mi edad es aproximadamente la suya...

Efraim suspiró, le dio una palmadita en la espalda y se disculpó por no haber sido fino con el lenguaje.

—Por supuesto no hablo de su apariencia física, si no de la sabiduría que desprende... —aclaró—. Es usted una persona singular y con quien da gusto charlar.

—¿Le parezco un bicho raro?

—He dicho singular...

—¿Y no es acaso lo mismo?

—No para mí... Singular es más intercambiable con el adjetivo: especial... Raro... es demasiado vulgar.

—Touché, Monsieur Efraim.

Efraim le dio otra palmada en la espalda.

—Y a pas de quoi... —rió, divertido—. Fíjese usted si es singular, que desde que le conocí en el barco, no se ha desprendido ni un segundo de ese objeto cubierto de tela púrpura, ni de ese cuaderno en el que no deja de escribir y dibujar. ¿No se siente incómodo cargando con ellos? A mi juicio son un lastre... ¿Ese objeto es...?

—Es un talismán... —se anticipó Carlos—. Nunca me separo de él. Hice una promesa y... en fin, ya sabe cómo son estas cosas. En cuanto al cuaderno, le confesaré algo: en él escribo y dibujo lo que siento. Es algo así como una terapia.

—Interesante, señor Sancho. Muy interesante... Y la terapia consiste en escribir y dibujar qué... exactamente qué... ¿O es un secreto cubierto por siete velos?

—Es curioso —repuso Carlos—, hasta ahora, nadie ha sentido curiosidad por saberlo. Lo que contiene son unos bocetos de mujer y un poema que leo todos los días, para no olvidar la meta que me he impuesto.

—¿Y me consideraría un atrevido si le pido verlo...?

—En absoluto —dijo, y se lo puso en la mano.

Efraim abrió el cuaderno y se sumergió en un boceto que representaba una grácil figura femenina. Junto a él, en la misma página, unos ojos parecían observar a quien los mirara; su realismo era tal, que parecían hablar.

—Pero esto es maravilloso, señor Sancho... Está usted hecho un artista. Hay que amar mucho a alguien, mucho y de manera irracional, diría yo, para trazar unos ojos tan vivos; su realismo es bestial; tanto como la firmeza de sus manos en el dibujo y la presión del grafito.

Junto al dibujo, un poco más abajo, se encontraban los versos; versos que aludían sin ninguna duda a los ojos de arriba. Su título: LOS OJOS QUE TE MIRAN.

—¿Me permite leerlo, señor Sancho?

—Siempre que usted no me juzgue severamente... Ya habrá deducido que tengo esos ojos clavados en la retina y no puedo si no dibujarlos, así como poetizar cuanto me transmiten cada vez que los miro.

—¿Tengo esos ojos clavados en la retina, ha dicho?

—Eso he dicho y eso siento. ¿Por qué?

—¿Que por qué...? Juntar esas palabras ha sido genial, señor Sancho. Me tiene usted de sorpresa en sorpresa... Y ahora si me permite un poco de introspección, leeré este poema; le adelanto que si tiene la calidad de los dibujos y me entra por la retina, como usted dice, mi día será todo color. Sí señor. Hay días que merecen ser vividos.

*No son los ojos que te miran,
son los ojos que te ven.
No son los ojos que te buscan,
son los ojos que te encuentran...
Te encuentran cuando estás
desnuda y cuando estás vestida,
cuando ríes, cuando lloras... cuando
eres mía y cuando estás prohibida,
cuando estás pletórica... cuando estás
en ruinas... cuando piensas en mí y
cuando me olvidas...
No son los ojos que te ven.
Son los ojos que te
saben...
que te liban...
que te admiran.*

—¿Me permite usted decirle algo, señor Sancho?

Carlos no contestó; en realidad ni siquiera escuchó la pregunta. A pocos metros de dónde se encontraban, unos ojos de mujer se regocijaban contemplando una vasija sin asas; su diseño, estrecho arriba y curvado en su centro, le recordó la silueta de una pelirroja que creía desdibujada en el tiempo y recreada en la mujer que la admiraba.

Sin ser consciente, sus ojos quedaron atrapados en sus nalgas como si no le fueran extrañas;

como si su mirada y sus manos ya hubiesen acariciado sus contornos.

—¿Me escucha, señor Sancho?

—Diga usted, señor Efraim... —Lo dijo sin apartar los ojos de la mujer.

El judío se percató de que estaba abstraído y se volvió hacia donde miraba, sonrió y carraspeó un par de veces a la vez que le daba una palmadita en el brazo.

—No tengo palabras para describir lo que siento. Esto es sencillamente sublime —dijo—. Va más allá de mí. En fin, que lo encuentro ¡maravilloso!

—Usted también, verdad... —Respondió sin mirarle.

Efraim se volvió hacia la mujer y sonrió. Acto seguido le palmeó el brazo a la vez que carraspeaba.

—Me refería al poema... Es, ¿cómo se lo diría yo...? Es lo que se dice: soberbio. ¡Mi enhorabuena!

En cualquier otro momento, Carlos hubiera saltado de alegría por tales elogios, pero en ese preciso instante sus neuronas estaban desperdigadas por la elegante anatomía de una mujer que, sin ser consciente ni apercebirse, hacía que sus sentidos se bloquearan y su corazón se acelerara.

Efraim se dio cuenta de que no era un buen momento para repartir alabanzas, ya que ni siquiera escuchaba. Sin embargo siguió hablándole con intención de rescatarle.

—Confieso que es de lo mejor que he leído...

Carlos pareció regresar de nuevo a su cabeza. Fue solo un segundo, pero volvió a ocuparla.

—¿Lo dice usted en serio? —preguntó, aún aturdido y sin apartar los ojos de la joven. Dicho esto volvió a ella.

—Delo por seguro... Imagino, corrijame si voy errado, que esos versos tienen una mujer detrás. Una mujer y un nombre, por supuesto... ¿O va a cualquiera en general?

Como no contestaba, Efraim la apuntó con el brazo.

—Una mujer, que bien podría haber sido esa —rió.

El gesto del judío le sacó de su atolondramiento.

—Perdón... ¿Cómo ha dicho? Lo siento, yo...

—Oh, no se disculpe. Le entiendo... Le decía que esa de ahí, podría perfectamente haber inspirado esos versos. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿A qué se debe que ese poema tenga forma de copa? No creo que sea casualidad. ¿Algún significado especial?

—Para mí sí. La copa es la representación máxima del amor y de la felicidad, pero por encima de todo, alude al gran amor, a la esencia, a lo profundo.

—Entiendo. Observo que es usted apasionado... Que se daría por completo a ese gran amor que describe en su poesía; eso es lo que dota de vida y fuerza a sus versos.

En ese momento, Milly se alejaba ya y giraba hacia un callejón estrecho lleno de tiendas. Carlos, atónito, siguió cada paso suyo y cada contoneo de sus caderas hasta que se la tragó la turba que abarrotaba el callejón.

Cuando desapareció de su vista, pareció recuperar sus emociones, y razonó lo sucedido. Entre todas las mujeres del mundo hubiera reconocido sin el menor titubeo a la que hacía un segundo, tuvo delante. Eso le alegraba y no a partes iguales, porque, ¿qué hacía allí? Repasó las veces en que habían coincidido, y sus sospechas crecieron como hongos en una tormenta. Desde la ópera de Bayreuth no había dejado de encontrársela en lugares clave; incluso a veces pensó que sabía algo de Hugo, pues desde la noche que le envió a buscarla, no había vuelto a ver a ninguno de los dos. Decidió pensarlo durante la noche; consultar con la almohada las cosas complicadas, siempre le

había dado excelentes resultados. Decretó que fuera a dos.

—Debo irme, señor Efraim. Creo que... Lo siento, esto es algo que me sobrepasa. Si no lo hago me perseguirá la vida entera, y créame... sería muy duro.

—No se disculpe, le entiendo. Si se anima a pasar la noche por ahí, lo entenderé. Faltaría más.

—Delo por hecho, señor Efraim, delo por hecho...

—Imagino que no es la primera vez, ¿cierto? Le veo a usted tan decidido y seguro de sí mismo... En fin, qué le voy a enseñar yo de sentimientos. Si no se da usted prisa, acabará perdiéndola de vista. ¡Bonne chance!

Carlos sopesó el Bastón y enfiló por el callejón. Había mucha gente y era complicado abrirse camino, pero ella era inconfundible a sus ojos y a sus sentidos; para él todo en ella era luz, un lucero que daba claridad a su noche.

Cuando el callejón estaba llegando a su fin, Milly paró en un tenderete de ropas tradicionales árabes y comenzó a hurgar en el primer lote que se le puso a la vista. Tomó una de las prendas que destacaba del resto y calculó a ojo si era para ella, no solo por la talla, si no por su llamativo bordado, quizá excesivo para su gusto.

—¿Le gusta, señorita? —preguntó el mercader, que se encontraba oculto entre hileras de vestidos colgados.

Milly le contestó con otra pregunta:

—¿No es demasiado llamativo para mí? ... No sé, creo que me anula un poco. Estos bordados son preciosos, sin embargo...

—Eso sería imposible, joven... —La voz vino desde la esquina del tenderete. El hombre que habló suspiró y se quitó el sombrero a la vez que gesticulaba con la cabeza, aprobando sus propias palabras; palabras que se apresuró a pulir sin perder un segundo:

—No existe nada que destaque más que sus ojos. Si le soy sincero, me han guiado hasta aquí...

Milly se volvió y lo vio. Su rostro se tornó lívido, pero intentó cubrirlo con la prenda que tenía en las manos.

—¿Le conozco? —Lo preguntó, simulando sorpresa.

—No lo creo —mintió Carlos—. Si así fuera, nunca la habría permitido alejarse de mí. Y por cierto, tiene usted los ojos más bonitos que jamás vi... Permita usted que me incline ante su belleza.

Milly se tranquilizó. Cabía la posibilidad, remota pero no imposible de que no recordara sus otros encuentros.

—¿Me permitiría tan bella señorita, invitarla a cenar?

Milly sintió deseos de replicar, de llamarle grosero..., asesino y algunas cosas más. Pero fue solo una idea fugaz, algo bloqueó sus intenciones y las suplantó por una idea distinta; una idea que jamás imaginó que se le pasaría por la cabeza. Pero se le pasó.

—No sé si debería —dijo, mirándose la puntera de los zapatos y fingiendo ruborizarse; sus continuos tratos con prostitutas y su modo de actuar y fingir con los clientes, la habían enseñado a jugar con las emociones—. No sé...

—Entiendo —repuso Carlos cogiendo su mano—. ¿Y si me presentara...? —Lo dijo a modo de proposición y al tiempo que la llevaba a sus labios—. Salvando esa barrera sin importancia —añadió—, nuestro problema quedaría resuelto...

Milly encogió los hombros y se llevó las manos a la cara simulando sentir vergüenza. No podía creerse lo que estaba haciendo, se sentía sucia... Pensó que una cosa era hacer pagar a ese déspota por sus crímenes impudicos, y otra hacerlo de ese modo.

Durante un fugaz segundo se le cruzó por la cabeza la idea de que si seguía por ese camino,

estaría comportándose igual que él y merecería ser juzgada de igual modo, pero sus dudas se esfumaron cuando su última víctima se dibujó en su cabeza. Freddy parecía suplicarle que dejara de dudar, que no consintiera que la indecisión subyugara su mente, que era su asesino y que no usando sus mismos métodos jamás conseguiría acabar con él, porque tenía la ventaja de estar en posesión de uno de los Bastones, y eso era determinante y le hacía poco menos que indestructible.

La voz de su interlocutor la hizo volver en sí.

—Mi nombre es Sancho. ¿Arreglado pues...?

Milly, más fría que nunca, encogió los hombros y rió fingiendo una timidez meritoria de elogios; una timidez que hubiese convencido al más desconfiado; a cualquiera excepto a Carlos; no obstante y a pesar de estar más que convencido de que ella no estaba allí por casualidad, sus instintos primarios eran más fuertes que su sentido de la precaución, y ya fuese porque se sentía fuerte gracias a la seguridad que le proporcionaba la posesión del Bastón o por cualquier otra causa, decidió seguirle el juego. Podía ya imaginarla entre sus brazos, desnuda... con su mirada de gata perdida en sus ojos. Hubiera renunciado a la vida antes que a poseerla. Para él no era solo una mujer, era la mujer; la mujer por excelencia; la única capaz de hacerle soñar despierto, una diosa... su arquetipo de hembra.

Tras cenar dieron con un antro discreto donde poder dar rienda suelta a su instinto amoroso él, y a su instinto humano ella; esa noche era trascendente para ambos.

Milly, ya desnuda, dejó que Carlos tocara sus pechos y sus nalgas, que la atrajera contra su pene y apretara como si estuviera poseído por una fuerza que le superaba... una fuerza extraña que hacía siglos que no sentía y que podía más que su voluntad; una fuerza que le traía a la cabeza a una despanpanante pelirroja.

Se perdió dentro de ella y se dejó llevar por la lujuria.

Milly sabía muy bien cuándo un hombre alcanzaba su estado máximo de estupidez y decidió que la ocasión era perfecta para ponerle final a largos años de pesadillas; sus recuerdos, aletargados pero no dormidos, comenzaron de nuevo a aflorar en su mente como si sucediesen una vez más, desgarrándole las entrañas... haciéndola sangrar. Sin embargo no los exteriorizó y simuló sentir placer; placer que no era del todo falso, pues el odio que despertaba en ella aquel déspota sin corazón, se fundió de tal modo con sus ansias de desquite, que con solo imaginar ser su talón de Aquiles; con solo atisbar que le tenía sometido dentro de sus entrañas y a su merced, sintió un orgasmo. Fue un orgasmo tan convincente, que Carlos se desbocó dentro de ella al mismo tiempo; unos segundos en los cuales las funciones cognitivas de su cuerpo... su pasión irracional, primaban sobre la lógica y la razón.

Extasiado, Carlos se quitó de encima de ella, rodando y quedando boca arriba. La habitación había caído en un silencio sin forma, pues a pesar de que faltaban las voces, sus sofocantes exhalaciones y el estridente crujido de la cama, concertados con el chisporroteo de las velas, que a cada resuello oscilaban su llama pareciendo ir a apagarse, rompían su sentido, transformándolo en una inquietante y sofocante calma.

Carlos, con la mirada perdida en el techo, pensaba.

Milly, boca abajo y con la mirada perdida en el suelo, apretaba la mandíbula y contenía las lágrimas.

Carlos revivía y escuchaba en sus adentros, los jadeos de la mujer que tenía al lado y pensó que jamás, tampoco con la pelirroja, consiguió que una mujer se excitara sin complejos de aquella manera... de hecho, la pelirroja no lo hizo ni de ese modo ni de ninguno. Sonrió al pensarlo. Tenía que reconocer que esa rebeldía también le gustaba.

Recordar los alaridos desesperados de la pelirroja, era para él tan excitante como los gemidos

de la morena que yacía a su lado, solo evocarlos le hacía sentirse de nuevo pletórico. Pensó que si el amor existía, su esencia estaba contenida en esas dos mujeres de ojos verdes.

Milly se sentía tan sucia como satisfecha; el juego solo acababa de empezar, y aunque conllevarse algún daño del cual no se sentía orgullosa, en la guerra había víctimas y vencedores en ambos bandos.

Carlos se incorporó, le dio un beso en la espalda y con una ternura desconocida en él la cubrió con la sabana.

Milly se mordió el labio... Sentir el frío de esos dedos en su espalda, provocó en ella un escalofrío; en el fondo, no dejaba de ser una mujer. Sintió rabia por ello.

En un acto interpretativo, se levantó y buscó su ropa.

Carlos se incorporó, sorprendido.

—¿Qué haces? ¿Acaso piensas irte? —La tuteó por vez primera y se sintió más cómodo y afin a ella.

—Pues claro... —Fingió estar sorprendida y preguntó, simulando una falta de interés, que por otro lado era tan cierta como su propósito, en marcha ya desde la cena.

—¿No irás a pedirme que me quede, verdad?

Carlos la miró de arriba abajo y asintió.

—Toda la vida.

—Mientes muy bien... —rió ella.

—Quédate y te lo demostraré. Anda, vuelve conmigo.

Milly, se quitó de nuevo el vestido y volvió a la cama.

—Eso está mejor... —aprobó Carlos—. Tu calor me da la vida.

Milly se pegó a él y enredó sus dedos en el vello de su pecho; lo hizo con suavidad, intentando excitarle.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—¿Por qué te interesa? ¿Acaso lo ves un problema?

Milly fingió candidez y apartó los ojos de los de él.

—Quizá... —susurró muy bajo.

—Tengo la mejor edad —respondió, seguro—. La que todo el mundo querría alcanzar en mi estado.

—Lo dices tan convencido... No sé, no sé...

—¿Y quieres que te haga una pequeña confesión? Me he plantado en esta edad y de aquí no me muevo. Uno ya no es un imbécil ni sueña con utopías. Tampoco es joven ni mayor y sabe lo que hace y por qué; es la mejor edad y la perfecta; algunos años más no tendrían importancia, si uno lo desea, pero yo me encuentro muy a gusto así.

—Si sigues hablando, creeré que hablas en serio y que de verdad no vas a cumplir más...

—Dalo por seguro. Y ahora que te tengo, menos...

Milly fingió una carcajada que le salió perfecta y puso su boca junto a la de él, rozándole más que besándole las comisuras de los labios. Luego acarició muy despacio sus pezones y deslizó la mano por su vientre hasta rozar con los dedos su miembro ya erecto. Un gemido de él, ya con la mirada tan perdida como el control, la indicó que era el momento de dar el siguiente paso. Metió el pene en su boca y comenzó a succionarlo con frenesí hasta que él no pudo aguantar y no le quedaron fuerzas ni para resollar... El mejunje de Giselle, una sabia mezcla de mandrágora y estramonio con un pequeño aporte de belladona, actuaba como potente adormidera a cuanto más excitación, mejor y más rápido; normalmente y según la dosis, podía tardar de dos a tres horas en hacer efecto, pero la excitación era como un potente estimulador y aceleraba el proceso. Esa

pócima era utilizada en algunos burdeles como protector frente a clientes problemáticos, y en el suyo más, por ser un antro sito en los bajos fondos.

Cuando le vio caído, dijo, como si pudiera oírla:

—Te creo, Sancho o como te llames... Estoy segura de que ya no cumplirás más.

Cogió el Bastón y abandonó la habitación.

Cuando cerraba la puerta desde fuera, una voz la hizo sobresaltarse.

—¿Se marcha sola, señora? —El que la hablaba era un muchacho que, dada la hora, debía trabajar allí.

Milly se aclaró la garganta mientras acababa de cerrar la puerta, se aseguró de que estaba atrancada y se volvió a él con una sonrisa.

—El señor está indispuerto. Que no le moleste nadie, por favor. No se encuentra nada bien.

—Comprendo. ¿Le ha dejado usted sin hálito, verdad?

—¿Qué dices, desvergonzado? ¿No sabes mirar, callar y oír... Es solo un conocido.

—No se dice en ese orden, señora.

—¿Cómo...?

—Se dice: ver, oír y callar...

—¿Y qué más da? ¿Me has entendido, no?

El joven se llevó el dedo índice a los labios.

—No grite, por favor... Va a despertar a la gente. Y en cuanto a su pregunta, señora, le diré que sé muy bien eso de ver, oír y callar. Mi abuelo me enseñó un refrán que...

—Tengo prisa... ¿Crees que me interesa lo que te dijo tu abuelo?

—Claro, señora. Debería...

—¿Qué debería? ¿De dónde sacas tanto desparpajo?

—¿Quiere oírlo o no...?

Milly resopló desesperada.

—Está bien, suéltalo ya...

El muchacho se aclaró la garganta y lo soltó:

—«*Callando aprende uno a escuchar, oyendo aprende uno a hablar, y hablando...*»

Milly entornó los ojos y le miró recelosa.

—¿Y hablando, qué...? —Lo preguntó, imaginando la respuesta.

El chico contestó mirándose la puntera de los pies.

—No tiene usted pinta de tonta. Eso de desaparecer al estilo zorro... En fin, que hay tipos a quienes no les gusta que se burlen de ellos, y luego hacen preguntas.

Milly perdió los nervios y le dejó con la palabra en los labios.

—¡Está bien! —exclamó, sacando una moneda—. ¿Te parece bien así? —En el fondo esperaba no necesitar que la ayudase, pero nunca estaba de más.

El joven miró la moneda y asintió, satisfecho.

—Ese tipo, señora, tendrá una respuesta a su medida.

—¿Puedo confiar en ti, no?

—Se lo prometo. ¿Qué excusa prefiere que le dé?

—Dile que he tenido que coger un barco.

El chico le hizo una reverencia, y cuando se irguió, le guiñó un ojo.

—Así lo haré. Palabra de Ashir. ¡Shalom!

LXVI

EL DESPERTAR DE LA BESTIA

Carlos había tenido una de sus peores pesadillas. Toda esa noche, para él un continuo suplicio en la que no dejó de agitarse entre espasmos y sudor, había soñado con que le birlaban el Bastón, y cuando abrió los ojos y comprobó que así era, lejos de sentirse profeta, profirió insultos en todas las lenguas y se maldijo en mil idiomas... La mujer de su vida, se dijo a sí mismo con toda la ironía que le cabía en la boca, se había convertido paradójicamente en la puñetera dueña de sus días, y como quien no quiere la cosa, tenía su futuro en sus manos. Y su muerte también.

El elevado tono de sus improperios y maldiciones fue oído en toda la fonda y hasta fuera de ella, atrayendo a la habitación al joven Ashir.

—¿Le ocurre algo, señor? —Lo preguntó desde detrás de la puerta y con la oreja pegada—. ¿Necesita algo?

La puerta se abrió de repente y Ashir notó un tirón de cuello que casi le descoloca las vertebras.

—¿Dónde está esa zorra? —fue lo que oyó justo antes de sentir una bofetada que le dejó la cara como una brasa de leña. Eso es lo que pensó mientras llevaba una mano a su mejilla para protegerla de la siguiente, que: «leña» era la palabra más idónea para describir el guantazo.

—¿Y cómo voy a saber yo eso señor? Pensé que estaba con usted. Y además, ya debería saber que aquí nunca les incordiaríamos a ustedes con preguntas personales.

Carlos se deshizo de él dándole un empujón.

—Sí descubro que me engañas, date por muerto. —Lo dijo a la vez que le daba con la puerta en las narices.

Teth, en la habitación contigua, escuchaba el griterío sin saber qué había sucedido para desencadenar tal alboroto; había pasado una noche nefasta y lo que menos deseaba a hora tan temprana era una algarabía entre la clientela... Además, y por si eso no fuera suficiente para fastidiarle, esa noche volvió a sufrir retortijones; pinchazos extraños en el estómago, que le hacían encogerse de dolor, que no sabía a qué se debían, y que hacía tiempo que no sentía.

Decidió dar por terminado su descanso y visitar al tal Eleazar, antes de su charla del día siguiente. Se había ido informando aquí y allá, y averiguó que había un bufete a poca distancia de allí, en pleno corazón de Jerusalem, en el que atendía cada tarde.

Carlos buscó y rebuscó por la habitación, pero nada. Se preguntó si Milly estaría al corriente de la leyenda, pues si no era así, que por otra parte también era lo más lógico y probable, no tenía

sentido que le birlara el Bastón.

Dándole vueltas a eso, decidió salir tras ella. Cuando abrió la puerta, vio a un hombre; de espaldas a él, iba sin prisa hacia la escalera. Era pelirrojo y se apoyaba en un objeto de madera, a modo de garrote.

No pudiendo creer en su suerte, hasta se persignó.

LXVII

LA LEYENDA CONTINÚA

Milly descansó al fin aquella noche. Llegó a la fonda y se acostó sin preámbulos. Tuvo tiempo de descansar algo antes del mediodía, hora en que se citó con el anciano.

En cuanto abrió los ojos, su primer pensamiento fue ir a tocar el Bastón; lo acarició a lo largo de unos minutos y lo volvió a envolver con la tela. Todavía no creía que las cosas hubieran salido como salieron. Por precaución hizo un hueco en el baúl y lo escondió entre la ropa.

No tenía hambre y no probó bocado, los nervios se le acentuaban con cada recuerdo sobre lo acontecido y solo tenía sed, mucha sed; lo cierto es que tenía la boca como un trozo de desierto y el estómago obturado.

En cuanto puso los pies en el jardín, oyó la voz suave del anciano, quien la esperaba sentado en el mismo lugar y en la misma silla de la mañana anterior.

—¿No ha descansado bien? —Lo preguntó poniéndose en pie para recibirla—. ¿Quizá la cama no...?

—Estoy bien, no se preocupe.

—Está bien —dijo el viejo yendo al grano—, ¿permite que le haga una pregunta? —Continuó antes de que ella respondiera—: ¿Ha asimilado su mente cuanto hablamos ayer? Es importante para lo que viene.

—Creo que sí. Y también tengo preguntas para usted.

—Lo imagino —soltó una risotada y la animó—. Diga usted, señorita. Pregunte, pregunte...

—Es acerca de esa leyenda y sobre los Bastones.

—Poco quedó por decir sobre eso...

—Es que esta noche he estado pensando, sabe...

—Eso está bien, pensar es bueno. ¿Y...?

—Quería preguntarle si esa leyenda especifica lo que le ocurriría a alguien que, siendo dueño de un Bastón, lo perdiera o se lo quitaran.

—Buena pregunta, señorita. Muy buena... —Suspiró y se perdió dentro de su propia cabeza, poniendo en orden, quizá, las palabras que iba a decir.

Milly le miraba embobada y con la boca abierta. No le cabía la menor duda de que ese anciano espantaría todos sus miedos y pondría luz a sus incertidumbres... otra cosa sería que fueran o no de su agrado, o que la beneficiasen.

El viejo completó su puzle mental y carraspeó.

—Bien, hija, intentaré contestar a su pregunta.

—¿Intentará...?

—En estas cosas, sabe usted, dos y dos no siempre son cuatro. Para que así fuera, debería haber contrastados de forma matemática más de un caso, y está claro que no los hay. Debemos atenernos pues al mito, arriesgándonos a errar en nuestras conclusiones; máxime en casos como el que nos ocupa, intangible hasta el ridículo. Nadie, que yo sepa, ha conseguido saber con certeza

una mierda y...

—Supongamos que yo lo sé —le cortó—. Suponiendo eso, dándolo por cierto, ¿qué dice la leyenda al respecto?

—Si así fuese, alguien desposeído del Bastón, que aún estuviera dentro de su ciclo vital natural, continuaría sus días hasta morir cuando su naturaleza lo tuviese previsto. En ese caso nada cambiaría, excepto los años «por vivir» que se perdería al quedarse sin «sostén», je, je, je...

—¿Y si es al contrario?

—Si así fuera, siempre según la leyenda, repito y que quede claro, moriría al poco de quedar desprotegido.

Milly, entrecerró los ojos y suspiró, dubitativa.

—¿Y eso cuanto tiempo es?

—La leyenda dice que sobrepasar el ciclo vital natural y quedar desprotegido, significa la muerte en tres días.

Ahora sintió un escalofrío. Tres días era una eternidad; en ese tiempo y estando en la misma ciudad, un tipo como ese, con siglos de experiencia, daría con ella poco menos que sin proponérselo. Y además tenía dinero.

—¿Tres días porque sí —insistió—, o debido a algo?

El viejo le mostró tres dedos y enfatizó con la mano.

—Se dice que porque el tiempo se divide en tres.

Milly, de asombro en asombro, de estupor en estupor y de sorpresa en sorpresa, no daba crédito a lo que oía.

—¿En tres? ¿El tiempo?

—Pasado, presente y futuro. Es decir: si tu presente se debiera al Bastón, y tus días no se hubieran acabado en el plazo natural, estarías viviendo, no tu presente, pues ya deberías estar muerto, sino el futuro... un futuro que no te pertenece por ley natural. Y eso provocaría la restitución del orden en tu naturaleza, Solo la fuerza del Bastón tiene poder para romper esa ley y crear un mundo que se salga de esos paradigmas. Como comprenderá, no se debe permanecer más de tres días sin tocar y recibir la energía del Bastón; las consecuencias son claras.

—Pero eso implica una suerte de esclavitud...

—Por fin ha comprendido, hija... Quien posee uno de esos Bastones, no es su dueño sino su esclavo... Paradojas de la vida, y nunca mejor dicho; él estaría convencido de que el Bastón le abastece de vida, pero este no abastece a nadie, sin ser abastecido primero.

—¿Y qué abastece al Bastón...?

—Esa fuerza es, como le dije ayer, mental. Algunos la llaman prana y otros por otro nombre, pero existe desde la aurora del tiempo, y sin ella nada sería... De una forma u otra, quienes poseen el Bastón no lo sueltan, creen ser dioses o algo similar por estar muchos años viendo la luz, y sin embargo, aunque no lo sepan, están perdidos en las tinieblas de la noche; es posible que vaguen mil años por este vasto mundo, buscando otro Bastón que les asegure la eternidad, y descubran al final de su trayecto, que aquí lo único que hay eterno es la muerte. Al fin y al cabo esa vida es algo que ni depende de ellos ni les pertenece por ley... es como andar por ahí con zapatos prohibidos.

—Me parece algo... no sé...

El anciano completó la frase por ella.

—Sí, es poco creíble, lo sé. Pero piénselo bien y verá.

—Es que no lo entiendo ni así... Ni estrujándome los sesos. Lo siento, pero no acabo de asimilarlo. ¿Dice usted que es poco creíble? Yo diría más bien que lo es del todo.

—Pues ya ve usted. El techo de la vida, también tiene goteras. Tampoco es tan difícil pensar que el Bastón es al fin un objeto más, pero impregnado por alguna fuerza de índole desconocida, y por alguna razón que ídem.

Milly le daba vueltas a lo que el viejo decía acerca de los Bastones y cuando le parecía ver un poco de luz, algo que hasta el momento no había tenido en cuenta, le traía de nuevo la oscuridad. Tanta dualidad la mareaba.

El anciano pareció meterse en su cabeza y descubrirle y abrirle el saco de las dudas.

—Creo —dijo— que la he desconcertado.

—Y cree usted bien... Cada vez que abre la boca, duda nueva. Usted siembra, pero yo no recojo.

—Pues si no entiende, pregunte... Diga, diga...

—Es que si le digo la verdad, tengo tal lío en la cabeza que se me apelo-tona todo. En realidad no entiendo nada; ni siquiera lo que creía tener claro.

—¿Nada de nada? ...Algo entenderá cuando es quien hace las preguntas. Yo me limito a contestar, eso es todo.

—Pues será que no tengo el día...

—Puede. Eso nos ocurre a todos alguna vez... Si desea que sigamos hablando otro día, lo entenderé... Quizá sea yo quien no me esté explicando como es debido... —Se rascó la coronilla y añadió—: No sé dónde puede estar el problema, usted me ha preguntado por los Bastones y tan solo he intentado transmitirle lo que sé... La leyenda no es tan complicada; a grosso modo, sería algo así como que la historia de esos Cetros, pues es lo que en realidad son, es una especie de aviso.

—¿De aviso? ¿Y de qué avisa?

—¿Qué sé yo? Ya le dije que en este caso, no siempre dos y dos son cuatro.

—Pero alguna teoría tendrá, ¿no?

—Es posible que haya pensado en varias, sí... pero son algo personal y nada tienen que ver con la leyenda.

—¿Y por qué no me las cuenta? Dígame qué piensa...

Está bien, pero repito que son algo personal, no tiene que tenerlas forzosamente en cuenta. Puedo parecer loco por pensar así, pero creo que los Bastones no son de este mundo.

—¿Y qué le ha llevado a esa conclusión?

—Pues está claro: nada de este mundo es eterno. Uno de ellos, cuenta la leyenda perteneció a Moisés y estuvo, no se lo pierda, en paradero desconocido durante siglos... Y fue por voluntad del Dios de los hebreos que acababan de salir del desierto. Tanto Moisés como la dichosa Vara anduvieron perdidos vaya usted a saber dónde, hasta...

—Hasta que alguien dio con ella, claro... —le cortó Milly—. ¿Pero y el otro?

—Ese no se sabe de dónde ha salido. Dice la leyenda, que como la Vara, podría ser de origen no terrestre, pero nadie sabe a ciencia cierta de quién es. Aunque si dos y dos fueran cuatro, la respuesta sería que del mismo que dio la Vara a Moisés... De una forma u otra, esas reliquias deben estar endemoniadas, y como todo lo endemoniado viene con un precio. O Satanás o Jehová... Uno de ellos.

—¿Entonces, según usted, nada es eterno?

—Yo no he dicho eso. La vida es eterna a su manera; no del modo que cuenta la leyenda, pero eterna.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—Que la muerte es necesaria para que la vida siga. La carne vieja no es savia nueva ni ayuda a

la mejora de las especies, ya sean animales o humanas; de hecho, el poder del Bastón impide tener hijos. Por algo será, digo yo...

—Desconocía esa parte...

—Esa y más. Las leyendas es lo que tienen, corren por ahí de boca en boca y cada cual recuerda lo que quiere...

—O lo que le conviene...

—Veo que va comprendiendo.

—Algo, sí. Pero tengo una duda.

—Si solo tiene una, yo la gano. Las tengo a cientos.

—¿Por qué no pueden tener hijos? ¿Ha dicho eso, no?

—¿Ha visto a algún muerto tenerlos?

—¿Cómo dice...? Pero...

—Ni pero ni nada... Según la naturaleza que conozco, nadie que vive mil años está vivo... Y no digamos ya, que viva eternamente. Pienso que no es más que una ilusión.

—¿Y cómo puede asegurar eso...? Antes ha dicho que solo eran conjeturas suyas; que no es lo que la leyenda...

—Tiene razón. La leyenda no lo dice pero yo sí.

—En definitiva, que entre una leyenda que pone en duda y una teoría que se ha inventado, por mucho que se sostenga, yo sigo igual... Incluso más confundida.

—Mire, por un momento vamos a darla por válida; al cien por cien, si quiere. ¿Preparada?

Milly suspiró a la vez que asentía con la cabeza.

—Preparada —dijo—. No sé que se propone, pero...

—Mire, según esa leyenda, tenemos dos Bastones que se pertenecen el uno al otro, como si fuesen un cuerpo y un espíritu. ¿Recuerda que todo es dual, verdad? Pues los dos, ateniéndonos a esa premisa, son solo uno. Esa es, no otra, la razón de que se tengan que buscar hasta juntarse. Son la expresión de la dualidad universal; de la vida y de la muerte... de todo. El poder absoluto.

—De la muerte, no...

—¿Cómo que no? Dos personas tienen uno, y una de ellas debe morir forzosamente para que ambos se unan... Solo cuando estén juntos, su dueño vivirá eternamente... Los hebreos, sabe usted, tenían prohibido pronunciar el nombre de su Dios, bajo pena de muerte; su antagonista en cambio, te hace ganar la vida eterna pronunciándolo.

—¿Y eso de dónde lo saca?

—Es la leyenda de Teth. Cuando los dos Cetros estén juntos, uno de sus poseedores deberá ceder y morir para que el otro viva. Y como comprenderá, la cesión no será voluntaria. Y eso si no entran problemas de otra índole.

—¿De otra índole? Es usted un pozo sin fondo. Aún no he asimilado una cosa, cuando me viene con otra... Y antes de soltarme algo nuevo, ¿qué significa eso de que se tiene que pronunciar un nombre...?

—La leyenda tiene como ejemplo a Salomón.

Milly palideció. El viejo lo notó y se preocupó.

—¿Le ocurre algo? ¿He dicho algo que la incomode?

—No es nada —mintió—. Continúe, por favor...

—¿No estoy yo tan seguro. La noto tensa.

—Iba usted por Salomón.

—Sé por dónde iba —repuso, incomodado—. Solo me preocupaba por su estado. Se ha puesto blanca.

—Ya le he dicho que no es nada. ¿Qué pasa con ese... con Salomón?

—Volvemos a la magia —avisó—. Según los datos que yo manejo, mediante sortilegios apresó a demonios; para ser exacto, a setenta y dos.

Milly tuvo que hacer un esfuerzo para no palidecer de nuevo, cosa que no consiguió.

—¿Y qué más? —balbució.

—Esto que voy a decirle, es mío y parte de mi trabajo sobre la mente. Según mis investigaciones, un hombre es un contenedor de energía tan válido como cualquier otro objeto; por ejemplo, el Bastón. Y según mis estudios y mi última teoría acerca de la mente...

—Un momento —le interrumpió Milly—. ¿Es que en esta ciudad, todo el mundo tiene algo que enseñar acerca de la mente? Pensé que era un tal Eleazar quien tenía las llaves del conocimiento, pero aquí las teorías flotan...

—¿Ya le he dicho que estudié a sus pies, no? ¿Sigo?

—¿Seguro que sabe de lo que habla?

El viejo ignoró la pregunta y continuó.

—Como iba diciendo, Salomón no pudo conseguir eso así porque sí... Solo pudo llevarlo a cabo de una manera: absorbiéndolos dentro de él, o metiéndose él en ellos. A eso se le llama magia, o magia inversa.

Milly no ganaba para sustos. Su cara se quedó lívida.

El viejo meneó la cabeza. Estaba preocupado.

—Pienso que no le está sentando bien la conversación —dedujo—. Si quiere lo dejamos...

—¡Ni se le ocurra! ¿Y cómo se hace eso?

—Ya le he dicho que mediante sortilegios.

—Pero si no me lo explica mejor...

—¿Ha oído usted hablar de las posesiones? —Observó el rostro de Milly y resopló; los ojos de la chica parecían ir a salirse de las cuencas. Suspiró, preocupado.

—¿Oiga, seguro que no le ocurre nada? —insistió.

Milly, sofocada, disimuló arreglándose el pelo.

—No sé, pero me está entrando miedo —confesó

—¿Miedo? Pues todavía no hemos entrado en calor.

—Me está usted dejando pasmada. No imaginaba esto. Ni se me pasó por la cabeza que... En fin... ¿cómo quiere que esté? Bueno, ¿y qué más cuenta esa leyenda? ¿Cómo podría ocurrir que, en fin, ya sabe... no sé ni qué decir.

—Pues yo intento dejárselo claro, se lo aseguro...

—Lo sé, lo sé... No digo que sea su culpa.

—¿Y entonces qué hacemos? ¿Lo dejamos? A veces es conveniente renunciar a algo que puede hacernos daño.

—Verá —repuso a modo de negativa—, si enfocamos esto de otra manera, quizá me entere de algo. Aunque no lo crea usted, estoy muy interesada.

El viejo lo pensó unos segundos y asintió.

—Está bien. Proponga algo, hija...

Milly se aclaró la garganta y le explicó su propósito:

—Mire, imaginemos que yo, por ejemplo, soy dueña de uno de los Bastones.

—Imaginado.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

El anciano cerró los ojos a modo de concentración. Al poco, los abrió, la apuntó con el dedo y preguntó:

—¿Conoce al que tiene el otro?

Milly fingió pensar, dudar y que, insegura, se decidía.

—Pongamos que sí...

—¿Y quien sea, sabe que usted tiene lo que él busca?

Otra vez fingió dudar.

—Pongamos que no.

—¿Decide usted que él no lo sabe? Es importante.

—Sí, sí... ¡decidido! No lo sabe.

—Pues el primer paso es hacérselo saber.

—Pero eso me pondría en riesgo...

—¿Cuánto tiempo debo suponerla a usted en posesión del Bastón? Decida un tiempo...

Milly cerró los ojos simulando pensar, agitó la cabeza para hacer creíble su interpretación y fingió dar la cifra a boleo.

—Pongamos que unos quinientos años. ¿Puede ser?

—¿La mitad del milenio? Bien...

—¿Y entonces, qué? —le apremió, curiosa.

—Pues que si ignora que usted tiene el otro Bastón, y no se lo cuenta de una vez por todas, corren el riesgo de no enfrentarse en los quinientos que quedan, y eso haría que murieran los dos. La obligación de ambos, y esto no lo digo yo sino el sentido común, es dar con la parte que falta. Es de ley, y base de la leyenda.

—Pero yo sí sé quién es él. Puedo robárselo sin tener que llegar al enfrentamiento.

—El primero, como es lógico, puede ser encontrado o robado; de hecho es lo más probable que suceda. Pero no implica un fin en sí mismo, pues no es decisivo... El otro, sin embargo es distinto, pues es el que al juntarse con su polo opuesto; otra vez la dualidad, origina la metamorfosis vital. Pero para hacer efectiva la magia, es esencial ser tenedor de una parte del adversario en forma de energía.

—Pues no lo veo lógico, qué quiere que le diga.

—¿Por qué?

—Eso digo yo. ¿Por qué puedo encontrar solo uno?

—Porque en el supuesto de que ambos estuviesen en algún lugar oculto, como es predecible, no pueden por sí mismos encontrarse y unirse; necesitan un transportador.

—O sea que dar con uno tiene ventajas para que, dar con el otro sea posible.

—Se podría decir así. El primero puede venir solo, y el segundo hay que ganarlo... El premio es grande y no se regala. Tenga en cuenta que lo bueno está al final; si los Bastones no están juntos, el efecto no existe; deben unir sus fuerzas, tocarse y ser ambos tocados por su poseedor. De nada sirve el tenerlos separados... por muy del mismo que sean, deben estar unidos.

—Voy a volverme loca. ¿Y entonces, qué? ¿Qué hago? ¿Cómo consigo el otro?

—Enfrentándose y tocando a su oponente; tiene usted que quitarle la vida. Vida es concedida a través de vida.

—¿Y si aparte de conocerlo le aprecio?

El viejo meneó la cabeza y chasqueó los dedos.

—Pues dele el suyo, luego un beso y se va —ironizó.

—¿Qué se lo dé...?

—De lo contrario, él se lo arrebatará.

—¿Y si ambos nos apreciáramos?

—Vivan cada uno sus mil añitos y mueran queriéndose mucho.

—¿Cómo dice...?

—O dénselos a otros para que se maten —sugirió.

—¿Se burla de mí?

—Ha empezado usted...

—Está bien —dijo a regañadientes—, ¿y qué debería hacer?

—Sí que está usted interesada, sí...

—¿Hay que acabar el juego, no? No me gusta dejar las cosas a medias, valga la redundancia. Da mala suerte.

—Como le he dicho, la energía de su contrario y la de su Bastón son una sola cosa. Si quiere usted arrebatarse el poder de su Bastón, deberá robarle la fuerza también a él y no dudar; las dos van juntas; ambas son lo mismo. Una vez más volvemos a la dualidad.

—¿Y cómo hago para tocarle?

—No es solo tocarle, debe agarrarle fuerte y apretarle hasta sacarle la vida. Si no lo hace usted con él, lo hará él y solo la salvará gritar su nombre. Es la compensación.

—No puedo creerlo. Esto es una fábula.

—Yo le digo lo que sé... Si no quiere usted saber, pues no pregunte... Es posible que ni su rival lo sepa.

—Es que es de locos... ¿Y si él no sabe lo que me está contando?

—Mejor para usted. Pero no sueñe, lo sabrá. Las cosas no son tan fáciles; la ley equilibra y acabará sabiéndolo.

—Jamás sería capaz de hacer lo que me dice.

—Pues regáله el Bastón al otro, porque él no dudará en hacerlo con usted. —Emitió un silbido y añadió—: La suerte que tendría su adversario no tiene precio. Gracias a Dios que no tiene usted el Bastón...

—¿Tan seguro está de que él lo haría?

—Del todo...

—¿Y si fuera, como le he dicho, un conocido?

—Mejor. Ya saben sus nombres y que gane el bueno... Por cierto, aún no le hemos puesto nombre.

—Pongamos que Teth, como el de la leyenda. Es solo una propuesta, claro. ¿Le sirve?

—Incluso me parece bueno. Le dará realismo al juego, porque según Eleazar, nuestro socio Maimónides le hizo un envío desde París; una carta en la que le decía que un sujeto llamado Teth acudió a su consulta. Si recuerdo eso es porque... En fin, ya se lo conté, ¿recuerda?

—¿Por qué? —Preguntó, sabiendo ya la respuesta.

—Porque nunca conocí a nadie que llevara el nombre de una letra de nuestro alfabeto; el judío, por supuesto... Y hasta creo que no es casual. Quien le llamó así, seguro que tenía una buena razón. Es la letra de la leyenda.

A Milly no le cabían los ojos en las cuencas. Había ido allí para conocer detalles del dossier y saber qué tenía de extraño, y asombrosamente se unían nombre y leyenda.

—Algo oí de eso. Y no es el primero que me lo dice.

—Y lo repito. La Teth es una letra. Simboliza al bien y al mal. Ya lo ve, de la dualidad no salimos. Sé que soy pesado y machacón y que el tema cansa un poco, pero...

—¿Al bien y al mal, dice...? Eso no lo oí...

—Al bien oculto... —concretó—. La leyenda se llama así porque ¿qué bien puede ser más apreciado que la vida misma o el poder absoluto? Es como equipararse a Dios... ¿Y quién según las escrituras quería ser igual que Dios?

—El diablo.

—¡Exacto! ¿Y cuál es su nombre?

—No quiero ni pensarlo.

—Tiene muchos nombres, pero es conocido por Baal.

—Entonces, Baal es...

—Sí... —dijo. Y acabó por ella:

—El Señor De Los Días. En lo que se convertirá quien obtenga los dos Bastones. ¿Diga, hija, no ve usted que el Señor De Los Días parece una réplica de El Señor De La Vida? La vida eterna, claro... Vamos, el espejo de Dios.

—Es usted increíble...

—Es posible, pero no me haga caso, porque hay gente detractora en todas partes. Esto solo son especulaciones más; partes de la leyenda. Yo las deduzco, sí, pero nunca han sido contrastadas.

Sin embargo piensa que todo esto es...

—Sí, pero no lo aseguro. También es posible que esté equivocado y el que gane la lid viva feliz para siempre... Aunque en mi humilde opinión eso no debería llamarse vivir, pues la palabra vivir implica a su vez morir... Más bien lo llamaría: *ser*.

Milly pensó que el viejo no iba del todo errado; eso sí es que no tenía razón. Se le pasó por la cabeza preguntarle por los análisis que Maimónides envió a Eleazar, pero no quería que notara su excesivo interés. No obstante no podía dejar pasar la oportunidad, pues nadie mejor que él para informarla de un tema tan puntiagudo.

Restándole importancia y como si fuese una pregunta más, sacó el tema a pasear.

—Algo dijo antes, que despertó mi curiosidad...

—¿Solo «algo»? —bromeó el viejo. Ella le rió la gracia y aprovechó para especificar qué.

—¿Por qué dijo que Maimónides hablaba de Teth en la carta que envió? Es como poco, curioso. ¿No le parece?

—Maimónides le hizo una exploración mental.

—¿Una exploración?

—Mental, sí. Pero por desgracia no pudo acabarla. Es por todos sabido que fue asesinado.

—¿Curioso! ¿Y cree que los análisis están relacionados con su muerte?

—Al parecer, y siempre según Maimónides, se trataba de un caso de ocupación. Puede que sí...

—¿De ocupación? ¿A qué se refiere?

—¿Recuerda a Salomón y sus demonios?

—¿Quiere usted decir que algo o alguien se metió en su cuerpo?

—Más bien en su mente. Transmigración mental.

—Y suponiendo que así sea, ¿quién cree usted que...?

—Eso es lo que no le dio tiempo a averiguar.

—Esto es de locos.

—Es posible, no lo sé. Lo que sí sé es que a ese Teth se le había colado algo dentro... Maimónides no jugaba con estas cosas. Es posible que se trate de un demonio o más; a veces, recuerde a Salomón, puede ser un tropel. Debido a esa posibilidad, le he dicho que si fuese él su contrario, no es necesariamente su nombre el que debería gritar, si no el de quién le ocupa. Eso, huelga decirlo, le daría a él ventaja, ya que no tiene por qué conocer el de usted si la ha agarrado primero. En definitiva, que si fuese su rival, mal lo tendría, hija... hay nombres de demonios para dar y tomar; podría quedarse sin saliva y no dar con él.

—Veo que no apostaría una mierda por mí...

—Con esa sospecha bajo el brazo, qué quiere... Pero si no le importa, prefiero ser optimista y pensar que no son una retahíla de demonios los que tendrá en frente, sino a alguien más de este mundo. Si no fuese así, yo que usted no iría... —Rio y añadió—: Gracias al cielo solo estamos especulando. Visto desde lejos, hasta parece divertido.

Las advertencias del anciano trajeron a su mente cada libro que tenía, sin saber por qué, en las estanterías de su biblioteca. Ella los achacaba a una herencia, pero nunca supo con certeza su procedencia... culpaba al tiempo, que todo lo tapa tarde o temprano; estaba convencida de que si en menos de medio siglo, cualquier persona enterraba en algún lugar de su memoria una parte de sus vivencias, la posibilidad de ocultar recuerdos se acentuaba notablemente en alguien que, como ella, había vivido tanto.

La mención de Salomón por parte del viejo, abrió sin remedio fuentes secas perdidas en su inconsciente, sobre todo de la que anegaba partes de un pasado que él apenas recordaba pero que comenzó a emerger hacia la superficie con cada palabra que salía de su boca. Jamás hasta ese momento le había dado importancia a ese vacío; un pozo oscuro en su mente, que ahora, como si quisiera avisarla de algo que no acertaba ni a vislumbrar, iba acaparando a pasos de gigante sus pensamientos.

Sin saber por qué, uno de los libros comenzó a rondar por su cabeza; un libro que inquietaba con solo mirarlo... Sus tapas eran negras y las letras de su título rojas como la sangre. Su nombre: PALINGENESIA, se le clavó como saeta envenenada y la hizo palidecer. El anciano lo notó.

Si se trataba de lidiar con un mago, pensó, que tenía a sus órdenes un ejército de demonios, la cosa se ponía fea para ella. Estar en posesión de ese libro, le parecía menos casual después de oír al anciano; incluso le parecía que el haberlo heredado obedecía a algún plan... Además estaba la parte emocional, pues por nada del mundo deseaba ser la rival de Teth. Sabía que de algún modo eran estirpe.

Todas esas inquietudes se arremolinaban en su cabeza cuando la voz del anciano la devolvió a la realidad.

—Se ha quedado usted traspuesta, veo.

—¿Y cómo quiere que se quede alguien que tiene que lidiar con medio infierno? Tengo todo por perder y nada por ganar...

—Gracias a Dios que solo es ficción.

Milly fue a replicar, pero se retractó. El viejo sonrió.

—Tranquílcese, hija. Solo estamos divagando. Se ha metido usted de lleno en la leyenda y la está afectando.

—Es curiosidad. Oiga, ¿qué ha dicho de la posibilidad de que en vez de demonios, sea alguien...?

El viejo terminó por ella:

—¿Más de este mundo...?

—Eso.

—Esto sería algo así como rizar el rizo. Significa que, alguien, mediante magia, se hubiera instalado en su rival.

—¿Alguien como quien...?

—Qué sé yo... alguien vivo... alguien muerto...

—¿Y qué debería hacer en ese caso?

—¿Y si lo suponemos? —preguntó, divertido.

—Supongámoslo —aceptó ella forzando una sonrisa.

Bien —comenzó el anciano—. Supongamos que el tal Teth tiene el otro Bastón. Estáis en un

lugar solitario, eso no lo digo yo, debe ser así. Y lleváis el Bastón...

—¿Es obligatorio llevarlo encima?

—Obvio. Uno de los dos se apropiará del otro... Solo puede vivir uno, recuérdelo.

—Sí, sí, entiendo... continúe.

—Ninguno sabe el nombre del otro; de no así, la cosa cambia. El tal Teth está poseído y estaréis frente a frente. Si él la conociese, déjese coger o estará perdida.

—¿Y eso por qué...?

—Porque si es más rápida, será él quien deba gritar su nombre. Y si lo sabe, la cosa está clara. De todos modos, él es más fuerte y lo lógico es que la enganche primero.

—Está bien, me coge la mano. ¿Y luego?

—Él presionará su muñeca izquierda. La clave está en apresar la muñeca hasta absorber la vida. A usted solo la salvaría saber el nombre, repito... Como ve, hay compensación: sabiduría contra fuerza bruta. Dualidad, al fin.

Milly arrugó el cejo mientras preguntaba, curiosa:

—¿Por qué la izquierda? ...¿Y por qué la muñeca?

—Porque es el brazo del corazón. La energía, o sea la vida del perdedor será absorbida por el vencedor a través de ese brazo. No es necesario recordarle, creo, que de allí solo saldrá un ganador... Sepa que no debe ablandarse ni hacerle concesiones... si no es él quien muere, será usted. Si no lo va a hacer como debe, ni lo intente.

—¿Y si él...? ¿Y si pensara como yo?

—Si no está segura de seguir las reglas, no vaya... Ya hemos hablado de que de un modo u otro, la persona que tendrá frente a usted, no es quien cree. Ni aun siendo su padre la dejaría viva. Convéngase de que no conoce a esa persona; cuanto antes lo haga, mejor...

—Es deprimente.

—Y no olvide que existe la probabilidad de que esté apoyado por uno o varios demonios, o en su defecto, por algún mago, vivo o muerto... Vamos que en su adversario cabe medio ultramundo.

—O algún trotamundos...

—¿Tiene usted algún amuleto?

—¿Por qué lo pregunta?

—Si lo tiene llévelo. Cualquier objeto que le dé fuerza o confianza puede valer, pero lleve algo.

—Oyéndole, parece que todo está a favor del otro...

—No lo crea. De un modo u otro, la naturaleza se las arregla para equilibrar la balanza. Todo va de dos en dos; la dualidad, recuerda, y es compensado de una manera u otra. Él más fuerte apresará. Saber su nombre, resarcirá.

—Usted y sus dualidades... —se quejó, molesta por la insistencia del viejo sobre ese punto—. Es cansino.

—Qué se le va a hacer, y qué culpa tengo yo de que la ley sea esa: dos ojos, dos orejas, dos...

—Pero un solo corazón —le cortó Milly.

—De dos ventrículos... —Puntualizó con dos dedos... Resumiendo, hija, averigüe su identidad, esa es su mejor arma si la engancha primero... Y un consejo más: en ese momento estaréis ambos en mitad de todo y en medio de nada; la vida flotará alrededor pero la muerte también... No estaréis más vivos que muertos; al contrario, estaréis en ambos lados.

—La dualidad, verdad —ironizó Milly.

—Veo que lo recuerda —ironizó a su vez el viejo.

Hablaron hasta entrada la tarde. Milly, inquieta por la sombra negra que planeaba sobre su

futuro, temía ser un cebo fácil, especialmente si su rival era Teth, pues ella, al contrario que él, fuese quien fuese, tenía sentimientos.

Pensó en la posibilidad de no acudir a esa cita con el destino, pues hasta ese día no había necesitado el Bastón para vivir, pero la ansiedad que le producía no controlar eso, pues desconocía la causa y podía acabar en cualquier momento, la empujaba a seguir adelante.

La vida y la muerte fueron el tema central de la charla y los consejos del anciano iban uno tras otro implantándose en su cerebro como semillas de vida.

El viejo repitió hasta el hartazgo que quien que ya ha sobrepasado su ciclo vital natural está en realidad muerto aunque no lo sepa, y se extendió en explicaciones acerca de la fina capa que separa ambos estados. Ella preguntaba sin parar y él parecía tener todas las respuestas, pero sin dejar de aconsejarla, le pedía una y otra vez que dudara e improvisara, pues si se podía extraer una moraleja acerca de esa leyenda, era, y a la vista estaba pues rompía todas las reglas naturales, que dos y dos podían no ser cuatro... Insistió en que no se durmiera en los laureles ni regalara nada a su contrario, pues este no tendría ese detalle para con ella y no se cansó de repetir que salvaguardara como oro en paño su vida, asegurándole que si él la apresaba, y sin duda lo haría, su salvación estaba en el nombre.

Eso la inquietaba y enervaba a la vez, pues era como si la vida que perseguía le exigiera sacrificar una víctima; el precio de la vida era una muerte y para vivir había que matar. Tanta ironía le daba miedo, especialmente cuando tenía que disputarle el Bastón a alguien a quien se había ocupado siempre de proteger. Si al menos esa pelea fuera contra el tirano a quien había robado el Bastón. A la vez se preguntó si este conocería las claves de la leyenda que estaba aprendiendo del viejo. De ser que no, el reto final habría tenido consecuencias nefastas para él. ¿Y Teth?

La voz del viejo la sacó de sus pensamientos.

—Y apréndase los nombres de los setenta y dos...

—¿Cómo...?

Se puso en pie dando por finalizada la conversación:

—Me refiero a los demonios que avasalló Salomón. La clave podría estar en uno de ellos... Cuando el adversario apriete su mano, dará cualquier cosa por saber su maldito nombre, créame.

—Ah, claro... la mano. —Lo dijo en tono burlón. No sabía por qué, si por apaciguar su nerviosismo o porque realmente lo consideraba ridículo—. Había olvidado eso. Hasta la leyenda tiene sus caprichos —añadió—. ...¿Y no podía ser como una lid cualquiera, con espadas, arcos y flechas? No, no —se contestó a sí misma—. Artesanal...

—Veo que no lo ha entendido.

—¿Y qué demonios hay que entender?

—El que sea con las manos no es un capricho. Tenga en cuenta que esta leyenda nació en el desierto. ¿Ha oído hablar de la imposición de manos...? Bien, como veo que no, le daré un pequeño avance: En aquellos tiempos, los hebreos acostumbraban a traspasarse el poder imponiéndose las manos. ¿Qué similitud hay con ello en la lid de la leyenda? Pues que los poderes de uno de los dos deben pasar al otro, y lo harán de ese modo; la leyenda no es de ayer, es de su tiempo y obedece a él...

—Pensé que era algo así como un antojo. ¿Seguro que es por eso? Parece obedecer a la fantasía de quién la ideó.

¿Ha leído la biblia? —preguntó por respuesta.

—Algo he leído, sí...

—Algo es poco. Especialmente, cuando se lee, debe el lector situarse en lugar y tiempo en los

cuales transcurre y se escribe esa historia. Es el único modo de entenderla de la manera correcta; de entender sus tradiciones, modo de vida, supersticiones, creencias... Todo tiene un porqué.

—¿Quiere decir que en ese tiempo, las manos eran...

—En efecto —la cortó—, eran. Y hasta tal punto que ni se imagina. En los tiempos bíblicos era muy corriente lo que convendremos en llamar: *imposición de manos*. Y para que lo entienda mejor, le pondré un ejemplo: antes de abandonar el desierto, es decir cuando se supone que se forjó la leyenda, esta práctica era tan común, que todo el mundo la aceptada como parte de la ley. Era la manera legal ante el pueblo, de traspasar el poder de una persona a otra, con el beneplácito de su Dios; mediante el método de la imposición de manos, la autoridad de un líder pasa a otro directamente y sin objeciones de ningún tipo ni de nadie. De ese modo, el patriarca Moisés; el de la Vara, le transfirió el poder al sucesor en la línea de mando: Josué. Incluso los pecados del pueblo fueron transferidos a través de la imposición de manos, a un macho cabrío; Aarón así lo hizo como ordenanza de Jehová. Lo que quiero que se meta en la sesera es que el poder del Bastón del vencido, deberá ser transferido al ganador o líder, como manda la tradición: mediante imposición de manos... La leyenda es así y punto. Cosas más insólitas se han visto.

—Es verosímil, lo reconozco —admitió Milly—, pero cuesta aceptarlo. No sé, no sé... Todo me parece extraño, increíble... He oído cuentos que no son tan fantasiosos.

—¿Extraño es, para qué negarlo. Pero si nos dejamos llevar por eso, más extrañas son algunas tesis que nadie pone nunca en duda y están ahí, sentando cátedra.

—No entiendo. ¿A qué se refiere?

—Por ejemplo, todos los ejércitos del mundo van a la guerra en nombre de su país, matan en nombre de Dios y creen que se ganan con ello el cielo. Si matasen bajo otro principio, se ganarían el fuego eterno, pero no así... ¿Me explica dónde está el fallo de esta mezquindad que nadie rebate? Pues aunque no se lo crea, ahí tiene la prueba de otra dualidad: las dos caras de la divinidad, inventadas y aplicadas bajo normas similares y tan «porque yo lo digo» como las de la leyenda del Bastón... Y la cosa, qué quiere que le diga, se contradice sola si añadimos que, digan lo que digan, nadie ha visto a ese Dios... Como puede ver, la historia que nos cuentan desde la más tierna infancia, no tiene desperdicio y se come toda; desde el hocico hasta el rabo y sin hacer ascos.

—Sabe usted muchas cosas, tengo que reconocerlo.

—¿Cree usted en la hipnosis? —preguntó el anciano, por sorpresa.

—Creo que después de conocerle y escucharle, creeré lo que me cuenten —rió—. Y luego, siguiendo sus sabios principios, lo pondré también en duda.

—¿Eso quiere decir que confía en mí y viceversa?

—Podría decir que sí. Por ahora, más lo primero, pero sí.

—¿Y sería capaz de cerrar los ojos y dejarse guiar?

Milly no disimuló su sorpresa.

—¿Pero es que habla en serio?

El viejo hizo una mueca y encogió los hombros.

—Alégrese, mujer —exclamó—. Le va a salir gratis.

Milly resopló, no ocultando su escepticismo.

—¿Está seguro de que no me ocurrirá nada? Usted...

—¿Recuerda que estudié a los pies de Eleazar?

—Sí, sí... siempre lo tiene en la lengua. Pero...

—Pues eso. Ande, serénese y cierre los ojitos.

Cuando llevaba unos minutos con los ojos cerrados, el calor de la mano del viejo sobre su

frente provocó en ella un suave escalofrío, pero enseguida comenzó a serenarse.

—¿Dónde nació? —preguntó él para entrar en vereda.

—Milly arrugó la frente y dudó. El anciano sabía que no le engañaba; por alguna razón esa mujer tenía lagunas en sus recuerdos. Algo sucedió en su vida, posiblemente en su niñez o adolescencia y necesariamente trágico, que bloqueó de algún modo su mente no consciente y creado una coraza tras la que se ocultaba de sus fantasmas. A esa conclusión llegó, observando su gesto de sorpresa por no encontrar un lugar concreto dónde ubicar su origen.

Pensó que no era buen momento para abrir el melón; ese caso requería un proceso lento y con mucho tiento.

Tocó su frente y la trajo de regreso al jardín. Luego se puso en pie y caminó hacia el edificio.

Millý abrió los ojos y, aún aletargada, le preguntó:

—¿Ya está...? ¿A dónde va?

Contestó sin dejar de caminar.

—Ahora vuelvo.

—¿Y no me dice nada de mí...?

—Era una prueba —mintió—. Espere un momento.

Poco después estaba allí de nuevo. Traía un sobre y se lo dio sin preámbulos. Un lacre bermellón aseguraba el cierre.

—Ábralo cuando yo no esté, se lo suplico... —Lo dijo y comenzó a alejarse, esta vez para no regresar.

Milly puso cara de idiota. No sabía cómo reaccionar.

—¡Y recuerde lo del nombre! —añadió el anciano sin volverse. Es importante, y sin duda la parte que le tocará.

—Gracias. Era solo una recreación de la leyenda —rió Milly agitando la mano a modo de despedido—. Pero estoy agradecida de todos modos por sus consejos.

El viejo se había alejado unos metros, pero se volvió al oírla, agitó el índice y exclamó:

—¡No olvide lo que le he dicho! ¡Lo necesitará!

—Me ha dicho muchas cosas... ¿Por qué lo necesitaré?

—¡Porque no hay sitio para dos...!

—¿Cómo dice? —exclamó Milly, sin poder ocultar su sorpresa y pensando que el viejo era más astuto de lo que aparentaba.

—¡Suerte! —fue la respuesta—. ¡Va a necesitarla!

—¿Por qué...?

El viejo dio media vuelta y caminó hasta ella, apoyó la mano en su hombro, la miró a los ojos y, casi susurrando, dijo:

—Porque conozco la leyenda de Teth desde hace años y leído y releído en su totalidad decenas de veces...

—¿Y...?

—Que ni por asomo menciona nada sobre una posible Señora De Los Días. No olvide lo que le he dicho...

—Me ha dicho tantas cosas...

—No olvide que para hacer crecer su vida tendrá que sembrar muerte. Ambos Bastones solo sirven para un fin: sostenerse.

LXVIII

DOS HOMBRES Y UNA MUJER

El despacho estaba situado en una callejuela céntrica no lejos del muro de los lamentos. Teth no tuvo ninguna dificultad en dar con él. Al contrario que en París, nadie acudió a recibirle; la puerta estaba entreabierta invitando a entrar..., incluso explorar su interior. La iluminación y el mobiliario eran tan escasos la una como el otro; un par de cirios eran su única luz, apoyados en una mesita que servía de apoyo al diván de terapia. Las cortinas estaban echadas y apenas dejaban entrever un recanto iluminado en el diván, sin embargo la paz podía tocarse.

Tantos años deambulando por el vasto mundo no habían conseguido que fuera feliz, pues lo único en el ídem, con capacidad para tal logro, fue y seguía siendo hacerse con los dos Bastones. Todo lo demás era ilusión baldía; como poseer la mitad de todo y una parte de nada; la mitad del sol... un eclipse.

Sin embargo, algo sí habían logrado y lo habían hecho a la perfección... que se olvidara de la muerte. Al menos a corto y medio plazo. Quizá fuese esa la razón de que al pensar en ella, aunque tan solo fuese un pensamiento sin trascendencia o tan fugaz como una buena idea, rilara.

El pánico se apoderaba de él de pies a cabeza, solo con pensar que tras haber vivido como nadie y prácticamente rozar la eternidad, todo se le había vuelto en contra de tal modo y hasta tal punto, que estaba contando los días y las horas, como si fueran siglos o años. Y eso era para él tan paralizante como la muerte; una muerte que se había ganado a pulso por amor y a la que empezaba a sentir ya como si le pellizcara el culo.

Mientras caminaba no dejaba de lamentarse; rumiaba entre dientes, auto convenciéndose de que la vida no era con él lo justa que debía ser. Aunque dado lo acontecido, pensó, tampoco demasiado cruel, pues poner al pelirrojo a su disposición era una señal de que le daba oportunidad de enmendar su error.

Apretó los puños con fuerza y resopló mientras por su cabeza desfilaban los recuerdos de aquella noche. Si todo hubiese ido como debía, otro gallo le cantarían y estaría a un paso de hacerse con el segundo Bastón y a las puertas de la eternidad. Aun así, se contentó pensando que debía dar gracias al cielo, pues volvía a tener uno a su alcance. Era volver empezar, pero considerando que la alternativa implicaba irse de cabeza al infierno, calmaba los nervios.

Su cabeza era un torbellino de miedos y esperanzas a partes iguales; una sensación agrídulce le recorría de pies a nuca, cosquilleándole la rabadilla, picando y rascando a la vez; por un lado se sentía pletórico, por otro, decaído... pues por mucho que le quitara el Bastón al pelirrojo; algo que daba por hecho desde que le echó la vista encima, no tenía al toro bien cogido por los cuernos; más bien por el rabo, pues debía lidiar con la mujer que más quería.

En ese estado de tensión, recordó su niñez. Que desde entonces no lloraba. Que su adolescencia estuvo marcada por una servidumbre sexual que quizá no había sabido ni canalizar

ni aprovechar para sus fines, pues visto lo visto, no había aprendido más que a dejarse engatusar por unos ojos verdes y a demostrar con evidencias que de amor sí que se puede morir.

Entre reflexiones y pataletas, se plantó ante el muro y apuntilló sus lamentos; era lo más aconsejable que podía hacer si quería ponerle punto y final a tantos lloriqueos y pasar a la acción para corregir los desaciertos que habían puesto su vida patas arriba. Acarició una de sus piedras a modo de despedida, jurándose a sí mismo que nunca más se vería en una situación igual.

Alejándose del muro sintió un ramalazo mitad placer y mitad desconcierto. ¿Cómo podía ser que sus súplicas y deseos se materializaran tan rápido? —Se lo preguntó sin dejar de caminar y camuflándose entre los fieles, a la vez que seguía los pasos de una mujer que caminaba decidida y tomaba una de las callejuelas. La suerte le sonreía solo a medias pues no llevaba el Bastón, pero pedir más era de poco agradecido, pensó, y poco menos que pedir peras al olmo. Sabía dónde se alojaba el pelirrojo, y aunque tratar de seguirle no hubiese sido un éxito, pues había perdido su rastro entre la multitud que se arremolinaba cerca del muro, sus posaderas acabarían en el mismo antro de mala muerte y fuente de sus desgracias; allí le despojaría de su sacrosanta carga, y a vivir. Del que la mujer le arrebató y se juraba a cada paso que recobraría, se ocuparía después. Aunque si pudiese elegir, se lo quitaría a ella y lidiaría con él, pues sin ella, la vida se le haría el doble de eterna.

Ese mismo día, pasado el mediodía, Milly esperó a que el anciano desapareciera de su vista; en cuanto lo hizo, sus dedos, temblorosos, arrancaron el laque del sobre.

Intrigada, abrió la carta y se desconcertó. Contenía un breve texto que, más que aclararle cualquier duda acerca de la conversación mantenida, abría nuevas vetas donde escarbar. Decidió ir. El texto era conciso, claro y atraía:

Estaría encantado de explorar, si usted me lo permitiese, su mente. Pero no en un jardín sino en una tumbona. Pienso que necesita un examen; un reconocimiento que la devuelva a sus raíces; raíces que están tan alejadas de usted como su presente de los recuerdos que marcaron y guiaron su vida. Si está interesada, la espero esta tarde en mi despacho, sito en una estrecha calle sin salida y sin nombre, en los aledaños del muro. Golpee el aldabón de la puerta roja. Shalom.

La propuesta era todo lo enigmática que podía ser, sin embargo no fue lo que más la desorientó; lo que la ofuscó de verdad fue la firma que había estampada al pie:

Eleazar bar Juda

Divisó un pequeño y oscuro callejón en el que parecía no haber entrado jamás un rayo de sol, que efectivamente no tenía nombre, no porque faltara sino porque no era en realidad una calle. La puerta roja se encontraba justo al final y era la única nota de color que destacaba allí.

Se disponía a ir hacia ella cuando se abrió.

Como si una voz interior la alertara, tiró cuanto tenía en las manos, se agachó para no ser descubierta, y con la respiración contenida se puso a recogerlo.

A pocos pasos de ella Teth se acercaba silbando y con las manos en los bolsillos. De repente, como si se hubiese olvidado algo, se frotó las sienes como si pensara y dio la vuelta, regresando a toda prisa.

Milly acabó de recoger y se escondió en un soportal.

En ese mismo instante, Carlos, que la había seguido hasta el callejón, se asomó con cautela para no ser visto y averiguar dónde se dirigía. Atónito, torció el gesto, pues no vio un alma en la

callejuela; era como si la penumbra de esa fría calle se la hubiese tragado. En apenas un abrir y cerrar de ojos, la puerta roja se abrió de nuevo dejando a la vista a Teth. No podía creer en tanta suerte junta. En ese momento, una familia, seguramente vecinos, entraba en la callejuela y rompía la calma entre alegres risotadas de niños jugando y adultos conversando. Ajenos a cuanto allí sucedía, le saludaron y caminaron sin prisa hasta uno de los portales que lindaban con la puerta roja.

Milly, agazapada en el zaguán, observaba atenta cada movimiento; cuando pasaron cerca del portal, también lo hizo Teth, quien al cruzarse con ellos, les saludó alzando la mano con la que sujetaba el Bastón. Dedujo que fue lo que provocó su vuelta y se preguntó qué demonios haría allí y por qué lo habría olvidado.

Pero Milly no era la única que se hacía preguntas.

Carlos no sabía qué hacer, la cosa estaba tan caliente que tenía en la misma calle a sus dos adversarios. Por un momento dudó qué paso dar; el pelirrojo llevaba la Vara en la mano y ni se imaginaba que él le vigilaba sin perder detalle, eso le daba todas las ventajas para quitárselo. Por otra parte, en algún rincón de aquel callejón siniestro se encontraba, también se preguntó por qué, una mujer que se había aprovechado de él y robado algo más importante que el corazón: el objeto que, con ella, lo hacía latir.

Tenía claro que no podía ocuparse de ambos a la vez y que debía decidir rápido por cuál se decantaba. Las calles estaban aún concurridas y podía ser peligroso formar una algarada que alertase a la policía; eso podía resultar en un arresto y en la más que segura confiscación del Bastón.

Por otra parte sentía curiosidad por saber cuál fue el motivo que llevó allí al pelirrojo. Cargándose de razones para no irse sin saber dónde se alojaba Milly, se mezcló entre el gentío y se desentendió de él; dejarle ir no era lo que se dice una idea brillante, se dijo, pero tampoco iba a ser difícil encontrarle. Prefería el de ella y lidiar con él.

En cuanto le perdió de vista, se dirigió decidido hacia la puerta roja, comprobó que tan solo estaba entornada y empujó la hoja de madera con cautela.

Milly, agazapada, no podía creerlo; tras devanarse los sesos llegó a la conclusión de que tantas coincidencias no eran posibles sin una razón que les diera sentido.

Se preguntó qué haría allí el fulano al que merecidamente robó la vida, pero la respuesta tardó más en llegar que él en salir. Corrió como si se le estuviese quemando el cocido y desapareció sin más.

Se acercó con precaución y empujó la hoja; ya dentro y pasado el recibidor, la lógica la condujo hasta una sala que estaba al final del pasillo, y única iluminada.

En el suelo yacía un hombre boca abajo; un hombre al que conocía bien. Junto a él había un libro abierto que a ella tampoco le era extraño: PALINGENESIA. A su lado un lote de legajos. Cogió todo y salió como si el diablo tirase de su culo. Para ella la muerte tampoco era una extraña... formaba parte desde siempre de la vida que la rodeaba.

A media tarde del día siguiente, el primer paciente fue a tocar el Aldabón y se encontró la puerta entreabierta. La policía no tardó en acudir al sitio. Nadie vio nada de lo que ocurrió, excepto uno de los vecinos. Su información fue tan escueta como clara:

—Dos hombres y una mujer —dijo—. Occidentales.

LXIX

LOS PÉTALOS DEL TIEMPO

Los titulares de la prensa diferían poco unos de otros:

«Profesor hallado muerto en su estudio, sigue los pasos de su socio y colaborador Maimónides Oz. Un testigo afirma haber visto merodear por los alrededores a dos hombres y una mujer, y asegura que los tres tenían marcados rasgos occidentales. Sin embargo, la policía todavía no ha averiguado sus paraderos, ni probado que estuviesen relacionados entre sí. La investigación continúa y se esperan resultados a corto plazo.

Eleazar bar Judas, la víctima, tenía prevista una conferencia de carácter internacional, hoy mismo. La conferencia había suscitado un gran interés y atraído a Jerusalem a multitud de estudiosos de la mente, augurando un éxito sin precedentes en este tipo de dictámenes. ¿Existirá relación entre el coloquio y el asesinato? ¿Era Eleazar un sabio molesto para alguien?»

Carlos no daba crédito a lo sucedido. Cuando tenía su destino de nuevo encauzado, la policía cerraba las salidas y calles principales, cercando la ciudad y dejándole solo e incomunicado en un caserón en ruinas. Lo sucedido en el despacho de Eleazar había trastocado las reglas de todo y no se atrevió a regresar con Efraím, pues estaba seguro de que le hubiera delatado. Eso le llevó a esconderse allí.

Pero con todo, eso no era lo más grave... lo peor de lo peor era que se le acababa el tiempo. Habían pasado dos días y, a veinticuatro horas mal contadas del tope que el Bastón otorgaba al perderlo, comenzaba a desfallecer. En ese antro abandonado no había agua, y si no salía de allí, tampoco podría comer. Pero arriesgarse a que le cogieran era con diferencia la peor de las soluciones, porque no le dejarían ni explicarse; le encerrarían y no tendría tiempo de hacerse al menos con un Bastón para ir tirando.

Todo se había vuelto de repente contra él. Todo daba el mismo y nefasto resultado; lo mirase como lo mirase y se preocupase lo que se preocupase, si no se hacía con un Bastón antes de que se pusiera el sol del siguiente día, las horas que le quedaban se podían contar sin dedos.

Decidió que no tenía otro remedio que ser audaz y se mentalizó de que debía jugárselo todo esa misma noche.

Pero las cosas se le complicaron aún más, si es que eso era posible, cuando uno de los muros que le daban cobijo acabó de desplomarse. Parte de la pared le cayó sobre las piernas desgarrándole un muslo y carne de la espinilla.

El grito fue tan desgarrador como la aparatosa herida que se dejaba ver entre el roto de sus pantalones.

No pasaron dos minutos y la casona estaba acordonada ya de curiosos. Tampoco tardó en aparecer el servicio del orden, que sin miramientos comenzó a desalojar a los mirones y a asegurar que nadie más saliera herido.

Uno de los vecinos de la finca colindante señaló con el brazo las ruinas y se dirigió al que parecía llevar la voz cantante:

—Deberían echarle un vistazo a la casa —le dijo.

El mandamás se puso la mano de visera y observó una espesa nube de polvo en el lugar del siniestro.

—Está oscureciendo. Ahí no se ve más que polvo.

—¿Y si hubiese alguien dentro? Juraría haber oído un grito.

—¿Un grito? ¿Cree que alguien sería tan estúpido de meterse en esa lobera? ¿Para qué? ¿Y por qué no se queja ahora?

El hombrecillo le escuchaba como si no supiese a qué pregunta debía contestar primero. Al final se decidió por la última.

—Quizá haya perdido el conocimiento. ¿Y si...?

El cabecilla, hastiado, refunfuñó como si quisiera dar carpetazo al asunto.

—¿Hay alguien ahí? —gritó por respuesta.

—¿Se encuentra bien? —exclamó a su vez el vecino.

—¿Ha oído algo...? —le preguntó el cabecilla, no sin sorna, poniéndose la mano en la oreja.

—Podría haberle ocurrido algo; incluso estar muerto.

—Si está muerto, puede esperar a mañana. No quiero arriesgar la vida de nadie para rescatar a un imbécil sin cerebro que se ha metido en ese agujero inmundo. Y sin ánimo de llamarle imbécil a usted, quítese de la cabeza lo que está pensando. Mañana revisaremos esas ruinas, pero no porque crea que hay alguien dentro, si no para poner seguridad en la zona. Quizá sea necesario destruir lo que queda en pie, para evitar accidentes futuros. Y ahora, si me lo permite, voy a reagrupar a mis hombres. Hasta que no amanezca, nada podemos hacer.

En pocos minutos la zona quedó nuevamente desierta y el silencio se adueñó de las ruinas.

Carlos, cansado y casi sin aliento, empezaba a ponerse nervioso. El segundo día tocaba a su fin y su futuro ya no era legible en el libro de la vida. Con los ojos encharcados en lágrimas y la convicción de que cualquier tiempo fue mejor, sintió que la nada empezaba a tirar de él.

Desanimado, cerró los ojos y comenzó mentalmente a deshojar la margarita del tiempo. Sus ojos estaban rojos y tan hinchados como las venas de su cuello, y su rostro se contraía más cada segundo adquiriendo un rictus mezcla de dolor y miedo; cada pétalo que arrancaba era un paso hacia el abismo. Arrancados unos cuantos, sus manos sin fuerza y cada vez menos firmes dejaron de obedecerle y, temblorosas a causa de la tensión que suponía para él que su margarita se quedara sin hojas, no acertaban ni a tocar la flor.

Miró al cielo y lo vio más oscuro; nunca lo había visto tan negro. Lo achacó a su estado de ánimo, pues si no lo remediaba sin perder tiempo, apenas se interponían unas horas entre él y esa penumbra.

Intentó ponerse en pie, pero sus piernas ya no tenían la agilidad ni la fuerza necesaria para impulsar su tronco. La sangre se le escapaba por las heridas y sus esperanzas por los poros. El miedo fue apoderándose de él hasta que le dejó abatido y semiinconsciente, notando que sus pies iban dejando poco a poco de pesarle; en realidad todo él dejaba de pesar.

Con la rara sensación de que sus pies ya no tocaban el suelo, apoyó la espalda en la pared y comenzó a recitar el poema que le habían inspirado las mujeres de su vida:

*No son los ojos que os miran,
Son los ojos que os ven...*

Su mente hizo que los ojos de Mel se fundieran poco a poco con los de Milly. Luego, el verde esmeralda empezó a transformarse en negro y a extenderse por todas partes.

LXX

LA OTRA ORILLA

Ashir tocó con los nudillos y esperó a que la puerta se abriera. No tardó en hacerlo; el rostro de Teth asomó por la ranura, y cuando comprobó que estaba solo, le invitó a entrar.

—Supongo que no sabrá nada acerca del asesinato del profesor —dijo el muchacho, sin precalentamiento.

—¿Cómo...? ¿Qué dices? Estaba dormido y...

—Yo no digo nada. Lo dice la prensa.

—¿La prensa? ¿Acaso sabes leer?

—Algo. De pequeño estudiaba la Torah. Pero poco...

—¿Pero sabes leer bien, o no?

—No. Pero para estas cosas no hace falta. Lo dice todo el mundo... En realidad no se habla de otra cosa.

—Pues déjate de rodeos y explícate.

—Lo que quiero decirle es que está usted metido en el meollo.

—¿Que estoy metido en...?

—Hasta el cuello —le cortó ashir tocándose la nuez... He venido para ayudarle.

—Cómo qué... ¿Para ayudarme a qué...?

—Yo le creo, esté seguro. Pero ellos...

—Pero bueno, ¿tanto te cuesta decirme que ocurre...? ¿Ellos, quienes son?

—Todo el mundo. Pero especialmente la policía. Han matado al profesor Eleazar y es usted sospechoso... No es el único, pero está implicado hasta el cuello. Se dice que hay tres occidentales en la lista, y uno de ellos es usted.

—¿Y por qué piensas que soy uno de los tres?

—Uno de los vecinos de cierto callejón... —dijo con sorna— asegura haber visto a un pelirrojo entre ellos. La mujer y el otro tipo, casualidad o no, pasaron una noche aquí. A la policía no le gusta estrujarse la cabeza. Cuando estén al corriente de que se han alojado aquí los tres...

—¿Y cómo estás tan seguro de que eran los mismos?

Porque da la casualidad de que vi y hablé con ambos. Sé cómo iban vestidos y también la descripción que dan de ellos los testigos... Ya le he dicho que en Jerusalem no se habla de otra cosa. Es usted famoso, *pelo de fuego*. Las cosas están que arden... Por cierto, ¿le gusta su apodo?

—¿Y tú qué piensas? ¿No creerás que yo...?

Ashir le propinó una palmadita en el hombro y negó con la cabeza.

—Yo ni pienso ni creo. Yo propongo. Si confía en mí, le meto en un barco y a otra cosa. Una vez que esté en la otra orilla, será de nuevo el dueño de su destino.

—Palabra de Ashir, ¿no?

—No. Palabras de mi abuelo.

—Faltaría más... Aunque quiero dejarte claro que no tengo nada que ver, gracias por

anticipado.

—Pero ese anticipo es irrisorio, señor. Pensaba que se aflojaría usted el bolsillo...

—Está bien. —Resopló—. ¿Cuánto?

—No quiero asustarle, señor... pero arriesgo lo mío.

—Solo te pagaré cuando esté en el barco. ¿Seguro que me sacarás de esta mierda?

—¡Palabra de Ashir!

LXXI

CARAVANA DE SUEÑOS

La caravana avanzaba con dificultad por una ruta del desierto de Judea; una ruta más tan árida, seca, pedregosa y asfijante como las demás. Pero eso no suponía para los beduinos comerciantes que la recorrían ningún problema; para quien sí suponía una tortura era para Milly.

Desde hacía tres días, viajaba con ellos rumbo a donde fuera, y la dura marcha diurna se le estaba haciendo muy larga y pesada. Las noches en cambio eran un himno a la belleza y a la vida; algo inimaginable... un cielo nuevo.

Durante las horas de descanso y antes de entregarse al sueño, contemplaba ensimismada un firmamento repleto de luz que, como un manto de brasas ardientes, acercaba tanto las estrellas a los ojos y a los sentidos, que parecían estar al alcance de la mano.

Milly pensaba a menudo en lo ocurrido a Eleazar y se preguntaba qué y por qué lo mataron. Incluso rebuscó en los legajos que encontró junto a su cuerpo sin vida y que se llevó, intuyendo que no estaban allí por casualidad. Y tampoco dejaba de hacerse una pregunta que la carcomía sin piedad; se la planteaba a todas horas: ¿por qué razón Eleazar no se identificó en el jardín? ¿Qué vio en ella ese hombre, como para hacerse pasar por un simple alumno? Preguntas de difícil respuesta dadas las circunstancias...

El simple hecho de que todos esos legajos se hallaran desperdigados a su lado, podía significar dos cosas, pensó; una, que no había muerto en el acto y las tiró a propósito como pista del porqué le mataban; cosa nada probable, al tratarse de un estrangulamiento. Y otra, que ocurrió sin más durante un posible forcejeo, con lo cual de poco iba a servirle haberlas cogido; más bien agravaría el asunto y la comprometería hasta el cuello si la apresaban.

La muerte del maestro supuso para ella un problema añadido, pues a la caída de la tarde del día siguiente, toda la ciudad se había convertido en una trampa para tres, lo que la obligó a improvisar, y sin perder tiempo abandonó la ciudad a pie y con indumentaria tradicional del lugar. Ni siquiera se había llevado su arcón, lo que la convertía de facto en sospechosa, especialmente abandonándolo en un hostel propiedad del muerto.

Huyó sin rumbo aquella tarde y durante la noche. Sin fuerzas y abatida, ya al alba y pensando que había puesto suficiente distancia entre el peligro y ella, se derrumbó y permaneció inconsciente hasta ser auxiliada por pastores del desierto que, sin hacer preguntas, hicieron gala de su conocida hospitalidad y se encargaron de reanimarla. Ni las gracias pudo darles Milly, por no entender su lengua; solo les ofreció su mejor sonrisa y se desvivió por que la entendieran a

base de gestos añados que rozaban como poco el ridículo, pero que les entretenían como a niños a la vez que les hacía reír con frenesí, aunque fuese de ella.

Tan solo un día permaneció a su cuidado; pasada una noche y restablecida, se unió a petición de los pastores, a una caravana de beduinos que la custodiaba, hospedaba y trataba como a una más de la tribu.

Uno de esos moradores del desierto se defendía con el francés y, cada atardecer, a la luz del crepúsculo, hablaba con ella acerca de sus costumbres, gustos y tradiciones... Ella se dejaba enseñar, entusiasmada con su cultura, y no dejaba de intercambiar historias y leyendas alrededor del fuego; una de las más arraigadas tradiciones de las tribus nómadas, y que a ella la encandilaba y recordaba al sabio Eleazar. La sensación de soledad desaparecía cada noche, y cada noche, admirando el cielo estrellado, se sentía a la vez más pequeña que nunca. Ante esa grandeza sin igual, las preguntas se amontonaban en su cabeza. Había leído los papeles de Eleazar, y no solo no ponían luz al asunto, sino que lo enturbiaban más. Los estudios del maestro en materias como la palingenesis, para ella tabú, hablaban y formulaban preguntas sobre la transmigración de almas a cuerpos ajenos; algo que a ella le ponía el vello de punta. También ahondaban sobre la atracción de polos opuestos pero iguales, y las consecuencias de unirlos en un mismo campo de acción, poniendo como comparación, no sabía por qué, a los gemelos.

Y si esos estudios hubieran sido los causantes indirectos de su muerte, la cosa se complicaba y las preguntas se multiplicaban: ¿a quién molestaban sus descubrimientos? ¿Y los de Maimónides? La relación entre ambos era cada vez más estrecha y evidente, de eso estaba convencida. Y la mejor de todas: ¿qué relación había entre las pesquisas de ambos sobre la mente, con la palingenesis?

Tantas dudas le producían temor y confusión a partes iguales, especialmente una que merodeaba por su cabeza desde su tertulia con Eleazar: ¿qué vio en ella el maestro como para proponerle la visita? ¿Estaría relacionado con todo lo demás? ¿Por qué querría escarbar en ella?

La quietud nocturna del desierto y el campo de luces que se extendía sobre su cabeza eran lugar y motivación para iluminar las mentes, pero ella solo veía sombras.

Y esas sombras se hacían más extensas cada vez que se hacía la ya casi eterna pregunta: ¿por qué poderosa razón llevaba tantos años bandeando por el mundo, si no había tenido Bastón que la sostuviese?

Una vez más se lo preguntó al cielo, a las constelaciones, a cada estrella y al mismo Dios. Pero la respuesta fue la misma que las anteriores: un silencio absoluto. Dando vueltas en su cabeza todas esas preguntas, se entregó a las sombras, como siempre, abrazada a su Bastón, del que no se separaba por ningún motivo y llevaba envuelto en tela vieja para no llamar la atención, y fijado con anchas tiras de cuero que le permitían llevarlo colgado como un arco.

A la mañana siguiente, Zaida, una de las mujeres de la tribu, la despertó antes de que saliera el sol y emprendieron, como cada amanecer, la ruta del vacío.

La caravana atravesaba el desierto de Neguev, cargada de cualquier cosa vendible: joyas, especias, animales... Su supervivencia dependía enteramente del comercio, y ella a su vez dependía de ellos mientras no hubiese otra tribu o clan que se hiciese cargo de su custodia hasta llegar al mar muerto, desde donde saldría hacia Jericó para acabar en Ammán, capital fronteriza de Jordania. Eso fue lo que pidió a Abdel, el único de la tribu, capaz de entenderse a medias con ella tras informarla este de que era el mejor y más seguro itinerario para salir de Palestina desde donde se encontraban. En Ammán, la obligación hospitalaria de la tribu para con ella, ley ancestral del desierto desde que tenían memoria del tiempo, acababa y pasaba a quien les relevase asumiendo el deber de protección.

Esa solución no surgió por casualidad, sino a raíz de que ella le contara a Abdel que su viaje era debido a una búsqueda que duraba ya algunos años, de un familiar que desapareció en un país, no sabía cual, cerca de Palestina.

Tras explicarle las causas, que por supuesto inventó, y que no encontraron replica alguna pues cuando se ofrece hospitalidad en el desierto, no importan los motivos, una de las mejores medidas, a juicio de Abdel, y que propuso, con el beneplácito de ella, fue empezar por Jordania.

Unas jornadas más tarde, y tras otear desde la planicie la montaña en cuya cima podían distinguirse la ruinas de Massada, Abdel se acercó a ella a la hora del crepúsculo, para informarla de que su estancia en el clan tocaría a su fin en breve. Aquella noche tardó en conciliar el sueño y empezó, sin haber partido aún, a añorar la vida nómada.

Zaida, como cada mañana antes de emprender la ruta, le ofreció un puñado de dátiles, unas nueces y una buena y humeante taza de té, para que fuera cogiendo fuerzas y se preparase para su última jornada. Luego dejó la tienda en la que pasaba las noches y empezó a desmontar la que se encontraba al lado; un gran toldo hecho con pieles de cabra, que resguardaba del sol durante el día y del frío en las interminables noches.

Ya desayunada, cubrió su cabeza con un velo blanco que le tapaba el rostro, dejando a la vista solo los ojos, y se dispuso a recoger la suya.

En ese momento apareció Abdel y le entregó una saca pequeña de ropas árabes para que pasara desapercibida y sin problemas en el país vecino. Luego apareció Zaida de nuevo y la abrazó como si fuese de la familia.

—Uhebbuka fi Allah —dijo, inclinando la cabeza—. Jazak Allah kahir

Milly se volvió intrigada hacia Abdel.

—Dice que te ama. Y que Allah te recompense con lo bueno... con todo lo bueno.

Las lágrimas de Milly apenas se vieron, debido al velo, pero significaban lo mismo sin palabras.

En el fondo no podía creer en su suerte. En caravanas como aquella, de gente que vive al son que marcan unas leyes de acogida y amparo jamás escritas, junto a las de la ira implacable de un desierto que nada perdona, y que si a algo representa es a la muerte, un vínculo con lo divino y lo terrenal flotaba en el ambiente. Era como si ese tipo de vida corriera por sus venas en forma de felicidad, y la devolviera a un tiempo en el que soñó de verdad.

ÆTἘЯNΩ

TERCERA PARTE

*«La fantasía y la realidad son como hilo y aguja.
Pueden separarse, pero no tienen sentido la una sin la otra.
La vida y la muerte, tampoco»*

JOAQUÍN SERRANO DÍAZ

LXXII

TIEMPO MUERTO

INGLATERRA
PRIMAVERA. AÑO 2019

Nada hay tan implacable como el tiempo. Todo lo que acontece parte de él, transcurre por él y termina con él... Es tan engañoso, tramposo e impalpable, que apenas se te presenta, desaparece... como el paisaje que parecía volar ante sus ojos, alejándose como si jamás hubiese existido, como el cielo agrisado que cubría de nostalgia la región... una región que semejaba disolverse tras la ventanilla del vagón con cada gota de lluvia que deslizaba por su luna.

Desde que salió de Palestina, el mundo había cambiado tanto y tan deprisa, que los tiempos pasados; para ella simplemente «ayer», parecían más lejanos y difusos entre los años. El mapa de algunos países había cambiado tanto que era apenas reconocible para quienes hubiesen vivido épocas pasadas.

Dos grandes guerras habían transformado el escenario mundial y abierto heridas que todavía sangraban; incluso España, antes de la segunda guerra que puso el mundo al borde del colapso, sufrió la peor de todas; la que enfrenta a hermanos contra hermanos y vecinos contra vecinos; la contienda civil que provocó su salida inminente del país.

Pero no fueron las únicas, si la humanidad ha dejado algo claro desde que se tiene constancia de ella, es que la guerra y el pillaje corren por sus venas como la vida y no existe forma de evitarlo. Tampoco hay forma de evitar el progreso, pensó con la frente pegada a la ventanilla y sin apartar los ojos del cielo; un cielo en apariencia estático, sin más vida que la que derramaba y que contrastaba con el paisaje que desfilaba ante sus ojos, pareciendo huir del presente, como el tiempo.

En momentos como ese, tiempos muertos en mitad de ninguna parte, entre ciudad y ciudad, los recuerdos salen de sus escondites aprovechando el vacío y se vuelven tan reales que por un instante semejan suceder de nuevo.

—Las memorias del pasado no caducan —dijo la vieja que ocupaba el asiento de en frente—. ¿Verdad?

Milly regresó de sus recuerdos como si la voz hubiera sido una señal para volver al presente y la miró, confusa; como si hasta ese momento no se hubiese percatado de la presencia de nadie más. Y también como una señal, se la llevó al jardín de Eleazar, en Jerusalem y a su enseñanza y consejos acerca de la inevitable disputa que más pronto o más tarde había de suceder. Pero por encima de todo, y como si fuese lo que más temía, evocó la manera en que debía desarrollarse la pugna por la vida: la imposición de manos, y notó cómo se le erizaba el vello; incluso sintió, imaginándolo, un temblor en su brazo izquierdo.

—¿Es usted creyente? —preguntó la mujer apuntando con el dedo al libro que descansaba sobre sus rodillas; un grueso y añejo tomo que llevaba siempre con ella y junto al Bastón, del que

tampoco se separaba.

Asintió con una sonrisa. La anciana continuó con sus ojos puestos en la biblia y suspiró, meneando la cabeza.

—Parece muy antigua —agregó, señalándola.

Milly posó sus ojos sobre ella y acarició su tapa.

—Y es lo que parece —dijo, sopesándola—. Tiene un montón de años. Ni siquiera recuerdo cuantos.

La anciana asintió como si ratificara cada palabra.

—Eso sí que lo entiendo, hija. Tengo ya ochenta años, y apenas recuerdo mis tiempos de juventud. Solo retazos, y no vaya a pensar que muchos, de mi infancia. Pero tan difusos están ya, y cada día que pasa, más, que empiezo a dudar si pasaron de verdad o son productos de mi mente y solo existen en mi imaginación; quizá sea solamente lo que a mí me hubiese gustado que pasase... —Sonrió y se puso un dedo en la sien—. Todo está aquí dentro, de eso no tengo duda. Pero la mente tiene muchos rincones y lo guarda con celo. Algunas cosas están mejor ahí, créame.

Milly asintió convencida; esos mismos retazos tenía y arrastraba desde tiempos que ni recordaba... Era como si no hubieran sucedido, tan hondos estaban en su interior. Las palabras de la anciana la medio tranquilizaron pero aun así olvidaba cosas trascendentales, como el origen de los libros que tenía desde tiempos que no recordaba, y al parecer no por casualidad sino obedeciendo a un fin. Y el hecho de no saberlo la inquietaba, porque su voz interior le decía que el tenerlos era sustancial para su futuro. Que su vida podía depender de entender el cómo y el por qué los tenía, era algo de lo que ya no dudaba.

La anciana volvió a señalar la biblia y suspiró.

—¿La ha leído?

—Sí. La estoy releendo.

—Yo también... ¿Por dónde va?

Milly la abrió por la página en que la dejó y la acercó para que la ojeara. La vieja tiró de gafas, inclinó la cabeza y asintió como si le pareciese interesante.

—¿Puedo hacerle una pregunta, hija?

—No veo por qué no... Otra cosa es que yo sepa darle la respuesta adecuada.

—De todos modos se la haré: ¿Cree usted en eso?

—¿Que si creo en qué...?

—En la magia... En la imposición de manos.

—¿Magia, dice?

—¿Qué si no? Ese versículo que aparece en esa página es muy explícito.

—¿A cuál de ellos se refiere?

La vieja acercó la cabeza al libro y puso el dedo sobre un versículo de Levítico: el 16. 21.

—¿Lo ha leído? —Preguntó sin dejar de tocar el libro.

Milly siguió con la mirada el dedo de la anciana y no pudo ocultar su estupor; apuntaba a la parte que Eleazar le puso de ejemplo y que nunca, tampoco se explicaba el porqué, consiguió olvidar. No pudo evitar pensar en si su encuentro con la anciana se debía a la casualidad o a otra causa menos común, pero como poco, daba que pensar.

—¿Por qué piensa que es magia?

—¿Quiere leerlo? Hágalo, por favor. En voz alta.

Y Aarón —comenzó— tiene que poner ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesar sobre él todos los errores de los hijos de Israel y todos sus levantamientos en pecado, y tiene que ponerlos sobre la cabeza del macho cabrío y enviarlo al desierto de mano de un hombre justo... Y el macho cabrío tiene que llevar sobre sí todos los pecados de ellos a una tierra desierta...

Dejó de leer y miró expectante a la anciana.

—¿Y bien? —preguntó esta—. ¿Acaso no existen ahí indicios de magia? Un hombre traspasa a un animal todo lo negativo del ser humano, y lo hace mediante métodos que ponen los pelos de punta: la imposición de manos... ¿Y eso qué quiere decir? ¿A ver si lo adivina?

Milly no contestó, esperó a qué la vieja continuara.

Esta respiró profundo y así lo hizo.

—Pues viene a contarnos —dijo, alzando el dedo para enfatizar lo que iba a explicar— que si mediante ese tipo de sortilegios pueden trasladarse a un animal los pecados y faltas de alguien, es decir, en definitiva la esencia de lo que le caracteriza, también se puede traspasar el resto.

—¿El resto, en qué sentido?

—Pues la totalidad, hija, la totalidad. Todo él, vamos. A eso lo llaman transmigrar de un cuerpo a otro.

Como si le hubieran activado un resorte en su cabeza, Milly recordó la explicación que le dio Eleazar acerca del rey Salomón y su modo, mediante alta magia; así llamaba él al proceso, de someter a todo un elenco de demonios a sus órdenes, ya fuera invadiendo sus cuerpos o dejándose invadir él, pero manteniendo el control sobre ellos, fuera del modo que fuera.

A esas alturas de la vida, Milly ya no creía en casualidades... presentía que aquello iba mucho más allá; que no era una conversación fortuita con una desconocida y que el haberse sentado frente a ella era mucho más que mera coincidencia. El tema de conversación, algo que por otra parte, de eso estaba segura, nunca había tenido con nadie más, trajo a su memoria lo que Eleazar explicó acerca del equilibrio de las partes y tuvo el presentimiento de que todo estaba ocurriendo por algo.

Pensó si sería porque el momento de la verdad estaba ya próximo; un día u otro debían solventar aquello. Tuvo un estremecimiento al recordar cómo debía suceder; una mano convertida en arma mortífera era, al menos en lo que a guerra se refiere, algo del pasado; habían cambiado tanto las cosas, que ya se podía matar a muchos sin tener que mirarlos a la cara ni sufrir por ello remordimientos... siempre quedaba la duda de si los rivales habían muerto, y de ser así, si habían caído por la munición de uno o por la de otro. No era una terapia milagrosa pero calmaba los nervios. Sin embargo las manos... Tembló al pensarlo; al tocar la mano de un oponente, lo había pensado tantas y tantas veces que podía vivirlo, se siente cómo su calor se mezcla con el de uno y acaba siendo el mismo. También ambos miedos se funden... y ambas miradas; incluso las esperanzas se mezclan y pueden sentirse con el tacto. El dolor del otro puede medirse en su mirada.

Solo pensarlo le dolía. Matar con las manos, pensó, es la forma más cruel de quitar la vida; un suplicio para una persona cabal. No obstante era lo que había; así debía ser y así ocurriría. No es que le gustara pero había terminado aceptando que hay cosas que no se pueden cambiar.

Otra cosa era cuándo, ya que la muerte de Eleazar lo había trastocado todo y provocado su huída, perdiendo a razón de ello la pista de Teth... El revuelo fue tal, que no se atrevió a regresar a París, y no tenía dudas de que a su rival se le habría ocurrido lo mismo. Del otro no sabía ni quería, pues según el chamán, debió morir a los tres días y desaparecer sin dejar rastro, sin embargo en París sí se debió sentir su falta, pues era alguien de cierto peso y eso podía complicar las cosas si la relacionaban con él, cosa segura teniendo en cuenta que la prensa aireó cuanto le fue posible lo ocurrido en Jerusalem, y dio detalles de los tres sospechosos, entre los cuales se encontraba. Esa fue la razón de que regresara a España, donde permaneció en paz hasta que la guerra vino a perturbarlo todo y forzó su marcha a Londres; un acierto, teniendo en cuenta que al poco de acabar la guerra civil española, comenzó la otra y puso Europa patas arriba y a Francia

de vuelta entera.

La anciana tocó su hombro y la zarandó.

—¿Está usted ahí? —preguntó, preocupada.

Milly pareció volver en sí y la miró confusa, como si regresara de un largo viaje e intentara situarse.

—Se ha quedado usted traspuesta —dijo la vieja—. Su cabeza parecía estar en otra parte. ¿Le ocurre algo?

Milly suspiró a la vez que masajeaba sus sienes.

—No es nada —dijo—. Solo estaba pensando...

—¿Algo relacionado con nuestra conversación?

Milly miró la biblia, la acarició y asintió, todo en uno.

—Pensaba en lo crueles que pueden ser unas manos y me he perdido en pensamientos particulares... Lo siento. No sé qué estará usted pensando de mí...

—¡Oh!, nada extraño, tranquilícese... A mi edad estoy de vuelta de casi todo. También yo me pierdo alguna vez dentro de mí misma. Es necesario y quita las penas. Ayer enterré a mi marido y aún no lo puedo creer; de no tener esta charla con usted el viaje se me habría caído encima.

—Lo siento.

—No lo haga, es ley de vida. Aunque eso no impida al que se queda sentir la falta del otro; es como si arrancaran un trozo de su carne. No sé qué sentirán los demás ni me importa, pero es lo que yo siento. En definitiva, cada vez estoy más convencida de que todos tenemos nuestro complemento; una parte de nosotros que nos define. Y la mía, por fortuna, la encontré en mi marido... Éramos dos en uno... A su edad aún no se entienden estas cosas, sabe, pero al perderle a él lo he perdido todo; incluso el miedo a la muerte. Es difícil de entender, pero solo pienso ya en reunirme con él.

Milly no pudo evitar pensar en la dualidad; todo se lo recordaba de un modo u otro y terminó por convencerla de que el encuentro con esa anciana no era casual, sino que obedecía sin duda a algo de lo que no tenía constancia... Era como si alguna fuerza desconocida planeara su futuro y le enviara señales para prepararla.

La voz de la anciana la sacó de sus pensamientos. Puso su mano en su hombro y la masajeó, animándola.

—Y dejando mis problemas a un lado... —dijo— ¿por qué motivo le parecen crueles las manos? Es extraño que piense eso una muchacha como usted. Las manos, como todo, tienen su lado positivo y su lado negativo. Nosotros nos dedicábamos a la medicina; mi marido y yo trajimos muchos niños al mundo... nos sentíamos tan realizados al verlos nacer, que parecíamos nacer con ellos... Era como empezar de nuevo con cada recién nacido; una forma de terapia que nos devolvía mentalmente a nuestro origen... al principio de todo, dándonos la sensación de regresar al momento del parto. Nos sentíamos como nuevos. Era en definitiva una cura; algo así como vivir una palingenesia. Quizá no esperaba usted que estas palabras salieran de la boca de un médico, pero es lo que nosotros sentíamos... ¿Y sabe una cosa?, a lo primero que se agarra uno cuando viene al mundo es a las manos; especialmente al pulgar. Son como un punto de agarre... como asirse a la vida... como empuñarla... No, hija no, las manos no solo pueden no ser crueles, aunque también, sino que pueden ser una bendición. Según se mire, por supuesto, pues todo puede enfocarse de dos maneras: hay manos que arañan, manos que acarician, manos que dan calor, manos que hielan... manos que traen al mundo, manos que sacan de él... todo lo que da vida, mata.

Milly se puso tensa. La anciana lo notó y se sintió mal y culpable por ello.

—Si la he ofendido le presento mis excusas —dijo.

—No es nada.

—¿Nada? Ni una vieja como yo se pone tan blanca...

—Es que estoy empezando a creer que no somos, por mucho que lo creamos, los dueños de nuestro destino... Algo que ni siquiera atisbamos está por encima y maneja nuestras vidas como si fuésemos fichas de un juego... y ni siquiera somos conscientes de nuestro papel en ese juego ni de lo que se espera de nosotros. Siento eso ahora.

La anciana arrugó el cejo y la miró, alhelada.

—¿Y esa reflexión se debe a algo que he dicho?

Milly encogió los hombros como si no lo entendiera ni ella y asintió.

—A todo, diría yo.

—¿A todo? ¿Y qué es ese «todo»?

—En primer lugar, lo que ha dicho sobre las manos.

—¿Eso la ha llevado a tener una reflexión espiritual?

—Es algo más complicado... un cúmulo de cosas que no puedo explicarle así como así... Lo siento.

—Lo entiendo. Hay cosas que pertenecen a uno y no tienen explicación más que en uno mismo. No lo sienta.

—Y hay algo más...

—No me diga... Pues sí que he estado inspirada, sí.

Milly no pudo evitar reír la ocurrencia.

—Es lo que ha dicho de la palingenesia —aclaró.

—Di por sentado que sabía lo que era...

—Y lo sé. Solo que nunca lo había visto de ese modo.

—Ahora quien no entiende soy yo.

—Quiero decir que existen tantas formas de interpretar una cosa, que a veces no vemos la correcta.

—Porque posiblemente todas lo sean...

—Quizá, pero eso es muy complicado.

—Hay una interpretación para cada momento...Cuál es el suyo.

—Nunca pensé que la palingenesia pudiese manifestarse de un modo aparente.

—¿Y cómo cree que se manifiesta?

—Como un renacer completo; una regeneración en su plenitud; auténtica y bella, como la vida que trae... Como una primavera eterna, para que me entienda.

—¿Y ya está? ¿Cómo una especie de primavera y ya?

—Algo así. Pero de manera tangible, no figurada.

—Mire usted, si algo me han enseñado tantas décadas de profesión, tantos nacimientos y seguimientos médicos a recién nacidos; algunos sanos y otros menos pero todos muy hermosos; algunos de los cuales tuve ocasión de ver décadas más tarde, es que todo está limitado; todo vuelve al lugar de donde vino; sanos, enfermos, feos y guapos... Toda belleza busca el ocaso... La primavera no colecciona flores. —Diciendo esto hurgó en su bolso y sacó una foto en la cual aparecía una mujer joven en su plenitud. Toda ella era puro esplendor: sus ojos, su cuerpo, sus piernas y su cintura parecían salirse de la fotografía en busca de los ojos del espectador; su melena rubia y ondulada le cubría parte de una mejilla y resaltaba su mirada de color negro azabache, contrastando con la rojez de sus labios.

Milly la miró con la boca abierta.

—¿Es usted? —preguntó, dándolo por sentado.

—Así es, hija, así es... Y ahora míreme bien y adivine dónde está el fallo de esta fotografía.
Milly la miró confundida.

—Sigue igual de bella —aseguró con una sonrisa.
La anciana sonrió también.

—Pero solo por dentro, no... —replicó, guiñándole un ojo—. No es necesario que me adule, no lo necesito. Pero sí me gustaría que contestase a una pregunta.

—Usted dirá...

—¿Qué ve usted en mí, primavera u otoño?
Milly no supo qué responder, por no herirla.
Esta adivinó su preocupación y la animó:
—Diga sin miedo lo que piensa, no me dolerá.
—Es que no me parece ético responder a ninguna.
—Ahí quería llegar yo —repuso la vieja con sonrisa y gesto pícaros, sin dejar de blandir el dedo índice.
—No la entiendo —contestó Milly, extrañada.
—¿Quiere que le diga por qué no se decanta usted por ninguna de las dos opciones?
Milly asintió en silencio. Sobraba la respuesta.
—Porque después de verme en la foto, ve usted en mí las dos cosas; sin querer, pero las ve.
Milly dio por bueno su razonamiento con un expresivo gesto y asintió con la cabeza a la vez que le tomaba la mano y la acariciaba con delicadeza.
—Me rindo ante su aclaración —dijo—. Es cierto que veo en usted las dos cosas... además me gustan por igual, quiero que lo sepa. Es usted bella, y no solo por dentro.
—¿De manera tangible o figurada?
Esa pregunta, por inesperada, dejó a Milly con la boca abierta. En cuanto se repuso de la sorpresa, balbució:
—¿Se refiere a...
—A eso me refiero, sí... La pregunta es capciosa.
—Supongo que se refiere a mi modo de interpretar las cosas, ¿cierto? Y a la palingenesia en concreto.
—¿Sí. Tras esta conversación, ¿qué opina?
—Entiendo —rió—. Pregunta si puedo imaginarla de forma figurada. Creo que después de contrastarla con ese otoño primaveral que refleja usted, mi respuesta es un sí. Verla a usted significa que se puede experimentar sin un ápice de duda un renacer no necesariamente tangible.
—¿Y no ha pensado que podría significar las dos cosas a la vez? ¿No la ha asociado nunca a la transmigración de un ser a otro, de forma real? ¿Figurada y real a la vez?
—Ahora me deja usted de piedra. Hace un momento ha dicho que...
—Dije que no era imposible que todas las interpretaciones fueran buenas. —Tocó con el dedo la ventanilla, y sin dejar de mirarla, dijo—: Esa lluvia que está cayendo a raudales, regenera la tierra que toca, pero antes tuvo que elevarse de esa misma tierra en forma de vapor, «morir», para acabar regenerándose en lo que era antes de ser una nube. Toda regeneración implica una muerte previa.

En ese instante, megafonía anunciaba la llegada a una estación y el tren comenzó a aminorar la velocidad.

La anciana se puso en pie y sonrió como un adiós.

—Yo me apeo aquí —dijo—. ¿Sigue usted a Londres?
—Llego hasta allí, sí.

—Espero no haberla aburrido con mi charla... A mi edad, ya sabe. Para mí ha sido un placer conocerla.

Milly se puso en pie y la abrazó con fuerza.

—El placer es mío... —dijo, y la abrazó de nuevo pero con más pasión—. Nunca la olvidaré.

La anciana pellizcó su moflete a modo de despedida y se dirigió a paso lento hasta la portezuela del vagón.

Milly la siguió con la mirada hasta que se perdió entre el pelotón de viajeros que salían y subían al tren. Cuando desapareció de su vista, cayó en la cuenta de que no sabía su nombre. Lamentó no habérselo preguntado, ya que el impacto emocional que sus palabras provocaron en ella y su manera de recrear cuanto decía, la hicieron revivir sus charlas con el chamán de Jerusalem.. Los dos eran igual de insustituibles; de ambos aprendió cosas que ya sabía pero no entendía. Ella y él —pensó—. Otra vez dos; otra vez dualismo. Empezó a entenderlo: la vieja ya no estaba en el tren pero viajaría con ella toda la vida: hasta hacía un rato, físicamente. A partir de ya, de forma figurada.

LXXIII

VAGABUNDOS EN LA RUEDA

La vuelta a París fue descartada por Teth a su regreso de Jerusalem, convirtiéndose para él en ciudad prohibida durante años, pues la totalidad de la prensa hablaba de la muerte de Eleazar y no era cuestión de tentar a la suerte. Los bosquejos de los tres sospechosos estaban conseguidos; tanto, que decidió no pisar siquiera Francia, ya que hubiera sido arrestado en cuanto hubiese puesto los pies fuera del barco.

No hubo periódico en el que no apareciesen retratos al carbón de los tres buscados; dada la repercusión que tuvo el crimen que movilizó a la policía de media Europa.

Excepto en el país galo, especialmente París, hubiese sido complicado reconocerle; allí sí que sabían bien de él dado que impartió clases en la Sorbona y colaboró con la policía como denunciante del crimen de Madeleine. A la prefectura no se le hubiesen pasado por alto detalles así, en particular su entrevista no amigable con el agente que llevaba el caso de la muchacha, con quien tuvo sus roces además de, cómo no, hablar de ambos muertos.

Pero el tiempo había corrido a su favor y esas amenazas que antaño le quitaban el sueño habían pasado de ser un peligro a inofensivos recuerdos sin la menor trascendencia; ciento treinta años tapan muchos casos y cosas.

Sin embargo, a pesar de que en general se consideraba un hombre afortunado, el insomnio le tenía atenazado. Y no solo debido a su fuga de recuerdos, que también, si no a la necesidad imperiosa de adjudicarse el otro Bastón.

El problema radicaba en que ignoraba quien lo tenía.

La mujer que apareció como sospechosa junto a ellos, tenía bastantes posibilidades de ser la agraciada puestos a especular, ya que según Ashir, compartió con su difunto rival algo más que titulares de prensa, pues durmieron en la misma alcoba y entre las mismas sábanas, en su fonda.

Esa era la única pista que tenía desde entonces, y aún no sabía si era buena o mala, ya que no tenía ni la menor idea de dónde podía estar ella.

Tras algo menos de catorce décadas de vana y alocada búsqueda, empezaba a perder la esperanza; encontrarla y que tuviera el Bastón era prácticamente un milagro, pues podía no tenerlo, pero al menos sería algo que le llevaría a trillar otros campos.

En un principio se esperanzó con la idea de que ella le buscara a él, pues su objetivo era idéntico. Pero tampoco.

Pensaba que, o no tenía ninguna prisa en encontrar el otro Bastón, o desconocía completamente las reglas de la leyenda, ignorando que su cometido era dar con él a toda costa. Eso acarrearía problemas de aproximación y, cómo no, la probabilidad de no encontrarse en los cuatrocientos setenta años que quedaban para cumplirse el milenio.

Le daba miedo pensar en esta última posibilidad, pues de ser así, las consecuencias eran mortales para ambos.

De una u otra forma, el tiempo, voraz, engullía años y años sin dar tregua; en un parpadeo se

había tragado más de quinientos y seguía con la boca abierta.

Pensó que no debía posponer la búsqueda, o el tiempo les encontraría a ellos antes de conocerse.

También existía la posibilidad; no quería ni pensar en ella, de que quien tuviese el Bastón no supiera nada de su historia ni para qué servía. Eso complicaría las cosas aún más; que lo luciera de adorno en un salón era lo peor que podía ocurrir, mierda para ambos y muerte al canto. Y ya rezaba para que de ser así, no se le hubiese pasado por la cabeza la genial idea de regalarlo o tirarlo a la basura. No quería pensar en eso, prefería creer que quien lo tuviera fuese consciente de su poder y lo hubiera robado con los cinco sentidos puestos y esperando de él lo que cabía.

Desde que dejó Palestina había vivido en su castillo y convertido en residencia habitual, ausentándose tan solo cuando viajaba en busca de la mujer; ardua tarea a la que dedicaba varios meses al año. Su castillo era bastión de su vida y recuerdos, le había esperado cinco siglos y salido ileso, como si fuera inmortal, de todas las guerras; quizá debido al lugar dónde se encontraba enclavado, quizá no, pero aguantó en pie todas las confrontaciones. Napoleón se fue con el rabo entre las piernas, los carlistas más de lo mismo; tanto nacionales como republicanos intentaron a toda costa sitiario; incluso la iglesia se lo quiso apropiar. Pero fuese por lo que fuese, todos decidieron largarse en busca de otros aires. Lo importante es que allí seguía. En pie. Soportando los envites de todas las calamidades y del más temible de todos los enemigos, el tiempo.

Pero al tiempo, con las herramientas adecuadas, se le puede domar y moldear, y eso era precisamente lo que se proponía, zurcirse un traje con él, más allá de la moda.

Ese castillo era todo un ejemplo de aguante y su mejor maestro; un vaticinio de lo que esperaba a su dueño. Era como una señal que le anunciaba un futuro sin fin... solo tenía que limar asperezas, encontrando a quien tuviese a bien poner a su alcance la pieza que le faltaba

—¿Faltaría mucho tiempo el señor?

Quien hizo la pregunta esperaba paciente la respuesta y había aparecido tras él como un fantasma. A Teth no le sorprendió, estaba acostumbrado a sus apariciones y ni se giró.

—No lo sé, Simón. Nada me gustaría más que saberlo, créeme, pero este negocio es complicado.

—Lo decía porque tras las últimas obras de mantenimiento han encontrado un pozo seco en la vieja cuadra y piden su permiso para taparlo, señor.

—¿En la cuadra?

—En las antiguas caballerías. Estaba tapado con tablas que, cubiertas a su vez con tierra, protegían cosas que...

—¿Cosas? —le interrumpió—. ¿Qué cosas, Simón?

—No me haga mucho caso, señor, pero de no estar yo presente cuando quitaron la trampilla, solo quedaría una pala antigua; la que se empleó para cavar.

—¿Y aparte de la pala, qué escondía ese hoyo?

—Entre otras cosas... como libros y papeles roídos por el tiempo, armas que deben valer lo suyo... Un arsenal. A muchos coleccionistas se les abriría la boca al verlo. Y no digo ya los ojos. Hay una fortuna enterrada, señor.

Teth le puso una mano en el hombro y sonrió a modo de agradecimiento; si la lealtad tuviese forma tangible, su silueta sería la de ese hombrecillo de apariencia humilde, estaba seguro. Hasta en eso había tenido suerte, pensó. A pesar de que la vida le había tenido alejado de la región y poco sabían de él, pues faltaba cuando tenía que hacerlo y se presentaba como heredero universal del castillo y de las tierras colindantes, el criado sucesor, siempre del clan de su primer sirviente

y heredero del cargo, le servía con fidelidad a prueba de todo. Por supuesto, ese cargo, cómo no, le permitía administrar cuanto en el castillo hubiese.

También en sus aledaños. Mientras él estuviese fuera, el castillo era su feudo y su familia vivía sintiéndose en su propia casa (que bien mirado lo era, pues jamás habían conocido otra en generaciones), y en completa libertad.

Esa era la razón de que, además de estar bien pagados, pues Teth y la tacañería no hacían buena pareja; incluso se encargaba de sufragar el vehículo del cual hacían uso, de su mantenimiento, sustitución e incluso dejaba elegir el modelo que mejor se ajustara a sus necesidades, jamás se hubieran decidido a probar suerte con la competencia.

—Vamos, Simón. Muéstrame ese supuesto tesoro.

Simón arrancó el paso poniéndose ante él y, guiándole a saltitos, enfiló hacia la salida.

Las antiguas cuerdas se habían utilizado durante siglos como trastero y su cuidado había sido el justo, siendo esa la causa de su relativo abandono. Las vigas del techo sí se habían reemplazado para evitar su derrumbe pero lo que concernía a su interior estaba prácticamente igual que en tiempos pretéritos; sus piedras continuaban ennegrecidas por el humo y parecía oírse aún el relinchar de caballos revolviéndose inquietos ante las llamas. Aún se respiraba historia entre aquellos muros. Y se olía también.

Simón le mostró un hoyo rodeado de estacas clavadas, rodeadas por cintas de seguridad.

—Ahí lo tiene, señor.

Teth se asomó con cautela y comprobó que era hondo y ancho.

—¿Y lo que estaba dentro?

—Sígame, señor. —Empezó a trotar hacia los establos y apuntando un arcón con el brazo, dijo —: solo el baúl, ya vale dinero, señor. Es una reliquia histórica.

—¿Te gusta la historia, Simón?

—Me apasiona, señor. Y a mi mujer también.

—¿Y a tus hijos no?

—Ya sabe cómo son las nuevas generaciones, señor... quizá algún día les dé por ahí, pero por el momento, las únicas cosas que les interesan son la música y las redes... Las redes sociales forman parte de su generación como lo fueron para la mía los tebeos del Capitán Trueno y Zipi y Zape. ¿No ha leído usted ninguno? No se imagina lo que se pierde... A mí, los que más me gustaban eran los de El rompetechos... también Mortadelo y Filemón, esos eran la monda. En fin, señor, qué quiere que le diga... hoy en día se pasan el día enganchados al teléfono y a internet... Los ordenadores son el futuro. —Sin dejar de hablar, fue al cofre, hurgó en su interior y sacó un lote de legajos de papel grueso enrollados con cinta roja; también libros sin tapa, con sus páginas raídas y ennegrecidas por el humo y por el tiempo.

—¿Ha visto esto, señor? —Los mostró como si fuesen trofeos—. Esto, si no me equivoco y estoy convencido de que no, debe ser parte de la historia de sus antepasados, y cómo no, de nuestro país... Junto con sus pinturas, posee usted una fortuna en antigüedades.

Teth tomó uno de los legajos y lo desenrolló. Su título era *La leyenda de Teth*, y estaba acartonado debido a sus muchos años sin abrir. Desenrolló otro pensando que era más de lo mismo; debía tratarse de copias manuscritas de los originales, pensó, protegidas ante posibles pillajes, ya que tenía otro idéntico en su poder.

—¿Qué le parece, señor?

—Parecen copias de otros documentos.

—¿Y por qué no los originales? ¿Quién protegería una copia, poniendo en peligro el original? He leído novelas, señor, y libros también. Nadie haría semejante estupidez, créame. Yo creo que

son los buenos. Valen dinero...

—Tú todo lo mides en dinero, Simón... No siempre es el mejor método de medir las cosas, créelo.

—Es posible, señor. Pero cada uno mide y pesa con la regla y báscula que le dan sus sueños... Desde pequeñito he sido educado en venerar lo que no tengo. Yo ya no sé ni puedo ni quiero pensar de otra manera. —Apuntó con el dedo al manuscrito que Teth acababa de desenrollar y preguntó—: Y por cierto, señor, ¿cree que ese también es una copia?

—Eres muy observador, Simón. Ahora, ya no sé a qué atenerme; no estoy seguro de nada.

—¿Y de qué habla? Debe ser fascinante leer algo que se escribió hace tanto tiempo. Es como magia...

—Son escritos que solo me conciernen a mí, Simón; a mí y a mi familia. Al parecer los escribió uno de los amos de este castillo...

—Entiendo, señor. He sido un estúpido al preguntar.

—Para nada, Simón. —Lo dijo sin apartar la vista del rollo—. La curiosidad es buena. Recógelo todo, guárdalo en el cofre y llévalo a mi despacho. Quiero estudiarlo en profundidad. Hazlo ahora. Ah, y por cierto, tienes razón, es posible que sean los originales.

Poco después se encontraba en su despacho, solo y en completo silencio; el silencio le ayudaba a pensar. Sacó el legajo, lo extendió sobre su mesa escritorio con cuidado para no romperlo y apuntó la lámpara sobre él. Luego lo comparó con otros documentos para compulsar la letra y comprobar si fueron escritos por la misma persona. Eran sin duda del mismo autor. Comprobado eso, abrió la caja de seguridad y sacó el documento que tenía por original: *la historia de Teth*, y lo puso junto al otro. Si no supiese que en aquella época aún no existían las fotocopiadoras, hubiera creído que estaban calcados al detalle. ¡Insólito!

Pensaba en lo curioso que era todo, cuando reparó en unos párrafos, los postreros, que no se hallaban en el otro documento por estar escritos un tiempo después. La tinta era ligeramente diferente, y aunque estilo y letra fueron imitados con maestría, la sensación al verlo era distinta.

Eran apenas unos renglones, pero el hecho de estar en ese legajo significaba que Simón podría estar en lo cierto. Era más que probable que fuera el original.

Se preguntó qué significaba, pues si había sido escrito en ese documento, obedecería sin duda a alguna razón. Y no una cualquiera, sino de peso. *Vagabundos en la rueda*, su epígrafe, iba seguido de algunos versos que parecían ir acordes a su vida y escritos pensando en él:

¡Vagabundos!
Vagabundos en la rueda, desde donde
el tiempo nace hasta donde el tiempo llega.
Del tiempo que viene y va...
Del tiempo que duele y pesa.
¡Vagabundos!
Vagabundos en los extremos del tiempo;
en el Alfa y en la Omega...
Nómadas de tiempo entero.
Vagabundos en la rueda.

Lo leyó varias veces buscando una explicación, pero a ninguna conclusión llegó, más que a convencerse, y cada vez que lo releía, más, de que quien había escrito eso, era pleno conocedor de la leyenda y sus consecuencias.

Pensó que todos sus versos estaban medidos: El Alfa y la Omega significaban en el alfabeto griego el nombre de Dios, dejando constancia de que antes de Él nadie hubo, y después de Él,

nadie habría. Parecía avisar de algo.

Buscó en la estantería, tomó una biblia y la abrió por el último de sus libros: *Apocalipsis*; después no tuvo que buscar mucho para encontrar los versículos que asociaba al poema.

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin 21.6
Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último 22.13

Notó que su pulso se aceleraba. Eso podía significar la inutilidad de los Bastones por no poder usurpar jamás de los jamases la supremacía de Dios ni equipararse a él, una hipótesis nada probable, pues más que demostrado estaba que esos Bastones tenían un poder que hacía que de ellos manara vida como de una fuente, o al revés, que quienes los consiguiesen adquirieran caracteres de divinidad, y se igualaran al mismísimo Dios, pudiendo sucederle en sus funciones o disputarle el trono. En definitiva, la historia típica de Dios y el Diablo, pero contada de otra manera.

Sopesó ambas, y la experiencia hizo que se decantara por la segunda. Era de locos, pero no había alternativa.

Se preguntó si la historia bíblica pudo tener su origen en la disputa por los Bastones, y no la descartó del todo.

Abrió uno tras otro todos los legajos y halló en uno de ellos lo que necesitaba para enrocarse en esa posibilidad. El legajo mencionaba el Panteón de Roma como Sede de todos los dioses y como lugar idóneo para presentar ante el hado los Cetros de la vida y del poder.

Pensó que su abuelo lo tenía todo evaluado. Nada dejó sin atar y todo tenía su porqué. Aunque por el momento no lo entendiera, cada acontecimiento pasado le indicaba sin duda que todo lo había medido meticulosamente... Se diría que calculó al milímetro cada detalle; todo excepto su futuro. Cada nueva pista le convencía más de que si la ambición por vivir tuviese nombre, se llamaría como él.

Lástima que la rueda de la vida no rotase a su favor y diera al traste con sus sueños, pensó, y gracias por ello a la vez, y por legarle a él la Vara.

Una sensación agri dulce, no sabía por qué, le invadió de pies a cabeza.

No hay cruz sin cara, se dijo... y él era la prueba de lo Segundo.

Estaba convencido de que Dragan fue un hombre que no perteneció a su tiempo, no hay nada como los datos y la historia para demostrarlo, y de eso él andaba sobrado.

Sacó una carpeta de uno de los cajones y la puso sobre la mesa; estaba repleta de recortes, páginas de periódicos, documentos, fotocopias, hojas de libros, folios... de todo. También había un cuadernillo con apuntes referentes al Bastón y a su mítica leyenda a partir de la expedición de Percival a la Argentina, una tierra aún desconocida en su época, pero de la que Dragan jamás dudó, y que también era revelada a través de un poema tan sugerente como el que acababa de descubrir.

Plegó el rollo y sonrió satisfecho; ese poema mostraba lo que él era, y sus versos le inspiraban qué debía hacer y dónde. El cómo, ya estaba decidido por la leyenda.

LXXIV

LA TIERRA VACÍA

Milly entró en un clínico de Harley street, en Londres y tomó asiento. En el sillón colindante, un hombre, solo, meneaba las piernas, esperando impaciente su turno.

—Buenas tardes —dijo mientras cogía una revista de moda para amenizar la espera—. Veo que estamos usted y yo únicamente. Nos atenderán enseguida.

El hombre no respondió al saludo. Se limitó a mirarla de reojo y hacerse el loco contemplando el televisor de la sala de espera, sin dejar de mover las piernas.

Como si se tratara de un acto empático, Milly miró la pantalla. Las noticias, con ligeras variaciones, eran las de todos los días: política y bréxit. Apartó la vista de la tele para seguir ojeando la revista, cuando la puerta se abrió y una joven apareció con la mirada clavada en un folio.

—¿López Milly-Çent...? —dijo sin apartar los ojos del folio. Y acto seguido pronunció otro nombre—: Coleman John, usted es el siguiente. —Miró a Milly, hizo un gesto para que fuera tras ella y entró en el consultorio.

Milly la siguió hasta una tumbona y se sentó; al poco apareció un hombre de aspecto oriental. Tras un saludo y gesto protocolarios, hizo una señal para que se tumbara y se sentó en un sillón, justo al lado. Luego, con un acento marcadamente hindú y voz tranquilizadora, preguntó:

—¿Y bien, se encuentra cómoda, señorita?

Milly asintió con la cabeza.

—¿Es su primera vez en este tipo de terapia?

Milly asintió de nuevo.

—Desconoce entonces este tipo de consultas, ¿cierto?

—He oído y leído algo sobre ello. Poco, pero... en fin.

—Luego, no sabe bien de qué se trata, deduzco...

—No demasiado.

El hombre cogió un bolígrafo del bolsillo superior de su bata y se dispuso a tomar apuntes.

—¿Entiende que esta no es una terapia ortodoxa, sí...? Dándolo por sentado me veo obligado a preguntarle qué la ha animado a ponerse en mis manos. Sea sincera, se lo ruego. Facilita mucho las cosas. Muchos; la mayoría de la profesión, me tienen por un charlatán. También algunos periodistas se acercan en busca de noticias sensacionalistas. Debe estar muy mal la profesión para tener que tirar de ese tipo de prensa, pero quién soy yo para criticarles... también abandoné mi país por motivos similares. Dicho esto, pasaremos a lo importante. Cuénteme qué le ocurre y veré cual es la mejor forma de ayudarla.

Omitiendo el pilón de años que llevaba arrastrándose por el mundo, no podía ser de otra forma, Milly confesó que tenía amnesia.

Al terapeuta no le extrañó en absoluto; la mayor parte de sus tratamientos estaban relacionados de algún modo con la pérdida de algo, aunque en otro sentido.

—¿Y desde cuándo le ocurre?

—Ni siquiera lo recuerdo.

—Buena respuesta, señorita... Buena respuesta.

—Aunque le parezca mentira, es...

El hombre se anticipó a ella.

—He dicho, buena respuesta, no que no la crea.

Aún no había asentido, cuando oyó de nuevo su voz.

—¿Sabe usted lo que es el Orgón?

—¿Quiere decir el Argón, supongo.

—No. Ha oído bien: Orgón. Doy por supuesto que no, así es que le explicaré por encima. Aunque no es novedad, este tipo de energía existe desde siempre. El hombre que lo descubrió hace mucho tiempo ya, un investigador llamado Wilhelm Reich estudió a fondo esta energía que se encuentra en el universo, y buscó la forma de canalizarla. Órgón es un nombre que él le puso, debido a que su investigación estaba enfocada en la psicofisiología del acto sexual; de la libido, para ser más explícito. Como ya habrá deducido, lo llamó así en clara alusión al orgasmo.

Milly se irguió en el canapé y le miró sorprendida.

—Creo que me he equivocado de...

El terapeuta la cogió por el hombro e intentó echarla hacia atrás. Ella se resistió y él insistió:

—Tumbese, por favor. No tema, no se ha equivocado.

Milly accedió y volvió a la posición horizontal.

—Espero que así sea —dijo—. No lo tengo tan claro.

—¿Me permite continuar? —Sin esperar respuesta, se acomodó en su sillón y siguió donde lo dejó—: Como iba contándole, Orgón es un nombre que Reich se sacó de la manga; esa energía, como dije, existe desde siempre y es conocida por distintos nombres en distintas culturas. Los chinos la llaman *Ki*. En mi país la conocemos por *Prana*.

Milly se enderezó como una vela.

—¿Cómo ha dicho?

—Tumbese, por favor. Trato de explicárselo.

—He oído hablar de eso...

—Entonces lo entenderá mejor. Esta energía es algo así como una fuerza vital; es la vida... Algunos dicen que no existe, que pertenece a la mística. Hay de todo, ya ve,

—¿A la mística? Eso quiere decir que se trata de...

—De algo espiritual. Se refería usted a eso, supongo...

Milly asintió al tiempo que suspiraba.

—No sé cómo va a acabar esto —dijo—, pero quizá sí que me haya equivocado de consulta. No entiendo a qué se debe haber caído aquí, ha sido un error. Mi problema es la falta de...

—Su problema es mental, señorita...

Milly le miró a la defensiva.

—¿Y cómo debo entender eso...?

—Usted ha dicho que tiene falta de recuerdos, ¿no?

—¿Y qué tiene eso que ver con...

—¿Puede contestarme a una pregunta? —la cortó.

Milly asintió con un suspiro.

—¿Qué razón la ha traído aquí?

—¿De verdad quiere que lo repita?

—Sí.

—No puedo creerlo. ¿Se burla de mí?

—¿Y usted de mí? ¿Estamos jugando?

—Ya le dije cual era mi problema. Y nada que ver con el orgasmo, se lo aseguro...

—Mire usted, señorita, el Orgón es la fuerza vital del universo; de donde nacen todas las cosas... donde todo es engendrado a través del Ki, el Prana o el Orgón, qué más da cómo lo llamemos. El que Reich lo llamara así, solo se debió a su afinidad con los principios de la creación, pero en su sentido espiritual. El Orgón es la fuerza viva que lo engendra todo; el esperma; el pulso del universo. Son sus latidos. Y teniendo en cuenta que el cosmos es el total de todo y que todo está y emana de él, no es descabellado el compararlo con el semen del universo, ya que es a través de ese orgasmo cósmico, como da vida a todas las cosas... Si quiere llámelo de otro modo; algunos lo llaman Dios.

Milly se enderezó de golpe.

—Está usted temblando —dijo el terapeuta—. Si no le parece a usted precipitado, le aconsejo un tratamiento de Orgón. Es indoloro y sus efectos son milagrosos.

Milly no podía explicarle que si el Orgón era el Prana, ella iba sobrada, ya que no había un solo día en el que no tuviera contacto directo con el Bastón.

—Créame —le dijo—, no sabría cómo explicarle, pero no es lo que necesito. De todos modos, gracias.

—¿Y su memoria?

—No es esa la causa de su falta, se lo aseguro...

—Entonces la cosa cambia.

—¿Cambia en qué...?

—La mente es el motor del cuerpo, señorita.

—¿Y...?

—Que cuando el cuerpo está sano, y quiero creerla a usted cuando asegura que el suyo lo está, la mente nunca debería ir por otros derroteros... Supongo que habrá oído mil veces eso de *Mens sana in corpore sano*, ¿no?

—¿A dónde quiere ir a parar?

—A los que yo trato y se encuentran como usted, los mando al psiquiatra.

—¿Cómo dice...?

—Normalmente es cosa de sus mentes y sus problemas son infundados, pero están como robles por fuera y vacíos por dentro, porque sufren algún tipo de ocupación externa; algunos incluso aseguran que oyen voces que les guían, y hacen cosas que luego no recuerdan.

—Eso de «ocupación», ¿podría explicarlo mejor?

—Significa que sus mentes podrían estar ocupadas por alguien. La suya, por ejemplo. Vamos que está dentro de lo posible que la estén trabajando.

Milly se puso en pie decidida y se dirigió a la puerta.

—¿Pago ahí fuera? —preguntó, volviéndose.

—Ni siquiera la he ayudado... Todos mis detractores y rivales se mofarán de mí si se va de aquí con los mismos problemas con los que entró. Fíjese si encima le cobro la consulta por nada. Acabaría usted con mi reputación. No me debe nada, solo le pido que olvide que ha estado aquí.

—Esté tranquilo. Aunque siga con mis lagunas, sí que me ha ayudado. El problema es que es muy complicado y difícil de explicar. Insisto en pagarle.

—Y dígame, si tan segura está de que no me necesita, ¿por qué ha venido?, ¿qué la ha traído hasta mí?

—Leí un libro suyo sobre la mente: *La tierra vacía*.

—Ya.

—Comparaba usted los espacios vacíos del universo y de la tierra con las lagunas mentales. Decía usted que la mente puede compararse con el espacio exterior, y que si se ha demostrado que en el espacio existe el vacío, nunca es absoluto. Asocié esa idea a mi mente y pensé que sería interesante dejarle escarbar esa «tierra vacía». Sobre todo después de leer esa frase con la que cierra el libro; la cita estrella que me recordó a El Principito: No existe tierra más vacía que el desierto, y aun así, está lleno de pozos.

—Muchos vienen a mí buscando esos pozos... Y sabe, no siempre es una buena idea. Quizá es por algún motivo crucial esa sequía, y está bien como está. Algún que otro, tras años buscando, los encuentra en forma de condena... Otros sin embargo alcanzan una vida más plena. En fin, no podremos saber en qué grupo encuadraría usted.

Milly recordó las charlas con la vieja y con Eleazar. A la vez que abría la puerta, suspiró y dijo:

—Es muy posible que en los dos.

—Y también que seáis dos... —susurró él muy bajo.

Milly no lo oyó.

UN MENSAJE EXTRAÑO

Aquella mañana se encontraba radiante. Desayunó un buen tazón de café con leche y pastas con mantequilla; al estilo español, y cuando estuvo satisfecha, se desperezó y acercó hasta la ventana. Llovía a cántaros y no parecía ir a escampar. El día estaba grisáceo, pero le encantaban los días de tormenta; el monótono goteo del agua sobre los alféizares y el brillo del asfalto mojado la relajaban.

Encendió el televisor y se repantingó sobre el sofá; las primeras noticias del día estaban a punto de empezar; en realidad casi todo, de un modo u otro, estaba relacionado con sucesos de aquí y de allá, por lo que podría decirse, y sin miedo a equivocarse, que la programación no era sino un gran cúmulo fragmentado de acontecimientos que se disputaban el premio a lo más mórbido o sangriento.

Era Sábado y tenía el día libre, pero no le apetecía ir a ningún lado; ni tan siquiera a bailar, como acostumbraba y en lo que era un auténtico prodigio, ya que desde que no pudo regresar a París, tuvo que ganarse el sustento de la manera que mejor conocía; entre las prostitutas había algunas que se movían como culebras y eran capaces de hipnotizar con movimientos sinuosos a los hombres que acudían al local. Tuvo buenas maestras y, cuando viajó a Londres, convirtió la danza en su profesión.

Durante muchos años regentó una academia de danza y le fue muy bien; tanto, que delegó en su mejor alumna, para dedicarse por entero a la búsqueda del Bastón. Pero este, así como Teth si es que seguía teniéndolo, parecían haber desaparecido.

Emitió un hondo suspiro, lamentándose de su suerte y se puso a hacer zapping por hacer algo. Entonces algo no convencional atrajo su curiosidad; se trataba de un juego; uno de tantos para entretener. El presentador exhibía un bastón y le preguntaba al concursante de turno acerca de lo que tenía en la mano. Le miró con la boca abierta.

—Según la leyenda —dijo—, ¿qué caballero...?

—¡Perceval! —exclamó el concursante adelantándose a él.

—Última pregunta —prosiguió el conductor del juego con voz potente—: ¿Qué hombre de Estado se creyó sin pestañear que las leyendas del Grial y del Bastón estaban basadas en hechos reales, e intentó hacerse con ambas?

—Adolph Hitler —contestó raudo el participante.

El conductor del programa le felicitó entre aplausos y se acercó a saludarle a la vez que aparecían los créditos y los espectadores iban abandonando el plató. Entre tantos nombres, uno de ellos la sacó de dudas: Teth Ruadh.

Frunció el ceño y rebobinó; ese era el supuesto amo y señor de la reliquia que ella anhelaba y cómo no, creador y promotor del concurso, además de presentador. Era él.

Retrocedió hasta el inicio del programa sintiendo una enorme curiosidad; tantos años de sequía en su buscar y buscar, y un concurso sin más propósitos que el de hacer pasar el rato a

televidentes aburridos, habría un sendero nuevo y lleno de esperanzas.

El comienzo no tenía desperdicio y parecía haber sido pensado para ella: ¿Jugaría usted a la vida eterna?

Más directo no podía ser. Ni más revelador tampoco; el hombre que, al micrófono, se dirigía a modo de reto al público, se presentaba como artífice del concurso y daba información de dónde había que dirigirse para inscribirse como participante, blandiendo en una mano La Vara de Moisés, o eso decía, asegurando que en ella se hallaba la energía vital del universo, y que era el premio a ganar.

Las caras del público invitado como espectador tenían el desconcierto pintado en sus semblantes y se dividían entre los que dudaban y los que simplemente se tomaban a broma cuanto decía.

Bien parecido y muy elegante, el showman se movía por el estudio como si no hubiera hecho nada más en los cincuenta años que aparentaba; su pelo largo recogido en una coleta le daba un atractivo desenvuelto y juvenil; su tono rojizo llamaba la atención y hacía juego con sus ojos verdes y su cara pecosa.

En ese momento alzó La Vara, la puso en un primer y muy definido plano y sonrió, diciendo:

—Evidentemente esto es solo un palo... pero algo me dice que existe al menos una persona en este mundo, que cree sin el menor atisbo de duda, que podría conseguirlo y vivir para siempre. — Miró fijamente a la cámara y sus facciones adquirieron un inquietante rictus de seriedad, a la vez que apuntaba con el brazo al público asistente y lo extendía a la cámara, señalando a los televidentes. Sin más, apareció en pantalla una dirección y un comunicado: *Si desea participar en este concurso, la selección del próximo o próxima participante, se decidirá y hará como de costumbre en la discoteca de moda RELAX; la disco y sitio de moda, donde los límites a la vida plena y desenfrenada, ni existen ni han lugar.*

Volvió a mostrar La Vara en primer plano y añadió:

—Quien la quiera, que venga a buscarla... La próxima selección será el próximo día siete en el único lugar del mundo: Londres, paraíso de Inglaterra, donde sueños y deseos pueden convertirse en realidad transformando su infierno en cielo. Todo puede hacerse posible en esa gran final cuyo premio: «la vida», será disputada por nuestros tres finalistas con mayor número de aciertos. Y también, cómo no, aparte del famoso y legendario palo, el ganador se llevará la suculenta cifra de ochenta mil libras. Esto es para los escépticos que no crean en el poder del palo. Ni que decir tiene, que el programa no se hace responsable de la efectividad o inefectividad de la reliquia, supliendo su siempre posible fraude con la cantidad antes dicha. Y ahora —sonrió con picardía—, suerte y a por el premio.

Milly apagó el televisor y, pensativa fue de nuevo a la ventana. Algo le decía que ese concurso no era casual... que era un modo como otro cualquiera de dar con quien tuviese el Bastón. Pensó en cada palabra dicha por Teth y sonrió; lo que omitió comunicar era que el premio en metálico era el único premio, y que la supuesta vara de la vida sería la rama pulida y barnizada de cualquier olivo. Curado en salud, ya estaba.

Sintió un escalofrío mitad miedo y mitad placer. Todo lo que acababa de oír iba dirigido a una sola persona; a la que tuviese El Bastón, que, lo supiese Teth o no, era ella.

Pensó que a Teth debió irle muy bien en la vida, pues el dineral que debió costar idear y emitir su programa de manera que llegase a quien tuviese lo que buscaba, debió ser una fortuna... Claro que si lo que lucía al final era la vida eterna, no podía haber hecho mejor inversión.

Sabía que era una trampa inteligente, pero también, y lo tenía asumido, que no podía no morder el cebo.

LXXVI

UNA FECHA. UN LUGAR.

La discoteca RELAX hervía. Estaba en el corazón de la fiesta y, entre aspirantes al concurso y clientes habituales, no cabía un alma más. A eso había que sumarle una concentración masiva de clientes de toda inclinación en cuanto a sexualidad, a su libertinaje, y a que la sala tenía fama de licenciosa respecto a ello, permitiendo comportamientos prohibidos en otros centros de ocio.

Todo estaba preparado para el espectáculo, pero antes había que hacer caja y calentar al personal.

La pista de baile estaba a reventar y cada paso era una embestida propinada por algún borracho o un empujón.

Tras cada tres o cuatro temas de actualidad, el dj hacía que la sala hirviese al son de una versión actualizada de un antiguo y vibrante tema, otrora muy criticado por su letra, claramente y sin tapujos lasciva, cuyo título daba nombre a la discoteca: Relax; una de las composiciones estrella de un grupo que se presentó en los ochenta con el nombre de Frankie goes to Hollywood e hizo temblar los cimientos de alguna cadena de radio que se empeñó al principio en prohibir su radiodifusión.

Teth, preparado para el espectáculo, hacía tiempo, sin prisa, acodado en la barra. Apuró de un trago su jarra de cerveza *Vielle Bon Secours* y se dispuso a llenarla.

Era su cerveza preferida; cara pero auténtica. Y todo lo que se pudiese pagar con dinero le parecía barato. Las cosas que importan, como El Bastón de mando, eran otra historia; ni tenía precio ni se podía adquirir con billetes. Eso sí que era caro, pensaba a menudo. Y costoso. Que se lo dijeran a él.

Echó un trago y oteó la sala. Nada nuevo. El aforo del local iba más sobrado que otra cosa y la captación para su programa televisivo prometía ser un éxito, pero no veía a nadie ni de lejos sospechoso de haber acudido a la disco con otro propósito que el de emborracharse, drogarse o buscar sexo fácil. O posiblemente las tres cosas. Los años habían contribuido lo suyo a su desarrollo intuitivo y no advertía nada excepcional que despertara su atención.

En ese momento el dj puso de nuevo su tema cúspide.

La gente no cabía en la pista de baile y la luz giraba al ritmo de la música. El ambiente, solía ocurrir cuando el dj ponía Relax, se calentaba hasta el punto de que salían a bailar hasta los que no tenían piernas; era algo mágico.

Fue entonces cuando sintió un leve retortijón; algo ya conocido por él de otras veces. Fue muy leve, como si su causante estuviese algo distanciado aún, pero inequívoco y claro. Sintió que el momento de la verdad estaba cerca.

Como si las fuerzas del universo hubiesen acordado el éxito de su presentimiento, la escalinata que daba paso al recinto, aunque apenas iluminada, pareció encenderse y hasta deslumbrar con la briosa presencia de la mujer que, con pasos cortos y un insinuante movimiento de caderas, bajaba encendiendo pasiones peldaño a peldaño. El corte de su falda; apenas provocativa pues le llegaba

hasta las rodillas, se entreabría a cada paso haciendo visibles unos ligeros negros que sujetaban sus medias, también negras y realzaban el contorno de sus muslos blancos.

Su movimiento, sensual y sinuoso, era tan voluptuoso que atraía las miradas como si fuera un auténtico imán... Unos zapatos rojos de tacón alto estilizaban sus piernas y a cada paso entreabrían la raja de su falda. El armonioso vaivén de sus caderas era tan sutil que todos se apartaban a su paso como si fuese el alma desconocida de la fiesta.

Todos, Teth incluido, seguían embelesados el contoneo de sus caderas, que, acompañados por el movimiento de sus brazos y el meneo cadencioso de su culo, hacían que pareciese una máquina... Pero no solo no era todo lo opuesto a una máquina, sino que se había convertido en el deseo hecho carne.

Caminó despacio y a su ritmo entre la gente y pasó al lado de Teth en dirección al otro extremo del mostrador, haciéndole sentir, quizá con más intensidad que las otras veces, un agujonazo en el estómago, que le dejó doblado y sin respiración. Llegada a la punta del mostrador, pidió una consumición y esperó, desperdigando la vista por la sala en todas direcciones y ninguna, sin dejar de mover las caderas. En ese momento de distensión sus miradas se cruzaron.

Ninguno de los dos intentó disimular ni poner cara de sorpresa; se diría que estaba sucediendo exactamente lo que tenía que suceder; lo que esperaban y deseaban que a priori sucediese.

El barman puso la copa a su lado y desapareció; como si la invitara. Pero en realidad obedecía a la demanda de Teth, quién llenó de cerveza su vaso, levantó el brazo y brindó desde donde estaba, como si celebrase algo.

Ella le correspondió. Acto seguido echó un trago, dejó la copa en la barra y caminó muy despacio hasta la mesa del dj; junto a ella había un cubículo escalonado utilizado por las gogos para amenizar la fiesta.

Su altura sería aproximadamente de un metro y cabía solamente una persona. Subió despacio, como si contara sus cuatro escalones, midiendo cada paso como si subiese a cámara lenta y acompañando cada movimiento. Todos, tanto mujeres como hombres, seguían cada meneo de sus nalgas y, encendidos, la miraban con lujuria... La música parecía formar parte de su cuerpo, dando la sensación de ser una extensión de ella misma. Cada palabra de «Relax» parecía brotar de sus labios, y su culo invitaba con cada vaivén a la lujuria extrema.

La letra de la canción resonaba en la sala, enfervorizando a las masas:

*Relax, relax, relax... Gran relax, oh, oh, oh.
Bien, ahora... Cuando quieras correrte, no lo hagas.
Cuando quieras ir a por ello, no lo hagas.
Cuando quieras chuparlo, relax, no lo hagas...*

Cuantos presenciaban sus contoneos tarareaban cada verso como si estos la perteneciesen, dejando ir su mente por senderos de desenfreno e imaginando yacer con ella en sus pensamientos.

Teth pensó que si quería llamar la atención, lo había conseguido; cada uno de sus movimientos era un anzuelo y cada parte de su cuerpo, sirena; una diosa que lo tenía todo... cielo e infierno en uno.

Caminó despacio hacia ella y se detuvo justo enfrente, con la nariz paralela a su ombligo y la boca casi pegada a su sexo. Bajó un poco los ojos; desde ese ángulo visual, su cintura invitaba a rodearla y el espectacular movimiento de sus piernas era mayúsculo.

Ella le observó y continuó su meneo rítmico como si no estuviera, o como si no sintiera nada al tenerle cerca.

Simplemente le observaba como si mirase una piedra.

Deslizando una mano por su cadera y hacia arriba, se subió la falda dejando a la vista su muslo y un ligero de color negro que casi le llegaba hasta las bragas.

Teth arrimó la cabeza hasta que estuvo pegada a sus ingles y casi olió su feminidad. Entonces, la magia vino una vez más en su ayuda; como salida de ninguna parte, de entre sus dedos pareció brotar una flor... una rosa tan roja y encarnada como los labios de la mujer que tenía al lado y a quien iba dedicada.

Se la acercó para que la oliera, y en ese momento sus miradas se cruzaron; durante un fugaz segundo, sus ojos quedaron frente a frente y parecieron fundir sus verdes y su luz en un único destello que resplandeció a la luz de los focos, fusionándose en uno solo.

Teth, risueño, se arrimó la flor a la nariz; como si se estuviese despidiendo de ella y no fuese a verla más; acto seguido introdujo la mano por la abertura de su falda y la deslizó suavemente hacia arriba, desde la rodilla hasta la ingle.

Ella no hizo nada para impedirse, solo le observó y siguió bailando como si nada anómalo sucediese.

Justo cuando la canción alcanzaba su clímax, le separó con el dedo corazón la goma elástica de la braga y metió algo templado que a ella le pareció un papel; un trozo de papel, que solo dos segundos antes fue una flor.

Ella ni siquiera se inmutó; ni el calor ni el tacto de su mano provocaron en ella el menor atisbo de deseo ni el más leve síntoma de emoción.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la música. Cuando los abrió, él había desaparecido.

Lo buscó entre la gente, pero fue en vano; no volvió a verlo. Sabía que no se iría lejos, pues faltaba la selección.

Sin embargo, pensó que lo que debía suceder ya había sucedido y decidió ver qué le había metido en la vulva... Fue a los lavabos y se sacó el papel, pero no le dio tiempo a leerlo, pues una joven que había presenciado su danza sensual, se abalanzó sobre ella como si estuviera poseída; con seguridad debía estarlo, de cannabis como poco, y se agarró a sus tetas como a un clavo ardiendo.

—Me gustas a rabiarse —le dijo, sin soltarla—. Te deseo desde que te vi entrar.

Sin abrir la boca, Milly se la quitó de encima y fue a la puerta de los aseos. Aún no había salido cuando escuchó de nuevo su voz:

—¿Ni te inmutas, zorra? ¿Te toco las tetas y te quedas como un témpano de hielo, putón?

Corrió tras ella y le metió la mano entre las piernas.

—¿Es que ese tipo tiene la exclusiva de meterte mano en el mondongo, perra?

Milly le dio un empujón y se dirigió a la salida. Una vez fuera, respiró hondo y desdobló el papel. El texto era tan escueto como la conversación que habían mantenido pero igual de explícito; una miradita rápida bastaba para leerlo de punta a punta:

El día treinta de noviembre, en el Panteón de Agripa, en Roma. A las 21: 30. Lleva contigo lo que tienes que llevar.

LXXVII

TIEMPO

ROMA
30 DE NOVIEMBRE. AÑO 2019

Aquella tarde de otoño, Milly había intentado dormir, sin conseguirlo, en un hotel discreto del centro de Roma. Aunque había estado tumbada durante horas, sus ojos no presentaban signo alguno de haber estado cerrados, pero aun así su cuerpo estaba preparado y su mente concentrada; durante muchos años había esperado aquél día y se había concienciado de que era ineludible... tanto como el amanecer o el ocaso que acontecían cada día. Y precisamente relevante... pues tras quinientos treinta y un años, fugaces como una puesta de sol o un amanecer, quedaba apenas medio milenio para alcanzar ese alba eterna. Muy poco, visto lo visto. Cuanto antes se solventara, mejor.

Se acercó a la ventana y contempló el cielo crepuscular que iba cubriendo la ciudad con su manto. La calle se encendía con sus luces de neón y, desde la altura, parecía transformarse en un gran cúmulo de puntos luminosos.

Miró el reloj y sintió un cosquilleo por todo el cuerpo, la hora esperada estaba próxima.

Se puso un pantalón oscuro y elástico elegido para esa noche, una blusa blanca una talla grande que facilitaba la agilidad en los movimientos y unas botas negras de piel fina y flexible, de suela de caucho y sin tacones. Recogió su pelo, protegió su cabeza con una boina de lana blanca que contrastaba con los mechones azabache que caían en cascada desde sus sienes ensalzando con su color níveo el verdor casi selvático de sus ojos, y se la ajustó. Luego fue al espejo de la cómoda y retocó su maquillaje; sus rasgos no habían sufrido la devastación del tiempo y permanecían sedosos y tersos como las alas de una mariposa.

Se examinó con atención desde todos los ángulos y se dio el visto bueno emitiendo un suspiro que evidenciaba su estado tenso.

Volvió a mirar su reloj; el tiempo pasaba tan lento que los segundos se le antojaban minutos. Las agujas parecían atascadas, y con los nervios como cuerdas de guitarra, los únicos movimientos que percibía eran las tiriteras de sus piernas zapateando contra el piso de madera y al compás de los latidos de su corazón.

Pero con nervios o sin ellos, consciente o no del pasar de las horas, el tiempo es implacable y jamás se detiene.

Cerró los ojos y revisó uno por uno los sabios consejos de Eleazar; llevaba algunos meses haciéndolo con férrea regularidad de día y de noche; con cada despertar y antes de conciliar el sueño, para que quedaran tatuados a fuego en su mente, evitando así la necesidad de ser rememorados llegado el momento crucial. Comprobó con agrado el resultado de su perseverante obstinación; su constancia y empeño en memorizar cada paso a seguir había dado sus dulces frutos, y estos se bosquejaban en su mente apenas evocados y a pesar de sus nervios, que ralentizaban todos sus movimientos, frenando su tiempo de reacción.

Miró de nuevo su reloj y decidió dejar el hotel. Fue al armario y desenvolvió una tela de color carmesí, dejando a la vista El Bastón De Mando, tomó un tubo transportador de lienzos, lo introdujo con cuidado y se lo colgó a la espalda.

El templo de Roma, antiguo panteón de Agripa, enclavado en el centro histórico de la ciudad y a no demasiada distancia del hotel, apareció ante sus ojos antes de lo que esperaba; el camino hasta la Piazza della Rotonda, punto de la ciudad donde se encuentra el monumento, y que da nombre al distrito, se le hizo corto. Cuando estuvo junto a la fuente del obelisco que adorna el centro de la plaza, no era aún consciente de cómo había llegado hasta allí.

Lo achacó a la tensión que se había apoderado de ella desde hacía días, y que había ido acentuándose a medida que se acercaba la fecha señalada.

Sin aproximarse demasiado, contempló el monumento; se había informado de él, de su historia y de cuantos hicieron posible su construcción. El emperador Adriano levantó el panteón en el mismo lugar donde el general y político Marco Vipsanio Agripa construyó su templo. Sin embargo el turismo no era la razón de que se encontrara allí. La razón, aunque sus ojos y sus sentidos no pudiesen evitar sentir admiración por aquella obra de ingeniería, y se perdieran sin querer entre las columnas de su pórtico, nada tenía que ver con el recreo.

Aquel día había más movimiento del acostumbrado; a esas horas tardías la noche caía sobre la ciudad como una losa. El invierno estaba próximo y oscurecía pronto.

No obstante no era una tarde como otra cualquiera... incluso parecía festiva. Esperó junto a la fuente a que las tinieblas, reforzadas por una liviana bruma, se expandieran por toda la plaza antes de caminar hacia el panteón.

A medida que avanzaba veía gente correr de un lado a otro, esmerándose en acabar de montar un escenario que abarcaba buena parte de la plaza; las sillas de la orquesta y algunos instrumentos de cuerda: un piano, un harpa y algunos violines que se hallaban en sus fundas, apoyados contra un órgano, hacían contraste con un juego de luces que se salía de lo común, pareciendo más propio e ideal para las nuevas músicas. El concierto, dada la hora y las prisas con que se hacían sus preparativos, daría comienzo no tardando mucho.

Intuyó sin saber bien por qué que todavía era pronto para entrar al panteón, y decidió esperar a que empezara el espectáculo. No tuvo que esperar mucho, como si todo el equipo se hubiese puesto de acuerdo, ingenieros de luz y sonido, músicos, director de la orquesta, coro de voces, arreglistas; hasta el público, cada minuto que pasaba, más numeroso, iba acoplándose lo más cerca al escenario que podía. Un encapuchado pareció mezclarse entre la gente.

El tiempo transcurrió tan deprisa que le pareció estar soñando. En lo que ella creyó un parpadeo, todo estaba a punto para que el espectáculo diera comienzo. Cuando el director, ya frente a la orquesta levantó la batuta, caminó despacio hacia las columnas del pórtico. Mientras tanto y a cada paso que daba, la música iba invadiendo la plaza y los grandes focos semejaban tragarse la neblina que había ocupado el escenario; incluso al encapuchado engulló.

Abriéndose paso entre el gentío, repasó uno por uno y a conciencia cada consejo del chamán; según él, todo iba a ocurrir de un determinado modo y por una determinada razón. Sus palabras resonaron en su cerebro como los ecos de un sueño... hasta parecían reverberar, como aviso para no ser olvidadas.

Recuerda... Solo hay lugar para uno.

Sintió un espasmo que la hizo tambalear... Aquél era sin duda un momento trascendental; el más crucial de su vida... quizá el último.

Sus propias palabras estallaron también en su cabeza.

¿Y qué debo hacer?... ¿Qué puedo hacer...?

La respuesta a su pregunta fue tan inquietante como breve; tembló al evocarla.

Gritar su nombre. Cuando estéis frente a frente y te tenga, mírale a los ojos y vocéalo... ¡Con todas tus fuerzas!

Recordó su respuesta. Fue otra pregunta:

¿Tan fácil como eso? ¿Qué nombre grito? Dices que tiene setenta y dos demonios a sus órdenes. ¿Cómo puedo saberlo?

Son demasiados para acertarlo al azar. Y yo estaré sola.

La respuesta la tranquilizó entonces y también ahora:

No creas. La dualidad, recuerdas, está en todo y en todas las cosas. Cuando creemos que todo se acaba, ocurre algo... siempre ocurre, que equilibra la balanza. Recuerda, todo tiene dos polos. Según las enseñanzas de la sabiduría, todo tiene su par de opuestos: los semejantes y los antagónicos son lo mismo; los opuestos son idénticos en naturaleza. El y tú tenéis de algún modo las fuerzas equilibradas. Y él lo sabe.

Recordó que tras esas consoladoras palabras sintió una mano de él sobre su hombro; ese gesto la hizo pensar que lo que iba a decirle a continuación era algo trascendente y decisivo. Cada palabra resonó de nuevo en su cabeza:

En cuanto te tenga frente a él, cogerá tu mano izquierda empuñando a la vez tu muñeca. No olvides nunca eso y lleva contigo algo que te proteja; algo en lo que creas... un amuleto u objeto que te dé confianza en que todo saldrá como tú deseas... Agárralo fuerte y no lo sueltes.

Rememoró su gesto de asombro y lo que le preguntó.

¿Seguro que será la izquierda? ¿Por qué...?

La respuesta del chamán fue directa y reveladora:

Porque es la del corazón. Y dónde está el corazón está la vida. Intentará extraer de ti cuanto te hace vibrar; hasta el último aliento. Debe hacerlo. Sabe que no puede ser de otro modo.

Recordar aquello le produjo una sensación inquietante... como la primera vez que lo oyó. Pero más miedo le dio recordar lo que dijo a continuación:

Te sentirás desfallecer, pero no dejes de aguantar. Aguanta con todas tus fuerzas y con toda tu mente. ¡Aguanta! Incluso llegará un momento en que creerás que has muerto. Recuerda que todo es dual; todo tiene dos lados. En ese momento tú estarás en medio... ¡Aguanta! Intenta averiguar su nombre y grítalo, pero sin dejar de apretar el amuleto con todas tus fuerzas. Sé que tienes dudas acerca del nombre, pero en algún momento lo sabrás; no sabría decirte cómo, pero lo sabrás; cuando uno está entre la vida y la muerte, y tú lo estarás, se saben muchas cosas. Él intentará succionarte rápido para que ese momento nunca llegue... pero si aguantas, tendrás tu oportunidad.

Mientras recordaba los consejos del chamán, el tiempo y la orquesta parecieron haberse detenido de repente... No era consciente de haber escuchado ni un solo acorde; tan solo las repetitivas y machaconas palabras del maestro.

Continuó avanzando hacia el templo con los nervios a flor de piel y repitiéndose a sí misma que no podía ser de otro modo. Aquella era la única salida y debía suceder tal como mandaban los cánones. Era aterrador, pero...

Cuando estuvo frente al pórtico, llenó sus pulmones y apretó los puños con todas sus fuerzas... Si alguna vez en su vida tuvo ganas de retroceder, fue allí y en ese mismo instante. Pero durante ese segundo crucial sus piernas y sus brazos estaban tan atezados que no podía moverse.

No habría logrado dar un paso. Ni siquiera adelante.

Se volvió hacia la orquesta; quedaba de espaldas a ella y solo tenía en frente al director; tras él los espectadores. Su batuta quedó suspendida un momento; luego descendió despacio... casi al ralenti o eso le pareció, al ritmo del violonchelo que enmudecía en ese instante dando paso a las violas, de sonido más grave, como si la previniesen de las vicisitudes que la esperaban en el

interior.

Palpó el tubo que colgaba a su espalda asegurándose y tranquilizándose; seguía ahí. Se cargó de valor y caminó a paso decidido hasta que traspasó el umbral del panteón.

Justo antes de entrar, miró su reloj. Eran las 21: 32.

La oscuridad que imperaba allí contrastaba con la luz explosiva de los focos multicolor del escenario y durante unos segundos sus ojos no distinguieron más que un leve resplandor que se filtraba a través del óculo; la niebla era a cada minuto que pasaba más espesa e impedía filtrar los rayos de luz exterior.

Avanzó con cautela hasta situarse bajo el óculo. Allí sí había visibilidad; poca pero había.

—¡Llegas tarde! —La voz peregrinó por el perímetro circular del edificio, que, al encontrarse desierto, la hizo reverberar contra los gruesos muros, dando la sensación de surgir de todas partes y de ninguna.

Ella no contestó. La sorpresa y el miedo se lo impidieron. Dio un giro completo intentando descubrir al que la habló desde la negrura, pero tan solo ella era algo visible, por estar bajo el óculo. Pensó que él sabía quién era.

Todavía no se había repuesto de la impresión, cuando escuchó el sonido inconfundible de pisadas que iban a su encuentro. Nerviosa, giró sobre sí misma intentando sin éxito adivinar de qué parte venían; la acústica del lugar, reforzada por la música del exterior, se lo impidió.

Cuando la silueta se detuvo frente a ella, sintió que le fallaban las piernas. Durante unos segundos, el silencio y una falsa calma parecieron adueñarse del edificio. Solo la orquesta daba síntomas de vida en ese momento para ella trágico, pero era un indicio aparente; la vida flotaba en el panteón, tanto como el silencio... hasta tuvo la sensación de que ambos brotaban con cada paso del encapuchado.

La silueta se acercó. La Vara colgaba en su cintura.

—¿Sabes a quién fue dedicado esto? —preguntó.

Ella no contestó y él lo interpretó como un sí.

—La pregunta era retórica... sé que lo sabes.

Ella continuó en silencio; su mutismo contrastaba con la música, cada vez más emotiva y potente... las voces del coro entraban en ese momento, aportando dramatismo y fuerza a una sinfonía vibrante que parecía ir creciendo al ritmo que marcaban violas y violines. Tras una intensa y espectacular mixtura de cuerdas y voces, el ritmo declinó dando paso a la suave cadencia de un harpa.

Ese ligero vacío, fue aprovechado por ella.

—En efecto, lo sé... Pero no veo la razón de...

Teth no dejó que acabara la frase.

—Este templo, no solo fue dedicado a todos los dioses habidos y por haber, ¿lo sabías? —Apuntó el dedo índice hacia el óculo y añadió—: Algunos lo consideraron como un reloj solar... otros, como el templo del tiempo, y otros aseguran que el panteón pudo haber sido proyectado con objeto de ensalzar a la máxima expresión el poder divino del emperador, igualándolo de ese modo a otros dioses. Y eso significa que, dadas las circunstancias y tal como las cosas cuadran, uno de los dos tendrá el enorme privilegio de engrosar el catálogo divino del panteón, deteniendo al auténtico Señor De Los Días: el tiempo. Todo lo demás...

—Estás loco... ¡Loco de verdad!

La risotada de Teth retumbó en el edificio.

—¿Loco? ¿Por qué? Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza... No debería extrañarle pues, que quiera ser como él. El hombre siempre ha querido emularle y jamás cejará en su

empeño; lleva así desde antes de los monos... Y si no, ¿qué haces tú aquí y por qué?

Milly quedó dubitativa; parte de razón llevaba... si no toda. Ese momento de distensión fue aprovechado por él, que, en un dinámico quiebro de cadera, asió su mano y la atrajo hacia sí con un movimiento malabar, apoderándose también de su antebrazo. A la vez, tuvo un retortijón.

Milly notó un calor sofocante en todo el cuerpo... Esa mano quemaba como las mismas llamas del infierno, sin embargo, contradictoriamente, el sudor que le caía por la frente estaba helado... tan helado como el miedo que él transmitía... tan frío como el fondo de su capucha.

No pudo contener las lágrimas y se maldijo por el mal inicio del encuentro; un arranque que podía significar el fin de todo, apenas comenzado.

Gritó con todas sus fuerzas mientras sentía cómo se le escapaba la vida; gritó y gritó con toda sus energías, pero su lamento quedó ahogado por la música, a cada segundo más penetrante, que envolvía toda la zona. La oscuridad se apoderó de ella como del ambiente; allí no se veía más que negrura; una oscuridad palpable que se acrecentaba con el sonido que los arcos arrancaban a las violas, y que se sentía con cada golpe de percusión, tapando con ritmo sus alaridos desesperados.

Las rodillas comenzaron a temblarle. Alzó la cabeza y suplicó fuerzas para soportar la presión sobre la muñeca.

Teth, con el rostro desencajado por la ira que sentía y el ardor del momento, presionaba con todas sus fuerzas y ninguna piedad; no había lugar para ella cuando la vida, y con más razón tratándose de la eterna, estaba en juego. Su energía parecía no ser humana, y la fuerte presión de sus dedos, inaguantable.

Las venas de los ojos de Milly comenzaron a estallarle debido al esfuerzo sobrehumano que hacía por no caerse; sus rodillas casi no sostenían el peso de su cuerpo y tenía el brazo adormilado por la falta de fluido sanguíneo. Casi no lo sentía y el dolor era poco menos que insoportable.

Se mordió los labios hasta hacerse sangre y miró hacia el óculo. Como si fuese una señal, le pareció ver la luna... una luna irreal que brillaba más que nunca. Pensó que se moría; cuando entró al templo, estaba nublado y con una niebla cada vez más envolvente.

Cerró los ojos unos segundos, deseando que fuese una alucinación provocada por la angustiosa tensión a la que estaba sometida y los abrió de nuevo con la esperanza de que hubiera desaparecido.

Pero allí seguía. Su color blanco pálido contrastaba de forma irracional con un cielo no menos ficticio y negro como la noche... como una noche sin luna. Ni siquiera se veía una estrella a pesar de que ninguna luz lo impedía...

Se dijo si no estaría muerta y si aquella luna fantasmal era el indicio de su infortunio, pero otro feroz apretón la sacó de dudas... aquel dolor era tan real como la vida que le estaba succionando. Su grito fue desgarrador, pero solo fue una voz más; en ese momento, la música, siempre in crescendo, alcanzaba sus matices más dinámicos, y como si se tratase de una maldición las voces entraban a coro y elevaban la pieza a su momento cumbre, ahogando entre sus cantos su cada vez más insufrible agonía. Se sintió de nuevo desfallecer y elevó otra vez sus ojos hacia el óculo; la puerta celeste que comunica este mundo con el de los dioses parecía esperar paciente a que todo acabara.

La música alcanzaba su apogeo mientras ella, paradójicamente, rozaba la debilidad extrema. Su agotamiento y estado anímico iban de la mano y estaban al límite.

Recordó los consejos del chamán y extrajo el amuleto de su bolsillo derecho; dada la predicción de ser sujeta por la izquierda, lo escondió donde estuviese a mano. Sin embargo la tirantez del momento hizo que lo olvidara, y las consecuencias de ello eran palpables..., tanto

como el estado angustioso en el que estaba entrando.

Rendida y a punto de postrarse, lo apretó con fuerza y cerró los ojos suplicando un milagro que la ayudase a no decaer y a soportar el dolor. Suplicó con toda sus fuerzas, con toda su rabia y con todas sus tripas; suplicó hasta que se clavó las uñas de tanto presionar y con tanta fuerza un objeto que consideraba ya y por pura necesidad, su tótem protector.

Cuando abrió los ojos, pensó que había entrado en un estado de éxtasis. La perspectiva de cuanto la rodeada allí había cambiado; era tan surrealista y delirante que creyó estar flotando en alguna suerte de limbo entre la vida, la muerte o una paranoia extrema... Una de las estatuas que se encontraba frente a ella y a la espalda de Teth, pareció moverse hacia donde ellos estaban. Cuando se situó tras él, movió la mano a modo de saludo y, como si intentara darle ánimos, le regaló una sonrisa... una sonrisa que ella conocía bien. Apretó el talismán para asegurarse de que no estaba soñando y se convenció de que no, Eric seguía allí observándola y sonriendo como si nada le preocupara; como si confiase en ella y en su fuerza interior; como si estuviese convencido de que lograría vencer al destino.

La música cesó y el griterío del público tronó pidiendo más. Durante unos minutos, la algarabía fue escandalosa. La orquesta, sincronizada, abrió un nuevo prelude dando paso a otra pieza tan vibrante como la anterior, y la atmósfera de la plaza pareció revivir con su imponente y magistral mezcla de instrumentos y voces, invadiendo el ambiente, de magia y armonía.

Durante unos segundos, incluso se olvidó del dolor y de dónde estaba; todo parecía tan irreal, que hasta sintió que sus esperanzas crecían al ritmo de la música; esta dio tal subidón que pareció derramar adrenalina, colmándola de valor para aguantar una nueva embestida de tortura y zozobra.

Un nuevo apretón la devolvió a la realidad... El dolor, cada vez más punzante, parecía rasgarle las entrañas y la sumió en una especie de trance; un colapso protector que la desligó, aunque fuese por un insignificante espacio de tiempo, de un estado insufrible e inaguantable. El alarido que salió de su garganta fue tan dramático y desgarrador, que de no haber sido tragado por las vibrantes voces del coro, que en ese instante y como si se hubiesen puesto de acuerdo alcanzaban su «allegro molto vivace», se hubiese oído en todo el distrito. Sin embargo todo parecía ocurrir en su perjuicio, causándole un daño cada vez mayor.

Sacó fuerzas de flaqueza y apretó el amuleto hasta que le dolieron los dedos. La viveza de la música no decrecía, los arcos frotaban las cuerdas de violas y violines dándole la sensación de que, igual que a los instrumentos, algo la desgarraba por dentro, sacándole la música de su corazón y el aire de los pulmones. Su aliento se escapaba a ritmo de violín y su ritmo cardiaco se elevaba al ritmo de unos tambores que marcaban la pauta de todo... la vida misma parecía escapársele a son de redoble.

Sus rodillas comenzaron a fallar y sus piernas a sufrir temblores. Otro alarido salió de su alma, y otro alarido se ahogó con la música. Los ojos verdes de Teth la miraban como si tuviesen ante ellos a una muerta. Sus enérgicos y fuertes dedos continuaban apresando su mano, y como si fuesen garfios, aplastaban sus dedos hasta hacer crujir sus huesos. De nuevo se sintió sin ánimo para hacerle frente.

Su mente comenzó a nublarse y la mano que sostenía el amuleto a perder fuerza; su debilidad era tanta, que la abrió dejando suelto el talismán... este deslizó y se escapó de entre sus dedos, arrancándole otro grito angustioso al comprobar que la escasa esperanza que podía quedarle la abandonaba también, dejándola sola y desamparada ante la fatalidad.

Comenzaba a asumir que todo llegaba a su fin, cuando las indicaciones del sabio reverberaron en su cabeza:

Cuando creemos que todo se acaba, ocurre algo... siempre ocurre, que actúa de contrapeso. Recuerda que

todo se auto compensa sin remedio. No temas lo que pueda venir y no desfallezcas nunca. No pierdas la confianza.

Siguió al amuleto en su caída, pensando que con él se le escapaba también la vida. No entendía la razón de que cayera tan despacio; tuvo la sensación de que nunca iba a llegar al suelo; podía percibir al detalle forma y contorno con cada vuelta que daba en el aire... Era como si en vez de caer flotara, pero algo en su interior le decía que todo era producto de su imaginación, seguramente provocado por la negación a aceptar que toda ella caía con él, y que acabaría estallando contra el mármol.

Las palabras del chamán volvieron a rondar su cabeza.

Cuando creas que es el final, sucederá; siempre lo hace, algo que contrarrestará poderes.

Todo ocurría al ralentí, como si se tratase de un sueño sin final. El tiempo parecía haberse detenido en ese lugar emblemático de Roma. Eso unido a los consejos del viejo chamán, la hicieron agarrarse a la vida, aunque fuese a través de una mano infernal que intentaba arrebatársela.

Apenas habían transcurrido unos segundos desde que el amuleto se le escurrió entre los dedos; un inapreciable espacio de tiempo que a ella le habían parecido minutos; lo supo cuando sus sentidos se ensamblaron de nuevo y se percató de que la música continuaba en la misma fase en la que dejó de oírla. En ese momento las voces corales continuaban prácticamente dónde su mente se distendió y todos los instrumentos de la orquesta, voces incluidas, estallaban en una coda salvaje que amplificaba el sonido hasta desgarrar el aire, pareciendo no tener fin.

Sus ojos siguieron al amuleto, cayendo ya a velocidad real y a punto de estallar contra las baldosas de mármol... una lágrima resbaló por su mejilla y semejó acompañarle en su caída, como si sintiese empatía con su desventura e intentara acompañarle en su final. Entonces sucedió algo para lo que no estaba preparada; una mano semejó brotar desde la nada y se detuvo bajo la trayectoria del amuleto, apresándolo en el último segundo.

Cerró los ojos y apretó los párpados, pensando que eso no podía estar sucediendo... que era una alucinación.

Contó hasta tres y se mordió el labio inferior antes de abrirlos, para asegurarse de que no estaba soñando... pero antes de que pudiera reaccionar, sintió el agradable calor de una mano tomando la suya y poniéndola palma arriba con mucho tacto. Abrió los ojos y vio entre lágrimas a un hombre joven, moreno y de ojos claros... un hombre que acariciaba con mimo la palma de su mano y ponía en ella la libélula que acababa de atrapar al vuelo.

Sus ojos parecieron irradiar rayos del mismo sol, tal se sentía viva en aquel momento. El tiempo parecía haberse detenido una vez más y todo adquirió de nuevo tintes de fantasía cuando, con delicadeza, el hombre fue cerrándole uno a uno los dedos hasta que la libélula quedó oculta entre ellos. A continuación, como si no tuviera ninguna prisa, tomó la mano ya cerrada y la apresó entre las suyas infundiéndole calor; un calor que parecía brotar también de sus ojos y de sus labios cuando sonrió dándole ánimos e inspirándole confianza.

Sintió la necesidad de abrazarle y gritar su nombre. Él se llevó el índice a la boca, pidiéndole silencio y miró al fondo invitándola con un gesto a mirar hacia allí.

Mientras aguzaba la vista intentando distinguir lo que allí había, él le quitó la boina, despojándola acto seguido de la peluca y retirándole después un material gomoso de la cara. A continuación la observó ensimismado, como si tuviera ante él una obra de arte insuperable; su pelo rojo volvía a contrastar con el verde esmeralda de sus ojos, un color, para él, asociado a la esperanza... como sus pecas.

Al contrario, Teth ni se inmutó con el cambio; diríase que, a pesar de ser iguales no la

reconocía. Parecía ido.

Federico le guiñó un ojo animándola a no abandonar. Sin perder la sonrisa, apuntó al fondo con el brazo.

Mel no tenía apenas fuerza para sostenerse y dobló las rodillas; muchas emociones y poca energía para asimilarlas. Federico impidió que cayera, la agarró por el mentón y le volvió la cabeza hacia el fondo. Ella enfocó hacia allí como si ya nada pudiera sorprenderla y preguntándose al mismo tiempo qué más podía pasar. Entonces la vio.

Pareciendo surgir del alma del muro, una mujer joven caminaba a paso lento hacia donde ellos estaban. Parecía hermosa y lozana aun de lejos... Su piel cetrina y su pelo, testigos indiscutibles de su etnia, anunciaban sin palabras que había tenido una existencia bohemia agria y difícil...

En sus manos lucía un viejo mazo de cartas del tarot.

Mel no estaba preparada para tantas emociones... Por un lado sus fuerzas parecían renacer, por otro, no sabía si lo que estaba sucediendo era o no real, ni cómo acabaría. La música, imparable y cada vez más dinámica, semejaba transportarla a lugares prohibidos, y a estados que solo a los muertos conciernen. Y por si no fuera suficiente, los segundos parecían estirarse hasta el infinito. Recordó las advertencias del chamán.

*Te sentirás desfallecer, pero no dejes de aguantar. Aguanta con todas tus fuerzas y con toda tu mente.
¡Aguanta! Incluso llegará un momento en que creerás que has muerto. ¡No dejes que esa idea te domine y aguanta!*

Dudó de si lo estaba o no. Todo parecía tan increíble que aun siendo testigo privilegiada de cuanto acontecía a su alrededor, desconfiaba de cuanto veía... incluso de sí misma. En ese momento, la joven se situó a la espalda de Teth; ligeramente a un lado para que ella pudiera verla, extrajo una carta del mazo, la ojeó un segundo, suspiró, y se la mostró, dándole la vuelta a la vez que con su índice apuntaba a Teth, asociándole al arcano. Era: El Diablo.

A Mel no la sorprendió, pues sabía que la fuerza de él era fruto de algún poder de otro mundo.

La voz del chamán retumbó una vez más en sus oídos a modo de advertencia para que no olvidara la razón que la había llevado allí. Tanto había oído eso, que lo odiaba.

Recuerda Milly, que solo puede quedar uno; solo uno de los dos saldrá de allí. Debes gritar un nombre... su nombre. Es lo único que romperá la cadena de poder con la que ha sido dotado. Descubrir su identidad romperá su magia.

Sus dudas planearon tras las advertencias del chamán, y la eterna pregunta rondó de nuevo por su cabeza:

Setenta y dos demonios, ¿y debo adivinar un nombre?

La voz del chamán regresó a sus oídos, machacona.

¡Aguanta! Intenta averiguar su nombre y grítalo, pero sin dejar de apretar el amuleto con todas tus fuerzas. Sé que tienes dudas acerca del nombre, pero en algún momento lo sabrás; no sabría decirte cómo, pero lo sabrás... Cuando uno está entre la vida y la muerte, y tú lo estarás, se saben muchas cosas.

Estas últimas palabras la convencieron de que estaba a un mundo de la realidad; a un mundo o a un solo paso de distancia, pero fuera de ella.

Miró a Federico y apretó con fuerza el amuleto que le dio Tomás, que él conocía bien, y que de un modo u otro ambos sujetaban. Con explicación o sin ella, ya no estaba sola... las fuerzas, como vaticinó el viejo chamán, estaban equilibradas. Incluso la memoria regresaba a ella.

Como si le hubiera leído el pensamiento, y siempre al son de la música, Teth le apretó la muñeca con todas sus fuerzas, devolviéndola en un segundo a la dimensión del dolor. Su alarido fue desesperado. Gritó con toda su rabia y más fuerte que nunca, pero su alarido se ahogó una vez más con las cuerdas de los violines y entre secos redobles de tambor. Buscó con la mirada a Esmeralda, pero había desaparecido. Se sintió de alguna manera abandonada. Su amiga del alma la había dejado a su suerte cuando más la necesitaba. De repente notó frío en la mano que sujetaba

el amuleto; Federico tampoco estaba allí.

Las lágrimas comenzaron a bañar sus ojos y después su cara; sintió un escalofrío; el frío de la soledad. El equilibrio se había roto. Estaba de nuevo a expensas de Teth.

Sintió otro apretón en la muñeca y gritó de nuevo. La vida se le escapaba a raudales a través de su mano, que se amorataba más cada segundo y que casi no notaba ya.

Sentía debilidad en todo el cuerpo.

Pensó que el chamán estaba en lo cierto cuando dijo que en algún momento de la pugna llegaría a encontrarse en un punto intermedio entre la vida y la muerte... lo que no dijo es que más en la muerte que en la vida. Y lo peor no era eso, lo peor era que no sabía cómo volver a la realidad; una realidad de cuya puerta no tenía llave; llave cuya forma era un nombre infernal... insondable... y que de seguir todo igual, jamás llegaría a pronunciar.

Pero aquella noche todo parecía estar orquestado, y el conjunto de artistas que tocaba en la piazza, no poseía la exclusiva de todo; al menos, no de la coreografía. Porque del fondo del panteón... del mismo lugar del que salieron Esmeralda, Eric, y con toda seguridad, también Federico, surgió una nueva figura. Era una mujer, y se acercaba sin prisa. Cuando estuvo tras Teth, permaneció un momento a su lado como si deseara que los viera juntos. Después se apartó de él, se plantó ante ella, se quitó el velo y esperó su reacción. Luego se volvió a él, y lo mismo.

Mel observó a su hermano y entendió que en efecto la había reconocido; hubiera sido imposible no identificarla, pensó.

Él reaccionó intensificando la presión hasta el límite; el apretón fue tan brutal como imprevisto y el dolor casi la derriba. Pero las voces del coro embutieron otra vez su alarido, combinándolo con sus cantos.

Mel tuvo la sensación de que su muñeca iba a abrirse de un momento a otro; el daño era tan intenso que sintió cómo sus rodillas sufrían convulsiones y se contraían sin poder sostenerla ya. Necesitaba un nombre, o todo podía terminar en ese instante. Rememoró la lista y empezó al azar el repertorio; tenía que adelantarse a él:

Baal era el principal, pero gritarlo no dio resultado.

Resopló y, desolada, continuó voceando el resto:

¡Agares...!

¡Vassago...!

¡Duque...!

¡Paimon...!

¡Beleth...!

¡Forneus...!

Uno tras otro, los nombres fueron pronunciados a voz tendida y sin provocar efecto alguno; si acaso la hilaridad de su hermano que, con cada nombre, y sin dejar de reír, apretaba su muñeca con una fuerza descomunal que solo podía manar del infierno. Mientras apretaba con toda la fuerza de la que era capaz, pensó que ya había llegado el momento de terminar aquello de una vez; para él, matar a aquellos que se interpusieran en su camino, nunca fue ni supuso una traba... Empezó por la vieja del mercado y, como si una víctima le condujera sin remedio hasta otra, continuó con el tortolito enamorado de Mel; ese idiota le descubrió cuando iba a acabar con ella... El que le siguió, un francés que apareció sin avisar, también fue, igual que el otro y como iba a serlo su hermana, víctima indeseada pero necesaria; sobre todo ella, en su ascenso a la gloria y al poder eterno. Sin dejar de apretar, su mente regresó al pasado, al antro de Roncesvalles, y recordó que también mató por amor; ninguna mujer tocó nunca su corazón, ni a ninguna llegó a amar tanto como a Leonor; el mercenario que acabó con ella pagó caro su error... y así una larga lista que fue creciendo hasta llegar al maestro Maimónides, quién osó entrar a sitios prohibidos de su mente y

le escarbó las neuronas hasta descubrir lo que no debía. Sin descansar, pues el camino a la vida sin fin no dio tregua, al profesor le siguieron otros; como mandan los cánones, tuvo que «limpiar» la senda de pequeños obstáculos que dificultaban su ascenso al pódium. El último, Eleazar.

Pensando en eso, en lo divino, le dio otro apretón y se cebó en ella; su calor parecía hacer regresar su memoria.

El dolor fue tan intenso que Mel por poco se arranca el labio de un mordisco. Sus fuerzas estaban ya al límite.

Cuando ya no podía más, la mujer se acercó a ella y la obsequió con una mirada dulce y apaciguadora. Luego la acarició deslizando su mano por su melena roja hasta que alcanzó su cintura y la rodeó con el brazo, infundiéndole calor y confianza. En ese justo instante, las voces corales y los instrumentos de cuerda comenzaron a desgarrar de nuevo el aire; lo hicieron todos a la vez y subiendo hasta que el volumen y la fuerza de la composición se unieron como si fueran lo mismo. Ese fue el momento cumbre de la pieza y el momento que la mujer eligió para acercar su boca al oído de Mel, que, entre sollozos y quejidos, la vio acercarse muy despacio; como si sus movimientos fueran a cámara lenta; como si el tiempo hubiese decidido darle otra oportunidad aminorando su paso. Cuando rozaba su oreja con los labios, acercó su mano interponiéndola con cuidado entre su boca y los ojos de Teth.

El estruendo de la música no impidió que Mel captara su mensaje; una palabra que le llegó con nitidez, como si cada letra de la que estaba compuesta fuera decisiva para cambiar su destino; un nombre que podía darle la vuelta a todo y hacía desaparecer de la lid a su contrincante.

Apretó el amuleto con todas sus fuerzas y se desgañitó gritando el nombre de quién la estaba matando:

¡Dragaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaan!

El rostro de Teth comenzó a transformarse como si ya no hubiera razón para esconder a su inquilino; al ser que había estado sorbiéndole el cerebro hasta convertirlo en su títere y vasallo... en una marioneta, de cuyos hilos fue apropiándose hasta anularlo como persona. De hecho, ya no tenía razones para nada. Durante unos segundos, todo él, pero sobre todo sus facciones, parecieron metamorfosearse transformándose en Dragan.

La mujer dio un paso hacia él y le miró a los ojos; una lágrima caía por su mejilla mientras observaba su caótica y desconcertada mirada. Parecía preguntarse por qué las cosas tenían que acabar así, resignándose a la vez a jamás conocer la respuesta. En el fondo no sabía si lo deseaba.

Dragan, sin apenas energía y con los ojos ya vidriosos, la miró como si no acabara de creerse lo que ocurría.

La apuntó con el brazo, y con voz quebrada y odio en sus ojos, dejándose tiempo y vida con cada palabra, hincó las rodillas en el mármol, se quitó la capucha y exclamó con rabia:

¿Por qué tuviste que tener gemelos? ¿Por qué...?

Victoria comenzó a alejarse hacia ninguna parte. Sin mirar atrás ni dejar de caminar, respondió:

—¿No te gustaban tanto las dualidades?



EPÍLOGO

Una vez fuera inhaló aire con todas sus fuerzas y, con el ánimo hundido, se sentó en los escalones del pórtico.

Estaba agotada. Las piernas apenas la sostenían y todo su cuerpo le dolía como si la hubiesen apaleado. Observó curiosa al director de la orquesta. Era todo tan extraño... Como si hubiese sido testigo de lo sucedido, la música se calló de repente y el silencio absoluto pareció llenar cada molécula de aire... cada átomo de la piazza... La ausencia total de ruido invadió la zona por completo hasta que el ladrido de un perro rompió la calma, pareciendo rescatar con su gruñido la vida en la Rotonda.

Miró el reloj y su nariz se arrugó a causa de la enorme impresión; eran las 21: 39; solo habían transcurrido siete minutos desde que todo comenzó. No podía creer que el tiempo fuese tan elástico. Sacó la libélula y la contempló; la luz reflectaba sobre el ámbar y lo hacía refulgir como si fuera una joya... Nunca la había visto brillar tanto. La acarició suavemente con un dedo y se la acercó al pecho rememorando las enseñanzas del eremita:

«La libélula es símbolo de buena fortuna; un insecto que atrae la buena suerte y la prosperidad. Anuncia regeneración, como el «Fénix»; una forma de palingenesia, a quien la porta como amuleto».

Recordó así mismo una sentencia de Tomás que jamás llegó a creer del todo; su memoria estaba viva de nuevo:

Tu sueño es el hermano gemelo de tu muerte

Con los ojos bañados en lágrimas, decidió apartar esos pensamientos de su cabeza. Teth, pensó, no era culpable, sino víctima... chivo expiatorio del espíritu insaciable de un hombre sin escrúpulos, que decidió por él su porvenir y su decadencia, antes incluso de que naciese.

Miró a lo alto y recordó a Federico; su imagen fue tan real... tan nítida, que le inspiró temor. Nunca olvido sus facciones; a lo largo de siglos, su hijo Federico, todos sus nietos, bisnietos y tataranietos, se habían encargado uno tras otro y generación tras generación, de heredar rasgos y traspasarlos a su prole. La gran semejanza entre unos y otros fue siempre tan irrefutable que parecía un milagro.

El tiempo que pasaron juntos, tan fugaz como intenso, le dejó no obstante muchos recuerdos; el último de ellos lo tenía cincelado en su mente; tanto, que lo revivía una y otra vez segundo a segundo y palabra a palabra.

Recordó el momento exacto antes de su muerte, y las lágrimas brotaron de sus ojos como si fuese un manantial de aguas nostálgicas, especialmente cuando comparó sus sentimientos hacia ella con un bello poema... un poema que llevaba por título: *Idilio*.

Sus propias palabras retumbaron en su mente como si fueran truenos, al ser evocadas: *¿Idilio? ¿Qué significa?*

Su respuesta le erizó el vello aquella noche y lo seguía haciendo cada vez que la recordaba. La miró con ternura y, casi sin fuerzas, susurró:

Un amor que nunca conocerá el fin, por ser tan breve que, cuando llega la muerte, perduran aún en él los nervios del primer beso y la fragancia de la pasión que lo originó; algo tan bello y efímero, que deja en el ambiente una estela de eternidad... la misma que tú has dejado en mí; la misma que me llevo y me gustaría dejar en ti... y...

Le abrazó mentalmente y rompió a llorar; su corazón dejó de latir y no pudo acabar la frase, pero ella la acabó por él entonces y seguía haciéndolo cada vez que revivía esos segundos que precedieron al caos:

«Y lo has conseguido... Siempre has vivido en mí...»

Recordó lo ocurrido en el Panteón, meneó la cabeza y suspiró a la vez que añadía en voz alta: —Y siempre lo harás. Nunca te has ido del todo...

Pensó en la alquimia que forzosamente debían poseer dos almas capaces de transmutar algo tan fugaz en eterno e incombustible y suspiró como si la respuesta estuviese prohibida; como si esta le viniese grande pero a la vez la entendiera.

Entre recuerdos y pensamientos, no fue consciente de que la orquesta actuaba de nuevo hasta que las primeras notas de un conocido prelude llegaron a sus oídos; unas notas poderosas que la transportaron a Bayreuth. Parsifal lo empezó todo y Parsifal, de una manera u otra, le ponía también el punto y final. Los recuerdos volvían.

Se puso en pie y comenzó a abrirse paso entre la gente que abarrotaba la plaza; caminaba sin rumbo y decidida a salir de allí; a dónde fuera le era indiferente. Una vez los espectadores de la última fila quedaron tras ella, volvió la cabeza hacia los focos del escenario a modo de despedida y miró el panteón como si fuera su cuna; eso la condujo a soltarse las correas del tubo que le colgaba a la espalda, y de forma inconsciente abrir la tapa; lo hizo muy despacio y casi con miedo; como si temiese que en su interior no hubiese lo que debía haber. Comprobó que su miedo era infundado, ambos Bastones continuaban allí. Se los colgó a la espalda y continuó caminando hacia ninguna parte.

A medida que se alejaba de los focos del escenario, los edificios parecían ocultarse más y más entre la niebla, y a cada paso que daba, ella misma parecía ser engullida por la espesura; una neblina que semejaba adueñarse de todo lo que segundos antes tenía a la vista; las calles y las casas desaparecían como si fueran tragadas por la bruma; hasta ella misma parecía ser sorbida por la calima... incluso su mente parecía disociarse de su cuerpo.

Entonces, al fondo, divisó una silueta que semejaba ir a su encuentro; avanzó despacio hasta que estuvo a pocos metros y su rostro fue reconocible; Federico parecía estar esperándola entre la niebla. La sorpresa hizo que cerrara los ojos y apretara los puños con todas sus fuerzas; estaba convencida de que era un espejismo creado por su mente y estimulado por la pasión desmedida que sentía hacia él.

Pensó que cuando los abriera ya habría desaparecido, pero no fue así; cuando los abrió, seguía allí... La saludó moviendo el brazo, como si quisiera convencerla de que no soñaba. Un segundo después se disipó en la bruma.

Suspiró y caminó hacia donde la llevaran sus pies. Sin ser consciente de lo andado, embutida en sus pensamientos, llegó a la plaza Navona y se sentó en el suelo, junto a la fuente de Neptuno. Estaba mojado pero no la importó; en ese instante nada la importaba excepto su vivencia en el Panteón y cómo se habían desarrollado las cosas; algo que escapaba a sus esquemas y jamás hubiese imaginado.

Pero lo que acaparaba su mente por encima de todo y no conseguía sacarse de la cabeza, era la imagen de aquél a quien más había querido; del que anidó en su corazón a lo largo de cinco siglos y seguía vivo en ella. Quizás, tras verle de nuevo, más que nunca.

Su mente era un torbellino y la confusión la superaba. Necesitaba poner en orden sus caóticos

pensamientos.

Inhaló con todas sus fuerzas y exhaló largo... como si todas sus dudas escaparan de ella a través del soplo. Acto seguido, como impulsada por una fuerza extraña, se puso en pie y, tan entusiasmada como decidida, se dirigió casi a la carrera hacia la piazza di Trevi; acelerando sus pasos, su corazón latía tan desbocado como ellos y como ella.

Mientras caminaba, rememoraba todo lo sucedido y la luz iba haciéndose en su cabeza; ahora entendía la razón de haber vivido tanto tiempo; entendía que al haber sido ocupado por su abuelo, Teth heredó el Bastón para darle vida a él, que se mantuvo habitándole todo el tiempo sin poder eliminarle porque existía ella, que se benefició del sortilegio y por extensión, de la vida, por ser su gemela y haberse desarrollado en un mismo óvulo. Entendió, y sin fisuras, el significado de su sueño y la frasecita; una frase que durante años le quitó el sueño: *Solo puede quedar uno*, deduciendo que se trataba de una pista onírica enviada al pobre Teth, que ella recibía por ser su hermana, como el destello de una orden que le enviaba Dragan, marcándola como parte sobrante que debía ser eliminada del tapiz, para a continuación matarle. Teth acabó siendo Dragan.

Se preguntó cuánto hubiera tardado en deshacerse de su nieto una vez eliminada ella, pues su indicio era muy claro: *«solo podía vivir uno»*. Su hermano tan solo fue el instrumento que usó para continuar con vida después del asedio al fuerte. Pensando en eso, recordó que el eremita sabía bien de lo que hablaba cuando le dijo que su abuelo no daba puntada sin hilo y que aquellos que le conocieron sabían que estaba dispuesto a todo para conseguir el poder absoluto y la inmortalidad... Había preparado todo tan minuciosamente, que daba miedo; tanto, como saber de dónde procedía su poder; un poder que casi la mata.

Palpó los Bastones y pensó que eran la causa de todo.

Por su causa murió su familia, sus amigas, su Federico del alma, Eric, y ahora su hermano... Y por su causa vivía ella, ya que de no haber tenido uno, hubiera muerto con su gemelo después de gritar el nombre.

Vaya contradicción, pensó, Los Bastones de la vida no habían traído más que muerte. Demasiados muertos para una sola vida, por muy eterna que fuera. Era de locos.

Cuando estuvo frente a la Fontana, inhaló y exhaló de nuevo... tenía los nervios como cuerdas de guitarra, pero no le suponía un problema. Soltó la correa que sujetaba el tubo a su espalda y sacó los Bastones, los observó como si los viera por primera vez, los apoyó en el bordillo de la piedra que contorneaba la fuente de los deseos, y con la respiración agitada extrajo de su bolsillo una moneda. La sopesó varias veces y volvió la vista a los Bastones. Cerró los ojos y apretó los labios como si las dudas la asaltaran en el último segundo, pero su indecisión no duró mucho; duró lo que tardó en abrirlos y ver su silueta junto a una de las esculturas. Federico permanecía inmóvil y sus ojos estaban anclados en ella... como si intentara comunicarle algo. De repente, como si su tarea se hubiese consumado, abandonó la Fontana envuelto por la bruma.

Mientras le veía desaparecer, pensó en la dualidad de las cosas... Esa dualidad de la que hablaban Gonzalo y el chamán, y sobre la que basó Dragan toda su vida:

La voz del chamán retumbó una vez más en su mente.

Siempre debe haber dos partes, la dualidad está en todas las cosas, formando con ellas un todo... Se necesitan dos para reñir, dos para amar, dos para hablar. La ambigüedad está en todos lados... incluso en el aire que respiramos:

Inhalación y exhalación...

Dos pulmones.

Dos bronquios...

Macho y hembra.

Día y noche.

Sol y luna.

*Luz y oscuridad.
Amor y odio; incluso la pasión tiene dos lados...
Dios y el diablo.
El bien y el mal.
El cielo y el infierno...*

Miró los Bastones y después la moneda. Cerró los ojos y la lanzó al aire pidiendo un deseo. La atrapó al vuelo y la apoyó en el dorso de su otra mano, cubriéndola con la palma. Tras titubear unos segundos, apartó la mano y la dejó al descubierto, sin mirarla aún, preparándose para la sorpresa mientras añadía en voz alta y mirando al cielo:

¡La vida y la muerte!

Retuvo la respiración y, resuelta, la miró.

Su rostro y sus ojos parecieron rejuvenecer... chispearon como los de una adolescente.

Sin dejar de sonreír, tiró la moneda por encima de su hombro y apretó los puños con todas sus fuerzas. Luego, decidida, caminó despacio hacia la niebla insondable.

Mientras se la tragaba la bruma, tarareaba el estribillo final de una vieja canción de Céline Dion:

Plus brillante et plus belle 🎵
pour une autre étincelle 🎵
je me changerai en or 🎵
pour que tu m'aimes encore... 🎵
Pour que tu m'aimes... pour
que tu m'aimes encore... 🎵 🎵 🎵
que tu m'aimes encore... 🎵 🎵 🎵
encore... encore...
🎵

Las primeras luces del nuevo día comenzaban a disipar la niebla llenando de amanecer la Piazza di Trevi. El otoño daba sus últimos coletazos y refrescaba a esas horas, pero aún así, los turistas más madrugadores aprovechaban ese momento brujo de la mañana para visitar la fuente, vacía todavía de visitantes y más presta para ser contemplada y fotografiada.

Carlo y Enzo se frotaban las manos antes de comenzar su trabajo; escobas en ristre y empujando sus contenedores de basura, se disponían, como cada mañana, a limpiar la plaza antes de que se colmase y no cupiese una escoba.

Carlo encontró la Vara, la cogió y se la mostró a Enzo.

—¡Enzo, guarda questo! Hanno lasciato un bastone.

Enzo se acercó, agarró La Vara, la revisó y la lanzó al contenedor a la vez que hacía un gesto despectivo.

—¡Questi turista perdono tutto...! —se quejó—. Ogni giorno perdono la sedia rotelle. —Señaló con el brazo al otro Bastón y meneó el índice—: ...Portami anche quella pietra, Carlo. Puliamo subito questa merda, eh... che non abbiamo tutta la vita...

*«Cuando el agua curva un bastón,
mi razón lo endereza»*

JEAN DE LA FONTAINE
UN ANIMAL DANS LA LUNE

INSONDABLE

El se n or
de los

D i AS

JOAQUÍN SERRANO DÍAZ

PRIMERA PARTE

9	I	ORIGEN
29	II	REMINISCENCIAS
47	III	LA MIRADA DE LA SANGRE
57	IV	UN HOMBRE DE PASO
61	V	LA MUJER MÁS HERMOSA DEL MUNDO
77	VI	LA MEJOR VÍCTIMA POSIBLE
81	VII	UN HOMBRE AFORTUNADO
85	VIII	ERIC EL GALO
87	IX	LA SOMBRA SIN NOMBRE
89	X	UN MARINERO LLAMADO FEDERICO
97	XI	LA LÍNEA DEL DESTINO
111	XII	HIJOS DE LA MISERIA
115	XIII	NUNCA RENUNCIARÉ A TI
125	XIV	COMO UNA MALDICIÓN
153	XV	EL REGRESO
157	XVI	EL LIBRO DE LOS MUERTOS
161	XVII	REPUDIO
173	XVIII	UN HOMBRE LIBRE
181	XIX	EL PEREGRINO FANTASMA
201	XX	BROTOS DE PASADO
205	XXI	VIVIR SIN VIVIR
207	XXII	EL PLIEGO DE LA ESPERANZA
215	XXIII	EL LIBRO OSCURO

221	XXIV	LIBÉLULA
235	XXV	MISERERE
243	XXVI	UN HOMBRE DESESPERADO
245	XXVII	REENCUENTRO
261	XVIII	RAPSODIA
273	XXIX	SOLO PUEDE QUEDAR UNO
275	XXX	ENTRE ÁRBOLES Y ALMENAS
285	XXXI	EL DEDO DE DIOS
289	XXXII	UN ÁNGEL GUARDIÁN
293	XXXIII	IDILIO
307	XXXIV	REGALO O CASTIGO
313	XXXV	EL MORRAL
317	XXXVI	LA LLAMADA DE LOS ÁRBOLES
321	XXXVII	ADRIANO EL CRUEL
325	XXXVIII	ELEVATO
339	XXXIX	SUEÑOS GEMELOS
343	XL	EL SEÑOR DE LAS MOSCAS
375	XLI	UN HOMBRE DE HIELO
381	XLII	ÁNGEL DEMONIO
395	XLIII	VOLVER A EMPEZAR
397	XLIV	UNO MÁS EN LA FAMILIA
413	XLV	GRITOS EN EL VIENTO
417	XLVI	LA TORRE INVERTIDA
421	XLVII	EL ANACORETA
431	XLVIII	PERSEGUIDA
435	XLIX	LA LLAVE DEL TIEMPO
453	L	COMITIVA INESPERADA
455	LI	LA PUERTA DE LA VIDA
469	LII	LA HIERBA DEL SUEÑO

SEGUNDA PARTE

483	LIII	PARSIFAL
501	LIV	EL ALUMBRADO
513	LV	PESADILLA
517	LVI	MORIR EN PARÍS
537	LVII	LA NOTA SECRETA
549	LVIII	FAVOR POR FAVOR
557	LIX	HA VENIDO UN EXTRAÑO
569	LX	EL HOMBRE DE ORIENTE
577	LXI	LA NIEBLA
583	LXII	LADRÓN DE SUEÑOS
591	LXIII	HOMENAJE A FREDDY
593	LXIV	VIAJE AL SABER
599	LXV	LA LEYENDA DE TETH
631	LXVI	EL DESPERTAR DE LA BESTIA
633	LXVII	LA LEYENDA CONTINÚA
657	LXVIII	DOS HOMBRES Y UNA MUJER
663	LXIX	LOS PÉTALOS DEL TIEMPO
667	LXX	LA OTRA ORILLA
669	LXXI	CARAVANA DE SUEÑOS

TERCERA PARTE

677	LXXII	TIEMPO MUERTO
689	LXXIII	VAGABUNDOS EN LA RUEDA
699	LXXIV	LA TIERRA VACÍA
705	LXXV	UN MENSAJE EXTRAÑO
709	LXXVI	UNA FECHA. UN LUGAR
715	LXXVII	TIEMPO
737		EPÍLOGO

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR

- **INSONDABLE** *novela*

.....**PEREGRInoS DEL fin DEL MUNDO** *novela*

REFLEXIONES POÉTICAS en la oscuridad *poemario*

UNiversoSINfronteraS *poemario*

PALINGENESIA *relato corto*

LUZ DE NADA *poemario*

j.serrano47@gmail.com
joaquín-serrano-díaz.es

AKIM777s

PALABRAS PROHIBIDAS PRÓXIMAMENTE

